

Pere López Sánchez

**Rastros de rostros
en un prado rojo (y negro)**

**Las Casas Baratas de Can Tunis en la
revolución social de los años treinta**



LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial.

Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2013 de la presente edición, Virus editorial

© 2013 del texto, Pere López Sánchez

Índice

Prólogo: <i>La muerte nunca vence a la primera,</i> Tomás Ibáñez	5
1. En el país de los muertos	13
2. Historias urbanas	25
3. Él	39
4. ¿Qué haces?	51
5. Casitas para obreros	61
6. Obrerada	77
7. De aquellos lodos	91
8. A trancas y barrancas	107
9. Un día sí y otro también	117
10. Mal de muchos, remedio de todos	141
11. Cuadro escénico	161
12. Nombres, voces y papeles	193
13. Un domingo sin festival	211
14. Del montón, un banquete por la vida	229
15. Guerra en la guerra (por un saco de patatas)	251
16. No sé si... Dimes y diretes	279
17. Hasta el último mono	301
18. Trasterrados	321
19. Con la cabeza bien alta	341
20. Trezando el hilo rojinegro	373
21. Ellas y ellos: retales de unas vidas	387
Glosario	436

Título:

Rastros de rostros en un prado rojo (y negro)

Las Casas Baratas de Can Tunis en la revolución social de los años treinta

Maquetación: Virus editorial

Diseño de cubierta: Quirze Pérez Navàs

Tratamiento de imágenes: Pili Martínez

Primera edición en castellano: junio de 2013

Lallevir SL / VIRUS editorial

C/ Junta de Comerç, 18 baixos, 08001 Barcelona

T. / Fax: 93 441 38 14

C/e.: virus@pangea.org

www.viruseditorial.net | www.viruslibreria.net

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2.ª izq.

48003 Bilbao

Tel.: 94 416 75 18

Fax.: 94 415 32 98

C/e.: luna@imprentaluna.es

ISBN-13: 978-84-92559-45-9

Depósito legal: B-13449-2013

La muerte nunca vence a la primera

Tomás Ibáñez

Con motivo de la Exposición Internacional de 1929 miles de habitantes hacinados en las barracas que cubrían las laderas de Montjuïc fueron expulsados de sus paupérrimos hogares y reubicados en las denominadas *Casas Baratas*, construidas a modo de gueto en la cercana llanura de Casa Antúnez. Muchos hundían sus raíces en Murcia y Almería, otros en Aragón, Valencia o Alicante, algunos provenían incluso de la propia Ciudad Condal, pero todos eran indistintamente *murcianos* a los ojos de aquella burguesía barcelonesa que sólo quería ver en ellos inmigrantes analfabetos, jornaleros miserables, gente de profunda ignorancia y de dudosa moralidad. En suma, indeseables integrantes de un lumpen del cual el propio Marx ya había vaticinado que nada bueno cabía esperar.

Sin embargo, estirando durante años, con encomiable paciencia, de un evanescente *hilo rojo y negro*, Pere López hace aflorar ante nuestros ojos el enorme caudal de dignidad, de solidaridad, de afán de cultura y de ansias de emancipación que yacía en los llamados bajos fondos de la sociedad. Al parecer, las semillas libertarias que las luchas proletarias de principios de siglo habían esparcido por doquier germinaron con vigor en las estrechas llanuras que se extienden a los pies de Montjuïc.

Es tanto el tiempo que ha transcurrido desde los años treinta, ha sido tan obstinado el empeño puesto en potenciar el olvido, y tanto ha cambiado el contexto histórico que, por mucho que se escarbese, parecía imposible conseguir vislumbrar restos de algún hilo rojo y negro con una punta de la cual poder estirar y, más difícil aún, lograr que el maltrecho hilo no se rompiera a la menor tracción. Pero bueno, ¿para qué tanto empeño en remontar ese hilo hasta dar con *la madeja libertaria* en la cual se originó? ¿Para añadir, quizás, una nueva página a los libros de historia que glosan las hazañas del movimiento libertario y anarcosindicalista? ¿Acaso para descubrir nuevas figuras a las que homenajear en el panteón ácrata? No, obviamente, si esa hubiese sido la intención del autor, nunca hubiese conseguido escribir un libro que se situase a la altura del que hoy nos brinda Pere López.

El propósito, sin duda alguna, era otro, pero en realidad no importa tanto lo que pretendía el autor sino lo que *hace* su libro. En el plano más empírico, el texto relata de manera escrupulosa la *gesta revolucionaria* que protagonizó la población ubicada en las Casas Baratas del Can Tunis de los años treinta. En un plano más especulativo, el libro argumenta que, pese a quien pese, aquella gesta no ha muerto. Pero este libro *hace* algo más que ofrecer un relato y desarrollar un argumento, su *hacer* va más allá de lo meramente discursivo y se adentra en la materialidad fáctica de las cosas. En efecto, más allá de lo que *dice*, este libro constituye, *en sí mismo*, una demostración en acto, una prueba palpable, de que aquella gesta revolucionaria sigue latiendo en el presente, y en esto radica para mí su principal valor. Ahora bien, no basta con enunciar una afirmación, veamos a continuación sobre qué se sostiene la atribución a esta obra de unas propiedades que bien podríamos llamar performativas.

Ya sea por una bala recibida durante el asalto al cuartel de Atarazanas o por un disparo en el Campo de la Bota, ya sea por el encarnizamiento de unos policías en una comisaría, ya sea, simplemente, por lo que se suele llamar causas naturales, la muerte biológica acaba por acontecer algún día, en su tozuda literalidad. Sin embargo, hace falta una segunda muerte, metafórica esta vez, para que esa vida truncada deje de *producir efectos*. Se trata de unos efectos que se dan en la memoria, como lo enuncia la consabida afirmación según la cual *uno sigue vivo mientras alguien lo recuerde*. Pero no se dan *sólo* en la memoria, porque más allá de la memoria esos efectos pueden plasmarse en

la materialidad de las cosas, ya que uno también sigue vivo mientras que lo que ha hecho, lo que ha impulsado, lo que ha construido, continúa produciendo efectos... *aunque ya nadie lo recuerde*.

Dicho con otras palabras, la muerte no habrá culminado su trabajo mientras alguien se estremezca contemplando el cuadro que fue pintado un buen día, aunque ya no se sepa quién lo hizo; o mientras alguien recorra con interés las páginas que se dejaron escritas, aunque se ignore quién fue su autor. Cuando todo eso ya no acontezca, cuando no queden rastros en la memoria ni tampoco se produzcan efectos fuera de ella, entonces habrá advenido la segunda y definitiva muerte. Pero mientras ésta no llegue, la primera se queda en asunto de pura biología.

Y lo mismo ocurre con las organizaciones, las instituciones y los procesos sociales, porque también éstos nacen, viven y mueren. Mueren una primera vez cuando han agotado su tiempo, cuando el devenir histórico los ha arrinconado y apartado del presente; pero su segunda y definitiva muerte no acontecerá hasta que no se hayan desvanecido de la memoria o hasta que todo lo que produjeron durante el pasado tiempo de su vigencia haya dejado de surtir efectos en el presente.

Estirar del hilo rojo y negro hasta llegar a la madeja de la que salió no es, por lo tanto, un puro trabajo de historiador que indaga el pasado, es ante todo una ardua tarea emprendida para que ni los protagonistas de la gesta revolucionaria que sacudió España en los años treinta —es decir, una parte muy importante de *los de abajo*— ni tampoco las organizaciones y los ideales que impulsaron esa revolución, o las realizaciones que ésta llevó a cabo, sucumban ante la segunda y definitiva muerte. Ardua tarea, en efecto, la de luchar para que todo aquello siga vivo porque son multitud quienes, sobrados de recursos económicos, se afanan en construir una memoria histórica institucional que selle a cal y canto la losa de la tumba en la que yace el pasado, a fin de que nunca puedan irrumpir en nuestro presente las gestas revolucionarias que tanto aterrizaron antaño a los poderosos.

Es frecuente que los historiadores hagan gala de la distancia que establecen entre sus propios valores y los hechos estudiados para dejar así constancia de que su relato es objetivo y fidedigno. Sin embargo, esa distancia no es ninguna garantía y, a veces, anularla nos acerca más certeramente a los he-

chos. Cuando un evento rezuma valores y sentimientos puede resultar hasta insultante escribir acerca de él con la frialdad objetiva que preconizan habitualmente los historiadores. Es como si en lugar de procurar transmitir el sufrimiento que anida en un grito de dolor lanzado bajo la tortura, para que la gente entienda la barbarie que lo produce, uno se dedicase a medir científicamente y a consignar por escrito el número de decibelios alcanzados por ese grito. Dar cuenta, cabalmente, de ese tipo de eventos pasa a menudo por abandonar la aséptica y engañosa máscara de la objetividad, por exponer a las miradas la propia subjetividad, y por reivindicar sin estridencias pero con orgullo el compromiso personal.

Pero cuidado, abordar la historia sin disfrazar el compromiso personal no significa construir un relato que distorsione y amañe los hechos, aunque sea con el mejor de los propósitos. Los panegíricos siempre fueron deleznable y contraproducentes, y es por eso por lo que hay que agradecer a Pere López que no cuente nada que no haya escrupulosamente contrastado. Lo cierto es que cualquier tentación de idealizar tanto a los protagonistas como sus luchas desaparece en cuanto uno se percata de que solamente la sencilla y desnuda verdad es capaz de conmovir, que cualquier otra cosa suena a artificio y crea una distancia insalvable que anula el esfuerzo por aproximar el lector a lo que entonces ocurrió. Maquillar y embellecer la realidad no sirve cuando la realidad de la que se trata se basta a sí misma para suscitar respeto y, en algunos casos, despertar admiración.

El autor se propone glosar *la gesta de quienes fueron protagonistas del montón de aquella revolución* y reivindica acertadamente *el combate por la historia que se escribe en minúscula y sin renombres*, pero nos avisa inmediatamente de que *sin renombres* nunca ha significado *anónimos*. En efecto, esos protagonistas no eran anónimos, tenían nombre, se llamaban Juan, Manuel, Benito, Lucio, Francisco, Blas, Gumersindo, Consuelo o Encarna. ¿Apellidos? Sí, claro, también se deja constancia de sus apellidos, pero en la vida cotidiana de la gente de aquel barrio esas señas de identidad permanecían en un segundo plano como era lógico para quienes no buscaban la fama, ni pretendían apartarse del montón o presumir de linaje como corresponde a los de arriba.

La paciente investigación llevada a cabo por Pere López pone de manifiesto que *la gesta revolucionaria* adquirió en las Casas Baratas de Can Tunis una

amplitud y una intensidad peculiares, acordes probablemente con la abundancia de carnets de la CNT que circulaban por el barrio. La respuesta frente a la sublevación militar fue contundente e inmediata, y más que un signo de movilización espontánea hay que ver en ello el efecto de una larga preparación y de una paciente maduración. No en vano quienes ocuparon las Casas Baratas ya llevaban a sus espaldas prolongadas experiencias de lucha y algunos ya habían participado, por ejemplo, en la extraordinaria huelga que paralizó largamente la construcción del metro de Barcelona allá por los años veinte. Además, casi todos los que habitaban las Casas Baratas se habían involucrado en una interminable huelga de alquileres que perduró durante toda la República, con sus incasantes desahucios y con sus permanentes demostraciones de solidaridad para impedirlos o para reubicar a las familias en sus hogares.

Siguiendo el hilo rojo y negro que estira el autor vemos como, una vez derrotado el levantamiento militar en Barcelona, enseguida prevalece la preocupación por organizar desde abajo la producción y el consumo, y por lanzarse a la experiencia colectivizadora, pero sin descuidar el frente. De hecho, el entusiasmo bastó durante los primeros meses de la Revolución para que, desde Can Tunis, centenares de hombres y algunas mujeres se alistaran en las columnas libertarias que partían hacia Zaragoza. Ese mismo entusiasmo hizo que durante *el corto verano de la anarquía* brotasen los Comités Revolucionarios y las Patrullas de Control. Sin embargo, el orden republicano no podía tolerar que las armas estuviesen en manos incontroladas y pronto lanzó una *guerra en la guerra* para yugular el orden revolucionario, desmantelar los comités, meter en vereda las patrullas de control y liquidarlas, hasta desembocar finalmente en los siniestros Hechos de Mayo del 37.

Tras la derrota frente al ejército de Franco, la represión estuvo a la altura del miedo que había provocado el desafío del sueño igualitario. Entre los que murieron en el frente, los que se exilaron, los que fueron ejecutados, los que sufrieron cárcel, Can Tunis, nos dice Pere, se desangró. Decenas y decenas de hombres desaparecieron del barrio, y aun así, durante los primeros años del franquismo, la Organización seguía en pie, celebrando pequeñas reuniones, recaudando cotizaciones, repartiendo los sellos confederales y procurando ayudar a los presos.

Luego el tiempo hizo su trabajo, las brasas que había dejado la Revolución fueron perdiendo poco a poco su intensidad hasta que la mirada no alcanzara a ver más que cenizas. Sin embargo, este libro es claro testimonio de que aún no se han apagado del todo, de que el tiempo de la segunda y definitiva muerte aún no ha llegado, y no sólo porque el libro rescata numerosos elementos que reavivan la memoria colectiva que aún se guarda de ella, sino también *porque resulta ser, en su materialidad, un efecto vigente de la gesta revolucionaria de los años treinta.*

La segunda muerte, la definitiva, deberá esperar y permanecer pacientemente al acecho mientras haya quien no sólo se esfuerce por estirar del hilo rojo y negro para conocer y dar a conocer aquella insurrección, sino que lo haga, además, porque *aquella gesta aún ejerce efectos*, hoy, sobre su sensibilidad y sobre su quehacer. Dicho de otra forma, sólo se podía escribir este libro porque aquella gesta sigue viva, y es por eso por lo que constituye una demostración fáctica de esa circunstancia.

Rastros de rostros en un prado rojo (y negro) nos enseña que aquellas brasas aún producen efectos y que cualquier día, si los vientos son favorables, pueden volver a incendiar el horizonte. Será bajo otras formas, será con distintas siglas —o quizás sin ninguna— y será, incluso, bajo otros colores, pero mientras aquella gesta perviva en nuestra sensibilidad política sólo dependerá de nosotros que crezca algún día como lo hacen a veces los torrentes bajo la tormenta.

Barcelona, marzo del 2013

Rastros de rostros en un prado rojo (y negro)

I. En el país de los muertos

—¡Esto podría haber sido Mónaco o Montecarlo!

La frase, pronunciada con entonación suave pero no exenta de contundencia, sonaba a presagio de punto y final al par de horas que llevaba desmenuzando sus recuerdos de aquella barriada que ya no es. Poco antes había achacado los males de hoy y de hace tiempo, el insultante estigma de zona maldita que la señala en el mapa de la ciudad, a una serie de circunstancias históricas que, arremolinadas por azar, malgastaron su potencial de riqueza y truncaron su belleza natural. Se resistía a claudicar a la evidencia. Empapado de posibilismo empezó a entonar «la tierra dispone» pero no llegó a pronunciar «el hombre propone». Lo dejó en un leve encogimiento de hombros que remató recitando las mil inclemencias de la humanidad que suelen mencionarse cuando se pretende la exculpación de las propias responsabilidades.

—Aquel barrio y los colindantes componían en su conjunto un pequeño pueblo, una especie de parroquia. Gentes bien avenidas, laboriosas, que cuando los aprietos surgían se ayudaban. No estaba a salvo de las inevitables rencillas y rivalidades, pero éstas se sorteaban y entendían como los pormenores habituales del roce de la convivencia. La sangre nunca llegaba al río...

Se apresura, a continuación y sin pausa, a encadenar todas las alabanzas y parabienes imaginables de la comunidad perfecta y purificada. Acabó como debía acabar: fueron otros, extraños o ajenos, todos ellos del selecto club de los que deciden y manejan los hilos de cualquier tramoya social, los que los

habían descuidado. Esos señores, de alta alcurnia, se habían volcado a despostrarlos de sus riquezas mientras los arrinconaban en los márgenes de la metrópoli que, a la vez que los despechaba, los exprimía con saña.

—Se preocuparon y continúan preocupándose muy poco de conocer realmente aquellos barrios nuestros, y se han encargado de describirlos peor. Y no me atrevo a opinar si fue y sigue siendo por desidia o por intereses malévolos, o que, simplemente, dejaron la tarea a los arribistas de todo plumaje que viven del cuento de las letras. Pero pronto de aquello no quedará nada, por más que pretendan empeñarse en recuperar los nombres viejos: ¿Prat Vermell?, ¿Marina? Pero, ¿qué prados?, ¿qué marina? Mejor que lo dejaran en Zona Franca. ¿Que suena feo?, ¿que tiene poca chispa?, ¿que es demasiado gris o poco verde?...

Los nombres no deberían ser únicamente ocurrencia de los que manejan esa simbología propagada por la publicidad para sentenciar la devastación de patrimonios. Por mucho tiempo han estado manoseados por una vida que se reconocía en el día a día y era ajena a la palabrería de los funcionarios de cualquier pelaje. Ya, el nombre ya no hace la cosa ni lo pone la gente. Se ha perdido —lindezas del dicho progreso— ese vocabulario, y no debería enojarme que ahora prometan resurrecciones imposibles a través de planes de renqueante porvenir, no sea que se les ocurra acordarse de lo que dejaron morir y mataron. Pero si fueron ellos, sus padres y abuelos los que se empeñaron y consiguieron implantar aquel Puerto Franco como estandarte de radiante porvenir. Linaje, el suyo, siempre tirando de chistera.

Tras esa repentina especie de alocución, las preguntas que habían ido acompañando el discurrir del minuterero y arrastrando cautas y comedidas respuestas parecían haber perdido todo sentido. Ahora, más que despedirse tal cual, se predisponía a empezar a hablar por su cuenta. El discreto cambio de postura auguraba que prescindiría de la compostura mantenida hasta entonces y, después de deslizar su silla resueltamente, se soltó a recrear su cobijado ideal particular de falansterio urbano. Allí mismo, en ese pedazo cualquiera de esta ciudad famosa, desperdiciado...

Discursea, eso sí, poco a poco, al ralentí, procurando hallar las palabras ajustadas, y ante todo, no alterando la serenidad correspondiente a su alcur-

nia. Guña el ojo a autores reconocidos de las ciencias y de las letras, de la política y los dineros, para hilvanar una crítica a la modernidad mal entendida; esa que, más que sanar, mata y que promete bienestar a cuenta del malestar. Se reivindica, en fin, como persona cultivada y filantrópica. Y pulcra en las formas: los modales lo primero; hasta cuando hay que mostrar un puño firme no hay que descuidarse del guante de seda. Me queda oír, si desisto de marchar, una avalancha de tópicos, así que optó, paciente, por recostarme en el respaldo.

—¡Las prisas, las prisas! —enfatisa— son enemigas de las estrategias de objetivos que requieren levantar la vista, pasar las hojas de los calendarios y no deslumbrarse por la cuenta de resultados a final del año, o del mes. Pero ahora es tarde, demasiado tarde. No hay vuelta atrás y de poco sirve remontarse a lo que no fue.

Sí, esa montaña suave pero con sus rincones escarpados, hasta con su lago; ese prado extenso allá abajo, coronado a lo lejos por el delta del río, surcado por unas pocas barcas, donde se pescaba. Y el mar, ese mar encajonado, protegido de los vientos y con una orilla pletórica de finas arenas. Qué paisaje, sólo cuidado y habitado por unos pocos campesinos y por menos pescadores.

Luego se remonta hasta donde daba de sí la literatura glorificada de los cronistas locales y, entre sus hitos, incluso resalta los habituales estragos naturales; como cuando las aguas se desmadraban anegando excesivos —dice él— despropósitos. Eran calamidades, por la bravura del mar o las embestidas del río, mayores o menores según los años, que nos avisaban —remarca— de que deberíamos ser más cautelosos.

—Una de las peores, por lo que me explicaron, ocurrió muy a finales del verano de 1910. El temporal fue imponente, devastador.

Toma aire, se evade en sus recuerdos y, reponiéndose en el silencio, suelta:

—Tal eran, como conocí, aquellos parajes en mis primeras andaduras. ¡Y pensar que podían haber sido como algunos hombres lúcidos intuían! Hubiera sido fenomenal atreverse a levantar la ciudad marítima de veraneo que se proponían. Una perla en el Mediterráneo que atraería a gente culta, con tiempo sobrado para recrearse en los aspectos lúdicos del vivir.

Como aturdido por el bien y por el mal, acude a la entonación del eterno retorno: recientemente se ha alardeado de recuperar el litoral, de no darle la

espalda al mar, cuando esas proposiciones datan de los años veinte, si no antes, y se retomaron con empuje a inicios de los treinta. En aquel entonces hasta llegó a constituirse como núcleo de opinión una entidad que se llamaba «amics de la mar». Sí, en catalán. Y la operación estrella de aquel entramado sería un espléndido paseo marítimo que proponía enlazar la desembocadura de los dos ríos, y que para salvar los impedimentos de la orografía acudía a los avances y a la esbelta hermosura de la arquitectura de hierro; como en París y Londres. Entre el Llobregat y el Besós ningún obstáculo entorpecería la vista al mar, se entusiasma. Pero bueno, la terca realidad se desvinculó de los trazos firmes de los tiralíneas y de las peticiones que cursaran de manera reiterada industriales y propietarios de la zona, entre ellos su padre, solicitando la construcción de un hermoso barrio marítimo con anchas calles. Y se escuda, sin ánimo hipócrita alguno, en que en la eterna lucha entre el beneficio espiritual y el materialismo pecuniario la balanza cae del lado del segundo.

—Y no fue así —prosigue con una voz atenuada, un tanto entristecida—, porque más que una ciudad para los vivos prefirieron levantar una necrópolis, como si quisieran sentenciar que la muerte es la condena que desangra esa montaña por la aureola de su castillo.

Vivos y muertos. Exagerado contraste, quizás, para dirimir las contiendas sociales pasadas y sus rasguños en el territorio. Modo posiblemente educado de aferrarse al determinismo para claudicar a la evidencia de siempre. El determinismo inamovible de la historia, el de unos acá y otros allá. Su nostalgia, teñida de romanticismo, no esconde, aunque lo esquiva, que les ha llegado la hora de una tercera expropiación. Mejor pagada que las otras, ya que sus terrenos, siempre acosados por la expansión del puerto, han ganado ahora valor devorados por la impronta de los caudales de la logística. Y reconoce, socarrón, que el alcalde valedor de los nuevos proyectos estuvo en su visita muy complaciente con sus necesidades, confirmándoles que su deslocalización sería retribuida en justa compensación a su probado arraigo al barrio. Ufano —no puede disimularlo— por el hipócrita ofrecimiento en dinero y el reconocimiento en palabras del edil de turno, insiste en demonizar el cementerio, ya no tanto como la barrera a propósitos desmesurados, sino como símbolo anunciado de un fracaso. Aun así, viene a decir que a ese recinto, aunque premonitorio, no se le pueden cargar todas las culpas, ya que en él yacen

muertos, mejor o peor enterrados. Se disculpa por esa excusa poco acertada, fruto —reconoce— de verse alejado y sentirse expulsado de ese pedazo de tierra en el que se fraguaron y corrieron sus sueños. A sus años no le importa, aunque le complazca, la indemnización que les puedan conceder y los homenajes que les puedan rendir.

—¡No!, el cementerio no tuvo la culpa. Eso, se pudo decir, aunque no pensar; y menos por quienes gozaron de conocimiento de causa. Es habitual, sin embargo, hacer caer el cielo para lidiar con los problemas terrenales. Nada más arrancar la República, por ejemplo, al Ayuntamiento, para presumir de novedades, se le ocurrió abogar por la secularización de los cementerios. La que se desató entre partidarios y detractores es fácil de imaginar: una tempestad en un vaso de agua, una contienda de opereta, como prefieras, ya que en la ciudad había muchos otros problemas sociales y de mayor envergadura y urgencia. Pero había que marear la perdiz, entretener al personal. El caso es que en nuestro cementerio se personaron, bien protegidos, autoridades y maceros para derribar la tapia que dividía las zonas católicas y civiles. Es un decir, porque se quedó en el típico esperpento: como no existía tal tapia, pues ambas zonas estaban en realidad separadas por terrazas, primero tuvieron que levantar esa pared que faltaba para después poder ejecutar el correspondiente derribo.

No. El cementerio no era culpable. Ellos, los muertos, dan calma al lugar con su silencio. Además, sus familiares, cuando se acercan, colorean con flores esa ladera protegida. El bullicio y el ruido provienen de lo que lo rodea. Y es que son tantas las actividades dichas productivas esparcidas a su alrededor, que todo se infecta de humos y malos olores que repintan el cielo y la tierra de un gris negruzco.

Es más, prosigue:

—A nosotros, siendo chiquillos, aquel recinto nos concedió infinitos momentos de alegría y también de emoción, acercándonos al miedo, católico o civil. A fin de cuentas, quizás debiera rectificar. Puede que la ubicación aquí de la ciudad de los muertos tan sólo fuera premonitoria, antesala del futuro que nos esperaba.

Inmediato presente o futuro y alejado ayer. Esos pensamientos a capricho de las instancias del tiempo le turban y le descolocan. Prefiere callar unos

segundos antes de seguir por esa senda. Sorbe un poco de agua y, después de mirar el reloj, me alienta a que volvamos al anteayer concertado. Él, al fin y al cabo, ya sólo acude al despacho por hábito; unas pocas horas a media mañana. No hace nada, prácticamente saludar, recorrer pasillos de oficinas y naves, abrir el ventanal y cerrarlo. Los años le han podido y desplazado. El futuro de la empresa está en manos de otras generaciones y corre por otros lares —por la «ancha Castilla», me dice—, hospedado, además, en un municipio con resonancias a la nobleza de hoy.

Sus vaivenes resultan sorprendentes. Se refugia en la añoranza por una pérdida irremediable en esos momentos en que el adiós que se aproxima recorta el tiempo hasta el ayer que nació. Y, como arrepentido, se atreve a pasar la página de los trazos confusos de un largo itinerario: se esfuerza en retener sólo los sueños con los que quiere reposar en paz mientras barre los desencuentros mundanos; aquellos que lo condenaron a simular una carrera tras las siluetas de emprendedores y especuladores, a compartir contertulios a la salida de misa donde uno u otro, o varios, se escudaban en el «cuánto hemos perdido», cuando sólo querían presumir de que, en la operación a la que dedicaban su amena charla, habían dejado de poder ganar más. Cuántos días habían cerrado los protocolos previos al vermut revisando, con el sombrero alzado a modo de visera, los contornos del mar y sus playas, alargando la vista por aquellos prados y recorriendo los zigzags de los meandros del río. Y también se acuerda de que alguno, ya fuera el más gallardo para marcar jerarquías o el recién llegado para entresacar sonrisas, no desperdiciaba la ocasión para puntear con el bastón en ristre sus propiedades; tanto las ya escrituradas como las prontas a atesorar con inmejorable tasado. Todos, en un ceremonioso brindis al sol, se prometían cambios descomunales, fortunas ilimitadas. Era un mercadeo de influencias propio de los círculos de industriales —o clase industrial, como se hacían llamar—. Y en esto andaban también los suyos. Por más que él fuera un chaval con ideales, su familia era de las que podía alardear de contarse entre las primeras de empresarios que se asentaron en aquella zona, justo antes de que arrancara aquella Primera Guerra Mundial tan fecunda para los hombres de negocios de estos lares.

—Éramos una empresa pequeña, familiar. Paternalista —precisa—. Nuestros obreros y obreras, no muchos en plantilla, eran parte de la empresa.

Incluso, atendíamos las iniciativas del Ateneo Obrero, sufragamos un equipo de fútbol que jugaba en un campo *tocando* a la playa e hicimos todo lo posible para adecuar aquel rincón del mundo a las necesidades imperiosas del momento. También reclamamos la mejora de los transportes, ya que el único tranvía no daba de sí y la carretera sólo era transitable cuando la flor y nata de la ciudad se acercaba a las carreras del hipódromo, pues sólo entonces las autoridades se esmeraban en la contrata presurosa de obreros en paro forzoso para rellenar los socavones que pudiesen entorpecer el disfrute de la velocidad de sus autos. Después, otra vez los charcos cuando llovía o la polvareda si perduraba la sequía.

Estas primeras acotaciones tuyas a los modos de vida de la gente me alivian, aunque poco. Y es que me va invadiendo la impresión de que volverá a ser una visita fallida. A través de abstracciones y alusiones a los grandes personajes y acontecimientos, había evitado en todo momento aterrizar en las cuestiones concretas que le sugería o planteaba. Aprovecho la rendija y, con sumo cuidado, voy introduciendo temas para reconducir la conversación.

—Es curioso —le digo— que la mala fama de aquellos barrios siempre se haya asociado a la degradación social propia de los avatares de la delincuencia. Leyendo la prensa de la época ese tópico tampoco escasea, aunque le acompaña a menudo el de la conflictividad social de signo laboral. Algunos prohombres, entre ellos distintos gobernadores civiles, se refieren incluso a un estado de insubordinación latente, siempre al acecho. Ya sabe, se hablaba de aquellos inmigrantes, «los murcianos», y de aquellas siglas.

Por la expresión de su cara intuyo que he vuelto a precipitarme, a deslizarme otra vez por temas que no habíamos previsto en el contacto telefónico ya que, en aquella ocasión, la conversación giró alrededor de la empresa y su familia y el crecimiento del barrio. No desea, creo, entrar en terrenos resbaladizos y de ahí que sortee con evasivas mi comentario.

—Han pasado muchos años y yo, entonces, era muy joven; estaba por los estudios, mis lecturas y mis juegos. El mundo de los mayores me quedaba lejos y eran muy discretos, y más para según qué temas. En nuestra empresa, que reitero que era muy pequeña, los trabajadores eran muy afables conmigo, quizás, no lo dudo, porque era el hijo del amo. No recuerdo, sin embargo, tensiones. Más bien guardo un remoto sonido de sus canciones y sus risas, su alegría.

En su propósito de presentarse y quedar como hombre partidario del progreso, amante de los avances sociales y defensor a ultranza del diálogo, no reconoce o le asusta la conflictividad; sobre todo si se tiñe de antagonismo. No considero prudente mencionarle el conflicto que tuvieron en su empresa —justo un mes antes del golpe de Estado reaccionario— y que la junta del Sindicato achacó precisamente a la extravagancia del gerente y al desprecio con que éste trataba a los obreros. La huelga que declararon fue una más de las que emprendieron los proletarios por su mejora material y también moral; contribuyó, junto con otras, a enrarecer el ambiente social de la ciudad y, por supuesto, de aquellos barrios pues, en el apartado de las reivindicaciones, no se colocaban precisamente en los márgenes de la contienda entablada. En el comunicado que los trabajadores difundieron avisaban de que iban a perseverar en el plante hasta que el patrono no se convenciese de que no podía tratarlos impunemente como le placiese.

En la tónica de aquellos conflictos, y más en un sector como aquel de la alimentación, se alude al encarecimiento de la subsistencia —en especial en lo relativo a lo más imprescindible— y al reverso de las mil triquiñuelas de los industriales para incrementar beneficios aun a costa de la manipulación en la elaboración de los productos. Por eso, tratándose de una sociedad anónima que presume de dedicarse en cuerpo y alma a una dietética natural, estaban dispuestos a dar a conocer qué se fabricaba en aquella fábrica y en qué condiciones penosas y peligrosas. Abordar esa distancia entre el dicho y el hecho no resultará fácil. Aun así me arriesgo a preguntarle por la historia del negocio familiar, por su filosofía y objetivos.

Lleva la cuestión a su terreno, pero al menos ya no está tan en guardia. Le encanta —lo noto rápidamente— narrar esa genealogía. Se suceden de manera parsimoniosa todas las generaciones, pero tanteo a duras penas tan sólo los años que me interesan.

—Hicieron de la necesidad virtud. Por una calamidad, el que sería el fundador se puso en manos de lo que se dirían hoy medicinas alternativas o naturistas. Acudió a la cultura germánica, avanzada en ésta como en otras facetas más que la nuestra, y allá se curó de la enfermedad que aquí le habían diagnosticado como irreversible. A la vuelta, apasionado y agradecido por aquellos remedios y tratamientos, se volcó en su difusión. Primero abrió con

sus ahorros una pequeña tienda en la parte vieja de la ciudad. A los pocos años, por su constancia, logró un contrato de distribución de lo que por aquellas tierras producían, relacionado con el campo de las terapias y la alimentación natural. Lidió con diligencia los ajeteos de la importación y fue abriendo otras tiendas. Poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, probó a lanzarse a la fase de producción y así, buscando terrenos abiertos, amplios y baratos, dimos con Can Tunis. Y desde entonces, si bien con los imponderables de los traslados internos, no hemos abandonado esta zona.

Sería descabellado, tras escucharle, tildarlo de emprendedor samaritano. Por formación y dedicación, sin embargo, se ha entregado o avenido a circular por los negocios, cuyas reglas ha interiorizado y defendido. La estima por su Arcadia perdida —que rememora— y su costa azul para los ricos vivos —que echa en falta— pueden asociarse a las obligaciones de la estirpe familiar que se encaramó en los escalones de la lujuria, haciendo, eso sí, de la necesidad virtud. Cuando alude a ambas ausencias, se esmera en lucir las bondades del cuidado de sí y del amor a la naturaleza como etiqueta del negocio en expansión. Al mismo tiempo, tanto discurso machacón, por más que lo profese de cara a la galería, no congenia con la conversación. Dudo por momentos y me digo que, quizás, es que algún efecto íntimo habrá tenido en él ese mensaje de redención.

Con estas reflexiones en mente vuelvo a la historia de aquellas barriadas, aprovechando una noticia que en su día me sorprendió.

—Más de un vecino, de los mayores, me ha recalado —le digo— que por aquellos barrios había, ciertamente, de todo. Algunos se entusiasman cuando cuentan que entre ellos abundaban las inquietudes y hasta los había muy preparados. Al parecer abusaban a sabiendas, insisten, colgándoles todos los sambenitos perniciosos habidos y por haber.

Esas voces no andan desencaminadas. Se agotaba el invierno de 1933 cuando la prensa obrera se hizo eco de un escrito enviado por una comisión de vecinos de aquella barriada. La redacción del diario encabezó por su cuenta aquella noticia con el titular «en el país de los muertos» y reproducía aquellos párrafos en que los vecinos anunciaban que no estaban dispuestos a ser, una vez más, víctimas de la rapiña capitalista; a la vez que denunciaban los enchufes y prebendas que consentían que los señores de la compañía CAMP-

SA dejasen sus depósitos en la vía pública, en pésimas condiciones, pegados a las viviendas de los obreros y poniendo en serio peligro sus vidas.

Aquel alegato temprano de ecología social no le inmuta. Se escuda otra vez, al reiterarle el hecho, en su no acordarse, pero esgrime que lo encuentra curioso y digno de constar en los anales de la historia del barrio, si algún día ésta se escribiese. Enlaza con el reguero de iniciativas del Ateneo Obrero y, de entre ellas, me destaca precisamente las suscripciones populares que se abrían a favor de la propia prensa obrera, en especial *la Soli*.

Ya llevamos mucho rato charlando y, visto el marchamo de sus disquisiciones, prescindo de anotarle que la noticia breve que le relataba procede de aquella *Solidaridad Obrera*. Tampoco estoy para inquirirle por la dinámica de aquel Ateneo Obrero, pues es notorio que su trayectoria discurrió al compás de los acontecimientos y que, a través de su junta —en la que predominaba una nutrida presencia de propietarios-industriales en calidad de socios protectores—, apostaron por la pacificación social. Aquel Ateneo, aunque se bautizara como obrero, en sus estatutos arrancaba el articulado de sus principios declarándose ajeno a toda cuestión política, y se decantaba por fomentar y difundir la cultura en general y la instrucción en todas sus manifestaciones, sin descuidar el socorro asistencial a los pobres de solemnidad que vinieran avalados por las corporaciones oficiales. Gentes de aquel Ateneo —como su padre—, en otoño del 29, coherentes con su postulado de que no había más que arrimarse al sol que más calentara, alumbraron en el barrio un subcomité de la Unión Patriótica, prometiendo fidelidad a su glorioso programa y entusiasta adhesión inquebrantable a la figura y a las doctrinas del dictador, justo antes de que éste tuviera que hacer las maletas.

Le sugiero, entonces, que me cuente lo que recuerda de las industrias instaladas en la zona. Despliego el plano de los años treinta por si puede sernos de ayuda en el repaso a las instalaciones de fábricas y talleres de antaño. Se presta encantado. Es diestro en su manejo y su cara recupera el brillo a medida que refresca la memoria, que ahora brota a borbotones. Primero prefiere deleitarse con una descripción a vuelo de pájaro, encarando los puntos cardinales y señalando los límites de la barriada. Salpica la somera descripción ensalzando las reliquias del pasado e incidiendo en las diversidades internas entre barrios, colonias y otras pequeñas unidades. Después se vuelca

en el recorrido detallado: su dedo no desperdicia ni las esquinas del plano, y se suceden los nombres de los amos, linajes por parentesco o por apaños de la fiebre del oro, amistades por trato o por disimulo. Se cuida muy mucho de hablar de los obreros que allá dejaron su vida en el trabajo o en la lucha. En todo caso, se refiere también —y de pasada— a crisis pasajeras, a quiebras definitivas de algunas empresas asentadas en la barriada, y canturrea sí-miles evolucionistas de unas nacen y crecen mientras a otras les toca morir.

A medida que avanza, nota que se está delatando con tanto pundonor descriptivo; que su Montecarlo soñado no se lo arrebataron el cementerio que les colocaron en aquellas laderas de la montaña, ni los humos de las fábricas, ni la incivilidad de los habitantes recién llegados —los últimos que quedan por inculpar del desastre—. Era obvio que la trastada no fue, como ha insinuado, únicamente debida a la desidia y al abandono de los mandamases o bienpensantes, ya que ellos, con su codicia desenfundada, eligieron otro destino para aquel sector tan extenso y sin urbanizar: proyectaron otros planes, llegaron o no llegaron a traducirse en planos, tuvieran o no tuvieran demoras o contratiempos. Tampoco podía ampararse —y le dolía— en supuestas distancias o ignorancias para resarcirse de la pérdida de su Arcadia, ya que a quienes achacaba todos los males fueron santos de su devoción, y cuando tuvo la ocasión, los tuteó o se les acercó. Pero sigue la línea del mar, se detiene en las extracciones de arenas, en baños, en hoteles y merenderos, en *carrilets*, en bidones de gasolina. Y omite, quizás por descuido, las muchas barracas esparcidas que el Consorcio del Puerto Franco se apresuró a declarar ilegales, ya que se plantaron como la única urbanización, por muy rudimentaria que fuese, posible. Tampoco recuerda que el entonces comisario regio de aquel Consorcio, un teniente coronel de Estado Mayor y, a la postre, alcalde, se significó por su entusiasmo en reconquistar el mar para no seguir atentando contra la estética de un paisaje mecido por oleajes azules. Las barracas tenían que desaparecer: así avisaban, amparándose en la ley, de que no se les abonaría cantidad alguna a sus ocupantes. Afeaban y estorbaban, sin más.

A pesar de todo, no renuncia a nada de su ayer, guardado en sus entrañas, y escoge concluir su paseo con el tópico de los peces gordos y los pequeños. Recurre también al discurso manido de la invulnerable evolución del sálvese

el más espabilado. Dobla con cuidado el plano de aquellos años y suelta, sin mirarme a la cara, un «qué podíamos hacer». A continuación, acompañándome hasta el vestíbulo, me despide educadamente.

II. Historias urbanas

Por los mismos años en que las gentes de bien se pusieron a reclamar eso de «¡abajo las murallas!», los oteadores del bendecido progreso se lanzaron a buscar espacios vacíos que rellenar. A tal tarea se volcó precoz una ocurrente avanzadilla de avispados. Para ellos, siguiendo el espíritu de la época, remover anquilosadas ideas —arropándose en la alquimia del progreso de las ciencias— era el primer envite, y procurarse invites y parabienes en los cenáculos de los prohombres, la antesala imprescindible para alardear en busca de padrinos. Lo uno con lo otro, sino adiós a las luminarias.

La ciudad, sí, se quedaba pequeña y los obreros, además, ya sabían practicar huelgas generales. Había costado levantar aquellas moles de murallas que habían asegurado la protección pero, ya atravesado el meridiano del siglo XIX, aquellos baluartes de la defensa se mostraban como una reliquia del pasado y, lo peor, un lastre para seguir el bufido de las metrópolis punteras. Con ellas en pie, el crecimiento se ahogaba, el progreso se envilecía y las rencillas, cuando no las iras sociales, se disparaban. Aquel desbarajuste, donde las mezclas de utilidades y rangos se apretujaban, no podía seguir así, no auguraba nada bueno. El remedio, en aras del progreso y el orden, consistía en poner cada cosa —a tenor de su función y lucimiento— y a cada uno —según su condición— en su sitio. ¡Abajo las murallas!, sin duda. Y ¡a por el llano!, cómo no. El ingenio, a raudales, se desparramó. También, con sus

caudales, el empeño. O se juntaron, dirían los vecinos, el hambre y las ganas de comer: la lujuria y la avaricia.

No tardó la buena nueva: ¡tierra a la vista! Entre los muñidores, un higienista atisbó las excelencias de Casa Antúnez. En aquella amplia llanura todavía poco explotada todo serían ventajas para el traslado de las fábricas, en especial, como recalca, de las más nocivas. La expansión era la premisa de toda posibilidad del fomento sin límite de los negocios y, quizás, la vía que podría sosegar la enemistad entre las clases que intramuros se rozaban y hostigaban cada vez más. Esa moneda, a punto de acuñar, como todas, tenía sus dos caras: el pasaporte para el selecto club de los exquisitos y el destierro para los muchos otros que apoquinaban con los desastres a cuestas.

Para conquistar aquellos nuevos suelos era aconsejable, primero, encontrar argumentos para entusiasmar a cuantos más mejor, incluso a los que tuvieran que perder con la jugada. No era imprescindible, pero convencer, aunque fuese con razones amañadas, no dejaba de ser una de las herramientas para vencer a los otros, para sortear contradicciones. No estaba de más, entonces, encontrar cualquier voz, prestada o comprada, con ribetes de credibilidad y buenos propósitos, con apariencia de neutralidad y sabiduría probada.

Aquel médico higienista, prodigado en el cuidado desprendido de los otros, pudo entonces entregarse sin trabas a la divulgación de las bondades de aires puros, vivificantes, de probables habitaciones menos apiñadas, más espaciosas y baratas, de aguas abundosas. Pudo enumerar, en fin, la ristra de ventajas para los jornaleros si los amos de las fábricas se avenían a mudarlas a aquella marina que, a no tardar, ya no sería ni de Sans ni Sants, sino un trozo más de la gran Barcelona en ciernes. Su empeño en propagar el milagro de los panes, terapia terrenal para persuadir que toda desgracia tiene su remedio, se quedó —que se sepa— sin esfinge ni placa. Pero su tarea cundió y prendió por los prados que vislumbró.

Todos los indicios abundan en la entrada de aquellas tierras en las luces de la Modernidad. Sus sombras, alargadas, que recordarían aguas infectas, suelos yermos, vientos inhóspitos, piratas del saqueo y secuestros, eran los ecos, por suerte, de las tinieblas de antaño. Con el radiante porvenir, se diría adiós a las imágenes de lo terrible asociadas a estados salvajes o abandonados, se arreglarían también las querellas por las propiedades, ya que las autoridades

—y, a su vera, juristas y notarios— pondrían al día las escrituras que habían atesorado dos o tres señores, con sotana o armadura, desde tiempos inmemoriales. Era un suroeste virgen —puede—, pero no por ello había escapado a los dictados de que la propiedad es un robo a resguardo con centinelas del orden armado. Aquel era el legado: mansiones de recreo y torre de vigilancia se acompañaban para marcar el terreno y evitar a extraños mientras pacía el ganado.

Algo o mucho de amnesia también habría. La pulcritud del proyecto, que batallaba contra todo lo malsano, omitió que las fábricas limpias habrían de aposentarse en lo que ya eran prados coloreados por los tintes. Aventajados, los patronos del textil, para saciar la exportación sin freno de estampados de algodón a las Indias, tiñeron con sus indianas el verde de rojo. Los prados rojos vienen de entonces, pues con las fábricas a cielo abierto llegaron unos cuantos obreros. Claro, otra vez, toda moneda tienes dos caras.

¿Aquello podría haber sido Mónaco o Montecarlo? ¿Sueño? ¿Delirio?...

Andrés desprende parsimonia. Parco en palabras, a menudo recurre a monosílabos y prefiere dosificar los recuerdos amparándose en el descuido del hace tanto tiempo. Más bien remolón, esquivo adentrarse en ese pasado de la barriada que ha mamado. Lleva sin moverse de ella desde que la inauguraron, y su abuelo, padre, tío y hermanos mayores fueron de los que manejaron el cotarro. Hombres de ideas y de acción que estuvieron en todas. A él algo le quedaría, pues, por eso se enredó en los quehaceres y trasiegos por salvar aquellas casas. No lo lograron, pero sí consiguieron que les dieran otros pisos allá mismo. En fin, una típica componenda con sus secuelas.

—¿Qué? ¿Paseamos un rato?

A la tercera, ha cedido a nuestras insistencias. Puntual nos esperaba frente a la parada del autobús. Nada más saludarnos ha echado a andar. Es poco amigo de bares, y en la plaza concurrida de vecinos no le apetece sentarse a charlar. Las gentes de allá están endemoniadas con las cosas que han escrito sobre ellas. Es más que recelo lo que les encierra en un mutis generalizado, si cualquiera de fuera insinúa remover recuerdos.

—¡Ya diréis! Aunque me parece que poco os podré ayudar.

La primera en la frente. Después, estirando, estirando, se acuerda de personas, de escenas y acontecimientos. Es deliberadamente impreciso: las fechas

le bailan, los nombres no los acompaña de apellidos ni los mote de nombres, las ubicaciones son vagas —«hacia la fábrica», «por la plaza», «calle arriba, calle abajo»—. Es difícil sonsacarle más de lo que quiere decir.

Con la brega como representante vecinal realizó, sonríe, un cursillo acelerado de historia urbana. En aquellas largas reuniones se repasaron algunos, no todos, de los papeles que se guardan en los archivos y prearchivos municipales, incluso se miraron viejos planos. Había para el traslado de las viejas casas baratas el litigio de la propiedad y los acuerdos que se signaron en los contratos.

—¿Que qué había antes del 29? Pues hasta ahí no llegué, ni hubiera querido. Por marear la perdiz, esos técnicos y gestores son capaces de desenterrar hasta a los muertos. Nada, que nos plantamos, aunque nos costó, cuando nos mostraron las escrituras que ante notario los del Patronato habían firmado cuando la construcción de *las Casitas*. Ya habrá otros que, por encargo o por capricho, se dediquen a husmear en la prehistoria. Si les pagan, bien, o si les gusta, qué le haremos. ¿Y vosotros?

Que la historia es un cuento ya está más que dicho. Entonces, ¿hasta dónde se puede estirar el pasado? A las gentes que llegan a un lugar buscando trabajo o cobijo poca memoria les darán los libros. Si acaso, un compañero o un vecino con más años de estancia compartirán sus recuerdos. «Esto era así, allá había lo otro, o apenas ha cambiado nada». Esos reflejos visuales de las culturas prácticas no son síntoma de ignorancia, más bien indican que prefieren situarse en lo que es y podría ser, pues lo pasado es perdido si no se ha vivido y no se ha estado en los lugares que no se han tocado. ¿Paisaje sin paisanaje?

Con Jaime, el primogénito de la empresa de alimentos sanos, los pasajes por los calendarios de aquel pedazo de tierra cobran brío. Más propicio a la búsqueda de supuestos orígenes, aboga por tejer continuidades aferrándose a que el protagonista era el territorio que, a duras penas, había soportado la sucesión de distintos asentamientos humanos.

Andrés y Jaime no coinciden en nada. La pasta del uno y el linaje del otro chocan en convicciones o creencias. Paradójicamente, Andrés, más desprendido, se apalanca en un trato materialista y mundano del paisaje. En cambio, Jaime, a poco que puede, se muestra un idealista con ramalazos románticos. Con sus algo más de ochenta años, sin embargo, Andrés sigue habitando allá,

prueba de que no logró o persiguió fortuna. Por el contrario, Jaime ya hace algunas décadas que ha trasladado su domicilio familiar, por más que una de sus fábricas todavía permanezca allá. ¿Qué es o podría ser un paisaje bonito? ¿Qué vara o qué rasero miden la calidad de vida? ¿Y el arraigo de quién es? ¿De quien estuvo o de quien llegó?

¿Antes del hombre estaba Dios? No sé. Extrañamente, me he distraído atendiendo las explicaciones de Jaime. Siempre atrás, atrás. Se remonta hasta llegar a unos poblados íberos que trasciende añadiendo «y puntos suspensivos». Le pregunté, sin embargo, si el nombre del paseo donde se instalaron por primera vez era de la Agrícola o Agrícola. Pensaba, cuando todavía carecía de un mínimo conocimiento de la historia de aquellos arrabales, que sería más bien paseo Agrícola, asociándolo a un probable viejo camino rural que enlazaba los campos a la ciudad.

Y no, el nombre no le venía de ese ancestral cultivo de la tierra, sino que se debía a la impronta de otros colonizadores más recientes. A mediados de siglo —y estamos en el XIX—, además de prados reconvertidos en salas despejadas de blanqueo, lavado, tinte y secado de *ropas*, otros muchos palmos rústicos fueron adquiridos por una compañía: una sociedad constituida, precisamente, como Compañía Agrícola Catalana en la que se consorciaron, poniendo sus reales, prominentes terratenientes que nombraron como directores a un par de marqueses. Poseídos por la fiebre del oro, valedores y defensores de sus intereses, se asesoraron con tino y cedieron la dirección ejecutiva a un inminente ingeniero de la implorada escuela francesa. Bajo su batuta predicaron que el próspero negocio de la tierra requería una innovadora explotación industrializada, y que urgía introducir a todo trance los mejores métodos de cultivo y crianza en apropiados establecimientos agrícolas. Entre bambalinas, igualmente acordaron la reserva de repartos parcelarios para la inminente urbanización de aquellos parajes solitarios. En fin, varios pájaros de un tiro.

Por eso, paseo o carretera de la Agrícola. Por eso, también, el mismo año que levantaron el camposanto, otra compañía —ésta de capital francés— construyó el hipódromo. Por eso, antes, haciendo realidad el dictamen de aquel médico higienista, los prados rojos cercados cedieron el paso a los recintos fabriles. Por eso, igualmente, un ingeniero belga se volcó en el mercado de futuros de la aeronáutica.

Por eso, otra familia francesa, siguiendo aquella estela, montaría una gran industria dedicada a los alambres y tejidos metálicos. Y, por eso, vinieron carriles de vía estrecha para trenes de carga de potasas, más almacenes de hierros y más fábricas y grandes depósitos de bencina. Por eso, quien quiera puede rastrear sin demasiado esfuerzo la huella de célebres y emprendedores capitanes de la industria, con sus notorios escarceos políticos, que hicieron mella en la metamorfosis precipitada de aquel rincón. ¿Inmigrantes? ¿Quién sabe?

Sin ningún reparo, se apoderaron de cuanto pudieron para multiplicar sus fortunas. Aunque en los días festivos, en los días de guardar, tronaban contra los desperdicios y nocividades que los tiempos traían: les molestaba la vista del cementerio, el humo de sus fábricas y los críos mal vestidos y descalzos. Muy a lo versallesco, sacaban lustre a las últimas novedades.

—Tendría que haberse apoyado aquel anteproyecto de urbanización rural de la montaña que presentó el secretario de la asociación de arquitectos. No dudó en anunciar que sus criterios primordiales eran la moralidad y la belleza. De ahí su propósito de lograr un gran parque de descollante frondosidad acompañado de otros pequeños jardines esparcidos y que, para asegurar su mantenimiento, se autorizarían únicamente unas pocas mansiones con su debido jardín. Era obvio que, con aquellas cláusulas, la montaña pasaría a nuestras manos.

—No, si ideas y promesas nunca nos faltarán. Se habló también —os acordaréis— de la reconquista del mar y se orquestaron núcleos de opinión que propagaron, bien pagados, el entusiasmo por la belleza y la grandeza de una Barcelona que no le diera la espalda al mar. Hasta se sugirió una especie de ciudad de reposo y recreo que se aprovechara de la predilección de los barceloneses por sus playas.

Entre Mónaco y Montecarlo sería —ahora lo entiendo— una oda que se recitaba en el festival de las vanidades de las buenas familias. Desde su acomodo, querían más, figuraba, a la tierra y el mar que a los habitantes que la poblaran o surcaran.

Las ideas pueden llegar a un folleto, deleitar una conferencia, animar una tertulia, alcanzar incluso la retribución premiada, pero dependen —qué remedio— de los mecenas lustrados. El dinero no se anda con zarandajas, alentará unas y aprobará otras cuando le convenga y, llegado el caso, se postrará, si es

menester, ante la celebridad del lumbreras ya que nunca fue rival, sino socio de inquietudes.

Y no faltaron tampoco días como aquel en que uno de los condes contertulios, empresario pujante también de la prensa escrita, para volver a la civilización ordenó al chófer que apretara el acelerador, con tan mala fortuna que una chiquilla que atravesaba el paseo fue atropellada. Él se marchó, lo esperaban para una reunión sin demora y, a su estela, se despidieron todos los otros. Los vecinos del barrio quisieron reanimar a la cría, pero no tuvieron suerte. Eran los lastres, pormenores, de su venerado hipódromo.

A Andrés alguna noticia le llegó de aquel triste desenlace, pero de los proyectos de la montaña y sus contornos se mofa.

—Ya, casas con jardín, como nuestras barracas. Quien podía, mantenía su huertecillo y hasta tenía su pequeño corral. Y los tiestos de flores tampoco faltaban.

Su familia era una de las que se hicieron un hueco en las laderas de Montjuïc.

—La que caía en la Gran Vía —matiza—. Sólo más tarde, cuando nos trasladaron a las Casas Baratas, tomé mis aposentos en esta espléndida llanura, pero el verde, aunque quedaba, compartía gama con el gris y yo, más que a un paseo Agrícola, me acostumbé a recorrer el paseo de la Industria.

Charlamos, bueno, hablamos más nosotros acerca de nuestras averiguaciones. Y él, tirado de la lengua, menciona que aquellos terrenos donde pusieron las Casitas fueron una donación de unas señoras de la caridad, «las señoritas de la conferencia, que llamábamos». Y añadió:

—Ya sabéis que la gente de bien siempre se ha preocupado muy mucho de nosotros. El fiasco fue —prosigue— que, por papeleos de los chupatintas, nos las quitaron, nos las hicieron pagar.

Cuenta alguna anécdota más, referida a algún chascarrillo de entonces, pero nos emplaza para otra ocasión, pues son de comer pronto y no le gusta recalentar los platos ni hacer esperar.

La historia de aquellas Casas Baratas se las trae. Y no la hubiera habido si no fuese porque, con los envites de la Exposición Internacional de 1929 para ennoblecer la Gran Barcelona, no se hubieran decidido a la reconquista, tan-

tas veces aplazada, de la montaña pérdida. Se prometían fondos —por más que después dejaran deudas— para que expositores y forasteros gozaran de palacios y pabellones, pueblos españoles y teatros, paseos, jardines y fuentes. Aquellos lujos de la lujuria topaban, a su pesar, con un lunar o borrón, ya que la espectacularidad opulenta del brillante certamen acarrea, antes, afrontar el desparrame de las barracas que se habían construido con anterioridad.

A partir de ese pistoletazo todo fueron improvisaciones y prisas. Y ya se sabe que a río revuelto ganancia de pescadores. En la trastienda de la preparación de la Exposición empezó a fraguarse —de cara a la galería— una de las tantas urgencias inaplazables que se barruntan cuando toca abordar un problema enquistado y de honda preocupación. Le llegaba el turno, por carambola, a la habitación obrera. Las administraciones ya contemplaban la cuestión, decretaban leyes, celebraban simposios y discurseaban, aunque el colofón era siempre el mismo: las arcas estaban vacías y había otras prioridades. Sin embargo, la agenda ya no permitía dilaciones ni prórrogas, tocaba higiene pública que era sinónimo de limpieza social. Se ingenió, para salir del paso o aprovechar la ocasión, la precipitada constitución de un específico Patronato de la Habitación que, a principios de febrero de 1927, contó con el empujón del correspondiente real decreto.

Tratándose de casas, como es normal, la tarea la iniciaron por el tejado. Rápidamente se configuró una reluciente junta, donde platicarían más de treinta señores del club de los selectos y, entre sus vocales netos y electivos, se designó un reducido comité ejecutivo delegado que estaría por las faenas encomendadas. En la cúpula de ambos órganos se instaló, como Comisario Regio y Presidente, el entonces Gobernador Civil y Teniente General Milans del Bosch. Si no bastara esa premonición, junto a él compartían asiento la flor y nata de bancos y cajas, de instituciones económicas y sociales representativas de la industria, el comercio, la navegación y la propiedad; y el Rector y los decanos de colegios de abogados y notarios y el Marqués de la Foronda —el de los tranvías— y el Comandante de Marina y el Gobernador Militar y el Obispo y el Presidente de la Audiencia y el de la Diputación y el Alcalde y algunos concejales... Con esa lista mayúscula no es de extrañar que, en el acta de constitución registrada en el solemne salón de Carlos III, sito en el Gobierno Civil, se recogiera que su «Comisario Regio y Presidente» había

disertado que lo práctico y beneficioso del Patronato estaba garantizado pues por algo estaba representada en él Barcelona en todo lo que tiene de más culto, distinguido y eficaz. El alma y la vida de la ciudad, como le gustaba decir al Gobernador, podrían disponer de un tiempo en los puntuales plenos trimestrales o en las reuniones o sesiones más asiduas del comité, con sede primero en la oficina provisional de la calle Junqueras —cedida por la Delegación Regia del Trabajo— y, al poco, ya en la plaza Cataluña.

Meses más tarde, en junio, otros corrieron al Registro Mercantil de la provincia a inscribir la Sociedad Mercantil Anónima Fomento de la Vivienda Popular. En los estatutos indicaban que procurarían la realización de los fines de la legislación de habitaciones baratas, para lo que se disponía a cuantos compromisos, actos, pactos y contratos con gobiernos, ayuntamientos, diputaciones y sociedades particulares fuesen precisos. Las casualidades de la vida habían propiciado que una combinación inteligente de banqueros, abogados, constructores y periodistas avistaran las oportunidades de negocio que deparaban las penalidades de los pobres. Para nada les contrarió que, con nombre tan benéfico ni con propósitos tan loables, el Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria catalogara su empresa de lucrativa —al menos no invalidaba la posibilidad de acogerse a cuantas solicitudes de ayudas o exenciones precisasen—. Prestos, abrieron su despacho en la céntrica rambla de los Estudios, junto a la sede de uno de los bancos patrocinadores, y se dispusieron a mover los hilos de las influencias.

La estrecha alianza no tardaría en sellarse. Quizás fuera por las amistades de los arquitectos Turull, del Patronato, y los Sagnier, por Fomento. Probablemente, también jugara a favor que unos y otros compartían consejos en entidades financieras y empresas, o que se encontraran en patronatos y asociaciones gremiales, políticas o religiosas. O, tal vez, confluyeran los imperativos del pragmatismo que exigían sortear cualquier cortapisa y agilizar la operación allanando la gestión y ejecución de las obras. Por eso, ya a finales de mayo de 1928, las riendas fueron traspasadas rubricándose ante notario: el Patronato no perdería su personalidad jurídica pero le cedía a Fomento el timón de la vivienda popular. Más valía dejar las cosas claras y reconocer que aquella transacción venía ya de antes. La escritura del contrato firmada apenas modificaba el provisional, redactado en enero y donde se fijaba el reparto. En abril, el ge-

rente del Fomento ya le había comunicado al teniente general que, cuando ordenara, empezaría las obras sin dilación. El texto del folleto, bien editado, que puso en circulación el Patronato para propagar su misión y preparar la visita del ministro Aunós, coincidía curiosamente con el que ya les había presentado la Sociedad Mercantil justo un año antes en las bases de la negociación.

En tiempos de dictadura militar no se podía, insistían, perder el tiempo divagando ante tan difícil cometido. Menos aún, atreverse a airear irregularidades o discrepancias. Tanto daba que en el concurso, sin subasta, se dejara en la cuneta a aquel arquitecto que después de proponer, años atrás, una urbanización rural de la montaña para los opulentos, también pusiera ahora a disposición sus habilidades para dotar a aquella llanura de casas humildes para obreros sin recursos. Ni que a otro arquitecto de renombre, amparado por tres bancos, sólo le dejaran el derecho al pataleo, y eso que acudió acompañado de un notario; pero a ambos los despacharon sin miramientos de la reunión. El hueso más duro de roer fue, sin embargo, el propio Ayuntamiento. Por más que estuviera representado en el Patronato, pues el alcalde era su vicepresidente, se enrocó en dificultades económicas para distanciarse del cometido común —un modo, como otro, de no ceder a lo que se consideraban injerencias en las competencias municipales—. En esa tónica nada cordial, desde el Patronato, a cambio, se achacaba a los ediles una sistemática obstrucción, a la vez que les recordaba que los dineros se les iban de las manos. Y es que los catorce millones y pico de pesetas que tenían para ser destinados a las Casas Baratas prefirieron invertirlos en la construcción de tres hoteles en la plaza España para la Exposición.

Las menudeces aquellas se dejaron de lado. Es más, se estipuló que, sin demora, arreciara la campaña contra la *barracópolis* que se había adueñado impunemente de la montaña de Montjuïc, aunque con la discreción de dejar en un segundo plano las barracas esparcidas por el resto del término municipal, pues éstas no afeaban las miradas de los forasteros. Con este fin, se exageró cuanto se pudo el «vergonzoso hacinamiento humano en hediondas barracas, de aspecto deplorable cual aduar africano, donde proliferan bandadas de chiquillos harapientos o completamente desnudos conviviendo en continua promiscuidad». Un panorama, profusamente retratado, que ningún forastero resistiría y menos cualquier alma con un mínimo de moral. La misiva, con

tono marcial, era que erradicar esa plaga social debía ser reputada como una gran obra humanitaria y patriótica; si bien otros retocarían «humanitaria» por «social» y algunos añadirían por devoción el calificativo de «cristiana». Entre bambalinas, yendo al grano, se decían o escribían otras motivaciones, como cuando el comisario regio apremió al ministro a auxiliar, con disposiciones especiales, a la resolución del problema que no consistía solamente en proporcionar habitación adecuada a un número determinado de familias, sino que era especialmente un tema social, ciudadano y hasta moral; lo que intentó subrayar manifestando que «las actuales barracas son foco de todas las rebeliones, de todas las infecciones y de las más espantosas inmoralidades».

Sin terrenos no había operación posible, así que había que adquirirlos a toda costa. Las leyes, a tenor del interés general de la construcción de viviendas humildes, ofrecían la prerrogativa de la expropiación forzosa, pero las gentes de bien que lideraban el Patronato prefirieron obviarla, saltándose a la torera incluso uno de los artículos de su reglamento de régimen interior. Sería que alguno de sus socios o amigos podría sacar tajada y hasta ser homenajeados si tasaba sus propiedades a la baja, atendiendo a la noble causa de la compraventa. La llanura aquella, a los pies de Montjuïc, volvía así al candelero, pues algunos propietarios de por allá se apresuraron a ofertar sus predios. Y Andrés, como alguno de sus vecinos, andaba errado. Aquellas tres damas, Isabel, Ana y Gertrudis, podrían ser caritativas, sin duda, pero representadas todas ellas por Francisco Vives —ingeniero con cargos notorios en la escuela y asociación de su corporación— lograron vender a diecisiete pesetas con cuarenta y nueve céntimos cada uno de sus metros cuadrados. No eran ajenas a las buenas familias. Una de ellas estaba emparentada desde hacia tiempo con un marqués presidente del pomposo y exclusivo Círculo Ecuéstre. Quizás por ello pudieron incrementar sus beneficios, por más que un certificado del catastro refrendara que los terrenos colindantes o inmediatos a los que iban a adquirirse tenían un valor medio de diez pesetas el metro cuadrado. Y también obviar que un inspector provincial de trabajo manifestara, tras su visita a la zona, que los terrenos elegidos eran bajos, húmedos y extremadamente caros, dada su situación, y que recomendara, por más premura que hubiera, que el Estado no sufriera carga excesiva alguna; es decir, que alentaba a que se rebajara el precio o que se recurriera sin tapujos a la expropiación. No, An-

drés, no. Aquellas señoras no os regalaron nada, más bien entre unos y otros os dejaron a merced de las riadas que os sacudieron, por más que proyectaran rasantes y colectores.

Los éxitos de aquellos esfuerzos bien merecían una sonada celebración. No vendría de una distracción o despilfarro de más dinero. Se orquestó así el día de la colocación de la primera piedra aprovechando el jolgorio de la verbera de San Juan. El ministro, sin duda, acudiría con gusto a su tierra natal, sobre todo porque, rindiéndole todos los honores por los favores prestados, se había decidido a ponerle su nombre al primer grupo de viviendas que se inauguraría. A las doce y pocos minutos del mediodía, la solemne ceremonia arrancó con la misa de rigor, siguió la clásica paletada de las autoridades y se cerró con elocuentes discursos. El que levantó mayor y prolongada salva de aplausos lo pronunció el secretario del Patronato. Breve y conciso, tuvo tiempo de aludir a nidos de dolor, a un inmenso campamento con viviendas abigarradas del ejército de desheredados que ha puesto sitio a la gran ciudad, a una inmundicia choza-guarida no inspeccionada de gente indeseable y, al final, tras dar públicas gracias a una retahíla de cargos, cerró, como en los libros santos, advirtiendo que la justicia del rey es la paz del pueblo. Aquel secretario bien merecía el nombre de otro grupo, de modo que se lo concedieron. Nadie podía discutir su constante dedicación a la tutela de la infancia descarriada, por más que esa fe tuviera que compaginarla con sus cargos en los consejos del Banco de Cataluña —como presidente— y en el de Crédito Local, o en empresas editoriales, constructoras, de importación de maderas exóticas y de ferrocarriles. A las dos, como era el día más largo del año, llegó la hora del banquete mirando al mar. En el gran casino del balneario San Sebastián concurren unos ciento cincuenta comensales, que se deleitaron con un menú muy exquisito y esmeradamente servido. Fue un gran día. Por eso descorcharon champaña. Ni Ramón Albó, «Excelentísimo Secretario», ni la ilustre señorita María López de Sagredo lo olvidarían.

Con las prisas por colocar aquella primera piedra o por celebrar el banquete, se descuidaron de que carecían de un proyecto perfilado. Tanto daba. Hasta mediados de agosto de 1928 no se tramitaría el proyecto definitivo del primer grupo de habitaciones, para un total de seiscientos dieciséis viviendas capaces para una población aproximada de tres mil habitantes. En la instan-

cia en que figuran estos datos se redonda, además, en que, buscando ante todo la mayor economía en su coste, es un proyecto a base de la mínima expresión de urbanización para hacer posible la habitabilidad de las viviendas. Y, como la burocracia de los ministerios era más lenta o procedía de modo más minucioso, habría que esperar hasta un poco antes de navidades para que llegara la aprobación de los terrenos y la calificación condicional del proyecto de obras.

Las obras, ajenas a los vaivenes de los portafolios, no tenían por qué detenerse. Como fuera, antes de que el Rey diera por inaugurada la Exposición, debían estar acabadas. Prohibido, entonces, en esa carrera, atizar incumplimientos, mencionar deficiencias, aludir a los trapicheos con los materiales o insinuar cualquier otro asunto nimio. Ni chistar —alertaba el marqués de Estella— de lo contrario se arbitraría la deportación. Como les sucedió a los obreros de la construcción que iniciaron en enero una huelga en las obras de la Exposición y en los grupos de Casas Baratas, a quienes les prepararon trenes especiales con destino a Burgos, León y otras provincias castellanas por si seguían en sus reivindicaciones. En Barcelona, advertía el dictador Primo de Rivera, no se podían albergar ni vagos ni perturbadores; en aquellas circunstancias, estaba comprometido el prestigio de la ciudad y del Gobierno. Para los pobres, la nobleza y lo militar iban a una.

Las casas del primer grupo se entregaron en mayo de 1929. Con la rapidez que se proyectó y realizó la obra no dio lugar —se excusaban los patricios del Patronato— a confeccionar los complementarios proyectos de escuelas, guarderías infantiles, cooperativas de consumo, capillas y el preceptivo cuartel de la Guardia Civil, por más que se considerasen de imprescindible necesidad. Lo cierto es que el dispendio exagerado en la adquisición y preparación de los terrenos había consumido mucho más de lo previsto en el capítulo de gastos. Incluso las casas edificadas se habían construido a un precio más elevado del concertado, como consecuencia de los beneficios que, sucesivamente, habían ido acumulando sobre el coste real de las obras tanto aquel lucrativo Fomento de la Vivienda Popular —adjudicatario de las mismas— como el otro Fomento de Obras y Contratas al que le fueron destajadas o subrogadas. ¡Cuánto fomento!

Los nuevos moradores, desinfectados ellos y sus escasos enseres por el personal de la Junta de Damas del Patronato encargado de la administración y

amueblamiento de las viviendas, fueron alojándose en aquellas casitas que tanto habían costado. Eso sí, poco antes, preparando la merecida bienvenida, habían sido desalojados de las barracas por los tricornios de la Guardia Civil. Pero ésa es la otra historia de la Casas Baratas, las páginas de sus gentes.

III. ÉI

De él casi nada se supo. Uno más de los anónimos acompañado del garbo propio de los modosillos. Tal como llegó, se iría. Cuerpo pequeño, carnes apretadas y huesos a la vista, algo encorvado, ojos entornados en su permanente «afijarse» en rostros y paisajes. De paso, siempre de aquí para allá. «Era de la broma» que retorció el mal tiempo en buena cara; no por sus chistes, sino por el ingenio con el que remataba los decires de los otros. No levantaba la voz —dicen— sino para soltarse unos cantes, de los de quejíos profundos y garganta castigada.

Sólo quedan, que se acuerden de él, algunos familiares y, además, mucho más jóvenes. Poco sabían —dicen—, ya que nunca paraba quieto en ningún sitio. Hasta su hijo, el segundo, que nació en Barcelona —en las barracas de Montjuïc que lindaban con el estadio—, sólo guarda en su retina algunas escenas trocadas por el paso del tiempo y marcadas por el afán de supervivencia. Él también insiste en que «iba de aquí para allá», con aires poéticos lo asocia a un pájaro que salta de rama en rama o, más prosaico, se atreve a emparentarlo con las cabras asilvestradas que sólo bajan del monte cuando les puede la sed. O sea, de uvas a peras.

¿Nómada, inmigrante? Por el padrón de aquellos años quedaría reseñado como inmigrante y jornalero. Y murciano, con las comillas y sin ellas. Al Juan se le daba bien el cante pero no era minero. Su padre había sido marinero, fogonero preferente en la Armada que, a bordo de cruceros y acorazados, surcó

el norte de África y llegó a embarcarse para América buscando la cantidad de dinero que le ayudara a retirarse. De poco le sirvió, pues, cuando lo logró, la salud desgastada por tanto trajinar máquinas y tragar humos le dijo basta. Antes de su muerte, probó a instalarse en Barcelona. Abrió una bodega frecuentada, entre otros, por su paisano y compañero *el Guerrita*, pero, al poco, tuvo que traspasarla pues prefirió pasar sus últimos días en su tierra —en Cartagena— y olvidarse de aquellas callejuelas del Barrio Chino barcelonés. Al padre de Juan se lo llevó algo parecido a un cáncer de hoy. Su nieto recuerda que con su padre y unos primos fueron a despedirlo, ya postrado en la cama, embarcándose de polizontes gracias, precisamente, a los conocidos del abuelo.

El hijo de Juan sólo menciona cariños, bondades y destrezas de su padre. De la barraca se ríe de las goteras, pues los cubos que se ponían servían para regar las acelgas y los cuatro geranios. Del barrio aquel y sus empinadas cuestas, dice que era más difícil aguantar el equilibrio en las higueras, ya que sus ramas eran traicioneras, y más miedo daban los perros que, además de ladrar, mordían a la que te despistabas. Que el frío te lo quitabas arrimándote a las ascuas del brasero, con cuatro carreras o hasta con los boniatos que se soltaban en las habituales peleas: «y en el camastro, como no sobraba sitio, apretujados, ya dirás». Del padre otra vez repite que iba de aquí para allá, que poco lo veía.

No sabe, «a ciencia cierta», por qué se vino. A su hermana, la mayor, que le llevaba cuatro años, la tuvieron allá, en un barrio de las afueras de Cartagena.

—Se vendría —sale del apuro de tanta pregunta incisiva— a probar. No era nada amigo del trabajo y, todavía menos, del encierro bajo un techo o bajo las órdenes de quien fuera. Espabilado para su tiempo, lo era; leía y escribía, no sé si mucho, pero más que yo, seguro. Alguna vez me dejó ir que la vida de su padre no merecía ser vivida, que por eso él rechazó mirar de colocarse en los astilleros. Algo llevaría, seguro, en su cabeza. Aquí, que recuerde, algún trabajillo, y corto, en alguna obra cuando había faena. Pero él prefería cuidarse de los plátanos: los conseguía verdes, a través de los mayoristas a los que había tratado trabajando esporádicamente para ellos; y, después, dale que dale con sus manos a madurarlos para venderlos por las calles.

Se dedicaron a lo que se llama venta ambulante y que tantos problemas les dio con los guardias de todos los uniformes, emperrados en requisarles a la

mínima «la mercancía» y conducirlos al cuartelillo nada más que alzaran la voz contra sus tropelías. Se le escapa una sonrisa cuando cuenta alguna de sus batallitas, como aquella en la que su madre —mujer de armas tomar— casi se lleva de un mordisco un dedo de uno de los de Asalto cuando pretendía arrebatarse los ajos.

—También se iba por los campos: recogía hierbas, caracoles... Era en ese oficio un maestro liendre. De hecho, en el barrio se le conocía bien por *el Platanero*, *el Caracoler* o *el Farigola*. Ya te digo, de aquí para allá. Antes no teníamos tanto transporte público. Cogíamos el coche de San Fernando, «un ratito a pie y otro andando», y por eso andaba siempre por ahí: primero para recoger y luego para vender. Para los caracoles, por ejemplo, salía siempre ya después de echada la noche —con la lumbre del carburo— y se retiraba cuando clareaba. Eran las mejores horas, tanto para el caracol como para no toparse con los payeses. En el saco siempre volvía con alguna patata, garbanzos, *mongetes*, lo que pudiera pillar. Eso sí, era muy cuidadoso; de cada planta sólo arrancaba lo mínimo y lo dejaba todo tal cual, sin estropicios.

Alaba los potajes que se hacían y en los que no faltaban las silvestres acelgas boscanas de los manojos que no había podido vender. «A diez céntimos», puntualiza.

—Fue la madre —deja ir sin excesivos remilgos— la que por esa vida suya tuvo que apechugar con nosotros como pudo. Nosotros, sin embargo, contentos cuando volvía, con sus carantoñas, sus bromas y algo que llevar al puchero. Las patatas que nos hacía al vapor eran pura mantequilla. Preparaba una olla grande con poca agua, la justa; colocaba, atravesadas como si fuera la base de un cesto, unas cañillas y encima dejaba las patatas. Después se cuidaba de ventear el fuego, tratando de que no se apagara pero que tampoco se arrebatará. Un manjar. Con ella tenía sus más y sus menos. Era de pocas ataduras y no se avenía al carácter de ella, o eso parecía, porque tanto los veías como tortolitos como echándose todos los trastos encima. Tras las discusiones desaparecía, con la excusa o no de ir a ganar algo de dinero. Así fue, que recuerde, todo el tiempo que estuvieron juntos.

Por una de sus trifulcas abandonaron aquel barrio de casas bajitas dichas baratas. Dependían de la venta ambulante y ello significaba madrugar para llegar al Borne, cargar con los pañuelos al hombro hasta el mercado de la

Boquería y, después, retirada para volver a empezar. Salían al amanecer y volvían ya anochecido. El trayecto era caro y largo, pues de la parada del 48 hasta casa, o al revés, tenían no menos de veinte minutos. Y la Carmen no podía ni cargar con los críos, por más que los mayores pronto se envalentonaron, quisieran o no, con el oficio. Así dejaron aquella casita, pequeña, pero con su patio, su manguera para regar y mojarse y se despidieron de los vecinos con los que compartían la calle como patio público. Con la mudanza salieron perdiendo, pero no les quedó otro remedio. Se acuerda de que volvieron ya acabándose la Guerra y no sabe si fue porque allá caían menos bombas o era más fácil protegerse, o porque la vida resultaba menos difícil al haber campos y huertos por los alrededores. Después, alguna vez —no muchas—, se acercaría a visitar a tíos, primos y conocidos.

—Pasara o no pasara por casa, yo sabía dónde encontrarlo. Detrás de la Boquería, dando a la Garduña; en la bodega, tocando a San Agustín o en casa de los tíos en las Casas Baratas. A veces me iba con él a recorrer los campos de por el Prat o allá, a Sant Feliu, donde se había medio arreglado una cueva, debajo de la carretera, donde hacían los ladrillos. Mi madre no se molestaba por ello, entre que pensaría que uno menos que alimentar y que se haría que los hijos también tienen sus preferencias. Pero tampoco hablábamos mucho. Me enseñaba a aprender a pisar la tierra y remover las huertas sin dejar rastro, a escoger entre los distintos tipos de caracoles, según la temporada y los precios del mercado, a seleccionar y secar las plantas para hacer luego los hatillos. Se deleitaba mirando el cielo estrellado, entonando una cancioncilla o contando cualquier historia. Hacía, eso sí, comentarios acerca de la buena y la mala gente, y acababa siempre con lo jodido que andaba el mundo, pero que algún día eso cambiaría. Cuando la Guerra, alguna de las veces que bajó del frente, también estuvimos por Sant Feliu. Era una noche de bombardeos y con la chivata (la luna) en plenitud. Mientras me hablaba de los aviones (los chatos, los moscas...), me comentó que empezaba a estar harto, que él no se fue de miliciano para lo que estaba pasando. Se quejaba del frío, de tanto hambre, de pocas armas y menos municiones, de los mandos a los que se les habían subido los galones, de que caían como moscas... Desde aquel día lo vi más por la ciudad, pues subía y bajaba del frente más a menudo. Estuvo también unos días en un hospital que habían apañado en Montjuïc, allá por don-

de la Exposición, pues se le congelaron los pies cuando la batalla de Teruel. Creo que al final dejó el frente y que se puso en la construcción de refugios antiaéreos, cerca de la CAMPSA.

Y si le pregunto por la revolución, me responde:

—A mí no me preguntes por esas cosas. Hace tanto tiempo. Yo estaba para ir tirando, pues si los primeros meses la vida se nos arregló bastante, pronto se volvió achuchada. Al menos para la gente como nosotros. Y él, ya te he dicho, iba de aquí para allá y tampoco hablaba mucho. Lo justito y te lo soltaba entre medias de la conversación o a bote pronto.

Es todo lo que me ha dicho cuando le insistía por la vida de su padre, no tanto en referencia a los quehaceres cotidianos, sino a su vinculación, si la tuviera, con los aires revolucionarios que agitaban la ciudad y, en especial, en aquel barrio donde vivían. Y eso no sólo desde aquel verano del 36, sino desde años atrás.

—De algo te acordarás, ¿no? Aunque sean anécdotas de crío, algo que te hubiera contado tu madre o cualquier otra persona. Tu tío mismo, el Pedro, que se vino de Francia y dejó la vida frente a Belchite.

—Mira, antes de aquel domingo, cuando ellos iban a dar el golpe y les dimos revolución —no sé si sería el viernes o el sábado—, me encontré a mi padre cerca del mercado de la Boquería. Había bajado de Sant Feliu, donde se había estado un tiempo, y me dijo que esa noche nos fuéramos pronto para casa, que no nos estuviéramos por la calle. Él no apareció, ya que según nos contó se marchó para las Casas Baratas. Aquel domingo de festivo no tuvo nada, pues se lió una de tiros que duró hasta el lunes o el martes. Bueno, la fiesta se celebró después, las calles llenas de gente con el puño en alto, los coches y algunas camionetas pitando sin parar. Parecía mentira, pero habíamos empezado la Revolución. A él no sería hasta el martes o miércoles que no volví a verlo. Estaba a cargo del control de una cola en lo de los abastos, o haciéndolo ver, porque por más que llevara un fusil al hombro no le ponía mucha atención a la faena, o le venía grande. No estaba hecho para aquello, no le gustaba levantar la voz y las mujeres, con mil excusas de prisas por niños enfermos, se lo bailaban. Sería torpe, ni mandar ni ser mandado quería. Al poco, y por lo que me dijo tu abuela, se enroló con los que se marchaban hacia Zaragoza. Estaría cerca de la capital, ya que mi madre y tu tío Antonio fueron

a verlo a Sástago y con él se estarían una semana. Volvieron, de eso sí que me acuerdo, con una caja de hojalata llena de galletas que no sé de dónde sacaron.

No hay manera de que suelte prenda más allá de los tópicos manidos y de sus preocupaciones por un estómago lleno. O quizás, como asegura, no hay más cera que la que arde. Su padre, culo de mal asiento, andaba poco por casa y, de lo que hiciera fuera, daba pocas señales. Probablemente respondería al patrón de ciertos hombres de aquella época, en el que la filosofía del doble rasero les consentía entregarse a sus actividades, por más militantes que fueran, y descuidarse de lo doméstico. Él arruga el morro y viene, en cierta medida, a justificarlo por más que le ponga ciertos reparos. Esa respuesta resignada volverá a aparecer en muchas otras conversaciones con otros hijos de otros padres comprometidos en aquel proceso revolucionario. Ha sido una cuestión que poco a poco me ha ido haciendo mella y carcomiendo con sus interrogantes. Creo tener claro que no se debe idealizar los comportamientos de aquella gente, pero tampoco quisiera inclinarme por interpretaciones al estilo de la psicología de las masas que condenan de antemano cualquier tentativa de transformación revolucionaria de una sociedad insoportable.

Hablando con el hijo de Juan, entiendo que entre ellos no hubo otra transmisión abierta de experiencias más que las requeridas para el bregar contumaz del día a día, y no tanto por medio de la voz sino del gesto. La familia obrera de entonces podía ser, o no, una unidad de convivencia para la supervivencia, pero reservarle un papel preponderante en la crianza cultural ya es más discutible. Ese bagaje se picoteaba. Lo que cada uno iba aprendiendo, o no, luchando por la vida, estaba asociado también, o sobre todo, al deambular por la calle, al frecuentar los lugares de encuentro, al ponerse a trabajar a edades tempranas con otros. Aquellas familias —quizás transitando hacia un entorno nuclear que habría de girar alrededor del padre y de la madre y pocos hermanos— todavía eran por fuerza de las circunstancias demasiado extensas, tanto en el número de miembros como en las relaciones con lo que les rodeaba, como para encerrarse en sí mismas.

No, no deseo deslizarme por esas vías tan intoxicadas de una psicología o una sociología empapadas de orden. Empecé esta travesía buscando, entre otras cosas, cierto hilo de la historia que no creía que pudiera haberse truncado únicamente por el colapso de la derrota que tan duramente los castigó. O

sea, que vuelvo a la carga y le muestro algunos papeles que he encontrado sobre su padre y le comento, de paso, otros hallazgos que he ido recopilando entre archivos y hemerotecas.

—Tu padre nació a finales del siglo XIX —sí, cuando la crisis de Cuba y demás—. Rondaba los cuarenta años en el momento de la Revolución. No era precisamente un crío para correr a entregarse a los entusiasmos o a la aventura de aquellos días, y menos en sus primeros momentos. Decías que en los días previos, además de avisado, estaba preparado para lo que sucediera, y no sé si sabrás que en el consejo de guerra que le hicieron lo acusaron de estar desde los primeros momentos en las barricadas y de participar en el asalto al cuartel de los Zapadores, que estaba tocando a la estación de Magoria. Y además con arma larga. Lo del arma larga te puede parecer una tontería en boca de aquellos militares que se lo querían llevar pa'lante, pero resulta que armas tenían muy pocas quienes se dispusieron a responder al golpe de Estado faccioso y menos largas; para ellos, quienes las llevaban encima eran individuos significados en las filas proletarias. En el mismo sumario también lo acusan de ser miembro de las patrullas, y tanto da que fuera cierto o no, porque patrullas hubo muchas, de todos los colores y calibres, «oficiales» o no; aunque resulta extraño que tu madre, en una de sus declaraciones, dijera que su marido no fue de patrullas sino del Comité de Defensa.

Sin decir nada, se levanta a por un vaso de agua. Es su manera de interrumpir la conversación, de escabullirse. A la vuelta, intentará cambiar el tema. Entiendo que me he liado demasiado preguntándole por esas cuestiones.

Los avatares del orden revolucionario todavía son un enigma. Tema delicado, considerado el apartado más escabroso de aquel corto verano de la anarquía, ha dado lugar a muchas leyendas pero a pocas incursiones orientadas por un mínimo de rigor. Sorprende, por no decir que irrita, cuántos prescindan del contexto revolucionario y de guerra social en el que se precipitaron los acontecimientos. Más enojosas son todavía las escrituras que abundan en pistoleros anarquistas, cuando las armas se convirtieron en la lengua de cambio para todos los contendientes que combatían en un supuesto mismo bando. En aquel magma, las conocidas como Patrullas de Control, o patrulleros, sólo emprendieron su definitiva andadura oficial en la primera quincena de agos-

to; y, para sus filas, todas las organizaciones aportaron afiliados o simpatizantes de confianza y se avinieron a repartir delegados para cada una de sus secciones. Antes de aquel acuerdo y después habría otras patrullas de unos y otros, de unos contra otros. La Carmen, intentando sacar a su marido de la quema por su condición de patrullero, igual no consideró que el reconocer que había participado en los Comités de Defensa confederales era una acusación de grado mayor.

Los verdugos con o sin toga, con o sin uniforme, todavía podían recurrir a las listas oficiales de Patrullas de Control —dependientes de la Consejería de Seguridad Interior— que se habían agenciado. En ellas no constaba Juan. Pero bastaba cualquier delator que lo hubiera visto con una vestimenta de pana o paseando arma larga para que ingresara en el rango de los patrulleros tildados, para peores males, de incontrolados. Y si su mujer, para salvarlo, lo asociaba a los Comités de Defensa, todavía más. Aquellos Comités de Defensa habían ido conformándose, con altibajos, desde antes del estallido revolucionario; y si bien para sus acciones se atenían a las orientaciones de los órganos confederales, su composición, por necesidades obvias, era desconocida. A ellos se asocia, además, la preparación o al menos la predisposición a no dejarse derrotar otra vez por el ejército. Desde luego, un elemento de los Comités de Defensa era una pieza codiciada para aquellos auditores militares dispuestos a erradicar de cuajo cualquier atisbo de rebelión.

—A mí no me suena eso de los comités o cuadros de defensa. Que en el barrio corrieran las armas, sí que se sabía, y más de uno tuvo que salir por piernas en plena madrugada, cuando los de Asalto venían a hacer sus redadas. Más de uno del barrio también se pasó, por tenencia de armas, sus días a la sombra en el hotel de la calle Entenza, en la Modelo. De mi padre, no lo sé; como no sé tantas otras cosas. Por sus amistades, ahora que dices, bien podría ser.

Tanto da, a estas alturas, probar su pertenencia a los Comités de Defensa o hasta su simple adscripción a los círculos de confianza. Quisiera insistirle en que si su madre —que, según él, en aquellas cuestiones estaba al margen— los nombró, es que no le eran del todo desconocidos. Estuviera implicado en el grado que fuera —prosigo diciéndole—, todos los indicios señalan que alguna cosa tuvo que ver con el anarcosindicalismo, pues un hombre de su edad

no se tira a la calle así como así. Él mismo reconoció en su primera declaración de marzo de 39 que estuvo en las barricadas y con arma larga, pero que lo hizo forzado por los jefes de la FAI. Su hijo argumenta que todo lo que leo es poco de fiar por la somanta de palos que le arrearón.

—Qué iba a decir con aquel miedo, ¿te imaginas tú en aquella situación? Aquellos criminales no se andaban con chiquitas.

Puede que sí, que estuviera atento a los preparativos, luego presto en las barricadas de madrugada y en el largo día que le sucedió, y después en las colas. Todo eso, si fue así, se lo calló o no se sabe con quién lo compartiría. En las patrullas ya es más difícil. Entre los papeles de Salamanca he encontrado unos recibos que dejan constancia de su paga como miliciano. Su mujer, la Carmen, cobra a finales de septiembre algo más de trescientas pesetas que es lo que se correspondería con un mes en el frente, pues les daban diez pesetas por día. El subsidio, a cargo del Comité Central de Milicias Antifascistas, lleva como aval el membrete y un par de firmas del Comité Revolucionario de la Barriada del Prat Vermell, que era así como denominaban al conjunto de Casas Baratas de Casa Antúnez. Además, se reflejan las señas de su paradero entonces: Columna Hilario Zamora, en Sástago. Por eso resulta difícil, si no imposible, encontrarlo entre las Patrullas de Control. La Columna Hilario Zamora —que a la que se estabilizó el frente de Aragón se convirtió en una agrupación del Sector Sur Ebro o Columna Ortiz— fue conformándose a partir de la confluencia en el asedio a Caspe de los que entonces se rotularon como «impacientes», grupos de milicianos que, tras pasar por Lérida, se lanzaron a liberar Zaragoza incluso antes de que se organizara la primera columna confederal con la que marchó Durruti. Entre la gente que fue engrosando aquella Columna —comandada por el sindicalista del metal Hilario Esteban y el capitán Sebastián Zamora—, curiosamente, constan unos cuantos que procedían de aquellas Casas Baratas. Incluso algunos compartieron grupo y centuria con Juan, lo que indica, casi con toda seguridad, que marcharon juntos a los pocos días de derrotar a los facciosos en Barcelona.

Tampoco importa mucho que a su hijo le señale que su padre, aun con la edad que tenía, quisiera estar en primera línea para que aquel mundo que le había tocado vivir cambiara de raíz. Él me dirá que qué más da. La Guerra se perdió del todo en el 39, pero los jerifaltes se empeñaron en no ganarla o

perderla mucho antes. Y la Revolución —se lamenta— comenzó a ir a menos a los pocos meses y se fue al garete tras aquellos Hechos de Mayo, en el 37.

—Los racionamientos, justificados o no, nos hacían la vida imposible; pero los enchufados o los que tocaban dinero, los que la *billaban* —me guiña un ojo mientras se frota el dedo índice sobre el pulgar—, esos sí que no pasaron hambre, se daban sus buenos banquetes. En la retaguardia mucho espabilado se dio una gran vida, mientras otros, como mi padre, las pasaban canutas batallando en el frente mal alimentados y peor vestidos. No aguantábamos tanto señoritismo nuevo o viejo. Nos sacaban de quicio los estraperlistas. Mirábamos de apañarnos, pero el cabreo iba cada vez a más. Nosotros para poder cocinar, ya que la cocina era de aquellas económicas, o para calentarnos un poco teníamos que subirnos al Tibidabo; cepillábamos la leña que podíamos, y luego Balmes abajo a toda leche en unos patinetes que nos hicimos. Me parece que tu abuelo estuvo aquellos días de mayo en las barricadas, hubo muchos del barrio. Dos de ellos, el Bartolo, que era un chaval, y el Reyes, el entrenador del equipo de fútbol, murieron y otros más cayeron heridos. Y después, ¡manda cojones!, a bastantes de ellos los metieron en la cárcel con la excusa de que llevaban armas. Mi padre no la entregó, pues, todavía a finales de la Guerra, era de los que salía a los campos para llenar el saco. Entonces sí que pasábamos hambre, de la gorda, y ellos, curtidos milicianos, no se andaban con hostias, no querían dejarse morir ni ver a sus chiquillos todo el día pidiendo algo que llevarse a la boca. El final fue horroroso. Y pensar que tenían trenes llenos de comida sin repartir en la estación de al lado...

Le pregunto si sabe si intentó marchar al final de la Guerra. ¿Por qué se quedó?

—Él no se marchó. Sería que confiaría en que lo dejarían tranquilo porque no tenía las manos manchadas de sangre. Eso prometieron, pero se lo pasaron por el forro. No sé dónde se puso a vivir. A mí, un día, un grupo de aquellos jovencitos falangistas me pararon preguntándome por mi padre, como no sabía de él y no se lo creyeron, me llevaron a su cuartelillo, cerca de la calle del Carmen. Allí, sin gente, ya empezaron a calentarme de valiente, hasta que un hombre mayor, que sería el mandamás de aquella cuadrilla sanguinaria, les dijo que me dejaran en paz, que al Juan ya lo pillarían. A mediados de marzo lo engancharon y lo metieron en una cárcel que habían monta-

do en una fábrica de tejidos de cáñamo —de la familia Godó— por detrás de la estación de Francia, por Pueblo Nuevo. Se pasó dos años y salió por los avales que consiguió tu abuela de dos tenderos, camisas viejas, del mercado de la Boquería. Sí que iba armado, pero no hizo daño a nadie, no iba con su carácter. Y a más de uno, que con Franco pronto sacó pecho y vitoreaba ganas de venganza, le había evitado el paseo al no querer decir dónde estaba escondido. Dos años. Al final, fueron pocos, pues estuvieron a punto de fusilarlo o, al menos, estaría en la lista de los que sacaban al Campo de la Bota. Al poco de que le soltaran, se encontró en la calle Hospital con un amigo y no te puedes imaginar la de lloros, besos y abrazos que se dieron. Habían coincidido en el Cáñamo, y a partir de un día el uno no supo del otro y cada cual pensó en lo peor. Después desapareció, volvió a sus caracoles y a sus hierbas, allá en la cueva de Sant Feliu. Muy poco bajaba a Barcelona.

IV. ¿Qué haces?

—¿Qué buscas?

—Ando buscando lo que encontraré.

—Bueno, si no tienes ganas de hablar, déjalo.

—No es eso, mujer, no es eso. Ya me gustaría poder explicarte y hasta me conformaría con explicarme a mí mismo. Sabes que es largo y muy corto al mismo tiempo. En fin...

Llegábamos al final del día y estábamos a punto de recoger la mesa. Debía de mostrar cara de circunstancias y un aire ensimismado, y además nada le había comentado del encuentro de la mañana. Sabía, por insistencia, que a aquella mujer la había estado buscando dando tumbos de aquí para allá, que se había hecho la remolona, pero que había cedido a vernos aun avanzándome que poco o nada tenía que contarme. Y era raro, creía ella, con toda la razón del mundo, que no hubiera abierto la boca durante toda la cena. A la mínima, a veces se me recrimina, lo digo todo en voz alta, ya sean elucubraciones, hallazgos o contratiempos, que cuando ando metido en algo soy como una metralleta.

Sé de dónde arranqué y no he parado de darle vueltas a los motivos que me empujaron y empujan. Ya va para cuatro años, ahora me encuentro que no puedo responderme qué sigo buscando, y más tras los múltiples tropezones que he encontrado y algunas de las sacudidas recibidas. Puede que en el fondo

me ate simplemente a no echarlo todo por la borda. Hoy y ayer y anteayer he notado que me fallan las fuerzas —no las ilusiones, que las perdí no sé cuándo—, que afloja esa testaruda obsesión de no doblar el brazo, de no darme por perdido. Si me ha preguntado otra vez qué busco, es que intuye que me estoy despidiendo y que no me iría mal hablar del tema.

—Pero, ¿te tienes que enfurruñar también con lo que haces? Hazlo y déjate de historias. Aprovecha, hombre, el camino recorrido. Además, ¿no has llegado a decir más de una vez que era un simple pasatiempo, tus pastillas contra el aburrimiento?

No acabo de tener sueño y no la acompaño a la cama. Prefiero ir cambiando de canal para ver si encuentro algo no excesivamente malo que me entretenga y no me deje pensar. Fatalidad, el *revival* de la memoria histórica, que por aquí han bautizado como «memorial democrático», me postra otra vez en aquellos años. El tema que abordan no parece malo y cedo a la tentación. Lo sigo hasta el final, aunque para mis adentros no dejo de despotricar. Manejan de manera prodigiosa el montaje, las cámaras ofrecen excelentes imágenes, han dado con testimonios salidos de debajo de las piedras. El envoltorio parece creíble, demasiado verosímil. Otro ejercicio más de falsedad sin réplica en este mundo del espectáculo. Ahora sí que estoy cansado y decido ir a acostarme.

Vano propósito. En la cama no me desprendo de la compañía del ¿qué haces? ni con la radio. Tengo fama de dormirme a la primera, y esas noches en vela me atosigan y se prolongan por largo rato. Las imágenes no son mi fuerte, me sacuden rocambolescas conversaciones que se van retorciendo en un interrogatorio. Me creo entonces en estado de lucidez y maldigo que no se haya inventando todavía ese trasto capaz de registrar o hasta de transcribir —alucino— el duelo entre el bueno y el malo que sostengo. Mañana, me repito, nada más levantarme, iré a vomitar al ordenador. Vano propósito, el sueño o pesadilla se ha esfumado. Vagamente retornan trazos hechos trizas de la solución al enredo que pretendía amañar para salir del apuro. Nada, en blanco otra vez. Mañana será otro día. Asunto zanjado. Es decir, se prorrogará el ir haciendo, sabiendo o sin saber. Terco es uno y así se las componga.

Es una mañana de sábado en la ciudad. O sea, zafarrancho: compras, guisar... Tenemos hambre y nos apetece el pescado al horno que hemos de preparar. Corto en juliana las verduras que irán de base, mientras ella se de-

dica a limpiar el rodaballo y a macerarlo un poco. Dejamos casi lista la ensalada, y como lo del horno aún tendrá para un rato, aprovechamos para hacer la cama, ir recogiendo la ropa lavada esta mañana y poner la mesa. Comer.

—El vino este está bueno, y el rodaballo hoy ha quedado en su punto, hasta con las verduras hemos acertado.

La tarde, igualmente doméstica. Cada uno, como es habitual, en lo suyo y en sus rincones. Más yo que ella, he renunciado a pasear rodeado de escaparates, de los de comprar algo tangible —útil o no, por supuesto—, pero también, y con obsesión enfermiza, de los que ofertan cien mil productos culturales u ofrecen relación entre semejantes. ¿Será, entonces, que ese rechazo visceral a la ciudad que hay ha sido el que me ha arrojado a añorar la que hubo? No lo dudo, pero me cuesta apechugar con una sentencia tan alejada de mis convicciones respecto al uso de la historia, que me impediría esas reverencias ilusas a lo que fue. Toca, veo, no abandonar la sacudida de ayer noche, pues me desagrada tener que reconocer que busco reconfortarme en el cojín de anteayer, como si —por desidia o lo que sea— me venciera la voz que me susurra retirarme de las contiendas actuales o que me induce a mirármelas desde detrás de la barrera, en segundo o tercer o cuarto plano. Es la batalla, otra vez, que tantea el tramposo dilema de despertar con el optimismo de la voluntad o zozobrar con el pesimismo de la razón.

Estos sábados urbanos por la noche tienen mal acompañar televisivo. Pocas veces damos con una película llevadera o un documental entretenido. Manda el deporte. Dejamos puesto un reportaje sobre cocinas exóticas, de las del multiculturalismo que tanto se lucen hoy en día, pero parece relegado a ser ruido de fondo. A última hora ha habido una llamada. No ha cundido la soledad y el sol empieza a calentar. La semana ha sido atroz, un pertinaz viento molestaba con sus silbidos aun dentro de casa. Unos cuantos mañana tendremos el día libre y nos veremos. Va bien esta ciudad costera, pues así podremos dedicar un rato, si apetece, a estirar las piernas por la playa y respirar algo que no huelga al humo de los coches.

Hacia el mediodía, como de costumbre, vamos llegando. En la terraza ya está dispuesto un ligero *pica-pica*: las olivas de rigor, patatas fritas y hasta unos mejillones al vapor que alguien ha preparado con mimo. Tras los besos de cordialidad, recurrimos al qué tal, cuánto tiempo. Y es que los encuentros

van a rachas: puede pasar un mes o más sin vernos, hasta que alguno se anima, y después casi sin paréntesis vendrá algún día de cine compartido, una charla o exposición de las nuestras y comidas o cenas preferiblemente en casa y por rotación.

Al haber sido una convocatoria precipitada, en la mesa abundan platos fríos; entre ellos las inevitables y coloreadas ensaladas alemanas. No faltan —eso nunca— las botellas de vino; cada cual trae sus denominaciones preferidas. Tampoco para los postres habrá escasez y es que, más en domingo, siempre queda una pastelería de paso y los hay glotones del dulce en pastel o en tabletas de chocolate.

Las conversaciones se esparcen por las habitaciones. Los hay que se han ido al estudio, no sé si a mirar unos libros o algún programa de informática. En la cocina se trajina lo que hay que acabar de calentar, se busca algo en la nevera o se pide algún cubierto que falta tras volver a contar cuántos somos. La mesa ya la han preparado, en la terraza se fuma, se repasan las plantas o se curiosean jardines de otros y los cambios en las obras en marcha por la vorágine del cemento. La lentitud o aceleración del edificio de enfrente da pie a que nos recreemos largo y tendido con la burbuja inmobiliaria hasta que nos avisan.

—¡Va, ya está! ¡Todos a la mesa!

Corren las bandejas de mano en mano, y al poco las palabras cruzadas se quedan en una. Se pregunta por los ausentes esta vez, se repasa el estado médico de los mayores, pues quien más quien menos tiene a los padres, si le viven, con la salud delicada. Nos ponemos al día de los últimos pasos del presumido último libro de su editorial eternamente deficitaria; nos reímos con las puestas en escena del que hicieron por un día actor encarnando a un taxista agobiado; las mujeres —algunas— comentan su última reunión de los viernes y los deberes para la próxima; los liados en los archivos de la Revolución cuentan sus hallazgos recientes y sus pérdidas de tiempo de aquí para allá. De la cartelera se recomiendan un par de novedades; de las cooperativas de consumo se alaba la fruta con sabor y olor —las mandarinas en especial—; de un cursillo de medicinas naturales salimos con un ungüento práctico y fácil de elaborar. Aventuramos alguna excursión colectiva, y de los trabajos, los retribuidos, en esta ocasión no hablamos.

El tema estrella —manda la actualidad y el cabreo que sienten algunos de la mesa— acabará siendo los trenes. En concreto sus pacientes usuarios. No pasa una semana sin que una línea u otra tenga una avería, sin que aparezcan desperfectos en vías nuevas o en los edificios colindantes.

—Todo el mundo, en las estaciones o vagones, culpa al tren de alta velocidad. No paramos de oír que por sus obras vienen los problemas de los retrasos, que hay barrios que suman a los sustos de las grietas lo insoportable de no poder dormir, pues las mastodónticas máquinas no paran, trabajan a destajo...

—... y el penoso estado de los cercanías. Ya no su puesta al día imprescindible, sino la dejadez en su mínimo mantenimiento. También se sabe que es debido a que todas las inversiones se las engulle ese tren para ejecutivos y políticos...

—... no, cachondeo ya hay, no faltan chistes con toda la mala leche imaginable. Y alguna queja. Pero hay mucha más resignación. Además, ellos han procurado evitar o reconducir toda posible expresión de descontento colectivo, por mínima que fuera. Aunque tiene gracia eso de que mientras duren los problemas en la red los trayectos no se abonen, pues bastante gente ya ha dejado de pagar.

Impenitente cofradía, no pasa un día sin que acudamos a los reproches del mundo que nos ha tocado vivir. Tampoco somos partidarios de los balones fuera, o eso nos parece. Que ellos, los que deciden sobre nuestras vidas, son como son y hacen lo que hacen está más que asumido. Que la gente prefiera callar y aprovechar al máximo el trozo de pastel que le corresponde, también lo compartimos. Pero que las resistencias o disidencias —entre las que creemos contarnos— flojean, ocupadas en activismos o reflexiones sin trascendencia, igualmente nos lo reprochamos. ¡Qué menos!

—¡Hala! Si queremos ver la puesta de sol habrá que irse levantando.

Los indecisos aparcamos los peros y todos nos ponemos en marcha. Como me he entretenido al salir, he tenido que aligerar para enlazar con los rezagados, ya a la altura del paseo marítimo. Los grupitos o parejas, a tenor del paso, ya se han ido conformando.

—¿Qué? ¿Cómo llevas lo de tu abuelo?

—Lo del abuelo que dices, lo doy casi por agotado, me doy por vencido. No me sale más documentación y no creo que me quede mucho donde buscar.

Incluso se esfuman las pistas que nos daba la gente. Dos que nos dijeron que les sonaba su cara o su apodo poco han podido aportar: uno por viejo y el otro por muy joven. El mayor, tras unas llamadas y cartas de contacto esperanzadoras, ya no puede ayudarnos pues lo ingresaron de urgencias y, según sus hijos, si sale, ya nada podrá contar nada. El más joven recurrió a sus hermanas, pero tan sólo tenían vagos recuerdos, poco más que él. Lo último todavía ha resultado más descorazonador, pues tras localizar a una sobrina suya, que convivió algún tiempo con él —cuando tras sus visitas esporádicas se apalancaba unos días en las Casas Baratas—, nos dedicó todo el cariño del mundo, pero de aquellos tiempos decía que no se acordaba y que ni ganas tenía.

—¡Ya! Hasta no hace mucho era más fácil encontrar testimonios dispuestos a hablar y con cosas que contar, pero entonces los archivos estaban cerrados a cal y canto. Ahora los archivos parecen más accesibles, pero ya no quedan las voces o están hechas polvo.

—Sí, el propósito era ése. Contrastar los papeles de las instituciones con la memoria de los protagonistas, ya que mal iríamos de fiarnos o comulgar con tan sólo uno de esos, digamos, informantes. La gente es, desde luego, imprecisa —cuenta lo que cuenta y como quiere—, pero las barbaridades e inexactitudes que se leen tampoco tienen desperdicio. Y pensar que los hay que depositan una fe ciega en la verdad irrefutable que se atesora en los archivos del Estado, o que lo hacen ver, que es peor.

Entretenidos en la conversación llegamos en un santiamén al espigón. Allá, junto a la escultura de hierro forjado, colocada en ofrenda a los intrépidos del mar, Julián ya ha empezado a manejar su brújula. Disfruta midiendo grados y observando cómo evoluciona la puesta de sol. Desde luego, esta tarde está impresionante. Esperamos a que el sol se acurruque en el horizonte para volvernos. Alguno que se entretiene saltando las olas, cuando plácidamente acarician la arena, consigue mojarse, y bien, los zapatos.

—¡Te lo mereces, por criatura! ¡Anda, ya te secarás en casa!

Tras aquel fin de semana entre los míos, correspondía enfilar la normalidad. Hasta avanzada la mañana tendría tiempo para repasar los apuntes y releer el texto que comentaríamos a la tarde. Después saldría a comprar cuatro cosas y a la vuelta comería. Por más que el autobús se hizo esperar, llego sobrado

de tiempo, pero al final, entretenido en nada, no me queda más remedio que salir escopeteado. No espabilo con el reloj.

Al girar, al fondo del largo pasillo, distingo la silueta de la Montserrat. Hacía días que no coincidíamos. De hecho, desde la última reunión en la que, por primera vez, chocamos en las votaciones, no habíamos hablado. Y si hubiera sido por otra cuestión, igual nada; pero ese día ella era, por cargo y convicción, una de las que se esforzó para que saliera la propuesta de profesionalizar el perfil de la licenciatura. No lo lograron y estaban resentidos.

—¡Hola! ¿Estarás cuando acabe la clase? Voy justo de tiempo. Después hablamos, ¿vale?

A la vuelta, el pasillo estaba desértico. Algunas luces de los despachos encendidas delataban que quizás aquella inmensa planta no estaba del todo vacía, o puede que sí y que aquel indicio de presencia humana se debía a un descuido al salir. A veces digo que me he acostumbrado, pero aquel pasillo, como el resto del edificio, la verdad es que constituye un plagio de una cárcel o una granja. Se lucieron los arquitectos posmodernos del minimalismo vanguardista, o se forraron los que redujeron los presupuestos concertados. Y nosotros, presos o animales, o animales presos, ni chistamos.

—Voy a por agua y ahora vuelvo —le digo tras saludarla de nuevo y sin tantas prisas.

Los prolegómenos son como siempre distendidos. Noticias del mundo leídas con socarronería, preguntas por la salud mutua, dos correvidiles de pasillos universitarios, y desembocadura en las novedades del cementerio o del geriátrico —rectifica— del Departamento. A partir de ahí nos enzarzamos en un callejón sin salida. Es lógico, todavía colea la última votación y sus derivaciones, pues en el mundo universitario, aunque parezca mentira, todo se resume en me quieres o no me quieres, o conmigo o contra mí. El resto son zarandajas. Todo muy ajustado a la célebre leyenda negra de la endogamia académica.

Hoy me apunta, disgustada, en el equipo de los que viven del cuento: que no publican nada, ni preparan ni innovan la didáctica, que se despreocupan de los estudiantes, que están alejados de las mínimas novedades editoriales...

—¡No sigas, no! Nos acabaremos enfadando.

Transitamos, definitivamente, por carriles paralelos. La confianza, hasta complicidad, que mantuvimos se va resquebrajando. Por necesidad o por in-

clinación, ha ido asumiendo las reglas que todo docente ha de aprender: ante todo, ser buen gestor, interiorizar poses y maneras, discurso y vocabulario. Impera, por norma, un pacto por la plena dedicación que, en la práctica, acabará excomulgando —dejando en la cuneta— a quien no santifique que se ha de pasar, aunque sea sin recursos, por las excelencias de la planificación estratégica universitaria en la que hemos de emplearnos con denuedo. Malos tiempos se avecinan en esta empresa arrastrada por la competitividad.

—¡Pero si ya ni investigas ni escribes nada! —acaba soltándome—. Y si lo haces —trata de rectificar—, no reluce, y eso es como si no sirviera de nada. Es que no acudes ni a actos académicos ni paraacadémicos. No se te ve el pelo ni hay noticias tuyas por ninguna parte.

Me ha sorprendido esta salida airada. Algo está al corriente de mis inquietudes, de que estoy removiendo archivos. Entre los más papistas que el papa ocurre esto. Y ahora, ofendida, me recuerda —para ofender— que aquello que no circula por los canales de rigor no existe, no cuenta, no sirve de nada. ¡Nada! —exclama con énfasis—. Será, es cierto, que no estoy ni con ella ni contra ella, que intento pasar desapercibido al máximo, lograr que me dejen en paz. Es poco, pero mucho, tal como anda el patio.

Me despido pronunciando un escueto y seco «¡Adiós!». Tampoco me he subido a la parra, no vale la pena. Ya hace tiempo que he decidido dejar de reñir y reservarme polémicas y discusiones para el círculo de conocidos. Cojo la mochila y atravieso de nuevo el largo pasillo para alcanzar la calle con sus museos. Al llegar a casa, está sonando el teléfono. Es mi madre que me llama porque si Mahoma no va a la montaña, se decide ella.

—Sí, mañana me paso. ¿De comer? Cualquier cosa, no te preocupes.

Cuando llego el comedor resulta reconfortante. Han puesto el aire caliente y se nota. Se lo agradezco, por ellos no lo habrían encendido. Siempre dicen que ya se han acostumbrado a vivir sin él, que el piso es soleado y que, además, ese trasto dispara la factura y reseca el ambiente. Mi madre, más que mi padre, ahorra todo cuanto puede, pues entre la pensión de los dos justo llegan a final de mes.

—Se ha puesto la vida tan cara. Y sí, hijo, sí, toda la vida, desde críos, deslomándonos los dos para que al final nos den esta mísera paga... ¿Te pongo unas olivas y unos boquerones? Los preparé ayer.

—Pero tú quieta, no te levantes. Ya voy yo a la cocina.

Mi padre está a punto de llegar del bar. Como se aburre y no sabe qué hacer en casa ha encontrado un pasatiempo: hacer de ayudante de camarero. Los amos, para él, son buena gente, no se mata sirviendo, y esas dos o tres horas se las pasa más bien charlando con la parroquia habitual. A él no le importa que no le paguen, ya le dan lo que quiere. Es de buen conformar, no paramos de insistirle, pero a su edad se ríe.

—Te hago compañía un rato, al arroz sólo le falta echarle el agua y la ensalada está en remojo. ¿Qué? ¿Todavía sigues escarbando en tus papeles? ¿Cuándo lo acabarás? Mira que llevas tiempo... ¿No te cansas? Pero bueno, eres terco como una mula, si te lo pasas bien... Pero, ¿tú solo? A tus hermanos, al principio, también les hacía mucha gracia. Ya, lo tuvieron que ir dejando, a uno le pillaron los trajines del cambio de piso y el otro, el pobre, va de quicio con las crías.

Siempre va a doscientos por hora. Incluso cuando habla tiene prisa; pregunta y no da margen a responder. Cuando le dices que tranquila, te responde que ya no puede estarlo aunque quiera, que han sido tanto años acarreado —de la *faena* a casa, de casa a la *faena*—, que ya se ha hecho vieja para cambiar.

—¡Oye! ¡Por cierto! —la interrumpo—, de tu padre me dijiste que trabajó en Mateu de los Hierros. Pero, ¿podría ser Girona en vez de Mateu? ¿A ti te suena ese nombre? Los Girona tenían las oficinas en la Ronda tocando al Arco de Triunfo. ¿No era por ahí que tu madre iba a cobrar su paga cuando bajaba de la Colonia en tiempos de la Guerra?

—Puede ser, hijo, pero no sabría *bien bien* qué decirte.

No lo hemos hablado nunca, pero creo que ella no ha acabado de entender qué le he encontrado al otro abuelo y a su familia para dedicarme tan a fondo. Bien mirado, no deja de tener razón. Quizás la única diferencia sería que al Juan lo conocí —poco, pero lo conocí— y que a su padre no, pues ya había fallecido antes de que ellos se casaran. No se lo he dicho, pero a su padre, el José, también le sigo los pasos. Si busco en Juan, su familia y sus vecinos razones para entender cómo la gente corriente se vuelca y vive intensamente un proceso revolucionario, ese referente bien podría ser igualmente el José, los vecinos de La Torrassa y sus familiares en la cuenca minera del Llobregat. Sus figuras y entornos, vecinales o laborales, sus trayectorias distintas pero pare-

cidas prestarían ese bagaje necesario para discurrir acerca de que no hay revolucionarios sin revolución y que ésta, cuando irrumpe, es cosa de muchos — en su inmensa mayoría gente cualquiera—, sin renombre, que llevan largo tiempo en la brega, seguro que por ideales pero, básica y primeramente, por necesidad.

Me vienen a la cabeza sus fotos y recuerdo que José tiene un aspecto de sindicalista sobrio, a lo Peiró. Era obrero, con cierta antigüedad en la metalurgia, y se esmeró, aun ciego, en que mi madre aprendiera a leer y escribir. Le vuelvo a preguntar que quién le pagaba el jornal cuando la Guerra, pues la empresa estaba colectivizada. Si se acuerda, por lo que fuera, de algún compañero suyo.

—¡Va, déjate de preguntas! ¡A la mesa, que se va a enfriar!

V. Casitas para obreros

Fue una semana trepidante. Todo tenía que estar a punto, o aparentarlo. Las tiendas de lujo ya habían recibido las últimas novedades de París: extraordinarias colecciones de sombreros, calzados, paraguas. Se prodigaban las fiestas benéficas —como la organizada por la colonia francesa—, hasta altas horas de la madrugada, con asistencia de postín. En el hipódromo, en aquel comienzo de año, se repetían los días de carreras más que nunca, pues la gente elegante no se cansaba de ir a aquel espectáculo mundano y cosmopolita, aristócrata por antonomasia, sobre todo cuando se recibían visitas. La función de gran gala y rigurosa etiqueta en el Gran Teatro del Liceo estaba ultimada. Los delegados, representantes de los distintos gobiernos que concurrían a la Exposición, iban repartiéndose por los lugares reservados de la metrópoli deslumbrante. Para el Rey, al que le quedara poco de reinado, la ciudad se vestía de gala y le enviaba unas salvas de pleitesía desde las baterías del castillo de Montjuïc, aunque por dos días no pudo celebrar su cuarenta y tres aniversario en aquella Barcelona en fiestas. Los refuerzos policiales imprescindibles para asegurar la vigilancia del magno evento ya habían sido enviados; además de un nutrido número de agentes, la expedición contaba con el comisario jefe de la División Social más otros comisarios e inspectores. Las reuniones del gobernador con el jefe superior de Policía, los coroneles de seguridad y la Guardia Civil para extremar las medidas programadas no cesaban. El certamen se prometía feliz y a buen resguardo para quienes estuvieran invitados.

De las barracas de las que se irían y de las casitas baratas a las que llegarían apenas constan referencias. Alguna nota daba cuenta de que la Junta de Damas del Patronato de la Habitación —cuya primera presidenta honoraria fue la señora del teniente general, gobernador y comisario regio— perseveraba en recabar fondos de las personas caritativas para aquellos menesterosos. A la vez, se publicaban las listas de las entregas —ropas, sillas, sábanas o tantas pesetas— con los nombres de los donantes desprendidos, entre los que abundaban títulos nobiliarios, viudas y empresas de raigambre. Eran los barraquistas, ya lo sabemos, tan solo un borrón, un lunar; unos simples, aunque numerosos, míseros pobres a los que se debía socorrer, proporcionar ayuda benéfica.

Fue tanto el frenesí opulento de aquellos días y tantos los agasajos que incluso la celebración pomposa que les tocaba por la consabida inauguración de sus Casitas se postergó, dada la apretada agenda, hasta casi finales de octubre. Fue otra visita rauda, otra misa, otros discursos y otro banquete de nuevo sobradamente exquisito y exquisitamente servido —esta vez en el salón de fiestas del Hotel Ritz— para los comensales distinguidos. Aunque reducidos, eso sí, al ámbito local; pues los otros, de más alcurnia, forasteros de capitales y provincias o naciones amigas, ya habían agotado su estancia. El ministro del ramo, que tanto empeño había depositado en la misión, retrasó la visita al 31 de mayo del año siguiente. El punto de reunión de la comitiva fue de nuevo el mismo hotel. Para ir y volver de allá —aquel rincón perdido detrás de la montaña— contaron con un servicio de coches. Lo que se dejaban en limosnas lo compensaban con los dispendios holgados que recibían en sus encuentros sociales.

La fiesta no iba con ellos. Habían trabajado en las obras donde algunos habían dejado su vida, como el padre de la Dolores —muerto en una zanja antes de que ella alcanzara el uso de razón— y otros más que sufrieron lesiones por los inevitables accidentes laborales. Eran carne de cañón, nada más, y agradecidos debían estar de que les hubieran hecho aquellas casitas. Ya veremos si su «ser agradecidos es de bien nacidos» se ajustaba o no al guión.

Los recuerdos se arremolinan, ya que cada cual se aferra a las sensaciones retenidas. Eran demasiado críos y por eso todo tiende al jolgorio, a los buenos ratos. Para los malos, más puñaladas da el hambre —canturrean al unísono la lección aprendida, ya que los lastres de aquellas cicatrices todos las lucen—.

Concuerdan en que sería a lo largo de aquella primavera del 29 cuando se instalarían en las Casitas, aunque más precisión es imposible e incluso aflora el desacuerdo. Quizás no fueran todos a la vez, sino que el traslado lo harían a cuentagotas, por grupos.

—Ni las calles estaban puestas. Eso sí, las casas, hombre, estaban muy bien, pequeñas pero bien apañadas. Cuenta de donde veníamos. O sea, que aquello todo tan nuevo, con su cubierta de tejas y cielo raso, con sus paredes revocadas y pintadas de claro al temple o con colamina, aquel largo banco de cocina con fregadero y sus dos hornillos de hierro fundido, el váter completo con asiento... Nos parecía un palacio.

—En las barracas —tercia Dolores— tampoco se vivía tan mal. Al contrario, yo me lo pasaba muy bien, teníamos huerto y todo. Desde luego que las cuevas eran empinadas; cuando se hacían los barrizales, dabas un paso pa'lante y dos pa'trás, y más de un drama padecimos cuando descargaban aquellas tormentas torrenciales; aunque, bueno, después aquí también nos llevamos más de un susto serio cuando se desbordaba el río. Allá aprendí a leer y escribir. Poníamos unas mesas en los huecos entre las barracas, y es una lástima, pero se me ha olvidado el nombre del que hacía las veces de maestro.

Ninguno de ellos sabe decir cuántas casas había. Muchas y apiladas es la respuesta más socorrida. No me extraña, durante un buen tiempo me bailaron los números. En los planos más antiguos los recuadros llegaban hasta la seiscientos dieciséis —tal como transmitiera aquel comisario regio al ministro—, pero en algunos libros posteriores se refieren a quinientas treinta y tres. Todo un lío que valdría la pena explicar, ya no por deferencias absurdas al primado de la aritmética y sus cálculos, sino porque ayudan a comprender los escarceos que no tardarían en sostener los moradores contra las autoridades.

Ya se dice que del dicho al hecho hay un largo trecho. Como todo lo que rodeó la construcción de las Casas Baratas, el volumen de los proyectos igualmente se improvisó. Primero se anunciaron un cómputo total de no menos de cinco mil viviendas higiénicas. Al poco, la promesa ascendió a seis mil. Luego, se rebajaron a cuatro mil, hasta que quedaron en las definitivas 2.329.

También se propuso que estarían en cinco grupos o agrupaciones, pero quedaron en cuatro. ¿Cambio de apreciaciones?, ¿errores? En tan poco tiempo —apenas dos años— lo que ocurrió es que, si el propósito era erradicar el

barraquismo de una vez por todas, resultó que se tuvo que adecuar el proyecto a la realidad. Sin embargo, la relación muy aproximada de barracas existentes en el municipio rozaba las seis mil quinientas. O sea, aproximadamente se contaban las barracas; aproximadamente, al menos en las promesas, se programaban edificaciones de casitas tratando que los números cuadraran. No hay constancia, sin embargo, de que en alguna de las sesiones de la Sección de Ciencias Sociales del Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias, que amparó la Exposición, se debatieran tales asuntos tan trascendentales alrededor de la estadística y la política social. Quizás también pudiera pesar en el baile de cifras que lo que no se movió fue el presupuesto de treinta millones de pesetas, y que aquellos dos fomentos que se lo fueron repartiendo —con el total apoyo del Patronato— consiguieron el acuerdo de que se haría, ya en números de casas y equipamientos complementarios, lo que diera de sí la cantidad recaudada a través del empréstito que se había lanzado, atrapando a los que calcularon que un duro era más que cinco pesetas. No se podía, parece, estirar más el brazo que la manga, pero los bolsillos de unos se agujearon y los de otros se llenaron.

El grupo primero de casas, al que acabarían designando oficialmente como Aunós, y los vecinos llamando Prat Vermell, no escapó a los remiendos sobre la marcha. El primer croquis, adjuntado al folleto propagandístico del Patronato, se refería a cuatrocientas noventa y una viviendas en total. En él, con una perspectiva de las futuras viviendas trazada a tiralíneas, pero con toques de dibujo artístico, se incorporaban unos esplendorosos y amplios huertos-jardines, separados entre sí por unos arbustos para contener las miradas del chismoso vecindario y propiciar el encierro en «su casa, su terreno». O sea que, aunque la lámina fuera en blanco y negro, predominaba el verde. Después, en el momento definitivo, se alzaron las seiscientos dieciséis. Lo que no varió, desde luego, fue la superficie total de terreno; adiós entonces a los decorativos huertos-jardines y bienvenido —tocaba— el empequeñecimiento de las viviendas. El diseño original contemplaba que ciento cincuenta y dos de las casas serían de las grandes, el llamado modelo A, y las otras trescientas treinta y nueve, más reducidas, del modelo B. En la ejecución definitiva tan sólo se mantendrían veinte de las grandes, doce de ellas intermedias y las ocho restantes haciendo esquina. Los que se alojaron irían entonces, en su inmensa

mayoría, a unas plantas bajas cuadradas con una superficie total edificada de cuarenta y un metros y veintiséis decímetros cuadrados. El minúsculo patio —que habían pintado antes de huerto y jardín— tendría unos doce metros cuadrados, con un cobertizo con el váter y el lavadero y una parte al descubierto. El interior, partido en cuatro, al que le quedarían treinta y seis metros, tendría cocina-comedor, tres dormitorios y un pasillo de entrada alargado que se comía más de dos metros de una habitación. Un palacio, apretujado, pero palacio al fin y al cabo, aunque por lo general lo compartieran entre seis y siete personas de todas las edades.

Al enigma de las ochenta y tres casas desaparecidas le encontramos respuesta, por casualidad, entre unos papeles extraviados: fueron demolidas. A los dos años de finalizadas las obras, al grupo le había llegado el momento de hacerle un hueco para la inminente escuela, abrir por lo menos tres plazas y descongestionar un par de calles; eso era así, debido a la gran dificultad de adquirir terrenos colindantes, dada la proximidad de la zona reservada al puerto franco. Ésas, al menos, fueron las razones esgrimidas por el Patronato en instancia de agosto de 1931 al ministerio, aunque parece que para hacerle un hueco a la capilla, cuatro ya habían sido derribadas poco antes de la entrega de las casas a los inquilinos escogidos. La elección afectó a doce de las veinte de mayor categoría que se habían construido. Y la empresa constructora, encargada al mismo tiempo de los derribos, se aprestó a pasar factura por las faenas de demolición, ajena a las extrañezas del pon y quita.

No les faltaba razón, por lo que se ve, a los que entonces eran criaturas. Fueron a parar y crecieron en una barriada de muchas y pequeñas casas apelotonadas. Se acuerdan de los árboles que les plantaron, porque pocas acacias se salvaron de la rudimentaria y constante poda a la que las sometían para hacer candela, en el brasero o para la cocina, por más verdes que estuvieran las ramas y de mal quemar fueran. Recuerdan, asimismo, las cuatro fuentes, epicentro de sus correrías acuáticas con frío y con calor. Del resto, poco. Algo del economato, pues allá los enviaban de recado sabiendo que el fiado toparía con menos pegas y de paso hacían algo de bien.

Sobre el papel, a los proyectos no les faltaba ningún detalle para conseguir que los grupos de Casas Baratas se asemejaran a la tipología de colonia industrial, de tan grato recuerdo a la burguesía industrial catalana. No habría, no

podía haberlo, el castillo o la mansión feudo del señor industrial, pero el modelo levantado bien se podría equiparar. Sus moradores quedarían encerrados en el recinto a cambio de prestarles lo imprescindible, aunque eso fuera a costa del precio de su supervivencia.

Para la manduca y derivados una sociedad anónima, EPSE, es decir Establecimientos para Suministros Económicos, S.A., corrió y mucho en su auxilio. Aquellas letras, de las que nadie se acuerda, ganaron en un concurso abierto —en el que compareció en solitario— la concesión de la explotación, con carácter exclusivo, de todo lo que concerniera a los artículos de primera necesidad y otros comerciales e industriales en los grupos de viviendas baratas. En el contrato todo eran garantías para que el negocio de aquella compañía mercantil, acabada de echar a andar en aquellas mismas fechas, no tropezara con obstáculos: sus empleados, si querían, tendrían acceso a una vivienda; no se permitiría que cualquier otro ocupante de aquellas casas ejerciera la competencia ni tampoco que asomara la venta ambulante dentro de la demarcación. Eso sí, como las finalidades del Patronato eran benefactoras, se le requería a la EPSE que les depositara mensualmente un donativo del uno y medio por ciento de las ventas que hubieran realizado en cada grupo.

De los desmontes y explanaciones que se realizaron para preparar los terrenos de cara a la urbanización se salvó una masía. Era una vieja casa solariega, denominada Cal Jan, al lado de la fábrica del Prat Vermell, de los Bertrand. Dado que en el proyecto primitivo no se contemplaban espacios para los equipamientos básicos, aquel vestigio del pasado rural bien podría servir, adaptado con algún retoque, para colocar cuanto se quisiera poner y no tuviera sitio: una escuela, una biblioteca, un salón para conferencias, oficinas para la administración o hasta un dispensario. Eso constaba en el plano, pero al final, se quedó en sede del economato, con la capilla adosada al lado.

No hay colonia, ni recinto, ni demarcación digna de tal nombre, si carece de un lugar para la oración y la penitencia. Por eso el tema de la iglesia se arrastró desde un principio. En realidad, las preocupaciones por esa ausencia provenían de las gentes de bien y devotas que manejaron los hilos de la construcción de aquellas casitas humildes. Si la hubo o no ha sido otro quebradero de cabeza. Al principio, ninguno de los vecinos mayores se acordaba de ella, y cuanto más apretaban las dudas, más se reafirmaban en la negativa: «¡Allá

iglesia yo nunca la conocí!», diría José. «¡Y ciego no estaba y eso se ve!», añadía con contundencia. Pero sí, Esperanza, más adelante, nos relató su catequesis, no en la iglesia, sino en una sencilla capilla. Y Encarna lo del día de cuando le calaron fuego. No cabe duda de que para los de la barriada la relación con los curas iba por familias.

La instalación de la capilla fue, pese a que durara poco, resultado de uno de los tantos arreglos que se sucedieron en tamaña obra tan humanitaria. A comienzos de 1929, el Fomento de la Vivienda Popular ya había ultimado su proyecto de iglesia, incluyendo la casa del sacerdote; pero la cuantía del mismo forzó a que el pleno del Patronato, con pena, lo desechara —pues no podía permitirse distraer la cantidad presupuestada— y sugiriera que se abaratara a la mitad. Además, no dando el brazo a torcer, alentaba a que se buscaran otros ingresos para sufragar aquella obra irrenunciable, tales como subvenciones especiales y donativos de todas las clases. Como no llegaron, al menos con la alegría deseada, una congregación religiosa se hizo cargo de la pequeña capilla habilitada, con mampostería, para la ocasión.

A la escalera al cielo también le habían puesto su precio. Que no fuese posible sufragarla no fue por dejadez, no, sino porque salía más a cuenta alabar la entrega de ese estrato, movido a ratos, por su dedicación desinteresada a las labores benéficas y sociales, a la vez que muy bregado en su meritoria obra de evangelizar a las gentes de las barriadas humildes. Cariño y destreza especial mostraban además con los pequeñuelos. Sabedores de que, para que aquellas criaturas no se descarriaran por los caminos de la indolencia de sus mayores, era primordial, además de prestarles medios materiales que remediaban las necesidades de sus cuerpos piltrafas, procurarles la salud del alma y el alimento de la inteligencia. Todos salvados, unos por ayudar y los otros por ser ayudados.

La escuela, igualmente demorada, llegó cuando la República. No constaba en los expedientes que se tramitaron, pero, como la iglesia, fue motivo de distintos proyectos, el primero de los cuales fue rechazado con el argumento de su desproporcionado importe. Dos años más tarde, sin embargo, las obras del grupo escolar ya habían finalizado cuando sólo representaban una rebaja de diez mil pesetas respecto al presupuesto primitivo. Un escaso tres por ciento de abaratamiento había desencallado la operación y permitido que se abrie-

ran las puertas a la educación reglada. Y pensar que el vecindario sería perseguido machaconamente por regatear con la venta ambulante...

Ajenos a esas trifulcas, el colegio, para los que fueron, estaba bien; en especial en instalaciones, ya que eran nuevas de trinca —coinciden varios de los escolarizados—. Aunque de una sola planta, tenía dos partes con entradas independientes: una para los niños y otra para las niñas. Más o menos iguales, ya que ambas disponían de cinco aulas, las variaciones estribaban en que el despacho del director se había instalado en el lado masculino, que ellas disponían de duchas con su vestuario correspondiente, y los chavales únicamente de un cuarto de lavabo, con urinarios, váter y un ropero. Otra ligera diferencia consistía en que una de las aulas de las chicas estaba dispuesta para poder realizar enseñanzas *ménagers*: labores propias para atender el día de mañana —se decía— las exigencias de la casa. No le faltaba un patio de recreo, con pretensiones de jardín, prudentemente vallado como disuasoria barrera para que los asilvestrados no escolarizados se lo pensarán dos veces antes de colarse.

Del dispensario, ni asomo. El cuartel de la Guardia Civil, por suerte o por cosas del azar, tampoco llegó a entrar en funcionamiento. Sus obras, ya iniciadas, se suspendieron, y el teniente y los veinticinco guardias que iban a destinarse nunca llegaron al puesto. ¿El motivo? Discrepancias entre el Patronato y el mando de la Guardia Civil. El primero los prefería en su mayoría solteros y la jefatura a la inversa. Y es que, si venían casados, se disparaba de modo alarmante el coste de las edificaciones. Los vecinos sí que reclamarían el dispensario, pero el cuartel no lo echaron en falta.

Así quedó el barrio, con calles que por lo general tenían seis metros de ancho, con aceras de poco más de medio metro; otras pocas, las que se parecían a un paseo, llegaban a los quince metros y las aceras al metro. Casi me hacen sonrojar, tras sonreírme, ante estas observaciones de arquitectos populares.

—No te rías, no —me insistía Antonio—. Aquellas aceras eran nuestras pasarelas cuando las calles se ponían perdidas de charcos. Las calzadas las habían hecho de piedras picadas y regadas por encima con alquitrán, pero cuando no era la lluvia, eran las cloacas o que las fuentes se estropeaban y surcaban alegremente como un río. En las calles pequeñas poníamos tablo-nes, con alguna piedra por en medio, para cruzar y no tener que dar tantas vueltas y acortar.

¿Y la guinda de los nombres? La rotulación oficial del momento, en prueba de agradecimiento, designó a aquel grupo de casas unifamiliares como Eduardo Aunós, el ministro que en teoría tuvo la potestad de decidir —o disponer de la última palabra o firma— sobre todo cuanto había ocurrido en aquella carrera de dos años. Para las calles, el Patronato se comprometió, en sesión de su comité ejecutivo, a enviar los nombres que debían darse a las calles principales, y al resto transitoriamente les valdría una letra del abecedario. Ni lo uno ni lo otro. Las calles, todas, se numerarían de la número uno a la veintinueve. Y el nombre del grupo ya iremos viendo que sufrió modificaciones.

El decorado, mal que bien, a trancas y barrancas, listo. ¿Quiénes serían sus habitantes? Había que apuntarse a una lista que hacía las veces de estadística. Esa relación que rellenaban los oficinistas del Patronato se pasaba al Fomento de la Vivienda para que se encargara del cobro de los alquileres. Los requisitos para optar a la vivienda no eran muchos: el primero, estar ocupando una de las barracas cuya demolición hubiera ordenado «la superioridad» (entre paréntesis se precisaba que dicha barraca debía estar inscrita en el registro que se levantaba al efecto y, en letras pequeñas, también se añadía que se debía llevar, al menos, cuatro años habitándolas). Otros tres requisitos aludían a la condición de ser español o extranjero naturalizado, y ser —el que se inscribía— cabeza de familia —entendiéndose que casado, con o sin hijos— y pertenecer a clase modesta. El apartado para la concesión del arriendo contenía otras consideraciones que, pareciendo menores, tuvieron mayor calado para la supuesta selecta selección. Un primer filtro tendría en cuenta las condiciones de moralidad, honradez y solvencia del solicitante. Y el segundo era que el número de individuos que formaran la familia permitiera instalarse cómoda e higiénicamente en la habitación que debieran ocupar. ¿Esperpento? ¿Profilaxis? ¿Cualquier otro interrogante? De la moralidad y honradez se puede prescindir con sólo recordar el catecismo de las sociedades disciplinarias. Sin embargo, siendo éstas paternalistas por mor de la obra humanitaria, con todo un patronato a la cabeza, ¿cómo dejar en la estacada a obreros fustigados por el paro forzoso?, ¿o a las familias más numerosas? ¿Cuántos podrían albergarse en tres piezas de dormitorio que no sumaban ni veinticinco metros cuadrados?

Y de un peldaño a otro: tras las bases del arriendo seguían las condiciones. Éstas ya rozaban lo penal: prohibido subarrendar o ceder gratuitamente una

parte o el todo de la casita; ser buen inquilino, no pudiendo practicar obra alguna, ni pintar ni empapelar sin permiso escrito de la entidad arrendadora, que de prestarlo designaría a sus operarios; pagar la reposición de vidrios rotos, llaves perdidas, váter, cañerías obstruidas y todo arreglo de cualquier desperfecto; y en caso de no pagar el alquiler, se entablaría demanda de desahucio.

Con trabas o no, la avalancha de solicitudes los desbordó. No podía ser de otro modo, dadas las acuciantes problemáticas que contorneaban el derecho a techo. Llegaron los días de entrega de llaves y las colas proliferaron; con ellas, alborozos y alborotos se confundieron. El Patronato ordenó que si la familia a la que le correspondía no se presentaba se saltara a la siguiente; y Fomento solicitó que en los días de visita o entrega se asegurara la vigilancia por la autoridad competente.

—Mira, zagal, no te *atabales*. En un periquete has dado más vueltas que el 29 y me has mareado. Tú dices que has escarbado entre papeles amarilleados y casi seguro que estás en lo cierto, pero mucho de lo que cuentas a mí no me suena. A la postre, no hay más cera que la que arde: los buenos propósitos, las socorridas promesas y tantos proyectos arrinconados o abandonados son monsergas que ni vienen ni van... Obras son amores y no buenas razones. Y sí, mal que bien, lo que cuenta es que ya instalados empezamos a corretear.

—Pero, Pepe, ¿no te pongas así! —ha sido Joaquín quien, tras guiñarme un ojo, se ha aprestado a interceder—. Por casa, si no se ha perdido, corría uno de los contratos. Lo que ya no sé es si era el de aquellos años, el primero de cuando llegamos, o el que volvieron a hacer de nuevo ya cuando campaba el sanguinario bajito del bigote. Nuestros padres, si lo firmaron, estarían, cómo no, al tanto de todos aquellos requisitos. Ahora, lo que se dice cumplirlos ya sería otra canción, digo yo.

—¡Ay! ¡Cumplir, cumplir! —se exclama Encarna—. Me moriré y no saldremos de tantas zarandajas entre digo y Diego.

Ella, que se enerva nada más que asoma la más mínima alusión al tratamiento, en fino o en vasto, de vándalos y piojosos que siempre les han endosado, recuerda su condición de pringaos y silabea, por si no quedara claro: «Prin-ga-os», y lo repite: «Prin-ga-os». Y continúa:

—¡Tate! Una y otra vez topas con sus leyes. Antes del hecho —no fuera que se te ocurriera cualquier trastada— y después, ya que aunque no lo hicis-

te, estabas. O sea, de autor o inductor no te escapabas. Sí, las leyes son telarañas en las que se enganchan las moscas y rompen los moscardones, no hay vuelta de hoja. Pues eso, te avengas o no, a pringar. Ése es el pago sin remedio. Y mira —suelta entre una carcajada—, para chapuzas y mangantes ellos, como en la escuela. ¿Os acordáis cuando, a punto de arrancar el invierno anterior a la Revolución, nos llevaron del colegio a uno de los palacios de la montaña levantados cuando la Exposición? Nada, que la escuela de trinca amenazaba ya ruina. Como si se resintiera de los bombardeos que caerían más tarde, las paredes y los cielos rasos reventaban de grietas. Se pusieron a repararla a toda prisa, y a los setecientos chiquillos y chiquillas nos llevaban en autobuses a la provisional y nos servían la comida para que no hiciéramos más que dos viajes. Ahora, los gastos ya os podéis imaginar a cuenta de quién fueron y también quién se *embucharía* lo que costaron las obras de urgencia; y, eso sí, cualquier desperfecto o vidrio roto en las chabolitas nuestras a cargo nuestro. Las dos varas, claro, en manos de las leyes de los pícaros: ellos buenos y misericordiosos, y nosotros malos y desalmados.

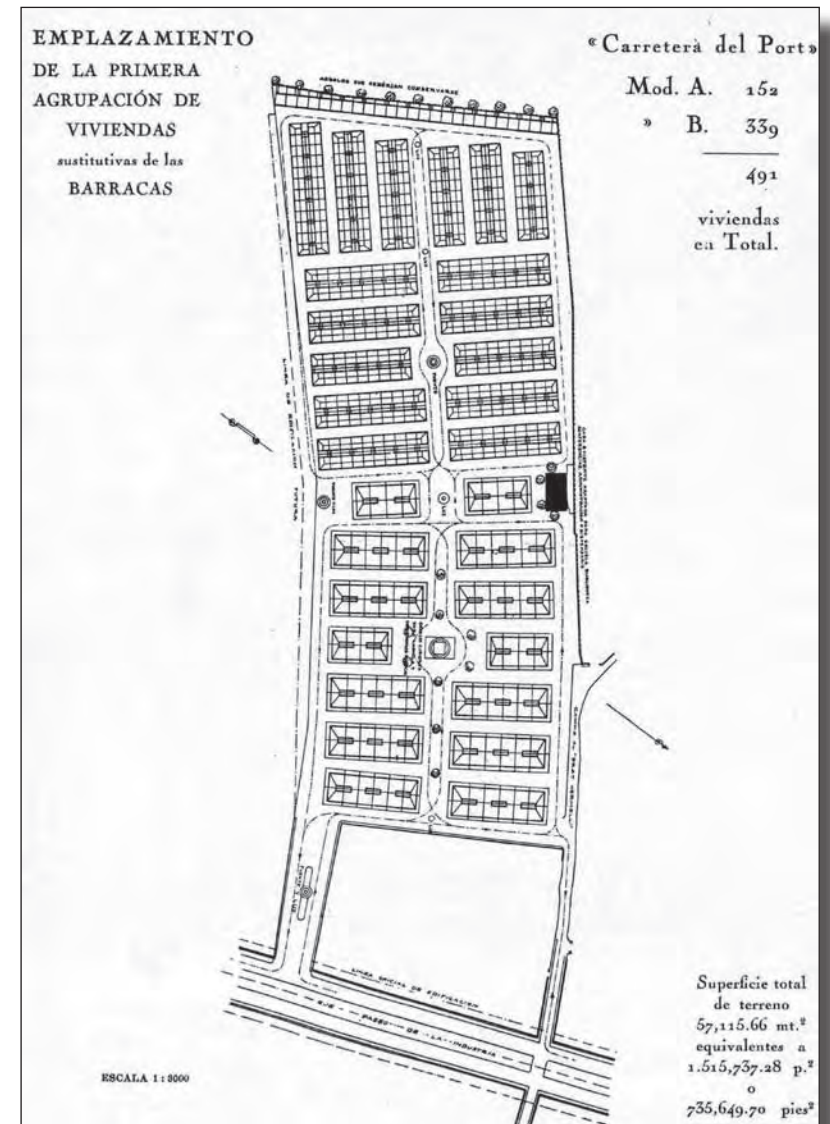
Ha pillado carrerilla, y lo sabe. Pero no la deja:

—Es que a veces me cogen estos arrebatos. Me sulfuro. Me puede la lengua y me pierdo por la boca... Y lo de la escuela fue una minucia, nada excepcional. Para asunto gordo, que se supiera, la quiebra del Patronato de la Habitación, el que velaba por nosotros y nuestras casitas. Fue de juzgado de guardia. La cueva de Alí Babá se quedaba corta en relación a lo que pasaba en sus oficinas de la plaza Cataluña y con toda la bandada de buitres, muy carroñeros, que la merodeaban. Tanto era, que tuvieron una inspección; se decía que en toda regla. Los diarios iban llenos de noticias, un día sí y otro también. Llegó a Palacio y todo, pues hasta se despacharon con un decreto firmado por un ministro para enmendar el entuerto. Al final, sin embargo, agua de borrajas.

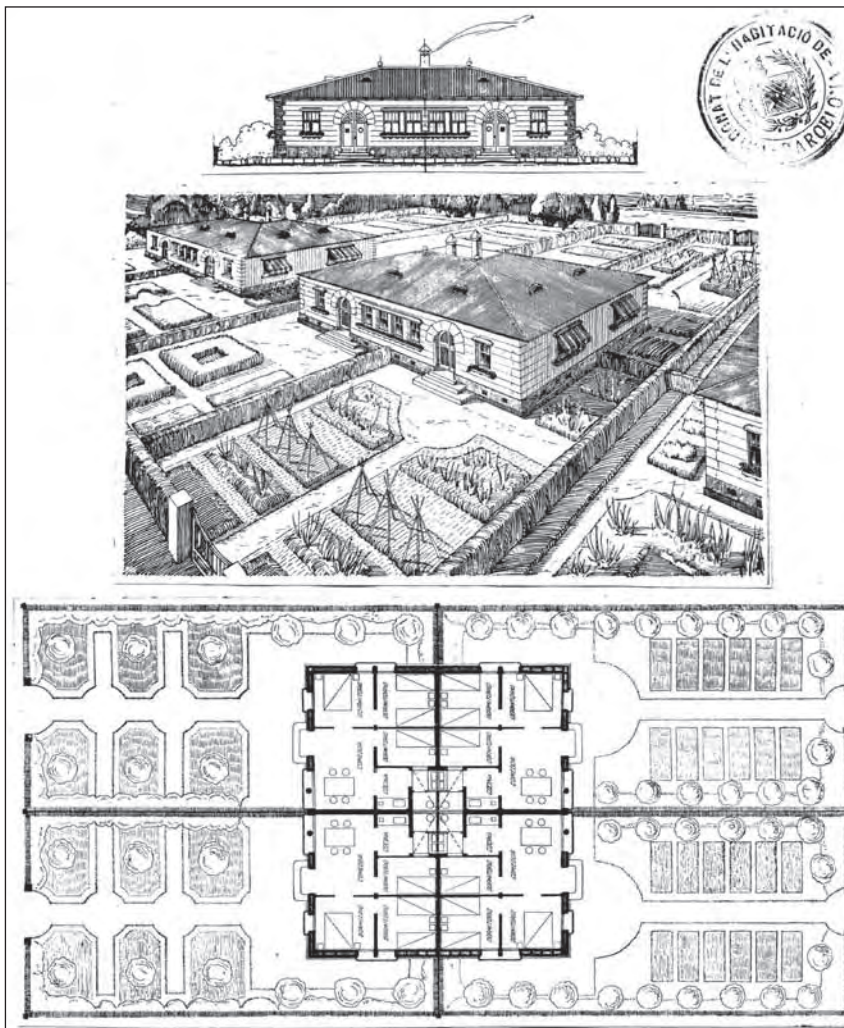
Para ella, la prevaricación, por sabida y repetida, se torna en un asqueroso culebrón de final feliz para los canallas. Se hartaron —así ocurrió— de enojadas declaraciones exigiendo contundentes medidas, que contemplaban la rigurosa y ejemplar persecución de responsabilidades. Nada. En cambio hicieron todo lo posible en defensa de los intereses del pequeño ahorro catalán. Apretaba una extensa jauría de avariciosos especuladores que vieron cómo sus obligaciones contraídas en el negocio de las Casas Baratas se habían ido al

garete. Sus títulos quedaron en papel mojado. Y se reunían y reunían. Hasta crearon un sindicato de obligacionistas para llevar su caso a los juzgados. A ellos los ampararon y, en su pleito para recuperar el valor de los cupones devaluados y en suspensión de pagos, acudió papá Estado auxiliándolos con subvenciones.

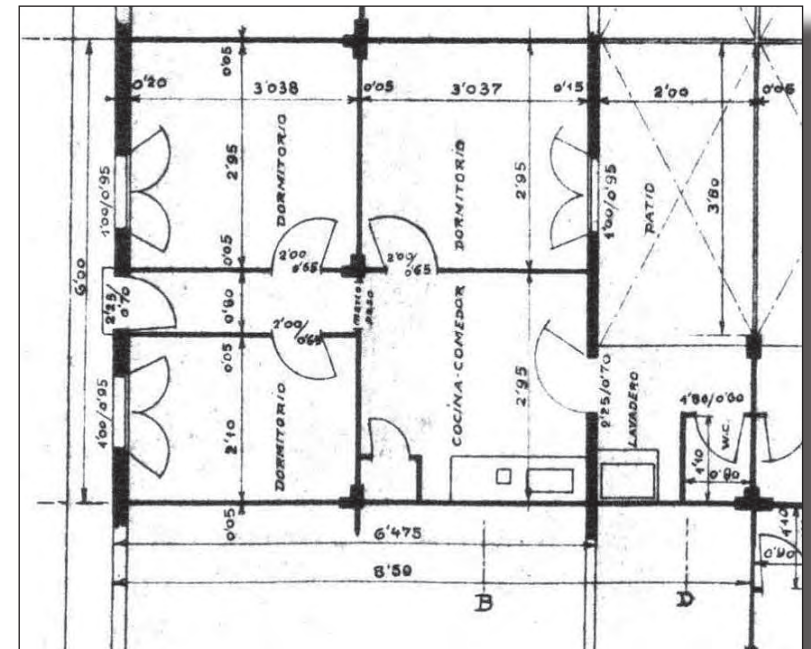
—A nosotros nos blandieron a porrazos y sablazos. Y, por si fuera poco, nos amenazaban con ponernos de patitas en la calle con los desahucios. Bueno, eso pretendían, ya que ese tiro les salió, también, por la culata.



Primera propuesta del Patronato de la Habitación de Barcelona:
491 casas que se acabaron convirtiendo en 616



Diseño proyectado para cada una de las Casas Baratas (con huerto)



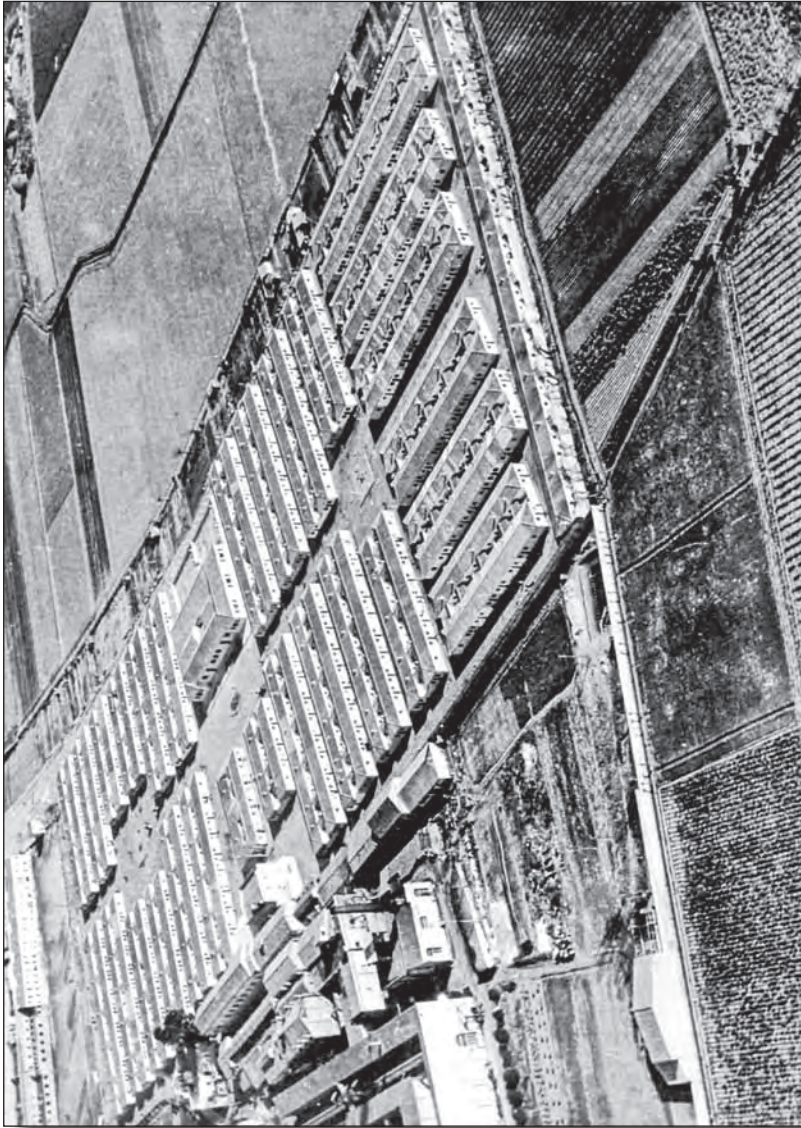
Plano de las casas definitivas: 36 m² habitables y un patio (en vez de huerto)

El Patronato de la Habitación de Barcelona tiene el honor de invitarle al almuerzo que en honor de los visitantes a los Grupos de casitas que tiene construídas y en construcción, se celebrará en el Hotel Ritz, a las 14 del día 19 del corriente.

Barcelona, 15 de octubre de 1929

EL COMISARIO - REGIO
PRESIDENTE,
J. Milans del Bosch

VI. Obrerada



«Obrerada» es una palabra que no he encontrado en los diccionarios. Topé con ella entre las memorias de un militante obrero bastante célebre en los círculos de aquellos años y también en su exilio sin retorno.

De buenas a primeras, suena a barriada repleta de obreros, sin apenas atisbos de otras categorías sociales compartiendo el espacio. Fácil, entonces, asociarla a una ciudad-dormitorio. En todo caso, humeada por las chimeneas de las fábricas, cuyos amos, gerentes y directivos sólo las pisan para velar por sus riquezas y dividendos. Es obvio, desde luego, que no hay obrerada sin obreros, muchos y muchas, que residan y trabajen en sus parajes. Bienvenidas entonces las monografías dichas obreras, descritas minuciosamente con números, gráficos, tablas; alabadas, además, si se acompañan del gracejo de unas letras bien trabadas que desprenden estilo para contar sus correrías. Tanto da, los cuentos de las cuentas y las cuentas de los cuentos acostumbran a conjugarse. Retratos de ese estilo, siendo necesarios, se quedan por lo general en la superficie, prendados por la omnipotencia del ojo que mira y todo lo ve. Desmenuzan el terreno atendiendo las posibilidades de doblegarlo al manejo de cualquier guarismo, a la rutilancia de la palabra acertada. Totalitarismo del ojo: reducen la vista a los rasgos necesarios para edulcorar esa certidumbre imponderable para la comparación y supuesta comprensión. Se fijan en los cuerpos, retienen rasgos mensurables y visibles, pero dejan fuera no sólo los

modales, sino que descuidan las ideas y acciones de cada morador en singular y, por descontado, la de todos, cuando van a una, formando piña.

Una obrería, sin embargo, es más que un decorado de cartón piedra y unos figurantes de hojalata que se ajustan a los guiones prescritos, mejor o peor relatados, con mayor o menor precisión. Como aquel militante contaba, una obrería debe más bien asociarse a gesta obrera, a revuelta, a insurrección, a cualquier ejercicio comprendido en el repertorio de las tablas de una gimnasia revolucionaria encarada, sin torcimientos y con prisas, precisamente a precipitar la revolución social. Por eso suena a clandestinidad sumergida que discurre normalmente lejos del figoneo. Si suena, sonará.

Aquel barrio de Casitas Baratas era una obrería dada a obrerías. Otra cosa es que se sepa o quiera saberse, que se recuerde o quiera recordarse. Si de su presente no abundan las noticias —si acaso se entrometen esporádicamente algunas estrambóticas que rebosan morbo—, de aquel pasado ya son una extrañeza.

—No te olvides de las obras del Candel.

—Ni tampoco de ese nuevo libro que han sacado los del Ayuntamiento. Lleva muchas fotos, parece de esos de regalo para dar el pego en estanterías a medio llenar. Ahora, la letra...

—Ya, pero mejor no menearlo. Ni lo uno ni lo otro, porque vaya ganga de obrería cuentan, el uno y el otro.

Los tiempos avanzan que es una barbaridad y, a su compás, progresa la estadística o la aritmética política del poder. O eso dicen. Igual carece de importancia alguna, pero ¿cuánta gente fue a aposentarse en aquella suma de solares? El número de casitas trajo sus quebraderos de cabeza, y este de los pobladores parece que quedará sin resolver. Extraña esta desaparición de constancia contable, o es que simplemente se perdieron o no se encuentran, que viene a ser lo mismo. Resulta insólita esta evaporación de los papeles con los números de habitantes y sus nombres, sobre todo si tenemos en cuenta que había una sección, de las tres que componían el Patronato de la Habitación, que tenía encomendada la labor específica de información y estadística y estaba dotada de su propio despacho —el cuarenta y siete en la planta cuarta de un céntrico edificio de la plaza Cataluña—. Más insólito todavía cuando se sabe que no cesaron las voces requiriendo a toda costa esa minuciosa tarea del

recuento y control. Indirectamente es difícil también aproximarse al enigma del cómputo de cuántos y cuántas, ya que aquella agrupación de casas no se correspondía administrativamente con los lindes de un barrio municipal, pues entonces su terreno se diluía en el barrio del Port. Resta, si la paciencia o la obsesión pitagórica se impusieran, contar uno a uno a los inscritos en las hojas del padrón de 1930. Pero ni con esas. Algunos y algunas prefirieron evadirse a los que palito a palito repasaban las casillas rellenas, ya que no iba ni con su espíritu ni situación apuntarse a las listas que les pasaban. De sobra sabían la utilidad de control que desempeñaban.

—¿A qué te viene ser tan puntilloso en estas menudeces? —me escopetean al unísono, hastiados de que confunda el relato de sus vidas con la enumeración de hallazgos de arqueólogo a la búsqueda de entretenimiento.

Se conforman con que eran muchos y apelotonados, acudiendo al más o menos de su sabiduría aproximada de la experiencia. Resumiendo, podrían ser entre tres mil y tres mil quinientos si se aplica la sencilla regla de multiplicar tantas casitas (quinientas treinta y tres) por una media de seis o siete hospedados.

—Además, sabiendo —me inquiera José, que presume de cálculo de cabeza—, te han salido mal las cuentas porque te has olvidado de las barracas enfrente de la calle 7. No serían quinientas treinta y tres sino algunas más.

«¿Qué se me iban a pasar por alto aquellas barracas!», pensé, sin responderle. Al verlas en los libros, me acordé de la canción aquella de cuando la pobreza entra por la puerta el amor salta por la ventana. Estaban en lo recóndito de la ciudad, en sus afueras, en sus márgenes; los habían reasentado para erradicar el barraquismo, foco de todos los males, y en aquel mismo pedazo de tierra volvía a surgir aquella arquitectura del desecho aprovechado. Poco amor, así, podrían mostrar por la ciudad; y por eso aquella diminuta obrería estaría a la que salta por las obrerías.

Puede entonces que el número sea lo de menos. Además, la media de seis o siete por casita no rimaba con medianas. Había alojadas familias de marido, mujer y pocos hijos, tal como imponían los contratos con su amenaza de desahucio por parte del Patronato, pero eran las menos. Proliferaba, en cambio, una retahíla de situaciones y parentescos en pocos metros cuadrados. La parentela reunía a menudo tres generaciones y, apretujada, superaba con cre-

ces los seis y siete de media. Otro tanto ocurría cuando residían bajo el mismo techo, de paso o no, sobrinos, primos, cuñados... —en femenino y masculino, claro está—. También era habitual que la casita fuera compartida por dos familias —una titular y otra la hospedada—, pese a que el contrato prohibía de modo tajante los realquilados. Aunque éstos también abundaban en el padrón, ya con ese mismo vocablo o con el de huésped. Simple cautela.

Si la ley del número —atrapada en el cálculo del cuántos y qué porcentajes— es caprichosa y escurridiza, no digamos ya la incertidumbre que deparan otras pesquisas. En especial aquellas que se aprestan a saber quiénes eran ésos. Las categorías al uso, agraciadas o no, no dejan de ser indicativas. Cuando te acostumbras a su trato, la cautela te empuja a ponerlas en cuarentena. Respecto a los momentos de la recolección de los datos, siempre acompaña la duda de quién rellena las casillas y cuáles son los patrones para producirlos. En aquel año, los encargados del papeleo estaban adscritos a la Guardia Urbana. Más policía que otra cosa, su menester aventura equívocos, pues muy avezados en la materia del recuento no es que lo estuvieran. Ya con el material al alcance, en su explotación cada cual se las apaña para manejar los números con los que cuenta según las cosas que con ellos quiere contar.

—¿Inmigrantes? ¿Pues qué habíamos de ser? Aquello estaba recién levantado y de algún sitio tendríamos que haber venido, porque como ángeles del cielo no habíamos caído, eso seguro. Nuestra condición, si buscas nombres, es más bien de nómadas, arraigando en el camino, ya sean queridos o forzados los itinerarios. ¿Apenado por dejar las barracas? En ellas estuvimos y subsistimos, quedan atrás en el tiempo, y de pisar las seguimos pisando, están ahí enfrente los terrenos que ocuparon. Se ha salvado alguna higuera, las chumberas siguen *punchando*, brota alguna fuente de agua fresca... No se borrarán, creo, de mis recuerdos, pero nostalgia tampoco.

—¿*Punchando* has dicho?

—Sí —me responde, apretando un dedo con la uña de otro—. *Punchando* es lo que pincha. ¿Lo entiendes?

Ya lo decía, asesorado o por sentido común, el general y gobernador y presidente del Patronato Milans del Bosch: «toda vez que las circunstancias especiales de las familias a quienes se destinan las *barracas*... [¿Barracas?, vaya desliz del general o del periodista Pujol o del tipógrafo del *ABC*], son en su

mayoría de otras provincias y a ellas habrán de volver por su orden natural». La cosecha final no tiene desperdicio: en su discurso condensa sus altas miras geopolíticas acerca de las poblaciones y su adulación de las atrocidades amparadas en determinismos naturales —muy próximas a los paridores de las doctrinas y prácticas de exterminio nazi para con los débiles—. Eso pensaba entonces el general. Después, tras la Guerra, tuvo oportunidad de entregarse en cuerpo y alma a la tarea. Mandamás de la ciudad y de la región, entre tanto cargo y galón, a veces se destapaba —quizás para contrarrestar sus excesos constantes— su pundonor por la asistencia, cuidado y confort de la escoria. Además de compulsivo —y bien que lo lucía—, de vez en cuando mostraba ciertas dosis de hombre compasivo. Podía —cuestión de rango— ordenar matar sin temblar, al mismo tiempo que conceder, por pleitesía, algún perdón.

Extraña, sin embargo, esa apreciación de la ida y vuelta del migrante, por más que proceda de una voluntad de hierro. Es más próxima a la realidad su asociación a nómada, a transterrado; de aquí para allá, puede que en un *transmiseriano*, por tierra o mar. Si aparcamos, por el momento, el cuento de las cuentas, ciertas vivencias sin papel escrito reflejan esas vicisitudes. Había residentes que, partiendo de Mazarrón, atravesaron la frontera, probaron suerte allá, en unas minas, y tras acumular infortunios retornaron y decidieron alojarse en los resquicios abandonados por la Barcelona de los prodigios. El padrón de los años treinta registra que más de un hijo había sido parido en Francia. Alguno que de padre gallego —de Lugo— y de madre vizcaína vio la luz en Málaga, antes de venirse todos a la barriada. Y Mario nos diría que su abuela, oriunda de Guadalajara, se ajuntó con un camarero de Málaga tras conocerse en Sevilla. Son los peldaños del trasiego que acarrea la inmigración maltratada.

Buscando motivos a la movilidad por los territorios y hurgando en los itinerarios es preferible, en ocasiones, sondear sus intrínquilis sorteando lo mil veces repetido. Diego, con la memoria fresca, me ayudó a extraviarme llevándome lejos de los tópicos que, mira por dónde, tienen que ver con los lugares:

—Mi padre era de Villena (Alicante), ebanista y, para ser más precisos, sillero; buenas manos y mejor cabeza. En el 34, en aquella intentona revolucionaria que sirvió de entreno al africanista gallego con los asturianos, él fue de los que se metió a fondo y pensó que en Barcelona podría cobijarse sin que le faltara apoyo. En el 36 combatió en las barricadas, pero en agosto de aquel

verano nos volvimos al pueblo, pues prefirió su terruño para volcar entre conocidos sus energías revolucionarias. En el 39, otra vez para Barcelona, donde junto con unos compañeros montaron su taller de sillería, esta vez por el Pueblo Nuevo.

Parecida es la historia de Juan. Su tío Orencio, venido de Lorca con sus hermanos, al poco de llegar a Barcelona tuvo agallas para enfrentarse al terror blanco, y como liquidó a un sicario *libreño* de la patronal, cruzó el charco para aterrizar en la Argentina. Amalia todavía se acuerda de que su tío Santiago —y eso antes del 36—, escapándose de la orden de búsqueda y captura que se le ceñía con malas pulgas, fue a refugiarse al pueblo y que el esquinazo pudo dárselo a los guardias en Villanueva de Gállego, con lo que le quedaron unos treinta kilómetros andando hasta casa. Pasada la cuarentena de la precaución, volvió al barrio.

Floreál, a cuento de las dilatadas peripecias de su padre Blas con la justicia, me relató a pies juntillas la vez que lo detuvieron en Madrid, en compañía de unos compañeros argentinos. *El Madriles*, de nombre Gumersindo y toledano de nacimiento, envió una nota desde Béziers relacionada con el Comité Pro-presos. Y al Patricio lo detuvieron no muy lejos de Villores, su localidad natal. Y el etcétera de Lucio, Marcelino, Jaime y otros.

Estos vaivenes por la geografía peninsular y allende no deben presuponer que su trayectoria, más o menos semejante, valga como regla común. Son simples muestras cargadas de significado, de situaciones que ocurrían, no a todos, pero sí a algunos. Diego, acostumbrado a saludar y no preguntar a las visitas que su padre recibía en aquella sillería lugar de encuentro, me recalca que tras el manido fenómeno de la emigración, no tan sólo crujía, al menos en aquellos tiempos, la impronta de la economía. Estaba, sin duda, demasiado presente. Incluso, para los más podía ser el único motivo de peso, pero a otros —y vuelve a subrayar que no eran pocos— los aspectos sociales y políticos también les marcaron sus pasos. Prefiere concluir reflejando que igual habría un poco de todo, ya que tan insoportable resultaba la miseria como la tiranía.

Derrengados, se escabullían a la mínima; fuera para no ir a filas por sentimientos antimilitaristas, para no ser apresados y caer por la ley de fugas o para no verse condenados por el pacto de hambre de las listas negras o del implacable paro forzoso.

—De todo un poco —remacha Diego.

Además, ¿la palabra inmigrante no es engañosa? En principio, se aplica a desplazamientos por el territorio que implican un cambio, transitorio o no, de domicilio. Me temo, sin embargo, que lo crucial es la distancia, el recorrido medido por criterios geopolíticos ajustables a las divisiones territoriales impresas en los mapas. A quienes se trasladan de barrio o distrito no se acostumbra a tildarlos de inmigrantes, porque tal catalogación se expone a ser rebatida por su extravagancia. Con el tiempo, y ésa es la otra variable que retoca el sentido de la palabra, parece que se reserva esa condición al que muda de asentamiento cada vez más lejos: se impone el baremo de transcontinental, pero tampoco es del todo así. Al inmigrante se le adscribe la connotación de que viene a buscar trabajo en los escalones más bajos, que está mal retribuido y se halla expuesto a continuos escarceos con todo tipo de leyes que lo desamparan y persiguen.

—¿No crees que te has ido un poco de madre? Con esta palabrería, ¿a quién pretendes convencer? No te quito la razón, puede que hasta la lleves. Pero, ¡hombre!, ¿no hay otra manera de decir las cosas?

Le iba a responder que esa perorata venía, precisamente, por el cuento de las cuentas del que tanto se abusa. Pero me salgo, tras un silencio discreto, por la tangente.

—En vuestro barrio había uno al que le llamabais *el Portugués*, aunque diría que era gallego. A otro *el Andaluz* y a varios *el Catalá*. Había también una buena pieza de tendero que llegó de la Argentina y más gente de Filipinas, Puerto Rico y otros países. En la barriada, también se sabe de un traductor alemán, ¡vaya otro! Sin embargo, a los hombres de negocios que habían colocado allá sus fábricas, sus gerentes y directores —aunque no vivieran—, a ninguno de ellos se le recordaba el lugar de su procedencia. La ciudad viene a ser como un bar —un puticlub—, en el que a la entrada cuelga aquello de reservado el derecho de admisión. Inmigrante sería aquel al que se le niega el derecho a la ciudad...

—Y... —me corta bruscamente prolongando los puntos suspensivos—: de ganarnos la ciudad, hacerla nuestra, ya nos encargamos nosotros, viniéramos de donde viniéramos, y a pesar de ellos y contra ellos y sus normas.

En este punto me siento un pasmarote, anonadado. Al igual que, con desparpajo, muestran el orgullo de la inmigración a cuestas, son capaces de

desprenderse de la etiqueta. Y no para diluirse en una masa informe de ciudadanos que falsea el «todos somos iguales», sin consideración alguna de cuna, sino para recalcar que entre ellos —los obreros— poco les importan las procedencias geográficas, hábitos o colores o soleados de piel. El racismo de clase se propugnaba en la otra acera.

Debería ahorrarme divagaciones e ir a por las cifras. Puede. Ceder a ese apremio tampoco me apetece. Es darles a los que manejan con soltura los números una credibilidad no siempre acreditada y, a menudo, fraudulenta. Bueno, para salir del apuro, recurriré a los valedores de un segundo orden en las ciencias —también las duras o exactas— que aluden a fractales, disipativas estructuras y bifurcaciones. En su acervo ensalzan palabras como «azar» e «incertidumbre», se aferran a que nada está cantado de antemano, ni en las representaciones nada está contado, por más que se escudriñen elaborados algoritmos. Por lo tanto, no está de más sortear las circunstancias. Toca.

Es una anécdota que tan sólo; añadiría que azarosa, pero tampoco es del todo cierto. Por casualidad, digamos, caí en la tentación de repasar hoja a hoja los empadronados de tres calles del barrio, las tres primeras que, tras atravesar el paseo, se encaminaban en dirección al barrio del Port, más hacia Sants que Can Tunis. El resultado fue sorprendente: entre los cerca de doscientos adultos de ambos sexos recontados, los que procedían de las provincias de Murcia y Almería alcanzaban casi el cuarenta por ciento del cómputo total; y de Cuevas —de Almanzora o de Vera— justo rebasaban los veinte en números redondos, o sea, un diez por ciento. Eran, desde luego, bastantes, pero compartían vecindario con otros muchos. Los nacidos en Barcelona rozaban el veinte por ciento; los de Aragón —la mayoría de Teruel— representaban el doce y entre Alicante, Castellón y Valencia proporcionaban casi el catorce.

—Tampoco te fies en exceso. En otras calles el reparto iba de otro modo. La plaza de en medio, donde al poco iría la escuela, partía el barrio en dos, sin saberse muy bien por qué. El caso es que, con el tiempo, el reparto se fue sucediendo sin que se llegara a fricciones —más que las peleas de los críos que necesitaban su pandilla y un enemigo a tiro— y fueron cuajando, sin exagerar, estilos y poses contrastados. Entre los que daban al lado de Can Tunis, en las calles de números bajos, sí que se notaba más la presencia de los que salieron de Cuevas. ¿Se agruparon a sabiendas o les tocó? Tanto da. Por parentes-

co, por ser paisanos o lo que fuera, este querer estar cerca los unos de los otros me parece que siempre ha sido una constante entre los que se marchan de sus casas a otro lugar. Quizás para sentirse menos aislados, menos extranjeros.

Pura coincidencia o no, estos números no tiran por la borda el estigma de unas Casas Baratas rebosantes de «murcianos» con el tracoma apagando sus ojos. Tampoco rebaten que al entrar en ellas se acababa Barcelona y desaparecían los catalanes. Murcianos o no, a todos les recubría el sustantivo «murciano», seña de indocilidad, de no quebrarse a los designios de prohombres, que con cajas de caudales, vara de mando, sable en la mano o mitra en la cabeza les amargaban la existencia.

Otra de las leyes que les caía encima era toda la gama de la oferta y la demanda, oculta tras las muchas manos invisibles de los mercados que acechan y se aprovechan de la incesante colonización de la vida por la mercancía con sus precios. Y la vida, ir tirando, para ellos tenía un precio. Su subsistencia simple —lograr los modos de acceder a la comida, a la ropa, al cobijo y al transporte— les condenaba a ponerse a trabajar donde se pudiera o a buscarse la vida como fuera y, por supuesto, eso no daba para recreos ociosos, un lujo lejos de su alcance. Las palabras del mercado, al menos el laboral, son cuanto menos liantes. A las partes en litigio se les reserva el nombre del bando contrario: resulta que la oferta le corresponde a quien demanda trabajo y la demanda a quien lo ofrece. Es un lío, desde luego, pues ofrecerse como mano de obra no es un capricho sino un imperativo, una obligación y nada beneficiosa: si el trabajo es salud, ¡viva la tuberculosis! En fin, aquellos residentes en las Casas Baratas eran inmigrantes de baja ralea y de la peor calaña, «murcianos» y, además, obreros indolentes, cuando podían trabajar, o vagos y maleantes cuando les achuchaba el paro forzoso.

—¡Ey, Quijote! No vuelvas a *enfarfollarte* con ruedas de molino. Ya tenías lo de inmigrantes, ahora, sin florituras, le añades y obreros y santas pascuas. O ¿qué esperabas?

Les disgusta andarse por las ramas. Sin pretender disfrazar su condición, tienen siempre en la boca el «al pan pan y al vino vino». Sin florituras, como me recalca. Si la alusión al Quijote ha conseguido arrancarme una sonrisa, ese *enfarfollarte* que le sigue me ha hecho reír. No todos, pero bastantes, se expresan en una especie de castellano catalanizado. A resultas del contacto con

compañeros en la *faena* y por los lugares que frecuentan han ido recreando el vocabulario que los aproxima, del estilo de aquel *punchando* que pincha. Hablando de obreros, le pregunto: ¿pero obreros o jornaleros?

—Te complicas la vida otra vez. Ya te he dicho que tan sólo aprendí a hacer la O con un canuto, a leer silabeando, aunque en las cosas de la vida no creo que se me perdieran muchas de las necesarias. El jornal era una manera de pagarnos, al día, tantas horas tantas pesetas; y bien que les iba, pues si surgían inclemencias del tiempo o incidencias sociales, tocaba rascarse los bolsillos vacíos. Después vendría la *semanada* y, más tarde, la mensualidad; aunque sí que es cierto que las pagas, el *trinqui-trinqui*, iba por *faenas* o categorías y por ramos. Obrero, para mí, es aquel al que no le queda más remedio que ponerse a trabajar para otro, para poder subsistir él y su familia, y que además sabe que está explotado por el amo o patrón. O sea, el jornalero es un obrero.

Toda una lección. Extraigo la conclusión —qué remedio tras el varapalo endiñado— de que es inútil volverse a entretener y discernir entre hojas de padrones y censos electorales de aquella década. Es arrojarse a la obiedad de las fuentes oficiales: la inmensa mayoría de hombres estaban registrados —por propia voz o por decisión del encuestador de uniforme— como jornaleros, y a las mujeres se les endosaba el genérico «sus labores». Un buen resumen del cuadro laboral, muy acorde para ratificar sin entuertos su condición de parias que, en lenguaje sofisticado, quedará en lumpenproletariado.

Volver al matiz, representa repasar los papeles sueltos: acudir a las notas de las conversaciones entabladas, darle otra ojeada a los expedientes procesales de cuando la República, antes y durante la Guerra, y en la posterior derrota, volver a las fichas dispersas por los sumarios militares, fijarse de nuevo en los nombres subrayados de los largos listados de los afiliados a sindicatos —ya sea por empresa, por sección o por ramo—, detenerse otra vez en las relaciones de personal que pocas empresas de las instaladas en la zona guardan y he podido consultar, e, incluso, no descuidarse de aquellos anuncios particulares insertados en la prensa (vía Boletín Oficial de la Provincia, donde la Delegación de Trabajo de Barcelona autorizaba a las empresas el despido de los obreros que se habían significado por su rojería). Son retazos que, sin aspirar a ninguna exhaustividad, complementan el rasero de la homogeneidad a la baja de los recuentos estadísticos y sirven también para evitar tergiversaciones.

Intenciones y precauciones me acompañan para atreverme a nombrar pulidores de metales, reparadores de máquinas de escribir, panaderos, vidrieros y biseladores, marmolistas, limpiadores de botas, barberos, carreteros y *camàllics*, mecánicos, joyeros y otros tantos oficios cualificados o no. En la Madera, ya tirando de afiliaciones, constaban carpinteros y ebanistas —algunos, además, figuraban como sindicalistas destacados en la junta de la Mutua de la Alena—. En la Construcción, bastantes estaban empleados en la extracción de arenas, en las canteras, y además de peones había ladrilleros, albañiles, yeseros, mosaístas y pintores. En Artes Gráficas estaban en el cartón, por la fábrica de la viuda Quirico Casanovas y en otros talleres. En el Textil, los había en el ramo del agua y en la fábrica de los Bertrand —como José, que llevaba desde 1926, tal como certificaba la empresa, aportando pruebas al auditor de guerra—, y modistas, guarnicioneros, sombreroístas... Por el Metal, ganándose la vida, estaba Lucio como calderero, José (*el Chispas*) como fundidor y otro José (*el Negro*) como trefilador; y también como trefiladora la Anita, la Consuelo —en la fábrica de cubos de los Farrero— y Sebastián —en las Industrias Mecánicas Consolidadas—, que se acordaba todavía de su compañero Paco, árbitro de fútbol en categorías inferiores, y también de Bartolomé. Por el de Transportes corrían los tranviarios, entre ellos Miguel, el del teatro en el Ateneo; en el puerto, Santiago estaba en el Carbón y Anastasio —que entró en 1913— ejercía de controlador; en el Transporte Marítimo, Marcelino que, tras volver del exilio, falleció trabajando en la Vulcano. Alfonso, al tocar la guitarra, pertenecía a Espectáculos Públicos. No faltaban tampoco los campesinos —muchos de ellos miembros después de la Colectividad Agrícola de Barcelona—, ni los pescadores. Y en la fábrica de briquetas de carbón para los trenes, y en la CAMPSA o la Shell de antes, y en los talleres Pescara, y en Sangrá, y en Hierros Mateu, y en Santiveri...

Insisto, son simples anotaciones dispersas e incompletas. Además de oficios reglados —y sé que el término me traiciona—, eran conocidos los basureros, carboneros, traperos y vendedores ambulantes.

—Carmen, mi madre —me comenta José— era una de tantas que se dedicaba a la venta ambulante, y que de las labores de casa se cuidaba cuando podía, que era poco y siempre a las quinientas y *eslomada*. Y de mi padre, Juan, que me has enseñado que consta como jornalero, ¿qué quieres que te

diga? Le iba a rachas. Sí que estuvo de *paleta* y moviéndose por el *Borne*, pero siempre que podía se tiraba a los campos a recolectar hierbas y caracoles para después venderlos, de ambulante, claro.

A menudo se pasa por alto, pero los cambios de trabajo eran frecuentes, ya fuera a una empresa en el mismo sector o incluso del ramo. Los motivos eran los cambios de aire por voluntad propia o por los desaires de los empresarios. Alberto, por ejemplo, durante un tiempo fue panadero, luego mecánico y acabó en la construcción ya instalado por su cuenta.

Las referencias a la cualificación en las tareas se podrían evitar. Sin embargo, la consideración de no cualificado se emplea, a menudo, como trampolín para instrumentalizar una supuesta negación de habilidades y destrezas y para justificar el verse abocado, «naturalmente», a los escalones laborales —y, en correspondencia, sociales— más bajos. Los patronos, sin duda, eran paternalistas, humanitarios y justos. Sebastián, que no presume de su pasado sindicalista, contraataca recordando que en su fábrica, reconvertida en industria de guerra, le colocaron el rótulo de imprescindible: más útil aquí laborando que en el frente disparando, y ese reconocimiento le cupo a otros vecinos. A Andrés, por el contrario, su avisado conocimiento de las técnicas en voladuras —aprendidas, como José, en su pasado de minero— le conllevaron ocuparse de obras y fortificaciones en la zona de Mequinenza. Otros, como Joaquín y Pedro, fueron elegidos como miembros del comité de su empresa y tuvieron que encarar la producción y sus contabilidades y sopesar la representatividad ante los compañeros y delante de consejerías y federaciones. Colofón y repetición: había de todo en aquella nebulosa caracterizada como masa de jornaleros.

Inmigrantes, jornaleros y analfabetos. Irremediable. El último rasgo que se emplea para definir el perfil social de aquellas gentes es su analfabetismo. Entre ellos abundaba —se decía, se recalca— más que en otros rincones de la ciudad. Contra la evidencia, poco o nada que decir, a no ser que a las obviedades se les vuelva a dar la vuelta. Requiere ánimos y mirar para otro lado, salirse de los caminos trillados, desconfiar de las fuentes y altavoces que revalidan un estado de opinión con las cartas trucadas. Quizás a la vera de la senda del Ateneo que montaron muy pronto en su barrio brote la cultura, su cultura. Más adelante, espero.

—De todos modos, ¿a quién le gustaría vivir en una barraca? Si olvidas algún caso estrafalario —que lo habría—, la respuesta sería que a nadie. Llegas a la ciudad, buscas un techo que puedas pagar y eliges, o peor, te doblegas a las circunstancias. La cuadratura es sencilla: poquísimas viviendas en alquiler, precios desorbitados de caseros avariciosos y pocas entradas de dinero: los señores de la industria pagan lo menos que pueden, me parece que lo suyo no es regalar. Después, si logras mejorar la situación, igual te atreves a trasladarte, y para eso también pesaba dónde tenías la *faena*, suponiendo que fuera estable y merecedora de aguantarse, pues el transporte no abundaba y te salía, si lo cogías, por un ojo de la cara. No hay vuelta de hoja, ni mayores explicaciones: los últimos en llegar y peor pagados, o más explotados, a las barracas. No te empeñes, era así. Por más que lo pretendas, la sentencia está dictada, ya desde entonces. Y ahora ¿quién cambia esa historia? Por los siglos de los siglos éramos murcianos, jornaleros y analfabetos. Por eso también la suerte estaba echada.

Ha sido tajante en su bien trabada argumentación. Quizás por ello, al final ha aflojado un poco. Y acoquinado, con un ligero gesto de cabeza, le doy toda la razón. No queda más que asentir, conformarse. A lo sumo, y en plan tiquismiquis, resta el consuelo de los recovecos y porfiar en vano por los matices. Queda, quizás, emprender otros derroteros.

—Cerramos el capítulo, ¿te parece? Ahora vamos para casa y de camino nos paramos en un bar de buena gente que conozco. Te invito a una cerveza y a unas tapas mientras charlamos de otras cosas. Dicho y hecho. Mejor dejar la recta del estadio para cuando maduren los higos y enfilarse el camino de vuelta.

VII. De aquellos lodos

En aquel barrio recién estrenado algunos se apresuraron a aprovechar las rendijas que deparaba el trasvase de una dictadura a una *dictablanda*. Con el adiós celebrado del Rey y de Primo de Rivera, la herencia por transacción a favor del general Berenguer abrió el grifo, con cuentagotas, de la legalización de las asociaciones obreras vinculadas al ámbito libertario. Atenuadas las tinieblas, persistían las brumas; pero, aflojados los tornillos, se podía tantear salir de la condena a la ruda clandestinidad que el corporativismo de la Unión Patriótica de los de arriba —encabezada por el marqués de Estella— impuso con su golpe militar para pacificar la guerra social. El trámite era rellenar mil formularios que no descuidaran ofrecer declaraciones e intenciones de buena conducta y asegurar —era de obligado cumplimiento— suma transparencia acerca de componentes y actividades. Ellos estuvieron al quite y, sin tardar, se apañaron para salir a flote; cuestión de aprovechar lo que había para cubrir el expediente de la permisividad.

El 8 de mayo de 1930, la firma del gobernador civil —el castrense Despujol— rubricaba que se habían presentado por duplicado los estatutos para la constitución del Ateneo Cultural de Defensa Obrera, ciñéndose a aquel anticuado artículo cuarto de la Ley de Asociaciones de 1887, de nuevo vigente. El envío llevaba fecha de 5 de mayo y daba cuenta de la asamblea que habían mantenido el día antes, domingo, a las once de la mañana. Los preparativos,

sin embargo, ya se venían aireando. El 1 de mayo, la comisión organizadora del Ateneo —formato habitual del que se dotaban las organizaciones del movimiento obrero para recomponer fuerzas, a la que se atisbaba la mínima posibilidad de volver a sacar la cabeza a la luz pública— anunciaba ya una conferencia que, en honor a los mártires de Chicago, versaría acerca de «El Primero de mayo y sus fines». Con anterioridad, el primer día de abril, una comisión de obreros del barrio se personaba en el Ayuntamiento para protestar contra los desahucios en marcha, fruto de la aplicación rigurosa y expeditiva de las cláusulas de aquellos contratos que firmaron para poderse albergar en las Casas Baratas.

Aquella celeridad para ponerse en movimiento indica que los pobladores de aquella colonia penal no eran, desde luego, unos recién llegados a la ciudad ni, mucho menos, neófitos en el campo abierto de las luchas sociales. Eran ellos y otros muchos la pertinaz muestra de que todas las tentativas, incluso las alimentadas en las cloacas del más despiadado y atroz terrorismo blanco de la patronal, con sus esbirros y encubridores, no habían logrado erradicar el antagonismo obrero y sus rebeldías.

Es excesivo, seguramente, estar pendientes del hilo de la continuidad, pensar que tras una lucha viene otra que se amamanta de la transmisión de las experiencias comunes entre unos y otros, de ir de aquí para allá, del ayer al hoy para el mañana. De aquellos años de los que venían, acostumbrados al subsuelo en el que los hundieron los oficiales destierros públicos, aprendieron a no tambalearse aunque tocara relamerse de continuo las heridas. Eso sí, de vez en cuando pudieron celebrar esporádicos triunfos o, si no, ya les valía el tentetioso de la dignidad de la cabeza alta. Como topos avizores, no sucumbieron. Al contrario, estaban prestos para volver a salir a la superficie sin componenda alguna.

Es ingenuo, si nos arrimamos a la creencia de la buena —o abominable— fe y si escuchamos a los voceros que dicen gozar de conocimiento de causa, recurrir una y otra vez a la espontaneidad para dar cuenta de todas las sacudidas sociales de cierta enjundia. Espontaneidad que, empleada como sinónimo de improvisación o de repentino impulso desenfrenado, ignora las ebulliciones subterráneas que a borbotones remueven las calamidades de la supervivencia. Se describió así antaño, y todavía se escudan en el mismo argumento,

más o menos refinado, gentes de hoy avezadas a contar nuestro anteayer, cuando se acercan a los protagonistas del 18, 19 y 20 de julio de 1936 en Barcelona. Su cacofonía se resume en un escueto mensaje mil veces repetido: los «piojosos» de aquel barrio y de otros similares se apuntaron de golpe y porrazo, sin ninguna preparación, a aquella revolución social que *destorotó* muchas vidas; las primeras, las suyas. No está de más, entonces, evocar que de aquel barrio surgió uno de los primeros ateneos que se esparcieron con la oleada de un ciclo revolucionario que desbordaría, una y otra vez, los diques del régimen proclamado republicano y adjetivado «de los trabajadores».

Cábalas aparte, es llamativa la nota que, en la segunda quincena de julio, firma Rafael Toribio, jefe superior de Policía, en contestación al oficio que le remitió el gobernador un par de meses antes. Le informa de los individuos que forman la junta directiva del Ateneo y de cuáles son sus finalidades declaradas por escrito, y añade literalmente: «el fundador y director de la organización es Gumersindo Sánchez Herrador, alias *el Madriles*, el cual ha estado detenido gubernativamente por sus ideas anarquistas, y con las mismas simpatizan la mayoría, por lo que fue advertido acerca del cumplimiento de la ley». Es inevitable —el lenguaje del orden piensa en fundadores y directores— que las ideas merezcan el encierro y que toda advertencia sea poca.

—Por lo que a mi concierne, siempre he querido ser normal, corriente, del montón. Una más entre muchos. Resignada tampoco. Eso de la misa y las masas, sierva voluntaria, no va nada conmigo. A ver, si aspiro —y todavía suspiro a mis noventa años— a algo que se parezca a la revolución social, como aquella que palpé con los dedos tan joven, pensaba y pienso que su realización tan sólo puede ser empujada por muchas y muchos, decididas y decididos a ir a por el todo. No, no es tarea de titanes, de unos pocos alumbrados que nos saquen de la oscuridad, mientras procuran mantener a buen recaudo la lumbré. Claro que sí, volvería a jugármela, pero entre muchas y muchos, insisto, y cada cual según sus posibilidades, sin duda.

Han sido las palabras de alerta que con parsimonia, casi ceremoniosa, me ha transmitido Encarna. Es de las que batalla para que no los confundan y no tergiversen el ideario que llevaban lo menos distorsionado posible a la práctica. Y respecto a los aciertos y los errores, se encoge de hombros y alude a los trechos del aprendizaje. Previamente, se ha lamentado de no poderme

ayudar, y eso que reconoce que algunos de los nombres que recoge el escrito de jefatura le suenan, pero le bailan los recuerdos. E insiste en que no pretende darme gato por liebre, que no me dirá más de lo que buenamente sepa o se acuerde, matiza. Para ella, apuntarse a aquella lucha social que todavía mantiene —aunque ahora reducida a las ideas y a las charlas con antiguos compañeros—, despegó en los años de la República, siendo muchacha.

—Y ya te explicaré, ya, porque tengo grabado eso de mi puesta de largo de muchacha —me comenta jovialmente con entonación traviesa.

La reseña policial es un indicio que bien valdría seguirle la pista. Tras los nombres que menciona, ¿qué había?, ¿obreros, anarquistas y pistoleros?, ese otro triplete que recubre y encubre el machacón «inmigrantes, jornaleros y analfabetos». Sin voces a mano, queda remover papeles recaudados. La atracción del archivo, única espoleta, también deriva en desesperación. Hurgar en el reverso del vigilar y castigar implica, como legara aquel renombrado hombre de pensamiento reconocible por su cabeza como una bombilla, zambullirse en papeles viejos y disponerse a sacarles las capas de polvo para, si se puede, medio encontrar hechos concretos y retazos biográficos. Luego, en el momento de recomponer el puzzle, vendrá esperar que se puedan entrever andamiajes de secretos insinuados al revés de las palabras emitidas a los preguntones del ordeno y mando en los juicios, en estrados o en celdas, del o te salvo o te mato. A esos ejercicios —digamos de oficio— añadiría cruzar los dedos a modo de tic, pues es imprescindible que te sonría la suerte, al menos de vez en cuando.

Con Gumersindo, apodado *el Madriles* —aunque nacido, como ya ha salido a relucir, en un pueblo de Toledo—, la suerte no me ha sido del todo esquiva. Era uno de los que trabajaba en la construcción del gran metropolitano, aquella emprendedora operación que atrajo a tanta mano de obra foránea, como sentenciara el tópico. Fue también uno de los que protagonizaron la huelga que paralizó las obras, con altibajos, desde mediados de enero hasta bien entrado julio de 1923. Para saber de ella y de sus protagonistas, escharbar en la trastienda de celebridades y celebraciones ha sido el imponderable de marras.

El metro y sus obras, el transversal y el gran metropolitano, cuenta —nos han relatado— entre los hitos de la memoria de Barcelona. Considerado uno

de los emblemas del progreso y de la modernización de la ciudad, se elevó a la categoría de acontecimiento social. Por la consabida fuerza de las imágenes, la iconoadicción se recreó en el trajín de aquel fin de año de 1924 cuando su alteza el infante Fernando de Baviera, en representación del Rey, y el habitual enjambre de autoridades y personalidades de toda ralea dieron por inaugurado el primer ramal, devotamente bendecido por el cardenal Vidal Barraquer tras descender las escaleras alfombradas de la estación de la plaza Cataluña. Tras los retratos de rigor, procedió dar rienda suelta al entusiasmo ciudadano. El miércoles —el día después y sin celebridades— se dejó viajar *de franco*, por lo que cincuenta mil pasajeros —se dice— se rindieron entonando piropos a la belleza de aquella ingeniería urbana, más lustrosa, aunque llegara con retraso, que la de la capital del reino. Los honores y alegrías mayores los compartieron la compañía promotora de la ambiciosa obra —un conglomerado de industriales y banqueros representados por el conde de Gamazo, presidente accidental del consejo de administración en sustitución del otro conde de Torroella de Montgrí que era el efectivo, pero que reponiéndose de una enfermedad excusó su asistencia— y, en un segundo plano, sin tanta representación de bombín, la contratista que se embolsó un buen pellizco por la concesión. Los obreros, que tanto habían incordiado y contribuido a retrasar la inauguración, no merecieron ningún elogio, al contrario.

Pestaña en aquellas fechas conferenciaba acerca de la dignidad o ética profesional del obrero. *El Noi del Sucre*, en un mitin convocado precisamente a raíz de la huelga del metropolitano, culpaba a la empresa —en especial a la contratista, la bilbaína Sociedad Obras y Construcciones Hormaeche— de provocar el conflicto por turbios manejos financieros. Pestaña se reponía del atentado que le tendieron en Manresa y que casi acabó con él. Seguí caería asesinado en la calle Cadena, en aquel mismo marzo sangriento. Las monedas de cambio eran ésas, no podían ser otras, no se cruzaban otros piropos.

Ellos no estaban para prodigarse en parabienes ni para rendirse. Los calendarios y las fechas a marcarse en rojo eran, como todo, distintas. Un viernes, doce de enero, un despido en el pozo tres, en la plaza Cataluña, fue la espita para que mil trescientos obreros se declararan en huelga. El capataz de la brigada, prepotente, se enfureció porque aquel obrero le contestó de malas maneras a sus amonestaciones. Cerca, el pozo cuatro —el del paseo de Gracia

esquina Diputación— se encharcó y la empresa, que tenía apalabrado aumentar el jornal cuando manara agua, no se avino al pacto, por lo que los que allá faenaban abandonaron el pozo sin achicarla. Fue ese día, por motivos nimios y sin anuncio alguno; podría haber sido cualquier otro, pues imperaba la calma chicha y se incubaba el ambiente propicio. Ya en junio del año anterior estuvieron dispuestos a emprenderla por el aumento del jornal, por el abono de las horas extraordinarias y por la readmisión de un compañero injustamente despedido.

Al poco, la huelga fue adquiriendo el grado de envite abierto. Si la lanzaron los adscritos al Sindicato de la Construcción, no tardaron en sumarse los del Transporte, Madera y Metalurgia, e incluso los celadores, los capataces y los encargados afines no les fueron a la zaga. Ante tal perspectiva, la Federación Local de Sindicatos pronto reaccionó y puso toda la carne en el asador. En danza estaba la mejora moral y material y también el reconocimiento del Sindicato. Era un conflicto con enorme carga de resonancia, de aquellos que recogiendo el malestar de algún sector se multiplicaba; ya fuera por su repercusión en la economía urbana, por la reputada combatividad y capacidad movilizadora de los implicados o por los apremios de las circunstancias de la coyuntura. El caso es que servían de espoleta para recrudecer la pugna social y desplegar el contrapoder obrero en un cara a cara virulento. Y aquella huelga, aunque olvidada, fue todo aquello: una huelga por la dignidad colectiva.

La empresa y su arrogante gerencia despreciaban a los sindicalistas. Las condiciones de trabajo, antes que atractivas, resultaban odiosas. Los del *Libre*, contratados para chulear en los pozos, sólo lograban afear más el día a día en los túneles. De los chasquidos cotidianos surgió la huelga y las quejas que, solapadas o no, se tradujeron de inmediato en lucha abierta, con unas bases mínimas que cualquier obrero compartía y defendía. Eran reivindicaciones nada especiales, las propias contra la explotación despiadada. La primera de la lista exigía el reconocimiento del Sindicato y sus atribuciones en materia de contratación de nuevos obreros. De tratar de imponer los criterios de las bolsas de trabajo autónomas, iba la segunda. Seguían las demandas de aumento de jornal especificadas según las categorías, y que además debían incrementarse el cincuenta por ciento cuando se faenara empapado de agua. Se reclamaba —y no como papel mojado— el cumplimiento del descanso dominical

y el cobro omitido de jornal íntegro en caso de accidente laboral. Que se eliminara el destajo, se pagasen las horas extraordinarias, se abonasen los jornales correspondientes a los días de huelga, se readmitiese a los despedidos y se despidiese al capataz —jefe de línea— causante de la huelga al despedir a dos delegados del Sindicato, eran las otras condiciones que fijaban los obreros a la empresa para volver a trabajar.

Especial fue la determinación de los obreros que, bien arropados, no auguraban ni paz social en la urbe ni avances en la urbanización por las tripas del subsuelo. El transcurso del conflicto no pintaba nada bien: la empresa se mostraba intransigente a las peticiones obreras y las entradas a los pozos seguían custodiadas por parejas del cuerpo de seguridad. Los retenes autorizados por la asamblea, dedicados al mantenimiento de los túneles —cuidando de su conservación y del desagüe con el propósito de evitar cualquier desastre o catástrofe—, se retiraron de la tarea por la terquedad de la empresa y el acoso gubernativo. La prudencia —manifestaban— tiene sus límites, y la dejadez era incumbencia y responsabilidad de la empresa o de quien a ésta le correspondiera exigírsela. Y para chantaje o ultraje —replicaban a las acusaciones que recibían— el que padecían ellos. Dispuestos a no cejar en la defensa de sus pretensiones, solicitaron a sus compañeros bomberos que se negaran a trabajar en las bombas de achicamiento de agua. El riesgo de que cedieran los anillos de ladrillos sin cerrar de las bóvedas era preocupante, y los peligros de hundimientos del piso de las calles afectadas no tardaron en advertirse. El más llamativo estaba en la calle Salmerón donde, en algunos tramos, el desnivel apreciado a ojo de buen cubero alcanzaba el medio metro.

Ante la magnitud del conflicto, que amenazaba con ocasionar honda perturbación, el gobernador de entonces —Raventós— abría y cerraba sus partes diarios con incesantes gestos de optimismo. Se amparaba —argüía— en las buenas impresiones que se desprendían de los atribulados contactos en que se había visto sumergido tras aquel conflicto inadmisibles: aplaudía sin rubor las sensateces declaradas de todos los implicados y después, sin pausa, se arropaba en su justa ecuanimidad como intérprete de aquellas necesidades imperiosas de la ciudad que no admitirían demora alguna en una obra de tal envergadura y prestigio. Cada día que pasaba se alumbraba, por el bien de todos, una pronta solución, un acuerdo en breve. En aras del sentido común y desde su

cargo insistía e insistía en lucir su neutralidad «exquisita», llegó a remarcar por escrito en una nota que se encargó de distribuir a la prensa. Su estricta imparcialidad —ya que no quería que se le atribuyera inclinación alguna hacia ninguna de las partes en litigio— se guiaba, recalaba, por el único afán de buscar la avenencia que contribuyera a lograr una fórmula para las difíciles bases de arreglo. Otro tanto sucedía en la alcaldía, con el concejal Rocha a la cabeza, donde la misiva de suavizar asperezas y reducir pretensiones generó más actividad de la corriente en las distintas concejalías. En el despacho del alcalde llegó a convocarse, tras laboriosas gestiones, una reunión entre los contendientes. El comité de huelga accedió, si bien, nada más tomar la palabra, dio por sentado que su asistencia era una deferencia y nunca una aceptación de autoridades extrañas. Fieles a su práctica, argumentaron que los intermediarios en el conflicto directo entre capital y trabajo no tenían cabida, y luego pasaron a exponer sus reivindicaciones. Los representantes de la patronal, que venían a oír, prefirieron dejar para un posterior encuentro cualquier tipo de respuesta.

La alarma, o la preocupación por los intereses de lo que andaba en juego, cundió y apretó. Tras aquella reunión, a finales de enero, entre tiras y aflojas, se llegó a vislumbrar un acuerdo. En la asamblea obrera dedicada a valorar el desenlace y rendir cuentas de las negociaciones —por si procediera reanudar el trabajo— se añadieron, sin embargo, otros puntos irrenunciables: despido de los recién contratados en el caso de que pudiera comprobarse su vinculación al pistolero patronal —y eso que algunas voces propusieron que lo fueran, sin remilgos, todos los esquiroleros—, readmisión de todos los despedidos y liberación de todos los detenidos. No estaban por cejar en su empeño de arrancar mejoras y menos por dejar que algunos compañeros salieran esquilados, mientras otros se aprovechaban del río revuelto sin mover un dedo. Se selló la tregua, pero la tranquilidad concertada no llegó ni a los dos meses. La empresa incumplía a la mínima lo firmado: no les suministraba las botas de agua prometidas —apenas se les mandaron dos docenas—, y las que les llegaban eran de lienzo, que al poco se destrozaban. Al mismo tiempo, los roces nada agradables con los *libreños*, antes que bajar de tono, se agudizaron. Ya podían algunos, como el gobernador, rogar por la armonización de los intereses entre patronos y obreros; pero, tras una huelga, en todo caso se agudiza la

confrontación, ya sea por los choques que se han producido y que no se borran así como así o porque ninguno de los bandos se repliega a la aparente normalidad con los brazos torcidos. Que los roces permanezcan latentes, aunque soterrados, es habitual hasta que vuelven a brotar abiertamente.

La chispa saltó a primeros de marzo. A otro encontronazo con un capataz se le respondió con una huelga de brazos caídos que se fue propagando sin grandes estruendos. Exigían por las buenas el despido del capataz, y la contratista se decantó por echarlos a ellos: primero a la brigada del pozo número uno, luego a la del número cuatro y, por extensión, a cualquiera que se hubiera significado en la anterior huelga. Las parejas de la Guardia Civil, apostadas de nuevo a la entrada de los pozos, se encargaban de impedir que volvieran al trabajo quienes no acatasen los castigos. A las dos semanas, tras una asamblea que valoró que las reuniones previas no habían servido de nada —más que para perder el tiempo—, la huelga ya estaba formalmente declarada; y, al acabarla, las comisiones obreras dispuestas a recorrer las obras consiguieron paralizarlas en menos de una hora. Esta segunda fase se alargaría hasta julio, ya que, escarmentados, los obreros en asamblea se apresuraron en proclamar que esta vez prescindirían totalmente de la mediación del alcalde y del gobernador civil. La compañía, ya sin valedores, enrocada en la intransigencia amenazó —diría que animada de los mejores deseos de concordia— con suspender las obras indefinidamente por causas ajenas a la empresa. A esto se sumó en mayo la enconada huelga general de transportes en solidaridad con dos descargadores de carbón en el muelle que fueron despedidos por no acudir al trabajo el Primero de Mayo. A principios de junio, la federación patronal clamó con propósito patriótico por una absoluta vuelta a la normalidad en el desenvolvimiento de las industrias, ya que en las del ramo del transporte, la vidriería, la ladrillería, el metropolitano y otras persistían los paros. A mediados de julio, se anunció que se había rescindido el contrato que se tenía con la contratista bilbaína de las obras del metro y, a los pocos días, se avisó de que se reanudaba el trabajo interrumpido desde el último día de marzo, y ya cerrando el mes la junta del Sindicato dio la huelga por definitivamente finiquitada. Entonces sí que se pudo dar por zanjada, pues los goteos de reincorporaciones que la prensa, a la mínima, se cuidaba de ir difundiendo, eran insuficientes para reemprender las obras; y la huelga se acababa porque la

empresa del metropolitano había concedido las bases al completo que reclamaba el comité de huelga, aunque siguiera —como proclamaba la nota obrera— negándose a tratar con el Sindicato por amor propio. A lo grande, al poco, ese amor propio lo impondrá un general pacificador de Marruecos y neutralizador de la guerra social. Un golpe militar en septiembre apalancó los siete años venideros de la dictadura de Primo de Rivera que clausuró los sindicatos, censuró la prensa obrera, aplacó con jurados apañados o mano de hierro las huelgas y encerró a cuantos sindicalistas pudo.

Ha sido precisamente entre las páginas desperdigadas de la prensa acerca de aquella huelga que salieron pequeñas referencias a Gumersindo. En la primera, a finales de enero, cuando se atisbaba una solución satisfactoria al conflicto —en la asamblea que se celebró en el Teatro España para abordar la vuelta al trabajo—, se menciona que *el Madriles*, que había sido despedido por ser uno de los incitadores de la huelga, debía volver, con mayor razón, a la entrada del pozo que le correspondía. Más adelante, sale nombrado como uno de los cinco oradores que tomaron la palabra en la asamblea del Sindicato que, un domingo de finales de marzo, celebraron en el Centro Radical de la parte vieja de la ciudad para refrendar por unanimidad la continuidad y endurecimiento de la huelga. Y su nombre se repite en otra reseña posterior de parecida redacción. En otra, se avisa de que ha sido detenido por ejercer supuestas coacciones contra esquiroleros que pretendían reventar la huelga, por lo que sus compañeros, reunidos en asamblea, reclaman su inmediata liberación. La policía, para demostrar su peligrosidad, tira de su ficha en la que consta su estancia en presidio, allá en Madrid, hacía más de diez años.

—Te podría bien asegurar —me explica la hija de Mariano— que algunos otros de aquellas barracas, pues entonces estábamos en ellas, también andarían implicados en aquella huelga del metro. Mi padre, que corría por la construcción, alguna vez la mentó, sin más detalles que los referidos a la brega que les costó hacer aquellos agujeros, a la dureza del trabajo y a la desfachatez de los capataces y encargados. «Más de un plante, y serio, tuvimos que dar», me decía cuando se ponía a contar sus batallitas. Y nunca se olvidaba de aquella vez que estuvieron medio año de huelga. Debe ser ésta a la que te refieres, me imagino.

Algún otro de aquellos grupos de barracas anduvo en el conflicto. No le falta razón a Adela. A los obreros en huelga se les acusaba de coacciones y de

repartir hojas sin membrete, lo que les suponía acabar directamente en el cuartelillo o en la comisaría de turno. No es que fueran unos mansos, desde luego, pero la única persona que murió durante el conflicto fue Felipe Jiménez, un valenciano de veinticinco años que vivía en las chabolas de la Magoria. Él, que era delegado del Sindicato en uno de los pozos de Gracia, se las tuvo con el capataz —un tal Rabat— y éste le respondió disparándole cuatro balazos —cosas, diría la prensa, de las simples riñas o reyertas entre obreros—. Al día siguiente moría en el Clínico y, por eso, se postergó para después del entierro la asamblea que ese mismo día estaba prevista en el Teatro Victoria, en la que tomó la palabra *el Noi del Sucre* en una de sus últimas apariciones públicas. El homenaje de despedida que le tributaron a Felipe fue muy concurrido y, allá mismo, leyeron la nota de protesta contra el atentado a su compañero, donde advertían que, al igual que se aprestaban a la defensa, declinaban toda responsabilidad en el caso de que se les quisiera arrastrar a un terreno de violencia.

Hay más constancia del *Madriles* —u otros madriles— en los noticiarios de aquellos efervescentes años veinte en la Ciudad Condal. Una breve, en la primavera del 24, recoge que un grupo de obreros del metro transversal ha abierto una suscripción a su favor, debido a que se encontraba enfermo. Siete años más tarde, ya ubicado en las Casas Baratas, en *la Soli* reaparecida, se publicaba una nota en la que, dando las cuentas del resultado de un festival a favor del compañero *Madriles* (Juan Martínez, del ramo de la Piel), se señalaba que el beneficiario no tenía nada ver con Gumersindo Sánchez, que continuaba activo en el Sindicato de la Construcción. Apellidándose Sánchez y apodándose *el Madriles* suele ocurrir que el anonimato se diluya, a la postre, en lo común. Por prudencia, entonces, mejor menos que más, ya que no sería recomendable asociar a Gumersindo en asuntos de cierta trascendencia en los que igual él no estuvo implicado y sí un *Madriles*, fuera aquel Juan, Manuel Bermejo o cualquier otro. Mejor pasar por alto así las referencias a un *Madriles* en el truculento atentado que el propio Martínez Anido gestó contra sí mismo para arreciar la persecución y destrucción del sindicalismo, como también el relacionado con las colisiones sangrientas con la Banda Negra del barón Koenig o, asimismo, con el atraco frustrado en un banco de Manresa para recaudar fondos.

Otro hallazgo. Alberto Manzano, al que también le tocó desempeñar las veces de presidente del Ateneo del Prat Vermell, tuvo en una ocasión que relatar sus acontecimientos a lo largo de un día. Tras presentarse como panadero en ejercicio, dar la edad —treinta y dos—, se prestó a demostrar con pelos y señales que desde la mañana anduvo con su amigo José —que había llegado el día anterior de París—, arriba y abajo, intentando ayudarlo a encontrar el trabajo que precisaba. Ya anochecido, a eso de las ocho, estando junto a la parada del tranvía en la ronda de San Antonio, se les acercó un individuo al que no conocían pidiéndoles fuego, y al instante oyeron un estruendo de disparos y «manos arriba». Eso es lo que declaraba, al menos en noviembre de 1922, en la Audiencia Provincial acerca de lo ocurrido en abril de hacía dos años. Aquel día, a él, a José —el amigo de París— y a Restituto Gómez —el que les pidió lumbre y resultó herido de un balazo en el vientre— los detuvieron acusados de agredir con sus armas a un obrero panadero que, poco después, falleció en un calle del Poble Sec acribillado por otro grupo. Por aquella acusación llevaban treinta y un meses en presidio y, tras el sumario que les levantaron —dado por concluso en agosto de 1921—, pendían diez años de arresto mayor que les solicitaba el fiscal por homicidio frustrado en cada vista señalada y aplazada. A la tercera citación comparecieron dos días, y el veredicto de inculpabilidad del jurado les absolvió en noviembre de 1922 de la condena que les restaba por cumplir. Sin comentarios.

El cristal con que se mira era y es. Para un periodista de un diario de postín y a la vanguardia, Pedro Torrents —la víctima— simplemente se puso al servicio de los elementos afines que auxiliaban a la policía gubernativa para perseguir los crímenes atribuidos a los sindicalistas. Se sabía que él, como *el Mallorquín*, de nombre Antonio Soler —su acompañante escabullido—, era uno de los pistoleros de la siniestra Banda Negra comandada por un falso barón Koenig, bien pagada por la patronal y mejor protegida por gobernadores civiles, militares y jefes supremos de la policía. El estado de guerra estaba decretado y su único objetivo consistía en exterminar el obrerismo combativo como fuera. Los sindicalistas se defendieron recurriendo a la ley del talión.

De los que poblarían aquellos andurriales de barracas, que luego se trasladarían a las Casas Baratas o a los barrios que las rodeaban, Felipe, el delegado de un pozo del metropolitano, no fue el único en caer en aquella contienda

sin tregua. Por un conflicto en ciernes en la Rivière, en el verano de 1920, unos tiros de la Guardia Civil mataron a los obreros José Solana y José Grases cuando, junto a un numeroso grupo, pretendían asegurar el cumplimiento de la orden de huelga en el turno de noche. A Jaime Rubinat, primo del *Noi del Sucre*, lo tumbaron a la segunda. Acabado de salir enfermo del castillo de Montjuïc, tras dieciséis meses de encierro gubernativo, Blas Marín y otros sicarios del *Libre* le fueron a esperar a la salida del trabajo en la fundición Roca, junto a los baños Zoroya, pero tras un tiroteo entre los dos bandos se escapó de la muerte; luego fue detenido junto a otro compañero como agresores. En octubre de aquel 1922, el mismo Blas, apostado en la calle del Carmen, sorprendió a Jaime de vuelta a casa acompañado del brazo de su compañera y de su sobrina, y esta vez, indefenso, fue acribillado por estar conceptuado como anarquista y propagandista peligrosísimo.

Refriegas de las tildadas como sociales por aquellos contornos hubo más. Les tronaron las balas a un capataz de las canteras, a gerentes de empresas con chófer, a amos y acompañantes en tartana. Sobre ellas, en alguna verdad de ficción novelada, un caso sonado ha desparramado páginas muy leídas que hablaban de intrigas, confidentes, chantajes y espionajes edulcoradas con el trasfondo de luchas obreras.

Por más que buscadas, pocas otras trazas singularizadas de aquellas gentes en la guerra social de aquella década he visto y escuchado. Han sido pormenores, escuetas noticias generalmente dispersas en el apartado que se reservaba al vaivén de los tribunales o enmarcadas por las negritas del titular que arremolinaba el día a día de las cuestiones sociales. Manuel Costa, tranviario —al que veremos luego entre los oradores entrometidos en la huelga de alquileres, asumiendo la delegación en la barriada de la Organización Sanitaria Obrera e impulsando un hospital proletario, y que sería detenido a tenor del sonado atentado contra los hermanos Badía—, fue de los que tuvo la suya. Varios diarios, reproduciendo la nota policial correspondiente al 16 de abril de 1921, daban cuenta de la batida de madrugada que, por órdenes del jefe superior de Policía, efectuaron en las barracas de Magoria pues en ellas solía haber gente maleante. Del registro se llevaron algunos carnets del Sindicato Único, sellos de cotización, un revólver y una pistola y seis detenidos, entre ellos Manuel Benito Maldonado, que se significaría notoriamente en la huel-

ga de alquileres y en la prolongada huelga de las extracciones de arenas, además de conocerse como uno de los dinamizadores del cuadro escénico del Ateneo, fue detenido en diciembre de 1920. En esta ocasión se le ocupó un cajón con documentos sindicalistas y hojas clandestinas. Jaime Tort, a mediados de agosto del 25, fue apresado por estar fichado como anarquista peligroso; acusado de complot, cumplió dos años de condena, y al salir marchó a Francia. Regresó, como otros, cuando la República, volviendo a ser arrestado por su presencia —a pesar de estar reclamado por la justicia— en una importante reunión de sindicalistas que abordaba la huelga de tranvías en un bar de la calle San Pablo. Enrique Pérez García, asiduo en la prensa obrera, enviaba desde la Modelo algunos de sus escritos a *Acción Social Obrera* que hacía, hasta donde podía, las veces de *la Soli* prohibida.

De Juan Sicilia y de Juan Camarena —otros de los componentes de la primera junta del Ateneo— constan sus respectivos señalamientos de vista judicial, y también de otros. Tenencia ilícita de armas y explosivos, desobediencia y lesiones son las acusaciones que les caen encima.

Me decía Antonio —aunque lamentara no poder aportar señas concretas— que, entre los mayores del barrio, sí que hacían alguna alusión a las luchas del pasado, en especial cuando el patio andaba revuelto y alguna se barruntaba. No precisaba, pero argumentaba que era lógico, que no podía ser de otro modo. La ciudad, para él, era un hervidero, y en los barrios del contorno o en la fábrica de los Bertrand, como en otras próximas, huelgas y otras acciones —del estilo de sabotajes— estaban a la orden del día, y en ellas trabajaban algunos vecinos, bastantes. Sí que se acuerda, porque le hizo gracia al escucharlo, de que era costumbre cuando había huelga convocada romper las bombillas y los globos eléctricos que alumbraban los lugares de acceso a las fábricas. Eran —me comentaba entre inocente y pillo— como críos traviesos. Y bien ufanos que estaban porque decían que era disuasorio y que funcionaba mejor cuando se entreveían raras sombras en la oscuridad.

En la fábrica de cartones de la Viuda Quirico Casanovas, aquel 1923 de la huelga de las obras del metro, también sostuvieron una prolongada y dura huelga contra el despido de un delegado del Sindicato, y también los ladrillos se declararon en huelga en defensa de sus reivindicaciones en el tejat de Piulachs. Algunos otros sueltos desparramados notifican la huelga anterior de

la fábrica de cartón en enero de 1920 y el de las obreras del Prat Vermell aquel mismo mayo. Varios breves indican que los conflictos en la Rivièr no cesaban. Etcétera. Son briznas, desde luego, que no llegan ni para hilvanar una mínima crónica. Menos da una piedra. Menos es nada y poco es, al menos, mucho.

—Estaban, quisieran o no, enfangados. Hasta el tuétano. Luego, de aquellos lodos...

VIII. A trancas y barrancas

—¿Tienes prisa?

A bote pronto no la entiendo y le pregunto por qué.

—Da la impresión de que pasas como corriendo, muy por encima. Vuelcas información, bien dosificada; sueltas, de pasada, algunos comentarios; de uvas a peras se entromete alguna voz, digamos que de ellos y menos de ellas... Y, una y otra vez, manteniendo más o menos ese orden inalterado. No es una crítica, tan sólo un comentario. Ya me has dicho que ni pretendes ni puedes escribir algo parecido a una novela. Que careces y no buscas unos personajes definidos: es un montón de gente, en tanto que protagonistas, a los que sigues el rastro y has recogido, cuando has podido, su lastre, por ellos mismos o por quien los trató, siquiera indirectamente. Ya, lastre no es lustre ni brillo, son secuelas de un itinerario, de vicisitudes vividas en singular y compartidas en plural. Así y todo, noto excesivo documento, mucho archivo, una barbaridad de hemeroteca y pocas voces vividas... Escuálida experiencia obrera la que retratas. Creo.

Pensativo, escabullo el bulto. Podría intentar afrontar esas mismas preguntas que me corroen y que ella cordialmente se ha atrevido a plantearme. Pero me refugio en el eco de una voz conocida.

«*D'on no n'hi ha no en raja*», me diría, con su acento peculiar, de tenerlo enfrente, aquel «murciano» que bajó de las barracas a las Casas. Si lo tradujera, vendría a significar: no hay más, hasta ahí llegas.

El uno y la otra parece que no tengan miramientos. E igual es mi ensimismamiento. A la que puedo y me dejan voceo —comiendo terreno a las conversaciones, rayando a menudo lo insoportable— mis preocupaciones monotemáticas. Ahora —desde hace años— es una inmersión imposible en la historia de unas gentes que no conocí y de un barrio que poco pisé, sólo en unas visitas esporádicas de pequeño, por lo que apenas recuerdo nada. No son, ni están, ajenos. Al contrario, si no aprieto, se prestan a compartir, a comentar.

Compartir, eso. Nada aborrezco más que las tareas solitarias, sean de obligado cumplimiento o por capricho. Me puedo acostumbrar, pues llevo tiempo en ello, pero el reloj entonces me marca las horas y, curiosamente, cuando la rutina no se tuerce, las 07:40 y las 11:11 pm recuerdan el despertar y un ligero almuerzo. A lo intuitivo, esas mínimas dosis necesarias de convivencia para desatascar la voz las recubro de principios. Convencido de consignas mágicas, del estilo cooperación social, inteligencia colectiva, no asumo ir de solanas a desenterrar una diminuta porción en un reducto pequeñísimo durante un escasísimo tiempo de la memoria colectiva de los vencidos. Como si otros también tuvieran que involucrarse, no entiendo el abandono. No es para tanto —lo sé de sobra—, las distancias entre el dicho y el hecho son enormes, conciernen y afectan a fulano y mengano, integrado o apocalíptico; y es más, cada cual —lo calle o lo diga— tiene suficiente con arrastrar su sombra un día sí y otro también.

—Das en el clavo —le respondo al cabo de unos segundos—. Aunque...

—No te excuses, eso te pierde. Me refería únicamente a la estructura, digamos, de lo que me has pasado hasta ahora. Te lo digo de otra manera: a ratos echo en falta cierta soltura, un ritmo menos tunga-tunga, entrecortado. Rompes las frases, o las dejas inacabadas; quizás esperando una complicidad del futuro lector, o lectora —añade riendo—. Prefieres dejar ventanas abiertas a la interpretación. Eso, de lograrse, estaría bien. Sin embargo, al menos yo, en ciertos momentos te pediría más, que estiraras más del hilo, del mismo modo que en otros habría líneas o parrafadas que pueden sobrar. Más espacio a las voces...

—¿Qué voces? ¡Si las tuviera! Por ellas o por ella —una sola— he suspirado y todavía lo hago. Hace unos días...

—... te las prometías felices. Creías haberla encontrado y te cayó otro jarro de agua fría. Su sobrino te había avanzado que estaba al corriente, que gozaba de buena memoria. La conversación de contacto te resultó fatal. A las primeras de cambio rechazó que te inmiscuyeras en asuntos personales o familiares. Solventado el traspies, te contó vagos recuerdos de su tío: buen e íntimo amigo de Ricardo Sanz, del que siempre elogió su integridad y fidelidad; le parecía también que trató a García Oliver; y que exilio y campos de concentración, al irse, y que cárcel y destierro, al volver, fueron pormenores que no lograron que desistiera de su estar al pie de cañón, aunque con los años aflojase los ritmos. Y tampoco aquella nieta con inclinaciones literarias pudo echarle una mano —si lo pretendía— para vencer las reticencias de su padre y que éste te pasara las memorias inacabadas del abuelo que, desde Uruguay, te había prometido. Y que prometían por las informaciones que habías recopilado de él. Entre otras cosas, que llegó a comisario político de una división, de la que antes fue Columna Roja y Negra o Ascaso, o yo qué sé.

Y concluye:

—¿Ves? Cuando me lo explicas, por más que quiera, me pierdo, e imposible después retener aunque sea una pincelada. Y cuando escribes, pues eso, podrías decir bastante más y lo dejas a medias. A eso me refería. No tienes las voces que desearías, pero material de primera y segunda mano no te falta.

—Ahora sí que me excuso, disculpa. Más que nadie, me has recordado que el hacedor de una obra —y no le pongo cursivas ni pretendo que suene con timbre de jocosidad— se ve impelido en su quehacer a dejarse llevar a rastras. Sabe dónde empieza, traza un plano, y tanto en la orientación o búsqueda de información como en la escritura inicia una deriva hacia mar abierto. Es una exageración —lo hemos hablado en más de una ocasión— porque una cierta pérdida, un hallazgo imprevisto o la fuerza de los personajes que cobran vida propia no logran tambalear el proyecto del autor. Éste maneja a los personajes y busca lo que busca; se conforma con lo que encuentra y, si es inesperado, lo incorpora, si cabe, amañado.

—¡No te vayas por los cerros de Úbeda! Tú siempre me has dicho que te han dicho que en Úbeda no hay cerros a su redonda. Tus manías contra la literatura o cierta literatura —matiza— te podrán.

—Rectifico, no te preocupes. Me he pasado, y de largo; tres pueblos. Iba, o era la intención inicial, a cosas concretas. Empecé o empezamos, bueno, tratando de recomponer la figura y la presencia social de una persona sin datos de su pasado. Al poco, como si estuviera cantado, aquel propósito parecía vano si, junto con el hombre aquel, el Él, no atendíamos el entorno. Básicamente su entorno concreto, aunque algo contorneado por el envoltorio general. Primer salto, y al vacío, pues tocaba ir tras sus vecinos y compañeros, dado que se fue haciendo en ese contacto con su nosotros buscado y el otro despreciado. No tiene nada de extraño ese paso necesario ya que, por prescripción facultativa, soy alérgico a individualismos y a psicologizaciones tanto por el buen camino como por el torcido, con o sin desdoblamientos. Nada de interioridades, lo primero.

Este contratiempo, o deriva, no resultó una sorpresa. En voz baja, como una aspiración secreta que no se da a conocer por temor al fracaso, estaba previsto, si se podía, no restituir tan sólo su voz y pasos, sino la de muchos; devorados, ya no por el anonimato, sino por el ninguneo.

Algo más forzado ha resultado el estiramiento del tiempo histórico. En principio, llevado por un cierto pragmatismo, se trataría de centrarse en los años revolucionarios en los que se comprometió y le comprometieron. Aquí me pudo, no Harrison Ford, sino Foucault: es decir, la genealogía frente a la arqueología. Aquí derivo yo, disculpa de nuevo. Más que nada, no podía desprenderme de las preguntas que me azuzaban: ¿para llegar hasta donde llegaron de dónde partieron?, ¿qué bagaje o fardo llevaban encima? Luego, mirar atrás. Pero ¿hasta dónde? No era cuestión de sumar y sumar biografías a la búsqueda de la aldea perdida de la que procedían. Primer atajo: los años treinta, los de la República, cuando edificaron el barrio. Cuadraba.

Ya ahí, maniobrando en esos años, otro percance. Éste no tan deseado pero bien recibido. Aquellos que se agolparon en aquellas casitas baratas llevaban historia, y no sólo la particular, a cuestras. Remedio: retrocedamos a los años veinte. No más.

Sin darme cuenta, o quizás poseído por la obra que preferirían los cultivadores de la ficción, caí en que cuanto más me alejaba en el tiempo, no es que se hiciera difícil conversar con voces vivas, sino que se esfumaban —ellas y los recuerdos que de ellas alguno pudiera guardar—. Entonces, sin escapatoria,

únicamente quedaba abocarse a la frenética búsqueda de legajos salvados de la tatareada desaparición (por un supuesto extravío, por una dejadez deliberada, por una inoperancia pasmosa); después, si hubiera suerte, tocaría cruzar los dedos y dedicarse a remover los escasos hallazgos a la espera de que, aun descoloridos y atacados por hongos, se dejaran leer y que, entre mucha letra en el ruido, aparecieran nueces. Lo peor no ha residido en la pérdida de tiempo, en el desgaste en la tramitación de las consultas, en las esperas de semanas o meses para acceder al presumible tesoro. Lo peor ha consistido en relegar los protagonistas a la condición de ser hablados, expropiados de su voz y maltratados por todo tipo de redacciones aplacadoras de sus acciones y pensamientos. En los archivos, en todos esos sitios donde se pone a recaudo la memoria, rara vez se guardan fuentes de primera mano, sino que están desecadas o canalizadas: topas con lo que en su día unos contaron de otros, sin ellos y contra ellos. Puede que esta ruta haya marcado lo que señalas: la falta de soltura y viveza de las voces. Es, de todos modos, un aprendizaje.

—¡Vale, vale! Estos ramalazos te conducen a un callejón sin salida. ¿Das por imposible escribir del ayer? ¿Cualquiera que se atreva se convierte en un impostor? ¿No será que tienes un bajón y nada más?

—Espera, me olvidaba de otro giro. Éste sí que inesperado del todo. Tras su osadía de lanzarse a la revolución social y perder, venía la revancha, el severo castigo de los eternos vencedores. El propósito era cerrar la incursión ahí, con el parte de la atroz represión dentro y fuera de las fronteras. Las voces no nos dejaron esta vez, mira por donde. Hablan de reuniones y cotizaciones sindicales, de implicados en la resistencia interior o guerrilleros, de núcleos en contacto en el exilio... Persistía, nos insistían, algo del Prat Vermell antes de que les borrarán hasta el nombre, cambiándose del todo. Luego, otra vía abierta, apetecible, tentadora e imprescindible si ronda la idea de derrotados, puede, pero vencidos nunca. ¿O se dice al revés? No lo tengo claro. En ese punto, sin embargo, pesaban más los ánimos, el cansancio ante la expectativa de reabrir otra vez el inacabable proceso de la pesquisa sin fondo y con tragos desalentadores. Negociando entre el hambre y las ganas de comer, escogí el camino del medio: descartar seguir esas pistas sería imperdonable, pero volcarse a fondo tampoco.

—¿Te lo dices o te lo digo? ¡Embaucador!

—No creas. Al menos ahora no pretendo marear la perdiz. Estaré despistado, me agobia el más es peor. Si añades que el sermón de toda palabra es una palabra de más, y lo redoblas con si no tienes nada que decir lo mejor es callar, quizás me entiendas. No es pose ni alarde de imposibles; es simplemente inquietud. De aportar podría, si acaso, fragmentos de una historia y muy desiguales, trazos sueltos de unas trayectorias interrumpidas, sin conexión en su transcurrir. Demasiados huecos me saltan a la vista. ¿Hablar? Si ellos no han querido, podido o renunciado... mis palabras están de más. Y cuarenta años que recorrer tras los rastros de tanta gente es precipitarse al sinsentido.

Antes mencionabas el callejón sin salida. A ratos me cunde el desaliento, me tienta tirar la toalla. Es pasajero, aunque intermitentemente se dispara la alarma. En el fondo, esas preguntas muros se parecen a cuando escalas una cresta en alta montaña: entre tramo y tramo se presenta un diedro encajonado, perfecto, que te desafía. A la primera intentas atacarlo, alzas la vista al cielo, allá arriba y, repentinamente, la bajas al suelo, descendes al lago del valle. Con la mirada ya te has decidido por flanquearlo, por sortearlo; no acometerlo. Y eso es lo que permanecerá, su imagen, que no se borrará de tu retina, que volverá majestuosa empequeñeciendo tus dotes de saltimbanqui de paredes. Las preguntas sin respuesta te sacuden del mismo modo: tuya es la determinación de barrerlas o dejarlas que te asombren, sin que te impidan seguir andando, aunque sea por caminos poco claros, desprovistos de hitos, de reseñas.

—¡Nada! Si tiras por esa vereda, te cambio embaucador por tahúr.

—Siempre que sea zurdo, ningún problema. ¿Te acuerdas? Un hombre sabe que no hay nada peor que quedarse en el camino —lo cantaba la Aurora—. Perdido todavía, quedarse no es mi deseo. Subamos la escalera.

—¡Eso, lo que faltaba! Unas gotitas de intrépida escalada removidas con rock de Pamplona.

—¡Un segundo! Regreso a la imagen del diedro, me ha vuelto. Estaba que lo sorteaba y ahora tendría que precisar, como buen tahúr, que por la izquierda. El diedro sigue ahí, esperando que algún otro lo fuerce pasando en libre, con sus medios y sus habilidades; o lo desvirtúe atacándolo en artificial, co-siendo la línea que traza con chismes de material de todas las medidas. Con el diedro me retumba la obsesión de las voces, de la voz. De disponer de una

voz, en vivo o en el diferido de sus memorias, sería más fácil atreverse a recorrer libremente el pasaje encajonado, entre el silencio impuesto y la calumnia, de las vidas y las peripecias de aquellas gentes. Apuraría el trayecto, aunque fuera en llano, hacia el abismo. Con su aliento no tendría que parapetarme en recursos prestados de labia artificiosa. ¡Buff!

—Tanta cresta y tan larga... y se te ha hecho de noche. Te has quedado a oscuras ¿Llevarás el frontal, no?

—Con las pilas bajas. En serio, ayer me empujaban las prisas. Mal negocio si se imponen. A la vuelta de la esquina, la próxima semana, el tiempo me lo calcularán las faenas, lo dispondrá la rutina urbana por los cauces de la supervivencia ampliada. Menos problemas con la agenda repleta de clases, con las reuniones y con las dilatadas previas *in vivo* o *in vitro* electrónico o telefónico. Entre aulas, salas, despachos y bares, el aburrimiento se despidе aunque te salude el tedio. Ayer presentía que se truncaba una racha de inspiración. De aquí a unos meses volveré a buscarla, me entregaré a los ejercicios de estiramiento cuya tabla es machacona: relee, relee; recuerda, recuerda; actualiza, actualiza; y después, si hay suerte y si te resta tiempo disponible, escribe. Escribe si te acompaña la inspiración. Tantos condicionales me desesperan, la verdad.

—Tampoco nadie ni nada te achucha. Te lo pasas bien, al menos a ratos. Te dedicas, y eso vale un montón, a lo que te apetece y cuando te viene en gana. Quizás con el tiempo el tema se te haya hecho algo pesado: te incomodan cada vez más los contratiempos, los varapalos y los desplantes. Ni lo uno ni lo otro deberían sorprenderte, ni mucho menos agobiarte. Mejor recibir noticias reconfortantes, desde luego; a quién le amarga un dulce. Sería irreal, sin embargo. Eso sí, no me dejaría arrastrar por las prisas, sería partidaria de aparcarlo provisionalmente, de retomararlo cuando pudieras y quisieras. No vendrá ni de un año ni de dos.

—Sí que tenía prisa, bruja adivina. Por eso ayer hice todo lo posible para dejar acabado el capítulo que te has leído. No pasa de borrador, ¡muy borrador! Pretendía tan sólo llegar a dejarlo trenzado, volcar, casi en plan vomitera, el material que debería sustentarlo. Un instinto de tacañería me inducía a no desperdiciar las horas y días dedicados a la preparación, pues desconfío de la varita de la improvisación.

Con las horas, el capítulo pendiente se me hacía demasiado largo, pues la manía de ceñirme, a piñón fijo, a unas páginas determinadas apremiaba, enseñaba las tijeras. Evité, ya sabes, reflejar algunos nombres y apellidos ya que la información, además de poco fiable, daba lugar a malas interpretaciones al abundar y recrearse en el perfil de vagos y maleantes. El retrato miserabilista me asquea —por más que venga sobrecargado de intenciones redentoras— y el sarcasmo para darle la vuelta me desinfla, tiene conmigo poco recorrido.

Por descuido y por esas malditas prisas no entraron algunas breves anotadas en el guión. Un conflicto inminente en la Casa Ferrero, la de los cubos, en aquel abril de la Exposición, se me saltó. Sólo la frase que subrayé de la prensa obrera (denunciando los abusos del director, un tal Antonio Colominas) se lo valía. El artículo se refería, literalmente, a sus gritos destemplados y palabras de bravucón sin escarmiento, y lo firmaba un tal Antonio Andrómeda, cuyo apellido remitía a una galaxia, me parece que grande y brillante, por lo que trasladé mis pensamientos a la cultura extraterrestre de aquellos obreros analfabetos. En la Ferrero además trabajaba, entre otros, Consuelo, una de las milicianas y sindicalistas más activas que he detectado en el barrio. Y en la posguerra, los negocios de los Ferrero fueron foco de atención de los maquis. Esta posible secuencia podría ser una muestra ínfima, seguro, de la continuidad a la que me refería con la mención de «aquellos lodos».

Esos otros corsés me aprietan. Tanto el de la extensión calculada como el de acogerme a un cierto orden cronológico. De darme más espacio, de permitirme ir, con tiento, pa'lante y pa'trás, igual me hubiera entretenido explicando que el director de la fábrica Ferrero, repuesto en el 39, acudiendo al rondín antimarxista, delató a cuantos pudo de sus obreros, entre ellos a Consuelo, a quien, por cuenta propia, ya se había encargado de despedir por su conducta indeseable —tanto moral como política— y por su exagerado extremismo en las muchas ocasiones que tomaba la palabra en las asambleas, incitando a los hombres a que acabaran con el fascismo. Al cabo de diez años, los Ferrero volvieron a estar en el candelero a raíz de una ofensiva de los maquis que intentaban sufragar mediante expropiaciones. La respuesta del comisario Eduardo Quintela, amparándose en la Ley de Bandidaje y Terrorismo, no se anduvo por las ramas y logró caídas masivas. Entre los detenidos, además de dos jóvenes (Manolo y Miguel) de las Casas Baratas, constaban un par de

santeros (José y Pedro) que residían en el barrio. Ellos fueron los encargados de pasar la información del día y hora de la paga en la fábrica para que con el atraco se pudiese arrancar un buen pellizco, aunque no contemplaron que la resistencia del amo pudiese llevar al intercambio de tiros. Los *santeros*, con su tarea sorda, expresaban que en la resistencia interior se movía una amplia red informal y clandestina que rebasaba los cuatro nombres célebres. Y que barrios como aquellas Casas Baratas seguían siendo un buen vivero y cobijo.

La otra cara, en cambio, se me presentó con la huelga en las obras del metro. A medida que teceaba las palabras y se hacían líneas que superaban la página, ya reconocía que me estaba desmadrando; pero seguía. El consuelo residía en que siempre se está a tiempo de borrar y tirar a la papelera. Sin embargo, al releerlo por primera vez, caí en las razones varias del impulso. Con toda la intención del mundo el capítulo arrancaba mofándose del jefe de Policía, cuando colocaba a Gumersindo en el rango superior de director del Ateneo y al resto los rebajaba a simpatizantes. Para ellos la jerarquía es un imponderable, ya sabes. Con la huelga, aunque recalé en el protagonismo del *Madriles*, no pretendía recrearme en sus andanzas (para lo que tampoco disponía de excesiva documentación), sino destacar los modos que tomaba esta forma de lucha, la contundencia de la acción directa cuando ésta es expresión sin mediaciones de una base numerosa decidida a ganar unas botas, unas pesetas, un descanso en el plano material y a no perder la dignidad en lo que ellos, manusumisos, o insumisos de nuestro tiempo, denominaban mejora o emancipación moral. Aquellas huelgas que brotaban, como ellos decían, cuando el ambiente era propicio o cuando la tiranía del mando se tornaba insoporable y se concretaba en un acto, mostraban asimismo que los, con comillas, «directores» (el comité de huelga) rendían cuentas con cierta asiduidad y las concurridas asambleas (que para eso se hacían en amplios teatros) decidían, en consecuencia, el rumbo y ritmo de los acontecimientos venideros.

No ha sido mi propósito, pero, tal vez, ese trasfondo queda diluido en la descripción. Con todo, cuando menos, albergo la confianza de que quienes lean estos papeles lo intuyan. Más escondida, si cabe, anda otra sugerencia. Ha quedado para la Historia, con mayúscula, que la avalancha de inmigrantes por las obras del metro trastocó, de modo irreversible, el panorama social de la ciudad. Hay lecturas actuales que abogan por interpretaciones que de-

claran el ocaso de la ciudad popular. Sin embargo, en aquellas obras que estuvieron salpicadas por una larga huelga, mucho menos conocida si no ignorada, se curtieron unos cuantos que estarían entre los protagonistas de la Revolución Social durante aquel corto verano de la anarquía. La brega del día a día contra la ciudad que los rechazaba y demonizaba era uno de los puntales de las escuelas de militantes que ellos mimaron.

Y de aquellos lodos... hasta el estruendo jubiloso de julio del 36.

—Te arriesgas, es tu decisión, a moverte en un terreno indefinido. No quieres inclinarte por la literatura aunque sea en ese género, digamos, de la novela histórica. Y la novela negra tan sólo la sacas a relucir cuando me explicas todas las aventurillas que encuentras, y son muchas, pero que te niegas a difundir. Descartas, o eso dices, un libro de historia, aunque sea blanda o ligera, porque esos lectores y lectoras inconfesados a los que profesas reverencias no los encontrarías, argumentas. Ni relato literario, ni relato histórico. En fin...

—Mira, algo a lo que no pienso renunciar, si puedo, es a escribir (decir narrar lo considero pretencioso) sobre hechos con sus protagonistas que no estén respaldados por una documentación contrastada. No conseguiré, al tocar tantas teclas y ninguna, un formato o estilo, pero si puedo, no me doblegaré a la ficción, entendida como invención de un mundo al antojo del escribidor que lo domeña. Seré parcial, desde luego, y aunque hay aspectos del espacio y del tiempo que recorro que no me interesan, en lo que cuento no hay ni un gramito que escape a eso que se podría denominar verificación o confirmación. Si acaso, para evitar desvaríos, he preferido obviar hechos o anécdotas que daban mucho juego. Tampoco, y es un contrato conmigo mismo, aludiré a los temas espinosos o escabrosos. Uno de los defectos que percibo es que me he dejado llevar al extremo por una cierta literalidad. He transcrito extractos de actas, de sumarios judiciales y consejos de guerra, de causas generales, de recortes de prensa, de cartas y oficios, de informes, de conversaciones... Me he podido comer alguna palabra, variar un sustantivo o algún calificativo, modificar por prudencia nombres de algunas voces, forzar la descontextualización adrede... Me habré podido inventar el texto y la trama, pero no el relleno.

—¿Y si nos dejamos de historias y ponemos una película de verdad?

IX. Un día sí y otro también

Al otoño del 32 le faltaban unos días para entrar. Aquella tarde noche resultó bochornosa (la humedad, que rozaba el noventa por ciento, era más que pegajosa), con un aire calmoso al que se le juntó que ni un soplo ventaba y, por si faltara algún otro elemento, se condensaban los suspiros de la multitud, la caldera de los sudores de los otros, de los tantos otros agolpados en la ladera de Montjuïc que caía hacia Barcelona. No se mecía ni una hoja, pero desde las ocho se fueron apretujando, hasta llegar, según presumía la crónica obrera, a unos ochenta mil los cacheados por los guardias de Asalto, que estaban apostados en la única puerta por la que se permitía la entrada —dadas las extremas precauciones que adoptaron las autoridades—. Acudieron tantos para no caber, ni por asomo, en aquel Palacio de las Artes Decorativas, ni para oír lo que se desgañitaban en vocear aquellos oradores de renombre desprovistos de magnetofonía, ya que los trastos se escacharraron a última hora y no hubo apaño posible. Hasta pasadas las doce, entonces ya viernes 17 de septiembre, los concurrentes no empezaron a desandar lo andado, por más que a los afortunados les esperara, a las pocas horas, faena con otro jornal pagado. Los otros, en paro forzoso, desparramados por plazas y calles, se contarían lo que oyeron o les pareció escuchar y se dirían lo que habría que hacer. No se volvían a casa —comentaban en los corrillos— sin haber cambiado nada.

En la concentración se recibía y aclamaba a los últimos deportados que volvían de su periplo en aquel barco de la muerte, un destartado *Buenos Aires*, buque prisión maldecido. A ellos los trasladaron, sin casi pisar tierra, hasta la isla negra de Fuerteventura; a la guineana Río Muni, con Bata o su puerto repletos de negreros y negros, y a la península de Río de Oro en la Villa Cisneros del Sáhara, con demasiada arena, muchísimas moscas y nada de carbón. Era para resarcirse del confinamiento que celebraron aquel mitin, en el que ya anunciaban que, si los gobernantes pensaban que el sol africano aplacaría el temple rebelde, estaban errados, como tampoco valdrían los otros muchos presos ni las muchas persecuciones, ni las clausuras de sindicatos ni los cierres de la prensa. Fue, repuestos de los severos castigos, una rotunda afirmación del presente que invitaba a prepararse para lo que se avecinaba. Apenas había arrancado la República y ya se apresuraban por ir más lejos.

Entre aquellos muchos no estaba Francisco Casquet. Igual hubiera querido, pero no pudo: llegó tarde. Casquet era un vecino de las Casas Baratas que vivía en la calle 15, número 347, con su madre y siete hermanos. La Encarna se acuerda de él —«era un buen mozo, apuesto, de carácter noble y con un gran corazón»— y me explica que tenía un amigo con *polio* al que un día los del somatén le pegaron una buena paliza, y que quiso vengarlo y... lo acabaron matando a él... A Francisco Gasquet, Casqued o Casquet lo mató un somatenista, Miguel Albiñana, la tarde del martes y trece de aquel septiembre. Por eso no se acercó, aunque más de un vecino lo hiciera.

La prensa apenas dedicó, como es habitual, unas líneas al mitin —«se congregó un inmenso gentío», se resume—, pero, durante la semana, sus páginas estuvieron repletas de artículos acerca de aquel homicidio o crimen. Es el cliché: lo que ocurriera en las barriadas extremas de la ciudad era materia siempre de lo penal, de los ajustes de cuentas. Y nada que mejor lo resuma que la ristra de encabezados de sigue y sigue «el misterio en torno al crimen de un malhechor anoche en la barriada de Casa Antúnez».

Extrañas resultan las coincidencias del calendario, pero ocurren o se dan. En aquella barriada, además de casas, había talleres, fábricas, playas y campos. Y los campos tenían propietarios —bien representados en sus asociaciones de patronos cultivadores— y trabajadores que deambulaban por ellos. Los primeros se cuidaban de proteger la feraz zona conocida vulgarmente por la

Marina, frecuentada día y noche por gente maleante. Los segundos, que buscaban un trabajo escaso y temporal, podían ser detenidos, como les pasó a ciento sesenta en octubre del año anterior. Los propietarios, asolados por los pillajes y audaces robos, alegaban legítima defensa y se quejaban de que se presentase a las víctimas —ellos— como culpables y a los culpables como víctimas. Los campesinos, algunos domiciliados por aquellos andurriales fértiles y adscritos al Sindicato, desmienten la plaga de robos y denuncian en cambio la confabulación de los patronos, quienes contratan matones a sueldo y esquirols forasteros, peor pagados, con tal de saltarse a la torera las bases del trabajo y condenarlos al pacto del hambre.

Malhechor, maleante y ladrón quizás eran los calificativos más propensos para mostrar mayor desprecio a los «murcianos, jornaleros y analfabetos», aunque depende de las fuentes, desde luego. Al Casquet, por ejemplo, lo detuvo una pareja de tricornios el 29 de febrero del bisiesto 1932 tras dejar caer al suelo, antes del cacheo, una pistola automática Guiworf calibre 6,35, útil para disparar, aunque sin señales de disparos recientes, y un cargador con siete cápsulas. Tenía entonces veintiún años, pero carecía de licencia de armas, y por aquella tenencia ilícita le condenaron a una pena de arresto mayor. La sentencia le cayó otro 29, pero de abril. En septiembre ya andaba suelto. Habían transcurrido seis meses desde su condena, quizás aligerada porque no le contabilizaron antecedentes penales, aunque el 20-N de 1930 ya había sido detenido ante la fábrica del Prat Vermell por los escarceos derivados de la huelga general convocada en aquellas fechas. Previamente a su detención del 29 de febrero, le habían reprendido por considerarlo el responsable de romperle al portero de la fábrica la tercerola con la que pretendía parar el asalto de obreros y vecinos a aquellas instalaciones donde unos pocos seguían trabajando. Fueron las parejas de Guardia Civil que acudieron con una ametralladora quienes se lo llevaron.

Coincidencias, otra vez. Aquel 29 de febrero también detuvieron a José Gilabert y a Benito Gutiérrez, ambos compañeros suyos en las extracciones de arenas del Consorcio del Puerto Franco. A ellos les acusan de ejercer coacciones contra sus compañeros y realizar propaganda subversiva. El mundo al revés. Y otra coincidencia más, el 10 de febrero, unas cuantas parejas de la Benemérita —fusil en ristre, culatazos donde se les antojaba— impiden que

los 105 que trabajaban en las tolvas de la playa de Can Tunis vayan a faenar con las arenas. La empresa ha cambiado de amo y quiere también cambiar a los trabajadores. La fecha es otro capricho del calendario: el día anterior, martes, había zarpado el buque prisión *Buenos Aires* con los deportados tras la represión por los sucesos de Fígols.

Y más coincidencias. Aherrojado —es decir, condenado gubernativamente al encierro, como otros muchos—, Francisco Casquet participó en la reunión de presos sociales del 9 de marzo que rubricó el artículo, devenido manifiesto, que clamando «por los fueros de la verdad» daba paso a la escisión que quebrantaría a la CNT. Francisco no fue el único del barrio que estuvo en aquella reunión en la Modelo. Junto a su nombre volvía a estar el de su compañero y vecino José Gilabert, y aparecía igualmente el de Juan Alonso Campoy.

Juan fue de los que había trabajado en las obras del metropolitano, en abril del 31 lo hacía en un pozo de la Travesera a las órdenes de Francisco Capell, «de trato despótico, conocido por su carácter irascible y provocador», según consta en la sentencia del tribunal que le juzgó, en junio de 1932, por homicidio frustrado contra este capataz. También se lee que le disparó tres tiros causándole lesiones que tardaron sesenta y un días en curarse. Todo por responder a sus insultos y amenazas. El sobrino de Juan no cree, según le contó su tío, que los capazos de tierra que el capataz lanzó fueran destinados a él, sino a otro compañero del pozo al que le hacía la vida imposible, pero era incapaz de revolverse. Juan fue absuelto, pero después de haber estado más de un año en la prisión celular; tiempo de sobra para apuntarse a la huelga de hambre que en señal de protesta iniciaron, a principios de septiembre de 1931, contra la tiranía desbordada del director del presidio.

Entre los presos sociales signatarios del manifiesto se contaban cerca de un centenar que militaban en los sindicatos de Barcelona —entre ellos, más de la mitad en el de la Construcción—, y se sumaron algo más de treinta obreros que procedían de la Cuenca Alta del Llobregat, tras la revuelta que protagonizaron a mediados de enero del 32, y que fueron —como exigiría Companys junto a otros muchos parlamentarios en las Cortes de Madrid— severamente castigados por lanzarse a la insurrección.

Quizás resulta que no son tantas las coincidencias. El acta del 14 de septiembre del Sindicato de Obreros del ramo de la Construcción de Barcelona

y sus contornos recogía, con letra de su secretario Antonio Brualla, que el día anterior había sido asesinado el compañero delegado del Prat Vermell en las anteriores reuniones. Como acuerdo, la Federación Local del Sindicato se brindaba, ante la precaria situación económica de su familia, a sufragar, si lo querían hacer, el entierro y, si no, a entregarles directamente el importe de la ceremonia. El entierro se celebró. Acudieron unas seis mil personas y, como asegura Encarna, «en el cementerio no cabía un alfiler, no faltaba nadie del barrio, de los normales, me refiero», precisa.

De haber sido el verano del 33, cuando estuvo lista, les podía haber caído encima la Ley de Vagos y Maleantes —*la Gandula* o *el Paco el Tumbao* que decía la gente—, por antisociales, aunque se consideraran presos sociales. Sin embargo, Francisco y sus compañeros se enfrentaron a la entonces llamada Ley de Defensa de la República. No eran, aunque se les acusara de ello, propiamente maleantes. Su brega era otra y su calendario, *atrotinado* por situaciones y circunstancias, andaba reñido con la agenda de los poderosos, se tuvieran o no de republicanos. Ellos igual no lo escogieron, pero estuvieron inmersos en un largo proceso revolucionario. Y, acostumbrados a la mar, repetían que la República tan sólo era un dique de contención, de quita y pon, a sus necesidades y aspiraciones. No creo que Casquet, ni tampoco sus 104 compañeros de la playa, quisieran protagonizar estas líneas, pero sirven para trazar la travesía colectiva de las gentes de las Casas Baratas por aquellos años de la «República de los trabajadores», que tal vez sí que fue inicialmente bien recibida, aunque no tardó en mostrar las distancias enormes que van del dicho al hecho. Y ellos estaban por no esperar palabras. Ni podían ni tampoco querían.

La muerte de Casquet la consideraron los suyos un atentado social. Sus vecinos, los primeros. Al tener noticia del asesinato, bastantes se dirigieron soliviantados a casa del matón con el propósito de lincharlo. Le correspondió a la Benemérita disuadirlos, pero antes de marcharse habían depositado unos cuantos cirios donde su compañero había caído por el disparo de un arma larga. Algunos lo habían visto poco antes en el barrio, por el que había pasado para asearse y estar presentable, tras la jornada laboral, para la cita con su novia en el barrio «de al lado», la Colonia Canti. No descuidan, ni mucho menos, que hacía pocos días se las había tenido, y gorda —hasta las manos—

con un esquirolo de la Casa Mateu, la de los hierros, afincada en Casa Antúnez, a tocar de la CAMPSA, donde él trabajaba entonces. «Fueron a por él», sentenciaron, clamando justicia. También la prensa obrera, con *la Soli* a la cabeza, se hizo eco. En sus páginas se recogió la voz de la familia y la de los vecinos, la de los presos sociales, que hasta hacía poco eran compañeros, y la del abogado Vilarrodona. *La Soli* también editorializó y colocó en contraportada un recuadro llamando a la asistencia al entierro de «nuestro compañero, vilmente asesinado por los sayones de los enemigos del proletariado». Ése es el entierro del que Encarna recordaba que no cabía ni un alfiler, el que reunió a más de seis mil personas: una más que nutrida presencia de los residentes en la barriada junto a los que se desplazaron de otros lugares de la ciudad.

Su muerte fue resultado de la crispada contienda social y del compromiso con ella de Francisco. No se podía considerar un hecho aislado, pues aunque todavía faltaba para entrar en el Bienio Negro republicano, en los círculos obreros corrían preguntas como ¿volveremos a los tiempos de los crímenes sociales?, ¿otra vez el pistolero patronal? Puede resultar exagerado, pero Francisco y sus compañeros de las arenas sabían —más adelante volveré sobre ello— que en la contienda que lidiaban tenían enfrente —sí, en el 32— como secretario del Consorcio de la Zona Franca —colocado en su día por las influencias de Martínez Anido— a un empresario, al que le cedieron el negocio de la extracción, que todavía tenía tiempo para velar también por las cuentas e intereses terrenales del abad de Montserrat y del cardenal Barraquer. Por propia experiencia, en el día a día de la playa sabían, igualmente, de las chulerías de un capataz, siempre con pistola en el cinto y bien acompañado de secuaces igual de prestos al disparo. Y por si no fuesen suficientes ambas evidencias, un supuesto «esquirolo» acorralado les llegó a decir que a él no le habían contratado para trabajar —«pues yo no estoy para *eslomarme*», les comentó, añadiendo el consabido recurso de buscar complicidades «pero no lo digáis»—, sino para dedicarse a sabotajes varios, que después se cargarían —era el propósito— sobre aquellos anarquistas que se habían quedado sin trabajo por serlo o por presumiblemente serlo o aparentarlo.

Refriegas cotidianas en los lugares de trabajo y en las calles de los barrios. Ellas y ellos, algunas y algunos, andaban al corriente de las primeras tropelías de la República contra los trabajadores en Pasajes, en el parque María Luisa

en Sevilla, en Arnedo o en Bilbao. Más al tanto, por proximidad, estaban de las deportaciones de las que se resarcían en el mitin de aquella tarde noche bochornosa y del asalto a la sede del Sindicato de la Construcción, con unos cuantos muertos y un elevado puñado de detenidos el 4 de septiembre del 31. Una fecha que después, a no tardar, rememorarían dándole a su columna de milicianos ese nombre para desquitarse del escarnio. De esa puesta de largo de las togas, de las varas y de las bayonetas represivas de la República bien que sabían.

A los que residían y trabajaban por aquella barriada no les era preciso informarse de lo que acontecía por el ruedo ibérico. Ya lo estaban, les bastaba su propia experiencia del un día sí y otro también. Mejor, lo uno se entendía con lo otro y viceversa. Entre los encartados por la resistencia en la calle Mercaders estaba Mariano Martínez Gil, también del barrio. Francisco, junto a José y Juan, estuvieron entre rejas con los compañeros de las minas del Llobregat. Lo que se aireara por *la Soli* —esa ventana al mundo de la que disponían y a la que mimaban— lo difundían al dedillo y en corrillos. La Encarna, ésta de la calle 17, y aquella otra, la que nos recordaba el entierro, que vivía en la 10, y la Esperanza de la 9 —una de las mujeres que tiró pa'lante la huelga de alquileres— eran consideradas entre el vecindario empedernidas lectoras. Ése no era el caso del estanquero y además tranviario, de apellido Baños, que tuvo que soportar unos meses de boicot; no comprando nada en su establecimiento, ni los vecinos ni los bañistas, por obstruir la difusión de *la Soli* y hablar mal de todo lo más noble, ya fuera difamando a sus compañeros de tranvías en lucha, a los deportados y presos o simplemente a las luchas sociales y a las organizaciones obreras que las sostenían.

Se dirimía todavía lo de la justicia injusta, el doble rasero. Por eso y porque esa constante parecía una invariante, le dieron pronto la espalda a la República. Mariano, después de bastantes meses en la prisión, salió en libertad provisional tras una larga campaña de agitación. Miguel Albiñana, el guardia jurado que rodilla en tierra acribilló a Casquet fue, tras las requisitorias judiciales, dejado en libertad. El inductor del crimen, *el Pepitu* —José Munné, propietario de tierras—, escondido, aunque buscado, tardó más de una semana en prestarse a declarar, entrando por una puerta y saliendo por la otra. No se contemplaba que el asesinato fue, como se cansaron de demostrar desde las

páginas de *la Soli*, premeditado. Uno de los mozos que participó en aquella cuadrilla de caza al hombre atestiguó en ese sentido: reconoció que cada uno echó a correr por su cuenta campo a través, conscientes de su culpabilidad; que llevaban pistolas, escopeta y el rifle cuyo gatillo apretó Albiñana; que el amo les chillaba para que lo mataran; y que, para limpiarse las manos e inculpar a Casquet, en la huida, le dejaron a su lado una pistola encasquillada. Tampoco contó para la justicia que Miguel Albiñana ya cargara en su historial con otras tres muertes. Valieron las influencias, entre bambalinas, de los propietarios: estaba en juego, como alegaban, su legítima defensa.

Doble rasero: unos impunes —los que dispararon a matar— y a al otro, la víctima —como en otros casos similares—, se le imputó un «se proponía robar». Los vecinos se irritaron por segunda vez. No sólo habían perdido a un buen compañero, sino que, además, sobre él querían echarle el sambenito de ladrón. ¿Ladrón él? Si era uno más entre los de allá: todos forajidos. En todo caso, como si resonara aquel editorial de *la Soli* que entre ellos habían comentado, esgrimían que «la sociedad burguesa es culpable de los delitos y el robo no es un delito sino un acto de rebeldía mal encaminada, un procedimiento revolucionario equivocado y por lo tanto digno de reprobación». Es probable que discutieran, incluso, sobre las cualidades del robo y los ladrones —los equivocados, esos que no distinguían entre robo y expropiación—, los amargados de la vida —víctimas de la miseria y del hambre— y hasta de los degenerados, los casos patológicos arrastrados por su catadura amoral. Casquet no cuadraba ni por asomo en esos retratos, encarrilados con unas «pobres pruebas», decían los vecinos con la sorna de la impotencia, para mostrar que fue víctima de la sorda guerra social que sacrificaba a quienes se afanaban por un mundo mejor. Su asesinato fue a una hora —las siete y media de la tarde— en la que aún se transitaba por la calle donde ocurrió: por eso, algunos vecinos siguieron la escena y la explicaron; por eso, otros vecinos oyeron las detonaciones y acudieron. Preguntaban irónicamente —ellos, expertos malhechores— si al campo se iba a robar trajeado, como iba Francisco, y a la guay de mirones. No entendían cómo alguien que iba a robar bien armado, salió corriendo; ni por qué lo tumbaron por la espalda; ni tampoco por qué no se le encontró el arma. La tercera vez que se enervaron los vecinos fue cuando el juicio. Había transcurrido más de un año, y el 8 de diciembre de

1933 se dictaron contra Miguel Albiñana —sólo contra él y ninguno más de la cuadrilla— veredicto absolutorio y sentencia también absolutoria. La breve crónica del diario, inserta en el apartado los tribunales de justicia, notificaba que seguramente sería interpuesto un recurso por infracción de ley en el veredicto. En la sala, en la que había bastantes vecinos del interfecto, se crisparon los ánimos y hubo intentos de agredir al procesado. El «agresor» del que había matado a Casquet logró, aunque fue perseguido, escapar. Así acababa la noticia.

De seguir con la cronología volveríamos a las coincidencias. Inevitable, otra vez. Ese mismo día del juicio farsa, ya entrada la madrugada y con copiosos chaparrones, se había declarado una huelga general con visos de insurrección, con epicentro en La Torrassa. En los partes de las autoridades y de la prensa, que venían a ser idénticos y que daban cuenta de la anómala y gravísima situación, se referían a la intentona anarcosindicalista, a la anarquía desmandada y, en el repaso, mencionaban que en las fábricas de la barriada de Can Tunis se había seguido la consigna. Allá hubiera estado Francisco Casquet, pero no pudo.

Aquel asesinato marcó el devenir de las gentes del barrio. Se les grabó en la memoria. Sus compañeros de la cárcel cerraban la misiva que difundieron como presos sociales apostillando que el afán por conquistar y disfrutar de la libertad fue para él sólo un prólogo de muerte, pero en aquellos momentos de prueba, aún con el pesar dolorido a rastras, como él, no retrocederían en su afán por un mundo mejor, por un mañana luminoso. El envite era ése y estuvo jalonado por una brega constante e intensa cuyas treguas eran sinónimo de que era preferible, o no había más remedio, implicarse en luchas o proyectos más sordos y ensordecidos.

Barcelona seguía siendo un volcán. Tanto daba que en pleno verano del 32 el culebrón le correspondiera a una colección de arte románico —la Plandiura—, por cuya compra a un precio desorbitado el *president* Macià izó la bandera del honor patrio; un dispendio, aducía, que no hubiera malgastado, eso sí, de haberse tratado de Grecos o Velázquez. El litigio de la huelga de alquileres persistía, y en aquel grupo de las Casas Baratas, como en los otros y también en otros barrios de la ciudad, seguían negándose a pagar un céntimo. Los obreros sin trabajo, aun sin poder hacer huelga, persistían en sus acciones

y aquel mismo julio habían levantado adoquines en una gran extensión, tanto en la carretera de Can Tunis como en la del Port. Por el despido de treinta compañeros en las canteras de Montjuïc, la huelga se extendió a los más de 700 trabajadores que conformaban la plantilla de Suministros del Ayuntamiento; al cabo de dos meses acordaron, debido a la intransigencia del Consistorio y el contrato de esquirolas, recurrir al sabotaje continuo; y con la habilidad de los empedradores y sus *perpalinas* se dedicaron a arrancar y apilar el máximo de adoquines posibles, con tal de inutilizar las calles de Barcelona para la circulación rodada. Ramón Tortajada, en sus memorias inacabadas, relata que, a su labor nocturna —en grupos móviles y dispersión rápida de un empedrador y otros tres trabajadores—, se juntaban los chiquillos con sus juegos: «colaboraban con nosotros arrancando y amontonando adoquines durante el día, ensanchando los boquetes abiertos en la calle y haciendo los montones más grandes». Perduraba, o mejor, volvía a saltar a la palestra el conflicto de las extracciones de arenas, una vez que el Sindicato de la Construcción podía salir del silencio forzado que había representado la clausura de sus locales durante los anteriores cinco meses.

El conflicto de las extracciones de arenas puede alumbrar un poco —basante, si se enfoca la trastienda— las aristas de un antagonismo cada vez más alejado de la paz y concordia sociales. La plantilla de trabajadores en el centro del Llobregat —las playas de Can Tunis— no era muy abultada: 105 cuando los despidieron. Entre ellos estuvo, recordemos, Francisco y también José Gilabert y tantos otros del barrio, algunos de los cuales irán nombrándose. Aunque aquellas playas de Can Tunis estuvieran en una punta alejada y mal comunicada de la ciudad, acudían a ellas obreros de otros barrios de Barcelona y de L'Hospitalet buscando un jornal, y eso que el primer turno entraba a trabajar a las cuatro de la mañana.

La nómina de la primera semana de enero de 1932 ascendía a 6.420 pesetas. Los números cuadran si se tiene en cuenta que, casi todos, por cargar las vagonetas repletas de arena o grava cobraban 60 pesetas, 10 por día. El redondeado se entiende cuando se encuentran al final, sumadas, casi 100 pesetas dedicadas a los gastos del comité de huelga y cotizaciones pro presos. Y un detalle: las cuatro hojas las firmaba Ricardo Sanz que, como representante de los obreros, recibió aquella cantidad para su pago a los mismos.

Aunque los nombres y el primer apellido de cada uno de los obreros va a mano, así como las cantidades a cobrar por cada uno, las hojas llevaban un encabezado de imprenta y con mayúsculas: Junta de Inspección y Administración del Servicio de Explotación de Arenas de Barcelona. Y, más inquietante, un añadido mecanografiado: indemnización acordada al personal que se cita, que ha dejado de pertenecer al servicio de arenas que explotaba la Junta, pasando a prestarlo por cuenta del arrendatario de dicho servicio.

En aquella nómina ya aparecen, a primera vista, los bandos contendientes y hasta se apunta el motivo de la colisión. Es así en buena parte, pero no del todo. Aquella junta era, desde julio de 1925, un apéndice del Consorcio del Depósito o Puerto Franco o de la Zona Franca que, por real decreto, se cuidaba de la explotación —con carácter exclusivo— de la extracción de arenas de las playas y del cordón litoral comprendido en el término municipal de Barcelona. Aquella Junta estaba presidida por el alcalde, y contaba, entre los varios vocales, con el comandante de Marina, un representante del Gobierno, ingenieros jefes y asesores. El Directorio Militar de Primo de Rivera con aquel gesto recalca que se trataba de una municipalización del servicio, pero con el firme propósito de destinar los «productos líquidos» obtenidos a dinamizar el encallado proyecto del Puerto Franco. La redacción se las trae y la letra pequeña algo más. El Estado, sin un duro, se prestaba a auxiliar a aquel proyecto, de amplias miras e indudable interés ciudadano y patriótico, concediéndole el monopolio, previa indemnización de los anteriores concesionarios.

Aquel galimatías de decretos —reales o no—, órdenes y reglamentos, los obreros lo tradujeron bien pronto por tejemanejes; y muy oscuros. Maquinaciones destinadas, primero, a explotar hasta esquilmar unos recursos naturales que no eran de nadie sino de todos; y bien que lo sabían, pues en las barriadas afectadas, Pekín o Can Tunis, cuando arreciaban los temporales, la falta de arena provocaba que el agua se les metiera en sus casas destartadas, cuando no se las llevaba. Y, después, a explotarlos a ellos. La deducción resultaba sencilla: los productos líquidos que obtenían —es decir, los beneficios—, los contables populares, recurriendo a las simples cuentas de la vieja, los zanjaban con una pregunta: si cargamos de promedio, cada uno, seis vagones diarios colmados con dos metros cúbicos de arena, que la empresa vende a seis pesetas el metro, al final del día cada uno producimos setenta y dos pesetas y nos

pagan a diez pesetas el jornal, ¿adónde van a parar las sesenta y dos pesetas restantes? También avanzaban una respuesta: los gastos de tracción y administración no pueden jamás justificar cantidad tan desorbitante.

Puede que desconocieran que las ganancias que sacaban de su trabajo fueran a parar en un sesenta y cinco por ciento al Consorcio con tal de que éste las destinara a las obras, al establecimiento de servicios y a completar, si fuera preciso, las expropiaciones y sus litigios; el diez y ocho por ciento al gobernador civil en tanto que presidente de un comité benéfico; el doce al capitán general, en pago por el uso de zonas militarizadas y también para fines culturales y benéficos del ramo de la Guerra, y el restante cinco por ciento al comandante de Marina que lo debía dedicar a los pósitos de pescadores. Ese generoso reparto se debía, como se reproducía en la exposición de otro real decreto, al firme propósito de otorgar con «splendidez no regateada ni condicionada» la exclusiva de la extracción de arenas. A esos muñidores los obreros les denominaban, entre otros calificativos, parásitos y chupasangres.

Podría aventurarse que el cambio de régimen acarrearía un buen gobierno de la cosa pública y que, con taquígrafos de la administración de las cosas, primaría el interés general de los más y no el particular de los de siempre. A los obreros les sorprendió que unos contratistas quisieran negociar con ellos antes de pujar por la concesión en arriendo de la explotación de las arenas. No llegaron a un acuerdo: unos se retiraron y los otros ya estaban sobre aviso. Corrieron los rumores hasta que, ya entrada la última semana de septiembre, los obreros se encontraron sin poder acceder a las herramientas de trabajo y con el depósito resguardado por la Guardia Civil. Antes de ese locaut, las vagonetas de carga en funcionamiento se habían reducido y, ya fuera por mala administración o por pésima dirección técnica, se atisbaba el cierre de la explotación o un cambio de rumbo. Arreciaban, además, las quejas de los constructores porque la arena que compraban contenía elevadas proporciones de lodo y barro, debido a que o bien los gestores del negocio se pasaban de listos o porque en las playas se agotaban las arenas; o ambas cosas a la vez. El locaut, como primera medida y sin previo aviso, iba directo contra los trabajadores: sobraban aquellos 105. Pronto se reclutaron otros tantos para que entraran a faenar, pero —aun con la protección de la Guardia Civil— desistieron, al verse incordiados y señalados como esquiroles.

Así empezó la secuencia de un conflicto que se prolongó demasiado. El primer conato de huelga surgió en los últimos días de septiembre del 31, y a principios del 36 todavía seguía en pie. Después, en el Comité Revolucionario de Justicia y en los tribunales industriales todavía coleaba, pues unos cuantos obreros reclamaron salarios atrasados e impagados, pidiendo que les indemnizaran por la ropa de trabajo que les habían quemado como represalia. Y eso que, desde el primero de agosto del 36, la empresa había sido incautada por el Sindicato del ramo de la Construcción.

El Gobierno, a través del ministro de Hacienda Indalecio Prieto, ya había decretado, en junio del 31, que le correspondía a la corporación municipal la plena fiscalización de todo lo que concerniera al Consorcio de la Zona Franca y, por ello, atribuía al alcalde, Jaime Aguadé, la presidencia del mismo. Otra cosa fue que la vicepresidencia recayera en un delegado especial del Gobierno, Manuel Morales, también presidente del comité ejecutivo, y que, entre los elementos que lo constituían, estuvieran representados los órganos empresariales volcados en las obras de la Zona Franca. Eran cambios en la gestión acuciados por la crisis de aquella mina de dinero fácil a cielo abierto junto al mar. La Junta de Inspección, comandada por el ingeniero director Eduardo Medrano, no sería disuelta, sin embargo, hasta otro posterior decreto del 8 de diciembre de 1931. Y lo que quedó sin reflejarse en aquella «Gazeta» fue que el 24 de octubre el Consorcio de la Zona Franca escrituró el arriendo del servicio de explotación de las arenas a la empresa de Francisco Colindres.

Desajustes o no de fechas, todo indicaba que en el pliego de condiciones verbales se contemplaba deshacerse de una plantilla molesta, quizás a ruego de Colindres o quizás por ello se eligió a Colindres. ¿Cambio de explotadores de un «servicio» que acumulaba, decían, déficits? Pero, como aireaban los obreros, ¿cómo podía privatizarse un servicio público en plena «República de los trabajadores», cuando las propias leyes que se promulgaban lo impedían? E insistían: ¿cómo se podía entregar, además, a lacayos reconocidos de la dictadura?, ¿cómo podía reponerse en su puesto de secretario del Consorcio a De la Rosa, tras las purgas de funcionarios que habían prometido los candidatos republicanos? ¿Es que, como escribía el comité de huelga, el paro forzoso era la única respuesta que les deparaba el inmoral régimen económico de esta República de monopolios, herencia de la Monarquía? ¿Dónde ha-

bían quedado aquellas promesas de solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo?

Fuera como fuese, la primera embestida —encabezada por el ya concejal republicano Medrano y por Colindres— no prosperó. Los obreros respondieron al locaut y Colindres, que ya ejercía desde mediados de diciembre de patrón sin inspecciones de ninguna junta ni fiscalizaciones de ningún consorcio «municipalizado», se avino a firmar unas nuevas bases de trabajo el 5 de enero de 1932. Los 105 obreros tenían tras de sí todo el apoyo del Sindicato de la Construcción de la CNT, aunque el triunfo duró poco. El derrotado Colindres esperaba la revancha y, como hábil abogado, escogió el momento propicio en el que sus rivales se encontraron maniatados. Antes, habituado a moverse por las cloacas de los poderosos donde se manejaban los trapos sucios, había ido caldeando el ambiente. Colocó primero a tres nuevos encargados amigos de la vara, y al frente de la playa destinó a un subarrendatario de testaferro. Al mismo tiempo, pagó a «obreros» para que depositaran gruesas piedras en las vagonetas de carga y la noche que se dedicaron a cortar los hilos eléctricos de los motores de las instalaciones fue visto, casualmente, uno de sus directivos. ¡Ya, ya, sabotajes! Es sabido que esos anarquistas de la CNT... Y llegó el día, el 10 de febrero. La empresa, pretextando actos de sabotaje, indisciplina y abandono del trabajo, consiguió que la Guardia Civil terciara expulsando de malos modos a los obreros de sus puestos de trabajo. A los sabotajes ya me he referido, la indisciplina era ante el despotismo y chulería de los negreros encargados, y el abandono del trabajo era porque al haberles dejado sin leños para la lumbre —como era la costumbre—, se apañaban por turnos para agenciárselos por los alrededores; y es que a las cuatro de la mañana en invierno, junto al mar, cascaba un buen frío. La fecha se correspondía a una de esas coincidencias expresadas: un día después de la salida de los deportados, con los sindicatos clausurados, la prensa obrera amordazada y las cárceles repletas de obreros.

Aunque debilitados y faltos de solidaridad, ya que la clausura de los locales del Sindicato no se levantaría hasta julio, los obreros respondieron. Pero Colindres, arropado con todos los apoyos y valiéndose de los medios que se precisaran, quería desprenderse de una vez por todas de aquellos sindicalistas revoltosos que habían conseguido imponer su control en la playa y funcionar

como una especie de bolsa de trabajo. Por ello siguió en sus trece con todas las marrullerías a su alcance. Tal vez aconsejado por su buen amigo De la Rosa —a su vez, buen amigo de Martínez Anido que, no en balde, en sus tiempos de pistolero patronal tenía como secretario particular al hermano de éste—, contrató a matones para disuadir a quienes se presentaban reclamando su trabajo; luego la prensa remacharía propagando comunicados con referencias a coacciones por parte de los obreros. Colindres llegó a lograr que se hiciera coincidir la detención previa de dos obreros que exigían su puesto de trabajo con la explosión, a las pocas horas, de una bomba portada por las enigmáticas manos de un par de muchachos que desaparecieron en las oficinas del Consorcio o, también, que se tumbaran carros que transportaban arena y sus conductores fueran vandálicamente apaleados y amenazados de muerte. Es sabido que esos anarquistas de la CNT...

Ellos, en las páginas de *la Soli* reaparecida a principios de marzo, a través de su comité de huelga, remarcaban que todos aquellos actos de los que les acusaban eran, en esta ocasión, manejos de la empresa de Colindres para desvirtuar su lucha, en la que se mantenían firmes. Por este motivo, y no otro, algunos de ellos, además de quedarse sin jornal, fueron encarcelados. Varios residían en aquellos contornos de las Casas Baratas: José Gilabert, Francisco Casquet y, también, Andrés Fuentes, Francisco Higuera, Francisco López, Germán Martínez y Benito Maldonado, uno de los que firmaba con su nombre los artículos para dar cuenta de la marcha del conflicto. Estorbaban y los escarmentaron en un momento que no podían defenderse. La desigual batalla, en este tramo, llegó hasta agosto sin que consiguieran su readmisión, pues incluso aquellos de las playas del Besós que acudieron a los tribunales industriales vieron como su reclamación era archivada sin pena ni gloria. Denunciaron, tantas veces como pudieron, la confabulación de los poderosos; entre ellos el alcalde que, ya con un buen sueldo y mejores dietas, se había desdicho de la amistad que profesaba a los obreros y desfavorecidos en general. Arreciaron en su propósito de levantar las alfombras y nombrar, con pelos y señales, a los beneficiarios y cómplices de los chanchullos que proliferaban en la ciudad: el del alcalde, el de Fomento de Obras y Construcciones y su monopolio en los servicios públicos, y el de los muchos contratos por enchufismo. Veían que se multiplicaban los chupópteros mientras ellos estaban condenados al

paro forzoso o a buscarse ese otro puesto de trabajo que tanto escaseaba, y más con los precedentes que llevaban a cuestas.

Para la empresa, eliminados los obstáculos, todo iba viento en popa. Se incrementaron, con los esquiroleros que reclutaron, los ritmos de trabajo. Exhausta, la madre tierra dijo basta: sus playas y lechos de río ya no servirían a tantos intereses patrios arremolinados. Llegó entonces otro decreto, éste del Ministerio de Marina y de mayo del 33, para dar un salto en la explotación de las arenas. Éstas, como ya se sabía, escaseaban de tal modo que se vaticinaba que, en un plazo de no muchos meses, se llegaría a su total agotamiento, obligando a la forzosa suspensión de las extracciones que se venían haciendo. Tal desastre, se argumentaba, llevaría a la paralización de la industria de la edificación de la ciudad que precisaba de ese imprescindible material y, peor, acarrearía el quebranto económico del Consorcio. Por ello, aprovechando los avances tecnológicos, se volvía a conceder —con carácter exclusivo otra vez— la autorización al Consorcio para extraer arenas del fondo del mar por el método de succión. El decreto, como ocurre siempre, iba detrás de la petición que ya había realizado el Consorcio y tan sólo le indicaba que debía realizarlas a más de doscientos metros de la línea de bajamar y a una profundidad no menor de seis metros. Se trataba, en fin, de racionalizar una extracción que anteriormente, se reconocía, era irregular y perjudicial para las playas, pero permitiendo que se siguieran allegando recursos para las obras de la Zona Franca. Tenía su chanza: «lo habéis hecho fatal, pero ahora os damos otra oportunidad; y a lo grande». Colindres se frotaba las manos: se había deshecho de los incordiantes obreros, también se desprendía del fardo de aquella explotación rudimentaria de las arenas y lograba entrar, ahora sí, en los prósperos negocios asociados a la Zona Franca.

Ese mismo mes de mayo transcurría en Barcelona la huelga general de la construcción. Se había desatado a mediados de abril y el motivo era conseguir unas nuevas bases del trabajo: se pedía, ante todo, una reducción de la jornada y que se pagara, al menos, la mitad del jornal cuando el mal tiempo no dejaba peonar. Duró, por más represión que los obreros hubieron de soportar, hasta mediados de agosto; logrando si no un triunfo total si uno harto halagador. Con aquellos ánimos, las asambleas del ramo se acordaron del endémico conflicto de las extracciones, agravado más si cabe porque la empresa con-

tratista, en otro alarde de provocación, acababa de traspasar la gestión del servicio y de la plantilla a un obrero con carnet de la UGT. Así, en la asamblea del 23 de agosto acordaron de manera unánime que si no había solución favorable a sus compañeros, se procedería a un boicot a la empresa. La convocatoria en firme se fue demorando, ya fuera por desgaste de fuerzas, de fondos o de ambos, hasta la primera semana de octubre. A partir del 9 la consigna era clara: ni un grano de arena se extraería de las playas de Barcelona y menos se carretería. Asimismo, se indicó que los constructores que la precisaran podían ir a buscarla a los otros municipios, siempre y cuando, al transportarla por la ciudad, mostraran el salvoconducto expedido por el Sindicato. Los primeros días fueron todo un éxito y el bloqueo fue estirándose hasta mediados de noviembre, pese a haberse de confrontar con la pertinaz represión policial y tener que sortear la ausencia de salarios causados por el paro técnico en cadena que provocaba el boicot en ciertos sectores, pero poco a poco se fue diluyendo hasta dejar de practicarse. ¿Cuáles fueron los motivos?, ¿la falta de fuerzas?, ¿que la organización obrera, ante el triunfo de las derechas en noviembre de 1933, optó por dejar de lado los conflictos laborales y se aprestó —dedicando energías y fondos— a la preparación de un movimiento revolucionario cuando la coyuntura fuera propicia? En diciembre Barcelona se quedaría sin tranvías por la huelga que el Sindicato del Transporte lanzó sin contar con la Federación Local, y desde el día 8, con ambiente propicio o no, se desató la tercera intentona de insurrección libertaria. Todo se saldó con derrotas y los obreros de las extracciones de arenas siguieron sin ser readmitidos. Pintaba un bienio muy negro...

En febrero del 36, los 105 despedidos volvieron a salir a la luz arrastrando su conflicto. En la extracción de arenas el contratista fue cambiando de nombre: ahora constaba, de cara a la galería, un tal Roure; un nombre tan sólo. La plantilla también se fue modificando y aquellos obreros de la UGT —uno de ellos patrón por unos días— también se vieron despachados una vez que cumplieron su papel, siendo sustituidos —eran tiempos de ascenso del fascio— por restos reavivados de *los libreños* junto a otros cuerpos útiles, mansos hasta la docilidad. La llegada del Frente Popular traía —era una de las cláusulas para arrancar votos— las amnistías y a los patronos les correspondía readmitir a todos aquellos que habían sido injustamente despedidos, hacién-

dose cargo —sostenía la CNT— de la indemnización por los jornales adeudados.

El lunes 24 de febrero cuarenta de aquellos 105 se presentaron de nuevo en la playa. Los seleccionados —así era como se denominaba a los que pasaron a engrosar las listas negras— llegaron a un acuerdo con quienes trabajaban para repartirse, por turno, las faenas; pero el nuevo contratista no se avino y las autoridades volvieron a silbar. Una comisión de los seleccionados arrancaron del presidente del Consorcio —el entonces alcalde Pi Suñé— la firme promesa de que haría cuanto pudiera para reparar lo antes posible el daño moral y material que les habían infligido y que no se volvería, eso sí, a recurrir a ninguna fuerza de asalto para terciar en el conflicto. Ellos, sin embargo, no iban a tener arreglo: un Miércoles de Ceniza, que aquel año cayó el 6 de marzo, irrumpieron en la playa entre quince y veinte parejas de guardias civiles, además de un auto cargado de policías. En tiempos de la República los echaron a la calle y en ella los dejaron, viendo como se iban sucediendo los cantamañas del mucho os prometemos y nada de trigo os daremos.

No se acostumbraron, sin embargo, al calvario del azote del paro forzoso, y nada resignados, junto a otros compañeros del ramo, se volcaron en lo que podían hacer por ellos mismos y para ellos mismos. En el Palacio de Proyecciones —otro legado de la Exposición en Montjuïc— se reunieron a mediados de junio del 36 contra el paro, sus causas y sus causantes, denostando la avaricia burguesa y el despilfarro de tanto burócrata. Llegaron a proponer todo un plan con el que los obreros de la construcción, además de trabajar y llevar un jornal a sus casas, se pondrían manos a la obra para arreglar sus barriadas, la ciudad, el país y el mundo. Aquellas propuestas se las elevaban a unos gobernantes que no iban a llevarlas a la práctica, no porque les faltara dinero, pues sólo en la Marina se gastaban muchísimo en juguetes y prebendas, sino porque no querían. Los acontecimientos, es bien sabido, se aceleraron tanto que en poco más de un mes ya se pusieron ellos manos a la obra, sin esperar las promesas de las bonitas palabras.

☆ Luchas en las fábricas, tajos, campos y calles

¡Boicot a la casa Alena!

La casa Alena está boicoteada. El presidio de la carretera del Port permanecerá cerrado y sus máquinas no funcionarán más. Los troncos mlienarios de la selva permanecerán inmóviles en las panzas colosales de los barcos de industria. Nadie los descargará en España. Nadie tocará la madera marcada con el estigma del asesinato, impregnada de la sangre de nuestros hermanos. Los placajes de la Compañía explotadora serán rechazados en los talleres. Nadie laborará materias de la fatídica firma guineana.

El obrero del transporte, el operario del taller, el peón de fábrica, deben negarse a ello.

Las pistolas mercenarias podrán truncar la vida de los hombres; pero nunca romperán la solidaridad proletaria; al contrario, la afianzarán más, la harán más intensa, más sublime.

Los poderosos accionistas de la casa no ingresarán este año en las cajas de caudales los beneficios producidos por el esfuerzo de los explotados. Téngalo presente la casa Alena. Sépanlo los condes, marqueses y altos dignatarios de la Compañía. Sépalo todo el mundo.

¡Trabajadores!! ¡Boicot! ¡Boicot rotundo, definitivo, a la casa Alena!

Solidaridad Obrera, 21/06/1931

Un triunfo de acción directa

Solución del conflicto Alena

Después de 12 semanas de lucha intensa se ha solucionado el conflicto que el Ramo de la Madera sostenía con la poderosa Compañía Nacional de Colonización Africana "Alena".

Ha sido una batalla épica. El Ramo de la Madera ha tocado todos sus resortes para que el Reino coronara los esfuerzos empleados. Y el éxito ha sido rotundo, inmenso.

El boicot a los productos de la casa, ha sido sabiamente ejecutado poniéndose en práctica el empleo de la marca label, que ha dado un resultado maravilloso. No se ha trabajado un tablero que no llevara la marca del Sindicato. La voluntad, la energía de los trabajadores de la Madera se ha demostrado una vez más. La voluntad, la energía y

Solidaridad Obrera, 16/08/1931

El boicot A. L. E. N. A.

La marca controladora que usara nuestro Sindicato, con el fin de que no pasen desapercibidos los tableros de la boicoteada firma A. L. E. N. A., está en circulación.

Es un triángulo rectilíneo, con la siguiente inscripción en el centro y lados: "C. N. T. Ramo Madera. Label

Solidaridad Obrera, 25/07/1931

SINDICATO UNICO DEL RAMO DE CONSTRUCCION
DE BARCELONA
Y SUS CONTORNOS

MERCADERS, 26, PRAL.
 TELÉFONO N.º 24.368

N.º [REDACTED] I.
 C. T. [REDACTED] A. T. [REDACTED]



COMITE DE [REDACTED] DE INQUILINATO
 (Local)

SUCURSALES
 SANS - SAN ANDRÉS - GRACIA - HORTA
 LAS CORTS-PUEBLO NUEVO-S. MARTIN
 PRAT VERMELL-STA. COLOMA-SARRIA

ASAMBLEAS

El Ramo de Construcción de la barriada de Prat Vermell convoca a todos sus adherentes para la asamblea que tendrá lugar hoy, domingo, a las once de la mañana, en el sitio convenido. Esperamos acudiréis todos. — La Junta.

Solidaridad Obrera, 27/03/1932

EL FASCIO ENTRA EN ACCION

Recluta obreros hambrientos y toma posesión de la extracción de arenas de Barcelona — ¿Qué nos dicen Famades y Cussó, que se oponían a que entraran a trabajar los obreros de la C. N. T?

La extracción de arenas de las playas. ¿No recordáis las luchas épicas, fenomenadas que entabló el Sindicato Unico de la Construcción? ¿Hemos olvidado que todo carro que transportaba arena por Barcelona, no extraída en el río Besós o Casa Antúnez, tenía que ir avalada con el control del Sindicato?

Todas aquellas gestas fueron vencidas por el Ayuntamiento, el alcalde Aiguadé, que se puso al lado de las Empresas de extracción de arenas, al igual que la autoridad gubernativa, que tomó militarmente las zonas de las arenas, ahogando un conflicto que de hecho le teníamos ganado.

La lucha —por el momento— se halla entablada entre libreños y ugetistas. La barriada de Prat Vermell es ajena a esos manejos detestables, no habiéndoles prestado ningún concurso. Los esclavos cambian de amo, pero no cambian de ideología. Eso acontece en la extracción de arenas de las playas de Barcelona, donde unos canes famélicos han expulsado de los trabajos a otros canes de condición moral-tas degradada y vil como los expulsadores. Así comenzó el resurgimiento de los "libreños"; no los atajamos en el embrión y cuando floreció, por nuestra pasividad, enrojeció las calles de la ciudad.

La Comisión de Barriada de Prat Vermell

Solidaridad Obrera, 05/07/1932

Actos de sabotaje de los sin trabajo

Barcelona 11, 12 noche. Los actos de sabotaje cometidos en distintas calles de la ciudad, al parecer por obreros sin trabajo, se han extendido a la carretera de Casa Antúnez, donde fueron levantados adoquines en una gran extensión; en la carretera del Port, calle de Menéndez Pelayo, Diamante, Ros de Olano y otras, la Policía practica pesquisas para detener a los autores de estos hechos, que han podido tener graves consecuencias para la circulación de vehículos.

ABC, 12/07/1932

LA VOZ DE LOS PARADOS

Compañeros en paro forzoso de las barriadas de Prat Vermell, colonias "Bausill Canti", Pius Ultra y Casa Antúnez; Para la imposición de las seis horas, en breve serán convocados todos los compañeros, en paro forzoso de las mismas, en el local del Ateneo Cultural, Carretera del Port, número 441, para tratar lo que no es un secreto para nadie, sino el logro de nuestras reivindicaciones y dar el gran golpe a la intransigente Patronal, convencidos de que cumpliréis con el ineludible deber que tenéis y acudiréis a nuestro llamamiento y una vez más sabréis ser conscientes. Fiados en esto, os saluda fraternalmente,

El Comité

Solidaridad Obrera, 22/03/1933

A los obreros parados de Prat Vermell

Camaradas sin trabajo: Con el fin de tomar acuerdos y hacerlos efectivos frente al pavoroso problema del paro forzoso, os invitamos a que acudáis todos a la reunión que citamos para el martes, en el sitio de costumbre.

Que nadie falte a esta reunión. Que todos acudan para patentizar su protesta contra la injusticia reinante y pedir nuestro derecho a la vida. — La Comisión.

Solidaridad Obrera, 17/05/1932

Entierro de Francisco Casquet

Hoy, a las cuatro y media de la tarde, tendrá lugar el entierro de nuestro compañero Francisco Casquet García, vilmente asesinado por los sayones de los enemigos del proletariado en la carretera de Casa Antúnez.

La comitiva saldrá de su domicilio, situado en el Grupo de Ferrer y Guardia, calle número quince, hasta el Cementerio Nuevo.

Solidaridad Obrera, 16/09/1932

LOS CRÍMENES SOCIALES

Francisco Casquet era un honrado trabajador y no un ladrón, como dice la Prensa burguesa

que el compañero Casquet era un auténtico trabajador de sentimientos humanitarios, por lo que se hizo ostentar por donde pasó y en particular por sus camaradas de explotación a quienes defendió sin regateos, figurando siempre a la cabeza en las reivindicaciones morales o materiales de los productores. Del afecto que por él sentían dice mucho la imponente manifestación que lo acompañó a la última morada y que estaba compuesta por más de seis mil personas, o lo que es lo mismo, toda la barriada de Casa Antúnez en bloque, y una infinidad de compañeras y compañeros de Barcelona. En la obra que trabajaba se hizo una subscripción para sus familiares, re-

Solidaridad Obrera, 23/09/1932

Los presos sociales en la muerte de nuestro camarada Casquet

El que fué querido compañero en la cárcel y en la calle acaba de morir asesinado vilmente. Nosotros, que le vimos partir de nuestro lado hace poco tiempo; nosotros, que con la alegría natural nos despedimos de él cuando obtuvo la libertad, sabemos de su nobleza y desinterés, de su espíritu alerta y templado, pero no podíamos sospechar ni remotamente que aquellos abrazos de despedida serían los últimos. Aun recordamos su carácter alegre y animoso. Entre todos se distinguía por su buen humor. A pesar del pesimismo que fomenta la vida carcelaria, Casquet tenía siempre una chancas oportuna que decía, una broma en los labios. Ha sido muerto a traición. Ha caído sin poder defenderse ante las balas traidoras. Así es como mueren los valientes y los buenos.

Profesaba goceado amor al ideal. Por la causa de los trabajadores sentía la íntima satisfacción de luchar, y por luchar estaba con nosotros en la cárcel. A la lucha volvía cuan-

Solidaridad Obrera, 20/09/1932

ATENTADO SOCIAL

Como de costumbre, a la hora de terminar el trabajo en la fábrica del señor Bertrán y Serra, de la calle de Párceñas, 62, conocida por "Prat Vermell", salieron con un auto de la casa, conducido por el chófer Francisco Grau Faiget, de 31 años, el subdirector de dicha fábrica señor René Baugartuer Hug, de 36 años y los técnicos Juan Soler Oliver, de 34 años y Ramón Huguet Petit, de 30 años.

Poco después de salir de la fábrica y en el lugar conocido por el Paseo de las Gloacas, de un taxi que estaba allí apostado les hicieron varios disparos, huyendo éste.

Hablando de este atentado el jefe superior de policía con los periodistas después de darles cuenta del mismo les manifestó:

"Obedece esta campaña a la iniciada contra las fábricas del ramo del agua y contra los fabricantes que tienen obreros despedidos. Campaña de coacción y asesinatos y como tengo en la mano la lista de fabricantes que se encuentran en estas condiciones adoptaré unas medidas de magna energía que no se harán esperar para ver si de una vez se acaban estos actos criminales."

Diario de Barcelona, 31/10/1934

La fuerza pública desaloja a los obreros que hacen huelga de brazos caídos en una fábrica

Nuevamente, ayer por la mañana hubo de ser requerido el auxilio de la fuerza pública ante la actitud de los obreros de la fábrica de estampados de los señores Bertrand y Serra, que, otra vez, como el lunes último, entraron al trabajo, pero permanecían inactivos al lado de las máquinas, haciendo lo que ellos llaman huelga de brazos caídos.

Los agentes de la brigada social que, acompañados de guardias de asalto, acudieron a dicha fábrica, situada en el lugar conocido por "Prat Vermell", invitaron a los obreros a que depusieran su actitud y comenzaran el trabajo; pero no habiendo sido atendidos, y como continuaban los obreros en su actitud pasiva, procedieron a desalojar la fábrica, echando de ella a los que se negaban a trabajar, sin que, con este motivo, se produjera incidente alguno.

Después de la salida de los obreros la fábrica fué cerrada, quedando establecida vigilancia cerca del edificio.

La Vanguardia, 13/03/1934

SINDICATO DE CAMPESINOS DE BARCELONA Y SU RADIO A TODOS LOS CAMPESINOS DE PRAT VERMELL

Se os convoca a la Asamblea general de barriada, que se celebrará el día 20, a las nueve y media de la noche, en nuestro local social, sito en Avenida Prat Vermell, 64, para tratar el siguiente orden del día:

Solidaridad Obrera, 19/06/1936

Sección de Trefiladores, Punteros y similares

La casa Rivière ha aceptado las conclusiones de los obreros - La unión y la entereza de los trabajadores los hace triunfar

Solidaridad Obrera, 19/03/1936

X. Mal de muchos, remedio de todos

Con el asesinato de Casquet y la larga lucha de sus compañeros de las arenas, algo del bullicio que agitaba todos los rincones del Prat Vermell habría irrumpido. No fueron, sin embargo, más que rescoldos de un fuego persistente, siempre soltando chispas, y que a no tardar se avivaría. Algunos de los que habitaban entonces en las Casas Baratas —los mayores— ya lucían, para lo bueno y lo malo, los rastros de su presencia en la lucha de clases en los años veinte e, incluso, antes. A otros les tocó crecer y hacerse un sitio en el inacabado sexenio republicano, encarando otro futuro que el que les reservaban los vencedores y cronistas de la historia de siempre. Benito, uno de los mayores, ya lo escribía y seguro que lo voceaba en su tarea de pregonero popular: que ellos no querían vivir al margen de la civilización, que aquella condena no iba a perpetuarse. Mayores y jóvenes compartían penosas condiciones de vida, se enfrentaban a parecidas situaciones, prodigaban a la mínima lazos de solidaridad y, aunados por aquellas circunstancias, se disponían a luchar por la mejora moral y material. Pues eso aprendieron, un día sí y otro también. Mal de muchos, entonces, no era el sálvese quien pueda, individualmente; aunque, entre ellos, ya los había de éstos —como en todos los sitios—, pero menos, muy pocos. Ellos transitaban por descampados, se mostraban asilvestrados por poco domados y nada domesticados, pero, amigos del calor humano, gozaban más bien de sentirse juntos con todas sus consecuencias. A las verdes y a las maduras, se conjuraban. Mal de muchos, soluciones para todos, decidieron.

«Todos a una» era entonces más que una célebre frase teatral, al menos en aquellos parajes. En el mismo conflicto de las arenas se entrometieron algunos del barrio reclutados como esquirols, siendo aborrecidos porque ésas no eran maneras de llevar un trozo de pan a casa, por más que las adversidades achucharan. La salida a tanto percance no pasaba por rebajarse moralmente, por claudicar como obreros aceptando cualquier jornal, y más cuando se perjudicaba a los que desafiaban con su empuje —pasando igualmente hambre— a los explotadores y usureros de todo pelaje. Medios y fines debían congeniar. En el barrio conocían demasiado de cerca los infortunios del paro forzoso, y ya en el verano del 32, estando en todo su apogeo la lucha de los obreros de las extracciones, el Consejo de Obreros en Paro Forzoso convocó a los parados para constituir el Comité de Barriada. No se trataba de mendigar sino de reivindicar pasando a la acción. Levantaron, ya se ha comentado, los adoquines de las calles principales, con ello denunciaban su estado lamentable y mostraban que sus manos callosas eran útiles, no para enriquecer a unos pocos sino como contribución al bienestar general. Con cierto ingenio y provocación instauraron, cuando las navidades, las romerías de limosna por los locales de los patricios. Ocuparon tierras del contorno para dedicarlas a huertos, y en su largo etcétera —muy alejado de la resignación y de la beneficencia— rechazaron la instalación de unas cocinas económicas que les endilgaron para aflojar los tintineos de sus estómagos vacíos. Como aquel día de junio del 31 en que asaltaron el economato, pues no querían que les guisasen rancho: más que bazofia caritativa solicitaban trabajo. La petición de incrementos salariales, la rebaja a seis horas de la jornada laboral, la lucha contra los abusivos precios de aquello necesario para la supervivencia simple —desde la comida a los alquileres, pasando por el transporte colectivo— marcaron el día a día de sus calendarios nada ociosos.

«Todos a una», sin excusas ni remordimientos; desde levantarse hasta acostarse, para las pequeñeces cotidianas y para las proezas extraordinarias. No, los esquirols no eran allá bien vistos ni bien tratados. Mayor ojeriza le tenían, sin embargo, no tanto a los esquirols por necesidad —con ellos, además de brotar compasión, si se hablaba o discutía todavía daban marcha atrás—, sino a los revientahuelgas de profesión o a los que, bien protegidos, se entregaban a la caza del sindicalista radical, que decían. Contra éstos, a muer-

te, sin respiro ni remilgos. Tampoco, ni bien vistos ni bien tratados, eran los desalmados que hacían negocio a su costa. El mentado tranviario y estanquero fue uno de ellos: la represalia duró más de tres meses, hasta que se retractó suplicando clemencia para que la sanción le fuera levantada. O *el Maño*, un tabernero con establecimiento frente a las playas que se saltó a la torera el boicot que se había declarado contra las cervezas Damm y las del Turia. O el tendero Abadía, que inflaba los precios y estafaba con los pesos y que dejó de vender de fiado a sus antiguos compañeros de la fábrica de cartón —no fuera que no le pagaran—, por más que estuvieran sin cobrar un jornal por la huelga que mantenían. O el carretero, conocido como *el Valencia*, que se montó un negocio triturando los trozos de leña que sobraban de la fábrica Alena, y para que le saliera redondo reclutó niños, mujeres y hombres poniéndolos a trabajar de cinco de la mañana a diez de la noche y pagándoles a unos un jornal de dos pesetas, mientras que a los más afortunados les ofrecía cinco. O, de rebote, el panadero dueño del horno del Port que, saltándose el boicot, seguía comprándole al *Valencia* la leña que éste se apañaba para suministrarle. O a la casa Singer que, por estar empeñada en despreciar las reivindicaciones de sus obreros y el reconocimiento de su sindicato, se le dejaron de pagar las cuotas de las máquinas de coser, vendidas a plazo, hasta nuevo aviso. A la dueña del Cine Carmen —señora emparentada con el empresario y político de la Lliga y señor de la colonia de su mismo nombre, Bausili— el boicot se lo declararon porque les había negado el local para la celebración de un mitin en el último trimestre del 32, cuando la huelga de alquileres seguía en su apogeo.

Aquellos chasquidos cotidianos trazaban la disposición colectiva a consolidar y desplegar un sentido comunitario, el propio. Sin enemigos dentro —pues como le estamparan al tranviario y estanquero: «gentes de esa calaña no merecen vivir entre nosotros»— ni llegados de fuera —tampoco les gustaban las visitas intempestivas, fueran de conveniencia o por imperativos de la autoridad—, marcaban el terreno; se valían por ellos y por eso les asqueaban sobremanera los mesías disfrazados con cualquier ropaje.

La Esquerra Republicana, buscando su hegemonía, precisaba asentarse en los territorios hostiles: los *casales* populares eran su estandarte para reconducir y aplacar los peligrosos extremistas. Así que, la mañana del tercer domingo de

marzo del 32, decidieron celebrar la inauguración de uno de ellos en aquella barriada. Cierta prensa elogió el acto por la significación que representaba: aquellos lugares ya no estarían tan abandonados a su suerte. Las páginas obreras, en cambio, ironizaron con que no hay peor cuña que la de una misma madera, por más que se le cambiara el tintado, pues para ellos aquellos advenedizos eran los mismos perros con distintos collares, que de vez en cuando les prometían mucho y les endilgaban árnica mientras seguían dándoles palos. La Comisión de la Barriada se apuntó enviando unas notas tituladas «donde las dan, las toman», en las que cargaban contra el cinismo y la desfachatez de aquellos políticos —en su lenguaje, polichinelas— que se atrevían a visitarles y que, por ser la inmensa mayoría ajenos al vecindario, habían llegado en autos y camiones precedidos horas antes, por si acaso, de las respectivas y numerosas parejas de la Guardia Civil. Nada más asomar la cabeza, les echaron en cara los asaltos policiales a sus domicilios, la persecución atroz a los vendedores ambulantes y los despidos de los trabajadores de las extracciones de arenas. Al final tuvieron que suspender el acto y ahuecar el ala en medio de una risotada general, con la chiquillería queriendo a toda costa reventarles los neumáticos. El deslinde estaba más que claro: cada cual en su sitio y a lo suyo.

El contrapunto frente a tanto extraño radicó en su temprano Ateneo Cultural de Defensa Obrera y en su coetánea sucursal del Sindicato del ramo de la Construcción de Barcelona y sus contornos. A esas expresiones propias de sus necesidades y de sus ganas de asociación entre iguales sí que se volcarían unos cuantos. Casquet y sus compañeros de las arenas estaban adscritos al Sindicato de la Construcción de la CNT. Francisco, justo antes de caer acribillado, era el delegado de la barriada y José Gilabert, durante un tiempo —cosas de la rotatividad que se exigían—, desempeñó ese cargo en las arenas, pues como tal entregó a los telefonistas en huelga —corría 1930— lo que habían recolectado en la playa. A principios de ese mismo año hay constancia de que, al menos los de las arenas, participaron en la huelga general del ramo. En junio, sin excesiva pausa, se convocó en el local del que disponía el Ateneo —Can Cisco— una asamblea de obreros de la construcción de la barriada, y un mes más tarde ya se da cuenta de la apertura de una sucursal del Sindicato afincada en la barriada, con una comisión al frente. Bastantes de los vecinos

entraban y salían de la construcción, por lo que su vinculación con el Sindicato estaba asegurada. Ramón, el primo de Candel, me contó que era el que llevaba las cuotas al día de las canteras del Morrot:

—Cada tarde que me tocaba —me susurra como quien reconoce simplemente el deber u obligación cumplido—, *chino chano*, andando, me iba al local de la calle Mercaders, tocando a la catedral, y claro que me acuerdo de cuando me detuvieron junto a José Cañadas y el Marcelo, cuando aquella gloriosa pero tremenda huelga de 1933.

También se acuerda de que cerraron el local que en el barrio compartían Ateneo y Sindicato y de que la clausura no se levantó hasta octubre, pero que «aun así nos apañábamos para reunirnos, pasarnos información, distribuir propaganda, colgar pasquines y mantener al día las cotizaciones».

Otros, como Francisco López, fueron de los que protagonizaron aquel otro largo conflicto de los Suministros. Sin descuidar a los ladrilleros de la *bòbila* en la carretera del Port, a los marmolistas, a los de las cerámicas y porcelanas de Sangrà...

Durante toda su vacilante trayectoria profesional, no todos los vecinos estuvieron asociados a la construcción y a su dilatada conflictividad, sino que trabajaron en otros ramos, reconocidos legalmente o no. Por la zona proliferaban fábricas, talleres y campos en los que algunos de ellas y ellos se emplearon. Iluso sería inclinarse a proceder al relleno de lo que pasaría por ser una cronología detallada de la conflictividad laboral en la que se vieron envueltos. Tal pretensión chocaría con la imposibilidad de una exhaustividad que no se alcanzaría, de una relación que siempre quedaría incompleta. Menos reparo da recurrir, aunque sea a base de saltos, a ciertos desenlaces de las sacudidas sociales que arreciaron por aquel prado rojo y negro. Son, eso sí, pormenores de aquel mar de fuego subterráneo de un volcán nada dormido.

Las vendedoras ambulantes eran de armas tomar. En este contexto, la feminización no es un capricho ni una reverencia a lo correcto, sino una referencia más que obligada, pues bastantes de los que se dedicaban a esas faenas eran mujeres con críos a cuestas. Abundaban en el barrio. Entre otros motivos, la venta ambulante era un modo de sacarse algo para ir tirando —ya como primera entrada de dinero o como complemento a los escasos jornales, cuando los había, procedentes de otros miembros de la familia—, fueran mu-

jeros u hombres. Además este tipo de venta, que también tenía sus fases previas de llenar antes el pañuelo de *fer farcells* que se cargaba a hombros o los capazos y cestos, era un escape al trabajo en recintos cerrados —«sin ver el sol ni por asomo», diría Juan— y al despotismo de capataces, encargados y patronos. También era una manera de abaratar la supervivencia de muchos, frustrando el descarnado monopolio de tenderos desaprensivos y comerciantes avariciosos. Bueno, ella, la Carmen, prefería calificarlos de chorizos y verduleras con matrícula legal que conseguían, insiste, «por la vía rápida de sus queridos de los mercados».

Mal comienzo, quizás, para una crónica propensa a resaltar el pundonor de una clase explotada pero no sumisa. La venta ambulante, irregular y alegal, está contorneada por todos los despropósitos, en palabras y actos, que profetizarían los que tenían la vida asegurada, aunque fuera sin dar ni un puto golpe. Y claro, anunciar que por aquellas Casas Baratas pululaban vendedores y vendedoras ambulantes, es entronizar su estigmatización como chusma. Para quienes bregaban por un chusco de pan y poco más, sin embargo, la cosa no era tan sencilla. Si la única receta posible para quienes no podían alquilar sus brazos era deambular de aquí para allá, esperando que cayera del cielo una solución al paro forzoso trepidante, adiós trapicheos. Ahora bien, si no creías en la Providencia y te quedabas con los brazos cruzados, lo único que te asegurabas era que perdías el sustento imprescindible del día a día. Por esas y otras razones, los principales contrincantes de los vendedores ambulantes eran los que manejaban las leyes, dotados de todas sus armas. Eran los que les hacían la vida imposible, pues cuando no les retiraban la mercancía se los llevaban directamente al cuartelillo más cercano. Puede resultar extraño a los ojos actuales, pero las vendedoras ambulantes eran revoltosas, no se achicaban ante las medidas represivas y hasta pudieron ser revolucionarias. Aquellos años de la República van colmados de la guerra contra la venta ambulante y, por tanto, de sucesos de orden público. Muchos de esos sucesos, con un carácter individualizado, se pueden describir con nombres y apellidos; otros ya concernían a «multitudes», cuando unos cuantos anónimos procedían colectivamente.

Topetazos los había de todos estilos. Las bravuconadas e insultos de las autoridades contra un vendedor sin regla arremolinaban a un enjambre —de-

cían— de mujeres airadas que defendían al infractor y arremetían contra los agentes del orden, aunque estuviesen armados de sus matracas de hacer daño. A finales de noviembre del 31, los ambulantes pedían disculpas a la opinión pública porque durante unos días no los verían merodeando, ya que se habían declarado en huelga. Y es que, por barrios y oficios —como los afiladores—, empezaban a brotar comisiones contra las desalmadas autoridades que les hacían la vida imposible. Entre sus precedentes se encontraba el mitin de principios de octubre del año anterior, donde más de mil de ellos se reunieron para denunciar el acoso que padecían de autoridades y gremios y para plantearse la formación de una confederación que los hiciera fuertes. No tardarían en constituirse en sección en el seno del Sindicato del ramo de Alimentación, donde entre los asociados encontramos a vecinos del barrio como Andrés Pérez Casquet y a uno de los Céspedes.

Se les achaca a los anarcosindicalistas de entonces su pobreza teórica. Hasta se les asocia a rebeldes primitivos, incluso a milenaristas. ¿Dar cabida en el Sindicato a vendedores ambulantes? ¿Disparate? Interrogantes y respuestas se interponían sobre la marcha, y se sacudían a través de la práctica; quizás con ramalazos impulsivos que aplazaban la sosegada reflexión. Mala prensa, atroz con cualquiera que se atreva a zarandear las interpretaciones que menoscaban al lumpen como escoria de la historia. Pero ampliar el sentido de clase, catapultar la rebeldía instintiva y pasajera en práctica e idea persistente, no carece de perspectiva. Bastantes de aquellos lumpenes, registrados en las cuartillas de los escribidores y en los cuartelillos de las fuerzas del orden, no tardaron en desdeñarse estereotipos: por unos meses, al menos, los «piojosos» de Aurelio Fernández se tornaron en revolucionarios. ¿Disparate o acierto? El interrogante ahora es muy, demasiado, precario. Son otros tiempos.

Del lumpen preindustrial de la ciudad-asilo al obrero de la ciudad-fábrica industrial. Ése sería el paso si nos detenemos en la fábrica de los Bertrand. Su notoriedad, si prestamos atención a los valores simbólicos, residiría en que aquel Prat Vermell suyo sirvió a los vecinos para nombrar a su barrio de casas baratas; probablemente por sus resonancias de rojo y su larga historia de explotación y luchas se lo mereciera. En el imaginario, ya más real —digamos—, los Bertrand eran una de las castas burguesas que tuvieron algo más que fábricas: lucieron cuanto pudieron su riqueza acumulada y se convirtie-

ron en firmes y duros defensores de los intereses de su clase, combinando y haciendo constar en su currículum —era el caso de Eusebio— que eran fundadores de la Lliga y que presidían el Somatén. Su peso en la patronal, a través de la Federación de Fabricantes de Hilados y Tejidos —el *lobby* textil del que se valió el capital para despegar en aquellas tierras denominadas la fábrica de España—, quedaría grabado como un periodo horroroso para distintas generaciones de obreros y obreras que sufrieron su despotismo. De hecho, su gerente y secretario en la fábrica del Prat Vermell, José Casadó, fue uno de los cuatro representantes que la Federación destinó para entablar negociaciones para acabar con el largo conflicto de principios del 34 que pronto se relatará. En la República, sin ser republicanos, los Bertrand no se recataban en seguir apretando las tuercas a sus anchas, por más que los obreros denunciaran que en su fábrica imperaba un régimen carcelario, algo que, además de valerse de una arquitectura idónea, se traducía en un control nada paternalista, llevado al extremo, que marcaba todas las relaciones sociales. Y el barrio, tal cual estaba hecho y tal como se trataba a sus gentes, tenía también mucho de carcelario. Prat Vermell, símbolo por partida doble, en el trabajo y fuera. Como fábrica era grande y tenía su historia, también obrera. Por eso, los Bertrand —sus gerentes, capataces y vigilantes— se las tuvieron que ver a menudo con una fuerza de trabajo que no se doblegaba fácilmente a verse reducida a las condiciones de recurso a explotar a toda costa y sin ningún miramiento.

Aquellos proletarios del Prat Vermell en el período republicano participaron, por descontado, en las huelgas del sector del ramo del agua, del textil y en las de carácter general. Como signo de los derrotados de la conflictividad de aquellos años, tres momentos de su presencia activa son ilustrativos. Transcurría el otoño del 33 y dentro de la CNT proseguía la disputa interna por las tácticas a seguir y los ritmos a imprimir. De arriba abajo o de abajo arriba, la contienda salpicaba a los obreros sindicados y llegaba también a los lugares de decisión postrera. En esas, cerca de trescientos de aquella fábrica, sin alcanzar las cifras de la mayoría abrumadora, se declararon en huelga de brazos caídos. Su petición: que se despidiera a los *treintistas*, aquella expresión del sindicalismo que apostaba por dar tiempo a las promesas republicanas y, poco a poco, sin brusquedades ni precipitaciones, prepararse con tiempo para la revolución social.

En febrero del 34, la Sección del ramo del Agua del Sindicato del Arte Fabril y Textil presentó unas nuevas bases de trabajo a la patronal, que considera su contenido inasumible: están en crisis por la caída en picado de sus ventas, y además les piden el oro y el moro. La memoria de aquel año de Fomento del Trabajo calcula que, entre todas las peticiones, el aumento del coste de la fuerza de trabajo no bajaría del 77,7%. Con aquellos obreros con fama de levantiscos no se puede ceder, además otros sectores están a la expectativa para seguir sus pasos, y sobre todo su Sindicato —si bien representa a la inmensa mayoría de los obreros— está fuera de la ley y, por lo tanto, no se puede negociar con él. Al ser declarada ilegal la huelga que plantean, ponen en marcha la huelga de brazos flojos o caídos: ralentizan los ritmos de trabajo y se niegan a realizar los relevos y ciertas tareas como la carga y descarga. La patronal, estupefacta ante esa nueva táctica de huelga pasiva, pasa a la ofensiva declarando el locaut. Las autoridades, tras las resoluciones del Consejo de la Generalitat, apuestan por reabrir las fábricas poniendo todos los medios para que se pueda garantizar la libertad de trabajo y acabar, de una vez por todas, con aquel estado anarquizante. Se alcanzará tal extremo que se llegará a requisar los autobuses de la Compañía General para asegurar la máxima movilidad de las fuerzas encargadas de que se cumpliera la ley y no se alterase el orden. Los obreros que persistieran en mantener los brazos lánguidos serían expulsados de las fábricas, y los que ejercieran coacciones o repartieran hojas clandestinas serían detenidos.

La calma no se consiguió porque los obreros no se arredraron en sus reivindicaciones y posiciones. A mediados de marzo, por ejemplo, más de mil del Prat Vermell que no se disponían a reanudar el trabajo fueron obligados en dos ocasiones a abandonar sus puestos. Se arbitró entonces una fórmula que todavía enardeció más la combatividad: apareció un frente único obrero del ramo del agua —compuesto por la sección respectiva de la UGT y el neonato Sindicato de Trabajadores de la Industria Fabril y Textil propulsado por los *treintistas*— que presentó otras bases que sí serán negociables y servirán, tras cinco sesiones laboriosas y maratónicas, para alcanzar una fórmula de arreglo la última mañana de marzo. Mientras, el consejero de Trabajo de la Generalitat —Barrera, que había militado en la CNT— alentará y autorizará los despidos individuales de quienes se resistan a volver a trabajar con

normalidad mientras, al mismo tiempo, son detenidos dos empresarios que han negociado con el Sindicato Único de la CNT. Tras aquellos apañíos, la huelga fue relanzada y la CNT convocó una asamblea en el Cine Meridiana que fue prohibida (el consejero de Gobernación dirá a la prensa que nadie puede reunirse sin autorización y menos quien no se halla dentro de la ley). Pese a la prohibición, persistieron en reunirse, desplazándose a la escuela Natura —por más que su local estuviera clausurado por orden gubernativa—, pero fueron desalojados, el material requisado y hubo doscientos setenta y dos detenidos. Hasta mediados de abril el conflicto no se dio por resuelto y la prudencia aconsejaba que no decayera la vigilancia. En ese intervalo, los patronos avisaban de que el que no reingresara a su lugar de trabajo, aceptando las nuevas bases pactadas, dejaría su puesto vacante. La normalidad había vuelto, se había impuesto a base de presos y despidos. No duraría demasiado.

La prensa obrera, ya en agosto, recordaba las consecuencias amargas y dolorosas del conflicto, aprovechando para denunciar el sistemático incumplimiento de las bases por los patronos y previniendo que éstos se preparaban para reducir las jornadas semanales a la mitad bajo el amparo de la palabra crisis. No se podía claudicar de tal manera; había que acabar con tanto abuso, concluían. Proliferaron los actos de sabotaje en las fábricas y en los talleres, ya fuese sobre telares y otras máquinas o sobre la materia prima o las mercancías almacenadas. A finales de octubre, un coche que salía de la fábrica del Prat Vermell fue acribillado a tiros tras recorrer unos doscientos metros. En su interior iban el chófer de rigor, el subdirector y un par de técnicos. Los cuatro resultaron heridos y, al poco de ingresar en la clínica Bartrina, murió el chófer. Al anochecer, el jefe superior de Policía manifestó a los periodistas que aquel atentado obedecía a la campaña iniciada contra los fabricantes del ramo del agua que tenían obreros despedidos. No había sido el primer atentado —en agosto, la víctima había sido el fabricante Juan Minguell, de la barriada de Sants—, ni sería el último. A principios de diciembre, tocando a la plaza Urquinaona, cayó abatido el gerente de Manufaturas Vilá. El clima social estaba demasiado enrarecido: se había decretado el estado de guerra.

La violencia no era ajena al pulso social. En torno a ella se sustentaba la consolidación del marcapasos capitalista, era uno de los lenguajes que se empleaban a menudo en la lucha cara a cara entre clases de aquellos años, ya que

las declaraciones para instaurar la paz social se traducían en frenar y reprimir las necesidades y aspiraciones de los trabajadores. Lo que la prensa catalogó —refiriéndose al tiroteo contra los directivos del Prat Vermell— de atentado social, guardaba un símil con la muerte de Francisco Casquet. No fueron hechos aislados y en el barrio no estuvieron al margen. De los más sonados, por su repercusión no sólo entre los vecinos sino en la ciudad entera, fue lo ocurrido por el conflicto de la fábrica Alena.

«A partir de mayo de 1931 se generalizó la tendencia de las organizaciones obreras de todos los oficios afectas a la CNT a obtener importantes mejoras de salario, reconocimiento del sindicato respectivo, contratación del personal exclusivamente en las Bolsas de trabajo de los sindicatos, vacaciones sin supresión de salario, pago del jornal íntegro en caso de accidente o enfermedad, supresión del destajo, primas y horas y horas extraordinarias, suplemento de jornal para los obreros con familia, pensiones de vejez, etc.». Este párrafo, copiado literalmente del informe que la Cámara Oficial de Comercio y Navegación de Barcelona envió al Consejo Superior de las Cámaras de toda España, refleja, en cierto modo, las inquietudes de una atemorizada patronal que no puede resarcirse como quisiera de la crisis que la afecta. A continuación, se repasa con cierto detenimiento la oleada de huelgas que les incordiaban. Además de la del puerto y de la de teléfonos —general en España—, en el listado destacan las ubicadas en la barriada de Can Tunis: Rivière, Construcciones Mecánicas, la fábrica de productos alimenticios Santiveri y la fábrica de tableros de la Compañía Nacional de Colonización Africana (la Alena o la Elena como la renombrarían algunos vecinos).

En el informe se vertían —no podía ser de otro modo— medias tintas, pues se trataba de defender, a todo trance, los negocios arremetiendo contra los adversarios de clase. Los obreros, en cambio, no estaban dispuestos a pagar los platos rotos de la crisis y menos a seguir siendo amordazados: nada más arrancar abril, los sindicatos se dedicaron a reabrir, sin más dilaciones, sus locales —aunque fuera a costa, eso sí, de que algunos militantes de la Construcción y de la Metalurgia fueran conducidos a los cuartelillos más próximos—, que el gobernador Márquez Navarro se empeñaba en mantener cerrados. Omite el informe que, de la ristra de conflictos que enumera, bastantes se produjeron a raíz de la racha de despidos masivos que engordaban, aún

más, desde hacía tiempo los números de obreros en paro forzoso. En la barriada la solidaridad con los compañeros despedidos se mostró ya en marzo en la fábrica Industrias Siderúrgicas; en abril en la fábrica de cubos y galvanizados Farrero y en la de cartones de la viuda de Quirico Casanovas; en junio, cuando en las canteras de Montjuïc fueron ochenta y cuatro los lanzados a la calle; en julio, en los Talleres Pescara de la Fábrica Nacional de Automóviles cuando la gerencia, excusándose en la negativa de la ayuda arancelaria que habían solicitado, optó por cerrar y despedir a todos los obreros quienes, en abierto antagonismo, respondieron ocupando la fábrica, llegando a arrancar una cantidad global a título de indemnización por aquel cierre. Y en el etcétera estaba la Alena.

La Compañía Nacional de Colonización Africana (la Alena) era de reciente creación. El Banco Hispano Colonial, con el apoyo del Banco de Cataluña, y unos cuantos prohombres no dejaron escapar la oportunidad de hacer más negocio si aprovechaban las concesiones que les brindó la dictadura de Primo de Rivera para expoliar, sin contemplaciones, los bosques de la Guinea Ecuatorial —entonces— española. Allí explotaban, sin ningún escrúpulo, a los esclavos negros; acá, en la fábrica de tableros contrachapeados que habían montado en la carretera del Port número 395, pretendían hacer lo mismo con los esclavos blancos: los peones cobraban entre cuatro y cinco pesetas por jornal y el despotismo se ejercía como en un presidio. Los primeros pasos para negociar unas bases de trabajo los dio el gerente de la empresa, despidiendo al delegado de los obreros. Sin embargo, por el plante de los compañeros tuvieron que readmitirlo, aunque al poco y alegando la necesidad de montar unas nuevas máquinas, los despidieron a todos hasta nuevo aviso. La reapertura llegó en junio, pero con una condición: la empresa sólo admitiría a los obreros que ella precisara en cuantía y con el perfil requerido. Los que pertenecían a la CNT no entraban en aquellos requisitos y unos recién afiliados a la UGT —estuvieran antes o no trabajando en la casa Alena— fueron contratados.

El miércoles 10 de junio la prensa daba cuenta de la sangrienta colisión entre obreros a las puertas de la fábrica y recogía las declaraciones del entonces gobernador Companys: se ha acabado el matonismo, «allí donde se pida fuerza para garantizar el orden y la libertad del trabajo, será enviada». Por lo que contaron los vecinos —en una carta que suscribieron unos trescientos y en las

declaraciones de otros ante el juez instructor—, los que arbitrariamente fueron despedidos se apostaron en los accesos a la fábrica; luego vendrían los disparos que procedían de la taberna de enfrente, donde estaban algunos de los recién contratados que lucían ahora el carnet de la UGT, pero que hasta hacía poco ostentaban el de los Sindicatos Libres. El saldo del desigual combate que se libró —unos con pistolas, los otros con mazas y garrotes— fue de trece heridos, cuatro de gravedad. La peor parte se la llevaron los de la CNT.

El informe de la Cámara ya lo recogía: los obreros persisten en hacer valer sus bolsas de trabajo. Nada mejor, entonces, que hacer pasar como colisión entre obreros lo que era, en el fondo, litigio abierto entre clases. La libertad del trabajo, para los partidarios del orden, consiste en la libertad de contratación y de despido que erradique la conflictividad. En aquellas circunstancias, eso representaba amansar o borrar del mapa a la CNT valiéndose de otras formaciones sindicales. Al cabo de una semana, una asamblea del ramo de la Madera recogió el guante. Sabedores de que no era el momento de llorar ni de lamentaciones, plantearon el boicot total a la empresa y reclamaron la solidaridad del Sindicato del Transporte —en especial de los portuarios— para que no descargasen ninguna madera de la Alena, mientras ellos se encargaban de no manipularla en sus talleres y de que no funcionasen las máquinas en la carretera del Port. La empresa, en su memoria del año siguiente, reconoció el enorme quebranto que le provocó aquel boicot: se estropearon casi 3.000 toneladas de madera en troncos que tenían en existencia y tuvieron que desviar los cargamentos flotantes hacia el puerto de Hamburgo. De poco sirvió que se intentara recurrir a borrar el nombre de Alena de los tableros que se pretendían distribuir o que algún avisado lo sustituyera por el de Sussex. El Sindicato reaccionó poniendo en práctica aquel ingenio del label: procederían ellos a marcar con su sello —un triángulo con la inscripción CNT-Ramo de la Madera-Label— los únicos tableros que se podrían emplear para la fabricación de muebles u otros objetos.

Mediado el mes de agosto, el conflicto y el boicot se dio por zanjado. Aquella compañía todopoderosa —de negreros, decían los obreros— firmó las bases del arreglo donde reconocía al Sindicato, readmitía a todos los obreros, abonaba tres semanas íntegras de jornal atrasado, se comprometía a abonar los gastos de curación y clínica derivados de aquella colisión sangrienta y

al delegado —que quedó imposibilitado físicamente tras las graves heridas de aquel día— le daría un trabajo adecuado y se encargaría de cubrir su convalecencia. En la memoria de 1932, no en vano, se recogerá que, tras aquellos tropiezos, «actualmente Alena está en excelentes relaciones con todas las agrupaciones obreras y aun podemos afirmar que llegan a ser cordiales, resolviéndose amistosamente cualquier dificultad que se presenta». Bueno, era un decir, porque en junio del 36 los obreros protagonizaron otra enconada huelga que volvieron a ganar: los horarios se redujeron y los jornales se incrementaron considerablemente.

Avanzado el verano del 33 y terminada la larga y perturbadora huelga del ramo de la construcción, tocaba cada bando hacer un balance del estado de la contienda y prepararse para lo venidero. La Junta de Enlaces de Entidades Económicas —donde se agrupaban las representaciones patronales de los distintos ramos de producción— se pronunciaba demandando que, ahora y siempre, debía exigirse el cumplimiento estricto de la ley. No podía ser que, como en los últimos meses, el fermento anarquizante invadiera la sociedad, que las acciones disolventes camparan a sus anchas ni, tampoco, se podía legislar en materia social con más preocupaciones teóricas que fundamentos en la experiencia. Recordaban e insistían en que se habían apresurado en reconocer al Gobierno de la República, no como mera postura, sino con el propósito firme de ofrecer su asistencia a la ingente obra de reorganización que el cambio de régimen precisaba. Claro está, se exhortaba —cómo no— a una estabilidad social que reclamaba la pacificación que impidiese la alteración del ritmo de la vida económica y que no se perdiese el sentido de continuidad de las funciones directivas.

Aquel importante documento igual alentó la entrada en el Bienio Negro, ya en otoño. No pedían, decían, un estado de privilegio; tan sólo la insistente y serena aplicación del imperio de la ley que impidiera, desde la prevención, la avalancha de desorden que padecían. Concretando, las organizaciones clandestinas no debían ser, de ningún modo, toleradas, no debían disponer de ninguna grieta donde su actuación criminal encontrase libre expansión. La CNT, contraria a la colaboración de clases y reacia a la dulcificación de las luchas sociales, estaba en el punto de mira. Se lamentaban de la suspensión de la Ley de Defensa de la República y aplaudían su inminente recambio por la

Ley de Vagos y Maleantes: el mantenimiento y la defensa del orden era primordial. Puestos a asistir a esa apremiante tarea no choca que, desde finales de noviembre, lo más granado de aquella Junta se prestara —confidencialmente— a contribuir a la suscripción abierta para el pago de los gastos extraordinarios de vigilancia pública derivados de las huelgas y bullangas, ni que los presidentes de Fomento del Trabajo Nacional y de las cámaras de la ciudad, como promotores de la recolecta, se encargaran de tramitarla al gobernador general de Cataluña.

En aquel documento, más allá de lo rimbombante, la letra pequeña del programa —como que no se podían imponer normas absurdas a la vida del trabajo— también abundaba. Ésta era en parte clara expresión de cuáles eran los reales propósitos que escondía aquella proclama. Del dicho al hecho: a los obreros de la fábrica de papel y cartón de la viuda de Quirico Casanova les dieron —a principios de septiembre, a todos al mismo tiempo— su semana de vacaciones envenenada y, a la vuelta, cuando se presentaron a cobrar la *semanada* que no les habían anticipado, como les correspondía por ley, se encontraron con un papel que les anunciaba el despido. Unos meses antes, un cartel colgado en la portería de la fábrica decía: «con sentimiento les comunicamos a los obreros de esta fábrica que debido a las existencias almacenadas, nos vemos obligados a trabajar cuatro días por semana». No es de extrañar que, entre lo uno y lo otro, los obreros recurrieran al dicho de «quien siembra vientos, recoge tempestades» para anunciar que se avecinaba un grave conflicto. Trescientos obreros —decía la Comisión Técnica del Sindicato de Artes Gráficas—, tras el recurso a un derecho legal, se encontraron con el edificio rodeado por parejas de la Guardia Civil para notificarles que, debido a su intransigencia, el propietario se veía obligado a cerrar la fábrica. El imperio —insistente y sereno— de la ley andaba reñido en aquel paraje desolado de Can Tunis con las normas absurdas de la vida del trabajo. El reto estaba lanzado y los obreros —qué remedio— dispuestos a aceptarlo; con la justicia —cuentan, dicen— de su lado, pero con el imperio de la ley y las ilegalidades consentidas y concertadas enfrente. No se arredraron y emplearon a fondo todas las herramientas a su alcance del repertorio de la lucha de clases, a la que estaban habituados desde que desafiaron jornadas de trabajo de dieciséis horas por unas míseras seis o siete pesetas o cuando obligaron, en 1931, a los herma-

nos Casanovas a la readmisión de unos compañeros despedidos. Al patrón —cínico— le valió excusarse con unas pérdidas que nada tenían que ver con lo que facturaba para mantenerse inflexible en el cierre de la fábrica, sabiendo que de su lado estaban todos los resortes de peso. Por de pronto, los hermanos Casanovas desaparecieron del mapa alegando enfermedades, evitando así entablar negociaciones y tener que responder sobre el destino de los casi cinco millones de pesetas que el Consorcio del Puerto Franco les había entregado por la simple expropiación de sus terrenos, aunque les cedieran otro de mayores dimensiones. Después, ya a finales de septiembre, dos petardos sospechosos estallaban junto a sus domicilios —una maniobra típica de criminalización—, de cuya autoría los obreros se desmarcaron a la vez que denunciaban métodos tan macabros como éstos para ponerlos fuera de la ley. Por último, en los contornos de la fábrica se levantaron unas garitas de la Guardia Civil. El móvil de aquel cierre no era otro —sostenían los obreros— que desprenderse de una plantilla que sabía defenderse ante los atropellos de unos patronos que se saltaban todas las leyes y derechos. Hasta finales de noviembre, la lucha de aquellos trescientos obreros del papel y del cartón que holgaban forzosos estuvo coleando. Después se pierde el rastro de su desenlace. Su altavoz, *Solidaridad Obrera*, volvió a ser cerrado y su suspensión se alargó más de cinco meses.

Por la barriada de Can Tunis los destellos de la conflictividad laboral no se agotaron, ni mucho menos. Se podrían mencionar otros, como la huelga desatada en la planta de la Rivière, con quinientos obreros, en aquel mismo verano del 33, de nuevo, por unos despidos improcedentes, en esta ocasión de cuatro compañeras, y que encontraron una solidaridad masiva. De nuevo, para ellos y ellas, no era insólito ponerse a pelear por la mejora moral y material y, de nuevo, tampoco sería la última vez. De nuevo, un director —de apellido Senil— altanero en el aquí ordeno y mando yo. De nuevo, la brutal intervención de las fuerzas de orden —tricornios a la cabeza y guardias de Asalto a la zaga— que, de nuevo, repartieron vergajazos y procedieron a las detenciones. De nuevo, ilegalidades consentidas como impedir a algunas madres salir —una vez que ocuparon la factoría tras declarar la huelga de brazos caídos— a amamantar a sus hijos. De nuevo, una larga y persistente lucha con un amplio repertorio de acciones y una amplia solidaridad proletaria. De

nuevo, una cuenta de resultados incierta si se manejan las palabras derrota o victoria con escasas miras.

La implicación de aquellas gentes también puede palpase a través de algunos de ellos, resaltando sus topadas frecuentes con la ley y sus autoridades. Ya se han mentado algunos nombres, pero podrían añadirse otros más que vieron castigada su rebeldía, su osadía de preferir la prisión digna a la libertad humillada. El portuario Santiago Berrar fue detenido por el conflicto de los tranvías en julio del 34, pero antes, como muchos otros, ya había padecido contratiempos similares: en noviembre de 1930 por repartir unas hojas clandestinas llamando a la huelga general en solidaridad con los obreros de Madrid, o cuando fue encarcelado en el barco *Manuel Arnús*, en mayo del 33, por participar en otra huelga de carácter generalizado. También vecino del barrio, de los que laboró en las extracciones, Fernando Ureña fue de los apresados en noviembre de 1930 repartiendo hojas. A Gumersindo López, en una de sus tres detenciones comprobadas, se le relacionó con la huelga de la construcción en el 33, ya mencionada. Otro tanto, además de a los que acompañaban a Ramón Tortajada, le ocurrió a Pedro Serrano. Por coacciones —que era lo que decían los partes de la policía reproducidos fielmente por la prensa— también fueron detenidos, en el curso de otra huelga general en noviembre del 34 en protesta contra la ejecución de unas penas de muerte, José Alcázar y Juan Asensio ante la fábrica Sangrá donde trabajaban. Miguel Muñoz y Jaime Tort estuvieron detenidos a principios del 34, entre otros motivos, por participar en sendas reuniones clandestinas de una Federación Local que, aunque colocada fuera de la ley, no había dejado de intervenir. No están, sin embargo, todos los presos que tuvieron que dejar, contra su voluntad y por un buen tiempo, sus barrios debajo de Montjuïc; ese castillo símbolo de la inmensa prisión en que se convirtió aquel ruedo ibérico durante los años de República prometedores de libertad e igualdad para los trabajadores. Era el precio de un combate descarnado que ni se apaciguaba con engaños ni se abandonaba por desengaños.

No siempre se ganaba en aquella lucha sin cuartel contra el enemigo: el binomio concertado de Capital y Estado. De hecho, uno de los debates de fondo que atravesó a los círculos militantes era si era necesario calcular o no las circunstancias favorables para declarar huelgas y para escoger los métodos

de lucha; intempestivos o no. A menudo, las manidas circunstancias eran más que adversas: se agolpaban detenciones y persecuciones a modo de razia, y se producía la clausura prolongada de locales —sindicales o culturales—, acompañada de la suspensión absoluta o la restricción parcial —por las tijeras de la censura gubernativa— de la prensa obrera. A veces, cuando la limitación de libertades no era tan drástica, se disparaban los conflictos dispersos que impedían el apoyo directo del Sindicato o de la Federación Local, y en otras ocasiones se prefería poner toda la carne en el asador en un conflicto que sirviera de referente y detonante. Lo uno y lo otro se sopesaba en función de la coyuntura, como cuando los carpinteros del ramo de la Madera aplazaron la presentación de su tabla reivindicativa para poderse volcar en el boicot de la Alena. En ciertas circunstancias, sin embargo, prevalecía el ejercicio desbocado de la gimnasia revolucionaria; en otras simplemente se contemplaba que cualquier ataque desproporcionado contra compañeros se merecía una pronta respuesta, ya que ese principio de dignidad era ajeno a los cálculos de resultados. Triunfos y derrotas atiboraban la memoria y apuntaban, sin despachar el corto plazo, a un mañana no muy lejano. En la Rivièrè tuvieron más suerte, o fueron más fuertes que los de las extracciones: de los siete despedidos tras el lance de 1933 fueron readmitidos en marzo de 1936 los cinco que lo solicitaron, aunque para lograrlo tuvieron que volver a declararse unos días en huelga de brazos caídos. A la familia empresarial y sus directivos no les bastaban, más bien les sublevaban, los propósitos de pacificación de aquel indeciso Gobierno que decretó la amnistía laboral para que desaparecieran las causas de antagonismo y se restableciera, entre todas las clases, la normalidad y la confianza.

Por el camino quedaron las trifulcas entre los obreros militantes que, durante aquellos años, tampoco estuvieron fuera del orden del día. Al contrario, saberse en el ojo del huracán de un proceso de agitación que tan sólo deparaba fascismo o revolución social, enardecía las discusiones en torno a las prácticas y objetivos concretos a corto y medio plazo, disparaba las emociones y crispaba los ánimos. Por una cosa menor, en apariencia —se trataba de unas diez pesetas de cotización que no cuadraban en las cuentas escuálidas que manejaban—, Benito Maldonado fue relegado de la Comisión de la barriada, aunque como representante de sus compañeros en las arenas ya había dado la

cara, y durante bastantes meses se había ocupado de encabezar la comisión de aquel grupo de Casas Baratas en la huelga de alquileres, además de volcarse en las actividades del Ateneo —en especial, de la dinamización de su cuadro escénico—. Pudiera ser, en el fondo, que se había avenido a dar una tregua al Patronato de la Habitación cuando éste prometió dar una salida satisfactoria al pago pendiente de los alquileres o, quizás, pesaron otros motivos. El caso es que fue destituido y su lugar lo ocuparon José Gilabert, Francisco Higuera y Juan Berenguer —los dos primeros, compañeros también en las faenas de la playa—. Al cabo de un tiempo, a Benito se le ratificó nuevamente la confianza, continuó en la brega y le correspondió, al poco, estar entre los cinco componentes del Comité Revolucionario que se constituyó en la barriada tras el 19 de julio, compartiendo responsabilidades, entre otros, con Juan Berenguer.

A las gentes del Prat Vermell y a los vecinos de los barrios próximos les tocó vivir en los extremos de la ciudad de los prodigios; por eso mismo no se mantuvieron al margen de la contienda social. La única paz que entendían era aquella que alumbraría un mundo mejor, material y moralmente. Su tenacidad, aun cuando viniesen mal dadas, no se quebrantó: nombres citados y empresas nombradas no desaparecieron de la historia, sino que relucieron más adelante y con letras más grandes, ya que aquellos hombres y mujeres siguieron labrando su propia historia. Cuando la tortilla se giró bruscamente se atrevieron con desparpajo —algunos dirán que incontrolado— a lucir el mango de la sartén. Las periferias pasaron, al menos durante un buen trecho, a ser centro. Arrastraron a los márgenes a sus eternos rivales.

XI. Cuadro escénico

A finales de abril de 1931 un obrero y su familia fueron desahuciados de su casa alquilada en la carretera del Port y unos compañeros de la metalurgia, que por allá trabajaban, se preocuparon de restituir en su sitio los pocos enseres que les habían dejado tirados en la calle. *La Soli* a aquel gesto le colgó el título de «solidaridad obrera». A Marcelino Pereiro —éste es el nombre del obrero al que me acabó de referir— y a su familia las desgracias les venían una detrás de otra. Habiendo sido despedido del trabajo, se decidieron a principios de aquel mismo mes a trajinar por el puerto y, estando en el tinglado 3, unas cajas de maquinaria mal apiladas les cayeron encima con tal mala fortuna que causaron la muerte de una de sus hijas e hirieron al más pequeño. Por si estas calamidades no bastasen, un año y poco más tarde su compañera fallecía atropellada por un camión. En las páginas de *la Soli*, atendiendo a su situación, hicieron un llamamiento a la solidaridad humana, y al día siguiente sus tres hijos ya habían encontrado las familias proletarias que se cuidarían de ellos. Probablemente, fue a través de las páginas de *la Soli* donde mejor se expresó e impulsó la palabreja trabazón, que no se refería tanto, o exclusivamente, al vínculo más o menos formal u orgánico entre organizaciones de masas —como los sindicatos— o específicas —como las federaciones de grupos anarquistas—, sino que concernía al propósito de cubrir la amalgama variopinta de situaciones que sobrevenían a la condición obrera. Quizás la trabazón más notoria que cuajó en el entorno obrero fue la que se cuidó de

ensamblar los aconteceres en el terreno laboral con los propios de sobrevivir en los espacios sociales por los que discurrían sus vidas.

A Pereiro, cuyo oficio se encuadraba en el ramo del transporte marítimo, que estaba sindicado, que escribía en la prensa confederal y en *Tierra y Libertad* y que recibía avisos de correspondencia en los locales de sus redacciones, le incumbió, además, ser delegado en más de un congreso. En su barrio hacía las veces de maestro, en aquel ejercicio colectivo de autoaprendizaje obrero en el que pusieron tantas energías, y llegó a desempeñar el cargo de presidente del Ateneo.

En la Conferencia Regional extraordinaria de enero del 36, en la que se abordaron las elecciones y la pertinencia, o no, de continuar llamando a la abstención, Marcelino participó por su sindicato en la ponencia cuyo dictamen se ratificaba en los principios apolíticos y aconsejaba llevar a efecto una campaña abstencionista, ya que consideraban imprescindible resaltar la imposibilidad absoluta que tiene la política, cualquiera que fuese su denominación, de resolver los problemas del proletariado. Otras voces, de entonces y de ahora, han pretendido liquidar el sambenito de la abstención introduciendo el discriminante de la alfabetización; una fórmula que permitiría alumbrar una veracidad que reposaría en la sencillez aplastante de que, a más preparado —por ilustrado— más votas, y cuanto más tonto —por iletrado— más te abstienes. Los primeros, mejor colocados en los escalafones laborales y en sus distribuciones habitacionales, conocían y disfrutaban del ejercicio de la ciudadanía responsable. Para los segundos —los de furgón de cola— el trabajo regular escaseaba y, como jornaleros o peones, se alojaban donde podían, así que ignoraban y daban la espalda a eso del ciudadano con deberes y sin derechos. Marcelino también tenía inclinaciones filosóficas y llegaba a atreverse con la no existencia de Dios: ya fuese en su Galicia natal, en su pasaje por Bilbao o Málaga o en su estancia en Can Tunis, algo debía haber leído para lanzarse a difundir unas pruebas y motivos por los cuales no es lógico creer, arropándose —como esgrimía— en los progresos de la ciencia y el arte. Marcelino no acababa de ceñirse, desde luego, al estereotipo de iletrado. Aunque viviera allá.

Marcelino y otros del barrio serían de los que observarían a la distancia aquella jornada de elecciones legislativas en noviembre del 33, cuando —se-

gún ellos— los partidos políticos se disputaban de manera enconada, por unos días, los favores de los proletarios. Como humorada o pasatiempo, se plantearon escudriñar cuántos y cuántas —las mujeres se estrenaban en el ejercicio— del barrio irían a depositar la papeleta. Los números no les cuadraron. A simple vista contaron que habían votado de cuarenta a cincuenta personas, y el escrutinio arrojó el número de ciento ochenta y cinco electores. La resolución del misterio o milagro se le fue de la lengua a uno de los interventores, Vicente Navarro: «lo hemos hecho nosotros por vosotros y nos hemos repartido los votos». Fueran los que fuesen, eran poquísimos porque la cosa pura y democrática del sufragio universal no encontraba en aquellas Casas Baratas fervientes partidarios. Incluso en febrero del 36, cuando arrasó el Frente Popular con una participación más elevada de lo habitual, allá bastantes persistieron en sus trece: en una de las tres secciones en las que se repartía el barrio acudieron a votar un treinta por ciento, y en las otras dos, el cuarenta. Muy lejos estaban del sesenta y cinco por ciento que se recontó en la ciudad. Marcelino seguro que se acordaría y celebraría aquel folleto —*La ley del número*— de su paisano Ricardo Mella.

Para Ricardo Mella —o su pseudónimo, *Raúl*— forjar un mundo libre implicaba ahondar en la bancarrota de todas las creencias y, cuando la voz de Dios estaba migrando hacia lo jurídico-político —posándose en ese templo que es el parlamento burgués—, las mayorías que se creaban eran una ficción, una falacia. En definitiva, los sufragios —con o sin pucherazo— eran una superchería, una superstición; más nueva, pero como las viejas. Marcelino, que también creía que la verdad oficial era siempre una mentira, insistía en un artículo, para que no se olvidase, que la Iglesia ha sido y será la salvaguardia del poder reinante; y en otro se lanzaba contra las urnas y el Estado. Nada especial, desde luego, simplemente una muestra de que muchos entonces no creían en lo que se debía creer.

A los del barrio también les tildaron de anticlericales acérrimos. Es cierto que le prendieron fuego a la capilla, que no se llevaban bien ni con los rezos ni con las limosnas, pero con alguna expresión de religiosidad —«sincrética», que se diría ahora— comulgaron; a su manera, al menos algunas veces. Todo un ejemplo fue un documento despreocupado que redactaron un 17 del florido mayo de 1931 en uno de sus apartados y poéticos espacios de encuentro:

diez de ellos habían organizado una amena y cordial comida y, como postre, recitaron poesías. El jolgorio era para acordar —prescindiendo, desde luego, del antipático, insalubre y molesto remojón craneal— poner de nombre Libertad a una niña que acababa de nacer, hija de una pareja de los asistentes. Por unanimidad nombraron los que harían las veces de padrino y madrina, y remarcaron que a aquel documento «no por estar falto de las estampillas del Estado, había de faltarle el respeto y la seriedad». Respeto y seriedad mostraron también cuando depositaron unos cirios donde cayó Casquet y cuando le despidieron en el cementerio; o cuando convocaron, a través de una gacetilla en *la Soli*, al entierro del que llamaban *Padre Cantero* (Antonio Ruiz Sánchez), viejo y batallador militante del Sindicato de la Madera y suegro de Benito; o al de Dolores Gutiérrez Gómez, compañera de Mariano Martínez, pocos meses después de que la Auditoría Militar la absolviera del delito de rebelión por el que estaba inculpada tras los sucesos de octubre de 1934; o al sepelio, en este caso indicando su carácter civil, del hijo de seis años del compañero Alberto Manzano —juzgado, a principios de los años veinte, por atentar contra un miembro destacado de la banda del falso barón Koenig—; o el de la madre de José Martínez, uno de los seleccionados, es decir, sancionados por el conflicto de los tranvías. Simpatía y solidaridad la querían compartir en los momentos de dolor y también en los de alegría, pues a ninguno de ellos —decían en aquel bautizo sin remojón ni estampilla— ha de faltarle el apoyo moral y material.

Se conocían y reconocían como compañeros, incluso, aunque menos, como camaradas. Podían hasta considerarse correligionarios, pero esa palabra la evitaban por sus connotaciones. El nosotros suyo —que respetaba las individualidades pero denostaba los individualismos— se fraguaba a través de los contactos que mantenían en idas y vueltas del trabajo, en la estancia en el barrio, en las complicidades derivadas de renegar juntos de la miseria y la opresión que padecían, y del apostar, aunque fuera a tientas, por otro presente y futuro. Estaban aislados de la ciudad pero juntos entre ellos, anudados por las ansias de reivindicación y emancipación. Por conveniencia, quizás.

Así montaron su Ateneo, que no fue de los últimos sino de los primeros en aprovechar las rendijas de la *dictablanda*, una vez que se había borboneado al general Primo de Rivera. En la mañana del domingo 4 de mayo de 1930 fue

cuando unos cuantos se decidieron a constituir el Ateneo; la asamblea la hicieron en el salón familiar de una de las casas solariegas de la zona, Can Sisco —tiempo atrás Can Navarro, en ocasiones Can Cisco y después Can Sisó—, enfrente de sus casas minúsculas. El corresponsal del barrio, Enrique Pérez, de la calle 20, recalcó lo alentador y significativo del acto y subrayó el entusiasmo que imperó entre los asistentes. No dejaba constancia del número, pero serían unos cuantos por lo que se puede desprender de los papeles que no han desaparecido —archivados en el Gobierno Civil—, donde figura el nombre de diecinueve vecinos como componentes de las juntas rotativas elegidas entre los meses de mayo y julio. Los datos que facilitaron a aquella oficina de control no eran —pues desconfiaban de su uso— del todo correctos, y sólo trece de ellos, por las mismas razones, estaban empadronados. Estos trece sabían leer y escribir y tenían distintos oficios. En cuanto a su origen geográfico, procedían de la provincia de Murcia —Anastasio Cros, Andrés Fuentes y José Gilabert; el primero controlador en el puerto desde 1913 y los otros de las extracciones—, de Valencia —los hermanos José y Pedro Bonias y el portuario Juan Camarena—, de Madrid —Ricardo Ruiz—, de Toledo —Gumersindo Sánchez, de la construcción—, de Zaragoza —José Gascón, electricista—, de Asturias —Severiano Fernández, practicante—, de Lugo —Marcelino Pereiro, transporte marítimo—, de Cádiz —Francisco Domínguez— o de la misma Barcelona —Ramón Sannicolás, carbonero—. Entre los seis restantes, había un trefilador de la Rivièrre —José Pérez, en el Sindicato de la Metalurgia desde aquel verano—, volvía a salir Alberto Manzano como uno de los presidentes, figuraba como vocal el padre de Berenguer y también estaba en la relación el barcelonés Juan Planas —que dio como dirección la casa de los hermanos Bonias—, un militante significado en el ramo de la Piel que, en el 35, se tiró medio año en el penal de Burgos. Eran unos cuantos, desde luego, porque además en alguno de los actos organizados, en convocatorias, en breves crónicas y en avisos referidos al Ateneo encontramos, entre otros vecinos, a Victor Adé, Juan Bernis, Manuel Costa, Esperanza Fernández, Amparo González, Gumersindo López (*el Cangrijo*), José López, Benito Maldonado...

En el recuerdo vivo de algunos vecinos, demasiado mayores ahora y jóvenes entonces, algunas palabras se deslizan siempre acerca del Ateneo, su Ate-

neo. Salvador, que trabajaba en la Alena, porque inquieto por devorar letras en sus locales encontró, decía, el alimento; y Encarna no se perdía ninguna velada de recitar poesías porque «qué quieres que te diga, entonces gustaba»; Pepe, por las representaciones teatrales en las que participaba su madre —la hija de Francisco Domínguez— conocida, entre otros mote, como *la Libertaria*, que le colgaron por su papel en una de las obras que representó «y eso que, de instrucción, la mínima; pero lo remediaba memorizando repetición tras repetición». En relación con el teatro también se acuerdan de Miguel, el tranviario, allá por la calle 12, que le ponía muchas ganas en que tirara pa'lante. Y los más críos, como Pedro, hijo del Berenguer, Joaquín, hijo del Liria, o Santiago, que se acuerdan, más que nada, de los festivales que les organizaban para ellos.

Su arranque y arraigo vino por sus propósitos declarados y el tesón mostrado. Pretendiendo funcionar —si les dejaban— sin excesivos obstáculos, para su legalización dejaron escrito que sus fines eran la defensa moral y material de sus socios y el medio elevar el nivel cultural. De ahí el nombre, Ateneo Cultural de Defensa Obrera, y de ahí también las herramientas que manejarían: la lectura, las conferencias, las escuelas y el teatro. No se entretuvieron, *iban por faena*, les urgía desperezarse de sus rebeldías aletargadas por la losa de hierro que les quiso ahogar durante seis años y pico de dictadura. Tras presentar los papeles en Gobernación, el grupo artístico La Unión —constituido en sección del Ateneo— representó *Tierra y libertad*, la obra de Flores Magón. El lleno fue rebosante, pero se ve que, aunque contentos, más de un desacierto chirrió, sobre todo en los coros. Al poco se avisó de la intención de poner en marcha una escuela —sin un céntimo, pero con mucha voluntad— para la que se apuntaron, en un tris tras, casi cuatrocientos chiquillos, por lo que pidieron que, cuanto antes, les enviasen fondos y material escolar. No tardaron en anunciar que les habían llegado las primeras aportaciones de libros —sesenta y tres—, que pasaron a amontonarse a la docena con la que había arrancado lo que sería su biblioteca. Les satisfacía aquel obsequio porque eran los primeros en saber —de sobra— que para combatir la ignorancia existente entre las clases proletarias, y más en aquella colonia de casas baratas, la tarea no se podía dejar a damas catequistas y demás gente de la misma calaña. Eran partidarios de las escuelas racionalistas

sostenidas —remarcaban— por las propias entidades obreras. Por eso, en noviembre, una de las conferencias que organizaron versó sobre la pedagogía racionalista y corrió a cargo de Sebastián Clará, uno de los militantes más prestigioso del anarquismo obrerista de aquellos años.

El empeño consistía en abordar cualquier faceta y aspecto de la vida que les afectara. Apostaban fuerte para que la emancipación que perseguían fuera obra suya, pues si hubiera de venir de otros, apañados iban. Nada de siervos y menos voluntarios, las conferencias que fueron organizando tocaban los temas que les apremiaban y abordaban los retos por venir. Para subrayar otra vez la incompatibilidad entre educación burguesa y educación proletaria invitaron a José Xena, ya despuntando julio del 36. En 1933, destacó un ciclo de conferencias con el fin de difundir sus ideas libertarias. Sábados y domingos los dedicaron a hablar y discutir alrededor de «la sociedad futura», de «política y anarquía», de «la conquista de la libertad y sus fraudes», «del socialismo al comunismo libertario», de la «estructura y misión de los sindicatos», del «paro forzoso» y de «los intelectuales y el problema social». La última se realizó el 16 de abril, pues el 23 de abril —día del libro o de esa lectura que hace libre— su local, como el de otros ateneos libertarios, fue clausurado hasta nueva orden; es decir, hasta octubre. Entonces reanudaron el ciclo insistiendo, sin titubeos, en «orientaciones constructivas» para «la sociedad futura». En otros momentos de su trayectoria el elenco daba para tratar «la conducta del papado a través de los siglos», polemizar sobre «¿para qué están creados los ateneos libertarios?», o para glosar la obra del geólogo Alberto Carsi precisamente cuando éste había emprendido, pluma en ristre, la crítica demoledora de unos escandalosos negocios del agua a costa del saltarse todo criterio de salubridad de aquel bien común, monopolizado por una compañía que podía abastecer una cantidad escasa, con una calidad discutible, a un precio exagerado que le aseguraba el superrendimiento de su capital social.

No sólo de pan, o de la conquista del pan, vive el hombre —y la mujer—. Pero sin pan, tampoco. El cuadro escénico o artístico del Ateneo se prodigó en representaciones teatrales en el barrio. Una de ellas, dentro de un festival pro presos, fue precisamente *El pan del pobre (los esclavos)*, escenificada justo después de la conferencia de aquel día, dedicada al paro forzoso. En los intermedios, para no desperdiciar el tiempo, algunos compañeros recitaron poe-

sías. Aquel grupo artístico se puso a disposición de los ateneos de otros barrios —entre ellos, el Ateneo Racionalista de Verdún—, mantenía contactos con algunos —como el Ateneo Floreal de Sants— y acogía igualmente las obras representadas por otros grupos como el del Ateneo Pro Cultura «Paz y Amor» o Faros, por ejemplo. Se desvivían por el teatro, se ofrecían para dar funciones en beneficio de presos y perseguidos, pro *Solidaridad Obrera* y todo acto que estuviera en relación con la causa libertaria. Curiosamente, el 17 de julio de 1936 iban a participar en un festival a celebrar en el segundo grupo de Casas Baratas. Ellos tenían previsto representar *Víctimas de la guerra* y otro grupo, *La república de la broma*.

Aficionados, con menos o más soltura, se espabilaban para recrear como fuera aquel teatro del proletariado de todos y para todos, priorizando ante todo su concepción como herramienta de cultura y agitación. Altas miras con recursos escasos, sus representaciones iban acompañadas de rifas de libros pro biblioteca —en una de ellas, entre los premios estaba *La Revolución* de Kropotkin, *El origen del hombre* de Darwin o *Así hablaba Zarathustra* de Nietzsche—. De vez en cuando, sus veladas se destinaban a potenciar proyectos en marcha, como el del hospital —también proletario— en el que se había embarcado la Organización Sanitaria Obrera (OSO), una mutua que iba rodando y que entró en funcionamiento pleno y legalizada, esparciéndose por todos los barrios obreros, en octubre del 35. Allá, en las Casas Baratas, tenían su farmacia en la calle 14, para adquirir con descuentos las medicinas y ungüentos que les fuera menester; disponían de facultativos de todas las especialidades, entre las que se encontraban las de medicina naturista y homeopatía, y eran atendidos por el doctor Eugenio Legórburu, que los visitaba en su domicilio o en el consultorio. Las labores de delegado de la subsección de la barriada, al menos durante un tiempo, recayeron en Manuel Costa; otros muchos vecinos eran socios —Santiago Berrar era el socio 164 y José Borrell el 393, por ejemplo—; Víctor Adé fue el contador y Ramón Tortajada vocal del consejo administrativo de la OSO. Con los bolsillos vacíos, además, no les importaba rascárselos si lograban, entre todos, juntar unas cuantas perras gordas que bien irían para la renqueante economía de *la Soli* o para el socorro de los compañeros presos, los hermanos privados de libertad. Recabaron o, mejor, escarbaron fondos todas las veces que fue preciso, como en mayo del 31 en

que reunieron 51 pesetas para una *Soli* apurada por la necesidad de enjuagar déficits y de dotarse de una imprenta propia; o en febrero del 33, en que juntaron 203 pesetas con 40 céntimos para el Comité Pro-presos, desbordado por la represión desbocada tras la segunda insurrección libertaria fallida del mes anterior; o las 244,70, en septiembre de 1933, cuando los apremios derivaban de las consecuencias negativas de la huelga de la construcción.

El Ateneo tuvo sus altibajos y su recorrido se asemejó al del Guadiana, cuando, sumergido, parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Como toda realidad asociativa obrera, chocó en su trayectoria con los impedimentos de quienes querían a sus miembros postrados, sumisos y con el ripio de incultos analfabetos a cuestras. Los escollos mayores procedían de las clausuras, del encarcelamiento de algunos de sus miembros y de la requisita de sus materiales; otros dependían de verse acuciados al peregrinaje de local en local, tanto para sus reuniones y actividades rutinarias como en la celebración de actos de mayor resonancia, fueran asambleas abiertas al vecindario, mítines o representaciones teatrales que demandaban más cabida. Con los trasiegos de local en local —un mal menor— se las fueron apañando. Dejaron pronto el salón familiar que les cedían en Can Cisco y se trasladaron en diciembre al bar o Casa Mas, en la carretera del Port 441; y más tarde, en mayo del 36, el Bar Andalucía, en la calle o avenida Prat Vermell 64, sería sede de sus actividades. También recurrieron para los actos de mayor alcurnia a otros recintos: a la Casa Patau, que era de los amos del traspasado Bar Andalucía, al Remendo, en la carretera del Port 53 e, incluso, al Ateneo Obrero de Casa Antúnez. La búsqueda de espacios amplios y con la tolerancia gubernativa de rigor implicaba adecuarse a locales con la estela de otro perfil político. La Casa Mas —tienda de ultramarinos en los bajos y bar con billar en la primera planta— estaba regentada por una familia significada en la Esquerra y otro tanto ocurría con la Casa Patau, que estuvo entre los dinamizadores del Casal de la Esquerra en aquella barriada. El Bar Remendo también fue sede del Ateneo Republicano Radical, desempeñando su dueño el cargo de tesorero. Del Ateneo Obrero de Casa Antúnez ya comentamos que era una iniciativa de patricios locales para moralizar a aquella clase obrera peligrosa. El Bar Andalucía, su último domicilio, lo llevaba la familia Bernal —procedente de Sevilla— que estaba involucrada en el ambiente libertario.

Ir de prestado se podía soportar, aunque peores consecuencias traían las prohibiciones. El primer percance serio llegó en abril de 1933, cuando les cerraron el local —entonces en la carretera del Port 441— por seis meses. A principios de diciembre del 33 la logomaquia republicana —denominación que, acertadamente, alguien le atribuyó— se había convertido en encarnizada persecución implacable y continuada de todo lo que tuviera raíz ácrata. El domingo 3 de ese mes, cuando el Ateneo realizaba su asamblea general ordinaria, descargaron las primeras negras tormentas de aquella tempestad: al día siguiente *la Soli* fue suspendida y, hasta agosto de 1935, fueron muchos más los días que pasó enmudecida que leyéndose y propagándose. Aquellas negras tormentas anegaron el Ateneo y las aguas, previos destrozos y requisiciones, se escurrieron otra vez por el subsuelo. El manantial volvió a brotar de nuevo, aprovechando con sus vericuetos algunos resquicios que le dejaban. En el otoño del 35, a las puertas del invierno, el río de la revuelta volvía a discurrir al aire libre, sin tantos entorpecimientos, y en el verano siguiente ya sería un torrente imparable.

Las cosas de la ciudad estuvieron muy alteradas durante aquellos años. Tanto que a la moneda en circulación le dedicaron unas letras. En el anverso se podía leer: «obreros parados; hambre y miseria en los hogares proletarios; seres humanos que duermen en los quicios de las puertas; niños sin abrigo, casi desnudos; desahucios en los barrios humildes; mujeres pálidas con sus hijos en brazos, implorando una limosna; ancianos tiritando en las esquinas; lágrimas...». En el reverso: «automóviles lujosos; *champagne* y comida de sobras en las casas señoriales; colchones de pluma en las camas de los potentados; abrigos de pieles y vestidos de seda para los hijos de los burgueses; palacios para ricos; damas linajudas que lucen oro y brillantes en sus dedos; escándalos de millones de pesetas; juego, cabarets; risas...». Se le fuera o no la mano al autor, el cuadro social que describía reiteraba las pinceladas dickensianas de dos ciudades en una —y a pocos meses del verano tumultuoso—, donde la brecha que las separaba y enfrentaba, más que taponarse, no cesaba de agrandarse. El mismo tono ya lo había empleado Benito, cuando quiso denunciar, en mayo del 31, el cuadro desgarrador que les tocaba padecer en aquellas guaridas en las que sobrevivían; porque sonaba a sorna calificarlas de baratas, dado lo caras que eran, y porque era una mofa mantenerles

el nombre de casas cuando sus desperfectos, su estado lamentable, lo impedía.

Fue por el ensanchamiento de aquella brecha y por el ensañamiento de quienes mandaban que las gentes de las Casas Baratas se distinguieron, también, por su tenacidad en la huelga de alquileres que perduró durante toda la República. El final aplazado de aquel conflicto enquistado, si se buscara fecha, bien podría ser la primera semana de julio del 36. El domingo 5 a las 10 de la mañana, en el Cine Capitol de la todavía Santa Coloma había convocada una asamblea abierta a las comisiones y a los vecinos de los cuatro grupos para abordar la marcha del conflicto. El día anterior, desde *la Soli* —preparando el ya próximo congreso de la CNT catalana— se abogaba contra la vida cara; una lucha que, para ganarla, debía adquirir mayores proporciones que las propias de reivindicar aumento de salarios. Se sugería, como punto del orden del día del Congreso, estudiar la forma de practicar un boicot eficaz contra los productos caros y la preparación de una gran huelga de inquilinos que acabara con la soberbia de los patronos y la avaricia de los caseros. Si se rastrearán los inicios, igual podrían remontarse a abril de 1930, justo cuando se estaban dando los primeros pasos para constituir el Ateneo y cuando la Comisión de obreros de la barriada se dirigió al Ayuntamiento para protestar contra las amenazas de desahucio que el cobrador les había pasado en un papel, sin que hubiese venido precedido del preceptivo juicio previo. Soberbia y avaricia se habían cebado con ellos sin consideración alguna, tal y como ocurrió con una de las primeras víctimas: una familia cuyo cabeza estaba en paro y tuberculoso, un verdadero espectáculo lastimoso, como recogieron las mismas actas del Patronato de la Habitación. Acuciados por aquella problemática, en el momento de estructurar el Ateneo, pensaron en la necesidad imperiosa de una sección específica de estudios de la habitación y las comunicaciones que acompañaría a la cultural, a la de estudios sociales y a la artística. No había todavía ninguna huelga declarada, pero ya se calculaba en unas trescientas las casas que no abonaban el alquiler desde hacía unos tres meses: desde el barrio argüían que, por la situación angustiosa que atravesaban, les era materialmente imposible abonar los alquileres que adeudaban. El Patronato, declarado entidad benéfica para valerse de todas las ayudas estatales, replicó a través de una nota de prensa que la suya no era una actividad de

beneficencia, añadiendo que algunos de los que no pagaban era por falta de voluntad de hacerlo. El gobernador, en otra nota de prensa, declaró que era inexacto que la Guardia Civil hubiese hundido las puertas y que requisase enseres y ajuares.

En octubre, por la prensa obrera empezaron a aparecer escritos aireando que los precios de los alquileres constituían un delito presidible. Abundaban en que eran un abuso indigno, una estafa y un robo. Otro tanto ocurría con los transportes urbanos, por lo que apuntaron contra el omnímodo poder del marqués de la Foronda. Avisaron de una campaña en ciernes, con más holgura y cuando las circunstancias lo permitiesen, contra la carestía de las subsistencias; siguiendo otros caminos que los trillados.

Al cabo de unos meses, recién entrado el 31, una comisión de la barriada cargó las tintas contra los desafueros del Patronato, que había vuelto a fijar en las esquinas de las calles del barrio unas requisitorias avisando otra vez de los inminentes desahucios contra los morosos. Al poco, insistieron quejándose de que sus peticiones habían tenido la callada por respuesta; y detallaban como, partida tras partida, al final les tocaba pagar cuarenta pesetas mensuales, pues incluso les gravaban con un impuesto de más del Ayuntamiento de a tantas pesetas por kilovatio consumido, y por si fuera poco les obligaban a comprar en un economato donde los precios de los artículos de primera necesidad se disparaban sin cesar. El siguiente paso, a los cinco días de proclamada la República, consistió en llamar a los inquilinos de los otros grupos de casas baratas para que designasen una comisión y entrevistarse para tratar un asunto de mucha importancia. Pronto, llegado el mensaje, se citaron —precisamente en Can Tunis— las distintas comisiones con el afán de ponerse, sin dilaciones, manos a la obra para el mejor logro de sus aspiraciones. Tras la reunión de los comisionados de los diferentes grupos de las mal llamadas Casas Baratas se anunció, el jueves 7 de mayo, que «el vecindario acuerda suspender el pago de alquileres hasta que se dé una satisfacción a las reclamaciones formuladas»; y que éstas «pueden englobarse en una sola: el derecho a no estar al margen de la civilización, que no otra cosa supone el aislamiento, la falta de medios culturales y el desprecio a las reclamaciones formuladas».

El asunto era, desde luego, de mucha importancia, y más si se consideraba la envergadura y los desplantes de los adversarios confabulados a los que se

pretendía hacer claudicar. Sus peticiones, nada maximalistas, imploraban el sentido común. Incluso, por decoro, a quienes las elevaban les conferían el trato ilustre de «honorable ciudadano» y saludaban, además, el advenimiento de la República —«tan deseado por el pueblo y conseguido con tanta cordura», decían— como una esperanza, ya que tenían la seguridad de que las nuevas autoridades harían honor a la confianza que habían depositado en ellas. Con la serenidad que daba el estar asistidos por la razón, volcaron en aquel documento doce peticiones justas. Solicitaban, entre otras cuestiones, la apertura inmediata de escuelas de carácter laico; el establecimiento de farmacia y dispensario con carácter permanente; la iluminación y el arreglo conveniente de calles, paseos, avenidas o carreteras; la implantación de un servicio de comunicaciones económicas con la ciudad y un local para mercado público. Se colaba igualmente la demanda de la supresión de los vigilantes y se denunciaban las coacciones de un clero que violaba la libertad de cultos promulgada. Y hartos de los desafueros del Patronato de la Habitación, se decidieron a reclamar su abolición por las repetidas y descaradas inmoralidades en el cumplimiento de su misión.

Los acuerdos venían, siguiendo la tónica habitual, precedidos de las asambleas que se habían ido celebrando y contaban con la adhesión de la sucursal de la barriada del Prat Vermell del Sindicato único de la Construcción. Aunque tomaran la delantera, sabían que no estaban solos y que no lo estarían. La falta de trabajo era, por más que a ellos les afectara con inusitada repercusión, una problemática demasiado extendida; al igual que la carestía de las subsistencias. Además, las inmoralidades del Patronato se consideraban parte de las orgías y negocios inconfesables de la dictadura, como demostraban las cuentas detalladas que se empezaban a difundir de las exposiciones de Barcelona y Sevilla.

En abril ya se habían producido manifestaciones de los obreros sin trabajo, pidiendo en primer lugar la jornada de seis horas. Despuntaba, asimismo, una Comisión de Defensa Económica surgida, primero, desde el Sindicato de la Construcción y engrosada, al poco, con delegaciones de otros sindicatos que pretendía promover una amplia campaña —resumida en las consignas «¡trabajo para todos!» y «¡abajo los alquileres!»— como modo de combatir, sin dilaciones, las necesidades constantes que asfixiaban a los explotados. El am-

biente, antes que calmado por la impotencia de la resignación, estaba bullicioso. Aquel Primero de Mayo corroboró, ladeada la desesperación estéril, la furiosa indignación que se venía incubando. Al mitin del Palacio de Bellas Artes —convocado sin pasquines por la premura de tiempo— acudió tanto gentío que fue preciso improvisar otro, en paralelo, al aire libre. Al final del acto, se aclamaron unas conclusiones que versaban sobre la crisis de trabajo y sus víctimas, y que ponían el dedo en la llaga de los responsables. No podía faltar la petición de libertad para todos aquellos presos políticos y sociales que aún cumplieran condena y, por los aires que se ventilaban en la nueva arena política, se incluyó también el desarme y la disolución de la Guardia Civil, la incautación de los capitales del clero, la ocupación de los terrenos dedicados a cotos y lugares de distracción, y la rebaja de un cuarenta por ciento de los alquileres menores de cien pesetas. Después, una impresionante manifestación se dirigió hacia la plaza de la República, al Palau de la Generalitat. El propósito era entregar las conclusiones, pero sonaron unos disparos y la jornada acabó teñida de sangre, con el ejército ocupando los sitios estratégicos de la ciudad. Fue un Primero de Mayo sangriento que marcó el calendario a venir. El gobernador civil —entonces Companys— se apresuró a alabar la ponderación de las distintas fuerzas de orden, y buscando responsables, manifestó que, como se había rumoreado que en Barcelona se había solucionado el problema del paro y se iban a dar subsidios a los sin trabajo, llegaban trenes y vapores abarrotados de trabajadores. Tal avalancha, sostenía, era ingobernable. Por ello, los de fuera serían devueltos a su punto de origen, y a los ya arraigados se procuraría atenderlos, pero —el gran pero— atajando antes los elementos perturbadores que sobre ellos operaban esparciendo ideas disolventes. Por los informes que decía recibir, estaba sobre aviso, y los diligentes servicios de la policía venían a confirmar la presencia en el alboroto de dinero y de gentes de fuera, y eso, sentenció, «lo evitaré con toda la energía pues el mal se ha de extirpar». En las filas obreras no se coincidía, ni por asomo, con aquella versión de los hechos excesivamente peliculara para justificar el principio de autoridad. Al contrario, su voz había sido ahogada y sus cuerpos agredidos; todo parecía indicar que habían pasado a la historia los días en que se podían manifestar sin ser atropellados y masacrados. Reconocían que no se podía seguir así, pero tampoco se conformaban con estarse quietos. La única

salida era organizarse y armarse, aunque no de cualquier manera, sino cuidadosa y seriamente. Como ya se venía tramando, la organización para protegerse serían los Cuadros de Defensa Obrera, que hacía unos días se habían aprobado en un pleno celebrado en Madrid y que después serían tan nombrados como desconocidos.

Los preparativos de la huelga de alquileres tomaban y desprendían bríos. La Comisión de Defensa Económica arreciaba contra la rapacidad desmedida de los caseros y llamaba a los inquilinos a adherirse a la campaña, sugiriéndoles que esperaran, dentro de un plazo prudencial, a los resultados de las gestiones antes de llegar al terreno de las determinaciones. Pretendía coordinar lo que, aunque desperdigado, iba brotando aisladamente por los barrios obreros de la ciudad y que, con contundencia, se expresaba desde abril en las cuatro agrupaciones de Casas Baratas. El primer domingo de julio se celebró, por fin, el mitin que daría salida al inicio de la huelga: los parados no debían pagar nada de alquiler, ni depósito alguno, y los que tuvieran la suerte de trabajar debían proceder a una autorreducción del cuarenta por ciento. Esa misma semana, una comitiva de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana, encabezada por su presidente —el célebre arribista y especulador Pich i Pon—, visitó al nuevo gobernador civil —Esplà— ofreciéndole su concurso más decidido para cooperar en el imperio de la paz y la tranquilidad social.

Antes de que transcurriera un mes, los actos convocados por la Comisión fueron prohibidos y las hojas y pasquines que editaban llevados a los tribunales por subversivos y atentatorios contra el Estado. Los inquilinos, contando con las fuerzas de su unión, tampoco se achicaban y se esmeraban en responder a las órdenes de desahucios que se multiplicaban. En la calle Badal, ante la ejecución de un desahucio, los vecinos aglomerados volvieron a introducir los muebles en la casa, generándose un tumulto por el que un hombre y una mujer fueron llevados a la comisaría, adonde también se dirigieron los vecinos concentrados. Algo similar ocurrió en Hostafrancs, en la plaza de los Tejedores, donde el peso de la ley pretendía arramblar con una anciana, sorda y casi ciega; y en la calle Amposta —debajo de Montjuïc, cerca de donde estaban las demolidas barracas de Magoria—, cuando el carro municipal que se llevaba los muebles al depósito fue interceptado por unos quinientos vecinos y los enseres, subidos al tercer piso del que habían sido sacados. A pesar de las

coacciones y represalias no se amedrentan: si en julio eran unos cuarenta y cinco mil los hogares que seguían la huelga, en agosto la Comisión ya los cifraba —exagerando o no— en más de noventa mil.

El toma y daca se fue prodigando, y surgieron las voces que exhortaban a que los huelguistas del alquiler fuesen castigados como inquilinos morosos. Los propietarios reconocían —o eso decían— estar atemorizados por aquel conflicto que, presumían, era el chispazo de otras insubordinaciones ya que, día a día, crecía el alboroto. Lamentaban, tirando de los habituales latiguillos, aquel estado de anarquía y que la insubordinación por la actitud de rebeldía de una porción importantísima de inquilinos significaba su ruina, «la de la clase más digna de la nación». No iban a ceder, y para proteger firme y decididamente sus negocios redoblaron las iniciativas, agotando todos los resortes que tenían a mano: su servicio jurídico se volcó en la tramitación de demandas de desahucios; establecieron, por su cuenta, un dispositivo de camionetas y operarios para vaciar con celeridad los pisos de los morosos; abrieron una lista negra con nombres y domicilios para impedir que volvieran a alojarse los indisciplinados; tramitaron con suma diligencia la prohibición de cualquier publicidad de la campaña demoleadora promovida por la Comisión, y lograron que se detuviese a los militantes más significados y que el cumplimiento de los desahucios no se viera entorpecido ni por dejadez de las respectivas autoridades ni por las oposiciones airadas de los damnificados. Acentuaron, buscando nuevos procedimientos, una activa propaganda en la prensa. Desde esas páginas, tan serviles a sus intereses, alegaron que si los inquilinos eran obreros, los propietarios a las veces eran más pobres que ellos, ya que habían empleado los sudores de toda su vida en la adquisición de una casita, modestísima, que estaba rindiendo una renta insuficiente. Sin renunciar al papel de víctimas, corrieron a reafirmar su compromiso inquebrantable con el sostenimiento de la República, siendo su más notable demostración la suma de donativos aportada por los propietarios urbanos, destinada a premiar a quienes se habían destacado en el mantenimiento del orden en la última huelga general en la ciudad, cuya cuantía ascendió —por más que muchos de ellos estuvieran acosados por la indignancia— a 6.775 pesetas.

La Comisión de Defensa, maniobrando en la sombra, lanzó la consigna de no desistir, de no deponer la lucha, y hacían saber que se habían trasladado de

la calle Mercaders —el local de la Construcción clausurado tras la reciente huelga— a la plaza Medinaceli, sede del Sindicato de Transportes. Pedían que ningún cerrajero, carretero, chófer, carpintero o cualquier otro obrero consciente claudicase colaborando con la barbaridad de dejar en la calle a compañeros; y trataban de elevar los ánimos difundiendo que en otras ciudades, como Cádiz, estaban siguiendo los mismos pasos. No estaban dispuestos a dejarse robar por vivir, y más con tanto lujo desbocado a su alrededor. Arrecriaban, sin embargo, los palos. A la detención de Santiago Bilbao, erigido en una de las figuras clave de los calificados como irresponsables que atizaban el fuego, le siguió la de otros, la de los que se decía que ciega y cómodamente le obedecían. A Santiago lo sacaron de madrugada de su cama por orden expresa del gobernador, y a Dalmacio y a otros cuantos morosos los recluyeron por allanamiento de morada, toda vez que no se conformaron con el desahucio que les habían practicado. A finales de octubre, el último aviso: unas cuarenta parejas de guardias de Asalto cerraron la calle Taulat, en el barrio del Poble Nou, para impedir como fuese que las vecinas —más que vecinos— echasen al traste el desahucio previsto; y como no las persuadieron por las buenas, cargaron por las malas. Después, un campo de batalla, el incendio del pabellón del portero y las pedradas contra el edificio. A partir de noviembre, la huelga coordinada que había arraigado en distintas barriadas obreras perdió fuerza. Bilbao, desde la prisión celular, decía que, sin haber ganado aún la huelga en cuatro meses, ya habían ganado, entre todos, más de doce millones de pesetas; las que habían dejado de pagar a los caseros.

Donde no cesó la huelga fue en las Casas Baratas y, aunque parecía adormecida, ya que hacía bastante tiempo que no generaba noticias —al menos, desde que el concejal Jové había citado, a principios de junio, a una comisión de los cuatro grupos para tratar de zanjar el conflicto abierto—, la aparente quietud respondía a la crisis profunda que afectaba al Patronato de la Habitación. Más que una tregua, lo que estaba ocurriendo es que se producían muchas intrigas. Hasta agosto, el Patronato que había tenido en Milans del Bosch su insigne timonel, no se había reunido. Tan sólo su vocal delegado, Gual Villalbí, había peregrinado por los despachos de los gobernadores civiles que se iban sucediendo en el cargo y por el del alcalde Aguadé, clamando por poner en vereda a los revoltosos inquilinos. Companys, agobiado, convino en

que era necesario poner pronto y eficaz remedio de forma enérgica y encargó, en sintonía con el alcalde, a Dencàs —consejero de Gobernación de la Generalitat— y otro asesor un estudio a fondo de las Casas Baratas que nunca realizaron. Esplà siguió prometiendo soluciones, aunque se descuidó, tal vez por el poco tiempo que estuvo en el cargo. Anguera de Sojo le puso algo más de ahínco, suplicando que a su secretario particular y hombre de confianza, Hurtado, lo incluyeran en el Comité, pues él tendría que ausentarse a menudo. El pleno del Patronato, al final —aunque fuera con poquísimos miembros—, se reunió bajo la presidencia del gobernador. Repasadas las contabilidades y analizadas con esmero las situaciones, los ocho que comparecieron diagnosticaron la economía y la administración de delicada, al principio, y de desastrosa a medida que avanzaba la reunión. Tanteando la provisionalidad en la que se veían inmersos, responsabilizaron a sus predecesores y a la empresa Fomento de la Vivienda Popular de tanto desbarajuste heredado. No había recursos y la deuda anual era de ochocientas mil pesetas, por lo que la regularización económica del Patronato, aunque urgente, debió de postergarse. Sin embargo, además de repartos de cargos —que dieron entrada al arquitecto Sert—, una conclusión se impuso: se debían cobrar, como fuera y cuanto antes, los alquileres para acabar con la falta de disciplina social de los inquilinos de las casitas entre los que, por la dejadez de no haberlos seleccionado con la minuciosidad que se debiera, abundaban los indeseables. Se precisaba, acordaron, hacer una verdadera selección, aunque para ello era imprescindible recurrir al Ministerio de Trabajo para que dispusiese unas normas más simplificadas que facilitasen la expulsión de aquellos indeseables, ya que el sistema de los desahucios era excesivamente largo y costoso.

Desde mediados de octubre el Patronato, tras tocar las teclas pertinentes, recobró el pulso. Emitió un par de notas que recurrían al doble rasero, ya que se ofrecían a armonizar con templanza el mantenimiento del orden y la disciplina. Pero la zanahoria y el palo arrastra ciegamente a los animales de carga, y aquellos barrios, por más que se asemejasen —como dijo un vecino— a un muladar, repleto de casuchas indecentes que podrían pasar por pocilgas con aspecto urbano, estaban poblados de hombres y mujeres en franca rebeldía. Los vecinos seguían en pie reclamando el saneamiento, sin demoras ni excusas, de sus barrios y persistiendo en su testaruda lucha contra unos alquileres y unos

servicios más que abusivos. Las comisiones se encargaban de replicar a los insultos y, punto por punto, rebatían las falsedades adornadas de buenas palabras de Arturo Porrera y demás miembros del comité ejecutivo del Patronato.

Ante todo, correspondía dar sensación de autoridad. A la galería se la podía confundir aludiendo a gestiones amistosas y consejos moderados, y algún vecino, creyéndose los bulos y satisfecho por los halagos, hasta podría comulgar con ruedas de molino. Pero la mayoría era hostil a las zarandajas y había que domesticarla a la fuerza. El primer aviso llegó en forma de asedio: la madrugada del domingo 1 de noviembre, el barrio del Prat Vermell fue tomado al asalto. Invasión y rodeado estratégicamente por varios camiones repletos de guardias, de Asalto y civiles, y otros tantos de la «ronda secreta», procedieron a registrar las viviendas, una a una. Al mando del comandante Anguiano, en unas largas tres horas, desde las cuatro menos cuarto de la madrugada hasta las siete de la mañana, aquella tropa, en riguroso servicio, procedió al cacheo y maltrato de sus residentes. Allanados, sin mandamiento judicial, fueron detenidos hombres y mujeres. Tras aquel asedio, cuyo objetivo era sembrar el pánico, 506 mujeres del grupo firmaron una carta contra los atropellos impunes del vecindario por parte de las autoridades; su huelga era, expresaban, sólo contra el engaño y la injusticia y, por ello, seguirían sin pagar un céntimo. Al mismo tiempo, en el Juzgado de Atarazanas se cursaba el lanzamiento de 59 desahucios y se estaban entablado otros 23, siendo los elegidos los tildados de más revoltosos del grupo. Las notas del Patronato ya lo advertían: para ganarse a los buenos inquilinos —los pacíficos arrendatarios que quisieran cumplir sus deberes, pero que, por coacciones, se habían visto obligados a mantener una actitud contraria a sus convicciones—, primero, y con todos los medios coercitivos de los que se dispusiera, había que expulsar del rebaño a las minorías perturbadoras que, con su actuación anárquica, alteraban la paz y estorbaban la justicia social. No se podía tolerar, de manera alguna, que insistiesen en una actitud de rebeldía irresponsable.

En el Prat Vermell, viéndolas venir, ya habían celebrado un mitin en la plaza de las Escuelas —nombre con el que designaron el hueco que habían abierto en medio de la colonia— donde tomaron la palabra Benito Maldonado, Manuel Costa, Manuel (Fernández) Cobal, Vicente Navarro y un enigmático, o enigmática, Adreis. Fue el quince de octubre a las nueve de la no-

che. En los otros grupos, también alertados, procedieron de igual modo. Una orden gubernativa les prohibió la asamblea prevista para el miércoles 18 de noviembre. El lunes, sin contratiempos, concurrieron en el Cine Carmen unos seiscientos vecinos, y acudieron Hurtado en representación del gobernador y Escofet por el Patronato. Las cartas se pusieron boca arriba hasta llegar a un arreglo. En el siguiente recibo se pagaría por alquiler —incluyendo el agua— veinte pesetas, y por la luz y el agua atrasadas otras doce. Se suspenderían, ipso facto, todos los desahucios, los parados y enfermos no pagarían arrendamiento mientras perdurase su situación; y antes de empezar el cobro del alquiler se repararían los váters, que estaban casi todos averiados, las cloacas, que estaban todas obstruidas y las cañerías que se hallaban en su mayoría rotas.

Poco duró el acuerdo. En el recibo que les pasaron, en vez de las veinte pesetas, les piden treinta y dos. Los desahucios más que echarse atrás tenían fecha: para el 27 de diciembre estaban avisados los camiones y preparado el apoyo de los agentes de la autoridad. Váters, cloacas y cañerías seguían en su estado lamentable. Debido al incumplimiento de los compromisos contraídos, la pugna continuó. Contra las tropelías del Patronato contestarían —difundió la nueva Comisión del grupo— en el terreno al que se les llevase y en la forma que creyesen conveniente. Fue un mes, de todos modos, enturbiado. La marcha de las negociaciones, los acuerdos alcanzados y las soluciones buscadas provocaron que algunos comisionados presentasen su dimisión. Luego, se cruzaron acusaciones de abandono de la lucha, hubo críticas por la representatividad y se insinuaron bajas maniobras y prebendas. Ni estrategias, ni ardides ni martingalas valdrían: los vecinos no aflojarían.

En marzo, ya del 32, los miembros del comité ejecutivo del Patronato pusieron sus cargos a disposición del ministro de Trabajo y Previsión. En el informe que le elevaron vienen a decir que habían hecho todo lo que habían podido. No pretendían discernir —se disculpan— acerca de la angustiada y confusa situación en que se encontraron —a otras instancias les correspondería hacerlo—, pero se afanaron en desmarcarse de los anteriores responsables y sus arbitrarias disposiciones en aquel negocio de la Dictadura que diluyó, hasta la nada, su interés social. Tampoco, tras tantas anomalías administrativas, le veían futuro al Patronato y sugirieron una comisión gestora, con

atributos de consejo de administración, que intentase cubrir el expediente tapando los agujeros: los acreedores no cobraban, a los obligacionistas no les rendían intereses sus cupones, los inquilinos no pagaban, las agrupaciones de casas estaban a medio urbanizar y se degradaban a marchas forzadas y del quinto grupo —una vez comprados los terrenos— ni se supo. Les contrariaba sobremanera no haber devuelto el orden a las barriadas tras haber ofrecido a sus moradores tantas facilidades para resolver las discrepancias en juego. Apreciaban que las Casas Baratas realmente lo eran, como mostraba la elocuencia de las cifras que ordenaron recopilar: en los barrios vecinos a aquellas agrupaciones el promedio de conjunto que se pagaba por los alquileres era de 45,98 pesetas, y en los contornos del Prat Vermell era de 43,24 pesetas y, además, estaban en peores condiciones, pues muchas —casi chozas— hasta carecían de agua y luz. Claro, el mensaje era que las casitas aquellas deberían ser más baratas, pero tampoco eran tan caras como para generar tanto desplante. Ya, les respondieron, lo que abunda es la carne barata de obreros hundidos en la miseria, pero no piltrafas que desisten de la lucha.

El Patronato, insostenible, fue renqueando. Quedaron en evidencia la serie de anomalías e irregularidades que había cometido, pero, aun así, a base de sucesivos decretos, se procuró su reorganización, dando entrada a la representación de todos los intereses económicos que pudieran ofrecer fórmulas de concierto para su normal desenvolvimiento. Tratándose de la salvación de los cuantiosos y respetables intereses de todos sus acreedores, se consideró que la constitución de una Junta de Ordenación Financiera sería el mejor instrumento, asignándole y delimitando como función fundamental el procurar, por todos los medios, la normalización del cobro de los alquileres. Tanta procuración por los intereses de unos y tanta insistencia en los medios llevaba a la guerra contra los otros. No se difundió, desde luego, pero un artículo sexto autorizaba al Patronato a aumentar el precio que regía en los alquileres, a medida que quedasen libres las viviendas de sus actuales ocupantes y lo permitiesen las circunstancias.

El nuevo gobernador —Moles—, de vuelta de Madrid, no sólo les acusaba de morosos, sino de destrozar las casas; y les advirtió que se preparasen, si no estaban dispuestos a transigir. Dicho y hecho: en el Prat Vermell volvieron a padecer un nuevo asedio a finales del mes de abril. Fue otra vez de madrugada

da, duró más de tres horas y llegaron a emplear hasta dos ametralladoras, siendo en esta ocasión tres vecinos los detenidos tras los minuciosos registros practicados. Un poco antes, a mediados de abril, le había llegado el turno al segundo grupo, el de Santa Coloma: a eso de las once de la mañana, un camión de guardias de Asalto y unos veinte números de la Guardia Civil llegaron para garantizar una serie de desahucios, dejando varios contusos entre las mujeres y niños que les ofrecieron resistencia. Después, en julio, llegaron los cortes de agua. La compañía se amparaba en que no cobraba y en que se le iban acumulando los impagados porque el Patronato no les pasaba lo que, a través de ellos, debía recaudarse en los recibos. Por aquellas fechas, decían que les debían ciento setenta mil pesetas, y a finales de 1934, infladas o no las cuentas, aseguraban que las deudas superaban el medio millón de pesetas. Benemérita, ya que no pretendía tampoco dejarles sin una gota de agua, se preocupó, de acuerdo con las autoridades, de ponerles unas fuentes que brotarían sólo a ciertas horas; única solución que se consideró viable pues, además, redundaría en evitar el despilfarro del escaso y preciado líquido por parte de aquellos desaprensivos vecinos. Benito, escribiendo sobre las cosas de la ciudad, les dirá: «luego quéjense y acúsenos de las epidemias que nos azotan por nuestra dejadez; llámennos, sin ruborizarse, sucios y piojosos; pero no esperen que con esas vejaciones, ese sabotaje descarado, puedan rescatar a ese Patronato ya derrotado y a nosotros vencernos».

Altivos, sin desfallecer, persistieron en lograr ese precio razonable y equitativo de los alquileres. Según sus cálculos, en los que contemplaban la capitalización de aquellas casitas-cajas de cerillas, por el arrendamiento de las pequeñas tocaría doce pesetas y diecisiete por las mayores; jamás las treinta y dos para arriba que les pedían. Las veinte pesetas por las que estuvieron dispuestos a pactar hubo quien propuso destinarlas, mientras tanto, a otros fines menos avariciosos y más útiles: cinco pesetas para el sostenimiento de *la Soli*, cinco para los deportados, cinco para el Comité Pro-presos, y las restantes cinco para las cajas de los respectivos sindicatos a los que cada cual perteneciera.

Las autoridades también apretaban. En octubre, comenzaron a ser reparadas a cuentagotas, de manera cauta y discreta, unas circulares u oficios del Patronato donde, por orden del gobernador, se requería al inquilino moroso a que se presentase en las oficinas del Gobierno Civil. Se trataba de intimidar-

los, allá aislados, para que se pusiesen al corriente en el pago. En otras ocasiones, optaban por ir directamente a sus domicilios: aprovechando el registro, buscaban e incautaban material, y si era necesario procedían a hacer detenciones. Mediante este procedimiento, en abril de 1933 se incautaron de mil quinientas hojas clandestinas dirigidas a los vecinos afincados en los grupos de Casas Baratas, y en la batida se llevaron a un par de detenidos. Aprovechaban el estado de alarma social por los atracos para extender las razias policiales a esos barrios indómitos, repletos de sospechosos e indocumentados. El atosigamiento más pertinaz siguió siendo, de todos modos, el lanzamiento constante de desahucios. Los acreedores tampoco se quedaron atrás, y después del agua también les cortaron la luz, ya que de los contadores la Compañía Barcelonesa de Electricidad tampoco veía —ni por el consumo ni por su alquiler— un céntimo. Los obligacionistas, constituidos en sindicato, pedían a gritos mano dura, declararlos en rebeldía y encausarlos por lo militar, si fuera preciso. Entre unos y otros, nada de miel y mucha hiel.

Los vecinos contraatacaron. Arremetieron, en defensa de su decoro y dignidad malparados, contra los usureros y ladrones de guante blanco que pensaron en hacer su agosto con aquel negocio sucio y fraudulento de las casitas dichas baratas. Replicaron, en la práctica, contra la plaga de desahucios, ya que si no se podían parar quedaba luego el quebrantamiento de la sentencia, romper los precintos judiciales y volver a rehabilitar las casitas caras. A mediados de mayo, un día que amenazaba lluvia, seis camiones de guardias de Asalto y una ambulancia, por si acaso, acompañaron a los funcionarios del juzgado para que procedieran, sin contratiempos, a dejar a diecinueve familias —ciento cuarenta y nueve personas— en la intemperie, con sus pocos trastos desvencijados amontonados por las calles. A la semana siguiente hubo más anuncios de desalojos, pero para la verbena de San Juan, en cambio, se celebraron los realojos, previo quebrantamiento. Contra viento y marea perseveraron en no pagar, pues como se hartaron de vocear: «nuestra actitud sería pagar, pero no podemos y menos en las condiciones en que estamos. No poder pagar no es lo mismo que negarse a hacerlo».

En los cuatro grupos, en 1933, por las más de dos mil casuchas se recaudaron por alquileres, agua y luz, 4.280 pesetas. En 1934, 5.389. A principios de 1935, el gobernador general de Cataluña, que ejercía a razón de su cargo

como presidente del Patronato de la Habitación, volvió a la carga y, a través de un bando, amenazó de nuevo con la aplicación de medidas de rigor. Prosiguieron los desahucios, con especial enjundia en el grupo segundo. Ni con esas los vecinos renunciaron a su lucha. El domingo 5 de julio de aquel 36 volvían a tener otra de sus tantas asambleas para seguir la marcha del conflicto. En 1942, sí, ya derrotados, volvieron a lanzarles un sinfín de desahucios, porque seguían sin pagar un céntimo.



El Ateneo Cultural de Defensa Obrera y la Organización Sanitaria Obrera

Página

En contestacion a su respetable oficio de 10 de mayo de 1930, tengo el honor de participar a V. E. que la Sociedad denominada "ATENEO CULTURAL DE DEFENSA OBRERA", con domicilio social en el Paseo del Puerto Franco (Colonia Bausili) (GRUPO DE CASAS DENOMINADO AUNOS), quedó constituida el día 30 de mayo ultimo, de caracter obrero y fines la defensa moral y material de sus socios y la cultura de los mismos y de sus familias, por medio de conferencias, escuelas y teatro; formando su Junta Directiva los individuos que a continuacion se expresan:

Oficio de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona

nuevo Ateneo

Bajo los auspicios de los camaradas Pereiro y otros, se ha constituido en el Grupo Aunós (Prat Nou) un «Ateneo Cultural de Defensa Obrera» para la mejora moral y material de los asociados.

En la asamblea del día 4 del corriente quedaron aprobados los estatutos, en cuya discusión se puso una vez más de manifiesto la buena voluntad y el interés de la clase trabajadora, que inspirada en el mejor deseo de cooperación y solidaridad aportó al debate su valioso y desinteresado concurso.

Acción, 17/05/1930

Función teatral

La noche del sábado, día 24, y con un lleno rebosante, tuvo lugar en el local social del Ateneo cultural de Defensa Obrera de la barriada conocida por Prat Nou (Colonia Bausili), una función teatral. La obra puesta en escena por el grupo artístico «La Unión», grupo que hoy forma parte de las varias secciones de que cuenta dicho Ateneo, es de las que deberían ser representadas todos los días y en todos los sitios y lugares del mundo. La obra a que nos referimos es el drama titulado «Tierra y Liberado», original de nuestro malogrado compañero Ricardo Flores Magón.

Acción, 31/05/1930

A LOS TRABAJADORES DE LAS BARRIADAS DE PORT. CASA ANTUNEZ Y SUS CONTORNOS

El Ateneo Cultural de Defensa Obrera, sito en la carretera del Port, número 441, dará una conferencia el próximo domingo, día 7, a las once de la mañana, a cargo del querido compañero Sebastián Clará, quien disertará sobre el tema: "Pedagogía Racionalista".

¡Obreros todos! No dejéis de acudir si os interesa la Escuela Moderna que ha de salvar a nuestros hijos de la esclavitud, inutilizando los trabajos de toda enseñanza jesuítica. — La Junta.

Solidaridad Obrera, 06/12/1930

ORGANIZACIÓN SANITARIA OBRERA

CASANOVA, 33, Pral.

OFICINAS de 4 a 8 . . . TELÉFONO 36204

Subsecciones de Barriadas

Barceloneta	Lázaro Marín, Salamanca, 50-1-2.
Clot	Julio Olmos, Clot, 147, entresuelo.
Gracia	José Ponce, Menéndez Pelago, 167-2. — De 7 a 9
Horta (Casas Baratas)	Calle 7, núm. 126.
Las Corts	Higinio Pujol, Morales, 5. — De 7 a 9.
Pueblo Seco	José Arqués, Cano, 16, pral
Prat Vermell	Manuel Costa, calle 4, núm. 100.
Poblet	Antonio Solé, Lepanto, 263-4-3. — De 8 a 9.
Sans	Juan Solé, Vallespir, 22, tienda.
San Andrés	Gerardo Pérez, Paseo Torres y Bages, 22-2-2.
Santa Coloma	Enrique Castillo, calle 14, núm. 494.

CUNDA EL EJEMPLO

La Junta del Prat Vermell, en colaboración con el Ateneo Libertario de la misma barriada, el Grupo Artístico de dicho Ateneo y la ayuda del quinteto de "Los Cinco", hicieron una función proposita el día 19, en la que se recaudaron noventa y cinco pesetas con diez céntimos.

Toda la barriada colaboró con su óbolo, a pesar de la precaria situación que actualmente atraviesan.

Cunda el ejemplo.

A todos nuestro fraternal saludo. — La Junta.

Solidaridad Obrera, 21/06/1933

De interés para los asociados

Las Farmacias que sirven a los asociados de la Organización Sanitaria Obrera, según las condiciones establecidas (fórmulas a 170 y 10 por 100 de descuento en los Específicos) son las siguientes:

PUEBLO NUEVO — Farmacia Figueró, Pedro IV, 157
 CLOT-SAN MARTÍN — Farmacia M. Rubio, Mallorca, 591.
 — Farmacia Castells, Meridiana, 117
 LAS CORTS — Farmacia Lluçia, Taquígrafo Garriga, 94
 POBLET — Farmacia Cruz de San Martín, Valencia, 440
 BARCELONETA — Farmacia Nuevo, Alegria, 51
 PRAT VERMELL — Farmacia. Calle 14 (Casas Baratas)
 SANS — Farmacia Vallverdú, Vallespir, 13
 — Farmacia Baldó, Sans, 5
 HORTA — Farmacia Laporta, Calle Horta, 40
 GRACIA — Farmacia Arinengol, Ramón y Cajal, 24
 DISTRITO VI — Farmacia Falgueras, Nueva de la Rambla, 14
 CENTRO — Farmacia Borbonet, Carders, 44
 CENTRO — Farmacia San Antonio, San Antonio Abad, 44
 SAGRERA. — Pedro Bonal; Sagrera, 52
 PUEBLO SECO — Farmacia Piferrer, Rosal, 39
 ENSANCHE — Farmacia E. Masdevall, Ariban, 62
 TORRASA — Farmacia M. Lluviá, Martí Juliá, 63
 STA. COLOMA — Farmacia J. Font, 2º grupo Casas Baratas. San Adrián, 26
 HERBORISTERIA — Plaza de la Lana, 17

Servicio de especialidades

CONSULTORIO CENTRAL - Casanova, 33, pral. 1.ª

Teléfono 36204

MEDICINA GENERAL
 Todos los días de 12 a 2
 CIRUGIA GENERAL Y GINECOLOGÍA
Dr. J. Santamaría - Lunes, martes, jueves y sábados, de 12 a 1, miércoles y viernes, de 6 a 7
 ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Dr. F. Paniello - Lunes, miércoles y viernes, de 6 y media a 7 tarde
 GARGANTA, NARIZ Y OÍDO
Dr. Barba - Lunes, miércoles y viernes, de 7 a 8 tarde
 ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES - CONFLICTOS SEXUALES.
Dr. Martí Ibáñez - Lunes y viernes de 9 a 10 mañana. Lunes y miércoles de 7 y media a 8 y media tarde.
 ENFERMEDADES DE LA INFANCIA
Dr. J. Sala - Lunes, miércoles y viernes, de 6 a 7 tarde
 COMADRONA
C. Durán - Martes, jueves y sábados, de 5 a 6 tarde
 CORAZÓN
Dr. Gozalbo - Miércoles y viernes de 12 y media a 1 y media tarde. Cortes, 478
 Teléfono 36261
 MEDICINA NATURISTA Y HOMEOPATÍA.
Dr. Vintó - Martes y sábados de 12 a 1. Jueves de 6 y media a 7 y media tarde.
 DENTISTA
Dr. B. Pons Cubilles - Calle Carmen, 40, 1.ª, 1.ª - Todos los días de 4 a 8

 El Ateneo Cultural de Defensa Obrera, carretera del Port, 441, rifará, en dos premios, los siguientes libros, pro biblioteca de este Ateneo:
 Primer premio, "La Revolución", de Kropotkin; segundo premio, "Historia Universal del Proletariado"; tercer premio, "El origen del hombre; cuarto premio, "Así hablaba Zaratustra".

Solidaridad Obrera, 14/03/1933

BARRIADA DEL PRAT VERMELL (Avenida del Prat Vermell, 64)

Conferencia organizada por el Ateneo, a las diez de la mañana, por el camarada José Xena. Tema: "Educación burguesa y educación libertaria", en el local social.

Solidaridad Obrera, 5/07/1936

☆ La huelga de alquileres

PETICIONES JUSTAS

La cuestión de las «Casas Baratas»

Reunidas las Comisiones nombradas por cada grupo de las mal llamadas «Casas Baratas», acordaron, por unanimidad, presentar al gobernador civil, presidente de la Generalidad y alcalde de Barcelona el siguiente documento:

«Honorable ciudadano: Los que suscriben, comisionados por los vecinos de los cuatro grupos de Casas Baratas afectos a Barcelona, a saber, con el debido respeto, tienen el honor de exponer:

Que viéndose obligados, por razones de orden económico, a residir en los citados grupos de Casas Baratas, y que éstas, lejos de cumplir con la finalidad para que fueron creadas, están en poder de un Patronato, cuyas inmorales son de todos conocidas, (desde imponer una renta, desahuciosamente excesiva, hasta el tener al vecindario en completo abandono), amparándose para ello en la protección oficial que durante el régimen monárquico ha disfrutado, y ante la cual se estrellaron cuantas razones de orden legal o humano pudiera tener el vecindario, y

Considerando que el advenimiento de la República es una esperanza—en parte confirmada— de que se atenderán cuantas reclamaciones justas se hagan, sin tener para nada en cuenta la clase a que se pertenezca, los abajo firmantes someten a la consideración de V. E. para que proceda en justicia, las siguientes peticiones:

Primera. Abolición del Patronato de la Habitación, por inmorales en el cumplimiento de su misión;

Segunda. Que sean rebajados los alquileres al estricto tipo que resulte después de capitalizar cada vivienda con relación a su coste, pues no es lógico ni aceptable que después del advenimiento del nuevo régimen, tan deseado por el pueblo y conseguido con tanta cordura, continuemos, las clases necesitadas, pagando orgías de la dictadura, ya que sabido es que este fue uno de los negocios inconfesables de la misma;

Tercera. Supresión de vigilantes;

Cuarta. Apertura inmediata de las escuelas construidas con carácter laico;

Quinta. Farmacia y Dispensario, con servicio permanente.

Sexta. Iluminación y arreglo conveniente de pasos, avenidas o carreteras, que ponen a estos grupos en comunicación con la ciudad.

Octava. Destinar un local para mercado público;

Novena. Fijamiento del contrato, amortizable sobre la casa;

Décima. En vista de que el precio excesivo de estas casas y la escasez de las mismas obliga a que vivan en condiciones realquilladas numerosos individuos, solicitamos que estos sean preferidos en el alquiler de las que fueran quedando vacantes, tomando, al efecto, nota de los realquillados que existan actualmente, a fin de evitar los abusos que tal medida pudiera ocasionar;

Undécima. Llamar la atención de las autoridades sobre las coacciones que el clero hace objeto al vecindario, lo que constituye violación de la «libertad de cultos» que el Gobierno provisional otorgó a la Nación a su advenimiento al Poder;

Duodécima. El vecindario acuerde suspender el pago de alquileres hasta que se dé una satisfacción a las reclamaciones formuladas.

Hemos de hacer constar que la necesidad imprescindible e imperiosa de que se aprueben estas peticiones, es, por encima de la particularidad que pudiera verse en alguna de ellas, está el que pueden englobarse en una sola: el derecho a no estar al margen de la civilización, que no otra cosa supone el aliamiento, la falta de medios culturales y el desprecio a las reclamaciones formuladas de que nos hizo objeto el régimen caído.

Esto es, ilustre ciudadano, lo que al vecindario juzga indispensable se le conceda, y esto pide, sin despreciar de ningún género, con la serenidad que da el estar asistido por la razón, y la seguridad de que las autoridades republicanas harán honor a la confianza que el pueblo deposita en ellas.

Viva V. E. muchos años.
Barcelona, 7 de mayo de 1931.

Manuel Cabal, Francisco Aljón, Tomás Rodríguez, Francisco Rocamora Vicente Navarro, Benito Maldonado, Narciso Guerra

Con el mayor entusiasmo vienen celebrándose Asambleas de vecinos, que se muestran dispuestos a no dar un centimo hasta ver satisfechas sus justísimas demandas, destacándose las celebradas el pasado miércoles en los grupos primero y segundo, tanto por la gran concurrencia que asistió a las mismas, como por

Para los compañeros de las casas baratas y de las casas caras de Barcelona

Los que habitamos en las mal llamadas Casas Baratas iniciamos hace más de un año la huelga de inquilinos. El hombre no es sólo explotado en la fábrica, en la obra, en el taller o trabajando la tierra; lo es también como inquilino y consumidor. Hay algo más, y es una imposibilidad material de poder pagar los precios de las viviendas porque falta el trabajo, que es la única fuente de ingresos de la masa proletaria. Debemos unirnos todos los inquilinos y dar la batalla a los caseros y a los Patronatos de viviendas.

Si el ideal es la vivienda para el que la ocupa, como la tierra para el que la trabaja, como medida cabe la resistencia contra los precios exorbitantes y contra el aumento de la miseria proletaria por la avaricia de un sector importante del capitalismo.

Debemos hacernos eco de la miseria de los desheredados y ayudarles. Ellos, los burgueses, irán mal en estos tiempos de crisis, pero comen, continúan con sus lujos y derroches, mientras el pueblo se muere paulatinamente de hambre.

Los inquilinos organizados y solidarios tienen en la huelga un arma invencible. Si no conquistan el derecho sagrado a vivir bajo un techo que no han construido los capitalistas, sino los trabajadores, cuando menos pueden lograr hacer disminuir el tributo obligatorio a los caseros. En cada localidad y en cada barrio nuestros compañeros deben preocuparse de dar vida a este movimiento de inquilinos para aliviar así el creciente malestar de los obreros.

¡Alerta, trabajadores! ¡Alerta, vecinos e inquilinos! Persistamos en la huelga de alquileres que hemos ya iniciado y que nos imiten los que aun vacilan en declararla.

Benito Maldonado

Grandioso mitin en la barriada de Casas Baratas

Compañeros: Los vecinos de las Casas Baratas, con el objeto de orientaros sobre el asunto de luz y agua y del conflicto que sostienen con el Patronato de la Habitación, os convocan al gran mitin, que tendrá lugar mañana, lunes, a las nueve de la noche, en el local del Ateneo Cultural de Defensa Obrera, Carretera del Port, 411, (casa Mar), en el cual tomarán parte los compañeros de la Comisión, Francisco López, Avelino Sánchez, Manuel Balufo, Benito Maldonado y Esparanza Fernández. Presidirá Juan Calva.

Solidaridad Obrera, 05/03/1933

CASAS BARATAS

Se convoca a todos los compañeros y compañeras de las Comisiones de los cuatro grupos de Casas Baratas, para la reunión que se celebrará mañana, miércoles, a las nueve y media, en el sitio de siempre, por tratarse de un asunto de mucha importancia.

Rogamos no faltéis, por el bien de la causa y nuestra organización.

Os saluda fraternalmente, la Comisión de Defensa de Casas Baratas de Casa Antón y Prat Vermell.

Solidaridad Obrera, 19/07/1932

Solidaridad Obrera, 09/05/1931

Solidaridad Obrera, 12/06/1932

La cuestión de las casas baratas

Hablando recibido varios vecinos de esta barriada citaciones para comparecer en demanda de juicio de desahucio, creemos pertinente exponer aquí el curso de esta cuestión.

El Patronato de la Habitación es una Sociedad administrada por una Junta irresponsable—de ser responsable estaría en presidio—, cuyos componentes se escudan en los cargos políticos que ostentan para atropellar impunemente al vecindario.

No se trata de un pleito o demanda vulgar entre propietario e inquilino, sino de la protesta de los cuatro grupos de Casas Baratas de Barcelona.

Conseguido esto, el vecindario vió la informalidad de estos políticos, que con desfachatez inaudita se colocan en la misma postura que los que tan duramente, y ante miles de personas, habían vapuleado; se niegan a toda concesión y tratan de hacer cómplices suyos a las autoridades. Si son gubernativas, para que asalten nuestros domicilios a altas horas de la noche, y si son judiciales, decretando desahucios.

Barcelona, 12 de noviembre de 1931. — Josefa Alcázar, Esperanza Rodríguez, Victoria Ruiz y Dolores Maldonado. (Siguen las firmas hasta 506.)

Solidaridad Obrera, 13/11/1931

ra hacer frente dentro de las leyes vigentes a un problema como el del Patronato de la Habitación que afectaba a una población aproximada de 15.000 habitantes, en estado de franca rebelión.

Hoy día más clara la situación social de nuestra ciudad y de acuerdo con el Excmo. Sr. Gobernador, hemos empezado a llevar a cabo los lanzamientos empezando por el de Ramón Rodrigo Ramos, subscritor del Sr. Grupo, que se ha llevado a efecto sin ningún incidente desagradable. Al mismo tiempo, se ha requerido para el lanzamiento a los 59 desahucios del Grupo 19, y se han entablado otros 23 y espera este Comité Ejecutivo que si se puede llevar a cabo estos lanzamientos será suficiente para que los inquilinos del Patronato de la Habitación empiecen a pagar los alquileres hasta restablecerse la normalidad en los grupos.

Memoria del Patronato de 1932 en el que se da cuenta de decenas de desahucios

ESPECTACULO DOLOROSO.

Desahucios en las Casas baratas

En compañía de un ejército de guardias de asalto al mando de un oficial personóse ayer el Juzgado en el grupo de casas baratas de la barriada de Casa Antúnez.

La fuerza fué conducida en seis camiones. Con ella iba también un vehículo de la ambulancia. Su paso por las calles de Barcelona y su llegada al grupo de casas baratas despertó general curiosidad. ¿Qué sucedía? ¿Qué combate iba a librarse que aconsejase la presencia de la ambulancia?

La fuerza pública y el Juzgado penetraron en el grupo de casas baratas con las precauciones naturales de un cuerpo de ejército que se introduce en campo del enemigo.

Ya cumplido el primer objetivo, que se llevó a cabo triunfalmente, procedióse por el Juzgado a realizar el segundo, que era el básico y consistía en ejecutar diez y ocho desahucios de los desgraciados que habitan en la barriada.

Diluvio, 16/05/1934

Quebrantamiento de sentencia

El Patronato de la Habitación ha comunicado al Juzgado que los inquilinos de diecinueve viviendas de la barriada de Casa Antúnez, que recientemente habían sido desahuciados por falta de pago, han vuelto a ocupar las casas de las que fueron lanzados, quebrantando la sentencia judicial.

La Vanguardia, 28/06/1934

Las hordas fascistas en acción Fué asaltada la barriada Aunós

A las dos de la madrugada del domingo pasado, la barriada Eduardo Aunós fué invadida por varios camiones repletos de guardias de asalto y civiles. Una vez tomado todo estratégicamente, procedieron los elementos del orden a un registro general en todas las viviendas. ¡Más de seiscientos domicilios violados! La barriada, en aquellos momentos parecía una cabila marroquí tomada militarmente por los bárbaros uniformados. Hombres, mujeres casadas y jóvenes solteras, todos fueron invitados a abandonar el lecho duro y miserable en el que descansan los cuerpos de los proletarios, para ser sometidos al indigno cacheo.

Se pretende sembrar el pánico entre los habitantes de esas barriadas, a fin de que hagan efectivo a ese Patronato un alquiler por todos conceptos excesivo. Y como a esos inquilinos no se les puede convencer con razones, porque esas razones no existen, se les quiere convencer con tercerolas de los guardias de asalto y con fusiles de la Guardia civil.

El Patronato de la Habitación dice que necesita dinero, ¡mucho dinero!, para amortizar—añade—los seis millones que costó edificar aquellas dichas viviendas. El Patronato sabe, tan bien como nosotros, que esos millones no amortizables aún, están en el Banco, pero a nombre del barón de Viver, de Miláns del Bosch, del general Barrera y de otros colaboradores de la Dictadura monárquica. Pero como no hay

Solidaridad Obrera, 04/11/1931

Las autoridades contra los inquilinos

Continúa el asedio a las Casas Baratas

En la madrugada del sábado día 30, cuando los habitantes de las Casas Baratas (Grupo Ferrer Guardia), estaban entregados al sueño, irrumpió una nube de Policías, Guardias de Seguridad, de Asalto y civil, armados hasta los dientes, con fusiles, carabinas, porras y por el fuera poco, hasta dos ametralladoras fueron empleadas, procediendo a un registro que duró más de tres horas.

Esta demostración de fuerza ocasionó el revuelo consiguiente entre aquel vecindario obrero, el

Continúa el asedio a los vecinos de las Casas Baratas

La cuestión del agua

En el día de ayer, los vecinos de los cuatro grupos de Casas Baratas se han visto por tercera vez sorprendidos por el milagro que representa el cierre de las llaves de que se surte el vecindario.

Cierto es que los moradores de esas caserías sostienen un conflicto en la huelga de alquileres contra el Patronato de la Habitación de Barcelona, pero que comete ante todos los poderes públicos habidos y por haber, que jamás se negaron los vecinos a satisfacer el importe del agua

¡y haga un cuento la opinión que la palabra "higiene", si se le quita el factor "agua", desaparece por completo...
Más humanidad, más sentido común y menos represalias... El pueblo necesita de todo lo suyo, y el agua es casi lo único que nos queda a estos modestos vecinos que, aunque rebeldes ante las injusticias, si son agitadores ni quieren ser niólogos, tal como se les considera desde la Prensa en la nota oficial del señor Molis.

Por las Comisiones del primero, segundo y tercer grupos,

Solidaridad Obrera, 08/05/1932

Solidaridad Obrera, 05/07/1932

XII. Nombres, voces y papeles

Todavía no. Quería pensar que ya podría dejar de buscar papeles, de buscar nombres y todavía no ha llegado ese momento. En muy pocas páginas, al pretender contar muchos días de seis años intensos para mucha gente, han ido saliendo algunos nombres y apellidos, y de éstos habitualmente el primero tan sólo. Han sido más hombres que mujeres. Desde luego que muchos otros y muchas otras también merecerían haber sido mencionados. En la categoría de los anónimos resulta, se quiera o no, que surgen rangos; sobre todo si pesa más el papel de los documentos que el tono de las voces. Puede, o eso se dice, que unos se llevaran la fama mientras otros cardaban la lana.

Tanto da que el propósito esté siendo una tentativa de discurrir por el barrio buscando tropezar con ellos, para sacarlos del ninguneo, del desvarío de los insultos pulcros acogidos a la gramática de la Academia. Quizás, en este ir a su encuentro, hasta han sido ensalzados. ¿Que allá no hubo dramas de tabernas?, ¿que no corrían pistolas y navajas?, ¿que las mujeres no se tiraban del moño a la de menos?, ¿que el tracoma no les tapaba los ojos? Sin duda, pero esos retratos ya han sido hechos y buena divulgación han tenido. Recorro otra vereda, si llevara una brújula seguro que no apuntaría al Norte y de los guiños no he querido prescindir. A un lado o al otro, no hay remedio, ya que los paralelos, de vez en cuando, se tocaban y entonces saltaban chispas. Aun así, por una mínima coherencia o, mejor, por cuidado de no entrometerse donde a uno no lo llaman, me martillea todavía ese interrogante: ¿poner nombre y apellido

a los anónimos, para qué? Si colea es porque, igual que en nuestros días, quizás no convenga precipitarse en querer sacar a los anónimos de su sitio. Hay quienes están —estuvieron, en su caso; aquellos y aquellas, ellos y ellas— a gusto en ese refugio de los nadie, resguardados de celebridades presuntuosas, evitando inoportunos invitados que lucen la semblanza de amigos por un rato. Mejor —parece que me digan— desapercibidos, silbando o canturreando el vivir en común sin el estorbo de sentirse escrutado, explicado o comprendido por unos ojos de fuera, traigan las intenciones que digan.

Ellos hablarán o no. Tú puedes escribir o no. Entre antes y ahora ha corrido el tiempo. Demasiado. Su anteayer, si lo guardan, ya se ha escurrido por las simas de los recuerdos, alterado demasiado por su ayer vivido, en singular y en colectivo. Quizás sean éstos los terrenos de la memoria. Mejor olvidarla, insisten muchos. A ti qué te importa, inquietan otros. Se redobla la cuestión: ¿anónimos con pasado? Sería iluso, sin embargo, pretender siquiera ponerse a salvo de cualquier intrusismo. Si vas a hurgar en relaciones sociales, remotas o recientes, tan chocante es dejarse persuadir por entonaciones de que las acciones se hacen sin actores, como que los actores viven sin acciones. Ellos dirán, si quieren, y a sus expensas navegarás. Después, a ti, la sensación de cazador cazado puede abatirte, tornarse pasajera o permanente. Aunque, ya sabes, si no te han llamado, ¿por qué te has metido?

Cuando aprieta el malestar por verse envuelto en el figoneo no deberían valer las tretas. No están nada bien. Por eso, apurar la senda que deparan ciertos elogios del anonimato al uso tampoco es nada convincente. Una vez que te adentras en esa maraña, te arriesgas a quedarte deslumbrado por un habilidoso juego de manos que muestra y esconde a los sin nombre hasta desquitarlos. Al poco, asoma la sensación de que quienes transcurren por ella no dejan de exhibirse como una especie de franquicia de los nombres propios que, amasando un sinfín de claves —muy exclusivas—, se atreven a descifrar las palpitaciones de ese terreno, indefinido por difuso, de los nadie. Dotados de una retórica ingeniosa, dispensan a la escritura el don del suplemento. Ésta, manejada con desparpajo, se aviene a describir, tras las sombras de unas multitudes abstractas, esos destellos tan difíciles de captar cuando se manobra en una alevosa nocturnidad, aunque sea de día. Al pintar escenas borrosas, rebosantes de gestos e intenciones nada nítidos, irrumpe la interpretación

sin cortapisas de lo que apenas se ve y oye, pero se intuye y se torna imprescindible. Al final, con suma imaginación, como quien no quiere, los sujetos de la acción habrán sido suplantados por los amos de la oración. ¿Narrar un bullicio donde se desfiguran, hasta esfumarse, los protagonistas concretos? Depende, todo depende de qué se persiga y a quién se pretenda encandilar.

El silencio de los muchos no presta la voz a unos pocos. Al menos no debería olvidarlo, me he dicho una y otra vez. Para que los nadie no se queden en nada, hay que evitar cualquier tentación de camelo. El más habitual, ya hace tiempo que estaba advertido, consiste en ir abandonando los propósitos de hablar de unas gentes a medida que gana terreno la propensión a hablar por ellos. A menudo, ese giro no es del todo deseado; la decantación es progresiva, casi inadvertida, y se va acentuando cuando, a falta de voces o papeles, los vacíos se agrandan e intentas rellenarlos con las escasas pistas que, desperdigadas, has ido almacenando. Además, ese atajo procura sortear cualquier inconveniente, resulta hasta plácido, pues se avanza y rápido a resguardo de los desmentidos, ya que nadie de los nadie estará para replicar ni se cruzará, sobre todo, para rebatir. El apremio del guión empuja, es una obviedad; los vacíos, por sabidos, apesadumbran, es inevitable. Hay hechos que jamás aparecerán en ningún documento, ya no digamos las razones que movilizaron a sus protagonistas, las ideas que iban tramando. Pero, ¿podré evitar ese pasaje de recolector a depredador? Bastaría, pienso, con sortear las imposturas, dedicándome simplemente a merodear entre los hallazgos habidos —sean cuales sean— sin agobiarme por una imposible exhaustividad, sin pretender cubrir huecos aquí y allá a mi aire, fiándome de intuiciones, de medias palabras. Arranqué sin plazos ni prisas, sin querer que me apretara ningún tipo de contrato. Tampoco me aseguraba ningún final, ni mucho menos llegar a hilvanar cualquier escritura. El abandono estaba implícito, no lo descartaba por lo que fuera. De nada sirve que ahora me ampare en contratiempos, que por ese no llegar a lo que perseguía acuda al lamento, gima por la mala suerte.

Con tantas dudas a cuestas, las divagaciones no acabarían nunca. Podría omitirlas, dejarlas arrinconadas en la trastienda. Al fin y al cabo, ¿qué importa que te hayas atascado al sacar a relucir, o no, los primeros apellidos de algunos? Primero, por esa obsesión de que nunca llegarías a todos los nombres, aunque no te importaba tanto el citar algunos, los que fueran, sino olvidar a

los otros muchos. Luego se juntó que algunos datos no te satisfacían: ¿debías reproducir noticias —en demasiadas ocasiones excesivamente breves— sin garantías de una mínima veracidad, cuando no ostentosamente tergiversadas? Y con aquellas otras que hundían a los de barrio en el barro de la delincuencia, ¿qué harías? Por último, te sacudió que tanto apelotonamiento de nombres, volcados como simple listado, le quitaba gracia a la narración, que por manías del rigor te ganaba la monotonía. Igual ya bastaba lo que venías relatando para mostrar que unos cuantos, bastantes, ya llevaban unos años en la brega antes de aparecer intempestivos el 18 de julio. Los rastros de los rostros requieren nombres, y si fueron muchos, mejor no dejarlos en pocos. Que no evitarás lagunas, que algún extravío ocurrirá. ¿Y? Si sigues, déjate de historias.

Eso. Fruto de la faena de recolector, hasta ahora han sido nombradas, pongamos, alrededor de cincuenta personas. Mujeres, apenas cinco: la Dolores, la Esperanza, la Amparo, la Encarnación, la Consuelo. Podría haber añadido a la Encarna Gallent, del Ateneo Faros, que no vivió en el barrio, pero que fue compañera de uno de los hermanos Bernis. Era de las que hacían teatro e intervino, junto a Juan, en la representación que hicieron en el barrio del melodrama *El Cabo Simón* o *La aldea de San Lorenzo*. Juan, que estuvo implicado en la huelga de alquileres y había enviado, ya en agosto de 1930, algún artículo a *Tierra y Libertad*, se encontraba en febrero del 33 entre los encarcelados que aparecían en los listados que regularmente difundía *la Soli*. Él y su hermano José fueron de los que dieron la bienvenida a un mundo mejor a Libertad, su apadrinada, comprometiéndose a atenderla durante el curso de su vida. El día que adquirieron este compromiso, junto a Vicente Fornés —el padre— y Carmen Carrillo —la madre—, estuvo también entre los diez asistentes María Medina, una mujer que, a punto de cumplir los setenta, podía enorgullecerse de saber leer y escribir. Mujeres fueron 506 las que prestaron su nombre para denunciar el acoso policial y reafirmarse en la justa lucha por los alquileres: Josefa Alcázar era la primera de la lista, a continuación sólo vienen Esperanza Fernández, Victoria Ruiz y Dolores Maldonado; las siguientes en el papel original se quedarían. Mujeres, con rastro de su nombre, en diez nos quedamos. La que haría el número once podría ser Isabel Parra, detenida por

un *fregao* con los guardias por la venta ambulante y reivindicada en la prensa obrera como compañera ultrajada; sobre todo, por haber sido vilipendiada tras el choque como agresora airada, en vez de apoyada como víctima de excesos.

Como huelguistas del alquiler que han dejado rastro en las hemerotecas también está Manuel Bolufer, que presidió un mitin precisamente cuando el asunto de los cortes de agua y luz estaba a la orden del día. Una mañana de marzo del 33, en el parque infantil del tercer grupo en Santa Coloma, Manuel —el compañero «Balufet» que, erróneamente, se mencionaba en la convocatoria— tomó la palabra junto a sus vecinos del primer grupo Benito y Esperanza. Asimismo consta José Borrás, en tanto que uno de los comisionados delegado para solicitar al ministro de Trabajo la fijación de los alquileres en veinte pesetas mensuales. Cuando el acuerdo en falso de finales de 1931 provocó que se removiera la composición de las comisiones —tanto las de los cuatro grupos como, la quinta, de coordinación—, José escribió en la prensa obrera acerca de la farsa del Patronato, acusándolo de intransigente por tirar los desahucios adelante; de informal por faltar al compromiso adquirido, y de irresponsable por azuzar todavía más el conflicto.

Igualmente, entre los que en algún momento pasaron a ejercer de delegados en las distintas y fluctuantes comisiones del barrio, resta mencionar a Gumersindo López, que fue elegido en el verano del 34. Gumersindo (*el Cangrijo*), bastante joven, fue de los que dio a sus veinte años con sus huesos en la cárcel cuando la huelga de la construcción. Allí encerrado, fue de los que firmó por la Juventud del Prat Vermell, en junio del 33, la llamada desde distintas barriadas contra la constitución de las Juventudes Libertarias como organización propia y desgajada, ya que preferían reforzar las filas revolucionarias de la FAI y grupos afines y no entretenerse en juegos de nuevas organizaciones y comités. Por aquel fervor volvió a ser detenido en verano del 35, en una batida contra el Sindicato de la Construcción que, según la policía, valió para requisar armas y explosivos.

Entre los muchos desahuciados, además de Marcelino, tan sólo ha aparecido el nombre del compañero Antonio Rodríguez. Él mismo se encargó de informar —acudiendo a la redacción de *la Soli*— de que todos los de su familia habían sido expulsados de su vivienda y que, tras el embargo, les habían

dejado tan limpios que hasta el pan y algún pescado frito que tenían para cenar aquella noche se les llevaron.

Entre los jóvenes estaba Crisanto Valcárcel. Nacido en 1918, al *Microbio* (o *el Santos*) *Tierra y Libertad* le publicó en 1933 un breve artículo titulado «Arde Casas Viejas». En él, con pasión, se pronunciaba contra aquella monstruosidad, contra la cruel sed de venganza que habían sacado los angelitos de la República en aquel pueblecito gaditano, ensañándose con el incendio de la choza de *Seisdedos*. Acababa pidiendo que la juventud rebelde se colocara, a la de ya, en la lucha. Él lo hizo y, en 1935, fue detenido cuando, tras la emboscada de sus perseguidores, trató de ganar la huida intentando lanzar una bomba. Procesado por un supuesto atraco a una empresa de harinas, le condenaron a la pena de veintiséis años y ocho meses de reclusión mayor, debiendo acarrear, mancomunadamente con sus compañeros, con el pago de las costas procesales y de las indemnizaciones por los perjuicios que se derivaron de la acción que les atribuyeron. Diego Segura, también a través de las páginas de *Tierra y Libertad* y precisamente por las fechas de la detención de Crisanto, lanzó una llamada a los jóvenes del barrio para que se sacudieran su modorra, abandonasen los deportes embrutecedores y los juegos estériles y entrasen en el terreno del estudio, en el campo de los conocimientos sociales.

De las generaciones de mayores, Blas Zambudio tuvo durante aquellos años distintos enconrazos con las fuerzas del orden y la justicia; habitualmente en Barcelona y aledaños, pero inclusive en Madrid. Conocido pistolero, calificado como delincuente y atracador anarquista de cuidado, en el barrio se le consideraba de los de acción del Sindicato. La prensa obrera se cuidó de informar, el día de los Inocentes de 1935, que una de las causas militares que tenía pendientes por agresión a la Guardia Civil había sido desarchivada. En el caso de Madrid, su detención en agosto del 34 fue el resultado de una minuciosa redada tras unas delicadas diligencias activadas por una orden de búsqueda y captura. Con él fueron arrestados otros compañeros de diversas nacionalidades, buena parte de ellos con antecedentes por su complicación en actos revolucionarios en distintos países. El parte policial aseguraba que estaban preparando un importante atraco y que entre los objetos que les ocuparon había algunos de signo libertario. Meses antes, en la barriada del Prat Vermell se procedió a una rigurosa batida por tener noticias de que, en un bar de la

zona, Blas se hallaba reunido con otros sujetos peligrosos. El bar era el Andalucía y cuando procedieron a su registro no encontraron a nadie porque, poco antes, habían sonado unos disparos de aviso. Para no irse de vacío, se extendió la búsqueda por el barrio y detuvieron a una decena de sospechosos, entre los que estaban Pedro Pérez y Luis Herrada. Años más tarde, el primero tuvo varias requisitorias por un sumario militar donde se le acusaba de haber pertenecido al Comité de control de la fábrica en la que trabajaba, y el segundo pasó unos años en un campo de concentración nazi. Acabando agosto de 1931, la tensión en la Modelo subió tanto como la temperatura en el exterior: algunos presos sociales se declararon en huelga de hambre; y el 2 de septiembre, ante la visita del gobernador civil y el presidente de la Audiencia, se desató un extraño motín donde los más activos eran soplones. Las represalias cayeron, sin embargo —quizás respondiendo a lo premeditado—, entre los revoltosos libertarios que se seleccionaron; uno de ellos era Enrique Pons. En la calle, para no dejarlos solos, se convocó una huelga general que deparó, tras la gravedad de los incidentes que se produjeron, más detenidos y encarcelamientos; entre ellos, Mariano Martínez, que desempeñó las veces de delegado del Comité de barriada por el Sindicato de la Construcción.

Tras nombrar a Blas, a Enrique y Mariano y, antes, a Gumersindo y Crisanto, se cuela —estaba cantado— la tan cacareada asociación entre clases laboriosas y clases peligrosas. Cualquiera que tenga el propósito o pretenda aproximarse al pulso social de aquellos años encontrará, en un momento u otro, alusiones a la plaga de atracos y robos que desquiciaba a Barcelona; en especial a partir de 1933. Para unos, los autores eran gánsters, de poca o mucha monta, sin más. Por eso las sentencias que dictaba la ley acostumbraban, acordes con la situación, a repetir el consabido «todos ellos con antecedentes policiales y estar considerados como anarcosindicalistas, pistoleros y atracadores y por tanto como sujetos peligrosos». Para otros, los inculpados, por ahí no iba la cosa y las interpretaciones eran varias y confrontadas.

En los ambientes obreros y revolucionarios aquellas prácticas, ciertamente extendidas, suscitaban discusiones enconadas, hasta violentas, que se traspasaron al terreno de las reacciones. Pese a las divergencias por la intensificación del atraquismo, coincidían en que los casos aislados, por más generalizados que fueran, nacían de la miseria y de la falta de justicia; y que, aunque la ley

los penara, la humanidad podría absolverlos, que la cuestión social no se resolvía mediante el celo de la policía. Con todo, sobre las conveniencias de la organización obrera de propiciarlas o arroparlas, surgían las discrepancias. El temor era brindar las excusas, innecesarias en el fondo, para que arreciara la represión. Las disputas, en cambio, incidían en los procedimientos y resaltaban los modos y los ritmos que acercaban o alejaban del común objetivo de la imprescindible revolución social, que diera al traste con la podrida sociedad de unas fuerzas que presumían de vivas pero ejercían de parasitarias. En aquellas fechas, para atracos —decían ellos— los de guante blanco, que se prodigaban sin impedimentos ni censuras; para celo en el mantenimiento del orden el descarado locaut del paro forzoso impuesto por una burguesía, cuyas preferencias —rojigualdas, cuatribarradas o con tintes violetas republicanos— eran pura tramoya, ya que sin distinción de banderas se aunaban todos a una en la defensa —como fuese— de sus beneficios, pues sólo profesaban, en el fondo, devoción y entrega por el color del dinero. En la prensa obrera ya ironizaban: «un piso modesto cuesta diez, quince, veinte duros al mes; un pan cuesta setenta y cinco céntimos; un par de zapatos, veinte pesetas. Decididamente, señor Ametlla —el entonces gobernador— hay que acabar con los atracadores».

Ni la ciudad era un remanso de paz, ni los arrabales, en consecuencia, enclaves que se asemejaran a una balsa de aceite. Por el contrario, las barriadas, como el Prat Vermell, eran pasto de presuntos implicados. A golpes de infortunio, con la suerte esquiva, a menudo sus armas esgrimían un doble filo. El día de Nochebuena de 1932, a los disparos del guardia jurado de los terrenos del Puerto Franco, acudieron unos números de la Guardia Civil que por allá rondaban. Al rato, detuvieron a una cuadrilla de seis individuos que acarreaban varios sacos de alcachofas valoradas en setecientas pesetas. No les faltaba razón a algunos oráculos del orden al decir que demasiados lucían la máscara de obreros sin faena cuando, en realidad, eran vagabundos profesionales, prestos a vivir del cuento, de lo ajeno, sin escrúpulos. Se desentendían de lo que costaba entonces labrarse la vida, aunque fuera haciendo mangas y capirotos. Lo mismo, aunque no igual, que hacía el célebre Pich i Pon y otros compinches. Éste, con aquellos apellidos suyos, sonando a quita y pon, como si fuesen la onomatopeya de los cargos que ostentó, de los negocios que abrió y cerró loando y brindando por la especulación, sí tenía escrúpulos: los pro-

prios de la propiedad. Al Patronato de la Habitación en el que se aposentó le cedió un despacho y, cuando cerraron el tenderete, se personó —cómo no— como acreedor, reclamando que le debían por el alquiler de la oficina prestada 9.450 pesetas. Remitirse a que la propiedad es un robo parece una exageración que no viene a cuento y ni quita ni pone en aquella fechoría de la cuadrilla de los seis. Es una incógnita si medraron ateniéndose a los tres caminos que, desde los círculos obreros, se abrían para los que no disponían de un céntimo, para los que ni venderse podían por un exiguo jornal. A escoger había, decían, entre morir de hambre y de frío por las calles, pedir limosna extendiendo la mano a la caridad pública o afirmar los fueros de la vida por la fuerza tomando el pan donde lo hubiera. *El Cangrijo*, en uno de sus poemas quejándose de que por más que sembraran flores ellos recogían espinas, le recitaba a su hijo, tras días deambulando en busca de faena y ver sus llores por hambre —«por qué se ponen las nubes si tus ojos son soles»—, que «esta noche ten por seguro que pan tendrás, que no te habrá de faltar».

A esperar, aunque empujando, tenían el alba de la revolución social en la que todos tendrían derecho a comer, menos los que no arrimaran el hombro a la tarea productiva, pues se acabarían los señores que viven de pasear. Insisto, era entonces. Alberto, Cristóbal, José, Andrés, Diego y Antonio arrastraron el delito de aquel robo de cuatrocientos kilos de alcachofas. Cuando llegó el día, Alberto Remolí figuraba como miembro del Comité Revolucionario de la barriada; más tarde fue herido en las Jornadas de Mayo del 37 y, al final, trasterrado, transitó por los campos de concentración franceses y de allá no volvió. De la cuadrilla, Antonio tuvo peor suerte, ya que fue ejecutado en mayo de 1940 por la violencia azul o parda en Zaragoza. José recorrió diferentes penales, saliendo en libertad condicional de la prisión central del Puerto de Santa María en abril de 1950, llegándole el licenciamiento definitivo en septiembre de 1968. Cristóbal (*el Colón*), uno de los tantos milicianos que partieron del barrio —en su caso, en el grupo tercero de la segunda centuria de Los Aguiluchos— fue herido en octubre del 36. De Andrés, algunos ecos, sin más precisiones, apuntan que fue uno más de los peligrosos de aquel Prado Rojo laborioso.

Las monedas tienen dos caras. Los propósitos no tienen por qué ser pretensiones. Los papeles impresos por más que estampen nombres no son de fiar, al menos del todo. Siempre han sido escritos, a menudo al dictado, arras-

trando una autoría pomposa o gris, con sello o sin él. De la mirada a la escritura hay un paso: la una y la otra escarban en la realidad de los hechos —de unos hechos—, y cuentan y se fijan en lo que parece oportuno, después de lo que se alcanza a conocer, de lo que se quiere saber. Esa doble, como mínimo, reducción de realidades huidizas debería servirnos para no encumbrar unas fuentes que, aunque pasen por primarias, no dejan de ser secundarias; es decir, construidas y amañadas. Las cosas, y más los actos, dependen de los ojos que miran, o se tapan; de las bocas que hablan, o se callan. La acción siempre representará algo muy distinto para quien la hace y para quien la observa. Demasiado lejos queda cualquier pretensión absurda de rozar la verdad, si se escribe en mayúscula, por descontado. Propósito de saber qué pudo pasar, puede ser. No es mucho, pero tampoco nada.

Los ilegalismos, por convicción o imposición, menudeaban en los barrios proletarios. Saltarse las leyes era un imponderable, pues éstas se encargaban de condenarlos al ostracismo con la vana ilusión de que no rechistarían, que no levantarían cabeza y que se resignarían a las cosas como les venían. Purgaron, y mucho, por atreverse a plantear otro reparto de la riqueza social, otra administración de las cosas; tanto en el dicho como, especialmente, en la práctica. Entre tanta agitación, los hechos de autos por los que eran acusados se amontonaban, siendo las inculpaciones variopintas. El delito de los obreros, a tenor de los señalamientos de los tribunales, iba desde atentados a la autoridad hasta tenencia de armas, pasando por coacciones, propaganda subversiva, reuniones clandestinas, asociación ilícita y demás retahíla asociable, desde el orden, al desorden. En los estallidos de la cuestión social, en los revelos por las agitaciones extremistas, en las notificaciones de los tribunales, relucen algunas briznas del choque antagónico entre las confrontadas maneras de estar y querer el mundo. Era así. Pero la prensa reproduce la voz de su amo, es lo corriente. Otra prensa —en aquellos años, la obrera— alentaba a que los que no tenían la palabra la tomaran ya y cargaba, sin paliativos, contra «los plumíferos de ronza y pesebre». Amos y sin amos peleaban por una verdad, con los mismos medios aunque desiguales, y se afanaban en unos fines separados por un abismo.

Desparramados por las hemerotecas, a la postre, surgen de rebote otros nombres de vecinos de entonces todavía sin nombrar. Entre esos cabos suel-

tos, pocas letras, pero significativas. Plácido Vidal, denunciado en junio del 31 por negarse a presidir una mesa electoral. Pedro Carmona juzgado por coacciones. Igual suerte corrió Francisco Alonso, a raíz de la huelga en la fábrica de calzados en la que trabajaba. Por los sucesos de octubre del 34, además de algunos que ya han sido citados, fueron apresados José Ausejo —mencionado en la prensa como Asenjo— y José Fernández; y por la insurrección de 1932 fue recluido Juan Martínez, vendedor ambulante del Sindicato de la Alimentación. A José García, peón del Sindicato de la Construcción, lo detuvieron cuando buscaban por la barriada a unos desconocidos que habían disparado a una camioneta que transportaba arena boicoteada; le cayeron cuatro meses de arresto por resistencia. José Neri, expulsado de Argentina, fue retenido al atracar el trasatlántico que lo devolvía y, más tarde, soltado con la condición de que siguiera su periplo hasta su Coruña natal.

Si tiene algún mérito, o siquiera interés, proseguir con esta recopilación de nombres y apellidos asociados a algunas de sus andanzas es porque después, en los acontecimientos venideros, el asombro dejará de ser sorpresa y como bulo quedarán las manidas argucias que pontifican su irrupción por ensalmo, que de la nada arremetieron los nadie, que con nada quisieron comérselo todo y de malos modos. Han sido cerca de tres docenas los añadidos ahora a los cincuenta ya nombrados. El recuento es algo más nutrido, pero de todos modos aún cojea porque restan todavía algunos otros más. En los archivos, entre la documentación que no se ha perdido o que no han hecho desaparecer, los nombres no figuran únicamente esparcidos —de uno en uno, o en ocasiones formando cuadrillas de circunstancias asociadas a percances—, sino también agrupados; entonces su estampación registra simple pero significativamente una adscripción, una pertenencia a cualquiera de las expresiones de la asociación obrera. Tampoco son tantos, pero esas huellas testimonian que quisieron y supieron estar juntos en sus presentes adversos, haciendo por y pensando en un futuro próximo.

Cuando el tiroteo a las puertas de Alena, de entre los heridos pertenecientes al Sindicato Único, seis de ellos al menos eran de la barriada; uno, José, hasta vivía encima de donde estaba el Ateneo. Algunos domicilios de los agredidos los recogía la prensa y, de los otros, algunos están en los registros de la estadística municipal. Según otros archivos —el del Gobierno Civil, entre

otros—, los seis se convierten en más. En aquella fábrica de contrachapados, bajo la férula del gerente Gotarredona, para cuidarse de sí y por sí mismos, los obreros constituyeron en noviembre del 32 una sociedad de socorros mutuos. En las dos primeras juntas de la mutua ocuparon cargos Francisco Reyes —ya mentado—, los hermanos mayores de Crisanto —José y Manuel— y también Antonio Cantó, Antonio García y Andrés Requena.

Benito, con macabra ironía, llegó a escribir que en aquel barrio suyo, cuando alguien se ponía enfermo, se moría tranquilamente sin ser torturado por los médicos; los cuales había que ir a buscar a varios kilómetros de distancia. Era cuando, tenaces en la reclamación de unos alquileres más bajos, adjuntaban el memorando de mínimos para que aquella colonia penal tan mal construida se asemejara a un barrio; sin pretensiones, pero digno, a las puertas de la ciudad popular en quiebra. Como, sin embargo, no era de esperar que el maná les cayera del cielo, preferían montárselo ellos mismos, por la directa. Por eso, entre los que se apuntaron a la Organización Sanitaria Obrera hubo unos cuantos. La pega es que los listados encontrados de la mutua son incompletos y que tan sólo recogen el primer apellido. Sobresalen los Pérez, los Martínez, los López, los García... apellidos comunes, del montón, que abundaron por la barriada y que aconsejan no lanzarse a citas sin ton ni son. Aun con esas, tras repasar los 750 socios que constan en los boletines consultados, junto a los tres ya mencionados, encontramos también a Francisco Imbernón, Francisco Liria, Alfonso Segura, Esteban Candel, José Conesa y José Arellano. Al apuntarse, es de pensar que se fijarían en los servicios que se les prestarían por las cuotas que pagaban, pero también algo de los objetivos de la mutua sabrían y compartirían. De algún modo, cotizando hacían suya la colectivización de los servicios médico-sanitarios y perseguían el bienestar común, «a trueque de destruir las corrientes comerciales parasitarias y agiotistas» que se nutrían —y continúan nutriéndose— al socaire de la desigualdad económica y social. Al depositar sesenta céntimos por el carnet y los estatutos —si no antes— algo así les debieron explicar, como también les advertirían, por si les flaqueaba la memoria, que de comportarse contra los intereses del pueblo trabajador, entorpeciendo la obra de apoyo mutuo, de solidaridad y confraternidad que guiaba a los asociados, serían expulsados de la organización.

Los grados de compromiso y los vaivenes en el tiempo no sólo concurren en las dinámicas de las organizaciones, sino que acompañan igualmente las trayectorias de cada cual en singular, a lo largo de la vida como en ciertos momentos de ésta. Socios o afiliados, simpatizantes, militantes de base o notables y tantas otras calificaciones, más que clarificar, pueden ensombrecer tentesiesos en la brega, no siempre pendientes de la vistosidad o notoriedad. Al revés, anónimos podía ser el nombre de un grupo de afinidad porque esa condición, más que menospreciarse, se elogiaba. Ser anónimo, un cualquiera, no era un desdén. Al contrario, los militantes de antaño, con la nieve en su cabeza como testimonio, se enorgullecían de ser ignorados, de que jamás su nombre hubiese aparecido en la prensa, ni de haber escrito artículos ni pronunciado discursos, si bien habían trabajado, a toda presión, por el triunfo de la causa de la emancipación. Las distinciones de rango son raseros que avisan de jerarquías, es cierto, pero también las inducen. Diría otra vez aquello de que unos se llevan la fama y otros cardan la lana, y es que tan pronto te encuentras con generales sin tropa como tropas sin general, ya que perdura el afán de contar las ovejitas del rebaño bajo el escrutinio y las tijeras de esquilas del pastor. ¡Vaya vara!

A ras de suelo, lo que importa, aparcando a los importantes, es que, desde antes de julio de 1936, al menos otros cincuenta y un moradores de la barriada tuvieron un carnet confederal. Algunos, podría ser, lo cogerían porque tocaba, por ir a remolque, para no ser menos o, para decirlo escuetamente, como un ascendente de grupo que remarcaba la impronta del ambiente, el peso que tenía apuntarse, o no, con los tuyos. A borbotones, la mayoría de esos nombres se reflejan entre los papeles que recopiló la tenebrosa DERD (Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos) y sus agencias locales, que en su minuciosidad arramblaron con los listados de afiliados a los sindicatos de la CNT y con los de bastantes empresas colectivizadas en las que se detallaba la adscripción sindical de sus trabajadores. En aquellos libros, rellenos con más o menos esmero, según sectores o secciones, a veces viene la dirección del trabajador y consta una fecha de ingreso. Otros pocos nombres han salido de los avisos de la pérdida o el hallazgo de un carnet insertados en la prensa sindical. Ese medio centenar es una muestra ínfima, pues pocas han sido las empresas ubicadas en la barriada que he podido puntear y no todos ni todas, por su-

puesto, trabajaban en los alrededores de sus casas. De ellos, apenas una decena ya han salido. Los restantes, si acaso, aparecerán más adelante. Si se tercia.

El trasiego por los nombres me ha desconcertado más de lo esperado. No he podido disimularlo, me parece. Su número, al final, ha superado con creces el centenar. Demasiados, si se considera que en las crónicas —de despistados o avisados, de antes y de ahora— se prefiere rebajarlos hasta casi dejarlos en ninguno. Poquísimos, si se escuchan las muchas voces de ellos que insisten en la cantinela de que quien más quien menos mantuvo una estrecha relación, personal o familiar, con la nebulosa del obrerismo anarcosindicalista tan arraigado en el barrio. Es cuando dicen, haciendo suya la historia, pisándose la vez, que eso del Prado Rojo vendría de los trapos tintados, descuidando que también estaban embadurnados del negro de la explotación y de la revuelta. Vuelvo al propósito sin pretensiones: recolector antes que depredador. Con el bulto de las cifras he llegado hasta aquí, la cuenta de los incontados escamoteará la rapiña.

Por el camino se han escabullido las voces, me han comentado los escasos amigos a quienes, abusando de la confianza, les he pasado los textos y agobiado con mis inquietudes. No les falta razón, les sobra. No encuentro disculpas a las estrambóticas peroratas que he intercalado y tampoco nadie me ha insinuado nada de si sobran, de si son repetitivas o de si afloran tantas contradicciones que te pierdes o nos pierdes. A mi libre albedrío me han dejado. En cuanto a las voces, les decía que, por mi parte, no ha habido descuido deliberado, ya me hubiera gustado probar una reescritura más viva estirando de ellas. La ausencia de voces, tan notoria, ha sido la contrapartida de querer sacar nombres vinculados a hechos y situaciones reales. Algunas hablas recordaban de pasada acontecimientos que, para ellos y en el barrio, resultaron excepcionales, toda vez que se incrustaron, por un motivo u otro, en las rutinas cotidianas. A años luz de entonces, aquellas imágenes suyas son ya inevitablemente vagas, imprecisas las fechas, distorsionados los hechos, desfigurados los rostros y olvidados los nombres. «Éramos muy críos», repiten. «Si afinas tanto, poco podremos aportar», remachan.

Es evidente que, para guardar recuerdos vivos del arranque de aquellos años treinta, había que tener una mínima edad y haber estado muy cerca de

los protagonistas, tratándolos. A mucho estirar, los que llegaron al mundo a principios de los veinte —si no antes— podrían esbozar algún recuerdo de lo visto u oído. Y quedan con vida pocos, muy pocos. Menos son, todavía, los dispuestos a remover lo remoto, a transmitir algo distinto al «más cornadas da el hambre», a engarzar chismorreos sueltos soslayando todo indicio comprometedor sobre cualquiera, y menos que rozara a los próximos. En aquellos barrios, rasgar la memoria es ingrato, incómodo, cuando no un suplicio. Para llegar a los treinta hay que atravesar los cuarenta, y esos años se les atragantaron, quedando sus peripecias grabadas, aunque parece que para ser enterradas. Al menos entre los de aquella edad, una generación perdida por los estropicios de los funerales, de las condenas, de los castigos y de las penurias, predomina la envoltura con el silencio de su pasado ominoso. ¿Mirar tan lejos, tan atrás, para qué? Esa es la pregunta que, como respuesta, dan de casi todos.

Con Mariano, una de las personas con las que me fue posible contactar, no pude hablar. Extrañado de que supiera algo sobre él y su hermano, llegó a irritarse. Si quería preguntarle y escucharle, tuve que conformarme con sus preguntas en el tono de que quién era yo para meterme en sus vidas y dedicarme a recopilar documentos suyos. Tras el primer encontronazo, como si quedara satisfecho de mis explicaciones, llegamos a quedar una mañana, no en su casa o en el barrio sino por el centro de la ciudad. La tarde anterior, sin embargo, su mujer me rogó que no lo molestara, que lo dejara estar, que ya había pasado tanto tiempo que mejor no remover nada. Y es que además —se disculpaba— a su marido le quedaban, apenas, escasas fuerzas.

Cambiados los papeles, otro tanto ocurrió con una hija de Marcelino. Tras las pertinentes llamadas y varias cartas accedió al encuentro. Me indicó algunas señas para llegar a su hermano mayor, del que hacía tiempo no tenía ninguna noticia, me iba preguntando por el padre y algún recuerdo me iba soltando. Pero justo el día que habíamos acordado para vernos, me llamó para decirme que, sintiéndolo mucho, no podría ser, que su marido se había contrariado hasta el extremo de pedirle que renunciara a la conversación e intercambio de papeles en que habíamos quedado.

A Francisco, la edad y los muchos achaques, físicos ahora y morales si se ponía a recordar, no le dejaban hablar. Algún día, por teléfono, dialogába-

mos; más con su mujer que con él. Ella, también del barrio, se prestaba a traspasarle —a voces por su sordera— algunas preguntas demasiado concisas sobre tal vecino, tal fábrica o tal hecho. No todo fue en vano ya que algún cabo suelto me ayudaron a atar. A la conversación cara a cara, tantas veces aplazada, no acabamos de llegar.

Sebastián es un prodigio de memoria y eso que roza el centenario; un año le falta. Hombre desde siempre con salud, ahora ya ni puede ir a pasar el rato al hogar del jubilado: las piernas, el oído, etcétera le retienen en casa. Me comenta del gimnasio al que iba, de las excursiones, de las partidas de billar sin humo ni alcohol. Se acuerda hasta de los domicilios de algunos compañeros suyos, de los delegados del Sindicato y de quién llevaba las cotizaciones. Trabajaba en la metalurgia y tenía carnet de la CNT desde junio de 1930. Fueron, en este caso, sus hijas las que prefirieron que no le incordiaran en su casa, y eso que por él no había ningún problema, salvo que no podía salir ni abrirme la puerta.

Salvador era de la Madera y, además, vivía en la calle 20. A la primera, encantado, refresca especialmente la memoria referida a él y sólo menciona de pasada discretas e imprecisas vaguedades de algunos vecinos que van surgiendo al hilo de la conversación. «Mejor que nos veamos», le digo ilusionado, y así quedamos en que volvería a llamarle para concretar. Cuando lo hice fue tarde, ya había hablado con la familia y se lo había repensado. Aplazamiento indefinido porque, a la segunda, ya no era un problema de fechas y asuntos familiares sino, simplemente, un «qué quieres que te diga», un «no tengo nada que decirte». «Mejor dejarlo estar».

Con Pedro sí que pesó el fatídico calendario. Por correspondencia y vía telefónica fue avanzándose anécdotas del padre, del tío y también de algunos vecinos a los que nombraba por el mote, se reunieran o no en casa de su familia. Residía fuera de Barcelona —a bastantes kilómetros—, así que tuve que esperar a disponer de tiempo entre semana para visitarle. Ya, en verano, volví a llamarle, pero no cogía el teléfono. Uno de sus hijos, al que localicé, me dijo que lo acababan de ingresar en el hospital, que no volviera, por favor, a insistir.

José Mariño vivía en París, fue de los que no volvieron. No era del barrio pero, por afinidad, compartió momentos e incidentes con algunos de aquellas casas baratas. Se le podía considerar una enciclopedia andante, ya que no se

le habían borrado ni nombres ni acontecimientos, de los menores y de los mayores. A su pozo recurrieron algunos que recuperan la memoria y bastantes que husmean en las muchas muertes de Durruti. Me explica, tantas veces como puede, que estaba con él cuando cayó en la ciudad universitaria madrileña, y por supuesto tiene su versión de los hechos. Mariño estuvo en la cárcel un par de veces y dice pestes de las noticias de prensa que difundieron acerca de lo ocurrido en 1935: «nada de un atraco», insiste. A él, a un par de las Casas Baratas y a otro par de compañeros los detuvieron por casualidad, cuando llevaban encima unas bombas con la intención de trasladarlas a un lugar más seguro; fue, me cuenta, cuando los sabotajes a los tranvías estaban en pleno apogeo. Tanto postergué, por un motivo u otro, la visita que ya no pude llegar. No pudo recibirme. Se me pasó el tiempo.

María fue compañera de uno de los vecinos que más ha salido nombrado en estas páginas, a tenor de conflictos laborales, por huelguista destacado del alquiler o por el Ateneo. Su nieto me aseguró que a pesar de su mucha edad tenía fresca la memoria y estaría presta a conversar. Él se encargaría, sin prisas, de gestionar el encuentro, aunque esperaría a un momento propicio para comentarle mi interés, y de paso preparando el terreno aprovecharía para ir hablándolo con la familia; además, me avanza, quizás salga algún papel. La oportunidad se desvaneció. A algunos descendientes de José les disgustaba rememorar y pusieron tantas pegas como pudieron al resto de la familia.

En otras ocasiones ni ha habido posibilidad de intercambiar una sola palabra. Unos no estaban para estos trotes, otros ni abrir la boca quisieron, me despacharon con amabilidad o ni eso. Eran reparos previsibles porque, igual que se pregunta, se puede responder no respondiendo. Y empeñarse en sonsacar tampoco es un remedio; más bien es el paso que lleva de recolector a cazador. Mejor así, a rebufo, tampoco sé de qué valdría juntar palabras sacadas con un calzador. He preferido los interrogantes a los interrogatorios.

XIII. Un domingo sin festival

La chiquillada se fue a dormir inquieta esperando los prometidos payasos de la mañana siguiente. Al levantarse, se llevaron un chasco cuando les dijeron que se habían quedado sin festival, que además no podían salir de casa y ni por asomo alejarse del barrio. Tanto contratiempo, en formato del ordeno y mando de las caras serias de los mayores, les dio más alas para escabullirse hacia la calle, aunque, por si acaso, no se atrevieron a saltarse la segunda advertencia. Así se fueron juntando, sin rebasarla, en la línea imaginaria del final del barrio que daba al paseo de la Industria, frente al asilo. Les ganó, sin que consiguieran desprenderse del mal agüero del miedo, la excitación de saber qué pasaba, cómo iba la cosa.

—Tampoco aquel alboroto nos pilló tan de sorpresa. Lo que estaba pasando era un secreto a voces. Hacía demasiados días que corría la voz de que en un momento u otro llegaría. Algunos de entre nosotros, a principios de mes, se habían llevado una terrible reprimenda porque se les había ocurrido ir a chivarse a los picoletos de que habían encontrado, en el descampado de enfrente, municiones y explosivos. Nos quedamos sin festival, desde luego, pero aquel domingo empezaba más emocionante.

Que el horno no estaba para bollos, que se avecinaba una muy gorda, era asumido hasta por los críos. Se mascaba en el ambiente. Los empresarios llevaban ya un tiempo quejándose de la corriente huelguística, del plan de combate que intuían y de la alarmante zozobra que los desquiciaba. Los que iban

a dar el golpe, tras sucesivas demoras, estaban a punto otra vez y lo suponían definitivo. Ya habían barajado la intentona en noviembre del 35 y en febrero del 36, el día antes de las elecciones, en la misma jornada o en la de después, cuando los seiscientos concentrados en la tapadera del España Club de la plaza del Teatro fueron desconvocados. Incluso hasta lo habían considerado para el Primero de Mayo del 36.

A toda costa, como fuera y cuanto antes, había que «operar al niño». Aquella contraseña, que adoptaron para transmitir los pasos y acuerdos de su alzamiento, no cesó de difundirse. Se acentuaron las prisas. Las reuniones se sucedieron en una *torre* de la carretera de Esplugas, en el barrio de Pedralbes —la Torre Eugenia, del farmacéutico José Martín—, o en casa de mosén Guiu —Joaquín Guiu Bonastre, el que custodiaba el fichero de rojos y masones que nunca se ha encontrado— en la Vía Layetana esquina con la calle Princesa. El barón de Viver —un grande de España que fuera alcalde de la urbe cuando la dictadura de Primo de Rivera y premiado, por sus méritos, dándole su nombre a uno de los grupos de Casas Baratas— cedió también una de sus fincas para aquellos encuentros. Al que se produjo a mediados de junio acudieron unos cincuenta militares y una docena de paisanos, y en el de unos días después la asistencia ya fue más reducida pues se trataba de trazar las líneas generales de la sublevación. También, aunque quejosos de la tacañería de los pudientes, habían logrado recaudar los dineros necesarios gracias al desprendimiento de Magín Raventós, Domingo Baró, Francisco Pala, José Garalloba (así consta en el documento, aunque probablemente se trate de Garayoa) y Luis Rivière. Tanto eco de aquel ruido de sables condujo a que, dos días antes de su *alzamiento glorioso*, fuera capturado uno de los enlaces entre las distintas zonas comprometidas con una documentación importante que no sirvió para que las autoridades republicanas correspondientes lo atajasen como fuese.

Faltaba la orden del estado mayor conspirativo. Estaba al caer, pero no llegaba. Las horas del viernes 17 de julio transcurrieron a su espera. Sin embargo, el comandante López Amor, no pudiendo reprimir su impaciencia ni contener su entusiasmo, la misma noche se lanzó por su cuenta y riesgo a la calle. Unos quince patriotas que lo secundaron fueron detenidos en las proximidades del cuartel de la Guardia Civil, en la calle Consejo de Ciento, pero

en un periquete, cuestión de complicidades, los dejaron sueltos. Al poco de aquel revés, se recibió el telegrama cifrado desde África. Durante el sábado, se prodigaron las febriles reuniones de los jefes de los elementos civiles; una de ellas —arrancando la tarde— en el Café Turia, en la rambla de Cataluña. Luego se dio la orden de concentración a los «muchachos» en los canódromos de la ciudad para que, cada uno con su columna coloreada, permaneciesen a la espera de poder abrir las puertas de los cuarteles compartiendo el santo y seña de «Fernando Furriel Ferrol». Ya sería la madrugada del domingo cuando se desencadenó el golpe anunciado que dejó a aquellos críos sin festival, y sin playa a otros cuantos.

Si en las esferas gubernativas parecía que no ocurría nada, en el lado obrero andaban ojo avizor. Desde los despachos de las autoridades republicanas se simulaba un todo bajo control ya que, más estremecidas por la cantada revolución que por el seguro golpe de Estado, preferían replegarse en la sorda espera de verlas venir sin mover un dedo. Por el contrario, en los locales obreros los bríos, más que achicarse, se multiplicaban e imperaba la consigna de aprestarse a estar a punto sin remilgos para el acontecimiento; no valían ni disimulos ni reservas en que resguardarse. El 13 de julio del 36 los distintos ramos del transporte —de sangre o mecánico— fueron a la huelga, para el 18 estaba proclamada la de la luz, pero sobre todo se preparaban para la que iba a caer. La mayor preocupación, sin embargo, estribaba en dotarse de suficiente armamento para derrotar a los facciosos, y después, dándole una vuelta de tuerca a la situación, emprender la revolución. No confiaban casi nada en las gestiones que, desde muy arriba —con la masonería prestando sus oficios—, se estaban emprendiendo para evitar la intentona encabezada por los militares. Ésas eran, al menos, las intenciones de los denominados comités superiores anarcosindicalistas, de sobra narradas de viva voz o por prestado y sin agradecimientos. De los detalles sueltos, todavía escurridizos o poco contados respecto a las armas, se podría señalar que desde la Federación Local —con Asens en la secretaría— se procuró recurrir donde fuera preciso y sin regatear en medios. Se acudió, así, al trajinante Ramón Moneo que desde su oficina apalancada en el Bar Los Pajaritos —en la calle Conde del Asalto— era capaz de agenciar, a buen precio, lo que se le encargase, aunque, al final, fuera poca cosa la entregada; o se contó con la predisposición del armero Pedro Espert,

en el barrio de Hostafrancs —calle Sant Roc—, para que suministrara algunas pistolas usadas en buen estado y, sobre todo, munición.

El tema de las reuniones para tratos con militares tampoco dejó de pulsarse, y el papel de enlace parece que recayó en Servando Meana Miranda, capitán de Aviación que prestaba sus servicios en el Gobierno Civil a las órdenes del consejero Josep Maria España. Mantuvieron los encuentros en el Restaurante Siete Puertas, en el Sindicato de la Piel, y la última el día 15 de julio en casa de un basurero que residía en el Prat de Llobregat. Allí compartieron mesa con Meana, Díaz Sandino, Ramón Franco —el hermano aviador de Francisco, el africanista sobrevenido caudillo— y De Ponce León por los militares, y Asens, García Oliver, Francisco Ascaso y Durruti por la CNT. Los intrínquilos se resolvieron acordando que Meana se encargase, por propia iniciativa y sin consentimiento del gobernador, de suministrarles las cajas de armas y municiones almacenadas en la azotea del edificio del Gobierno Civil —una promesa que, sin embargo, se dilató hasta el mismo 19 de julio—. También se acordó que los mandos de la Aviación se pondrían del lado proletario y, tras insistentes presiones, se prestaron a volar por encima del cuartel de Atarazanas, en el que se decidió el final de aquella batalla de treinta y seis horas. La masonería quizás sobrevolaba, baste con reparar en Díaz Sandino —al mando del aeródromo del Prat—, quien desde 1930 gozaba de la categoría de maestro masón, grado 3, de la Logia Plus Ultra 69, figurando con el nombre simbólico de Lenin; Servando Meana, quien ingresó en marzo del 36 en la Logia Redención 2, y Ramón Franco, que perteneció a la Logia Plus Ultra 452. Y de los otros, en aquellas reuniones, pues...

De los altos vuelos de aquellos aviadores y tertulios de ocasión, es de suponer que en el barrio poco sabrían. Habían visto alzarse y aterrizar algunos de aquellos atractivos aeroplanos en el hipódromo; se habían fijado, especialmente, en la concurrencia exquisita que se deleitaba con las rachas caprichosas de humo que esparcían las aeronaves por el cielo nítido, y les sonaba y conocían La Aeronáutica como una de las fábricas en la playa. Sabían también que allá mismo, a tocar, una calle del diminuto vecino barrio del Pont dels Gossos —rebautizado como Plus Ultra— se la habían dedicado al hermano raro de Franco —Ramón—, por su genialidad y destreza. Abajo se está mucho más cerca del suelo y allá andaban, preparándose a por todas.

Recuerdan «algunas cosillas» —me dicen—, aunque al volver a aquellas escenas no concuerdan del todo.

—Los más criajos, como yo —es la versión rememorada por uno de los hijos de un componente del primer Comité Revolucionario— nos lo tomamos como un juego, como un día de fiesta que no sería como los corrientes y en el que no haríamos lo de siempre. A otros, con pocos años más, les sonaba la flauta y hablaban de que aquellos fachas esta vez se llevarían su merecido, y que tras acabar con ellos empezaría la revolución. Fueron tres días largos pero que pasaron en un santiamén y, de acordarme —y mal—, tengo una vaga imagen de la barricada abarrotada de gente que, poco a poco, se fue haciendo más grande y más sólida.

—De armas no vimos muchas. Para todos no alcanzaban. Sólo a algunos les llegaron. Alguna pistola y, más que nada, viejas escopetas. Después nos dijeron que buena parte de ellas se las habían requisado a los campesinos de las casas de la zona. Ya ves, escopetas de caza, de perdigones. De vez en cuando levantaban la vista hacia el castillo, pendientes de las baterías, de que se viera bajar por las laderas a los soldados...

—Me acuerdo —matiza Santiago— que, desde unos días antes, en casa, nos pusieron a mí y a otro chaval frente a unos cubos para ir rellenando de pólvora los peines; aquellas cintas metálicas que hacían de cargador de los fusiles que iban a usar cuando tocara. Mi padre estaba muy metido en el fregao. De siempre, desde que trabajaba en el puerto y, por si le hiciera falta, iba armado (llevaba una pistola en el pantalón y una pistolilla en el sobaco, por si acaso). Los conflictos en aquellos años eran de armas tomar y, de tenerlas, había que precaverse; como él, que en casa llegó a hacerse un doble tabique de obra y hasta le puso una puerta de madera.

Y prosigue:

—La barricada la levantaron delante de Can Macarrinyes, una masía que estaba un poco antes de llegar a la carretera del Port, tras cruzar el paseo de la Industria y haciendo esquina con el camino del Puente de las Vacas; casi enfrente del Asilo. En aquel rincón las primeras horas fueron de tensa espera, de inquietud por estar quietos. Luego, desde la montaña bajaron, pasadas ya unas horas, unos guardias civiles que se apostaron en el cruce de la carretera del Port y se mantuvieron a una cierta distancia de la barricada. Se estuvieron poco

tiempo y sin disparar, que recuerde. Parecía que midieran las fuerzas o que les corroía la indecisión, y se acabaron marchando por donde habían venido.

Los combates se libraban en otras partes de la ciudad. No es que la zona careciera de valores estratégicos, sino todo lo contrario: estaban los depósitos de la CAMPSA, la playa para un eventual desembarco e incluso el hipódromo valdría —ya había servido— para aterrizajes. Si acaso, a la espera del desenlace, tendrían que pasar muchas horas. Por el momento, allá imperaba la calma; la calma tensa.

Habría que salir entonces a batirse contra el enemigo. Ir y estar en otros sitios, donde los acontecimientos de la batalla en la propia ciudad los requiriesen. Por el mapa, les correspondía la Gran Vía, donde estaba el cuartel de Lepanto, frente a la Magoria. El acuartelamiento era de reciente construcción, y su emplazamiento en aquella nueva ancha vía respondía a criterios logísticos, a la par que agilizaba una permuta en medio de la ciudad: la del viejo acantonamiento de Atarazanas, considerado obsoleto —quién lo iba a decir—, que debía pasar a manos del Ayuntamiento para que le diera otros usos. Sus obras, además, se habían proyectado coincidiendo con el derribo de lo que allá mismo fueron sus barracas; como si esa presencia militar se correspondiese con la necesaria prolongación de la Exposición Internacional, sabiéndose que no puede haber palacios sin cuarteles. Allá se dirigieron ellos por el paseo de la Industria, mientras por la Riera Blanca bajaron los de La Torrassa y por la riera de Magoria lo hicieron los compañeros de Sants. Marina recuerda que su padre le dijo que apenas hubo tiros, que la tropa de aquel Batallón de Zapadores-Minadores n.º 4, más que rendirse, parecía que esperara su llegada para cambiar de bando. En esta ocasión, pues, también salió bien la osadía de dejarlos salir del cuartel para después acorralarlos y hostigarlos en las calles, y poder luego sorprender en su madriguera a los retenes que quedasen.

Al mando del cuartel del Cuerpo de Ingenieros figuraba el teniente coronel Antonio Navarro. No estaba —se decía— expresamente comprometido con el golpe, pero, llegado el caso, se contaba con él. Durante la vigilia, el acuartelamiento se cumplió a rajatabla, y sobre las siete de la mañana una compañía con dos secciones salió con la orden de llegar a la plaza España para juntarse con las fuerzas de caballería del cuartel de Montesa —el de la calle Tarragona— que allá combatían. A resguardo del fortín con aires neorrena-

centistas permanecieron el indeciso teniente coronel, el ya más implicado con la junta golpista comandante Luis del Pozo, cinco capitanes, cuatro tenientes, un par de alféreces y otros suboficiales y tropa retenida.

Si nos fiamos de lo que le contaron los del Comité Revolucionario del Prat Vermell al que hacía las veces de reportero para *la Soli* —o lo que éste tuvo a bien reproducir—, la defensa apenas duró diez minutos. Cesó de repente el vivo tiroteo y empezaron a asomar en los balcones de los pabellones trapos blancos; un aviso de rendición que se tradujo, minutos más tarde, en la apertura de las puertas. La tropa, para su sorpresa —explicaban—, los apretujó con abrazos fraternales y, ya en la calle junto a ellos, siguió empuñando las armas pero cambiando de filas. Al blandir el parte —conciso— se ufanaban de que tan sólo cuatro de los suyos habían sufrido heridas, mientras que del lado de los elementos facciosos había varias bajas entre jefes y oficiales. No comentan que las fuerzas al mando del teniente coronel Ramírez de Cartagena —enviadas por Díaz Sandino— llegaron tarde para calmar a la multitud y evitar el asalto.

Tras el triunfo, no se replegaron —parece— en el barrio. El carretero Mariano García —con ya más de cuarenta años— fue de los que estuvo después en la toma del cuartel de la Guardia Civil en Casarramona, la fábrica —ahora sede de Caixaforum— a los pies de Montjuïc. O al menos eso dijo un chivato en las diligencias del sumarísimo que le llevó a ser fusilado en el Campo de la Bota: «en el Bar Remendo se hartó de presumir de sus hazañas revolucionarias, entre ellas de la pistola ametralladora, de la que no se desprendía, y que tomó en aquel asalto que lanzaron desde la calle Méjico». Desde la Gran Vía no llegaron a la plaza España, sino que tomaron la calle de antes cuesta arriba. Después —si bien no he llegado a averiguarlo—, igual algunos se dirigieron hacia el centro, pasando por la plaza Universidad, o bien se adentraron por la avenida del Paralelo. Es probable que más de uno estuviera frente a Atarazanas. Son de esas cábalas que, pese a las suposiciones, no pueden reposar en testimonios precisos ni ampararse en documentación alguna. Bastantes de los que padecieron consejo de guerra, cuando les interrogan sobre aquellas horas, dicen que se las pasaron en casa; y los que llegan más lejos, se remiten a que estuvieron —armados o sin armar— en las barricadas a la espera y siempre cumpliendo órdenes de otros vecinos —los jefes— que,

a pesar de sus renuencias, les obligaban. Algunos otros dicen que acudieron —también cumpliendo órdenes— porque habían sido convocados a la sede de su respectivo sindicato. Cirilo, descargador de carbón en el puerto desde 1916, reconoció que se había presentado en el de Transportes —en la rambla de Santa Mónica—, pero que se retiró a eso de las tres de la madrugada porque no llegaron a pasarle ningún arma de las muchas que se repartieron, ya que no había para todos.

Por de pronto, poco más se puede añadir. Barricadas y cantos de sirena por toda la ciudad, muchos protagonistas: los más, sin nombre, y otros pocos, más que repetidos; todo ello más que divulgado en mil formatos. Sin voces de los protagonistas, pues ya no las puede haber, y sin memorias, que si las dejaron acabadas o a medio hacer se extraviaron, la crónica queda ahí. Un detalle, sin embargo, me llama la atención: unos —generalizo el masculino, no creo que inadecuadamente— se prestaron al combate desde el barrio y otros prefirieron acudir al sindicato. Esa dualidad, complementaria o no, entre las calles de los barrios y los lugares de trabajo fue habitual —me parece— desde el inicio.

De lo que ocurriera en aquellas tres jornadas se contentan con esgrimir que, al poco, en el barrio imperó la más absoluta tranquilidad. Recuerdan, tratando de señalar que el orden revolucionario funcionó sin demora, algunas refriegas dispersas con los perturbadores pacos —los escasos francotiradores que, desde su escondrijo y a la que podían, se liaban a tiros para amedrentar al vecindario— que pronto fueron borrados de sus contornos. Y le conceden, sin añadir otras cuestiones noticiables, más de una docena de líneas a recrearse en lo que denominan el registro de la iglesia.

En el barrio de al lado, la zona que daba al mar, Can Tunis, Manuel Corralero, delegado de su Comité Revolucionario, rememora que el lunes 20 de julio fue cuando allá comenzó la lucha; primero, con unas horas de intenso tiroteo, y después tres días repeliendo a los repugnantes paquitos que los fustigaban. Finalizados los escarceos, en el balance también declaran que, desde entonces, reinó la más absoluta normalidad. Al capítulo de la iglesia —esta vez la del cementerio del sudoeste, en Montjuïc— le dedican igualmente unas palabras.

En un par de crónicas excesivamente escuetas, pasados los momentos de trasiego e incertidumbre, se pondera la necesidad de resaltar la normalidad y

la tranquilidad —absoluta, como se recalca—. En el artículo dedicado al Prat Vermell se despiden queriendo destacar que todos están, no obstante, en pie de guerra, dispuestos a dar hasta su última gota de sangre por la libertad del pueblo y de la causa. El de Casa Antúnez concluye, de manera parecida, con tres dobles interjecciones que vocean la decidida apuesta: ¡Por la revolución! ¡Por la libertad! ¡Por la causa del pueblo!

Con esas intenciones, poca normalidad y tranquilidad se podía esperar, desde luego. A por todas, era ir a por todo. Por esta vez, la tierra iba a ser de nadie y el fruto de todos. Si cansados quedaron tras aquellas larguísimas horas, sabían de sobras que no podían reposar deleitándose en el triunfo. Aquellos momentos de enorme envergadura social requerían —como señalaba uno de los papeles del «Comité de los comités» a la sombra— ponerse a aprovechar el tiempo, lograr que ni un solo cuarto de hora pasase sin rendir fruto, ya que la capacidad creadora de un movimiento revolucionario se basa en la abundancia de iniciativas y, especialmente, en la rapidez de su realización. Sin demora, pues, y con suma celeridad en ponerse manos a la obra, como si los sueños se esfumaran así que se van viviendo. Tocaba apalancar el orden revolucionario, voltear la economía de arriba abajo, marchar a liberar Zaragoza, y a eso se dispusieron. Esos objetivos, igual no alcanzaban para diseñar en toda regla un programa con sus fases y finales detallados, pero daban rienda suelta a sus anhelos de ordenar la vida en todos sus sentidos, sin cortapisas ni pausas. Está más que escrito que los anarcosindicalistas catalanes, tras controlar la situación, renunciaron en un célebre pleno —o en dos— a ir a por el todo, pues ese propósito rimaba —entonaban algunas voces— con totalitarismo; y las circunstancias además no lo aconsejaban, máxime cuando se divisaban, amenazantes, diversos barcos de guerra extranjeros en el puerto. Si se levantó alguna especie de acta de aquellas reuniones, que se sepa, no se ha encontrado; bailan, incluso, hasta las fechas concretas y el carácter de los encuentros. Con todo, no se habían lanzado por la borda todas las expectativas de transformación social; si no, cuesta entender que un delegado de la Regional catalana expresase, durante una reunión del Comité Nacional —en Madrid, durante la mañana del 29 de julio—, que la mayoría de la militancia parecía dispuesta a ir a la instauración del comunismo libertario y que si se tomaba Zaragoza se haría sin dilaciones.

A por Zaragoza marcharon raudos. Los primeros —renombrados como «los impacientes»—, valiéndose de taxis requisados y de coches incautados, salieron antes de que se organizara la primera columna, liderada por Durruti. Entre ellos los había de aquellas Casas Baratas, como Él —el Juan—. Pero ya hablaremos más adelante, porque en aquellos primeros días convulsos primaban —parece— los peligros de la retaguardia. Ante todo, se trataba de consolidar un orden revolucionario que asegurase aquella normalidad y tranquilidad absoluta de la que presumían los comités revolucionarios.

A no tardar, el frenesí de aquellos desenlaces fue asociado a pasiones desatadas y a iras desbordadas, manchadas por olas de sangre y alumbradas por las llamas del tildado terror rojo. Olvidaron entonces, y más se olvida ahora, afrontar las causas y secuelas de la violencia revolucionaria instaurada, y eso que durante meses consejeros de la Generalitat, responsables de partidos políticos del frente antifascista y notables de lo que ahora se denominaría sociedad civil no pudieron —de cara a la galería— sacudir de su vocabulario las palabras, indisociables, orden y revolucionario; por más que suspiraran en afirmar el inquebrantable orden público del Estado despedazado. Así estaba la situación y la correlación dicha de fuerzas. Casi durante un mes, el orden revolucionario dependió de distintos comités —de todas las siglas— esparcidos por los distintos barrios, distribuidos por sectores de producción e instaurados en empresas concretas. La revolución se había armado en las manos de los milicianos y de muchos otros amparados en la situación. Hasta mediados de agosto —el día 11— no se pusieron oficialmente de largo, con traje de pana y chapa, las célebres Patrullas de Control, especie de policía revolucionaria.

Pasadas aquellas fechas, se disparó la sentencia contra los desmanes de las hordas, la barahúnda de desastres de los incontrolados, y el punto de mira de todos apuntaba al mismo enemigo y a su guarida predilecta en las barriadas extremas. Igual aquella aureola que los envolvía tenía que ver con la categoría de «piojosos» a la que se refirió, ufano, Aurelio Fernández para significar a los principales actores de la revolución social en marcha. Menos condescendiente fue, sin embargo, el fiscal Nazario Lois aquel 17 de abril de 1940. Para él y para otros, todo lo que oliera a patrullas —con o sin uniforme— era lo peor de lo peor, y los que tenían alguna relación con las de aquellas Casas Baratas no tenían salvación: «cometieron innumerables asesinatos y más especialmen-

te los que actuaban desde las barriadas extremas, como su procesado». Lois, capitán de infantería, docto en las artes de la geografía de la guerra, esgrimía así la prueba más contundente de la inexcusable condena a pena de muerte de Antonio, *el Andaluz*, que solicitó en su consejo de guerra. Alimentaba —era su cometido— la inquina del inefable Eduardo Quintela Bóveda que, en su informe como inspector de policía, tramitado el 10 de febrero de 1939 del III Año Triunfal y posteriormente adjuntado a multitud de sumarios de guerra, afirmaba que cuantos habían pertenecido a las siniestras y fatídicas patrullas eran culpables de asesinatos y que debía pedírseles cuentas por las monstruosidades que ejecutaron.

A pesar de tanta literatura incriminadora, hasta cierto punto no eran descabelladas ni oportunistas las declaraciones del Comité Revolucionario de la barriada. Allá, entre los vecinos, al menos en los primeros compases, imperó la más absoluta normalidad y tranquilidad; probablemente debido a que su condición de obrerada no concedía notoria presencia a enemigos internos acérrimos. A algunos quizás les hubiera tocado su merecido y correspondido menos clemencia, pero poca sangre llegó al río —coinciden distintas voces—, sobre todo cuando rememoran el espíritu de venganza con el que se resarcieron cuando volvieron los suyos. Hasta Domingo Bové —reluciente alcalde primero de barrio—, que se ensañó con la vecindad tras su triunfal vuelta, después de tener que ausentarse durante aquellos tres años, manifestaba una y otra vez —en el sinfín de informes que contribuyó a redactar o en sus repetidas declaraciones en cualquier sumario— que era lógico, aludiendo al sentido común, que aquellos malhechores actuaran más que nada fuera de los confines donde residían, entre otros motivos, porque al ser aquel barrio de ascendencia obrera no era terreno apropiado para sus fechorías.

Vuelve a ser Encarna quien me da unas pistas:

—En aquellos primeros meses no me viene a la cabeza más que uno que viviera en el mismo barrio. Y por represalias. Se llamaba Federico y vivía en la calle 15, haciendo esquina con la 4; en una de las pocas casas de las grandes. Era muy mal querido en el barrio...

Federico era jornalero en el aeródromo del Prat pero, también, «camisa vieja» o falangista al que, algunos de aquellas casas, reconocen como el de «la pipa», una mala pieza luciendo pistola. Ese Federico Soler falleció en los pri-

meros días, pero no precisamente en el barrio. Era uno de los jóvenes —de los «muchachos»— apuntados al Alzamiento glorioso. Su primo José, que vivía por Hospitalet, dejó constancia en su declaración en la Causa General que ambos se habían concentrado el día de marras en la calle Unión número 7, poniéndose a las órdenes inmediatas de su jefe, Ramón Sales, el líder carismático del Sindicato Libre. Como miembros de las milicias de choque de Falange Española se volcaron en la tarea encomendada, pero al poco otros milicianos armados —sus rivales, los anarcosindicalistas—, tras una ardua refriega, los detuvieron y se los llevaron —a él, a su primo y a otros camaradas— al Hotel Colón. José pudo huir por la noche, aprovechando el desorden de una refriega, pero Federico no. Saben, él y su familia, que lo fusilaron, pero no cuándo ni las circunstancias; aunque, por las averiguaciones que realizaron, presumen que en alguna cuneta de la Rabassada. Otros indicios apuntan que, antes de que le dieran el paseo, lo tuvieron cuatro o cinco días en el Bataclán, cabaret reconvertido en local de las patrullas de la sección cuarta, la del Poble Sec y Can Tunis.

Algunos, en cambio, fueron víctimas de represalias, y luego por ellas se desquitaron hasta la saciedad. Luis Piñeiro —de la calle 9 y antiguo presidente de la Sociedad Coral la Joya de Montjuich— repitió de modo insistente, reivindicando su condición de ex cautivo caballero de España, que se había pasado ciento quince días encarcelado y, a resultas de ello, se había quedado ciego y salió enfermo. Entró como gubernativo el día de Navidad de 1936, pues era conocida su pasada pertenencia a Renovación Española y probada su adscripción a Falange. Reaccionario de toda la vida, ejerció, además, de oficial de prisiones. Luego, ya en el banco de los acusadores, gustosamente mostró, en sus múltiples delaciones, el carnet de militante número 5512 de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. En cuanto a su ceguera, hasta la propia policía pasó un informe apuntando que ya le habían despedido de la fábrica del Prat Vermell con anterioridad al Alzamiento por su pérdida de vista; deficiencia que no impidió que, una vez puesto en libertad, los rojos le dieran un lugar de trabajo como jornalero en el campo de aviación del Prat.

Al tendero Máximo Avellanado —asturiano de la calle 4— lo atosigaron desde el primer día. Con fama de tradicionalista, un nutrido grupo de vecinos se agolpó en plan de burla frente su casa con el crucifijo hecho pedazos que

habían profanado de la iglesia parroquial de Can Tunis. Le increparon como fascista pero, como él mismo testimonió al declarar contra un vecino acusado de participar en la quema de la iglesia, no pasaron «a vías de hecho». En otra ocasión, lo detuvieron y se lo llevaron al local de las patrullas en el Paralelo, pero debido a que hubo desacuerdos entre los que por allá deambulaban y a que algunos otros acudieron a interceder por él, lo acabaron soltando al cabo de tres días.

En los barrios colindantes —fueran el Port, Santiveri o, incluso, hasta los lindes con Can Tunis—, donde también ejercían su control los patrulleros de las Casas Baratas, la vigilancia y la represión se cebó con los industriales y tenderos. A media tarde de un día impreciso, los nueve comerciantes —o industriales, según el sumario— que estaban reunidos en un bar —por las cosas de los comestibles y, especialmente, por el interés en procurarse el azúcar que escaseaba— fueron detenidos, según alguno de ellos, por unos cuarenta individuos, o unos quince o veinte según otro de los presentes. En el mismo bar les cachearon detenidamente antes de conducirlos al edificio del asilo —que hacía las veces de local del Comité del barrio—, les insultaron repetidamente diciéndoles que eran fascistas, les amenazaron y, durante el trayecto, al pasar por delante de la tapia del cementerio, llegaron a simular —poniéndolos de cara a la pared, tres o cuatro veces— un fusilamiento descorriendo los cerrojos de los fusiles. Ya en el asilo, los tuvieron encerrados una o varias horas —según sean las distintas versiones— hasta dejarlos en libertad después de imponerles una multa. Uno de los industriales dijo que habían sido puestos en libertad por la oportuna llegada de algún jefe o persona superior a aquel Comité, ya que en el interrogatorio al que les sometió el recién aparecido se habían esmerado en demostrar que no se trataba de la reunión de conspiración de la que los acusaban.

A aquellos industriales a los que consideraban privilegiados —a pesar de disponer, según esgrimían, tan sólo de un pequeño negocio— se les hizo la vida imposible, acosándolos a capricho con tropelías varias. Riqueza, pobreza y miseria eran los pesos de la balanza de las desigualdades, pero en aquel momento primaba el mundo de los iguales. Y más, cuando tras declararse la guerra a los parásitos sociales —en toda la extensión de la palabra—, las multas funcionaban a modo de impuesto revolucionario y los saqueos o robos

—fueran requisas o incautaciones— como actos de restitución para repartir, entre todos, la riqueza. Desvanecida, por la gracia de Dios y Franco, aquella lúgubre pesadilla, corrieron a denunciar tantos abusos y pillajes que los habían escarnecido. En número, eran pocos —apenas los había en las Casas Baratas; más presencia, tampoco mucha, se apreciaba en los otros barrios de la zona—, aunque, por su ostentación o función social, su notoriedad pública adquiriría mayor resonancia.

Un reguero de desvaríos impregnó las palabras con las que rellenaron sus alevosas reclamaciones, guiadas por un puntilloso pasar cuentas por todo lo que les había pasado: exigir como prenda cien pesetas por avance de género a todo aquel que quisiera seguir negociando con la compraventa —a veces, acompañada del desaire «ya te las dará Franco cuando llegue», cuando se reclamaba su devolución porque el género no llegaba a sus manos—; una multa de quinientas pesetas por extender por cuenta propia un vale, usurpando las funciones del Comité en la adquisición de un saco de patatas para una casa de comidas de propiedad privada —acto que los del Comité Revolucionario consideraron un abuso de confianza, dado que el documento se expidió en la propia secretaría, sin su permiso y en su ausencia—; un litro de gasolina sustraída al dueño de un bar o de un establecimiento de bebidas, que tenía almacenada para las necesidades de su coche y camioneta —al que, por su terca negativa, le registraron minuciosamente la casa y, al cabo de unos días, al reiterar su comportamiento, le pidieron como castigo mil pesetas en concepto de multa por desobediencia a la autoridad—; la cuota de quince pesetas por servicios de vigilancia —que un panadero cotizó tras numerosas reprimendas, por más oídos sordos que hizo—; el escultor marmolista que se quedó sin taller —valdría como oficina de la sucursal de la Administración Popular Urbana de la Vivienda—, sin muebles ni enseres —un miliciano los distribuyó a su antojo entre quienes carecían de ellos— y sin coche —se utilizaría para las tareas del Comité—; alguien que deja de ser dueño de su bar porque se lo colectivizan dándole uso de local social y, por eso, en esas condiciones o por tal degradación, prefirió marchar fuera de Barcelona...

Otros tantos descalabros se produjeron con los campesinos —fueran propietarios o arrendatarios de las tierras— o quienes, con otros oficios, cultivasen hortalizas o criasen animales que sobrepasasen lo necesario para su propio

autoconsumo. A ellos, además de dejarlos sin armas para proteger sus campos y casas, les sometieron a todo tipo de ultrajes. A uno se le llevaron cuarenta gallinas, unos pares de palomos y algún conejo, además de exigirle, más tarde, la entrega de mil pesetas; otro se quedó sin cuatro conejos y un par de gallinas. También a un barrendero le arrebataron algunos de sus animales domésticos: tres cabras, veintidós gallinas, diez pares de palomas y cinco conejos, y tampoco se libró de pagar la multa que le endosaron por haber sacrificado un cerdo de su propiedad sin autorización previa.

Uno de aquellos labradores denunció el saqueo de su casa —«se me llevaron cuatro escopetas de caza»— y, de paso, recuerda que le fueron a buscar al cañaveral en que estaba escondido y le apuntaron con una escopeta de caza conminándole —era el motivo del rastreo— a que pagase, sin más excusas, los jornales que adeudaba a los tres obreros que había tenido trabajando en sus tierras. No le amenazaron de muerte, reconoció, por más que le insistieron quienes querían condenar a Germán, el encartado en aquel sumario, a más de doce años de reclusión. Andrés, otro labrador de unos campos que tenía arrendados, dice que se escabulló de ser detenido por los patrulleros gracias a todas las precauciones que tomó tras ser avisado, oportunamente, por un jornalero de confianza. Desvela que se enzarzaron —era habitual entre ellos— en más de una discusión acalorada y «por eso me denunció, tras espetarme que esto se había acabado ya, que el campo ahora era de todos». Las riñas fueron por unas cabras que *el Piruli* procuraba apacentar —unas pocas suyas y otras que dejaban a su cuidado— y que se metían, a cualquier descuido, en el terreno a cargo del Andrés. Otros litigios de entonces, amparados en causas económicas, escondían razones de cariz político o social: padre e hijo, propietarios de un bar conocido en los contornos y frecuentado y usado por los anarcosindicalistas desde antes de la Revolución, fueron detenidos por su pertenencia a la Unión Patriótica, y a pesar de que los soltaron por la interposición de un patrullero, éstos para devolverle el favor después lo denunciaron.

Por amenazas, por sustos o por simple precaución o anticipación, algunos vecinos tuvieron que abandonar contra su voluntad sus aposentos en aquel barrio o barriada. Uno de ellos fue Bové que, tras su retorno, se erigió en alcalde primero de barrio con aires de virrey exterminador, ya que no sólo persiguió a los que habían causado daño en su ausencia, sino a cualquiera que

hubiera tenido o mantuviera algún vínculo con aquellas ponzoñosas doctrinas y atormentadas prácticas: a José —crío entonces— lo atragantó de aceite de ricino para que se depurara; con otro José se lió a guantadas en plena calle por no querer saber de las hostias de la iglesia ni de los caramelos que regalaban; a un Floreal —rebautizado como Francisco— lo hizo rapar al cero para que se le bajaran los humos heredados... Juan Moreno —inquilino de la Colonia Bausili— temía por su seguridad, y se puso en contacto con un patrullero de los informales residente en el barrio, que en el mes de abril del año 1934 había aprobado las oposiciones al Cuerpo de Investigación y Vigilancia de la Generalitat, aunque todavía no había podido tomar posesión por las adversidades políticas. *El Cacagüero* era su apodo. Valiéndose de sus influencias, una noche consiguió sacarlo de la barriada, lo cobijó en un piso del centro de la ciudad, donde Juan y su familia permanecieron unas semanas de incógnito hasta que lograron —también por la mediación del mismo patrullero y ante el consejero de Gobernación, Josep Maria España— los cuatro pasaportes que les servirían para cruzar, posteriormente, al territorio de la España Nacional. Juan Moreno reapareció en la ciudad —residiendo en la opulenta barriada de Sarrià— en calidad de agente de investigación e información de la jefatura del distrito tercero, un oficio igual —aunque en el otro bando— del que fue su ángel protector y al que correspondió con el honor de su aval. Al estanquero y tranviario lo fueron a buscar a su casa la noche de la víspera de la festividad de Santiago. Los gritos de su mujer alertaron a los vecinos próximos, y los cinco milicianos, en tablada una viva discusión con los que iban acudiendo, desistieron de su detención. La familia, escarmentada y desconfiada de la tregua, decidió coger los bártulos y emprender un traslado a veinte mil leguas: se mudaron al barrio de Vallcarca. El marmolista y escultor optó por refugiarse en casa de su sobrino peluquero —por el barrio de Sant Gervasi—. Al principio, iba y venía por el barrio, donde todavía permanecía su mujer, pero como los patrulleros rondaban por su casa y su taller, dirigiéndole improperios con recados de amenazas, desistió de sus trayectos en tranvía, pues el coche se lo había pillado el que había sido su chófer y mecánico particular.

A Encarna, tras la larga conversación recargada de preguntas insidiosas, la dejó de acosar. Hace un rato que ha empezado a gesticular a modo de desa-

probación, de hartazgo. No es partidaria —insinúa— de esconder los trapos sucios, pero se muestra disconforme con acentuar ese perfil de «bestias corru-pias que teníamos cuernos y rabo», confundiendo los casos más que justificados —«¿qué hubieras hecho tú o vosotros?», me espeta— con otros, sí, más dudosos u oscuros —«de todo hubo, como en la viña del Señor, no podía ser de otro modo», remacha—.

—Para lo que hubiera podido pasar, con lo que arrastrábamos, resultó ser muy poca cosa; eso lo tengo más que claro. Y fijate ellos —me inquiere—; ellos que, a la que perdimos, sí que no tuvieron ni una miaja de contemplación; algunos del barrio, como el prenda del carnicero de la Colonia [Bausili], por nombrarte a uno. Esos, por más que les salváramos el pellejo, sí que corrieron después a exhibirse como chivatos, delatores a destajo y, a menudo, con falsedades. Los peores de aquella calaña: los chaqueteros. Qué carroñeros...

Ella no lo sabe —hace poco que murió—, pero todos los afectados por aquellos desmanes pudieron contarle y así procedieron, transmutándose en menos que nada de víctimas en verdugos. Son las líneas precedentes las que transcriben, un poco por libre, sus declaraciones, sus denuncias, sus lamentos y quejas ante el oprobioso acecho de aquellos desalmados rojos asilvestrados que camparon a sus anchas, dueños del cotarro; hasta que se les torció.

—Las pavas, cuando descargaban, se las veía venir de lejos haciendo un ruido atroz, pero esos pavos de relumbre, con tanto plumero que de repente volvieron a lucir, nos hicieron mucho más daño, pues algunos te apuñalaban a la chita callando. Eran hasta capaces de lucirte la sonrisa, de repartir palmadas en la espalda, de darte recuerdos y ánimos para el familiar en la mazmorra o compungidos pésames para el acribillado en el Campo de la Bota. Mientras les gastaras eran vecinos, era el rito de su comunión con el barrio, el sustento de su doble rasero.

Todo esto me dijeron, aunque sin mencionar nombres, si no era menester.

Pepe, al que todavía le vive su madre, podría aportarme alguna información más acerca del tema. Es, sin embargo, aunque le hierva la sangre, más matizado.

—Ya sabes que fusilaron a mi padre —me dice— por un chivatazo de otro limpiabotas como él con el que, además, había compartido trabajo. Pero

¿no te gustaría más insistir en las cosas buenas que se hicieron o en los sacrificios que se pasaron?

Más que una pregunta suena a recomendación. Y no le sobran razones.

XVI. Del montón, un banquete por la vida

Pronto, aunque en la lejanía siguieran resonando escasos tiros, se pusieron a la faena. Sin nada que esperar, pues no había aplazamientos que consentir; no fuera que el «ir a por todo» se pudriera devorado por los «mientras, no ir a por nada» que se cobijaban pontificando en las circunstancias de marras. Para ellos, las ilusiones se tornaron apremios y se olvidaron de demoras poniéndose manos a la obra sin darse respiro. Entre las primeras cosas que hicieron estuvo la reutilización del edificio de madera —en la calle 21—, que se había dedicado a escuela de los chavales con los ojos llorosos del tracoma, pues allá los metían para que no contagiasen a los otros que iban al Raimundo Penyafort, en la calle del Medio. Aquel barracón que, cuando se levantó —coincidiendo con la inauguración de las Casas—, sirvió provisionalmente para la desinfección de los nuevos residentes y de los enseres que llevaban a cuestras, pertenecía al marqués de Peñaflores; un militarista, partidario del absolutismo, defensor del clero y cuyas actividades atentaban contra el pueblo —eso al menos redactaron, el mismo 20 de julio, los cinco compañeros designados para la Comisión ejecutiva del Sindicato que debería mantener el orden revolucionario—. Eran 100 metros de largo por 9 de ancho, cubiertos de uralita agujereada y con suelo de azulejos maltrechos. Su estado de abandono lo presagiaba la puerta, abierta o cerrada a placer del viento, y nadie sabía de sus llaves. Francisco Liria, José Giménez, José Cañada, Alfonso Alonso y Eusta-

sio Escribano —firmantes de aquel documento— suscribieron que deberían hacerse unas llaves que conviniesen a su cerradura, ya que habían decidido que el edificio se destinaría, por el momento, a las curas de urgencia de los heridos que pudiese producir la movilización y anunciaban que, así que se pudiese, se adecentaría y adecuaría para poner en marcha una escuela de instrucción primaria racionalista con los grados culturales que fuera posible constituir.

Si hubiese guerra, sus tiros apuntarían —no cabía duda— a dos pájaros. Sus cuerpos no iban a ser por más tiempo carnaza de vividores, vistieran como vistiesen, dijeran lo que dijeren. Su crisol, congeniando la despedida del ayer aborrecido y la bienvenida al ahora jubiloso, procuraría aniquilar todo vestigio de la vetusta sociedad que derrumbaban y apuntalaría las bases de una nueva humanidad más humana. En las conversaciones, más de uno presumía de recordar haber visto, tratado e, incluso, hasta alojado a algunos de los mosqueteros del movimiento. Así, la familia de Berrar, con las tropas de la carnicería ya dentro, había escondido debajo del colchón un pañuelo de seda bordado en honor de su paisano, el malogrado Ascaso. O un Bonias piropeando a García Oliver quien, como si fuese uno más de la familia, se acomodó a las estrecheces del diminuto espacio de la casita e hincó algún bocado al tentempié esparcido por la mesa mientras, como descosidos, parloteaban sobre de dónde venían y adónde llegarían. Recitaban, con empeño, el memorizado hasta las sienas «no tenemos miedo a la destrucción, llevamos un mundo nuevo dentro de nuestros corazones», que pronunció en voz alta y grave el que fuera ferroviario en sus tierras de León. Por eso pusieron en jaque a las viejas formas, a los personajes odiosos de postín y opereta que, sin sus chulos a sueldo, no eran nada, y les arrebataron sus propiedades; como la de aquel marqués que, por ser más rico, ni la había inscrito en el registro de la propiedad. El cuidado de sí, tanto en la cura de los cuerpos dañados o en el cultivo de la chiquillería por la buena senda era primordial. Por fin se podían compartir sin avaricias ni presunciones las privaciones arrastradas por tantos años. Estaban convencidos de tirar pa'lante y su apuesta era que no habría guerra sin revolución. Atizar a fondo a los mandamases impidiendo su resurrección e ir levantando un nuevo mundo por los cimientos hasta llegar al tejado, eran las dos caras de la misma moneda que, vaya ocurrencia, procedieron a abolir —en su

materialización dineraria— de su territorio dominado en los primeros instantes, aunque no tardaran en dejarla circular por las circunstancias ajenas.

Otra muestra, donde resuella que supieron y quisieron organizarse por ellos mismos, sería la manera de evocar cómo sofocaron la sublevación fascista en las Casas Baratas del Prat Vermell. Juan Berenguer hizo de anfitrión a quienes se acercaron —después de una penosa marcha en automóvil—, en nombre de las Milicias Antifascistas, con el reportero que debía transcribir la conversación en *la Soli* del jueves 20 de agosto. Desempeñaba el cargo de delegado del Comité Revolucionario en el barrio y con él comparecieron, identificados como simples milicianos, el resto de sus compañeros: Juan Miñarro, Benito Maldonado, Alberto Remolí y Antonio Céspedes. De los cinco, tres, los más granados —Benito, Alberto y el mismo Berenguer—, resultan familiares si se refrescan acontecimientos del pasado reciente ya narrados. Todos bregados, se despidieron de la comitiva, proclamando que no se contentaban con promesas aplazables, que no pensaban renunciar a nada, costara lo que costara.

En apenas un mes topamos con dos comités integrados por distintos miembros. ¿A qué se debe? Las escurridizas elucubraciones se disparan. Antes que responder hay que preguntar, archirrepiten en el barrio. Luego vendrían las conjeturas. Podría tratarse de una simultaneidad entre el Comité ejecutivo, más vinculado a la CNT, y el Revolucionario, más entregado a las tareas locales. Podría, incluso, ser el resultado de una rotatividad exacerbada propiciada por los mil frentes a cubrir, pues cada cual sin escudarse en pretextos se debía al lugar en que fuera más útil. Deslindar una posible dualidad carece de sentido si se resiguen trazos de trayectorias. Así, Francisco Liria, por ejemplo, desempeñó funciones de delegado de turno de las Patrullas de Control de la sección de la zona a la que se incorporaron y, más adelante, fue el delegado por la barriada en el Comité de Coordinación e Investigación (los anteriores Comités de Defensa). O Alfonso Alonso que, en julio del 37, constaba como responsable del Comité de Defensa de aquellas Casas Baratas y más tarde tuvo otro destino. Y también Benito que, según la familia, pasó a Abastos —en la Vía Layetana, donde la central—, aunque mucho después —insisten— de resultar herido cuando hacía probaturas con las armas en un descampado próximo al barrio. Aquel 16 de agosto Mariano Ramos tuvo peor suerte, pues murió preparándose para salir al frente. Sus compañeros, en el

papel en que hacían constar su condición de miliciano para que su compañera Antonia Angosto pudiera cobrar las diez pesetas diarias, escribieron que había muerto de accidente al servicio de la Revolución, sí en mayúsculas.

Baile de nombres y batiburrillo de situaciones. Es una constante del preciado proceso revolucionario desatado. Lejos quedan los atisbos de recorridos programados —colectivos e individuales—, de la «A» a la «Z». En los vaivenes —que abundaron— rezuma la denominada inspiración del momento, el acecho a la coyuntura mal catalogada de espontaneidad o improvisación, y tampoco son ajenas ciertas dosis de responsabilidad, mamadas unas e impuestas otras, en el ir de aquí para allá. El pellejo de uno y de los suyos dependía del montón. Los nombres propios y sus peripecias se voceaban y transitaban en común. Con el apoyo mutuo de por medio, no valían ni atajos ni medias tintas: para disfrutar había que apechugar entre todos y para todos; primaba el nosotros. Los líderes, para su desgracia, son de quita y pon: están si valen, se quitan si sobran; se entona en plural.

A ellos, a cualquiera de los muchos, los ánimos les empujaban por doquier. Palpaban otro mundo parido de sus culturas prácticas, y por eso el vientre, las tripas de aquel ensayo generalizado, no había que descuidarlo. De sobra lo sabían, la mejora moral también ha de ser material, no fuera que lo sólido se desvaneciera en el aire. En esas, a los pocos días, pusieron en marcha el Comité —o Subcomité— de Abastos, para satisfacer las ganas de comer de todos y todas, recurriendo a las despensas hasta anteayer vedadas por el becerro de oro. Sus incitaciones a desterrar para siempre la penuria, promoviendo experiencias e iniciativas de intercambio que anulaban la moneda, dejaron malparados a los tenderos —fueran mayoristas del acaparamiento o fiadores, a disgusto, al detall—. También borraron de un plumazo la usura aplicando la sencilla regla de evitar que unos acapararan aquello de lo que los otros carecían; impidiendo que se entrara en el terreno de las competencias, ya fuera disparando los precios, adulterando los productos o, acaso, mermando la cantidad disponible. Casi todos los testimonios, de viva voz o sellados en papeles, señalan a José Gilabert y a su cuñado, Andrés Fuentes, entre los que se pusieron a la cabeza de aquel banquete por la vida que iban a saborear. Su tarea consistía en el control absoluto de precios, de cantidades y de calidades de todos los artículos, esforzándose por que a nadie —siempre que arripara el

hombro— le faltara lo imprescindible y por que ninguno se diera la buena vida ociosa, amparándose en prebendas heredadas o recurriendo a espabilados procedimientos del escaqueo, inadmisibles entonces. Cogidas las riendas, en la barriada pronto dispusieron de un comedor popular; se lo dedicaron a Francisco Ascaso y lo ubicaron, según recuerda Joaquín, en los locales de la iglesia parroquial.

«A mí, el Andrés me contestó cuando le fui a pedir pan —declararía Luis Piñeiro— que si lo quería cogiera un fusil o una pluma, que tenía buena letra y que me lo ganara. Como le dije que no lo quería de esa forma, me espetó que entonces comiera piedras». Al pescador Pedro Carmona, como a otros vecinos, no les queda más remedio que reconocer que les tocó, únicamente, poner orden en las colas para el reparto de patatas, de pan y de esos otros ingredientes de los manjares de la subsistencia simple. Nada de lujos, desde luego, pero sí lo suficiente para llenar el buche en los platos del cada día —canturrea más de uno, despotricando acto seguido de la escasez a la que se habían tenido que acostumbrar—. A todos, al principio, les llegó la manduca y lo celebraban. ¿A todos? Bueno, los tenderos ya nos han avisado de los reverses de su vida entonces.

Por porfiar que no quede. En pleno auge constructivo, el ímpetu se trasladó de las urgencias del aprovisionamiento —donde estuviera— al control de las tierras aledañas —de donde vendría—. En su jerga, era una labor revolucionaria más, cuyo fin era garantizar el bienestar colectivo, no disfrutarlo en el festejo de dos días de juerga volátiles, para afianzar la bonanza del porvenir que se acariciaba. Si producimos nosotros no dependemos de otros, condenaba el pensamiento a llevar a la práctica; y si nos falta de esto lo cambiamos por aquello, concretaba el deseo de una permuta decente de los excedentes. Eso dijeron y a ello se aplicaron. Desde que estallara el movimiento, los arrendadores de la zona, de significación derechista, dejaron muchas tierras por cultivar y otras en un estado de total abandono. Para poner fin a tal boicot, el Comité Revolucionario nombró una comisión específica compuesta por los compañeros Juan Bernis, Manuel Bolufer, José Gilabert y Antonio Mula. Su cometido consistiría en controlar toda la zona —tanto en lo que hacía referencia a las hectáreas que estaban sembradas, como al terreno libre para un potencial provecho—, y su abecedario básico se traducían en procurar poner

todas las tierras en condiciones de producir con los brazos que se precisasen, movidos ya no por las condiciones de explotación sino por las ansias de emancipación. La secuela era prestarse a un riguroso seguimiento absoluto de las existencias que hubiera almacenadas o prestas al mercadeo, sin titubear en la incautación de cualquier ocultación que se detectase. Un primer paso —del que se regocijaban en una nota de principios de septiembre que daba cuenta de lo que habían venido haciendo— consistió en la incautación de una casa de laboreo por estar sus tierras en completo abandono y que, con inmediata presteza, pusieron en marcha con cincuenta trabajadores de la tierra, cuyos correspondientes jornales se pagaron con el valor de las tres toneladas de judías de la recolecta precedente que hallaron ocultas. De aquellas simientes, esparcidas a través de contactos y reuniones con compañeros de Sants, La Bordeta, Santa Eulàlia y L'Hospitalet, saldría la convocatoria de una asamblea de los trabajadores de la tierra de Barcelona y sus contornos y, al poco, se fraguó la colectividad agrícola con el mismo radio de acción y su central en la calle Trafalgar. Ellos, los del barrio, se incorporaron a la sección de Sants, con su local establecido en la parte baja de la calle Sagunto.

Harina de otro costal, decían ellos, era el techo. Aparcaron los quebraderos de cabeza derivados de la prolongada batalla contra el Patronato de la Habitación y sus aliados, y se entregaron al mantenimiento y saneamiento de las casas y del barrio. Pusieron especial esmero en rebajar el apretujamiento de cuerpos por metro cuadrado y en conseguir muebles, enseres y ajuares para aquellas familias que los precisasen. Inicialmente, aquellas tareas incumbían al Comité de Defensa del Inquilinato —adscrito al Sindicato de la Construcción— y a su estela, a comienzos de 1937, apareció la Administración Popular Urbana, cuya central estaba domiciliada en el número 37 de la avenida Pi i Margall —el Paseo de Gracia por muchos más años— y la delegación de la zona décima —la que abarcaba el Prat Vermell y sus contornos— en la carretera del Port 111, en la casa incautada del mencionado marmolista y escultor.

Al Comité de la zona le competía controlar, incautar y administrar los inmuebles enclavados dentro de su perímetro de acción, y también tenía potestad en todo lo concerniente a los solares y las obras a realizar, tanto de reparación como de nueva alzada. Para su desenvolvimiento se repartieron en distintos departamentos, desde el control de obras a la incautación, los arren-

damientos, la estadística o las reclamaciones, además del de caja y contabilidad. El papel de delegado, al menos durante la primera semana de febrero, recayó en José Gilabert, a quien acompañaban en la hoja de aquella nómina Bartolomé Ávila y Ramón Párraga, entre otros, también del barrio.

La vivienda y, por extensión, las problemáticas de la urbanización fueron de los apartados más peliagudos que trataron de abordar. Partían de una situación extrema: se calculaba que un quince por ciento de la población de la ciudad vivía realquilada, que un cinco por ciento de las viviendas del municipio eran del todo insalubres y que los alquileres estaban por las nubes, pero que si se levantaba la vista colgaban en entradas, balcones y ventanas unos cuarenta mil carteles o letreros con el consabido «se alquila». Era preocupante, además, que los obreros, que dependían para su sustento de los muchos y diversos negocios alrededor de la construcción y de la vivienda, estuviesen fustigados por el paro forzoso. Eso es lo que había antes. A los comités de defensa del inquilinato les tocaba controlar los pisos, colectivizar todas las casas de los fascistas desaparecidos y les acuciaba, también, que la industria de la construcción no parara. El panorama no pintaba a su gusto, ya que tenían que resolver el crudo problema de dar faena a los brazos compañeros que lo requiriesen, pues por muchos que fuesen los que marcharan al frente empuñando el fusil o el pico, todavía restaban otros que ocupar en tareas útiles para que pudieran ganarse el pan y no vivir de la sopa boba. Afrontando los alquileres, se planteó un dilema que no supieron o pudieron solventar. Tenían claro, empapados por la experiencia, que había llegado el momento de dar visos de realidad a las tantas veces reclamadas viviendas sanas para todos, libres de todo pago. Tampoco olvidaban, aunque sonara a revancha, que había que darles duro a los caseros por sus perrerías inmorales de tantos lustros, y también —cómo no— se debía acabar de una vez por todas con los desahucios causantes de tantos desgarros. Además, defensores a ultranza de que las únicas autoridades pendían de las barricadas y de las trincheras, asumían que toda iniciativa a realizar o proyecto a emprender debía de ser popular; nada gubernamental. En esos trece, desde el Sindicato chocaron, sin embargo, con la imperiosidad de disponer de liquidez para pagar los salarios a los obreros de las zanjas, de los andamios y, también, a los lampistas, a los porteros y a un largo etcétera. Aunque pasados tantos años, alguno todavía recuerda, a regañadientes, que optaron por com-

batir el paro del sector mediante el ingreso de los alquileres de las fincas incautadas. «No teníamos otra alternativa», se disculpa.

Si orgullosos se sintieron y sienten del barrio, era por la vida que le habían dado con sus bullicios, y ese cariño tampoco les cegaba tanto como para impedirles reconocer que sus casitas, aunque apañadas, estaban hechas trizas y eran, para unos, una caja de cerillas o una lata de sardinas, para otros. Además, durante la huelga de alquileres habían reiterado una y otra vez que sus cobijos se asemejaban a pocilgas, y otras calificaciones del estilo. Sin añoranzas, despuntando septiembre, desde el Sindicato de la Construcción se habían decantado por la demolición de los cuatro grupos de casas baratas. Proyectaron reemplazarlas por modestas pero confortables viviendas populares, con toda la higiene necesaria. Sin embargo, decidieron no derrocarlas inmediatamente, amparándose en que había asuntos de mayor importancia que resolver y porque todavía sobraban viviendas vacías, pese a que los caseros habían retirado precipitadamente los anuncios de alquiler a la vista. Su propósito de higienizar, piqueta en mano, para que el vivir bien no fuera un privilegio y una excepción en la urbe, no llegó a buen puerto. En cambio, aprovechando la ventajosa situación, algunos vecinos lograron agenciarse otra techumbre mejor acondicionada en rincones próximos de la ciudad; entre ellos, los Berenguer y los Segura, tocando a la plaza España.

Con las escuelas hubo mayor suerte. Para que dejara de haber críos deambulando por las calles, sin más pasatiempo que matar el rato, calcularon que en la ciudad se necesitaban doscientos grupos escolares. De común acuerdo, se volcaron con el CENU —Comitè o Consell de l'Escola Nova Unificada— en un vasto plan para construir inmediatamente los edificios que faltasen, a la vez que se reformarían los incautados y se pondrían en buen estado los siniestrados. Joaquín, hijo de Paco, niega que el barracón de madera fuera destinado a escuela. Él fue a la escuela *nueva de trinca* de la carretera del Port —en un lateral del asilo— y todavía se acuerda de su profesor: el Carbó. Era uno de los proyectos del CENU, el 119, de cuyo diseño se encargó el arquitecto Gabriel Amat, mientras que la construcción corrió a cargo del Comité de Control de la empresa José Barba. Al cole de la calle 4 le hicieron, tan sólo, unos remiendos, si bien los cambios se apreciaron, sobre todo, en el tono más afable del profesorado y en el ambiente, a todas horas sonriente, de los chavales.

Con el entorno también se atrevieron. Resarciéndose de descuidos eternos, aparte de prodigarse en múltiples retoques, les llegaron obras de cierta envergadura, en atención —como difundían— a aquel vecindario ninguneado desde tiempos legendarios. Para clausurar el destartado dispensario de curas precipitadas se asumió, a la estela de la sanidad proletaria en que seguían embarcados, la construcción de un policlínico. El Ayuntamiento, acorde al marcapasos de la municipalización imperante, adjudicó las obras a la Agrupación Colectiva de la Construcción de Barcelona. Mediante los mismos cánones, el turno le tocó a la atrasada, y siempre prorrogada, urbanización de la carretera del Port. El importe de la contrata se elevó a las 817.000 pesetas de la época. Atrás habían quedado los tiempos en que además de lejos estaban fuera de la ciudad, como si no pertenecieran a ella. La solera del barrio y de la barriada relucía, aunque tronaran los sonos de la economía de guerra.

Con María Vidal, una de las militantes de Mujeres Libres en la barriada, saltamos de las calles y de los campos a los talleres y las fábricas. El anhelo de vivir sin amos tampoco lo postergaron ni un instante. Tras ser desconvocada la huelga general, nada más volver a los lugares de trabajo, no estuvieron a verlas a venir y emprendieron, llevando a cuestas todos los titubeos que se terciaron, el camino de la autogestión. María, hija de *camàlics* —así, resonando a catalán profundo, nombraban todos por allá a los que movían de un sitio para otro cualquier mercancía o trasto—, trabajaba desde hacía años en la casa Sangrà. Ya había compartido los entuertos de las luchas sociales y, con ese bagaje, se prestó con tenacidad a tirar del carro de la colectivización de aquella fábrica de lavabos, inodoros, *bidets*, urinarios y demás piezas de loza y porcelana. Ni a ella, a quien le incumbieron tareas de delegada, ni a sus compañeros les sorprendió que sus viejos amos, ávidos de expansión, se hubieran enfrascado en la construcción de una nueva planta en Bilbao y que dejasen a medio acabar la remodelación de algunas secciones en la carretera del Port, número 35, sede de su razón social. Los propietarios se marcharon antes de que los pillaran, dejándoles —con las prisas— los dos millones por pagar de las obras en marcha. No les venía de esas, ni cortos ni perezosos los cuatrocientos —entre hombres y mujeres— que allá se habían dejado la salud, por el polvillo tragado de las tantas piezas manipuladas, aprovecharon la oportunidad. Al poco pudieron presumir, ya como colectividad de la industria del

saneamiento, de la reconversión de aquel recinto, donde antes las malas caras y los peores gritos rellenaban la jornada laboral, en un lugar agradable, con salas inmensas, ventiladas y luminosas. Además, como testimonio estelar de su obra, alardeaban de que habían sido capaces de crear una biblioteca y una escuela-guardería dentro del edificio.

De cara a un mundo libre, la producción —el orden industrial, que decían— fue removida por todas las energías desbordadas. Eran hijos e hijas del trabajo, como apuntara en sus recuerdos de exilio un compañero de las arenas, que no desconocían su ayer ni temían por su mañana. El único pavor era no poder ser manumisos, volver a la condición de explotados, siervos o súbditos de alguien que no fueran ellos. Los areneros del depósito de extracción de Can Tunis fueron de los que se apresuraron a desquitarse de tantas calamidades soportadas y actuaron para que el Consorcio —feudo de todos los malandrines contra el que tanto batallaron— pasara a sus manos; lo que ocurrió el primero de agosto, después del barullo que ocasionó su irrupción en las plácidas oficinas. Tras la incautación, hicieron un detallado inventario del material y de las instalaciones, y colgaron en el tablón de anuncios notas solicitando toda la información que se pudiera suministrar sobre la marcha del negocio y sobre sus amos o gestores porque querían pasar cuentas, cuanto antes, para que sus denodados enemigos pagaran las deudas pendientes. Así, el tres de octubre, Francisco Colindres —el concesionario para extracción y venta de arenas— fue condenado por el Comité Revolucionario de Justicia al pago de algo más de cincuenta y siete mil pesetas por las reclamaciones de horas extraordinarias, la diferencia de jornales, las vacaciones, los despidos y otros perjuicios, presentadas por una docena de obreros. A aquel pleito le siguió otro, por causas similares, de un grupo de 34 obreros, pero su tramitación —por la vía de la demanda ante los tribunales industriales— fue dilatándose en el tiempo debido a inhibiciones, nuevas reclamaciones y laudos. Ese segundo litigio, promovido en diciembre de 1936 —poco antes de que Colindres falleciera por una nefritis crónica en su casa de Sant Just Desvern—, se cerró en julio del 37. Corrían ya otros aires, se iban perdiendo las conquistas revolucionarias y el resultado se saldó con que la cuantía de las peticiones obreras se rebajó de las doscientas once mil pesetas reclamadas a las noventa y cinco mil concedidas. En aquellas fechas —no era casualidad— el Consorcio de la

Zona Franca tenía a Eduardo Albors como delegado especial del Estado, ejerciendo las funciones de presidente.

Sobre Ferrero, de la fábrica de los cubos, ya hemos tenido noticias a través de las vicisitudes de Consuelo López. Siendo todavía Ferrero & Cia S. en C. (Sociedad en comandita) y teniendo como director a Antonio Coromina, fue colectivizada durante la última semana de julio: en el despacho de la calle Calabria revisaron todos los papeles y a la nave de la carretera del Port, número 38, le dieron nuevos aires. El comité que eligieron lo conformaron Ramón Marcos, Benito del Pino, José Hernández, Juan Garreta, Vicente Such, Buenaventura Cardona, José Martínez, Hilario Martínez y José Gutiérrez. Por su especialización en la manipulación de hierros y aceros, fue una de las empresas que se puso a producir, con la urgencia del momento, pertrechos de guerra. Después, pasó a depender del Comité de las Industrias de Guerra que, a toda prisa, se constituyó. Al ser considerada como empresa de producción mixta, tuvieron que reconvertir buena parte de la fabricación, por lo que los cubos, barreños, baños, comederos y bebederos avícolas y otros artículos galvanizados se apilaban con las espoletas de las bombas de aviación, las granadas de mano, los obuses de mortero, las minas submarinas y los casquillos para los máusers. De puertas adentro, se cuidaron de montar un comedor popular para los doscientos quince que compartían faenas, y para las verduras y otros frutos de la tierra se abastecían, por mutuo acuerdo, de la colectividad agrícola encargada de explotar uno de los terrenos colindantes, propiedad de los Ferrero, que había permanecido yermo.

Otro tanto ocurrió con la fábrica Industrias Mecánicas, sita también en la carretera del Port, aunque en un número impar, el 33. Se dedicaba a la fundición de hierro y acero, laminación en frío de flejes o cintas metálicas para el embalaje y, al mismo tiempo, era taller de construcciones mecánicas y metálicas. El día 23 de julio una comisión de obreros se presentó ante el director y gerente Juan Sabaté y otros directivos, y les comunicó que la empresa, en adelante, quedaba bajo su control. Al poco, en la segunda semana de agosto, ya se la conocía como la Comunal número 1 de la fundición colectivizada, vinculada, igualmente, a las industrias de guerra.

Sebastián, especialista cizallador, me advirtió que no fuese tan deprisa y, con su verbo ralentizado y salpicado de mil anécdotas ricas en detalles, me

empezó a contar que ellos y mucha otra gente llamaban a aquella fábrica Can Barret —por un ingeniero que, prestando sus servicios en ella, se hizo célebre en tiempos de la Primera Guerra Mundial—; y que el gerente de cuando estalló la guerra —no uno de los delegados en funciones— era un belga, ya que el capital mayoritario de la empresa era de aquella procedencia. En el comité —añade— sobresalieron Ramón Castejón, Vicente Grau, Wenceslao Grau y Dionisio Giró; este último desempeñando las tareas de director cuando, por las legalizaciones, se formalizaron los cargos. Estirando de su espléndida memoria y reflejando su conocimiento profundo de lo que se cocía en los talleres, me señaló que el Dionis vivía en Sants, como él, en la calle Pere Rabassó aunque, socarrón, me sugiere que no la busque en el nomenclator ya que era como ellos llamaron a la calle Santo Cristo durante la Revolución en honor, precisamente, de un reconocido compañero vecino que murió en el frente.

Aquel día fue el último en que pudimos conversar. No creo que vuelva a las páginas del caso Savolta para desempolvar a Barret y sus líos con los alemanes. Más entretenida y sin desperdicio alguno es la correspondencia que don Valéry Coussin —residente en Bruselas, ingeniero y consejero delegado de la firma— remitió, mediando o no el cónsul, a Tarradellas. En una de sus misivas puntualizaba que el gerente era Emilio Cabal —en aquellas fechas, ausente de Barcelona por motivos de salud—, que Juan Sabaté y Rafael Amigó seguían ejerciendo como apoderados. Con todo, el propósito de su carta era solicitar que se respetaran los intocables intereses extranjeros —que ellos no habían abandonado— contra los intrusos que apabullaban con colectivizaciones que no se avenían a los acuerdos diplomáticos. De lo contrario, se reservaban ejercer los derechos y las acciones para obtener las indemnizaciones por los daños y perjuicios ocasionados por tales atropellos. Por otros papeles —que se quedaron sin los comentarios vivos de Sebastián— se puede saber que la plantilla ascendía a más de trescientos trabajadores; muchos de ellos con el carnet de la CNT desde principios de los años treinta, como el mismo Dionis o el fundidor José Gascón (*el Chispa*), el que fuera miembro de la junta del Ateneo del barrio y, en los primeros momentos, del Comité Revolucionario del cercano Can Tunis, donde residía. Igualmente, ha quedado escrito que la contribución de la fábrica de Can Barret al armamento de guerra consistió en la mecanización de la fabricación de granadas y de soportes de lanzagranadas.

La oleada de confiscaciones, a tenor de las cosas oídas, se generalizó desenfrenadamente por aquellos contornos. «Que sí, sin duda, fue total y a las primeras de cambio», repiten unos y otros. Más difícil, sin embargo, es que las impresiones compartidas se traduzcan en narraciones concretas. Faltan ellos y ellas, los protagonistas en propia piel que te podrían contar: ellos ya no están —me dicen sus hijos y sus hijas—, y con nosotros mantuvieron la boca cerrada —se evaden—. Las palabras leídas son más parcas, escasean y proceden, en su mayoría, del después de las denuncias y de las palizas. Apenas escuetas noticias y documentos sueltos reflejan fragmentos del durante, estando en pleno fragor la experiencia colectivizadora.

Alena, la fábrica de contrachapados ubicada, como las otras, en aquella carretera jalonada a uno y otro lado de industrias, es uno de los ejemplos. Antonio Salvador me lo podría haber contado, pero se cerró en el mutismo tras reconocer que así fue, que no podía haber sido de otra manera, dejando el suceso, sin ramalazos de gesta, como lo más normal del mundo entonces. Había entrado a trabajar en ella de muy joven, y desde el 32 cotizaba en el Sindicato. Después de llevar siete años en la fábrica, a principios de noviembre del 36, optó por sumarse en Bujaraloz a la Columna Durruti; y, por lo tanto, poco podía decirme de la colectivización. Con más soltura se desenvolvió —cuando le preguntaron por Salvador a raíz del sumario que le habían instruido— el que fuera director de la fábrica en aquellas fechas: «me tuve que ausentar de Barcelona en septiembre, aunque ya hacía algunas semanas que había dejado de pisar la fábrica». A renglón seguido, Luis Castañer asoció su desdicha a que, desgraciadamente, en la fábrica había un grupo bastante numeroso de extremistas. Entre ellos estaban Andrés Navarro, Cristóbal Alcón, José Martínez, Antonio Cantó y José Valcárcel, que cargaron con un consejo de guerra entre cuyas acusaciones constaba su impronta relevante en los trastornos que sacudieron a los amos y directivos de «la guineana» Alena. Otros aires y otro lenguaje se muestran en la tramitación de unos simples albaranes: la carta que expidieron alude a la sección de marqueteros que el Sindicato de la Madera —tras el despliegue de múltiples talleres y almacenes confederales o comunales del sector— instaló en el recinto de la carretera del Port 395. Con saludos revolucionarios es como se despide el 12 de abril de 1937, en nombre de Tableros Contrachapeados, Francisco Reyes que, tiempo atrás,

había formado parte de la junta de la mutua de la casa. Aquel día estaba en el comité, pero poco tiempo después —durante los célebres Hechos de Mayo— dejó su vida en la calle por responder a los ataques constantes contra la revolución que habían alumbrado. Para el buen gobierno, al que se adscribía Paco en aquella rutinaria nota, las tareas de despacho y la acción no tenían por qué andar reñidas.

De seguir la carretera del Port, uno de sus extremos desembocaba en el barrio taponado de Can Tunis, del que se salía serpenteando la montaña que caía escarpada al mar. Hasta él, los vecinos de las Casas Baratas habían frecuentado idas y venidas para ir a trabajar allá mismo, para coger el tranvía hacia el centro de la ciudad o para pasar el rato. Estaba demasiado cerca como para no compartir demasiadas cosas, y demasiado lejos como para no confundirse del todo. Por Can Tunis, con su raigambre industrial, también se prodigaron las colectivizaciones. Las Arenas, la Rivière, las Briquetas, la fábrica de cartón, los hierros Mateu, la estación de Morrot y los depósitos de la CAMP-SA fueron de los lugares en los que se vivió el ocaso del viejo mundo, mientras que los que pujaban por su recambio se las ingeniaban para concretar en actos los sueños postergados. La tónica y los compases no varían excesivamente de los contemplados en el barrio de al lado. Al fin y al cabo, bastantes de los que residían allá laboraban en ellas, y el acervo de la enconada lucha social era uno de los puntales que fraguaba, aun con la distancia de por medio, el sentirse barrios de la misma barriada.

En el Prat Vermell, de la empresa emblema del barrio tan sólo me han llegado ecos. No faltan quienes afirman que también en ella sus obreros y obreras se tornaron amos. Con el arrojo del momento y curtidos por las luchas sociales de las que venían, no tardaron demasiado. Ésos son, al menos, los argumentos que esgrimen los que avalan que, a rajatabla, la sartén cambió de manos y los estampados de color. Los Bertrand, como renombrado y paternalista linaje industrial —supervivientes del cataclismo y que, en la posteridad, fueron loados aunque taparan sus devaneos con el estraperlo de posguerra—, tuvieron sus merecidos libros en honor al espíritu y a la fuerza que desplegaron, pero sus archivos se desbarataron o se perdieron. Así que, pocos hallazgos y dispuestos al libre albedrío en las cajas de los papeles de Salamanca. Uno de ellos fue la instancia que elevaron al compañero consejero de Fi-

nanzas de la Generalitat los representantes de la empresa Industrias Colectivizadas E. Bertrand y Serra, con sede central en unos despachos de la calle Trafalgar, por asuntos de caja. A través del enrevesado lenguaje del ruego, los obreros dejan constancia de que, al confiscar las fábricas y repasar los números, se encontraron con unas partidas de algodón sin pagar, con vencimientos que llegaban hasta mediados de septiembre. El monto total, en dólares, era desorbitado y, para mayor quebranto, se había ido disparando por la depreciación de la peseta. Después, como en la Farrero, cuando funcionó la caja de reparaciones —cómo no, para repartir estopa contra la plantilla repleta de rojos y blindar cajas fuertes—, alegaron cuantiosas reclamaciones en base a los innumerables destrozos que ocasionaron aquellos indolentes obreros. Otro listado desperdigado presenta la relación de los nombres y primer apellido de los 305 obreros del Prat Vermell pertenecientes a la CNT y de los siete de la UGT. Gracias al extravío del carnet de Alberto Sotillo —residente en las Casas Baratas— he visto el membrete del comité sindical de aquella fábrica con la firma de Joaquín Artola, que vivía en la calle 1, esquina con la 18. Ni la hija de uno ni el hijo del otro se acuerdan de nada, o se quieren acordar. Otros destellos de su implicación en los acontecimientos revolucionarios fueron la entrega por el comité de la fábrica, en noviembre del 36, de más de mil pesetas para los enfermos hospitalizados en el Clínico, la corona para el entierro de Durruti aquel mismo mes o el ramo de flores, en marzo de 1937, depositado al pie de la tumba del *Noi del Sucre* en memoria de su asesinato.

Vivir la utopía no era un señuelo. De la mano de las prácticas de libertad se podían presagiar los albores de la liberación colectiva. El contagio del compromiso era un acicate para seguir adelante sin rehuir las adversidades. Así, por muy cerca que asomaran las negras tormentas, tal y como salieron a la calle para derrotar a los golpistas, marcharían al frente para abatir el fascismo. En el candelero de la contienda estaba, sin que la hubieran escogido, la cruel y criminal guerra con su marcapasos trucado. Era la contrapartida y no escurrieron el bulto. Las milicias era uno de los estandartes de la aurora proletaria que resplandecía batallando por el ocaso burgués. Con entusiasmo, el Comité Revolucionario organizó festivales para que cada cual aportara su grano de arena en beneficio y apoyo de quienes se batían en el frente. El último domin-

go de septiembre, un partido de fútbol, entre el equipo de la U. E. de Sants y una selección de jugadores de la barriada, fue el motivo para que el campo del F. C. Port volviera a ser, además de lugar de esparcimiento, espacio para tejer relaciones y aunar voluntades.

Nada amigos de florituras —más bien las detestaban—, algunos como Bautista Català, sin renegar de su pacifismo —de inspiración tolstoiana, me remarca su sobrino Francisco—, allá se fue bien pronto y sin rechistar, aunque en vez de empuñar las armas ayudó como enfermero en la cura de las heridas de sus compañeros. La predisposición a combatir por la preciada libertad tampoco implicaba que de la noche a la mañana se convirtieran en soldados reclutados. Al contrario, la repulsa a la tosca militarización se mantenía viva y prefirieron alistarse voluntariamente como milicianos a través del Comité Revolucionario del Prat Vermell o de su sindicato respectivo. En los primeros meses —con el obsesivo objetivo de liberar Zaragoza y las tierras aragonesas— sobrepasaron el número de ciento ochenta los vecinos de aquel barrio de casas baratas que dejaron su lecho por el campo abierto de la batalla en el extenso frente que se consolidó desde el sur del Ebro hasta los picos de los Pirineos. Otros —muchos menos y la mayoría del Sindicato de Transportes marítimo— se embarcaron hacia las islas Baleares en aquella extraña operación, con retorno macabro, comandada por Bayo.

La cuenta de los ciento ochenta es muy aproximada. Procede del repaso de los subsidios, de diez pesetas por día, que recibían las familias de los milicianos y cuyos recibos restan almacenados, sin ton ni son, en Salamanca camino del Arxiu Nacional de Catalunya en Sant Cugat. Díaz Sandino, refiriéndose a los datos que le suministraba el teniente coronel de intendencia Sanz Neira —encargado del secretariado general y la administración del Comité Central de las Milicias Antifascistas—, recuerda que las fichas expedidas para regularizar el pago irían de sesenta a setenta mil lo que, en conjunto, supone unos veinte millones de pesetas mensuales. Guardadas no hay tantas, desde luego. No obstante, en las certificaciones de salida al frente y cobro del subsidio que se conservan —avaladas por entidades obreras o políticas con representación en el Comité—, además de los datos personales del miliciano y del familiar más próximo que cobraba por él, se recoge, en las primeras, el día de salida hacia el frente, la columna a la que pertenecía y la localidad en la que se en-

contraba; y en las siguientes —pues se debían actualizar— se modificaba el «salió hacia» de la partida por el «continúa» de su permanencia en el frente. Los recibos y los certificados circularon hasta finales de 1936, y en ellos se podía leer «compañero miliciano» y, arriba del todo —en el encabezado, bien centrado—, Comité Central de las Milicias Antifascistas. Pudiera ser que se imprimieran en abundancia y que, para no malgastar papel, se obviara que el Comité fue disuelto oficialmente, con el correspondiente decreto, a comienzos de octubre y que aquella decisión fue tomada, previamente, en un Pleno de locales y comarcales de la CNT celebrado el 17 de agosto, y reafirmada el 21 en el Pleno regional de grupos anarquistas de Cataluña. Pudiera ser también que, por premuras o descuidos burocráticos, todavía se reconociesen firmas y sellos de comités revolucionarios fuera de la legalidad republicana repuesta, a marchas forzadas, mediante decretos u órdenes que a menudo eran ignorados. Pudiera ser, incluso, que no resultara fácil borrar o sustituir «compañero miliciano» por «soldado», aunque la militarización, en formato de ejército popular, se promulgaba a base de decretos; como el del 25 de octubre que anunciaba que, a partir del primero de noviembre, las milicias quedarían sometidas al Código de Justicia Militar. También pudiera ser, ya veremos, que tanto decreto no se acatara.

Fueron, desde luego, más de ciento ochenta. Mayoritariamente milicianos, en masculino, si bien también hubo, antes de que las devolvieran a casa, milicianas. Josefa Cañadas —en Vicién, con la Columna Ascaso—, Antonia Hernández —en el castillo de San Juan (Barbastro) con Los Aguiluchos—, Consuelo —con Los Aguiluchos también, pero con paradero en Grañén— y Rosa Ródenas —con la Hilario Zamora, en Sástago—. Fueron más, desde luego, pues María, la hermana de Consuelo, también marchó al frente. Eso me dijo Dolores, otra hermana que, en la retaguardia, estuvo en una fábrica del barrio del Poble Sec rellenando balas para las industrias de guerra, hasta que prefirió pedir el cambio por los huertos de la colectividad agrícola. No llegan ni a la decena los que se repartieron por columnas que no fueran confederales, y esos mismos buscaron su aval en su sindicato de la CNT y alguno en el propio Comité del barrio. Algunos de los otros 170 fueron al sector de Huesca, indicando como destino —cuando los nombres todavía bailaban y no se habían producido unificaciones de mando— la Columna Ascaso, la Roja y Negra,

Los Aguiluchos o la García Oliver. Otros, envolviendo Zaragoza, se apostaron al norte del Ebro con la Durruti mientras, al sur del río, bastantes se distribuyeron entre la Carod-Ferrer, la Hilario Zamora, la 4 de Septiembre de la construcción, en la Hijos del Pueblo o la Ortiz, a secas. Miguel Franco y Juan (E)Gea coincidieron en la Columna o Batallón de la Muerte y Lorenzo Alarcón fue a Madrid con la Columna Tierra y Libertad.

Más allá de los ciento ochenta con subsidio archivado, nos quedan las voces y algún documento que aseguran que fueron unos cuantos más. Francisco Jodar cruzó la frontera —«rumbo al campo de concentración con el que nos rindieron el merecido homenaje»— con la Columna Durruti, «en la que llegué, sería por confianza de los compañeros y mando —me comenta— a sargento». Ramón Angosto dejó la Ortiz —denominada entonces Jubert—, tramitando su renuncia por escrito desde Híjar, en febrero del 37, para dejar constancia de su rechazo a la militarización (su hermano Francisco no había muerto en Fuentetodos, el 20 de noviembre anterior, por querer ser soldado, pensaría). De Gumersindo López, (*el Cangrijo*) por su correspondencia con Segundo Blanco —secretario de la Sección de defensa del Comité Nacional—, queda reflejado que, a principios de 1938, era comisario de compañía en el 25 Batallón de Obras y Fortificaciones —aunque su hijo Espartaco me dijese que comandante— y que su enjuiciamiento militar, por lo demás, generó bastante polémica debido a las represalias que contra él se tomaron, como sucia revancha, por sus quejas y por el informe que había emitido denunciando que, en ciertos puntos del frente, funcionaban entidades raras y singulares que se parecían a las checas. Gumersindo, en unas notas biográficas que dejó escritas —que tituló *Convencido y sin arrepentimiento*—, narró que su escarmiento lo causó su frontal oposición al asalto y disolución armada de la colectividad y consejo municipal de Naval, localidad de Huesca en la que se había domiciliado con su familia. Primero retenido y después detenido, fue enviado al cuartel general Ricardos en Barbastro, del que fue liberado por sus compañeros; localizado en Azuara y llamado a que se presentase en la sede del Tribunal Militar del Ejército del Este en Lérida, fue de nuevo encarcelado en el castillo de Gardeny hasta que pudo evadirse tras la caída de unas bombas fascistas en aquella ciudad. Rehusando el paso a Francia que le ofrecieron compañeros de confianza, prosiguió en el frente —debilitado y en re-

tirada—, pendiente de la citación ante el Tribunal, pues «yo no podía permitir —esgrimía— que unos estuvieran luchando en el frente contra el fascismo, mientras otros en la retaguardia deshicieran por la fuerza armada los ensayos de las colectividades». Llegado el día de comparecencia, y descartando los oficios del abogado Sánchez Roca, él mismo asumió su defensa, en la que solicitó que sus acusadores —con José Ignacio Mantecón, ex gobernador general de Aragón, a la cabeza— «fuesen destituidos de sus cargos por el incumplimiento de su deber ante el enemigo fascista».

Víctor Adé partió, junto con su compañera Antonia —como me enseñó su hijo en la foto que guarda—, el 28 de agosto desde el cuartel Bakunin con Los Aguiluchos. Luego, estando en la Brigada Mixta 125, llegó a comisario de aquellas columnas reconvertidas en la 28 División. Su amigo inseparable Ramón Tortajada, siguiendo casi el mismo itinerario —truncado tras ser herido de gravedad en La Hita, en la Alcarria de Guadalajara, y ser hospitalizado en Valencia hasta casi la escabechina final—, alcanzó en la misma división la graduación de mayor jefe del Batallón de ametralladoras de la 125 BM.

Antonio Salvador, el de la Alena y capitán en la Columna Durruti, tampoco está —ni entre los ordenados alfabéticamente ni tal cual—, pero sí su hermano Valentín, con paradero en la Ascaso. Por los recuerdos de familiares, de amigos y de vecinos, otros tantos suman y siguen. Tomás López Requena quien, con dieciocho años apenas cumplidos, junto a tres compañeros de la Madera dejó el taller y enfiló hacia el frente; Antonio López, el hermano de Juan —*el Él*—, sin tener ni tan siquiera la edad, marchó a Madrid con la Columna Tierra y Libertad; Francisco Pérez, su cuñado, se enroló en la Durruti y nunca más se supo, a pesar de que su hijo José, *el Coco*, acabada la guerra, siguió su rastro hasta donde pudo... Y otros tantos más saldrían y de otros me olvidaría pues, como exclamarían ellas, las mujeres del barrio, marcharon prácticamente todos los hombres que se valían y que no eran unos meaos.

Hablando de milicianos —no de los que por la movilización de sus quintas pasaron por el frente—, el plural no es caprichoso. En algunas fichas —aquellas en que se rellenaron con minuciosidad las casillas—, en el paradero del momento se llega a precisar la centuria —que en la organización miliciana correspondía a una compañía— y el grupo de diez o decuria entre los que se

repartían los cien. Por ellas, se ratifica el muchas veces repetido «algunos del barrio marcharon juntos». Es el caso de Rosa, que coincidió, y no sería por casualidad, en la misma Centuria 8 de la Hilario Zamora, con José Márquez, Antonio Liria, Juan Mateo, Francisco Sánchez, Juan López y Rogelio Ramos. Y por lo que contaba José —el hijo de Juan—, ellos serían de aquellos tildados de impacientes que, tras pasar por Lérida y dejar atrás Mequinenza, se apostaron frente a Caspe la tarde noche del día 24 de julio, pero que tras sucesivas embestidas tuvieron que batirse en retirada. A la mañana siguiente, a eso de las nueve, consiguieron liberarla con la ayuda de los 246 hombres de la Hilario Zamora que habían salido de Lérida la anterior madrugada, aunque todavía, dos horas más tarde, tuvieron que repeler el ataque de una columna procedente de Zaragoza que había pernoctado en Escatrón. Fue a la tarde, ocupado Caspe del todo y normalizada la situación, que llegaron los trenes de milicianos comandados por Ortiz.

A partir de aquellos certificados, también puede entenderse la maldita gracia que les hacía verse perseguidos y acosados, en el tramo final de la guerra, como desertores o prófugos y, antes, despechados y expulsados como indeseables por no claudicar ante la militarización. Les ocurrió, entre otros, a Ramón Angosto y a Jesús López Montesinos, hijo de Francisco y hermano de Francisco y Victorio, cuñado de Matías Alvaro; todos milicianos, con acuse de subsidio. Jesús, además, tras purgar cárcel pero pensando que aún sufriendo la derrota no estaba derrotado, participó en la reorganización, desde la clandestinidad, de las Juventudes Libertarias y luego engrosó las filas de los maquis o de la guerrilla urbana con el grupo del Facerías. A Juan Asensio también lo detuvieron, en el cuartel Carlos Marx, por alegar inutilidad total.

En las mismas fichas, que recogían el «partió» tal día y «continúa» todavía sin darse de baja, se reflejan los pasajes constantes entre frente y retaguardia que transitaban bastantes de ellos. El Andrés Fuentes, que dejó los abastos en el barrio por las fortificaciones en Mequinenza; el José Gilabert, entrometido en distintas iniciativas, que estuvo un período en la Zaida con la Columna Ortiz y volvió al frente por las cercanías de Manresa, cuando la derrota estaba cantada.

Catorce de aquellos ciento ochenta, además, dejaron sus nombres en las listas de las Patrullas de Control con placa oficial. Santiago Berrar ingresó en

ellas después de dejar Los Aguiluchos, tras quedar herido en octubre de 1936. A su vuelta —recuerda su hijo— fue objeto de mofa por el bastón en que se apoyaba y no lo soportó: no tenía tragaderas con los meaos, lucieran las armas o el carnet que quisieran, y le arreó en la cabeza a uno de aquellos sinvergüenzas. Juan Asensio estaba en la Hilario Zamora, en el sector de Azaila. El ambiente entre los milicianos, a mediados de octubre, estaba enrarecido y todos señalaban a Hilario Esteban, el responsable civil convertido en virrey —entregado a la buena vida y rodeado de malas compañías, de los potentados de antes—, poco diestro en las tácticas militares y de temperamento malcarado y prepotente con sus compañeros, a los que trataba como vulgar tropa. Los milicianos, con sus delegados presentes, protestaron en sus asambleas y elevaron sus quejas a las comisiones que se ocuparon del caso. Juan añadió a la ristra de despropósitos que fueron desgranando, que a él le había negado por dos veces un pase a la ciudad para ver a su compañera enferma tras el parto reciente, y eso que, acompañado de su delegado, José Bueno, le mostró los telegramas del Sindicato de la Construcción por si no se fiaba de su palabra. A la que pudo, igual influido por aquel traspiés, no volvió al frente; luego se apuntó a las patrullas.

Más andanzas y semblanzas de aquellos milicianos y aquellas milicianas, quizás en otras páginas y en otros momentos. Ya le decía Juan a su hijo: «No fui a matar, tampoco a que me mataran. Iba a defender la libertad. Sin revolución, para nosotros, no había guerra, de esa militar, que valiera. Aquello no era mi oficio, no le guardaba ninguna devoción. Más bien me asqueaba, por eso me volví, lo dejé. Aunque, más tarde, al estar tan negra la situación, me reenganché, cuando me ocurrieron las congelaciones durante la toma de Teruel en el invierno del 38». Ya, palabras manoseadas de a quien consideraban en el barrio incapaz de levantar la voz, de hacer mal a nadie, ni capaz tampoco de pisar a un mosquito muerto; aunque el incrédulo auditor de guerra le pidiera, a base de reaperturas del sumarísimo de urgencia, la última pena, la muerte. No quisieron ser, desde luego, soldados de la muerte, aunque algunos, a su pesar, murieron en aquellos tres largos años o los mataron en el exterminio desatado después de la batalla.

XV. Guerra en la guerra (por un saco de patatas)

Tras el verano, el otoño; después, el invierno. Es la secuencia anodina que acompaña al apagón de los días con la caída del sol. También podría ser la advertencia de que el esplendor de la revolución se diluía en el horizonte. Iban pasando los meses, siguiendo el curso del calendario, como anunciando que los calores y los sofocos quedaban lejos y se acercaban los fríos con sus tiriteras; que el verano de la anarquía había sido corto y todo volvía —había de volver— a su cauce normal. No era todavía el ocaso, aunque se apreciaban señales incesantes de frenadas y marchas atrás; y, cada día un poco más, la revolución se deterioraba por los palos y las piedras que se colocaban en sus ruedas. Así andaban las cosas, ya en las trincheras, ya en las calles. 1937 entraba con malos agüeros y, a la zaga, quedaba la despedida de 1936 con todas sus premoniciones.

Zaragoza seguía sin ser tomada y por Madrid no pasaron, aunque la ristra de muertos —desde el más celebre a los más anónimos— hizo que los entierros se incrustaran en los ritos del imaginario colectivo dolido. Por tierras aragonesas, en vez de avanzar, se tomaban posiciones; no por falta de coraje ni cansancio o gandulería, sino porque faltaban armas, no llegaban órdenes y, si se recibían, eran confusas o no se cumplían. En la Columna Hilario Zamora las asambleas de los milicianos abordaban, sin contemplaciones, los reveses

que les sacudían por doquier. Renegaban contra los desplantes, insultos y amenazas del compañero, ya jefe, que antes que conducirse con la necesaria ponderación acentuaba, en grado sumo, sus devaneos militaristas y rasgos dictatoriales con aires de matón. Sus favoritismos, de los que se beneficiaba su séquito adulador, concernían al rancho que en algunos puestos era mejor que en otros, y mientras en algunos escaseaba el agua, en otros se despilfarraba coñac. También se traducían en la concesión arbitraria de los escasos permisos, pues mientras a Juan se lo negó por dos veces, a otro compañero sin tanta necesidad, al día siguiente, se lo extendió por capricho. La inquina, por el contrario, la reservaba para quienes no se doblegaban; como aquel día en que, irritado, ordenó en plena noche el traslado precipitado de una centuria a la línea de fuego, donde no les esperaban ni hacían falta, completando el castigo mandándoles descender, a medio trayecto, de los autocares para montarlos en camiones al descubierto. Y todo para que no pudieran incordiar en la asamblea que iban a celebrar y se enterasen de lo que valía un peine.

La tormenta estaba a punto de estallar, pues la atmósfera iba cargada y las contrariedades se sucedían. Llegaron las dimisiones de delegados, más de treinta milicianos, a finales de octubre, se dispusieron a pedir la baja tras cantarles la caña; otros, en goteos individuales, se fueron retirando simulando enfermedades o se escabulleron tras los permisos y, bastantes, solicitaron un traslado —denegado— a la Durruti. Las pagas, además, empezaron a retrasarse. Unos delegados enviados en comisión de servicio para la resolución inmediata del problema elevaron, a su vuelta, un informe en el que manifestaban su enorme decepción por la gran burocracia que habían apreciado al bajar a la ciudad: «ésta sobrepasa —escribieron indignados— a la que tanto habíamos combatido siempre, por considerarla la covacha de las sanguijuelas que chupaban la sangre del pueblo trabajador, y lo peor es que parte de ella está compuesta de compañeros nuestros». En el plano de los combates, junto a las quejas reiteradas por insuficiencia de armamento y municiones y por la raquítica intendencia, repudiaban las labores de zapa de algunos militares de carrera que se contaban entre sus filas que, si no estaban en concomitancia con los facciosos, obraban con cierta pasividad cuando no irresponsabilidad. Arremetieron contra el propio capitán Zamora, jefe militar de la Columna, que ordenó en Quinto una retirada con gran riesgo de provocar un enorme descala-

bro, y denunciaron al capitán de artillería Suárez que, frente a Belchite, en una operación de distracción, varió la dirección del tiro para no tocar el emplazamiento de la batería enemiga. A partir de enero del 37, el rechazo a la militarización se prodigó, alegaban que era incompatible con sus convicciones y aspiraciones, e insistían en sus escritos —como lo hizo un numeroso grupo de la 4 de Septiembre— en que no se entendiese su decisión como cobardía y un sabotaje a la revolución, pues «cuando se nos precise sabremos estar —remarcaban— en nuestro puesto». Los delegados sociales en el sector de Azaila, hartos de la tan manoseada militarización, clamaron contra los militares que se tomaban atribuciones que nadie les había conferido y que, además, cobraban los mismos sueldos que antes, más dietas y pluses. Asimismo, contra tanta acusación lanzada mediante insidias e improperios, reivindicaron que eran amantes de la disciplina, pero no de esa disciplina cuartelaria o conventual que les pretendían imponer, sino de la disciplina del deber entregada a encauzar la revolución.

Ni las armas llegaban al frente de Aragón, ni el trigo ni el azúcar a Barcelona. «Con la *jamancia* no se juega», profirió cualquiera que sepa que los estómagos llenos son el más claro indicador de que se va por buen terreno. Pronto, los artículos de primera necesidad se tornaron armas arrojadas, y más cuando la economía de guerra junto con los bloqueos extranjeros, cínicamente escudados en la no intervención, iban agotando las reservas de la despena. Los abastos y su gestión eran el termómetro que marcaba si se retrocedía o se avanzaba. A mediados de diciembre, cuando ya no dependían de un comité específico sino de la consejería correspondiente, se produjeron cambios en sus administradores por la modificación en la composición del Gobierno de la Generalitat: Comorera sustituyó a Domènech desatándose, inmediatamente, una de las peores guerras en la guerra.

El día después de Navidad una manifestación, en su inmensa mayoría de mujeres, se plantó ante el palacio de la Generalitat gritando «más pan y menos comités, por un gobierno que gobierne». El producto más básico de la simple subsistencia sirvió para reclamar unas maneras de administrar las cosas y de gobernar a las personas. Olía a chamusquina: restaurar la república burguesa era finiquitar la revolución social. Incitadas o alentadas, aquellas muestras de descontento implicaban una crítica feroz a cómo se había llevado hasta enton-

ces el asunto de los abastos y apoyaban una vuelta atrás, a las cosas como eran sin experimentos de colectivización.

La polémica estaba servida y las trifulcas en las colas cantadas. Los salientes de Abastos, Domènech en la máxima responsabilidad y Ausejo como director, respondieron ante las infamias y marañas: más que déficit, el sustituto —*el Camorra* de Comorera— y su segundo, Vachier —famoso, estando en el Ayuntamiento, por sus triquiñuelas estraperlistas con los autobuses—, se habían encontrado superávit y los almacenes, si es que no rebosaban, guardaban al menos los géneros imprescindibles para tirar un tiempo, alcanzando su valor los ocho millones de pesetas. Además, habían acabado de llegar dos millones cincuenta mil kilos de azúcar para asegurar el suministro y una considerable partida de bacalao esperaba en el muelle su descarga y puesta a la venta. Algunas partidas de leche condensada estaban en tránsito, mientras que grandes cantidades de leche esperaban, ya gestionadas pero sin dinero para importarlas porque el Gobierno no ponía a disposición las divisas necesarias. El trigo para la harina del pan era de otro costal. Se disponía de suficientes cantidades almacenadas para proveer a corto plazo; otra cosa era que el Gobierno central se negase a enviarles un solo gramo de los solicitados del estoc depositado en Ciudad Real y que no hubieran llegado todavía las 10.000 toneladas ya pagadas a Rusia. Ineptos no eran —repitieron hasta la saciedad—, pues hasta habían previsto, con la colaboración del Instituto Agronómico y las colectividades de las tierras del Ebro, usar para la elaboración del pan una parte proporcional de harina de arroz, por si no llegaba el trigo apalabrado desde Guadix, Úbeda, Cuenca, Lérida o Aragón.

No dudaban que aquellos manejos, propios de una política rastrera, respondían a una calculada estrategia. Maniobrando con el pan y con la escasez de otros artículos imprescindibles en la manutención, generaban la inquietud que propiciaría la confrontación y que también contribuiría a ganarse adeptos entre los acaparadores y negociantes que habían sido apartados de la escena pública, al tiempo que torpedeaban —era la carga de profundidad manipulada— la obra precedente que, sin reparos y poco dinero, se había dispuesto para favorecer la economía futura y asegurar la victoria en la guerra. Si se zanjaban, además, los decomisos de los comités, volvería la libre circulación de mercancías; esa puerta abierta de par en par al acaparamiento, al descontrol exor-

bitante de los precios, al mucho de unos pocos y al casi nada racionado de muchos.

Otra chispa que prendió fue a cuento de los alquileres. Entre el paquete de 58 decretos para enderezar la economía que se trajo Tarradellas de S'Agaró, uno suspendía, hasta primeros de marzo, el pago de los arrendamientos. A simple vista hasta podría considerarse una medida revolucionaria pues los alquileres dejaban por fin de pagarse, pero los obreros de la construcción no lo entendieron así. Al contrario, lo consideraron más bien una afrenta directa. El 22 de enero una numerosa comisión se acercó, airada, a la Comisaría de Orden Público protestando contra el decreto y las amenazas de que sería detenido cualquiera que osase cobrar un alquiler. Por la nota que un agente expidió al primer consejero, de entre los presentes, más de uno propuso asaltar la Generalitat y proceder violentamente contra su persona, aunque emplazaron cualquier determinación a la asamblea que mantendrían esa misma noche en La Torrassa. Decidieron, a pesar de las detenciones, colgar pasquines incitando a que se desobedecieran masivamente las nefastas disposiciones dictadas por el pedante consejero. Eran, para ellos, cantos de sirena repletos de falsas promesas y tortuosas intenciones para embaucar, una vez más, a la clase obrera. Los profesionales del chanchullo político pretendían adulterar las conquistas revolucionarias defenestrando, en este caso, la Administración Popular Urbana (la APU), dejándola sin fondos y sustrayéndole los atributos de regular los asuntos de la vivienda. Además, al haber menos entradas de dinero, se resentirían los jornales de la construcción y las averías y las reparaciones de las casas deberían esperar.

No andaban desencaminados. La labor contrarrevolucionaria de la que acusaban a Tarradellas se reflejaba en la correspondencia que el consejero mantenía con los cónsules. Al de Francia, que protestaba porque súbditos de su nacionalidad veían como las fincas que poseían eran gestionadas extraoficialmente por la Administración Popular Urbana de la CNT, le respondió que, precisamente, para cortar toda clase de abusos en la materia se decretó la moratoria en el pago de los alquileres, que estaba encaminada, como primer paso, a impedir toda usurpación ilícita. Le señalaba, asimismo, que elementos perturbadores podía haberlos en todas las agrupaciones políticas, sin que ello implicase que el Gobierno estuviera consintiendo los desafueros que se pudie-

sen cometer. Se trataba de borrar del mapa, de un plumazo, la Administración Popular Urbana; y se consiguió. En la sesión del martes 16 de febrero del pleno de barriadas de la APU, los delegados, entre ellos el del Prat Vermell, redundaron en que los momentos eran graves ante el abandono del que habían sido objeto por la Federación Local, que había decidido desentenderse de ellos y había preferido dar el beneplácito a la comisión mixta de Administración y Control de la Propiedad Urbana. En aquella reunión, sin embargo, las barriadas decidieron no tirar la toalla, pero fue en balde: la comisión mixta con sus nueve vocales se constituyó inmediatamente. Fue la tarde del 20 de febrero en un despacho de la Intervención de Caudales de la Generalitat.

El calado de aquellas medidas, más otras que entorpecían la marcha y expansión de las colectivizaciones, tenían el primordial objetivo de aniquilar las mejoras del proletariado que se habían consolidado a través de una revolución a medias, ralentizada y purgada por los compromisos y concesiones de la cacareada colaboración. Desmantelar el orden revolucionario era entonces la prioridad, pues era el garante y baluarte último de aquella dinámica. De ahí el acoso a los comités, y por eso Rodríguez Salas fue nombrado comisario general de Orden Público. En su toma de posesión se estrenó con unas declaraciones que anunciaban su cometido principal: estaba dispuesto a acabar con los elementos incontrolados. Artemio Aguadé, consejero de Seguridad Interior que le precedió en el uso de la palabra, fue más explícito: «nada de impunitismo —reclamó— hemos de restablecer el imperio de la justicia; la gente incontrolada que no acate las órdenes y disposiciones emanadas del Gobierno de la Generalitat es facciosa». Incontrolados y facciosos serían los insubordinados, los desobedientes, por lo que no extraña que una de las primeras órdenes del comisario dictara, por el bien del control, que toda reunión pública requiriera del permiso de la policía y la presencia de un agente de la autoridad. Seguía la línea trazada, anticipada por Companys a la prensa el día de la Purísima, según la cual, para la constitución de un Gobierno fuerte, con plenos poderes y capaz de imponer su autoridad, sobraban juntas y juntitas, comisiones y comités. En el punto de mira, los comités y los incontrolados. Resumiendo, los incontrolados comités eran el peligro, el enemigo a batir. Y tras ellos, era imprescindible —urgía además— liquidar cuanto antes a los guardaespaldas del orden revolucionario, las Patrullas de Control.

Las declaraciones altisonantes y casi diarias del comisario protestando por los excesos e irregularidades de los patrulleros, entre los que se emboscaban —repetía a la mínima oportunidad— los incontrolados, calaron en el ambiente. La retirada de la UGT, transcurrido apenas un mes, además de un gesto a destiempo para limpiarse las manos, quería ahondar en esa línea de desmarque y desgaste en la que arreciaban. A finales de febrero, las muestras de duelo de las fuerzas armadas por la muerte de un agente de policía en acto de servicio en Granollers, que derivaron en una impetuosa manifestación contra Eroles, fue uno de los momentos álgidos de aquella ofensiva en toda regla. El último eslabón, que se pretendía el definitivo golpe certero, le correspondió al decreto de primeros de marzo del consejero Aguadé que arrancaba con un artículo primero que declaraba disueltas las Patrullas de Control. Como era de esperar, el Secretariado de las Patrullas, en su reunión posterior a la difusión del decreto y las subsiguientes órdenes que lo desplegaban, no se avino al acatamiento porque consideraba que, si alguien debía someterse a quien fuere o ser rigurosamente controlado, ese era el consejero y no al revés. Aurelio Fernández, que hacía poco, y sin que hubiese trascendido, había encañonado la cabeza del propio comisario en el despacho del consejero, cuando se discutía sobre las cuestiones del orden revolucionario, rechazó la supresión de las patrullas ya que tal medida representaría colgarle la soga a la revolución y eso de ninguna manera iban a consentirlo. El decreto de marras anunciaba cambios en la nomenclatura: la Junta de Seguridad Interior pasaría a denominarse Consejo de Seguridad; y la Comisaría General de Orden Público se tornaría Dirección General de Seguridad. Sin embargo, no se trataba de meras modificaciones semánticas, sino que a través de ellas —ésa era la intención— se removían cargos y trastocaban jerarquías. Especialmente, se perseguía cortar de cuajo toda capacidad de decisión e intervención en los asuntos de orden de los órganos surgidos de la revolución de julio. Era evidente que aquel juego malabar de palabras expresaba las ganas de arrebatarles su autonomía, dejándolos en simples consejos técnicos consultivos del Gobierno.

El acecho al proceso revolucionario, con sus sinuosos derroteros, se traducía en querellas internas. Ya venía de atrás que, en las propias filas revolucionarias de los anarcosindicalistas, se reproducían topetazos por un sinfín de discrepancias. La distancia entre los comités responsables repartidos en todas las instan-

cias y los militantes de base se agrandaba, y en las reuniones de los notables del movimiento, aunque no se propagara, no faltaron las críticas. «Obrar como hemos obrado hasta aquí es una incongruencia», concluía Domènech en una intervención a finales de noviembre. Aquella misma noche, Aurelio Fernández, más taxativo, incluso propugnó que «si nos siguen dando la espalda y poniendo zancadillas sólo nos queda un golpe de Estado y la expropiación de todo, e ir a por el todo». Desde los Comités de Defensa, contrariados con que la Organización estuviera controlada por cuatro compañeros, avisaban que, de seguir así, forzosamente se tendrían que enfrentar con las barriadas y con los sindicatos. Para no abdicar, o tranquilizar a las irritadas bases, no cesaban de reiterarse los ultimátums, pero se iban aplazando hasta la siguiente urgencia, esperando la penúltima zancadilla o el contratiempo postrero. Imperaba, a todo trance, el ir remediando a base de parches la grave situación. Son las circunstancias ineludibles, se machacaba una y otra vez, mientras se pedía sosiego y se desplegaba un férreo apretar las filas al son de aquéllas.

¿Hasta dónde se podía transigir? ¿Hasta cuándo se soportarían los abandonos deliberados y los boicots declarados en armas y dinero? ¿Cuántas veces más no se respondería a embustes e infamias? ¿Persistirían las componendas que abonaban tantas transacciones? ¿Los regateos por los cargos los estaban haciendo más gubernamentalistas, convirtiéndolos en títeres en el Gobierno? ¿Bastaba con cambiar los nombres de las cosas para aparentar transformaciones en los contenidos? ¿Un Gobierno fuerte no aplastaría la revolución? Ascaso, que había bajado del sector de Huesca para acudir a una de las múltiples e intempestivas reuniones de los comités responsables, exaltado, propuso, ya entrada la madrugada del 13 de febrero, que había que poner coto a tanto desbarajuste, retirar —de grado o a la fuerza— a los ministros del Gobierno y lanzar por doquier un manifiesto que, con letras bien grandes, expusiera que el Gobierno prefería entregar el pueblo a los fascistas que a la verdadera revolución. Y si la suya era una de las voces de los de arriba que decía basta a tantas renunciadas, los de abajo estaban que trinaban. Y exasperados respondieron que se había acabado, que no querían rebajarse ni ceder un ápice más pues, además de derrengados, no admitían ser denigrados y calumniados; ni más camelos ni artimañas que les entretuvieran en la falsa disyuntiva de claudicar o perder la guerra, ya que de nada les iba a servir ganar la guerra si per-

dían la revolución. El embrollo mayor —reiterarían bastantes delegados en aquel congreso extraordinario de finales de febrero— residía, sin embargo, en que por más acuerdos que se adoptasen se desvanecían, por arte de magia, convirtiéndose en papel mojado, en aras de la implorada responsabilidad en que se acuartelaban los comités superiores. En las diez alborotadas sesiones abundaron las voces partidarias de enmendar la ruta, de dejarse de una vez por todas de tibiezas y titubeos, de trazar una línea recta, pasase lo que pasase. De aquel clamor salió una profunda y larga crisis en la Generalitat, arreglada y mal a mediados de abril. Se cerró con un Gobierno provisional que denotaba que el golpe de Estado sórdido de la contrarrevolución había salido adelante. A la vuelta de la esquina estallarían los Hechos de Mayo.

Las reuniones, lo que transcriben sus actas, recogen en parte el descontento generalizado que se palpaba en todos los rincones donde bullía el temple de la acosada revolución. Ante el callejón sin salida que les deparaban, la gente estaba en ascuas: las noticias del frente eran atroces; el hambre volvía a aliviarse con ingenio, mientras demasiadas manos limpias llenaban las terrazas; las fuerzas del orden volvían a asaltarlos para cachearlos y desarmarlos, y comenzaban, además, a proliferar las detenciones. No había día sin jaleos e iban a más. También, como no, en el Prat Vermell. Los lenguaraces chavales de la barriada no dejaban de entonar el jocoso trabalenguas «las judías con *suc* [PSUC y suco] cuando llegan al ojete [referido a la UGT] hacen pum [por el POUM]». Las mujeres echaban pestes cuando se ponían a guisar el potaje viudo —sin carne a la vista—, y más cuando se enteraron de que se había descubierto un almacén donde se dejaban pudrir toneladas de patatas. Los que trabajaban en las industrias de guerra se plantaron contra tanto sacrificio y austeridad que se les exigía, a cambio de nada, y además les estaban cerrando los comedores populares. La olla a presión hervía y la tapa estaba a punto de saltar.

A no mucho tardar, los resquemores se convirtieron en roces y escarceos que, pronto, empezaron a lidiarse a través del lenguaje de las armas. Al inicio, las colisiones fueron esporádicas pero su frecuencia, en nada, aumentaría de manera exponencial. A mediados de noviembre, un soplo acerca de un guardia civil fascista derivó en que tres miembros de las Patrullas de Control —entre ellos Juan Bernal, que ejercía aquel mediodía de delegado de turno—, al irlo a detener al café Español, se vieron rodeados y amenazados, pistolas en mano,

por unos veinte compañeros del sospechoso, que aprovechó el revuelo para darse a la fuga. Al poco de volver al local de la Sección, en la calle Blasco de Garay, se presentaron dos camiones y unos seis coches con unos doscientos guardias que amedrentaron, máuser en el pecho, a los de la puerta, y al resto ni les dejaron asomarse al balcón. El día de fin de año los altercados se reprodujeron en el local de Esquerra de la barriada; esta vez por las tirantes desavenencias acerca de los modos antagónicos de proceder al desarme de la retaguardia. La bronca acabó con ruido de pistolas y bastantes destrozos. Otro lance ocurrió a mediados de marzo. En él estuvo implicado Ricardo Parera que, yendo de servicio con otro compañero, al pasar cerca del cuartel de la Guardia Nacional Republicana, en la calle Unión, no soportó que un guardia de paisano le hiciera gestos de torearle y, después, escupiera en el suelo. Al revolverse por el acto, otros guardias acudieron al quite del incidente y le apuntaron y desarmaron, haciéndole entrar a las dependencias del cuartel. Quién debía poseer armas y dónde y en qué debían emplearse se tornó en el linde que marcaba la brecha entre la apuesta decidida por la revolución o la defensa por el retorno al antiguo régimen con los amos de siempre. Por eso se lió aquella tarde de primavera frente al cementerio cuando, ante la solemnidad militar por el funeral de un guardia civil, ellos, los del barrio, les gritaron: «al frente tendríais que ir, vuestras espléndidas armas allá han de estar, ya toca que os depuren pandilla de facciosos, a ver si os disuelven de una vez»; mientras otros, apostados sin ninguna discreción, lucían su arsenal para la contienda. Por eso mismo, junto a Juan García, miliciano en Sástago, comparecieron sus compañeros, con su vestimenta menos lustrosa y armamento nada reluciente, cuando en el Tribunal Popular Tercero le iban a juzgar por romper una pancarta que portaban unas mujeres luciendo el «más pan y menos comités», que a ellos les sonaba, dadas sus calamidades en el frente, a insulto y provocación.

Desde mediados de abril, sin la crisis todavía resuelta, los grupos de defensa, tras los acuerdos de un pleno de los grupos anarquistas al que asistieron también las Juventudes Libertarias, se pusieron —visto el trato vejatorio ascendente de la Guardia Civil y los de Asalto— a patrullar por las calles, dispuestos a evitar como fuese el desarme de los compañeros. Desde hacía unos días venían multiplicándose los atropellos y las detenciones. El cotarro social anunciaba un desastre ante tanto escarnio, ya que la jarana, de la gorda, podía

producirse a la mínima. El resto del mes estuvo colmado de noticias que reflejaban que la precipitación hacia la confrontación no encontraba freno, más bien éstas se hacían eco de que la situación estaba desbocada, que la rivalidad atizada era ya antagonismo irreductible.

En la última semana de ese mismo mes, el asesinato y posterior entierro de Cortada —secretario del consejero de Trabajo y miembro del Comité Central del PSUC— llenó muchas páginas de los diarios, atestó las reuniones de todos los colores y rangos, movilizó los lamentos de innumerables ciudadanos y se esparció por todos los corrillos del correveidile. La encerrona de Bellver, con la muerte del *Cojo de Málaga* y de tres compañeros más, tampoco le anduvo a la zaga. Detrás de tantas declaraciones y mucha tinta desparramada, se omitieron, sin embargo, demasiados detalles que se quedaron sin aclarar, entre los que sobresale la descarnada y sucia lucha por el control de las fronteras. En la trastienda, con menos líneas y letra más pequeña, si acaso se informaba de que proseguía el goteo de detenciones de, al menos, unos ochenta libertarios, aunque su eco, mediante el boca a boca, alteró y sulfuró la cotidianidad de las barriadas. Según el bando, a tenor de los hechos, se intercambiaban consternaciones, indignaciones, nerviosismos, hartazgos y ascos. La situación, tan caldeada desde hacía tiempo, estaba a punto de reventar. Los taquígrafos registraron que el Consejo de la Generalitat suspendió el 29 de abril las reuniones hasta que no se recuperase la normalidad en el orden público, si bien esa escenificación hay quienes la interpretaron como más madera, sobre todo cuando el presidente alegó que no quería que sus palabras se tomaran ni como amenaza ni como ruego ni como requerimiento. Mucho más discreta, por las componendas o chantajes que pudiera suscitar, fue la circulación por despachos reservados del *affaire* de la Collada de Toses, recién ocurrido. El 23 de abril, una delegación del Comité Nacional de la CNT, entre ellos el tesorero y el chófer, fue detenida por unos carabineros en Camprodon. Se les ocuparon, en el interior del coche, veinte y un kilos de lingotes de oro y distintas joyas que pensaban pasar a Francia por Puigcerdà —como era habitual—, pero que, en esta ocasión, debido a los incidentes y controles que había en la comarca de la Cerdanya, tuvieron que descartar variando la ruta sobre la marcha. Los gestos de tregua se proclamaban en voz alta pero, en la práctica, se desmentían a través de una escalada de roces y refriegas que no

descuidaban ninguna tecla. Los consejeros Comorera y Agudé, proclives a tomar las riendas y no dejar escapar la ocasión, emitieron sus órdenes. El primero, desde Justicia, donde fue a parar tras la remodelación del Gobierno, abogaba y recalaba que debían de aplicarse, inexorablemente, las normas vigentes contra los irresponsables y transgresores del orden. El otro, mandamás de Seguridad Interior, dispuso que la policía permaneciese permanentemente acuartelada y recordaba que sólo podrían circular libremente con armas largas las fuerzas oficiales y legítimas bajo su control. A continuación, fiel a su pose de perdonavidas, se arrogó sobrada serenidad y energía para emplazar a que sus disposiciones fuesen cumplidas, pues, de lo contrario, se tomarían todas las medidas necesarias para que fuesen acatadas.

El Primero de Mayo no fue festivo, se olvidarían las demostraciones callejeras del empuje proletario. La jornada, sindicalmente, se quedó en papeles a difundir que, en aras a estrechar las relaciones de cordialidad, loaban la unión fraternal de la familia proletaria a punto de saltar por la borda. No hubo acuerdo entre las sindicales y, para salir del paso, se recurrió a comulgar en un sincero homenaje a los que peleaban en el frente, que precisaban que en la retaguardia no se dejase ni un minuto de trabajar por ellos. Entre bambalinas no hubo respiro. Ese mismo día, Comorera anunció la disolución de los tribunales populares. Otra puya. Eroles, en nota reservada, comunicó el 2 de mayo a Tarradellas que las fuerzas del orden público junto a elementos del PSUC estaban cometiendo toda clase de tropelías por su cuenta y razón, que procedían a realizar cacheos y recogida de armas de una forma indecorosa, y concluía: «esto crea malestar e imposibilita la pacificación de espíritus». A pie de calle eran menos diplomáticos. Si buscaban brega, la tendrían. Desde Sants, por ejemplo, un par de coches de patrullas salieron decididos hasta el edificio de La Pedrera, en el paseo de Gracia, a rendirle cuentas a Comorera; el resto de secciones estaban a la espera de salir cuando se les indicase. Los militantes de los radios del Partido Comunista estaban alertados y, siguiendo instrucciones de Carlos Nomen —antiguo miembro del Secretariado de las Patrullas—, tenían estrictas órdenes de concentrarse, ante la precipitación de los acontecimientos, en los sitios indicados de antemano. Los del Radio XIII, con su local en la céntrica calle Mendizábal, se encontrarían, una vez allí, con enormes dificultades para salir de él; los veinticinco del Radio XVI, de La

Torrassa, al no poder reunirse en su local —tomado por los anarcosindicalistas—, acudieron en la mañana del 3 de mayo a la sede del Radio IX y, desde él, se desplazaron al Hotel Colón.

La tarde del martes 4, a eso de las tres, el temporal que amenazaba descargar con inusitada furia. Doscientos guardias, al mando directo de Rodríguez Salas, asaltaron el edificio de la Telefónica, pero fueron repelidos en el primer piso. Al instante, la excitación acumulada durante los últimos meses se desparamó, en las calles se levantaron barricadas y comenzó la marimorena de los tiroteos, tronó el incesante ruido de las descargas de fusiles, de las detonaciones de las granadas de mano, del tableteo de las ametralladoras. A cada hora que pasaba, aumentaba el encono y el odio entre los dos campos bien deslindados: las llamadas a la calma caían en saco roto —ni cesaban las hostilidades ni se deponían las armas—, y a duras penas se concedían momentáneas treguas, que se aprovechaban para fijar o avanzar posiciones. El apaciguamiento implorado —fueron siete los llamamientos al alto el fuego— y los besos entre hermanos reclamados tuvieron que esperar al viernes, cuando, a eso de las siete de la tarde, se pasearon por la Diagonal y el paseo de Gracia los mil quinientos guardias enviados desde la capital del Turia, entonces sede del Gobierno central. Por las calles, durante esos cinco días, anduvieron a tiro limpio; por los despachos se movieron los intrincados hilos de los combates. Las tropas de Valencia llegaron a solicitud del consejero de Seguridad Interior Agudé, el mismo que dio la orden del asalto a la Telefónica; Companys se desgañitó exigiendo que interviniera la aviación; Del Barrio transmitió en un telegrama los objetivos concretos a bombardear, sin más dilaciones, en Barcelona; Comorera persistió y rogó al teniente coronel Reyes que le ayudara a extirpar el mal anarquista de una vez por todas, pero, desde el aeródromo de las Alas Rojas, el comisario le respondía que no era por falta de deseos, pero que se precisaba el visto bueno de Prieto; Vidiella, al frente de Justicia en el minigobierno del Estado excepcional, le pidió a Alcubierre que, cuanto antes, la aviación se encargase de tirar armas y municiones en el *Casal Marx* y también en Sabadell, donde reposaba el Batallón de Montaña número 3, de total confianza y presto a combatir. Marianet le comunicó, vía telefónica, al ministro Galarza que celebraba que siguiese observando la misma inteligencia y tacto proverbiales ante la situación desbordada. Desde los comités responsa-

bles de la CNT y la FAI dijeron que se había impuesto la serenidad, que no habían sido en vano los múltiples esfuerzos por lograr la avenencia, que habían ganado, en fin, los prudentes, al no caer ni dejarse arrastrar por la trampa de la provocación que les habían tendido. Elogiaron la extraordinaria disciplina, la admirable homogeneidad que, a pesar de todo, imperó entre todos los anarcosindicalistas. Menos mal —se recogía en una relación documental de aquellos sucesos trágicos— que no corrió la noticia de que el jueves en la Telefónica, por la que se desató aquella guerra en la guerra, trabajadores de la UGT habían sustituido, a las bravas, a los de la CNT, que estaban empleados en la central y la controlaban, pues de haberse enterado a tiempo los trabajadores de las barriadas hubieran insistido en pasar definitivamente a la ofensiva, sin vuelta atrás.

Pareció, o eso se difundió, que habían pasado las horas dolorosas, que la paz entre hermanos-enemigos era, por más que se contabilizaran unos quinientos muertos y más de mil quinientos heridos, un hecho y que se podía gozar de nuevo de la tranquilidad interrumpida. Los cinco días no se saldaron, ni mucho menos, en tablas. Los que se sintieron ganadores —el bando de los comunistas y republicanos catalanistas— perdieron el orden público al dejárselo incautar, a solicitud claudicante suya, por el Gobierno de la República. A cambio —era la contrapartida— habían conseguido resguardar sus privilegios, habían logrado que fronteras, puertos y comunicaciones dejaran de estar controladas por los anarquistas y que el desarme de éstos estuviese del todo encarrilado. Los imparciales guardias traídos de Valencia, hermanados con los que ya tenían fijado destino, desde el mismo viernes se dedicaron a intensificar las batidas contra los perdedores: los obreros revolucionarios.

Las barriadas, entre ellas el Prat Vermell, durante aquellos días y horas se fundieron en el mapa de la ciudad, pues fueron a conquistarla o reconquistarla otra vez. Sus parcelas, las retaguardias obreras, estaban bien cubiertas y, sin enemigo a la vista, ya que la pelea acontecía en el centro, hacia allá se fueron. A contraluz, otra vez, las pisadas de las gentes del barrio dejaron rastro. Bartolomé Ávila, miembro de las Juventudes Libertarias, delegado en la Administración Popular Urbana y, durante unos meses, patrullero, cayó en la Vía Durruti —la Vía Layetana de los tiempos de la normalidad del orden— el 5 de mayo. Encarna, que nunca borró de su biografía aquellos años, se enorgu-

llecía de haber bordado con otras vecinas la rojinegra con la que lo despedieron en un masivo y emotivo entierro. A Francisco Reyes, el del comité de la fábrica Alena, lo recogieron dando sus últimos suspiros en la calle Montserrat, tocando a las Atarazanas, y desde allá lo condujeron, ya cadáver, al Hospital Clínico. Alberto Remolí, del Comité Revolucionario, fue uno de los heridos, o eso arguyó uno de los delatores al pretender denunciarlo como uno de los rojos más significados en el barrio. De Mariano García también hay pistas de su participación en los combates callejeros, facilitadas por uno de los chivatos que concurrió a su sumario, un detalle, además, que les valió a los franquistas para que su condena a muerte no admitiese réplica. Y de José Giménez, que arrastró de por vida una cojera por el balazo que le impactó.

La vuelta a la calma comprendía, para unos y para otros, derrumbar las barricadas, cesar en los atosigamientos y liberar a los detenidos. Los trescientos o cuatrocientos, en su mayoría guardias civiles, encerrados en el recinto de la España Industrial fueron soltados, pero el otro bando incumplió las promesas. José Lucio Gómez todavía permanecía en La Pedrera. Hombre de acción y significado militante del Sindicato Metalúrgico estuvo, desde los inicios de la Revolución, en la plantilla selecta y reducida del grupo de investigación coordinado por Escorza. Por su actuación purgó hasta el final de la guerra, perseguido por el macroproceso de los cementerios clandestinos, incoado por el juez especial José María Bertrán de Quintana. La permuta en el rol de acusadores y acusados fue una de las consecuencias notorias de Mayo del 37. La revancha contra los protagonistas de los acontecimientos de los primeros meses de la Revolución estaba en el orden del día, sin importar que corriera a cargo de personajes ilustres que, en su día, se apresuraron a pedir, como hizo en noviembre del 36 aquel juez belicoso a su amigo Aguadé, un par de pasaportes para unos familiares que debían trasladarse a Francia.

Con la veda abierta, no había cortapisas, y más si se contaba con el apoyo de todos los aparatos del Estado refortalecidos, incluidas sus cloacas cada vez más nutridas y activas. El día 5 de junio se publicó una orden del consejero de Gobernación, Carlos Martí, para que se llevase a efecto la disolución inmediata de las Patrullas de Control. Se argumentaba que los servicios que venían prestando ya no eran necesarios, ya que se habían cubierto por las fuerzas de orden público procedentes de Valencia; también se aludía a que la precipita-

ción de la decisión se debía a los incidentes acaecidos la madrugada anterior. Uno de ellos ocurrió por los alrededores de las Ramblas y otro por el Paralelo. En éste estuvieron involucrados, al menos, una decena de miembros de patrullas residentes en el Prat Vermell. Todo empezó porque Carmelo Domingo, patrullero del barrio de Poble Sec, tras ser intimidado y desarmado en plena calle por un grupo de guardias de Asalto, llegó al local de la sección reclamando ayuda. Los cuatro que salieron con él en busca de los agresores fueron igualmente desarmados y, puestos de cara a la pared con los brazos levantados, fueron objeto de un simulacro de fusilamiento. La refriega prosiguió largo rato, al acudir más miembros de patrullas y más policías. El resultado se saldó con Carmelo recogido muerto del suelo, con que Juan Mateu y Rogelio Alcántara presentaban heridas de bala y con Francisco Sánchez en paradero desconocido. A las 8 de la mañana, todavía, un grupo de quince guardias de Asalto se personaron, sin orden ni autorización, en casa de José Oncins al que también desarmaron. El desmantelamiento de las patrullas, sin embargo, aún se postergó unos días. Sería entre la mañana del 9 y la tarde del 10 de junio cuando los delegados de cada una de las secciones —incluida la del puerto con Marcelino Pereiro como responsable y la de Sant Elies— fueron entregando las llaves de sus locales, aunque armamento poco, e inservible, devolvieron.

—Los asuntos por aquí cada día van de mal en peor, porque diariamente se nos persigue con más intensidad... Se está sembrando viento y se recogerán tempestades, pues la gente cada día está más disgustada.

—No queda más remedio que aguantar de la manera que sea y esperar tiempos mejores... Decidles a los presos que no metan tanto ruido que nosotros ya lo arreglaremos.

Son fragmentos de una conferencia intervenida, por la Delegación del Gobierno de la República en la Compañía Telefónica, a mediados de junio. Desde Barcelona hablaba Valerio Mas y desde Valencia, Marianet. Que las cosas iban de mal en peor ya lo sabían los treinta y nueve del barrio que estaban encerrados, en su mayoría, en calidad de presos gubernativos. Con todo, ni estaban apoltronados ni estaban dispuestos a esperar pacientemente tiem-

pos mejores, mientras arreciaba la represión y se les aplicaba con aquella saña. Al contrario, todo antes que sucumbir de rodillas. Así, al menos, acababan el texto los presos de la Modelo en el que anunciaban que, en una semana —desde el 17 de junio—, comenzarían una huelga de hambre con todas sus consecuencias y dispuestos a mantenerla hasta la extenuación. Consideraban que su detención y procesamiento, si se había dado el caso, era la más grande monstruosidad que podía ejecutarse en nombre de un viejo sistema policíaco que se había cebado con ellos, que lo habían dado todo por la revolución, antes y después del 19 de julio. Además, se quejaban de que la Organización, en general, ni se había preocupado ni parecía que le preocupase su situación, sufriendo los rigores de las leyes en el mismo grado que si fueran fascistas; mientras observaban que diariamente salían en libertad individuos detenidos por desafectos o sospechosos (el mismo día de emitir el comunicado había habido, añadieron a mano, 60 libertades, 55 para fascistas y 5 para otros tantos casos de embriaguez, estafa, abusos deshonestos, etc., del PSUC y de la UGT). La huelga de hambre, al final y antes de llegar a un rompimiento definitivo con los comités superiores, decidieron aplazarla, a la espera de que ciertamente —como se les prometía— se fuera arreglando su situación. Nada. El de 5 de julio volvieron a la carga y el Comité Pro-presos, desde la cárcel, repitió la voz de alerta a la vez que advertía que, a partir de cualquier momento, empezarían a practicar cuantas protestas creyesen más oportunas, a pesar de que bastantes carceleros fuesen compañeros suyos. Las denuncias se convirtieron en continuas: cada vez eran más los presos antifascistas amontonados que veían empeorado, sin solución, su calvario y que, apenados, exponían que se les habían negado fondos de ayuda y que la dejadez, la falta de apoyo moral y las deficiencias eran el pan de cada día de la Comisión Jurídica que debería velar por ellos. A mediados de septiembre, los presos confederales rozaban ya el número de novecientos y, mientras a los recluidos se les demoraban las libertades, no paraban de entrar otros más. El patio, el de las cárceles y en las calles, estaba más que al rojo vivo.

Que con los Hechos de Mayo y con las consiguientes orquestaciones se estaba asestando un duro golpe a la Revolución, no cabía duda. Pero que todo estaba perdido, todavía no; más bien estaban prestos a pelear con todas las consecuencias, poniendo toda la carne en el asador. A marchas forzadas se fue

incubando una respuesta contundente ante tantos atropellos que tenían visos de exterminio. Los Comités de Defensa, antes que desaparecer, se reestructuraron como Secciones de Coordinación e Información; tal y como aconteció en la barriada del Prat Vermell, donde el cargo de secretario recayó en Alfonso Alonso. El organigrama que se expandía por los barrios era un ajuste de las coordenadas que se desprendían de los debates y acuerdos que se iban prodi-gando en círculos de máxima confianza. La perspectiva que se barajaba era que, antes de que se aniquilaran las conquistas revolucionarias del proletariado, como consecuencia de la política suicida y desleal del Gobierno y para poner fin al estado de cosas que imperaba, estaban dispuestos a llegar incluso al «hecho de fuerza». Con todo, estaban convencidos —más tras las enseñanzas de Mayo— que para que esta deriva consiguiese su fin debía reunir y estructurar debidamente la voluntad de vencer, la acción de conjunto y la capacidad de sorpresa. Restan como enigma los avances, si los hubo, respecto a la preparación de ese «golpe de Estado» contra el Estado, aunque reservadamente —eso sí— se sabe que circuló un documento difundido como aportación a un proyecto de organización conspirativa y algunas de las informaciones que se debían recopilar se entregaron a su debido tiempo. El 7 de septiembre, en dos sesiones de un Comité Regional ampliado, los comités de coordinación e información de la Zona 10 —es decir, de Barcelona ciudad— presentaron un informe con carácter de ultimátum que expresaba que las barriadas no querían sufrir más vejámenes de eso que se llaman poderes constituidos y, por eso, apuntaban que había llegado la hora de responder, prescindiendo de cábalas y pasatiempos, a la violencia con violencia. Hubo bastante discusión, a favor y en contra de dicha proposición, sin que se llegase a ningún acuerdo.

¿Se podía aventurar que el hecho de fuerza sería algún día a mediados de septiembre? Angel Ossorio, entonces embajador en París, envió una carta a José Giral, ministro sin cartera tras dejar la presidencia del Consejo de Ministros, en la que le daba a conocer el plan de la revuelta anarquista que se estaba proyectando en Barcelona y le avisaba que se ponía a organizar ese mismo día, 16 de septiembre, una valija extraordinaria con 28 documentos que lo probaban. Ossorio, además de diplomático, era, ante todo, político y por eso se atrevió a recomendarle que, «si podemos tener en nuestras manos acción política suficiente para frustrar el plan, me parecerá magnífico», pero que si no

alcanzasen a tanto las fuerzas, le animaba a publicar las noticias y documentos en los periódicos, y si fuese menester en las esquinas, ya que una acción de ese tipo bastaría para desconcertar a los conspiradores más inteligentes y fuertes. Ése era su añejo sistema, del que se vanagloriaba, pues estando en Bruselas una semana antes de los Hechos de Mayo, ya había anticipado a los periodistas que algo muy grave iba a ocurrir en Barcelona y que el gran peligro que representaba el predominio de los anarquistas estaba a punto de ser desvanecido. Ese mismo día, mientras se celebraba Consejo de la Generalitat, Isgleas —de la CNT— informó a Tarradellas de que les habían llegado noticias de que esa noche elementos comunistas y de la policía iban a promover disturbios con el propósito de justificar la represión y las detenciones entre los elementos más significativos de los anarcosindicalistas. Companys, alertado por su consejero, le preguntó más tarde a Comorera que qué sabía del caso, y éste le manifestó que, hacía dos días y pensando en que ocurrirían incidentes, había concentrado a toda su gente pero que ya la habían desconvocado.

Fueran bulos, medias verdades, intenciones frustradas o alarmas injustificadas, en la madrugada del lunes 20 de septiembre comenzó el largo asedio del edificio de los Escolapios, en la Ronda de San Antonio. El local lo compartían el Comité de Defensa del centro —con una subdelegación en Can Tunis—, el Sindicato de Alimentación, la Escuela Preparatoria de Guerra, el Ateneo Faros y era, además, un espacio de continuo trasiego. Al mediodía siguiente, a eso de la una, los encerrados capitularon ya que habían sido rodeados por un despliegue policial de grandes proporciones, les habían tirado algunos cañonazos y, desde los comités responsables, les emplazaron para que se entregaran pacíficamente. Fueron veintiséis los detenidos y después se fue dando cuenta, en sucesivas noticias, de la enorme cantidad de armamento que tenían almacenado. Por la noche, le llegó el turno al local de las Juventudes Libertarias del barrio del Carmelo y también hubo registro y requisa en la fábrica de cervezas Damm.

Había caído, sin responder al asedio, lo que el Ministerio de Gobernación consideraba en la nota distribuida a la prensa una verdadera fortaleza estratégica en pleno centro de la ciudad. La respuesta, infundada o no, del «hecho de fuerza» no llegó, se frustró o se dejó estar o ni tan siquiera se trazó. Los ánimos de rebeldía, sin embargo, no se aplacaron y todavía en octubre los

rebautizados Comités de Defensa empezaron a distribuir, clandestinamente y sin autorización de la Organización, el periódico *Alerta* para imprimir los gritos de protesta desperdigados y recoger el malestar difuso de la calle. Pero vinieron otros meses, más aciagos, en los que la Revolución se fue yendo al garete, del todo. Se atravesó un largo trecho hasta la derrota, plagado de incidentes y, sobre todo, de profunda desmoralización.

Las cárceles, repletas, eran un hervidero. Por cualquier motivo se producían alborotos y las fugas, primer mandamiento de todo preso, se volvieron a tramitar. En la Modelo —entonces preventorio judicial de Barcelona— el 13 de noviembre fue descubierto un pasadizo subterráneo que habían construido, para evadirse, los presos de la primera y segunda galería. A finales de mes, el día 30, la insubordinación se concretó en el lanzamiento del rancho y, después, en el arrancamiento de las puertas de las celdas para evitar ser encerrados a la noche. La mañana del 22 de enero, un centinela que recibió insultos, disparó su fusil hiriendo a un recluso y, acto seguido, se originó un motín en el que se arrancaron las puertas centrales de algunas galerías. Al cabo de cuatro días, tras un bombardeo que causó estragos en el techo y las celdas de la sexta galería, otro motín incendió algunas dependencias y se intentó quemar expedientes personales y ficheros. Asimismo, en la confusión, algunos reclusos intentaron fugarse y, para restablecer el orden, acudieron dos compañías de carabineros. La ingobernabilidad no dejó de crecer, a pesar de que se habían iniciado los traslados masivos de los más revoltosos a otras cárceles, de que se había puesto fin a la relativa tolerancia de los comités de presos de cada galería, de que en vez de dos recuentos diarios se hacía un tercero a mediodía y de que los registros eran más frecuentes y minuciosos.

En la larga ristra de nombres que ajetrean el papeleo carcelario asoman, a menudo, los de residentes en la barriada del Prat Vermell. Es como si la condena eterna de aquellas gentes de las Casas Baratas consistiese en que, para saber de ellas, has de topar con la justicia y sus recovecos. Relegados al anonimato en otros acontecimientos, cuando se trata de sentenciarlos por infractores o transgresores del orden son en cambio protagonistas notorios. Es el caso de Antonio Céspedes y José Valcárcel que por su mala conducta, según la superioridad, fueron trasladados, a principios de diciembre, a la cárcel de Manresa. Antonio se fugó al cabo de un mes. Reingresado en la Modelo, la noche

del 16 de julio probó otra vez, con otros nueve compañeros —entre ellos, Francisco Sabaté, *el Quico*—, la evasión que, viéndose frustrada, les supuso, previo paso por las celdas de castigo, el traslado al correccional de inadaptados de Vic. Blas Zambudio —hijo— fue sorprendido a mediados de abril de ese año, junto a tres compañeros, cuando intentaban alcanzar la cloaca general de la calle Provenza. Su hermano José tuvo mayor fortuna ya que logró evadirse, el 21 de octubre, aprovechando que se apagaron las luces de la prisión al sonar la alarma por unos bombardeos. Al cabo de dos meses, sin embargo, volvió a ser detenido y puesto a disposición de la Comisaría General de Investigación Social, pues acarrea una condena de treinta años por alta traición.

Si dieron con sus huesos en la cárcel fue, en su inmensa mayoría, por tenencia ilícita de armas y por repartir o leer hojas clandestinas. Entre los más de ochenta que estuvieron en ella, así que avanzaba 1938 también los acusaron de desacato y atentado a los agentes del orden, de desafección al régimen, de alta traición, de espionaje y, muy al final del tétrico año, reaparecieron los robos y algún homicidio. No engrosan este número otros cuantos presos gubernativos, ni los que pasaron algún rato en calabozos, policiales o judiciales. El peso de la ley que cayó sobre la barriada, además de constatar la represión que les atosigó, es reflejo de la deriva, sin timón alguno, de la cotidianidad que les envolvía por senderos muy alejados de los impulsos revolucionarios. El nosotros, entre ellos, se había ido resquebrajando hasta quebrarse del todo. Algunos, sin renunciar a la mofa, veían el panorama «negrín, muy negrín».

La cruda y ruda supervivencia —el comer— y no verse destrozado por una bomba, era el réquiem cotidiano. Desde que el 15 de octubre de 1937 los bombardeos dieron de lleno en el barrio, ocasionando la muerte, entre otros, del padre y la hermana de Bartolomé Ávila, las carreras alocadas a los refugios improvisados y el palo entre los dientes, para que no se reventaran los oídos, eran imágenes demasiado repetidas. Por si fuese poco, la comida no estaba en las tiendas y había que sacarla de donde fuera o acercarse a los acaparadores de nuevo pelaje, ahora también campando a sus anchas por sus parajes. Cualquiera de los críos de entonces no ha podido olvidar el run run desquiciante del hambre, el ruido atronador de las pavas, los zambombazos del maldito *Canarias*. No había otra expectativa, «las tomabas o las dejabas —como las

lentejas— aquellas píldoras recetadas por el doctor Negrín», me dijo José encogiéndose de hombros. «Estábamos jodidos por partida doble —resume Antonio—; más que negro pintaba el futuro, aunque prometieran victoria y, más jodidos, entra la espada y la pared, entre unos y otros, tirábamos acuciados por pasar el día que tocaba hasta el siguiente».

Para salirse, o menearse en el aprieto, se espabilaron con las argucias del sálvese quien pueda. El desgarró interno fue la consecuencia. De la barriada salieron carceleros de la vara sádica para los campos de trabajo y agentes del SIM (Servicio de Información Militar) para las mazmorras del terror. También sacaron cuerpos arrastrados de penal en penal, con parada intermedia en los campos de concentración o destino clandestino en las checas. Allí coincidían los que se habían hecho de oro con los que les costaba hacerse con una perra gorda: a unos les tocaba guardar los campos de la colectividad y a otros, saquearlos; los había que se esfumaron del frente, mientras compañeros de antaño caían como moscas aunque hiciera años que dejaran el biberón. Tuvieron sus más y sus menos; las desavenencias y las disputas dejarían manchas que no se borraron ni entonces ni después.

Escritos en la primavera del 38, dos paquetes de dietarios anónimos podrían ser la crónica del desasosiego. En uno, con el a veces rocambolesco encabezado de «Baterías facciosas del bulo y del rumor» o, simplemente, titulado «Relación de las diferentes opiniones del pueblo de Barcelona ante la situación actual», el encargado por la Sección de Coordinación e Información relata los ánimos y los rumores que recorren la ciudad durante el mes de abril y los primeros días de mayo. Entre los más repetidos, transcribe lo que se dice en colas, barullos y mercados: muchos militantes de los sindicatos se niegan a ir al frente, pues acudir a la movilización era ir al matadero. Abundan también las muestras de abatimiento y desaliento —«pronto nos quedaremos sin agua y pan»; «es inminente el desembarco de los italianos»; «que entren los facciosos pues al menos comeremos»— y las referencias a las peleas en las colas por la escasez y carestía de los víveres; ésas sí eran el pan de cada día. Las otras hojas están rotuladas como «Informe Global de las barriadas» donde, una por una, casi todos los días los delegados respectivos dan cuenta de la situación en su entorno más inmediato, distinguiendo entre el parecer y el hacer del vecindario en general y el que se corresponde a la militancia en activo

del Prat Vermell. La militancia, en los primeros días de abril, exclamó que estaban desorientados, pidió más información y exigió más campo de manobra para poder imponer una disciplina férrea y eficaz. A mediados de junio reconocían que, poco a poco, su moral se había rehecho, aunque por la barriada todavía corrían voces desalentadoras. Su retrato del barrio, mirando y escuchando a los vecinos que están apesadumbrados, ha dado un vuelco total. Anotan que hay muchos desertores, entre ellos bastantes militantes y otros tantos afiliados confederales, que se niegan a ir al frente hasta que no vayan, según esgrimen, los capitostes del Gobierno y los responsables de los comités superiores del Sindicato, aduciendo que lo peor era que además se dedicaban a saquear los campos y las colectividades. Insistían, hasta desistir por tanta reiteración, que el ambiente era patético, doloroso para ellos, pues una proporción muy considerable del vecindario —entre los que se incluyen algunos que alardeaban de militantes de la Organización—, noche sí y noche también, corría a asaltar los campos; también los tiroteos eran sistemáticos y continuaban las borracheras a granel y el desenfrenado juego por las mesas de los bares. «Un desastre», llegan a pronunciar.

Durante el verano dos muertes sacudieron al barrio. Ambas son trasuntos del descarriado curso inexorable de los acontecimientos, dentro y fuera del barrio, que desconcertados relataban los del Comité de Defensa. La noche anterior a la madrugada del 12 de julio, reunido un grupo numeroso de mujeres, decidieron salir juntas a coger patatas para tener —dijeron— algo que comer. Ya en los terrenos de la colectividad agrícola, los guardas rurales les dieron el alto, oyéndose a continuación unos disparos a los que acudieron refuerzos de la Guardia de Asalto, y al cabo de un rato, tras la batida, hallaron el cadáver de José Jérez (*el Pirulo*), un chaval de 18 años. En las declaraciones posteriores por el sumario abierto, se habló de un grupo de ochenta —otros lo rebajan a cuarenta—, aunque los detenidos, sin embargo, eran diecisiete mujeres y ocho hombres, todos provistos de su correspondiente saco vacío. El mismo día 12, la Sección de Coordinación de la barriada emitió un informe acerca de un asunto acaecido hacía poco más de una semana. Explicaba que Francisco Liria, precisamente el delegado de la Sección, había ocasionado involuntariamente la muerte de un niño que estaba sustrayendo géneros y hortalizas que cosechaba la colectividad. No se pretendía justificar —dicen—

el hecho realizado por el compañero, del que tienen una máxima consideración, sino denunciar lo que ocurre en la barriada sin que nadie se atreva a poner remedio. Vienen, a continuación, acusaciones de que aquellas sustracciones —efectuadas por cuadrillas numerosas y sobradamente armadas, ante la vigilancia que habían extremado los miembros de la colectividad— no estaban motivadas por la escasez de sus hogares, sino que el producto del robo lo dedicaban a comerciar ilícitamente. Su versión se cierra reclamando que se tomen de una vez cartas en el asunto, porque no están dispuestos a dejarse robar para que el producto de su trabajo sirva para mantener a haraganes de profesión. Los conflictos estallaron, la implosión fue irrefrenable, una guerra interna los corroyó y, sin vuelta atrás, fue a más hasta el final.

La crónica se tornó negra, de novela negra, me han dicho en más de una ocasión. El devenir, abonando la intriga, todavía brindaría peores noticias. A punto de llegar las navidades, el viernes 23, tres del barrio —José Alcázar, Manuel Asensio y Francisco Pérez— fueron fusilados, junto a otros dos, en Montjuïc. Han pasado a la historia —¡vaya un mérito!— como los últimos ejecutados por la justicia de la República. A Gabriel Conde, en enero, la sentencia del Tribunal de Espionaje y Alta Traición de Cataluña también le impuso la pena de muerte, pero no hubo tiempo para su ejecución. José Giménez, el 20 de julio de 1936 expropió, representando al Comité Revolucionario del barrio, el barracón de madera para construir una escuela y el 4 de enero de 1939 ingresó en la prisión, también por motivos de alta traición. Del principio al fin, del cénit al ocaso, del todo a la nada. La escalera que empezaron a subir no llevaba al cielo, conducía al infierno.

Versión de cómo se desarrolló la sublevación fascista en las Casas Baratas del Prat-Vermeil

Después de una penosa marcha en automóvil, los compañeros de las milicias antifascistas que me acompañaban y yo, llegamos al Comité Revolucionario del Prat-Vermeil, el cual está integrado por los camaradas siguientes: Como delegado, Juan Berenguer, y como milicianos, Juan Mirro, Benito Maldonado, Alberto Remoll y Antonio Céspedes.

El camarada Berenguer, dice que el mismo día que empezó la sublevación en Barcelona, todos los componentes de la C. N. T. y la F. A. I. se lanzaron a la calle, y su primer objeto fué requisar todas las armas largas y cortas que poseían los agricultores de aquellos contornos y demás casas donde ellos comprendían que podían haber, y gracias a estos registros pudieron armarse una parte de ellos.

EL ASALTO AL CUARTEL DE LEPANTO

Continúa diciendo el camarada Berenguer: Tan pronto nos hicimos de estas armas ya reseñadas, nos dirigimos al cuartel de Lepanto, donde aun continuaban las tropas acuarteladas; una vez nos habíamos atrincherado y estábamos dispuestos a hacer fuego, uno de los nuestros se dirigió al cuartel y al llamar a la puerta del mismo, como única contestación a su llamada, sonó una descarga cerrada, la cual repelimos inmediatamente y a resultas de ella empezó un vivo tiroteo por ambas partes, pero aun no habían transcurrido diez minutos, cuando en los balcones de los pabellones de dicho cuartel, empezaban a salir trapos blancos, dándonos a comprender su rendición y, efectivamente, así era, pues mi-

nutos más tarde se habrían las puertas que dan acceso a las compañías de ametralladoras y dormitorios de tropa. ¡Nuestra sorpresa fué grande al ver que todos los hijos del pueblo, hermanos nuestros, se tiraban a nosotros, y en un fraternal abrazo salían con nosotros y a la calle, no sin empuñar sus armas, para defender la libertad del pueblo y aplastar al fascismo! Una vez lograda nuestra victoria supimos por la Cruz Roja, que cuatro de los nuestros sufrían heridas leves, mientras que de los elementos facciosos que se habían resistido desde el cuartel, habían varias bajas entre jefes y oficiales.

EL REGISTRO DE LA IGLESIA

En la iglesia de la barriada se encontraron algunas pistolas y municiones; en la rectoría se encontraron muchas botellas de licor, por cierto del más exquisito, y varias cajas de puros habanos, todo lo cual, después de requisado, pasó al Comité revolucionario, el cual inmediatamente dispuso que todo fuese destruido y la iglesia quedó totalmente destruida, así como todo lo que había en la misma.

LA NORMALIDAD ES ABSOLUTA

Después de haber sido fustigados varios días por los pacos, y una vez limpios estos contornos de tan repugnantes elementos, la tranquilidad es absoluta en toda la barriada, habiendo recobrado su normalidad; no obstante, están en pie de guerra todos los camaradas, dispuestos a dar hasta su última gota de sangre por la libertad del pueblo y por la causa.

Mariano Martínez López

El Comité Revolucionario del Prat Vermell, a todos los camaradas y la opinión pública

Este Comité, como todos los que en los actuales momentos son conscientes de su labor revolucionaria, ha puesto también su grano de arena en la obra que afecta al bienestar colectivo y al de la causa.

La zona del Puerto Franco que en su totalidad son arrendadores de significación derecha, al estallar el presente movimiento, dichos arrendadores dejaron muchas tierras por cultivar y otras en un estado total de abandono; por lo tanto, percatado este Comité de tal boicot, al momento nombró una Comisión compuesta por los compañeros Mula, Gelabert, Bernis y Bolufer, para que con toda la fuerza que le da este Comité obra sobre el terreno y llevados a la práctica lo que vamos a exponer para conocimiento de todos:

- 1.º Control de toda la zona dicha, tanto en lo que hace referencia a todo lo que está sembrado como al terreno libre para la siembra.
- 2.º Obligar a que todos los arrendadores se provean de todos los trabajadores para poner las tierras en condiciones de producir.
- 3.º Cada arrendatario hará una declaración de las existencias que tiene para su libre venta.
- 4.º Tal como estas existencias

salgan a sus destinos de venta, los arrendatarios lo deberán manifestar a esta Comisión.

5.º En caso de que algún arrendatario hiciese ocultación de cualquier clase de mercancía, este Comité se incautará de ella.

Por todo lo expuesto, esta Comisión en contacto desde el primer momento con los Sindicatos de Santa Eulalia, Sans, Bordeta y Hospitalet después de una reunión en la que cada representante exponga todo lo que afecta al Alto y Bajo Llobregat.

Los compañeros de Prat Vermell y de Hospitalet acordaron en principio y de conformidad con los restantes, que dentro de la presente semana se convoque a una asamblea a todos los trabajadores de la tierra para que, visto el ambiente actual y de las normas confederales de nuestra gloriosa Confederación Nacional del Trabajo salga de esta asamblea la total estructuración social fuerte y eficaz que siempre hemos deseado.

Esta Comisión, en la actualidad, se ha incautado de una casa de laboreo por estar sus tierras en completo abandono, dando trabajo a cincuenta trabajadores y pagando los correspondientes jornales con las existencias (ocultas) de tres toneladas de judías de la recolecta del pasado año.

Exponemos estos datos a la luz pública para que la opinión forme un exponente de nuestra actuación y que sepa que el "Agulluchos" igual sostiene un fusil que sostiene la economía y el control en lo que afecta a tan importante zona del Puerto Franco.

Con saludos anárquicos queda vuestro y de la causa. — El Comité.

Solidaridad Obrera, 02/09/1936



C. N. T.

A. I. T.

Colectividad Agrícola de Barcelona y su Radio

Calle Sagunto, 2, 1.º - SECCIÓN SANS - Teléfono 31712



C. N. T.

F. A. I.

A. I. T.

COMITÉ DE DEFENSA DE LA BARRIADA DE PRAT VERMELL

TÉLEFONO 37868

BARCELONA

C.N.T.-A.I.T. **DUPLICADO**

ADMINISTRACION POPULAR URBANA

ÁVDA. PÍ Y MARGALL 37 TELÉFONO Nº 19370.
ZONA 10 -"PRAT VERMELL" Telefono, 23890.
Carretera del Port. 111. BARCELONA

EL RAMO DE CONSTRUCCION VELA POR LA SALUD DEL VECINDARIO

Casas baratas

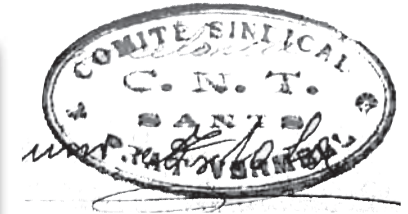
Esas pocilgas llamadas casas baratas serán reemplazadas por modestas pero confortables viviendas populares, con toda la higiene necesaria.

Actualmente no hemos pensado aún en reformarlas o reformarlas, porque entendemos que hay asuntos de mayor importancia a resolver y mayormente porque en Barcelona aún sobran viviendas.

Las fincas en construcción

El Comité del ramo de construcción controla rigurosamente todas las obras lo mismo en el trabajo que en las compras y salarios. Todas aquellas que han sido abandonadas por sus dueños o constructores, han sido incautadas y para responder a la elevación de las mismas, sirven los medios económicos de las cuentas corrientes de los propietarios fugitivos. Quiere que Barcelona recupere su normalidad en dicho ramo y a tal efecto tiene en estudio otro plan de construcción.

Diluvio, 28/08/1936



FÁBRICA DE ARTÍCULOS GALVANIZADOS - TALLERES DE GALVANIZACIÓN

UNIÓN GALVANIZADORA
MATERIAS PRIMAS REGIONAL DE E. JULIÀ Y ABADÍ Y CERDAS

FÁBRICA Y TALLERES:
DOMINGOS 4021 38
TELÉFONO 33804
SERVICIO TELEGRÁFICO GALVANIZADO

CUBOS Y BAÑOS MATERIAL AGRÍCOLA MODERNO
GRANDES PREMIOS EN DIVERSAS EXPOSICIONES
DEPARTO: CALABRA 181 Y 182
TELÉFONO 30842

FARRERO Y GUSÉN C.

FARRERO-INDUSTRIA COLECTIVIZADA
Por el Consejo de Empresa

Niceto Ferrero y Gusén

Comitè Central de les Milícies Antifeixistes
CERTIFICACIÓ
de sortida al Front i de cobrament del Subsidi

1) Sindicato Construcción Pat Kerspell

Certifica que Ricardo Parera Magrit
amb domicili al carrer de Calle 73 núm. 372 pis Segona
del company Milicia de Construcción
Agustina Blasco Climent amb domicili al carrer de
el mismo núm. --- pis --- que sortí cap al
Front d' Segre Zaragoza dia 7 d' Octubre del 1936,
pertany a la Columna 4 de Construcción Magrit
destacada a ---
i ha de cobrar el subsidi corresponent, mentre l'esmentat company Milicia no autorizi expres-
sament una altra persona.

Barcelona, 9 d' Octubre del 1936.

Signature del qui ha de cobrar el subsidi:
Agustina Blasco Climent

Dues signatures de l'Organització de la Columna:

(1) Nom i domicili de l'Organització a què pertany el Milicià, el Nom i domicili de la família del Milicià i dir de la Columna, grup, destacament, etc. i nom i regió del Front, etc.

XVI. No sé si... Dimes y diretes

28 DIVISION Cuerpo de Comisarios

Nombre y apellidos VICTOR ADE GARCEA

Natural de ALAGON Prov. Zaragoza
Domiciliado en BARNA, Barriada Ferrer
Cda Guardia, a/12 n.404 p.º pt.º
Edad 25 años Estado Casado Hijos 1

Organización Sindical C. N. T.
Sindicato Artes Gráficas
Fecha de ingreso de Agosto de 1930.

N.º de carnet ---
Organización política Grupo de Defensa
nº 13
Observaciones ---

EMPLEO
 28 División
 Brigada Mixta
 Batallón
 Compañía
 Comisario Ayudante

DON FELIX ANAJO SALAS LEBRECH JEFE de la 1.ª BRIGADA 11.ª

(Nombre y apellidos)

CERTIFICO: Que Don FRANCISCO ALONSO EXPOSITO, SARGENTO
afecto a esta Brigada, Casado
(Nombre y apellidos) (Estado civil)
en actos de servicio defendiendo al Gobierno de la República el día
9 de Marzo de 1938
en Fuencabedros en cesión de los combates librados
en aquel Sector.
(Circunstancias que ocurrieron)

Después de tantísimos años, todavía hay quienes perseveran en condenar a los que perdieron la Revolución. A falta de sus protagonistas, el propósito es extinguirla, borrarla definitivamente del imaginario colectivo, logrando que sus herederos maldigan y se avergüencen de la osadía de sus mayores y que se entone, sin fisuras, un «¡nunca más!» para siempre. En este enterramiento concurre una variopinta y numerosa pléyade de sepultureros. La mezcla es extraña. Se abigarran los que, con dardos más certeros y esmerado vocabulario, presumen de reescribir, por fin, la verdadera historia de aquella tragedia, alejados de pasiones y posiciones —aducen—. Otros, oportunistas sin sonrojo y desde la frivolidad del todo vale, prescinden de las pulcras máscaras de sus compañeros de viaje y aprovechan, sin más, el filón que se les ha abierto —sonríen—. Al unísono, palabras y sonrisas comparten un entusiasmo que desprenden al remover intrigas y atrocidades para regar, aún más, las flores del mal de las eternas periferias. Juegan con ventaja; a poco que escarben les brota material, aunque proceda de fuentes de mayor, menor o ninguna fiabilidad. Es lo de menos; el común denominador es abastecerse, como sea, de ese papel, de esa voz o de esa imagen que valide sus intenciones o encargos. Trituradas y recicladas las malas hierbas que entorpecían el camino, maquinado el chivo expiatorio, podrán laurear y pontificar símbolos, héroes y mártires, aunque algunos papeles, ciertas voces y pocas imágenes conseguirían poner en entre-

dicho las escrituras que avalan y miman estos altares. Pon esto, quita aquello; así se despliega, sin interferencias de mal gusto, la siniestra guerra en la guerra en la que transcurrió aquella revolución social. En el ceremonial de los memoriales la consigna es deslindar entre buenos y malos, entre republicanos civilizados y revolucionarios extremistas. Son las tretas de la Historia —con mayúscula—, son las claves del éxito de las novelas históricas: fabricar una memoria histórica, como recurso subvencionado y bien pagado, que arramble con la memoria colectiva. El aparador de la leyenda negra de los márgenes se expone como el espejo que, invertido, ha de reflejar las proezas de unas celebridades que, ya sin mancha alguna, permanecen intocables y veneradas.

¿Cuántos cuentos chinos nos habrán contado acerca del terror que, más que rojo, lo han pintado de rojinegro? Desde luego, arrojar luz en cierta dirección no evita —más bien, desafía— que se tracen al mismo tiempo líneas de sombra, que se agranden más los agujeros negros. A la postre, todos los cuentos tienen que ver con cuentas o, como en este caso, con el ajuste de cuentas. Si se buscan hechos, salen versiones. Y las hay para todos los gustos, con artilugios distintos y desde distintos frentes. Unas se parapetan en la destreza supuesta del historiador y su aparente neutralidad barnizada de una imposible objetividad, otras se encaraman a la suerte del hallazgo de estrambóticas e inaccesibles fuentes, y bastantes otras, de un tiempo a esta parte, se deleitan con mamotretos novelados que se rigen por la atracción de la ficción. A base de relatos, con tramas bien aderezadas con todos los condimentos y salsas que se requieren para la circunstancia, se impone la memoria como desmemoria. Mandan los cánones de las industrias culturales. Tras conformar una audiencia, se dispondrá de una opinión pública que llorará la cruel y trágica guerra que arrasó con todo; donde los que más perdieron y sufrieron no fueron ni rojos ni nacionales, ni obreros ni burgueses, sino los de ningún bando, los de en medio que, a ras de suelo, eran muchos más. De la Revolución, ni media palabra, ni mu. Si acaso, con el crepitar de las ascuas del terror rojo, se avivará ese flanco que achacará todos los desaguisados —sin excepción— a los revolucionarios sin revolución, pues —aseguran— aparte de algún romántico bien engañado, ¿qué eran, sino una pandilla de profesionales del pillaje, donde abundaban asesinos depravados?, ¿dónde se cobijaban, sino en las zonas negras donde la miseria no alcanzaba ni a pobreza?

Las falsedades, es la verdad, no admiten réplicas. Otra cosa es que las gentes de aquellos barrios estén hasta el moño. Tanto que muchos no quieren ni oír hablar. Casi todos, cuando se mencionan aquéllas, se dan por perdidos, tuercen el morro, apenas rechistan y se refugian en el «que digan lo que quieran, qué más da». «Hace tantos años de aquello... y las pasamos muy canutas al final. Y no te digo después». «Déjalo estar» —me apremia José, el hijo del limpiabotas y de María, la que de joven era aficionada al teatro—. Algún otro, de los pocos que no renuncia a aquel pasado, sin chillar pero alterado, reniega y suelta unos cuantos insultos; y sus reproches se escudan en que, «pestes, las que quieras, a borbotones, en todos los lados. La culpa nuestra es haber ido siempre a pecho descubierto, carecer de esos grandes padrinos a los que recurrir si vienen mal dadas». Joaquín dice también que a Paco, su padre, «le tildaron y acusaron de todo, pero no lo pillaron: marchó y no volvió. Murió allá, apenas cumplidos los sesenta, tras un accidente en la mina. Ya ves —prosigue el soliloquio—, el Baltasar de los Reyes Magos, siempre *tiznao*, en los pozos se cascó; así, tal como suena, su puñetera vida, desde los catorce años que se hundió por primera vez en las entrañas de Mazarrón, explotadas por la francesa compañía de Águilas. Déjalo, hombre, no hay nada que hacer, que digan lo que quieran, qué más da». También él.

Otra de sus hijas, nacida en Francia, me regaló una pequeña agenda que guardan de los padres —Agenda 19 de julio, 1949-1950, de Ediciones Universo—. En cada día constan nacimientos y muertes de los otros que hicieron la historia: el santoral ha desaparecido y, por ejemplo, el trece de marzo es para Camelia, una de las hijas de Juan López y Josefina Alcázar que, como ellos, también estuvieron trasterrados hasta el final de sus vidas. En la parte inferior queda un trozo donde aparecen insertas frases cortas del ideario, después vienen unas páginas con los himnos para la revuelta y, al final, una breve sección de chistes y anécdotas. El último:

—*Mamá, ¿por qué se caza a los tigres y a los leones?*

—*Porque son malos. Matan a los pobres corderitos.*

Antoñito reflexiona un instante y al cabo exclama:

—*Entonces, ¿por qué no se caza también a los carniceros?*

¿Tigres y leones, corderitos o carniceros? ¿En qué pensaría Antoñito? Tampoco hay que canturrear el érase una vez un lobito bueno... No creo que lo soportasen, pues no creían en arcadias y eran demasiado conscientes de las consecuencias que arrastraría lanzarse a la revolución social. En uno de sus cintarazos Peiró, alabado por su prudencia, reconocía que en plena revolución el enemigo había de ser batido sin compasión, exterminado inexorablemente, y que las revoluciones comportan, como un hecho fatal e ineludible, derramamiento de sangre; más grande, además, cuanto más profundas son. Con estas premisas a cuestas avisaba de los peligros que acosaban a la retaguardia, como el que la Revolución perdiera el timón y que la violencia perdiera todo sentido, rebasase su condición de medio con un fin para acabar desdibujada en un fin en sí mismo, por cualquier medio, a cualquier precio, ajeno y contrario a sus principios. ¿Se puede hablar entonces, hasta la extenuación, de crímenes y castigos para tapar las aportaciones constructivas en que se empeñaron tantos anónimos que trabajaron, como proclamaban, para la eternidad labrando el sueño igualitario?

—No fuimos tan malos, y si malos fuimos por lo que hicimos, no fuimos ni mucho menos los únicos ni los más malos —vuelven a ser las palabras de Encarna.

Ella, y a su lado Antonio, su primo, cabeceando afirmativamente cada una de sus expresiones, me lanza un por qué todo esto: ese maltrato, todavía ahora. Después, no se corta un pelo.

—Siendo antimilitaristas, corrimos a empuñar las armas, sin galones ni estrellas por montera. Siendo enemigos de todas las cárceles y uniformes, nos prestamos a cuidar el orden revolucionario, para que nunca más levantaran cabeza ni opresores ni explotadores ni sus esbirros, pero también —agrega frunciendo el ceño— para que no hubiera desalmados ni aprovechados a nuestra costa. Siendo obreras y obreros ninguneados y pisoteados, tiramos de la producción que creíamos útil; mirando de relegar la explotación todo lo bien que supimos y hasta donde llegamos, por más cortapisas que nos colocaron. Te dije y repito —se pone otra vez muy seria— que ya valía de ser machacados, reconocimos entonces y también más tarde que dejamos, no impedimos, que se colaran entre nosotros desaprensivos. Por desgracia, también otros, más curtidos, deslumbrados por la ocasión, quizás empujados por los muchos mam-

porrazos recibidos a cambio de obligarte al amén de que las cosas van como van, de que son como son, tiraron la toalla, empezando a proceder de maneras que hasta hacía poco detestaban y habían combatido. De verdad, harta, muy harta, de que seamos los malos de la película. ¡Tendrán bemoles!, por no decir otra cosa. Mira que tiraron, tiran y tirarán piedras. No está nada bien, sin embargo, que todas vayan a parar al mismo tejado. Se han olvidado, porque no les interesa, del dicho popular que dice que el que esté libre de culpas que tire la primera piedra. No, tampoco, no se puede decir que fueran culpas... es lo que había ¿es se puede hacer una revolución sin gota de violencia?, ¿han sido, son y serán pacíficos pacifistas los de la acera de enfrente? ¡Vamos!

¿Airear trapos sucios? ¿Cuáles?, ¿cuántos? ¿Todos?, ¿ninguno?, ¿algunos? ¿Con qué criterios se deberían ventilar? ¿Quiénes le pondrán, o se adjudicarán la potestad de ponerle, el cascabel al gato? El tema podría esquivarse si al menos —como dejó escrito Díaz Sandino, teniente coronel de aviación y consejero de Defensa de la Generalitat a finales de julio de 1936— se reconociera que las Patrullas de Control estaban constituidas por gentes de todos los partidos sin exclusión y que, por tanto, no era de recibo atribuir a una organización en concreto ni los hechos meritorios ni los desafueros que pudieran cometerse. En sus antípodas ideológicas, con parecidas palabras se expresaba el comisario Quintela, pero subrayando, a pesar de su obsesiva manía exterminadora de todo lo que oliera a anarquismo, que la CNT y la FAI, al principio, se negaron a participar en ellas pues no se avenían de ningún modo a actuar de policías y, menos, a perseguir obreros, como tendrían que hacer; y que era la Esquerra la que deseaba predominar en ellas. ¿Varapalos? A diestro y siniestro. De hecho, fue la táctica de Marianet cuando, en el descargo por su inculpación, en agosto del 37, por la evasión de capitales derivada de la detención de la delegación del Comité Nacional en la Collada de Toses, se exculpó (al serle notificado que no le había valido del todo el hábil traspaso de la máxima responsabilidad del suceso a Joaquín Ascaso, en tanto que presidente del Consejo de Aragón) apelando, en pomposo vocabulario jurídico, que «si no se contemplan las circunstancias históricas excepcionales que hemos atravesado, ya se puede convertir toda la España leal en una inmensa cárcel, porque no hubo ni organización, ni partido político, ni sector, ni individuo revolucionario, que no se saltara todas las viejas normas jurídicas, al disponer de los bie-

nes en beneficio de la lucha y de la revolución». A buen seguro que tenía en mente, entre otros, a su buen amigo el ministro Galarza y el *affaire* que le salpicó en pleno noviembre con la capital, Madrid, a punto de caer: un cuadro de Goya, un violín Stradivarius y unas cantidades suculentas de oro y plata, de billetes, monedas y joyas camino de Francia.

Lo cierto es que, si te pones a escudriñar papeles de mal leer, a veces te encuentras con más de una sorpresa. Tras revolvérsete los ojos, apremian una serie de preguntas: ¿es qué nadie más los ha visto?, ¿cómo es posible esta omisión con la de gente que se ha esmerado en desempolvar la ira de las llamas?, ¿serán de esos eventos que, siendo importantes, no importan?, ¿quizás importunan y es conveniente ladearlos cuando no olvidarlos?, ¿las peores mentiras no serán las medias verdades? De los muchos entresijos de aquellos años los hay peculiares y chocantes: algunos que afectan a personajes con cierta aureola pública y otros que atañen a los que hacían faenas sucias desde la sombra, como segundones o simples cumplidores de lo que consideraban su deber u obligación. Por encima de ellos, sin embargo, resuenan las decisiones de los *vips* y su estar debidamente al corriente, mientras que, tras sus actuaciones, se escurren escabrosas y maquiavélicas maniobras. Más que tribulaciones, sus andanzas muestran que no hay historia que no discurra por patios oscuros y que pueda prescindir de los trasteros.

Un ejemplo son los avatares de José Gallardo, un sevillano torero o novillero que, a resultas de una cogida que le produjo una cojera, tuvo que dejarlo. En marzo de 1922, instalado en Barcelona, estaba en busca y captura por una estafa, persecución que fue el inicio de un largo historial policial repleto de más estafas y robos. En julio de 1936 ejercía, según decía, de comerciante, pero no tenía faena y, por casualidades del mundo, Olaso —miembro muy significado del PSUC y representante en la Junta de Seguridad, con el que no se había tratado anteriormente— lo colocó en el Secretariado de Patrullas de Control en representación de la UGT. En septiembre de 1939 fue detenido porque distintas personas habían presentado una denuncia en su contra. Las acusaciones, que iban desde desvalijamiento de sus hogares a desaparición de personas con muerte asegurada, le llevaron a hablar y a pedir clemencia porque —declaró— su proceder durante la época roja consistió, desde su responsabilidad por circunstancias no deseadas, en procurar favorecer en lo posible

a los perseguidos. Tres militares a los que se ofreció a pasar a Francia por Sort, a cambio de cuarenta mil pesetas cada uno, atestiguaron que, durante el tiempo que compartieron en la cárcel, lo oyeron presumir de sus hazañas de patrullero e, incluso, de los tribunales en que había participado en la prisión de Sant Elies (posteriormente de San Elías). Acorralado, desmintió todas las acusaciones y recurrió a esparcir la culpa entre los otros miembros del Secretariado, mostrando especial ojeriza contra África de las Heras, de su partido, que después sería una célebre agente del KGB, condecorada una docena de veces por sus servicios. Cebándose con ella, la elevó al rango de máxima dirigente de las Patrullas, destacando muchísimo —argumentó— en todas las decisiones que se tomaban y en la comisión de los actos más reprobables que se habían realizado, y siendo capaz —incidió, para resaltar su pésima calaña— de celebrarlo después por todo lo alto y de las maneras más promiscuas imaginables. No descuidó resaltar, para recalcar que era un simple mandado, que una parte de los botines se los entregaba a Serra Pamies, del Comité Central del partido, en el Hotel Colón. Fue fusilado el 29 de julio de 1941. Quintela, con macabras promesas de liberación, le había alargado el suplicio pues, con sus arrepentimientos, podía ir atando hilos.

Soler Arumí, en cambio, era de los que gozaba de más notoriedad política. Presidía el Centro Federal de Esquerra, bien situado en el paseo de Gracia, formaba parte en el partido del viperino grupo Hidra, teniendo ganada, asimismo, la reputación de hombre de acción, y era amigo e incondicional de Aguadé. Un correligionario suyo de los fundadores del partido, representante del mismo en el Comité de Milicias y, posteriormente, en la Junta de Seguridad, lo recuerda en sus memorias como un incontrolado, un hombre de pocos escrúpulos que cometió todo tipo de atrocidades y que llegó a sugerirle a Aurelio Fernández que la mejor forma de desprenderse de los fiambres —de la que se ufana por ser un experto— consistía en quemarlos y así conseguir que no dejaran rastro. Otros escritos aluden a que convirtió el local del Centro Federal en una prisión paralela, y hasta insinúan que tuvo que ver con el extraño y todavía enigmático asesinato del comisario general Rebertés, por su conocimiento e implicación en el complot que nacionalistas catalanes de postín estaban fraguando contra la propia Generalitat. Por papeles amarilleados se sabe que, junto a fieles suyos, saqueó una vivienda en la calle Petritxol y

que, en junio de 1937, le abrieron un sumario en el Juzgado número 12 por sus extravagancias precedentes, donde abundaban abultadas multas revolucionarias, pero que discretamente se había archivado. Y es que, en diciembre de 1936, como recompensa, había sido nombrado inspector general de los servicios de la Comisaría General, al mismo tiempo que *al Manco* (Rodríguez Salas) le encomendaban el mando.

Los vecinos tienen razón cuando replican que en todas partes cuecen habas. Tarradellas, al tanto de todo, ya se lo había comunicado al cónsul de Francia. Por eso la visita que hice a Pere Martorell no me causó de entrada tanta sorpresa, pues a base de cruzar informaciones sabía que él, por más que estuviera en las listas de los patrulleros de la sección cuarta, había pertenecido a las Juventudes de Esquerra, a las JEREC, «las Juventudes de Esquerra Republicana d'Estat Català», precisa. La conversación fue impactante ya que, nada más sentarme en el comedor de su casa, me mostró la placa de policía y el arma reglamentaria que celosamente guardaba, y de primeras me anunció que él no había sido patrullero, aunque constara su nombre como tal en los archivos. Recreó sus años de juventud en el *casal* del distrito II en la ronda de San Pablo y enfatizó sus peleas con los anarquistas como miembro de los *escamots* y cómo se encargaban de reventarles sus actos y sus huelgas, como la de los tranvías. No era patrullero, pero sí desempeñaba lo que podríamos denominar labores policiales, «como si fuera un agente sin serlo» —me confiesa—. «Estuve como uno más en la guardia pretoriana encargada de proteger a Companys, cuando éste, en las primeras horas, se refugió, a requerimiento de Escofet, en el edificio de Jefatura. Luego me encargaron otras misiones. Una de las más delicadas fue la de Puigcerdà»; y, sin perder el hilo, se esforzó en detallarla ya que mantenía que lo que se ha escrito no es del todo cierto, que contiene medias verdades:

—Nos enviaron en 1936 cuando recién despuntaban los fríos, como si estuviéramos enrolados en las milicias alpinas, para proteger a la gente de Bellver y sus contornos. Artemio Aguadé, que nos encargó la operación y nos ofreció cuanta ayuda precisáramos, nos dijo que al grupo nos conocían como la «peña de los patos» porque íbamos juntos a todos los lados y que, si la cosa salía bien (poner en vereda al *Cojo* de Málaga y acabar con la dictadura de la FAI), nos reconocerían los méritos, aunque, de lo contrario, nos acusarían de incontrolados. Así fue el 27 de abril, cuando en el puente de entrada al pueblo

llegaron una camioneta y dos coches con los faístas de Puigcerdà: *el Cojo* y dos más, nada más apearse, fueron acribillados, y Antonio Martín, gravemente herido, murió al día siguiente.

A su regreso a Barcelona, Pere y sus compañeros —Luis García, Giménez, Balagué y otros de los que no se acuerda—, además de recibir efusivas felicitaciones de la camarilla, fueron nombrados oficialmente agentes auxiliares del cuerpo de policía. Giménez, al poco, recibió un tiro en plena cara en la ronda de San Pablo, cerca de las cocheras de tranvías.

Se puede dudar en conceder credibilidad a tales palabras. Las dijo uno u otro, tan sólo. En situaciones, el caso de Gallardo, en las que lo verosímil era la única escapatoria a la muerte. Por razones, las de Joan Pons, que, tal vez, escondían rencillas de partido o roces de carácter personal con Soler Arumí. Por estas situaciones y razones hasta compareció Companys. Una semana antes de su fusilamiento, exhortado a decir la verdad en uno de los interrogatorios, fue desvinculándose de ciertas decisiones o tolerancias que le inculpaban, ya que se consideraba —esgrimió— un presidente sin fuerzas, como lo probaba que no disponía de noticias oficiales acerca del Alzamiento, que tan sólo le llegaba, como a cualquiera, el rumor público. Casi al final, respondió que no le extrañaba que, en los primeros tiempos, hubiese habido centros del partido político de la Esquerra en donde se encarcelaba y asesinaba, pero que con ellos no tuvo relación. Amañadas, ciertas o no, esas muestras son sesgadas, poco representativas y aisladas en el quebradero de la excepción que no confirma la regla. Las generalizaciones extremadas no son nada convincentes y toda precaución es poca, lo que parece, no hay duda, un criterio ponderado. Ese es el lamento, a veces grito sordo, de las gentes de las barriadas extremas: ¿por qué con nosotros no hubo ninguna compasión y nos cargaron —siguen cargando— todas las maldades habidas y por haber?

En los primeros meses, cuando la revolución iba viento en popa, aunque con sus enemigos agazapados alabando el orden revolucionario, en la barriada del Prat Vermell únicamente hubo un vecino muerto por represalias, si bien ocurrió fuera de sus contornos. Ya se ha contado qué significaba pertenecer al barrio, pero eso no les libró —ni les libra actualmente en la cruzada resucitada— de que se viesan acorralados como habitantes de la guarida predilecta de los incontrolados, ni que distintos rincones de la barriada, como el Morrot, el

cementerio o el hipódromo, adquirieran la fama de paredones de fusilamiento de inocentes.

La aureola funesta de la sección cuarta de las Patrullas de Control, la que cubría la zona de Montjuïc y sus laderas, ha sido destacada tanto en los partes que repartían los franquistas en los diarios, para dejar constancia de la despiadada y efectiva represión en marcha, como en las crónicas de después que han destapado autorías de la violencia en la retaguardia para salvar a unos y hundir a otros. Dentro del propio Secretariado de las Patrullas, en más de una ocasión se abordó la necesidad de encarrilar las irresponsabilidades que se manifestaban en ésta y en otras secciones. Se cambiaron delegados —José Baqué, José García, Manuel Casanovas y Rufino Membrado fueron, por este orden, los que se sucedieron en el cargo y, de ellos, sólo José García residió en el Prat Vermell— y, como en el resto de secciones, desde la CNT se procuró, de cara a evitar anomalías y para depurarlas de individuos dudosos y desaprensivos, que únicamente aquellos que tuvieran un carnet anterior a 1936 pudieran engrosarlas. También, poco antes de que se retiraran ostentosamente los de la UGT de aquella «policía» del orden revolucionario, en el seno del Secretariado estallaron dos violentas discusiones por sucesos derivados de esa sección. La primera, a principios de enero del 37, cuyo motivo fue la puesta en libertad de unos pistoleros del Libre, entre ellos Vicente Trillas, que habían sido detenidos. Tras la trifulca desatada, se propuso la constitución de una comisión investigadora para esclarecer los hechos. Pasados unos días, Chueca, de la UGT, fue destituido por haber obrado a la ligera y a espaldas del Secretariado; y a Nomen, también de la UGT, y su delegado en el Secretariado les pidieron responsabilidades, ya que Chueca se disculpaba diciendo que había actuado supeditándose a las indicaciones de su representante y superior. La segunda, a mediados de mes, cuando cundió la alarma porque Baqué, de la UGT y delegado de la sección, al que hacía pocos días que el partido había expulsado de Patrullas, no había aparecido por su casa. Fábregas, el que había informado, recordó que, en caso de que no apareciese, tenía en su poder su testamento. Asens planteó que debía asumirse la obligación de esclarecer el asunto Baqué, puesto que eran ya dos las desapariciones de compañeros de Patrullas —la anterior, de Gabernet— por orden del partido. Pasadas las cuatro de la madrugada y aún reunidos, llegó Baqué, deshecho y horrorizado,

contando que lo habían ido a buscar a su casa con intención de matarlo y que, gracias a unos compañeros, había podido salvar el pellejo.

Los componentes de la sección cuarta, que tuvo sus locales por el Paralelo (al principio incautaron el cabaret Bataclán, en el número 85 de la avenida de la bohemia y del jolgorio, después se trasladaron a la calle Blasco de Garay, casi haciendo esquina con el Paralelo y, por último, se instalaron, no muy lejos, en la de Rocafort), procedían de los barrios de Can Tunis, aunque también del Poble Sec y, en menor número, de la parte del Ensanche que lindaba con el Paralelo. Por organizaciones, aun siendo mayoritarios los del sindicato confederal, también los había de la UGT y de la Esquerra. El escribiente Jesús Palet era uno de los que recordaba Pere Martorell por haber compartido militancia y vivir muy cerca el uno del otro. Francisco Matamala, también de la Esquerra, era el que acompañaba a Ricardo Parera cuando tuvo el incidente con la Guardia Nacional Republicana, la antigua Guardia Civil, y se libró de ser desarmado por su carnet de partido. Y había más, aunque tanto da...

Siendo una barriada de abolengo industrial, la venganza de clase contra clase que se desencadenó no alcanzó, en aquellos parajes, las dimensiones dantescas que se han difundido por doquier. En las fábricas, talleres o campos del Prat Vermell o de la carretera del Port ni los vecinos se acuerdan ni ha sido encontrado ningún asesinato de amos, gerentes o encargados, ni obreros cómplices del patrón. En Can Tunis llegaron a cuatro. En la Rivièrè, el empleado Antonio Mendoza, que había sido declarado en una asamblea contrario a la Revolución, fue detenido a principios de septiembre delante del Teatro Cómicó y luego asesinado en la Rabassada. En las extracciones de arenas, Francisco Javier de la Rosa, secretario del Consorcio del Puerto Franco, se escapó a Madrid, escondiéndose en casa de unos parientes en la calle Sagasta y allá —el veinticuatro de septiembre— fue localizado por quienes, desde Barcelona, fueron a buscarlo. Lo tuvieron detenido en la capital unos días, en la checka de Fomento y, después, lo trasladaron a Barcelona, al cuartel Bakunin en Pedralbes, siendo hallado el cadáver en sus alrededores el 14 de octubre. A las puertas de la fábrica de briquetas de la empresa Contrataciones e Industrias S. A., en el muelle de poniente, una patrulla del barrio de Santa Eulalia de Hospitalet, informada por un obrero del Comité, se llevó en un coche —el mediodía del 2 de noviembre— al director Diego Frigard, al que hacía cuatro

días habían forzado a presentarse en cumplimiento de la decisión de una asamblea, la cual había acordado que quien no trabajara, no cobraría. A la madrugada siguiente lo condujeron a las costas de Garraf, donde le dispararon, arrojando luego su cuerpo al mar. De Hierros Mateu, en una de las fábricas del que sería primer alcalde franquista, distintos vecinos que se prestaron a declarar en los sumarios de la postguerra coincidieron en que el director o gerente en funciones fue vilmente asesinado —sería al principio de todo—, sin precisar ni fecha aproximada ni supuestos autores. El luctuoso suceso ocurrió en las cercanías del hipódromo.

De la morgue del Hospital Clínico se conservan listados, incompletos, de fallecidos sin identificar. Consta un número de ficha, el sexo, la edad aproximada y, no de todos, se añaden en apenas una línea, a lo sumo dos, iniciales —«calzoncillos con iniciales A.B...»—, detalles de la vestimenta —«viste pantalón oscuro, faja negra...»— y fisionomía —«talla regular, delgado, pelo canoso, algo calvo, cuatro dientes de oro en el maxilar...»— y el lugar de procedencia del cadáver. Casa Antúnez, el Morrot, el Hipódromo, la carretera del Port o el cementerio nuevo son de los lugares que, a menudo, se citan; aunque también figuran la Rabassada, la carretera de Ribas o de Horta y Pedralbes. Era como si a la tétrica historia del castillo, allá en lo alto, y a la compañía del cementerio del Sudoeste o nuevo cementerio, se le juntaran nuevos espacios de la muerte; sólo porque los muertos cuanto más lejos mejor y aquellos barrios estaban en las afueras, eran el sumidero de la metrópoli. Miradas u oídos, aunque menos, las había en aquellos rincones; y acceder a aquellos parajes semidesiertos significaba sobrepasar los últimos controles. En Can Tunis el control estaba establecido frente al reconvertido Bar de los Pajaritos, siendo Juan Baeza el que ejerció de primer delegado aunque, al poco, fue expurgado por sus interesados tratos de favor con elementos del antiguo régimen y fue sustituido por Manuel Carbó. En ese confín del mundo se levantaron las sospechas y las náuseas por los coches fantasmas; coches de la muerte a los que algunos de la barriada acompañaban —intervinieran o no— cuando venían de lejos. Unos y otros para aplicar una justicia en que la figura de policía, juez y verdugo se confundían en una. Esa metamorfosis de la justa justicia tampoco era tan novedosa. La conocían de antaño, tanto como para saber, por desgracia, que la única verdad jurídica era ésa.

El primer día de agosto de 1936, el cadáver de un hombre de unos sesenta años, con barba y bigote casi blancos, que vestía traje negro, fue recogido en la carretera del Port. El lunes 3 ingresó en el hospital otro hombre, sin que se explicitara el lugar de procedencia, de unos veinticinco años, vestido con un mono azul y que llevaba una bandera roja y negra. No hay ninguna coincidencia con los relatos de ambos sucesos. Confín o culo del mundo, la noche de aquel lunes fue ajeteada y mal llevada en el control frente al Bar los Pajaritos. La prensa obrera, *la Soli*, acababa de lanzar una somera advertencia: «¡Nobleza sí, pillaje no!», «¿Justicieros conscientes?, ¡sí! ¿Asesinos?, ¡nunca!». Celosos guardianes del orden nuevo, del orden revolucionario que profesaban, se hartaron de proclamar que «la Revolución no nos ahogue a todos en sangre». Un coche taxi, ya oscurecido el lunes, llegó con intenciones de pasar el control cuando le dieron el alto, haciendo bajar a sus ocupantes, pues marca y matrícula no les eran desconocidas por haber circulado en otras ocasiones. Descendieron cuatro que exhibieron carnets de la CNT y un acompañante, al que le iban a dar el paseo. Éste era un farmacéutico de Sabadell, Modesto Figueroa, que hilvanó como pudo ante las requisitorias que le azuzaban, que le habían ido a buscar, que le habían saqueado y que le habían quitado las llaves del piso y de la farmacia. En el control, más nutrido por los que habían acudido atraídos por el jaleo originado, las palabras y gritos cruzados retrasaron la decisión a tomar y hasta parece que hubo consultas con la Casa CNT en la Vía Layetana, cuyos comités superiores apoyaron la postura que se tomó. Fueron más los partidarios de la consigna «pillaje no», que condujo a que liberaran al asustado farmacéutico y apostaran por pasar por las armas a los disfrazados de revolucionarios. En nada, se supo que Gardeñas, con cierto ascendiente como veterano hombre de acción en las filas confederales, fue uno de los fusilados aquella madrugada. Lo acaecido levantó muchas ampollas que no se curaron por mucho tiempo.

También acarrear —anticlericales ellos— con la atroz persecución de religiosos, con hábito o sin él. El Comité Revolucionario notificó, a las primeras de cambio, que la iglesia de la barriada, localizada en Can Tunis, tras ser asaltada había quedado totalmente destrozada con todo lo que contenía: entre otras cosas, algunas pistolas y municiones y, en la rectoría, muchas botellas de licor del más exquisito y varias cajas de puros habanos que decidieron destruir.

Era su versión. Otras, en la revancha de después, apuntaron a que Pedro Alarcón (*el Picolis*), partícipe de la quema, se había paseado cuanto pudo blasfemando a grito pelado con un crucifijo hecho trizas; que Francisco Argüelles había cogido el cristo y, poniéndole un sombrero de paja, un collar de ajos y un pañuelo de la FAI al cuello, mofándose le decía algo así como «tú que eres el que haces milagros, por qué no haces para salvarte de la quema». Esa profanación fue la que atestiguó un intérprete alemán, confidente de la policía, que llevaba años instalado en el barrio. A Ginés Manzanera, acusado también de participar en el saqueo de la parroquia, le imputaron además llevarse una máquina de coser. A uno de los patrulleros del barrio, marmolista y militante de Esquerra, sus delatores le cargaron haber participado en el paseo del reverendo padre de la iglesia Jesús, José y María en Can Tunis. Cinco comerciantes pusieron gustosos en conocimiento del juez del Juzgado Militar número cinco que era sabido en el barrio que el mosén Carlos Oller había fallecido de muerte natural el 15 de octubre de 1938. Del párroco era conocida también su inquietud por la escolarización del máximo de chavales, que se arremangaba la sotana para chutar la pelota con ellos en cualquier descampado y que se prestaba a ayudar a cualquiera, devoto o no, que se lo solicitara. Cuatro monjas Esclavas de María fueron avisadas por un patrullero de los riesgos que podían correr si permanecían en el Asilo del Port; éste se brindó después, además, a protegerlas y a llevarlas en coche, con la ropa corriente que les pasó, a otro lugar en el interior de la ciudad más seguro para ellas. En reconocimiento a aquella noble actitud, la madre superiora sor Remedio Gimeno —la sor Margarita de una novela donde inocentes y culpables se transfiguran— intercedió ante el capitán general de la Región Militar cuando supo que Juan Bautista Sáez Hernández había sido condenado a la última pena. No atendieron sus ruegos, ni tampoco los de dos vecinos más y el mecánico y chófer fue fusilado —o murió por «hemorragia interna», según la diligencia del teniente médico— en el Campo de la Bota a las siete de la mañana del 25 de enero de 1941.

A destiempo o a toro pasado, mejor dicho, la familia Patau acudió a las nuevas autoridades —las del brazo en alto, entiéndase— para declarar que habían sido saqueados, que los del comité de la FAI de la barriada les habían quitado todo lo que poseían y, arruinados, habían tenido que cambiar de barrio. La denuncia la presentaron amparándose en la pieza octava, que reco-

gía los delitos contra la propiedad que cursaba la Causa General, valorando en unas treinta y cinco mil pesetas las sustracciones que habían sufrido; los hechos habían ocurrido, precisaron, en mayo del 37. Los Patau eran, digamos, buena gente. Tenderos o *botiguers*, en expresión catalana que goza de diferentes acepciones, habían puesto el pie en la barriada hacía años. Competidores del monopolio del Patronato, habían logrado hacerse una clientela y hasta habían cedido, de buena gana o por las circunstancias, sus amplios locales para que el Ateneo, el Sindicato o los rojinegros dieran sus mítines, montaran su teatro o se reunieran. Casi se podría asegurar que eran republicanos convencidos y catalanistas de los de entonces. Constan al menos entre los afiliados al *casal* de la Esquerra. De hecho, a uno de la familia le tocaba hablar cuando se produjo la inauguración frustrada del local, y también en un mitin en febrero del 36 cuando ganó las elecciones el Frente Popular. Alguno de la familia incluso tuvo que exiliarse y padeció los campos de concentración.

Al mismo tiempo, aunque por un escurridizo olvido se obvió en la confesión que uno de los Patau, con otros compañeros del *casal*, participó en las primeras batidas cuando aún los patrulleros no se habían reglamentado ni oficializado. El 22 de julio Pedro Patau, *el Cacagüero*, *el Catalán* y Avelino, al salir del *casal*, cogieron el coche requisado que conducía Juan Antonio Ramos, chófer de profesión y contable de la agrupación. A la altura de la calle Borrell vieron que se estaba saqueando un piso del que lanzaban los objetos religiosos por el balcón; subieron a ver qué podían hacer, pero al darse cuenta de que en nada práctico podían contribuir se marcharon, aunque antes uno de ellos aprovechó para coger unas botellas de champán que se tomaron en la misma puerta del edificio. Ésa, al menos, fue la versión de los hechos que Joaquín Fernández (*el Cacagüero*) expuso en su declaración jurada elevada a las instancias militares que lo juzgaban. En su descargo contó que sólo había estado once días en las patrullas informales, ya que en agosto había tomado posesión de su plaza como agente auxiliar de investigación y vigilancia en el cuerpo de policía de la Generalitat. Avanzado el año 1937, fue destinado a la barriada de Can Tunis, en la que era sobradamente conocido y donde tuvo más de un altercado y soportó las amenazas de muerte de los de la FAI. Al poco, la campaña de acoso de palabra se tradujo en hechos y, el 20 de noviembre, uno de los hijos del Zambudio —el Blas— les disparó, sin tirar a dar,

todo un cargador de pistola ametralladora a él y su compañero de servicio Julián Azcárate. Tras aquel incidente, la madre del agresor, que había sido detenido y llevado a los campos de trabajo, persistió en las amenazas, por lo que Joaquín, viendo el serio peligro que corría, solicitó el traslado de puesto.

No, al engarzar fragmentos de algunas historias, no hay ninguna pretensión de escurrir el bulto, de pasar la pelota; aunque tampoco estaría mal, como decía Encarna, que las piedras dieran de una vez en los otros tejados tan bien guarecidos. Bien difícil, desde luego, cuando en el mercadeo del perdón y de la condena se dispone de un buen pelotón de policías, jueces y verdugos que cuidan de la verdad del pensamiento unánime y tapan con celeridad cualquier rendija que deje escapar hedores de mal gusto que intoxiquen carreteras notables. Aunque sólo fuese esbozando lo ocurrido en aquel prado rojo y sus alrededores, salta a la vista que sus acontecimientos se asemejan demasiado a los devaneos que sacudieron al resto de la ciudad. Allí pasó todo lo que tenía que pasar, aunque no tanto o en mayor medida que en otros sitios. Patrullas y patrulleros hubo de todos los estilos —con uniforme o sin él—, estampadas en los diarios oficiales de la Generalitat o albergadas en los comités de cualquier organización, más a la luz pública o más en las penumbras subterráneas, cuidando de las calles y carreteras o de las empresas, o en lo uno y en lo otro. Excesos o meticulosidades, si son las palabras a usar, aquí, allá y acullá. Entre orden revolucionario y orden público había un abismo. Por esta razón, la entente de circunstancias de los inicios entre unos y otros se fue diluyendo a medida que avanzaba el tiempo y, sin apoyo a que agarrarse, afloraron las divergencias que se tornaron paulatinamente, por el decantamiento político de cada uno de los bandos, en abierta beligerancia. Los Hechos de Mayo, con sus tensos precedentes, calamitoso desenlace y posterior represión, enardecieron el antagonismo. En la barriada, donde había unos pocos de Esquerra o Estat Català y otros muchos de la CNT-FAI —si había alguno del PSUC o de la UGT, ni pintaba—, el tablero de la partida era otro. Fue en aquel estado de confrontación y con esas presencias tan desproporcionadas que expulsaron a los Patau y amenazaron y dispararon contra *el Cacagüero* cuando asaltaron, con heridos, el *casal* de l'Avi Macià en Can Tunis. Contra el orden revolucionario, el orden público renacido no se achicó. Llegaron las batidas policiales —como la de mediados de diciembre— para confiscar armas a mansalva y las

trabas de los papeles en regla para entorpecer todo tipo de actividades. Fue cuando Eduardo Melero (*el Rosca*) y tres más estuvieron en búsqueda y captura, o cuando Blas fue encarcelado, como también los otros ochenta y tantos ya aludidos. Con la tortilla girada pasaron a ser víctimas, y fueron reos por haber sido antes policías, jueces y verdugos sin pedir permiso.

Con el tiempo, no hubo manera de que se apaciguase la contienda: el devenir de los acontecimientos encadenó noticias que no lo consintieron. Blas Zambudio fue conducido por el atentado al *Cacagüero* al campo de trabajo número 3, donde nada más llegar se sorprendió al ver entre los guardas al vecino y conocido Francisco Pérez (*el Guerra*), pero se desquició al enterarse cómo iban las cosas allá. El día de Sant Jordi, el 23 de abril de 1938, estalló otro motín en la Modelo, siendo incendiada la prisión, mientras, abriendo cancela tras cancela, los presos fueron ganando el portalón de salida hasta que una inmensa tropa les hizo retroceder. En nada los hicieron formar en el patio central y les dijeron —a los 600 o 700 que había— que serían conducidos a un campo de trabajo donde la República —voceó el que estaba al mando— «os brinda la ocasión de reparar vuestro propósito insurreccional, pero tened presente que adonde vais solo rige un castigo: la pena de muerte». Les esperaba un largo viaje en un tren de destartados vagones de madera, con las ventanas cerradas y las persianas subidas. Estaba totalmente prohibido asomarse al exterior. A Valentí Vila, un joven de dieciséis años de las juventudes del POUM, detenido por repartir hojas clandestinas en el cine de su pueblo, Aiguafreda, una bala de unos de los guardas le quitó la vida por querer saber que la estación donde se había detenido el tren era la de Sant Vicenç de Castellet. Fue el aviso cumplido a rajatabla. Al cabo de diez días, tras acabar la larga jornada de darle sin parar al pico y a la pala para abrir zanjas, llamaron inesperadamente a formar a una de las escuadras en que se habían dividido los grupos de trabajo, tocándoles volver a cavar otro agujero allá mismo, junto al cementerio. En él arrojaron sus cuerpos tras ser fusilados. Los trece habían tenido la desgracia de que dos presos se hubiesen evadido y de que las normas del comandante Astorga fuesen severas: «de cualquier fuga se hacen responsables los que comparten grupo». El refinamiento de aquel enajenado mental con instintos sanguinarios —como lo calificaron los doscientos presos antifascistas al dar difusión a su grito de protesta por aquella barbarie— llegó a

que, antes de mandar fusilar a Francisco Pina —de unos 15 o 16 años, también del POUM, que expiaba por haber escrito en las paredes de Barcelona «libertad para los prisioneros antifascistas»—, le dijo: «lo siento, me desagrada, ya que hace tres días llegó la orden de tu libertad», y que a los otros seis libertarios fusilados les recordó su heroica participación en los Hechos de Mayo. El campo de trabajo de Omells de na Gaia, en la segunda línea del frente de Lérida, era más que un campo de concentración, era de exterminio. El estalinista Astorga, jefe omnipotente, procuró que en cada grupo se mezclaran antifascistas, fascistas y delincuentes comunes para hacer que el trato entre ellos fuera insoportable, impuso jornadas extenuantes de sol a sol en las que tenían tajantemente prohibido dirigirse la palabra, las situaciones más insignificantes las castigaba con brutales palizas, la comida era pura bazofia y la suciedad absoluta, los enfermos no recibían curas —llegó, con su habitual cinismo, a proponer al médico que les inyectara veneno porque así sufrirían menos tiempo—, prohibió enviar y recibir cartas, también leer diarios...

Los presos ante aquel trato más que inhumano, reflejando su impotencia y rabia ante el crimen sistemático y humillante, sabedores de que sus vidas podían correr el mismo peligro que las de los ejecutados en aquel campo del horror y del terror, declararon que desde hacía dos años estaban luchando contra el fascismo y que no podían doblegarse ahora tranquilamente a los que, bajo otro nombre, pretendían someterlos a los mismos métodos y procedimientos. La carta de protesta la concluyeron remarcando que les quedaba la seguridad de que la sangre inocente derramada no lo sería en vano, y esperaban que en un día no muy lejano la clase trabajadora sabría vengarlos, que los asesinos y el partido que los favorecía no obtendrían jamás el perdón de la historia ni del proletariado internacional. El campo era, quizás, la punta del iceberg de la villanía general que se estaba implantando: se multiplicaban las checas; los abusos del SIM no tenían límite; las masacres por misiones imposibles y desprotegidas en los frentes de guerra sonaban, más que a torpezas técnico-militares, a cálculos premeditados; y los desaparecidos o los tiros por la espalda, que actualizaban la atroz ley de fugas de antaño, convertían a los batallones en cárceles a campo abierto. Esos ecos, por mucha censura que hubiera, se esparcían por las calles, donde ya hacía tiempo que se oía que sin pan la libertad era una solemne mentira.

Desmoralización a raudales, desengaños apenados, sueños por tierra, abandonos de los ideales, rechazos a proseguir con más sacrificios, penurias y estómagos vacíos. Las muestras de desafección y hostilidad al régimen ya no se podían achacar únicamente a la Quinta Columna, cada día más crecida y a cada momento más osada. Siendo imposible levantar los ánimos —ni por los partes del frente, ni por los tratos diplomáticos claudicantes, ni por una retaguardia otra vez podrida por los vicios de siempre— se transitó a marchas forzadas del apoyo mutuo que había sido al sálvese quien pueda que era. En el recorrido de aquellos últimos meses, la guerra de todos contra el enemigo común empezó a convertirse en una quimera, abalanzándose la pesadilla de la guerra de todos contra todos como única realidad. Fue un terreno abonado para la reaparición de los atracos sin escrúpulos ni miramientos. Entonces sí, algunos del barrio —sólo algunos, quieren que lo deje claro, varios vecinos—, volvieron a ser enemigos públicos. A raíz de instruirse sumario de urgencia contra algunos del barrio —huidos y declarados en rebeldía—, la policía, tras repasar los archivos, emitió un informe donde reflejaba la existencia de una banda de atracadores allá afincados. Enumera entre sus fechorías un atraco a mano armada al cajero de una colectividad de L'Hospitalet —la fábrica de cáñamo de la firma Hilaturas Caralt Pérez—, al que le sustrajeron las ochenta y dos mil pesetas que correspondían a la paga de los obreros, otro en una fábrica de La Bordeta, de la que se llevaron dos mil pesetas, y resalta que en el que realizaron a una sucursal bancaria, en la localidad de Gavà, la suma de dinero que consiguieron fue muy importante.

Los rumores del «se dijo entonces y se transmitió después» los asocian, sin nombres concretos, al asalto a un capitán del ejército con mucho dinero encima. Bien podría tratarse del capitán habilitado de la 124 Brigada Mixta que, tras salir del Banco de España con el valor de las consignaciones de haberes que había ido a cobrar —un poco más de dos millones de pesetas—, fue atracado, junto al chófer y sargento que lo acompañaban, en la carretera de Pedralbes por unos ocho individuos —uno con uniforme de teniente de Infantería y otros vestidos de guardias de Asalto—. Otro que dio para muchas habladurías fue el atraco al Sindicato de la Madera, en el Pueblo Seco, en la calle Rosal. A principios de octubre, aquella intentona, de la que se desconoce si hubo botín o no, segó la vida de Juan Rascón y Bernardo Escorza, ambos

militantes de tiempo atrás en el Sindicato y con responsabilidades en aquel momento en el Consejo Económico de las secciones socializadas de la Madera. Fue el colmo, y la enérgica repulsa por sus trágicas muertes soliviantó a todas las esferas libertarias, congregando una multitud de compañeros en el acto de despedida y adhesión al duelo, que se convocó en el Hospital Clínico y recorrió luego las calles de la ciudad hasta llegar a la sede del Sindicato. En el barrio sentó fatal: «hasta ahí podíamos llegar», recuerda Antonio que a la mínima soltaban sus compañeros mayores de la Madera cuando repasaban la caída al abismo del tramo final de su aventura. Así marcaban el deslinde definitivo entre unos y otros, que tuvo sus más y sus menos muy serios, siendo —y eso resultó mucho peor, me repetían— la macabra y dolorosa constatación de que entre nosotros habíamos perdido del todo toda esperanza y confianza.

En las interioridades de aquellas casas baratas en las que retumbaba el ajeteo de sus calles, todavía faltaba por llegar la última contrariedad, envuelta además de excesiva confusión. Avanzado el mes de agosto, en una mesa de uno de los bares concurridos del barrio parece que se tramaba un atraco, y que se traficaba con papeles falsos con tal de no ir al frente y lograr un destino tranquilo en las baterías de la costa. Participaban unos cuantos de las Casas Baratas, un confidente o agente de la policía, más los dos falsificadores. El día concordado para el golpe, Francisco Pérez y un tal Calmet, el infiltrado que aportaba el coche, vieron cómo se les cruzó un automóvil en la carretera del Port con auténticos policías que se dirigieron, sorprendentemente, a Francisco como *Guerra*, su mote, y los detuvieron a todos, mientras al resto de la banda se la presumía apostada por los alrededores. Vinieron después más detenciones, la apertura del sumario, un juicio y su posterior revisión. El objetivo del atraco frustrado era la fábrica de cubos Farrero el día de la paga. El juicio y su revisión estuvieron plagados de extrañezas: la policía declaró haber recibido un soplo, armas en el coche —una granada y dos pistolas ametralladoras— que ninguno de los acusados reconoce haber depositado, dos testigos de la defensa detenidos justo el día antes del juicio, Calmet incurriendo en manifestas contradicciones, etcétera. La sentencia del célebre juez Alfonso R. Dranguet, tras varios meses de tramitación, fue de tres penas de muerte y de treinta años para el menor inculcado en el caso. En la última palabra que

cedieron a los acusados, José Alcázar se reiteró en proclamar su inocencia, que todo aquel montaje era una mera fantochada, una venganza bien urdida para castigarlos por haber pertenecido a las Patrullas de Control. Con fecha de 25 de noviembre, el presidente de la Generalitat remitió —a pesar de que había declarado en sus interrogatorios que no recordaba haber firmado el «enterado» de ninguna sentencia de muerte— al ministro de Justicia toda la documentación pertinente para obrar según todos los efectos procedentes. Casi un mes esperaron en sus celdas del castillo de Montjuïc Francisco Pérez, Manuel Asensio y José la hora fatídica del desenlace. *El Canillas* (José Alcázar) dejó viuda, Dolores López, y dos huérfanas pequeñas, Violeta y Aroma. A sus padres les escribió una carta diciéndoles que no sintieran ninguna vergüenza por su hijo; a sus compañeras de la fábrica Sangrá —Antonia y María (Vidal)— les pedía que no dejaran que, para nada, nadie hablase mal de él, que tal como llegó a este mundo se iría, habiéndolo dado todo por la causa revolucionaria.

XVII. Hasta el último mono

Tampoco es cierto que esperaran la derrota anunciada. De la guerra y sus sopapos estaban más que hartos, duraba demasiado y todos los indicios apuntaban a que se iba a peor. Nada les importaba la labia de los charlatanes, del color que fueran era irrelevante, sus promesas caían en saco roto; si acaso, soltaban chasquidos de irritación y alguno hasta forzaba la guasa. Imperaba la resignación del a verlas venir; los montajes, para no caer en la ratonera que se avecinaba, acaparaban sus conversaciones; el desconcierto era atroz y los nervios estaban a flor de piel. Coincidían en despedirse de toda posible victoria, y armisticios o rendiciones eran palabras que no sabían qué les depararían, aunque olían fatal. No, no estaban a la espera, tampoco, de la paz que se caía encima, porque temían las consecuencias devastadoras tras conocer las bravuconadas de Queipo y el paso aterrador de las hordas franquistas con su política de escrupulosa tierra quemada. No se fiaban un pelo de los perdones prometidos de los que divisaban allá lejos, aunque cada vez más cerca y avanzando deprisa y sin pausa. Su presente inmediato, el que fuera, era una trampa. No había salida. No es que hubieran perdido la guerra, sino que había dejado de tener sentido batallar más. Hacía tiempo, muchos días, largos meses y hasta años que habían dejado de disfrutar de la Revolución en hechos prácticos, que daban alas para lucir un fusil y soportar los sinsabores del frío y del hambre, en el frente y en la retaguardia. Para ellos, las palabras derrotado y vencido carecían de sentido: imposible ordenarlas la una primero y la

otra después, o viceversa, venía a darles lo mismo. Lo más, eran voluntades tambaleantes que ningún vocabulario podía enderezar.

Quien pudo o quiso se marchó y los que se quedaron, encogidos con el ay a cuestras, exhibieron caras estupefactas mientras arrastraban sus cuerpos famélicos y maltrechos. Pocos en el barrio se prestaron a entusiastas bienvenidas, aunque algún chaquetero se aprestó a lanzar arribas y vivas mientras estiraba, tanto como podía, el brazo. Cuesta entender las razones que empujaron a bastantes no tanto a huir sino a esperar acontecimientos, unos cambiando de residencia y otros ni eso. Y cuesta más congeniar con la opinión divulgada de que los que se quedaron se creyeron aquel fabulado bando que quien más quien menos, con cierta edad, todavía recita a su modo: que los que no tuvieran manchadas sus manos de sangre no tenían nada que temer. Parece inútil, impropio, preguntar por qué este o aquel o ellos se quedaron sabiendo lo que les podría pasar. Respuestas, pocas; las más se acogen en enigmático no sé o sazonan la curiosidad con razones familiares variopintas. No valen las memorias colectivas cuando se cuelan las memorias particulares. Sebastián se quedó por su hermana, y eso que unos compañeros del Sindicato le insistieron para que subiera a la camioneta —todo un lujo—. Renunció porque se sentía el hermano mayor. Pudo hasta volver a la fábrica en la que había trabajado, donde le reconocieron incluso su especialización. «Arriesgué pero no me fue mal», es la frase con la que resumió su decisión y cerró la pregunta.

A demasiados otros el destino en el que confiaron o al que se postraron les jugó una mala pasada. José, uno de los Valcárcel, nada más llegar a casa deslomado, se durmió tan del tirón que ni tiempo tuvo de levantarse cuando vinieron a buscarlo.

—Nos destrozaron hasta las sillas, que eran de aquellas tapizadas con un buen asiento, buscando no sé qué papeles. Al llegar del frente, que fue reculando hasta Barcelona, ni comió ni menos se afeitó y sólo quería estirarse, pues llevaba, decía, no sabía cuántas horas andando. Habían sido días dando tumbos, con una barriga que se había olvidado de apretar y ni sed tan siquiera tenía, ni fuerzas para cagar le quedaban —medio sonrío—. Y se estiró, y sus buenas horas: dos días seguidos. Al poco supimos que lo habían fusilado.

Su sobrina rememora a su manera, le bailan las fechas, desconoce pormenores. Igual José al despertar se encontró con que ya no podía huir, y que

después, al poco, lo apresaron, pero que ya había corrido en ese poco el mes fatídico que se dieron para poner en marcha todo el aparato represivo. Sin tantas conjeturas, a José le abrieron un sumario de pandereta, tan sólo unas veinte hojas, para que tres industriales —es decir, dueños de bares y tabernas—, el falangista Bové, pomposo nuevo alcalde de barrio, y el tal Otto, traductor y delator, lo sentenciaran por su atroz pasado, que los cinco presumían conocer por otros, no en su piel. Quintela, el célebre inspector, dio cuenta de que hasta el 13 de marzo del III Año Triunfal —todo en mayúsculas— José no ingresó en la Modelo. Al cabo de un mes, uno de los días cercanos a la Semana Santa, el 25 de abril, compareció junto a otros dieciséis inculpados ante el comandante de Caballería que presidió el consejo de guerra. Suspiró aliviado cuando oyó que el fiscal había pedido para él únicamente veinte años de reclusión menor, pues ya tenía suficiente con las cinco penas de muerte solicitadas. Sin embargo, la sentencia dio un giro y fallaron siete condenas a muerte; entre ellas, la suya. El enterado, vía telegrama, del asesor jurídico de S. E. Generalísimo, ratificó cinco penas máximas que incluían la suya. No entendió nada. ¿Qué había que entender? De los cinco nombres para los que pedía inicialmente el fiscal la pena de muerte, fusilaron a tres —dos se libraron a cambio de incluir a otros dos—. Murió, como muchos otros, de una hemorragia interna que certificó el alférez médico y lo enterraron, como a tantos otros también, casi sin adscribirlo a ninguna organización, en la fosa común. Ocurrió el 25 de mayo de 1939.

Fue de los primeros de aquellos contornos en ser fusilado con todas las de la ley —marcial—. En el barrio, sin embargo, algunos no concuerdan con esa datación de la primera víctima. Advierten que antes de José hubo otros. Se refieren a los que mataron tras las sacas de sus casas o a los que fueron pillados en su escondrijo, detrás de la fábrica o en cualquier otro rincón despoblado. ¿Cuántos? ¿Quiénes? En este punto se callan las bocas. Unos cuantos sin nombre serían, según ellos. Quedarán esas habladurías como un agujero negro, y de los desaparecidos junto a las tapias retienen, quienes no podían dormir, el nocturno eco de los disparos y algún grito. No más. Podría ser que Juan Bartolomé hubiese sido uno de ellos: dado por desaparecido en 1939, su defunción, en cambio, se inscribió en el registro civil en 1945. A mediados de abril del 39, su nombre apareció junto a seis vecinos más en un sumarísimo,

imputados como responsables de actos revolucionarios en contra del Glorioso Movimiento Nacional, y a él, además, se le calificaba de elemento peligroso y patrullero de control. Al cabo de tres años, cuando se celebró el consejo de guerra, Juan y Julio Agustí (alias *el Gorde* o *el Yordá*) fueron declarados en rebeldía por no haber acudido a las sucesivas requisitorias, ni dar resultado positivo las gestiones acometidas de busca y captura. Son un par de los probables desaparecidos, aunque también aluden a otros, pero nadie se atreve a confirmaciones ni a desmentidos.

Este tramo de su historia se ha hundido en las tenebrosas oscuridades. Es como un largo túnel donde no se avista la luz, no por las fuentes documentales, que también, sino porque sus voces se apagan queriendo escurrir, como se pueda, el trauma y porque, igualmente, ocurrieron demasiadas cosas raras donde siempre retumba algo que esconder, que no se puede mentar, no sólo entre vecinos, sino dentro de las propias familias. Pasar página, correr el velo, guardar silencio y, como algunas mujeres, vestir indefinidamente luto; proceder de extraño duelo que constituyeron la estrategia que compartieron como salvavidas. Con el tiempo, para no llamar al diablo, desde otros lugares se ha ido imponiendo hablar del «coste humano de la Guerra Civil», pormemorizando en una contabilidad de la represión. Asistirse de y, sobre todo, asirse a aparentes neutralidades del daño y de su cálculo alivia la tarea de remover motivos; un modo hábil, a la postre, de silenciar el drama que unos, los vencidos entre los vencidos, padecieron más que otros. Todo es posible, pero allá han llegado a pensar que el prado rojo donde vivieron presagiaba ese baño de sangre, la sanguinaria represión que se acercaba demasiado al exterminio, cruento con los cuerpos y extirpador de las almas. Aun perdiendo, aun estando derrotados, aun desvaneciéndose o borrando la memoria, todavía resuena: ¿por qué nos tocó la gorda cuando se rifaba la muerte?

Sorteando aquella despiadada (des)gracia de Dios terrenalmente disfrazada de militar, ha cuajado que fue la arbitrariedad la que se salió con la suya. Caprichos o ineptitudes explican lo inexplicable y la sinrazón supera la razón. No sabían lo que hacían, daban bandazos, pagaron justos por pecadores. Erre que erre, aunque sea en voz muy baja y a resguardo de mirones, persisten en preguntarse: ¿por qué nos tocó la gorda cuando se rifaba la muerte? Apelar a la suerte o a la desgracia suena a caprichosa partida de dados, en la que el

cubilete lo agita Dios o la Providencia. O, incluso, a tirar la moneda al aire. Cara o cruz. Salvado o muerto. Si el azar dirimiera a sus anchas las incertidumbres, tampoco habría para tantas sorpresas; una proporcionalidad, la que fuese, resolvería los aprietos de a ti sí, a ti no, a vosotros sí, a ellos no, y sanseacabó. Sin embargo, los cálculos del coste humano de la represión franquista deparan otras realidades, muestran unas casualidades que igual podrían tomarse por causalidades.

Fiables, hasta donde se quiera considerar, los más recientes recuentos de ejecutados en Barcelona, residentes en la misma ciudad, refieren cerca de quinientos, de los que de más de un centenar se desconoce —o declararon no tener— una filiación sindical o política; el resto, en su inmensa mayoría, muestra un perfil libertario, ya que dos de cada tres tuvieron implicación en alguna de las ramas del movimiento anarcosindicalista tan enraizado en el mundo obrero. Con todo, a José Valcárcel, destacado militante anarcosindicalista en la Alena, por las prisas de su sumario ni tuvieron que acusarlo de alguna significada pertenencia, antes del GMN —como a menudo escribían, para abreviar, Glorioso Movimiento Nacional—, a las filas de los extremistas obreros. Medio millar de ejecutados no vienen a representar, en una ciudad que rebasaba, por poco, el millón de residentes, ni un uno por mil; por consiguiente, acabada la Guerra, si en su conjunto en la barriada constaban ocho mil personas, de aplicar el cero coma cinco por mil, le corresponderían cuatro. Y eso sin contar que los registros de las estadísticas de los barrios administrativos del Port, Can Tunis, el Hipódromo y la Farola recogían que, en diez años, la población había caído en más de dos mil quinientos habitantes; o sea, uno de cada cuatro de los que allí vivieron habían dejado de hacerlo. Los que permanecieron en el barrio no estaban para calcular muertes ni acudir a comparativas; sabían, y les bastaba, que a bastantes conocidos —demasiados— un día que no escogieron los sacaron de la celda, los dispusieron ante un pelotón y los tiraron a una fosa común. ¿Por qué en nuestros barrios se cebó la muerte? Ésa era la cantinela a la que los vecinos no encontraban respuesta.

En las madrugadas del Campo de la Bota catorce de ellos dejaron de existir y uno en Torrero, Zaragoza. Ese número, que no deja de ser aproximado, es el que sale, al menos, tras repasar los más de un centenar de procedimientos

sumarios, sumarísimos, ordinarios y de urgencia, donde aparecen los lastres que acarrearón más vecinos y contadas vecinas. Llegarían a veinte si contempláramos los que murieron en la cárcel (por ejemplo, en San Elías, en junio de 1939, Antonio Vera falleció de tuberculosis y, por la misma enfermedad, Antonio Bernal en la Modelo, en diciembre de 1945; o Manuel Córdoba, en 1940, en la «sala enfermería aglomeración» de la misma cárcel celular, sin conocerse el diagnóstico que firmaron) o que ni llegaron a ella, pues cayeron antes en el tiroteo de quienes iban a prenderles (el más sonado fue el caso de Blas Zambudio, en enero de 1942). Serían incluso algunos más porque ciertas concesiones de libertades condicionales llevaban aparejada la defunción al cabo de poco tiempo. Tras salir de la cárcel, según testimonios familiares, Juan Rodríguez y Pedro Mula no aguantaron casi nada por el estado lamentable en que los dejaron. De Pedro Alarcón, en su ficha del Patronato de Nuestra Señora de la Merced —la patrona de los cautivos—, al tampón de indultado le sigue 4-2-47, al de la libertad definitiva, 10-12-1950, aunque una nota al pie señala que falleció el 11-3-49, afectado del pulmón, en el hospital de San Pablo. En la de Juan González figura que dicho liberto falleció el 7-8-47 a consecuencia de tuberculosis bilateral grave pulmonar; para el licenciamiento definitivo aún le faltaban siete años.

La vindicta era implacable, y al escarmiento no se le puso reparos: su cruz era que, por sus andurriales, una marabunta de anarquistas había dejado demasiadas trazas en los suelos y no había otra penitencia concebible que el tormento que extirpara el mal, que fumigara sus entrañas, que eliminara aquellos hormigueros de revuelta. Igual por eso, otros ocho, como si llevaran grabada su procedencia, murieron en los campos de exterminio nazis. No podían esperar, ya se lo temían, más paz que la de las fosas. Y eso que bastantes se salvaron por un pelo. O por los avales que les consiguieron escarbando debajo de las piedras y tragando excesiva bilis.

Entre los que se quedaron, porque no pudieron salir o no quisieron, estaba Juan. Se cambió de barrio, alejándose de la familia, hasta que un hijo apaleado cantó a los falangistas del Rondín Antimarxista —un mozo del mercado y un estudiante— su paradero clandestino. Unos días en la calle Pelayo, y después para el Cádiz —fábrica reconvertida en campo de concentración— y apertura, cierre y reapertura del sumario por diligencia o providen-

cia del minucioso auditor. Cada noche se acostaba a la espera de la saca de la que pendía su vida, aunque después, en la celebración del consejo de guerra, pese a la ceremonia del terror que le fueron prorrogando, le cayeron doce años y un día, pues aquellos misteriosos avales lograron cambiar la adhesión por auxilio a la rebelión. Él era un cualquiera que nunca hubiera entendido cómo su sumario pesaba tantas hojas: casi un centenar y, algunas, a doble cara. Se salvó y se retiró. Andrés se alegró al enterarse de la conmutación de la pena de muerte que le había caído por una condena inferior: treinta años de reclusión perpetua. Había estado en el frente aunque en fortificaciones, pero en la retaguardia se empeñó en tirar pa'lante los abastos y la colectividad, lejos —me dijo su hijo— de la sangre, que le espantaba. También tuvo la suerte de la libertad vigilada, cuando soltaron a bastantes porque ya no cabían en las cárceles o en los recintos apresuradamente habilitados como tales; y se acostumbró pronto a ir al cuartelillo antes de que vinieran a buscarlo: «nada, unos días a resguardo a sol y sombra, ya volverás a salir, si te portas bien, cuando marche la excelentísima visita a nuestra gloriosa ciudad». Así estuvo unos años, ya que lo incordiaban hasta cuando había procesiones; todo por su testaruda manía de no bendecir los santos ni colgar las estampitas de rigor en la puerta. Y esas cuarentenas, dedicadas a recordar que la expurgación y el sometimiento eran las razones supremas de la salvación que emprendieron contra ellos, se prodigaron entre otros vecinos. Algún hijo recuerda que a su padre la murga le duró hasta los años sesenta.

Hubo, como Andrés, más condenados a la última pena que pudieron contarle, agraciados por el golpe de suerte que les comunicaba la tan esperada conmutación de última hora. He leído que a José Antonio Cuadrado la conmutación inesperada le llegó en el último momento, ya desesposado en la playa del Somorrostro y frente al pelotón. Ana Fuentes, en cambio, compareció desesperada hasta oír el dictamen del esperpéntico consejo de guerra que le tocó, pues el fiscal se ofuscó brillantemente en la solicitud de su pena de muerte, mientras su abogado defensor —capitán de artillería— extrañamente se esmeró en desvirtuar los cargos, para acabar solicitando la concesión de libertad para su patrocinada. A Ana, entre encartada y «patrocinada», la sentenciaron, siguiendo la fórmula habitual del «debemos condenar y condenamos a la procesada a veinte años de reclusión temporal». Antonio Bernal, a

mediados de mayo de 1940, tras el consejo, lo condujeron a la celda de los condenados a muerte, aunque tres meses y medio después su excelencia le rebajó la condena al grado inferior, pero, extinguiéndola, sabemos que sucumbió a la tuberculosis. Antonio Céspedes (*el Moreno*) encadenó tres consejos de guerra consecutivos desde su primera detención en febrero de 1939. En el primero, el 7 de noviembre del mismo año, le cayó la pena de muerte, pero, estando en la quinta galería de condenados, en la celda 444, el trámite de aprobación de aquella sentencia se fue demorando hasta que el auditor de guerra, en mayo de 1940, acordó que se le reabriera el sumario. En el segundo consejo guerra, celebrado el 28 de octubre de 1941, con las mismas acusaciones, lo condenaron a veinte años. Una vez desterrado a Valencia, quebrantó el destierro y, de nuevo, apresado por una tentativa de atraco a mano armada, tuvo un tercer consejo, en marzo de 1944, donde el fallo fue otra pena de veinte años de reclusión menor. Tras sus rocambolescas vicisitudes, la libertad condicional le llegó —quizás porque Manolo Fornés, en sus tareas de administrativo en aquel penal, pudo eliminar algunas hojas de su historial— en abril de 1955, estando en la prisión central de San Miguel de los Reyes, en Valencia; para la definitiva tuvo que esperar hasta 1960. A José Caparrós, de la familia de *los Lobones*, le ocurrió otro tanto; en su primer consejo de guerra, en Gerona en mayo de 1940, le fallaron la condena a la pena de muerte. Tras la reapertura del sumario —ya que, según el auditor, «las omisiones de referencia hacen necesario la práctica de diligencias encaminadas al mejor esclarecimiento de los hechos perseguidos»—, en su segundo consejo de guerra, que no llegó hasta diciembre del 42, la condena le fue rebajada a la de 12 años y 1 día de reclusión menor. Y hubo más, las sombras de la tétrica estadística criminal de guerra son alargadas, pero para qué seguir...

—A poco que escarbes, te puedo casi asegurar que no hubo prácticamente ni una sola familia que no tuviera alguno de los suyos encerrado algún tiempo. Y bastantes vieron como el mal fario todavía se llevó pa'lante a unos cuantos, aunque sólo fuera porque compartían apellido. Si te pusieras a sumar los años de prisión, la cifra que te saldría, entre unos y otros, sería una barbaridad. Y eso que todo el mundo se espabiló para escapar antes que verse entre rejas y se preocupó luego por que «la cantimplora», si había que arrastrarla, pesara lo menos posible. Esquivar la pena máxima ante todo, como fuera;

agarrarse a un clavo ardiendo, el que fuese; era una agonía, pero no valían prendas. No te puedo decir a santo de qué, pero asociaban la cantimplora a los años de condena.

Antonio viene a expresar el sonsonete que, a medias palabras, ha resonado en otras conversaciones. No justifica las prebendas a las que algunos recurrieron con tal de salvar el pellejo. Las artimañas, como él decía, las podía tolerar.

—¡Qué menos! Con tal de no ser muerto, de conseguir rebajar los años de suplicio incierto, cualquiera se brindaba, no le quedaba otro remedio, a recorrer los vericuetos que pudieran abrirse, por más intrincados que se presentasen. Todo por lograr una libertad (atenuada, condicional, provisional o definitiva) que, al menos, permitiera volver a discurrir por unas calles que eran otro enorme presidio, pero distinto. El aval —avalado sea Dios— era la baza más socorrida, aunque en muchas ocasiones era papel mojado. Por eso, el untar a aquella pandilla de corruptos no se descartaba cuando se podía. No eran momentos para lucir una inquebrantable moral, o eso pensaron algunos. Aunque lo doloroso era que, a veces, sus consecuencias resultaban ser envenenadas. Ocurría con las sacas —las listas de los nombres que, en nada, serían fusilados—, con las que se traficaba, a buen precio, sustituciones de última hora. Unos por otros, vaya horror. Unos que se salvaron teniendo todos los números, otros que pringaron por mucho menos. Eso dolía...

En este punto se hace el remolón. Prefiere morderse la lengua o dejarlo en simples apreciaciones:

—Al Andrés le dieron unas buenas palizas para que cantara el paradero del *Rosca*. Otros cedieron, es comprensible. Los confidentes, esos, ya eran pura chusma, de la peor calaña. Rastreros que no se merecen ninguna clemencia, ni una pizca de comprensión. Me parece que alguno célebre corría por el barrio, además gozaba de manga ancha.

Antonio Bernal se agenció documentación falsa y se mudó de barrio. Aun así, fue apresado ya que, según uno de los telegramas postales con el membrete de secreto del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), le seguían los pasos. Luego pretendió escurrir el bulto rebatiendo todas las acusaciones, reconociendo sólo que su pertenencia a las Patrullas de Control había sido por poco tiempo, ya al final, en el mes abril, y por necesidades de subsistencia. En el día de la celebración de su consejo de guerra, el Ministerio Fiscal solicitó la

pena de muerte, pero Antonio en su turno de palabra alegó en su defensa que, durante el dominio marxista, había sido procesado por desafecto al régimen y que fue tildado de fascista. Ni por esas. El fiscal remató su intervención con cierto cinismo diciendo que resultaba —arengó— que los individuos que antes se jactaban de innumerables crímenes, ahora imploraban que no habían hecho nada.

En el trasvase entre tribunales y en la compleja maquinaria policial y judicial, sin embargo, alguna pieza chirriaba y con resultados sorprendentes. Se dio el caso de dos hermanos que, por tener el mismo nombre, inculparon a uno por los actos del otro, pasando aquél demasiado tiempo encarcelado, hasta que pudo convencerles de que era una sencilla costumbre que se estilaba debido a las excesivas muertes prematuras que truncaban la esperanza de vida de los que no tenían nada. En octubre de 1940, Encarnación hubo de prestar declaración y, cuando le preguntaron si conocía a su esposo, respondió que sí y que había presenciado su entierro cinco días después de fallecer en la cárcel de San Elías, en junio de 1939. En marzo de 1943, el capitán general accidental acordó el archivo, sin más trámites, de las actuaciones referentes a Antonio Vera. Por negligencia, encontró un resquicio inesperado José Martínez al despuntar enero de 1941, cuando llegó, desde Capitanía General, un oficio urgentísimo dirigido al director de la prisión celular ordenándole que no pusiera en libertad a dicho individuo. También mediante oficio respondió que no se podía cumplimentar, que apenas hacía dos días que había sido puesto en libertad. Antonio Céspedes también tuvo chiripa, sobre todo con su destierro a Valencia. La Brigada de Investigación del servicio móvil de la Guardia Civil, cuando en 1943 le volvieron a solicitar informes acerca de su conducta y actuación político-social, insistió en que el servicio ya había respondido que «no procedía que dicho individuo, peligroso para la sociedad y desafecto a nuestra Causa, disfrutase de los beneficios de libertad condicional».

No todo estaba tan atado y bien atado como se aparentaba. Los servicios de información se multiplicaron, pero no daban abasto en su cometido. Demasiada faena y distintas instancias, cooperando o rivalizando, se arremolinaban. En la cacería de «la canalla roja» coincidieron jefaturas, registros centrales, servicios, secciones y brigadas de la Guardia Civil, de la Policía; el Servicio de Información de la Auditoría de Guerra de Cataluña —al princi-

pio, adscrito al ejército de ocupación y, luego, a la Cuarta Región Militar—, el SIPM, el Rondín Antimarxista, las comisarías de investigación y vigilancia de la Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad y la FET y de las JONS y sus delegaciones provinciales de información e investigación. En la Causa General los porteros y los vecinos más antiguos debían jurar por Dios y declarar por su honor sobre las incidencias ocurridas en su edificio de residencia durante la dominación roja, y especificar nombres y apellidos de los afectados. El Instituto Municipal de Estadística del Ayuntamiento se encargaba de rastrear en los registros del padrón los datos y domicilios de los sospechosos, y elaboraba informes respecto a la conducta social y política, basándose en los datos reunidos. Las tenencias de alcaldía de cada distrito y los alcaldes de cada barrio, igualmente, hicieron constar las averiguaciones hechas y confirmadas con las firmas de los distintos testigos recabados. Las empresas, asimismo, no fueron a la zaga en prestarse a facilitar cuantos informes les solicitaban, si es que antes no se habían adelantado en la presentación de la oportuna denuncia. El Juzgado Militar Especial de Depuración de Funcionarios Civiles abría expedientes y recopilaba declaraciones juradas... Aquella inmensidad de papeleo para el encierro, donde los archivos y los ficheros amontonaban y filtraban toda la documentación requisada —la hallada entre la que no fue pasto de la pira de la derrota— y toda la que se generaba sobre la marcha, no eran, sin embargo, suficientes para tanta persecución desatada. ¿Qué hacer, por ejemplo, para buscar y capturar a un José López López? A lo sumo emitir un escueto informe que anunciaba que, «tras examinar los antecedentes que obran en nuestros ficheros constan, al menos, tres». *El Cangrijo*, uno de ellos, se escabulló aunque estuviera señalado en aquella relación como patrullero de control, se anotara su edad —30 años— y su domicilio —en la calle 6, número 507—, aunque bien pudiera ser que, en realidad, viviera en la calle 9.

—¡No te fíes! —me sugiere Joaquín—. A mi tío Antonio le pretendieron *encolomar* la muerte de un zagal durante la Guerra y llegó a reconocer la autoría para que dejaran de torturarlo. Más adelante pudo desdecirse, señalándoles que andaban equivocados, que quien estuvo implicado en aquel trágico accidente fue su hermano mayor, huido a Francia.

Aunque fuera mero trámite, a menudo ignorado, se precisaban pruebas y testimonios. Era corriente que las inculpaciones fuesen inventadas, pues se

trataba de seguir una pista o de estirar cualquier hilo con tal de hacer verosímiles acusaciones y condenas. Andrés Martínez, tras ser trasladado del campo de concentración de Aranda del Duero para la tramitación de su sumario de guerra, se vio apremiado a dar unos nombres de patrulleros y, para eludir más palizas, acabó dando un par de nombres falsos. A continuación, el eficiente informe de la Guardia Civil colgó a aquellos nombres la ristra de epítetos habituales que demostraban su marcada significación izquierdista de antaño y el haber formado parte, durante el período rojo, de las abominables patrullas. Para colmo, hasta un vecino que era barbero rubricó aquellas acusaciones, aunque no le sonaran, pues, por allá, ni vivían ni habían vivido ni el tal Pedro Quintero ni el José Gómez.

Ana Segura capeó como pudo su detención y los sucesivos interrogatorios, por lo que pudo librarse, a primeras, de ser puesta a disposición de la autoridad judicial, al no aparecer personas que diesen testimonio de su actuación delictiva. Y es que en el barrio se impuso, aunque comportara sus consecuencias, la ley del silencio: como si fueran monos de Gibraltar, ni habían visto, ni habían oído, ni sabían nada. Las parejas de la Guardia Civil destinadas a la subcomandancia del destacamento o cuartelillo sito en Casa Antúnez o los agentes de la Comisaría de Investigación y Vigilancia del Distrito Noveno-Sur volvían de vacío de sus incursiones rutinarias o requeridas. Después, tecleando, al rendir cuentas de sus servicios, se acostumbraron a redactar lacónicos atestados. Uno de los más repetidos era el que decía que, «trasladados los agentes a la barriada pocos datos más han podido adquirir debido a que los vecinos que integran esa barriada nada quieren decir». También era habitual que escribieran: «practicadas gestiones para encontrar personas que pudiesen efectuar cargos contra menganito —en mayúsculas ponían nombre, apellidos y apodo—, éstas resultaron del todo infructuosas».

Anita —como la llamaban por su baja estatura— disfrutó, por orden del gobernador civil, la Nochebuena del Tercer Año Triunfal fuera de la cárcel, aunque para su desgracia le chafaron el día de Navidad, ya que apenas pasadas veinticuatro horas volvió a reingresar en la cárcel de mujeres en la que había entrado en el mes de marzo. Era soldadora eléctrica y pertenecía a la sección de hierro y acero del Sindicato de las Industrias Siderometalúrgicas de la

CNT desde el 20 de abril de 1931. Sus ojos pequeños a menudo enfermaban en una de las fábricas Rivière, y ése fue el percance que truncó su relativa suerte ya que José Masip, el jefe de personal de aquella sociedad anónima de tejidos metálicos, alambres y derivados, era de los que cumplimentaba con esmero los oficios que procedían de los juzgados militares en relación a sus numerosos obreros díscolos.

En la Rivière, cuyos amos pusieron dinero para el Alzamiento, aquélla era una más de las muestras de que pensaban entregarse a fondo, con el viento de espalda, en la venganza que ya habían premeditado para julio del 36, pero de la que habían salido escaldados. Ahora, llegado el momento, les debían pagar por las irrogaciones, calculadas en aproximadamente cinco millones de pesetas, desde que el 13 de septiembre de 1936, en la sala Capsir de la calle Mercaders, los obreros reunidos en asamblea decidieron colectivizar la empresa, sin atender a los encargados designados para cuidar de la dirección del negocio, toda vez que los directores habían tenido que ausentarse para salvaguardar sus vidas.

No fue la única empresa aposentada en la barriada que se volcó en la labor. En la Alena, dos de sus directores, resarcidos del desasosiego, ni precisaron ser reclamados para soltar su rencor. Uno de ellos, Alfonso Aracil Borrás, pudo lucir su carnet de militante —número 1967, de Vizcaya— de las FET y de las JONS y, especialmente, presumir de sus servicios en el SIPM, ya que, en 1937, se infiltró con éxito tres veces en la zona roja a las órdenes del SIFNE (Servicio de Información de la Frontera Noroeste de España), un servicio de información privado organizado por el general Mola y comandado —otra coincidencia— por José Bertrand Musitu, del linaje de los Bertrand, amos de la fábrica del Prat Vermell. En julio de 1936, el director gerente era Luis Castañer Pierluisi que, en sus comparecencias posteriores, añadió su condición de ingeniero y capitán honorario de Aviación y de secretario de la 5.ª sección del Estado Mayor del Aire. José Tolo Farrero, director de la fábrica Farrero y compañía, tampoco tuvo ningún inconveniente en manifestar a Manuel Brabo Montero, capitán de la Guardia Civil y jefe del Rondín Antimarxista de la Jefatura Superior de Policía, que Consuelo López «era una elementa destacada y activa de la CNT-FAI, [que] en las asambleas dicha individuo tomaba la palabra en defensa siempre del más exagerado extremismo» (prescindo de transcribir las

apreciaciones que vertía sobre su conducta, tanto moral como política). Juan Rodríguez, de la calle 19, trabajaba en la fábrica de Briquetas desde 1927 y fue de los que tempranamente se apuntó al Sindicato, pero lo que no tuvo ocasión de sospechar fue que el hijo del director de la empresa de carbones minerales Contrataciones e Industrias, S.A., el estudiante Luis Frigard, llegó a ser miembro de la red informativa del SIPM. Esta condición, con todas las influencias y habilidades asociadas, la dedicó a esclarecer el asesinato de Diego Frigard, su padre, logrando que Juan cayera en las trampas que le tendió; o claudicó, como intentó argumentar en otra comparecencia, a las coacciones y agresiones a las que le sometió para que firmara el papel que le extendió. El sumario se zanjó con la condena de Juan a quince años y, además, una pena de muerte —la de su primo, José Rodríguez Haro, *el Americano*—, más otras dos de treinta años de reclusión mayor —una, contra su hermano Antonio, *el Ratón*—. Juan falleció por motivos de salud al poco de salir de la cárcel, en octubre de 1944, recién cumplidos los 44 años.

Al compartir algunas de estas informaciones, lo mínimo que me sueltan es: «¿qué te esperabas?». Medio asombrados ante preguntas con respuestas obvias, fingen pasar de largo. Encarna es una de las que recurre a esa fatal «naturalidad» de las «cosas son como son y no pueden ser de otra manera»:

—Los peces gordos, en su inmensa mayoría, se escaparon. Los segundos de a bordo y todo el personal de su confianza hicieron ver que pasaban por el aro, cerraron la boca o desaparecieron del mapa. Otra cosa es que, a la chita callando, fueran haciendo. Que si llegaba su tiempo, no teníamos ninguna duda de que nos aplastarían y, seguramente, con más ahínco que el que nosotros pusimos contra ellos. Es así, por eso pensábamos que debíamos ir a por todas, también para impedir cualquier vuelta atrás, para que no sucediera la hecatombe que vino después. Más de una vez he pensado que si hubo guerra fue una guerra de clases; de veras, no de mentirijillas. O sea, que su revancha estaba más que cantada.

Son más esquivos cuando barruntan que nos adentramos en el terreno cenagoso de destapar responsabilidades concretas, sin que valga encubrirlas en las circunstancias que apretaban. Por de pronto, arrancan manifestando que cada cual nadó como pudo, aunque no todos se aprestaron a ser veletas para ventilar el pasado. Después, maldicen la adaptación del camaleón y su

cara al sol, como la de aquel célebre escritor de donde la ciudad cambia de nombre que, tan pancho, relató cómo pasó, en un santiamén, de insignias y cánticos a la Revolución, con la inevitable gorra ladeada de miliciano, a levantar el brazo, memorizar himnos y ser de comunión diaria mientras se divertía ejerciendo de monaguillo. Acaban despotricando de la colaboración del convencido o del chaquetero de turno.

—La escabechina —acaba comentando Antonio Castellón— tampoco podría haberse dado como se dio, si no hubiera habido tanta delación, tanto chivato suelto. En esa parcela cuenta mucho el papel de los peces chicos, los propietarios de bajo rango —el tendero, el pequeño industrial, el payés con sus tierras...—, esos que son más papistas que el Papa; sin descuidar los cuatro gatos que procedieron, digamos, por ideas. Unos y otros fueron los que nos hicieron más daño. Los gordos, entre que se esfumaron y que trato con la gente ninguno, poco o ningún conocimiento real de lo que se cocía podían tener. Podían tirar de archivos, recurrir a un subalterno soplón; necesitaban un chivato a pie de calle, entre el runrún. Aquí, por la barriada, los alcaldes de barrio se lucieron. Como el farmacéutico, el Albós, en aquellos años siempre gimiendo y luego endiñando por la espalda y sin manías. Ten en cuenta que éramos muchos, demasiados, los que nos quedamos, y a todos no nos podían encerrar ni mucho menos liquidar.

Encarna y su primo Antonio —apellidado Flores y emparentado con los Higueras—, seguramente porque no renegaron de sus ideas, a costa precisamente de transitar el exilio, no son nada proclives a marear la perdiz. Ella, de vez en cuando, si presume algún signo de sorpresa ante sus palabras, recurre «al pan pan y al vino vino, y déjate de hostias que ésas las reparten en las misas». Él, más calmado, prefiere refugiarse en las lecciones de la historia, aludiendo a la eterna batalla desigual entre vencedores y vencidos, «donde siempre ganan los mismos, aunque nosotros, saltándonos el guión, lo probamos y por eso se cebaron».

Delación, chivatos y soplones. Éste es uno de los apartados más peliagudos de la historia de las gentes de aquellas casas baratas, quizás en él reposa la conspiración del silencio en la que se amalgaman daños infligidos o favores recibidos y que poquísimos se atreven a romper. «Vivir para ver», «la de vueltas y revolcones que da la vida», son las frases más recurrentes y poco más. Si

faltaran todavía excusas para la prudencia, al final bastaría con pronunciar que «no es nada fácil distinguir el trigo de la paja», y más en aquellos tiempos tan turbulentos.

No les faltan razones, deslindar implicaciones no resulta fácil. No era lo mismo ser llamado a declarar que acudir a prestar denuncia. Entre los testigos los había que respondían con evasivas; otros que hasta consideraban a su vecino acusado buena persona, de actitud ejemplar e incapaz de hacer daño; y tampoco faltaban los que se explayaban aportando pormenores y anécdotas a las causas que acarrearán quienes estaban pendientes de consejo de guerra. En general, los testigos eran reclamados en tanto que personas de reconocida solvencia material —solían estar al frente de algún negocio— y moral —su condición de adictos al nuevo régimen estaba probada—, y algunos hasta se prestaban al doble juego, extendiendo su firma para avalar inocencias o prodigándose en clemencias. A menudo, esa hipocresía llegaba hasta preguntar a los más allegados por la desdicha de algún encerrado, fingiendo preocupación por aquellos a quienes habían hundido la vida tras su delación a hurtadillas. Con el tiempo, eso esperaban, los recordarían, en el fondo, como buenas personas; la pena eran sus convicciones carcas. Entre los chivatos, hubo vecinos que solicitaron, incluso, que respetaran el carácter reservado de la información; es decir, que preservaran su anonimato. A José Borrell lo ejecutaron precisamente a raíz de la denuncia de «un compañero», también limpiabotas, que se refugió en la vil cobardía de exigir el anonimato.

Si al referirme a la violencia revolucionaria nombré al Piñeiro y al señor Máximo —Avellanado—, por su pertinaz cruzada en apuntar a presuntos culpables; ahora, en plena vorágine de la violencia parda, otros nombres deben acompañarlos. El Piñeiro acudió a las dependencias de la Comisaría de Investigación y Vigilancia del distrito —donde querían sacárselo de encima por sus frecuentes y atolondradas denuncias—, anochecido el martes catorce de marzo de 1939, bien arropado por el carnicero Esteban Bonamusa. Ambos, en su primera comparecencia, tuvieron rato para ir recreando con parsimonia las fechorías de individuos de los que conocían su filiación marxista y su enconada participación durante la dominación roja; y de su boca salieron nombres y apellido o apellidos, motes, cargos o actividades desempeñadas, edades aproximadas, rasgos o señales físicas características, números de calle

y números de casa donde más o menos residían, si rondaban por el barrio o si se encontraban en desconocido paradero. De esa primera presencia, se despidieron prometiendo que volverían con más datos y acompañados de quienes quisieran atestiguar con ellos —entre otros, el vigilante nocturno del barrio, el portero de la fábrica, el que fuera mandamás de los *esquerranots* de la ERC, el señor Máximo,...—. Tan sólo habían podido señalar, por eso juraron perseverancia, a treinta y cinco vecinos y una vecina. Tras los inculpados, inmediatamente, se puso a operar el Juzgado Militar del sector noveno por lo que tuvieran de punibles los actos recogidos en el atestado.

El carnicero Bonamusa, industrial residente en la Colonia Bausili, me han dicho que tenía fama de buena prenda, sin desperdicio. Al mediodía del 16 de mayo del mismo tétrico año tuvo que comparecer como detenido ante Manuel Brabo, el capo del Rondín Antimarxista, ya que, hacía menos de un mes, un vecino con el que había compartido responsabilidades en la Junta del *casal* de la Esquerra le había denunciado. Las acusaciones iban de varios desfalcos perpetrados en la cooperativa de consumo Francisco Ferrer, sita en el barrio, y también por los suculentos beneficios que obtenía del estraperlo que practicaba a partir de su comercio. Dispersas en las páginas de las diligencias previas que le instruyeron sobresale, sin embargo, su adaptabilidad política. Esteban perteneció a la Unión Patriótica del dictador Primo de Rivera, aunque en febrero de 1936 se desencantó ante el juego electoral; después —como Esteban o Esteve— fue secretario del PSUC en el barrio, hasta que lo despacharon por uno de los desfalcos; sin ningún problema, en enero de 1938 desempeñaba el mismo cargo, pero en ERC; luego ascendió a presidente de la sección del partido en el barrio, manteniéndose hasta el veinticinco de enero de 1939. Con los cambios de aires, en menos de un mes, el investido camarada Esteban se convirtió en subdelegado del distrito segundo del Auxilio Social del «¡Saludo a Franco! ¡Arriba España!». A Bonamusa habilidades no le faltaron; y si la mejor defensa es el ataque, nada mejor que acusar a su acusador de haber sido, antes que cajero, chófer de las patrullas del partido de Esquerra. Por lo que fuese, a finales de mayo, un numeroso grupo de industriales, comerciantes y alcaldes de barrio —primeros y segundos— firmaron una declaración-aval donde referían que, tras conocerlo y tratarlo, lo tenían en alta consideración y estima, lo reputaban como persona

de derechas y afirmaban que como tal era conocido en el barrio. Sus diligencias, obviamente, se cerraron, pero los otros treinta y seis siguieron con su suplicio.

Uno apellidado González también era tildado de buena pieza. Desde los primeros días de la Revolución, enfervorecido por el ambiente, se apuntó a las Patrullas y, según alguno de los comerciantes que estamparon su firma como denunciantes o testigos, era de los más bravucones y aguerridos; tanto que, el día que sufrieron el simulacro de paseo, sus compañeros de armas tuvieron que disuadirlo, también por las bravas, de sus impulsos sanguinarios. En febrero de 1937, sin embargo, fue detenido por las propias Patrullas de Control tras haberlo identificado como antiguo pistolero de la patronal y miembro del Sindicato Libre. Pudo salir gracias al rifirrafe que sacudió al Secretariado de las Patrullas de Control. José constaba entre los treinta y seis de la larga lista proporcionada por Piñeiro y Bonamusa, pero sin ser molestado fue haciendo de las suyas, hasta que avanzado el año 1940 fue denunciado por algunos de los tenderos amedrentados una noche por las patrullas. Al ser detenido exhibió, no obstante, lo que había usado como salvoconducto, un documento —una especie de credencial de confidente, con foto incluida— librado por la Brigadilla de Información de la cuarta compañía de la Guardia Civil en el que se reconocía el celo que derrochaba en sus nuevas funciones. Con todo, los trámites sumariales prosiguieron su cauce, no consiguiendo ningún aval y sólo una declaración favorable, la del pintor Agustín Soler —hermano de Federico, el camisa vieja que consta como el único fallecido del barrio «cuando se desató la ira roja»— que, aun sabedor de su pertenencia al Sindicato Libre, le merecía un concepto buenísimo. El resto, incluido Luis Piñeiro, lo hicieron en su contra, coincidiendo en que «siempre ha vivido del engaño». Fue condenado a quince años y al poco desterrado a su Cádiz natal.

No demasiado lejos, en el barrio de al lado, Can Tunis, además del traductor también se distinguió sobremanera su flamante nuevo alcalde de barrio. Antes había sido un simple empleado —no le gustaba confundirse con los trabajadores— en la fábrica de briquetas, dócil y con aires de grandeza. Llegado su momento de gloria, no dudó en testimoniar, con pelos y señales, contra el rojerío de la empresa, sin importarle lo más mínimo resaltar que familiares suyos eran de los más significados; destacaban —declaró— como

«empecinados extremistas, amigos constantes de la bronca y la pelea». En el extenso sumario por el que desfilaron bastantes obreros de la fábrica y empleados de la oficina en rambla Cataluña, uno declaró que a aquel encargado o capataz —pues trataba a cualquiera de subordinado— le gustaba presentarse como ingeniero director y firmar cualquier papel ordinario con su rutilante pluma estilográfica. El estrafalario José Gallardo manejaba un código que le permitía figurar en todo, aunque tuviera que ingeniarse versiones a través de lo que había oído: «el pobre farmacéutico —el del caso Gardeñas— murió de un soponcio, del susto que le habían dado». El contrapunto a tantos halagos y palmaditas que más gallardo lo hacían, fue el montón de odio que generó, ya que sin sus muchas declaraciones tal vez alguno no habría sido fusilado; o tal vez sí.

Se podría dejar aquí. Aunque, antes que pasar página y colocar un punto final a este capítulo de la historia negra que envolvió a la barriada, me alientan a que me conforme con los puntos y aparte; mejor todavía, que pulse los puntos suspensivos del continuará o podría continuar. En la familia de Juan Asensio, fusilado a mediados de junio de 1939, hay quien no olvida el remache de los tribunales de responsabilidades políticas con los que se pretendía que purgaran aun después de muertos. Y es que, con él, la saña de inquisidores instructores y funcionarios sólo se detuvo después de cerciorarse, en 1943, que «era de familia muy modesta y no poseía bienes de ninguna clase, viviendo de su trabajo en una fábrica de porcelanas» (la Sangrá). Bastantes, que entonces eran críos y que no comulgaron con los triunfadores —como hicieron otros, que después pretendieron divulgarlo como lo más normal y extendido—, dicen que siempre se acordarán de las rapadas de pelo al cero y de las sobredosis de aceite de ricino. Otros también recuerdan que, por si algo faltaba, muchos se quedaron sin faena. Y en la Rivière —coinciden más de un hijo y una hija—, a la hora de despedir, no tuvieron límite. En ella los amos montaron su policía particular, manejaron listas secretas y constituyeron una especie de tribunal de justicia laboral —compuesto por uno de los hijos, además de los jefes de personal, de ventas y de contabilidad que permanecieron durante toda la guerra en la empresa—; y por más que un decreto había prohibido los despidos, a lo largo de más de un año se encargaron de reducir en casi una cuarta parte la plantilla de la fábrica de Can Tunis. Y etcétera, un

largo etcétera. Y es que, por los días en que se atrevieron a forjar un mundo libre, en aquellos barrios pagó hasta el último mono. Como aquel que lo era de veras y que dicen que, por el amo, se había acostumbrado a levantar el puño en alto y bien apretado, y por eso se lo cortaron. La Victoria se escribió con V de venganza y ellos y ellas lo saben, aunque prefieran callarlo, o no vocearlo. Entonces...

XVIII. Trasterrados

Me han explicado que la palabra aterrar guarda un doble significado; uno anima a cobijar, el otro emplaza a huir. Aterrar es poner los pies en algún sitio para poder andar, ir haciendo la vida, entreteniéndose por los caminos propios, por próximos, con caras conocidas para saludar y conversar. Aterrar también invoca miedo, terror, cuando te llevan adonde ni por asomo quieres ir, apesado en recintos con vallas y guardianes fieros, sin pasos que dar ni voces que exclamar. En las Casas Baratas todos sabían de emigración, de salir con rumbo fijo o dando tumbos; del aquí dejado al allá llegado. En algún momento, en algún sitio, que fueran inmigrantes, pasajeros o establecidos, no dependía tanto de ellos. A expensas del devenir, la brega consistía en que el ponerse en algún lugar se acompañase del empuje para hacerse un sitio, trastocando la extrañeza inicial del lugar en proximidad. Algo de fobias y filias, de repulsas y amores hay en ese incesante trasiego.

«Trasterrado» suena fatal, evoca a «enterrado». La palabreja fue cuajando para nombrar la diáspora caótica que sobrevino con la derrota, en la que unos perdieron una guerra, a secas, y otros la revolución que se lidió con las armas. En fin, que muchos y muchas tuvieron que volver a cargar sus fardos para buscarse otro sitio. ¿Trasterrado por exiliado? Puede ser, pero tampoco es una simple floritura del lenguaje donde enredarse. O no quisiera.

Unas páginas atrás referí unos números, unos porcentajes que me chocaron cuando seguía las pistas de cuántos mataron o murieron. *Atrafagado* por

los papeles y desconcertado por las conversaciones, me olvidé de mencionar a las viudas blancas de las que me hablaron: «Eran las mujeres sin compañero, sin marido —me dijeron—; unas porque dejaron de saber de él, hubiera perecido o siguiera vivo, pues tristemente, para el caso, era como si estuviera muerto»; otras porque los tenían encerrados en la celular Modelo, en las naves del Cábano, en el Palacio de las Misiones, en el campo de Horta o no sabían dónde, pues podía ser en cualquier campo de concentración de la Península. También porque estaban con ellos pero como si no lo estuvieran; podía ser en la misma casa o en cualquier escondrijo del que no salían o, apenas, para evitar miradas indiscretas. Las hablas recuerdan, asimismo, que algunas un día se pusieron de luto, con el pañuelo bien atado para cubrir el moño y con las zapatillas calzadas para transitar por las calles, como si no salieran de casa, y que después por hábito decidieron no quitárselo, convirtiéndose para siempre en mujeres de negro, el color de la oscuridad que acentuó su carácter reservado; tanto que algunos que crecieron a su lado llegaron a pensar que aquella vestimenta respondía a los ritos recuperados del acervo religioso ancestral. Desconocían que lo llevaban por el compañero, el marido o el hijo que habían perdido en la Guerra —en los frentes de combate, en las calles de la ciudad, en las mazmorras legales o clandestinas— o en la guerra de exterminio de la posguerra, cuya geografía prescindió de fronteras, al expandirse por el norte de África, por el hexágono francés, por los campos nazis centroeuropeos o los *gulags* de la patria soviética.

Si se acrecentaron las bajas del número de empadronados en la barriada fue porque, a unos cuantos, les frustraron la esperanza de vida y porque, sobre los otros, una dolorosa y forzada movilización general los hizo ponerse en movimiento a la búsqueda de un resguardo incierto. En la estampida, muy pocas mudanzas —como la de los Blasco, que se trasladaron a un barrio del cercano Hospitalet— quedaron registradas en las hojas oficiales que reconocían la condición, de hecho o derecho, de habitante. Otras más respondían a la imperiosa necesidad de pasar desapercibido y, como fugas clandestinas que eran, no dejaron constancia administrativa; como fue el caso de Benito, que se perdió por debajo de algunos puentes del Poble Nou; o el de Marcelino, que deambuló por los cuchitriles de alguna pensión del centro y por la playa de la Barceloneta, guareciéndose de las inclemencias en alguna barquichuela

o en las bodegas de los barcos anclados. Más se alejaron las ausencias que prefirieron el retorno al pueblo, como los Bonias y su retiro a Cofrentes; las de algún Carbó a Villares y a las montañas de sus alrededores; o la de Sáez, al que tuvieron que ir a prender en el diminuto pueblo de Huesca, donde pensó que estaría más seguro por ser de ahí su compañera. Pero igual que algunos salían, otros entraban. En algún momento, de los recuerdos de entonces, mencionan la figura del vecino refugiado. Lo sería Antonio Butier (*el Rubio o el Madrileño*), que regresó de Vilanova donde era mucho más conocido. Y también otro Antonio, apellidado Castellón que, con su padre, buscando algún lugar donde el anonimato les dejase más tranquilos, abandonaron la localidad en las costas del sureste peninsular que los acunó. Y otra vez...

Son indicios, pequeñas muestras de restas y sumas que no nos acercarán a un mínimo cómputo preciso de cuántos marcharon, por un tiempo o para siempre, de aquellas casas baratas sin quererse ir. Da que pensar, sin embargo, que «trasterrado» sea menos —o más— que «exiliado». Es una situación que comprende, me parece, al desterrado que no pudo cruzar esos inventos de los Estados que son las fronteras. Los presos se llevaban consigo las vicisitudes de su expediente de penal en penal. Transitaron el ruedo ibérico desangrado arrastrando el rótulo de población reclusa y nunca eligieron ni destino ni parada. ¿Demografía de las penitenciarías? Malsonante conjunción de palabras que no se presta más que a entresacar algunas trayectorias singulares, mientras que la de otros muchos ni se sabe. José López, desde la Modelo, fue llevado a los talleres penitenciarios de Alcalá de Henares; al poco, a la Prisión Central de Guadalajara y, después, conducido a la del Puerto de Santa María, en Cádiz. Al salir en libertad condicional, en abril de 1950, le entregaron su cartilla postal de ahorros, la cartilla de racionamiento y un billete de ferrocarril hasta su destino, que había fijado en unas casas baratas donde las calles ya habían perdido el número por el que las conocía. En Ocaña pasó sus últimos días de recluso Juan Valero; en la colonia penitenciaria del Dueso, en Santoña, provincia de Santander, Jesús López Montesinos y Bartolomé Rodríguez; en San Miguel de los Reyes, en Valencia, Salvador López y Antonio Céspedes; en Teruel, Pedro Alarcón; en Burgos, Manolo Fornés; en Lérida, José Gilabert. Por Jaca, por Sama de Langreo, por la prisión habilitada en el convento de Las Agustinas en Murcia, por la prisión central de Hellín, en Alba-

cete, por la de Yeserías, en Madrid y otras muchas pasaron también bastantes de sus días los que fueron arrebatados de sus barrios. El presbítero, que hacía las veces de capellán de la prisión celular de Barcelona, con su verbo redentor escribió que «en aquella plenitud de las prisiones, a los reos las paredes del edificio se les caían encima, que la celda les asfixiaba y que la monotonía de la soledad les mataba». Sobrado de desparpajo —por emplear alguna palabra no altisonante—, se recreaba machacando con más andanadas: «por eso aunque cada preso estuviera en su propio domicilio [es decir, en su propia celda] no debíamos olvidar que ninguno de esos vecinos están en su casa». Tanta misericordia encontraba su broche y, a modo de sentencia, fustigaba: «todos son en ella forasteros».

Lo de extrañados en el propio domicilio se encargaba de revalidarlo la estadística, esa ciencia del Estado dedicada a contabilizar los recursos dentro de su dominio. Es tan poca la diferencia fonética entre recurso y recluso, bailan tan pocas letras que hasta podrían ser lo mismo. Será por esa resonancia, quizás, que los índices onomásticos de los empadronamientos de 1940 están salpicados de inquilinos en direcciones como Entenza (cárcel), Pueblo Nuevo (cárcel), Palacio de las Misiones (otra cárcel), Las Corts (la cárcel de mujeres). Si bien, sin contradicción alguna, los expedientes penitenciarios se cuidaban de precisar como residencia las direcciones de cuando estaban sueltos. Ni aquí ni allá, de aquí para allá sería la desazón del forastero. Y sujetos a destierro, por si faltaban más desgarros, era la pena que debía soportar la libertad concedida a unos cuantos cuando, por indultos —porque podían o debían aflojar ya los tornillos, o porque tantos a mantener era un dispendio difícil de asumir—, les abrieron las cancelas donde dormitaban los horrores. La libertad atenuada, condicional o vigilada, con sus visitas regulares —más o menos frecuentes— a los cuartelillos y una circulación restringida por los espacios de concurrencia pública fue, con todas las limitaciones y sus muchos escarnios, un bendecido soplo de aire para Antonio Bernal, hijo, y para José Gilabert, Antonio Céspedes, Antonio Liria y Jaime Tort, cuando les fijaron residencia en Valencia; y para Cristóbal Alcón en Vall d'Uxó, Castellón; o para Bartolomé Rodríguez, en Gijón. Y la cantinela de otros más —por no estirar de más historiales con señas y por faltar señas de otras historias particulares— queda por completar.

Si como alguien escribiera, cuando matan a un hombre se rompe un paisaje, con más motivo se puede presagiar que los paisajes se desmoronan, cuando bastantes hombres y mujeres, que estaban, desaparecen; y los que quedan y llegan no son más que sombras, fantasmas de un pasado, apesadumbrados por atravesar el presente sin ser vistos ni preguntados. Entre los secuestros de unos y las renuncias de otros, las piedras cada vez hablan más, hasta acallar las voces que hacían y daban vida. En esos otros trozos de tierra, reconvertidos en paisajes de la desolación, las personas que los transiten mirarán de reojo y, como si fueran huéspedes aterrados, les invadirá la sensación que de allá se esfumó el duende que habitaba con ellos.

—Entre lunes y martes no te apartes. No sabría decirte quién las pasó más canutas, si los que pillaron las de Villadiego o quienes se quedaron. Los unos y los otros —prosigue José— las pasaron moradas, al menos al principio; los primeros años fueron durísimos. Después, aquí pasamos del hambre a la gana, a faenar en trabajos mal pagados del sí señor, lo que usted diga y mande, a apañarnos sin rechistar, a cuchichear si acaso y sin fisgones en mil metros a la redonda. Los que marcharon más pronto se espabilaron, rehicieron su vida; con dificultades, desde luego, apechugando de lo lindo, pero al cabo de unos años estaban mejor que nosotros. Cuando venían, los que podían, hablaban de vez en cuando de añoranza. A la mínima les replicábamos: ¿añoranza?, ¿de qué? ¡Pues quédate, no te vuelvas! Pero llegado el momento se despedían, hasta la próxima visita, cuando pudiera ser.

Retiene José algunos de los principios de su padre. No se aviene a llorar por las banderas porque «para mimar trapos, como oro en paño, ya teníamos madres, mujeres y hermanas remendando lo imposible para que las prendas del día a día durasen y durasen. No te molestes —se medio disculpa—, es que era una faena de mujeres». Ese machismo que reluce no puede, sin embargo, sacárselo de encima e ignoro si es una herencia o el resultado de la interiorización de los códigos del momento que, queriéndolo o no, se tragó.

—Mi patria —me decía refiriéndose a su padre— son mis zapatos y, ya ves, normalmente piso con alpargatas agujereadas y así me entra el aire fresco y también alguna piedrecita. Las patrias, ni chicas, ni grandes; todas son un camelo, eso lo aprendí bien. Añorar puedes añorar a los tuyos, echar en falta a un familiar, a un amigo, a un compañero. Los que se marcharon tendrían

esa añoranza, la de los suyos y poco más. No creo que añoraran demasiado el suelo patrio, donde nos tenían tan bien pisoteados y constantemente con el alma en un puño, con el miedo en el cuerpo.

Santiago es de los que enfiló hacia el Norte. Primero, detrás de los padres; luego, buscando al padre. No se entretiene demasiado en buscar razones para la estampida en medio del gélido invierno de 1939.

—Él y sus compañeros del puerto lo tenían claro: o ganaban la frontera o se los pelaban. O la vida o la muerte. No había más.

Para sus idas y vueltas tampoco acude a ramalazos emocionales con muecas patrioterías. Su reencuentro con el padre, en Inglaterra, con casi treinta años, se saldó en brusca separación. Pero aún estuvo años en las islas, ya que encontró un buen trabajo, con sueldo y condiciones laborales impensables acá.

—El destrozo de muchas familias fue una de las mayores atrocidades que padecemos. Entre los que mataron, encerraron y se marcharon, nos dejaron hechos añicos. Mi madre, cuando pudimos salir del campo de concentración, se volvió y acarreo conmigo y mi hermana mayor. Del padre no sabíamos nada, pero ella pensó que antes que nada tenía que cuidarse de sus padres, que se habían quedado. Al abuelo hasta lo detuvieron y le abrieron un sumario porque, buscando a mi padre, encontraron armas en el pozo del huerto que teníamos. Antes que la añoranza nos movía la supervivencia, tan difícil de asegurar en lo más imprescindible y, sobre todo, arreando con el insulto de rojo.

Ambos se han referido, sin que yo hiciera ninguna alusión, a la añoranza. Me da la impresión, sin embargo, que no le tienen excesivo apego. La asocian a ignorancia, les lleva a revivir la mortificación que representó —y representa— desconocer cómo les fue a los seres queridos de los que no saben, de los que no llegaron noticias y por los que temieron lo peor. Luego, la descuajan, no la contemplan como amor por la tierra o el terruño del que fueron despojados, unos yéndose muy lejos, otros emprendiendo mudanzas más cerca. De un país a otro, de un barrio a otro, son itinerarios descarriados en un mismo mapamundi trucado. En el mundo que les tocó, distancias más largas o más cortas, idiomas y culturas más próximos o ajenos, fronteras oficiales o reales, fueron diferencias menores de una situación común: la del trasterrado. Fuera o dentro de la malla de alambres franquista, con norte en los Pirineos y mares

en los otros puntos cardinales, estuvieron confinados allá donde residieron, donde fueron a vagabundear por el mundo inhóspito que les esperaba. El capellán de prisión —el que se regodeaba al tratar a los reclusos de forasteros— con su sorna anunciaba que los exilios, con todas sus crudezas, se vivían por doquier. Él, cura de las almas, se vanagloriaba de que su prisión Modelo fuese el modelo de sociedad que, en su día, habían soñado sus planificadores. ¿Una inmensa prisión a cielo abierto?, ¿el infierno en la Tierra?, ¿tortuosas calles como un laberinto macabro sin salida posible? ¿Sería entonces que, antes o al mismo tiempo, que el camino del exilio estaba el *inilio*, esa especie de exilio interior?

Ni Santiago ni José están para despejar tales preguntas, ni creo que se las hayan planteado en ningún momento. Compartiendo desgracias, tampoco están para enzarzarse en disputas de perdedores. Tras repasar por su cuenta las penalidades propias y ajenas concuerdan en que, dentro de lo peor, no había mejor. El suplicio, de un modo u otro, más o menos, alcanzó a todas las familias del barrio, no cesan de repetir. Y el «todas» que mencionan es, para ellos, todas. Aunque suene rudo, ni se disculpan, alardean de que no es ningún olvido deliberado; con su borrón premeditado pretenden recalcar que las otras familias es como si no contasen, las consideraban ajenas al palpitar del barrio, tocasen verdes o maduras. Y del descalabro dicen que, en todas las familias, como mínimo algún miembro cruzó como pudo al otro lado y su éxodo, hostigado por la zozobra, fue todo menos un camino de rosas. Dicen también que, en todas las familias, el remanso de paz que les prometieron supo de responsos y conoció calamidades. No canturrean tampoco el «al mal tiempo buena cara» ya que no se consentían arrodillarse por un plato de lentejas: «los nuevos enchufados y jerifaltes, los que repartían prebendas y migajas nada tenían que ver con nosotros. Del pelaje de aquellos buitres carroñeros, cuanto más lejos, mejor; porque al enemigo, ni agua, ni los buenos días...». Esmerarse en escapar, cuando el presente pintaba más que negrín y se vislumbraba un panorama, más que negro, sin atisbo de luz, fue una vía a probar. No verse atrapados fue el móvil de una esperanza que esperaba, nada más, que hacer camino. Al poco, se supieron errantes con un rumbo errático y nada apacible. Los exilios dorados fueron de otros, pues hasta en la desbandada hubo clases, y en ese ramillete de los escogidos no entraron ellos.

Se ha llegado a hablar de que traspasaron las fronteras, buscando refugio, cientos de miles de personas. Despuntando la primavera de 1939, un informe realizado a petición del Gobierno francés se refería a una cifra que se aproximaba al medio millón; y antes de acabar aquel año, las mismas fuentes contabilizaban que habían regresado alrededor de un cuarto de millón. La acogida fue horrorosa: maltratados como enemigos que venían a incordiar, después de haber estado encerrados en penosas e inhumanas condiciones —el frío, el hambre y las enfermedades se llevaron bastantes vidas—, los pusieron en el trance de elegir entre trabajar —para empresarios que se frotaban las manos o en las compañías de trabajadores extranjeros del despótico Estado—, alistarse forzosamente para luchar en regimientos aborrecibles del ejército francés —como la Legión Extranjera— o volverse a España. Un año más tarde, los cálculos decían que rondarían, arriba o abajo, los doscientos mil exiliados que seguían sin retornar.

¿Cuántos y cuántas de aquel prado rojo y negro recorrieron, entre aquellos muchos, los kilómetros del adiós? ¿Cuáles fueron sus itinerarios en el ir de aquí para allá? ¿Quiénes volvieron, cumpliendo con el hasta luego con el que se despidieron? La larga travesía de algunos de ellos y de ellas, tras la derrota, me ha sobrevenido, no la había contemplado cuando me propuse hurgar en sus andanzas por la vida. Ha sido a través de las conversaciones con ellos que aquella trágica epopeya se ha ido colando, reclamando ese espacio imborrable, por más borroso que sea, que ocupa uno de los apartados centrales en infinidad de historias singulares y también en las narraciones compartidas de lo que «el barrio dejó de ser cuando perdimos lo que éramos entre los que estábamos». Entre ellos, unos pocos, retienen referencias más o menos concretas del descabro; otros apenas conservan unos recuerdos vagos e imprecisos. Es común que expresen, eso sí, que a lo largo del tiempo, en un momento u otro, por una u otra circunstancia, el hilo de la comunicación entre los que permanecieron en el barrio y los que se fueron se rompió; sobre todo, cuando empezaron a faltar los mayores, los que anudaban las relaciones.

Las señales de la proporción y de la repercusión de las huidas eran claras, pero las pistas de unos y otros para su seguimiento eran escasas y demasiado discontinuas, tanto en las referencias temporales del cuándo como en las espaciales del dónde. Para intentar suplir esos agujeros, no quedaba más reme-

dio que rastrear datos y fichas por los archivos o en las asociaciones amigas de la memoria a recuperar; rebuscar nombres entre las páginas de los libros de estudiosos y de vivencias —en primera voz o transcritas— en los listados de enciclopedias o diccionarios de militantes anarquistas, de guerrilleros o resistentes antifranquistas —en papel o difundidos por internet—, en las necrológicas de compañeros a los que se les deseaba que la tierra le fuese leve, y en los avisos de encuentros y reencuentros a través de los buzones de la prensa afín. Después, con ese capazo de nombres recopilados, si había suerte en la localización, se podía volver a llamar o hablar con quienes, por cercanía, pudieran haber tenido algún trato con ellos. A veces, tras esos contactos, la lista se engrosaba con un hermano, un primo, un pariente más lejano o un vecino próximo que aseguraban que se había marchado; y a partir del contraste posterior con los papeles archivados y las letras impresas, se podía dar con otros, y, de nuevo, otras llamadas y más charlas aumentaban la relación de exiliados. Era una rueda incesante que, por más vueltas que le dieras, no se acababa, como si nunca pudiera tener un final. Es así que, con muchos cabos sueltos, se puede mirar de trenzar una mínima trama acerca de los exilios que sacudieron a la gente del Prat Vermell y de los barrios colindantes.

De aquellos contornos, a bulto y para no enmarañarme en peliagudas cuentas, ni perderme en estimaciones acertadas o borrosas, no bajan de sesenta las familias en las que alguno o varios de sus miembros vivieron las odiseas de la deportación voluntaria. En su inmensa mayoría encararon el Norte, pues los más, en aquel fatídico enero, estaban en el barrio o se dirigían a él, mientras otros, como los milicianos del Ejército Popular, retrocedían desde el maltrecho frente del Segre y del Ebro. Llegar y pasar las puertas de los Pirineos fue su objetivo. Algunos, los enrolados en los restos del frente de Aragón reconvertido en Levante, fueron de los arrinconados y amontonados en su retirada en la costa valenciana, y desde ésta intentaron ganar la africana.

Del exilio o, mejor, de los exilios, junto a los recuentos —todavía expuestos a permanentes retoques y revisiones— no faltan los relatos. Las escrituras bullen, sea porque se desentierran papeles hasta ahora olvidados o guardados o porque, al socaire de la avalancha de la memoria histórica, aparecen nuevos por doquier. Y como si hubiese pertenecido a una partida de fugitivos descontrolada, aunque era un crío, Santiago tiene grabado el exilio.

—Es un tiempo de mi vida del que no me he podido desprender —comenta cabizbajo—. Tanto, que sobre él he leído y sigo leyendo cuanto llega a mis manos o algún amigo me pasa. A mí me marcó; y demasiado. Nuestras desventuras son demasiado calcadas a tantas otras y ya han sido narradas con mejores palabras que las que te pueda decir.

Puede ser. Nemesio Raposo, astrónomo aficionado y amigo de los Bernis, fue uno de ellos. Santiago no conocía sus memorias del exilio, y al llevarle el libro, le enseñé el aviso inicial y lo leímos: «Lector: esta obra ha sido escrita por un humilde obrero. No busques en ella afán literario. Confórmate con veracidad y honradez». Cerrado el libro, le animé a conversar: «tu experiencia, tus recuerdos igual trazan un retrato de lo que otras voces dormidas o apagadas del barrio no contaron más allá, si lo hicieron, del círculo de amistades». No es lo mismo, pienso, el silencio de la memoria que la memoria silenciada. Aunque sea tarde, ninguna palabra está de más.

—Junto a otras familias de compañeros portuarios de mi padre fuimos a unos almacenes, creo que del Sindicato, en la calle Vilà i Vilà, en el Pueblo Seco. Allí cogieron un par de camiones destartados y apremiaron a los chóferes, amenazándoles con sus armas, a que nos condujeran a la frontera. Sí —me detalla Santiago—, no te extrañes, ellos no sabían conducir; entonces el empleo de chófer era cualificado, y cuanto más arriba de los escalones estabas, más lejos de los de abajo te colocabas. Estuvimos dos días y pico para llegar a Port Bou y, por el camino, nos cayeron las bombas de la aviación fascista. En Figueres hicimos una parada frente a la fábrica de gas, que funcionaba con carbón, pues fueron a buscar algo de comida, ya que los críos no hacíamos más que quejarnos. Consiguieron un viejo macho cabrío, un semental, con la carne más dura que una piedra, pero que nos zampamos con deleite en menos de un periquete. A unos ocho kilómetros de Port Bou tuvimos que bajar de los camiones y ponernos a andar, ya que el colapso era total. Pasamos la frontera con la ropa puesta porque, todo lo otro —vajillas, enseres, recuerdos...— nos lo hicieron dejar. Todo un presagio, desde luego, de la bienvenida que nos esperaba.

Y continúa:

—Por Cerbère nos separaron. Hombres maduros, por un lado, y mujeres, algún viejo y críos, por otro. Nosotros (mi madre y mi hermana Constancia),

antes de llegar a Argelès, pasamos por varios sitios. Primero, por una especie de refugio o asilo en Cornil, en el centro de Francia; luego nos trasladaron a una localidad (de la que ahora no me viene el nombre) con mucha metalurgia, que habían reconvertido para la industria bélica, y a mi madre la pusieron a trabajar. Nos repartieron caretas antigás porque temían un ataque de los alemanes. De mi padre, al principio, no teníamos noticias. Nos llegaron cuando estaba en una compañía de trabajadores, hacia el norte —en los ficheros consta que fue destinado a la 127 CTE (Compañía de Trabajadores Extranjeros)—, de la que logró evadirse, junto a un compañero, cuando entraban los alemanes. Después, por pocos días, logramos reagruparnos y, aunque estaba indocumentado y perseguido, logró trabajo y techo en una granja. Tenían que trabajar de noche, pero, así y todo, por el chivatazo de unos campesinos volvió a ser detenido y trasladado a Argelès. Mi madre, sin perder la ilusión de estar juntos, tramitó con el cónsul nuestro ingreso en aquel campo. Me acuerdo, y eso que tenía nueve años, que un hombre mayor que iba en bicicleta, cuando nos vio andando hacia allá, nos preguntó si ya sabíamos que nos metíamos en la boca del lobo. Fue en balde. En todo el tiempo que coincidimos en aquel campo del horror sólo pude ver y hablar con mi padre en una sola ocasión. Él, catalogado de peligroso, estaba encerrado en lo que llamábamos el campo especial, en el centro del campo; y si nosotros teníamos un par de alambradas para salir, ellos tenían cuatro y más altas, y mucha más vigilancia de aquellos despiadados senegaleses. Su régimen carcelario no tenía parangón. ¿De Argelès? Pues hambre y hambre y frío y frío y enfermedades y enfermedades y... Un día, como aquello era tan insostenible, hubo entre plante y revuelta de las mujeres. El que estaba al mando del campo las amenazó con bombardearnos e hizo atracar una especie de dragaminas a unos quinientos metros de la costa. Las mujeres más destacadas de cada uno de los barracones fueron trasladadas a otro lugar. Tampoco podré borrar de mi memoria que los hombres removían la arena hasta dar con los huesos, ya fueran de animales o de personas. Aquellas playas, cuando la Primera Guerra Mundial, fueron escenario de mortíferas batallas; y de aquellos restos ellos se hacían un caldo para calmar el estómago y calentar el cuerpo. Los críos hacíamos de correos: con paciencia y al ser menudos, traspasábamos las alambradas por debajo y esparcíamos recados de viva voz o en trozos de papel. Una vez,

mi madre me dio un par de duros de plata con el encargo de «lléveselos a tu padre, que le harán más falta»; y pasé, aunque me costó, la ristra de alambradas pero, de tan amorrado que fui al suelo, perdí las monedas entre la arena. Mi madre, fuera de sí, me arreó un par de cachetes de lo lindo. Una mañana, empezó a correr la alarmante voz de que estaban cargando a los hombres del campo especial en camiones, que se los llevaban, si lo había, a un sitio más infecto. A lo lejos pude verlo.

Al padre de Santiago le quedaba un buen periplo. Estuvo en el campo de Bram, en el castillo de Colliure y, desde allá, tras su cierre legal, seguramente fue uno de los 224 trasladados a Vernet, que de campo disciplinario se había reconvertido en campo para indeseables. Volvió a las arenas de Argelès. A mediados de abril de 1941 fue conducido a Port Vendres para ser embarcado hacia Argelia, a bordo del transatlántico *Djebel Amour*. Formaba parte de la lista 4/29, un pasaje de 341 refugiados indisciplinados y revoltosos que partieron sin saber dónde les llevaban, y con tanto pánico de que fueran entregados a los carniceros franquistas, que se habían conjurado para amotinarse en caso de cualquier escala en las costas españolas. Después, llegados a destino, fueron arrojados sin contemplaciones al campo de la muerte, el siniestro Djelfa, al sur, en pleno desierto franqueado por colinas desnudas.

Colliure, por más que se asocie a Machado, puede considerarse un experimento nazi antes de tiempo. El altivo castillo hizo las veces de centro de internamiento provisional hasta que, a principios de marzo de 1939, llegaron unos ochenta refugiados procedentes de Argelès. Desde esa fecha, oficialmente se rebautizó como campo o centro especial, pues se había destinado a la aniquilación moral y física de los refugiados tildados de indeseables y clasificados como extremistas y peligrosos porque se mantenían activos con su rebeldía a cuestas. Nada más entrar en aquel fuerte, se les efectuaba un cacheo riguroso de todo el cuerpo, se les confiscaban los bártulos personales, se les rasuraban por medidas higiénicas las cabezas al cero, se les rellenaban sistemáticas fichas antropomórficas y algunos, además, eran encerrados en calabozos aislados. Después, en cada una de las secciones especiales en que eran repartidos, eran sometidos a un aislamiento total: hablar en los lavabos, en las comidas o durante los trabajos forzados estaba terminantemente prohibido, así como el correo postal, libros y diarios, y las visitas. La vejación seguía con

la imposición de jornadas de doce horas de duro y agotador trabajo físico, preferentemente en el exterior del recinto, y la disposición de una atroz disciplina que se significó por los malos tratos habituales.

—Dormían —me explica Santiago— en un banco de piedra, las celdas eran gélidas y cada día les retiraban las mantas. A la mínima protesta, o ante cualquier gesto que no les gustara, venía el castigo. Los apalizaban, medio desnudos, en la plaza de armas y delante de todos para que aprendiesen.

De su tétrica y ocultada historia se ha llegado a considerar que del millar de secuestrados que allá estuvieron fallecieron alrededor de un centenar; algunos —según el testimonio de Santiago— se cortaron las venas porque no aguantaban más. Aun en aquellas condiciones rigurosas, las «cabezas duras» persistieron en hacer valer su dignidad y rebeldía —protestaron, se plantaron e iniciaron huelgas de hambre—, tanto que las autoridades francesas tuvieron que proceder a su cierre en diciembre de 1939.

—De aquel campo de concentración en el desierto siempre dijo que, nada más meterlos allá, les dijeron que habían venido a morir y, en menos de un mes, entre veinte y treinta compañeros sucumbieron. Muchos debido a que, para no fenecer, optaron por alimentarse de ratas, aunque sabían que, al poco, sus pies se hincharían y en nada morirían. Salió cuando los británicos desembarcaron, a finales de 1942, y después se alistó con ellos. Acabada la guerra mundial del Holocausto se instaló en las islas, de las que no volvió a salir. ¿Y nosotros? De Argelès nos enviaron a Rivesaltes. Mi madre ya había perdido toda ilusión de que pudiéramos reagruparnos y, por eso, se decidió a solicitar la «repatriación». Pagó dos francos para que el ciclista correo le hiciera llegar la carta al cónsul y, en unos días, éste nos «reclamó». Largo viaje, parada otra vez en Figueres, y un atracón de arroz con tajada en las naves del Auxilio Social. Luego, pues...

Las desdichas de los Berrar y los Collado —primero juntos, al poco separados, de nuevo reunidos, otra vez desgajados— se asemejan a las de otros vecinos. La pareja conformada por Francisco Liria y María Vidal salió por separado: él marchó con un camión repleto de heridos y ella, tras recabar noticias suyas entre compañeros del Sindicato, logró contactar antes de cruzar el linde fronterizo. Al otro lado, no se libraron tampoco de la vejatoria clasificación a la que fueron sometidos. Francisco, de entrada, fue enviado a

Barcarès y María, a Sant Cyprien. Después de sus peripecias singulares, tardaron un tiempo en *reajuntarse* en una pequeña comuna del departamento de Gard, a unos kilómetros de Alès. O eso dicen sus hijas —Aurora, fruto del reencuentro de 1940, y Aida, algo menor— que les dijeron. Manuel Bolufer y Gumersinda Daura atravesaron la raya fronteriza con sus hijos. Ella retornó con los niños, pero Manolo fue enviado a uno de los campos nazis y, tras salir, lo enviaron a Rusia —estuvo por la península de Crimea— y nunca más supieron. De aquella travesía infame, su nieta sólo oyó las pestes que soltaba su madre, pero no pudo precisar más; de tan mal que lo pasó, sólo lanzaba exabruptos. En 1939 Josefina Alcázar y Juan López ya estaban juntos por Toulouse o en sus inmediaciones. Partieron por separado, pero de sus avatares ninguno de los sobrinos de Josefina pudo aportar ni datos ni anécdotas.

Más hijos e hijas, nietos y nietas —residiendo en Francia buen número de ellos—, a lo sumo, retienen vagos recuerdos, escuetos pasajes; y es que —vienen a repetir— «cerraron la boca», «se cerraron en banda». Sus padres o abuelos no quisieron transmitir su lúgubre pasado, o les costaba horrores removerlo. Tan sólo se permitieron recordarlo entre compañeros de plena confianza, y entre ellos se pasaban horas. «Tampoco —reconocen algunos— pusimos entonces interés y, ahora, es demasiado tarde».

Por otras noticias, sin embargo, tras la caída de Barcelona y en el marasmo de la fuga inicial, para muchos la ruta —aunque se agolparan caravanas multitudinarias en las cunetas, aunque grupos de compañeros se animasen entre sí— se emprendió en solitario. Demasiados, por las prisas, tuvieron que abandonar familia, mujer, padres e hijos. Los que pudieron despedirse, pronunciaron un «hasta la vuelta», pues era la única ilusión que se permitían. Unos no volvieron, y otros más hubiera valido que no lo hubieran hecho.

Pedro Alarcón Casquet, como la familia Berrar, dio con sus huesos en la playa de Argelès. Salió a principios de 1940 y, como tributo de su derecho de asilo, fue a parar a la 195 Compañía de Trabajadores Extranjeros, destinada en Montmorillon, en el departamento de La Vienne. En aquel campo de arena, según los hallazgos entre las estancias registradas, también estuvieron los vecinos Diego Asensio, Francisco Barnes, José Cañadas, Agustín Franco, Vicente Gil, Fernando López, Gumersindo López, Ricardo Parera, Miguel

Pons, Juan Ramos, Juan Rodríguez y Francisco Sánchez. Del barrio de Can Tunis estuvieron, entre otros, Manuel Carbó, que fue el secretario de su Comité Revolucionario, y Leoncio Monforte.

Para escapar de aquel suplicio, al igual que Pedro y Santiago, algunos se entregaron de pies y manos a la severa y militarizada explotación que imperaba en las compañías de trabajadores, donde la E final de las CTE significaba, al principio, Españoles y, a partir de septiembre, Extranjeros. En el caso de Vicente Gil le correspondió como destino la 123 CTE —en la Fauga, Haute Garonne—; a Ricardo Parera la CTE 130, a Miguel Pons la 190 CTE —en Cerdon, Loiret—; a Alberto Remolí la 227 CTE —en Clavaux, Isère— y a Gumersindo López, primero la 123 CTE y, posteriormente, el GTE 404 —en Boussens, Haute Garonne—. Entre quienes fueron a parar a empresas privadas estuvo Francisco Liria que si inicialmente rehusó ponerse a trabajar para empresarios agrícolas —pues la faena que ofrecían era a cambio de comida y techo—, después tentó la suerte acogiéndose a la demanda de las minas de Saint Jean de Valérisle; y Leoncio Monforte, al que le dieron empleo en la empresa La Précision Moderne, radicada en París.

En aquella extravagante trashumancia —«éramos peor tratados que el ganado»— las idas y vueltas entre campos de internamiento o concentración, entre compañías de trabajadores, de los campos a las compañías, de las compañías a los campos, podían no tener fin. Antes o después de Argelès, Diego Asensio, por ejemplo, paró en Barcarès; José Cañadas, además de un tiempo en el Hospital Sant Louis de Perpiñán, también había estado en Saint Cyprien y, como él, Fernando López, que a su misma travesía incorporó su estancia en el campo de Bram. En sus fichas figura a veces también la nota de evadidos, como la de Germán Martínez, en agosto de 1940, o la de Francisco Sánchez, en diciembre.

Con el trasunto de esas presencias archivadas, me dirán que esos papeles no dicen de la misa más que la mitad, si llegan a tanto. Me lo contaba Santiago y no ha sido el único. La familia Alarcón insinuó que Miguel también conoció en aquellos campos la prolongación de unos días que fueron eternas noches vigiladas, aunque regresó al barrio, no como su hermano José que cruzó el charco para asentarse en Argentina. El hijo de Juan Conesa lo último que supo de su padre fue que, tras su calvario, logró entrar en la Renault, en

alguna factoría de los alrededores de París. Un amigo del hijo de Pascual Real, que tenía a su padre en la cárcel cumpliendo una larga condena, se acuerda de la impaciencia con que esperaban las cartas que éste les enviaba pues, casi siempre, llegaban con algún billete que a ellos, que estaban haciendo la mili en la isla de Mallorca, les valía para matar el hambre que pasaban. De las señas del remite, si las supo, se olvidó, si bien Pascual —y por las aportaciones de un nieto preocupado en desempolvar la trayectoria rebelde de su abuelo— estuvo entre los componentes de la CTE 11 —en el campo B del Parpaillon, en los Alpes—, encargada, de mayo a diciembre de 1939, de arreglar una carretera estratégica para los militares franceses. La familia Adé contó que Víctor salió en una barquichuela por Villajoyosa hasta Orán y que lo encerraron en el campo de Bou-Arfa, en Marruecos, donde, en régimen de esclavitud, trabajó en la construcción del primer tramo del faraónico ferrocarril transahariano que proyectaba la colonialista Francia. Lo liberaron los estadounidenses, después emigró a Montevideo, viviendo de su pequeño taller de artes gráficas y en permanente relación con la colonia de exiliados. Crisanto (*el Santos* o *el Microbio*), el hermano pequeño de los Valcárcel, pasó la frontera para transitar de campo en campo, desde el de Vernet hasta el célebre castillo de Collioure. Su ficha corría por los despachos policiales, ya que su nombre constaba en una lista de doscientos setenta y seis peligrosos anarquistas a vigilar estrechamente y por su comportamiento, nada resignado a dejarse humillar —como recuerda Antonio Ortiz, entrevistado para un libro que traza su destacada y dilatada militancia confederal—, sufrió constantes castigos. De otras trayectorias hay un simple y escueto papel, como la de Eustasio Escribano que en 1960 manifestó su voluntad de ser venezolano, tal como recoge la Gaceta Oficial de aquella República.

En todos los ecos de aquellas travesías resuena que toparon con todo, pero con nada que se pareciese a una tierra de promisión. Tras los infortunios, vinieron las evasiones del infierno concentracionario y se multiplicaron los regresos, unos consentidos y otros clandestinos. En Vernet, como en otros lugares, se repartió una hoja en francés que llamaba al retorno: España invitaba a sus hijos a que volvieran a la patria que les esperaba; les decía que no creyesen en la leyenda de la represión, que la nación estaba abierta a todos los españoles que no tuvieran ningún crimen que se les pudiera reprochar, que cualquiera

que tuviera la conciencia pura y un pasado honesto tenía un lugar para trabajar en la mejora y en la reparación de las pesadillas pasadas.

Incrédulos o no, con las promesas del ¡Arriba España! y ¡Viva Franco!, unos cuantos siguieron esos pasos. Antonio Liria, al atravesar de vuelta la frontera, fue recluido durante cuatro meses en un campo de concentración en Bilbao, del que salió avalado; pero al cabo de unos meses por un chivatazo fue a parar a la cárcel. Por el sumarísimo por rebelión que le instruyeron, sin tener en cuenta esta vez la declaración de su buena conducta que algunos vecinos testimoniaron, le cayeron veinte años de condena. A mediados de septiembre de 1941, a la altura de Artesa de Segre, una pareja de la Guardia Civil rural sorprendió a un individuo que iba indocumentado, por lo que se lo llevaron al cuartelillo para someterlo a un hábil interrogatorio. José Gilabert relató que, después de la retirada y de traspasar la frontera, había sido enviado a un campo de concentración, que de allí le sacaron para llevarlo a trabajar a la montaña, que posteriormente logró escapar y pasar a Andorra y, al poco, por la Seu de Urgell, se había introducido en territorio nacional para reunirse con su esposa y su pequeña hija. Del cuartelillo lo condujeron a la prisión provincial de Lérida y luego, puesto a disposición del capitán general de la Región Militar, ingresó en la Modelo. En el consejo de guerra lo condenaron a una pena de doce años y un día de reclusión temporal, que fue conmutada por la de ocho años de prisión mayor. A Francisco Jodar, miliciano de la Columna Durruti, le correspondió, como a sus compañeros, el encierro en el campo de Vernet. Salió después a una compañía de trabajadores, pero en 1941, para no caer en manos de los nazis, se decidió a volver. Pasó por Canfranc y, tras ser detenido, transitó por las prisiones de Huesca y Zaragoza, después fue castigado al campo de concentración de Miranda de Ebro. Ya liberado, por estar en edad de servicio militar, fue enviado a un batallón disciplinario de soldados trabajadores en Algeciras —el número 22— y, como esclavo del franquismo, picó en la apertura de una red de sendas denominadas, después, el camino de los prisioneros; y aún le reservaron una última etapa en Mallorca. Tantas rejas en la memoria todavía, a sus noventa y tres años, le hacen saltar lágrimas. Germán Martínez se evadió, según su ficha, de Argelès el verano de 1940 y en noviembre, ya en la barriada, se presentó en la Comisaría de Investigación y Vigilancia por propia voluntad, ya que estaba limpio de delitos de

sangre; pero algunos vecinos se prestaron a denunciarlo como significado revolucionario. El resultado fue una condena de doce años y un día, aunque conmutada por la de diez años de prisión mayor. En la ristra de quienes creyeron que podían volver en paz, Bartolomé Muñoz, que fue detenido por no presentarse voluntariamente «a los efectos de depuración como repatriado de Francia», topó con otros denunciantes que le llevaron a que le condenaran a la pena de muerte, aunque al final se la conmutaron por la inmediata inferior.

De entre los trasterrados de la barriada, otros ni tuvieron la ocasión de volver, ni de que les infligieran tras el retorno, mofándose de las promesas, más años de castigo. A estos otros, allá donde los llevaron, les dijeron que debían perder toda esperanza, que igual que habían entrado por la puerta, saldrían por la chimenea (de los crematorios), que de nada servía que se creyeran el lema de que «el trabajo os hará libres». Ellos, hombres del trabajo que pelearon por la libertad, en vez de gozar de la manumisión, iban a encarar la muerte en los campos de concentración nazis. Dos del barrio —Francisco Soler y Manuel Bolufer— y otro de la barriada —Juan Oncins— salieron, sin embargo, vivos. Francisco, que había sido delegado de las Juventudes Libertarias del Prat Vermell, liberado el 5 de mayo de 1945, movió como pudo sus 37 kilos para recomenzar una vida que creía arrebatada desde que, en enero de 1941, le grabaron en Mauthausen la matrícula 5770. A Juan, con la matrícula 60383, apresado por las tropas alemanas en noviembre de 1943 en la Alta Saboya, lo encerraron en marzo de 1944 y vio abrirse la puerta el mismo día que su compañero. De Manolo Bolufer un familiar más lejano precisa que tras su estancia en Mauthausen también estuvo en el campo de Treblinka, que después fue trasladado a un un tercero por breve tiempo, y que llegado a Rusia purgó hasta 1948 en los *gulags*. De Luis Herrada hay constancia de que en enero de 1944 estaba en el inmenso campo de Buchenwald. De su destino o suerte posterior se pierden las pistas.

De aquellos otros los archivos dicen:

Pedro Ardite Pérez fue integrante de una CTE. A finales de junio de 1940 lo capturaron en Les Vosges. Internado en el campo de prisioneros o *Stalag* V-D (Estrasburgo), formó parte de un convoy que, tras dos días de marcha, llegó a Mauthausen a mediados de diciembre. De los 847 deportados murieron 499. Pedro, con la matrícula 4582, falleció en Gusen el 6.10.42.

Andrés Corominas Ribó, componente de la 9 o 117 CTE, fue capturado en Dunkerque o en Bray-Dunes a principios de junio. Lo retuvieron en dos *Stalags*, primero en el VIII-C, en Sagan (Polonia), y al cabo de tres meses lo trasladaron al XII-D en Treves. A finales de enero de 1941 entró en Mauthausen. De su convoy, formado por 775 personas, mataron a 544. A él, con la matrícula 3826, le llegó la muerte el 14.1.1942 en Gusen.

José Márquez Murcia, también integrante de una CTE, tras su captura fue trasladado al *Stalag* IX-A Ziegenhain, entre Frankfurt y Kessel. Su convoy llegó a Mauthausen a mediados de agosto de 1940, y de los 91 que lo componían, murieron 76. Él, con la matrícula 3790, falleció en Gusen el 18.08.41.

Joaquín Pérez López llegó a Mauthausen a finales de enero de 1941. En Gusen, con la matrícula 4693, falleció el 03.12.1941.

Antonio Ruedas Gómez, tras el paso por una CTE, fue apresado en Les Vosges o por Belfort. Primero fue internado en el *Frontstalag* 140 en Belfort y, después, en el *Stalag* XI-B Fallingbostel. El convoy del que formaba parte llegó a Mauthausen a finales de enero de 1941; de los 1.506 hombres murieron 1.079. Con la matrícula 6157, falleció en Gusen el 29.07.1941.

En Gusen también fueron asesinados, al menos, tres vecinos más de los barrios colindantes. De la Colonia Bausili, Antonio Herrero Esteban, por la prisión VII-A (en Moosburg), llegó el 31.08.1941 a Mauthausen, con la matrícula 4426 y falleció el 08.03.1942. De la carretera del Port, Rafael Viñolas García, en el *Stalag* XVII-A (en Kaisersteinbruch), llegó a Mauthausen el 07.04.1941 y falleció, con la matrícula 5048, el 14.10.1942. De Can Tunis, Eleuterio Cucarella Hernández, en el *Stalag* V-D (Estrasburgo), ingresó en Mauthausen el 13.12.1940 y murió, con la matrícula 4729, el 08.04.1941.

«Al final, de tanto subir, un día me quedaría sin bajar». Más o menos con estas palabras se despidió José Alcázar en la carta que escribió tres horas antes de ser fusilado —por los republicanos— en diciembre de 1938 en el castillo de Montjuic. José Borrell, el limpiabotas —fusilado por los franquistas— le pidió a su compañera María, en su última misiva, que no olvidara de contar a su pequeñín —Floreal, que no tenía ni un año— por qué no le dejaron que lo educara como hombre libre, como hubiera querido. El *encarnazimiento* —disculpen la errata— de los nacionalsocialistas con Pedro, Andrés, José, Joaquín y Antonio y Antonio, Rafael y Eleuterio muestra que, aun trasterrados,

el círculo de la opresión total giró hasta hacer purgar todos los atrevimientos de emancipación, extirpando de cuajo el desafío del sueño igualitario. La lección de aquel lúgubre episodio que tanto se prolongó fue que la letra con sangre entra, que cuanto más dolor produjera el horror, que cuanto más espanto el exterminio, más anonadamiento y soledad se esparciría por los tiempos de los tiempos. Contra ese borrón de la experiencia viva, cuando se esfuman las tretas del lenguaje y la boca se reseca, calma y alienta releer a José Alcázar:

*En este triste momento
que estas letras escribo
una vez estéis leyendo
ya no me encontraré vivo.
Ya podéis pensar en mí.
Recibir de mi parte mis más sinceros
y cariñosos saludos que es lo único
que puedo ofrecer, vuestro compañero
que fue en vida y seguirá viviendo
en vuestra mente.*

XIX. Con la cabeza bien alta

De tal palo tal astilla. Quizás. Amarrarse a la supervivencia es también resistir, plantar cara, ahuyentar o disimular el miedo, no claudicar, no dejarse pisar, al menos del todo. Entre tantas penas y penurias, cuando escuchas la amalgama de anécdotas que, como aventis, transmiten los que fueron críos entonces, te sacude esa impresión de que en el descalabro del naufragio no todo se perdió. Sus relatos arrear al anodino y arisco calendario de sus andanzas y lo salpican de entretenimientos con nada, donde ensalzan los jolgorios y desgarran los malos ratos. Tan sólo querían corretear, que no les cortaran las alas; por eso, en su día a día, no se plegaron a aquellos enojosos ceremoniales del triunfo que, con absurdas obligaciones y prohibiciones, retenían sus simples ganas de vivir. Aún ahora, aunque les flaqueen los recuerdos, siguen volcando algunas escaramuzas que protagonizaron y que en su momento les parecieron proezas donde resplandecían llamas de rebeldía. También en el baúl de ese imaginario guardan escenas, siendo mirones o espantados pasmarotes, cuando los mayores les sorprendían con ciertos haceres y decires que coloreaban la normalidad apabullante.

Carmen, tan pronto como pudo, resaltó que era una cría, que miraba lo que la envolvía con los ojos de la ingenuidad y que, ante todo, ganas de disfrutar no le faltaron. El trozo de huerto al que recurrió su familia para tener

algo más de comida era su paraíso terrenal, su islote de libertad. Del pasado del padre y del tío que corrió a Francia no supo entonces, ni tampoco después le explicaron, pero tiene grabada —recuerda— la mañana en que el barrio alborozado daba vítores al recién llegado.

—Durante un buen rato lo pasearon a hombros, arriba y abajo de la calle 4. Como si fuera un torero recibieron al vecino que acababan de soltar, decían, de la cárcel. De quién era, en concreto, no me acuerdo.

Florencio, al que preferían llamar Floreal, contó que siguieron jugando por las calles y los campos, hiciera frío o calor, con su ropa y calzado desgastados, y que ni siquiera paraban cuando la cómica seriedad de la parafernalia lo exigía.

—El Bové, falangista y alcalde de barrio, nos la tenía jurada. Quería que a su paso nos pusiéramos firmes y levantáramos el brazo. Yo, nada más verlo a lo lejos, me escurría y si no tenía tiempo me giraba, le daba la espalda para ignorar su presencia. Ese día me pilló de la oreja, me apretó tan fuerte como pudo, hasta que le di una patada donde duele y eché a correr. Él, como un energúmeno, empezó a chillarme: «hijo de rojo de mierda, ya te cogere».

Floreal, al que también le cambiaron el nombre por Francisco aunque siguió siendo para todos Floreal, se las tuvo con el hijo de los Sisó. Eran unos potentados con sus buenas tierras, de los que se envalentonaron con el águila de la rojigualda y su cara al sol.

—Estábamos enfrente, no dentro de su huerto, y nos enganchó acusándonos de ladronzuelos. A mí me hizo tragar tal cantidad de aceite de ricino que me puse malísimo. *El Papabuelo*, al verme en tal estado, me llevó al dispensario. Allí, tras atenderme, me recomendaron que pusiese una denuncia. ¿Una denuncia contra aquellas alimañas? ¡Qué va!, no iba a servir de nada. Ya lo arreglaríamos nosotros. Por la noche le metimos fuego al pajar.

Mayores que Floreal eran Antonio, Francisco, Jesús, José, Manuel y Adolfo. También se las tuvieron con los Sisó. En su caso, llegaron a robarles un cochino. José, sin rehuir que los apretujones de la necesidad apremiaron, se amparó en que quien roba a un ladrón debía tener cien años de perdón. Pero no atendieron a sus razones: los seis, a los que les abrieron un sumario, estuvieron casi medio año en la Modelo por aquel cerdo.

José, otro que había dejado de ser Floreal, al volver a casa se encontró con una extraña reprimenda de su abuelo. Nada habitual en él, le soltó que no quería volver a enterarse de que ponía un pie en los locales de la Falange, por más que le acaramelaran con excursiones y campamentos. «Tú —me regañó— eres el menos indicado. De éstos no queremos nada de nada. Si acaso, les debemos dar nosotros. Por la vida hay que ir —acabó su rapapolvo— con la cabeza bien alta».

—No entendí casi nada, pero hice caso. Más tarde me enteré de que habían fusilado a mi padre.

A Andrés le ocurrió algo parecido con su madre. Le prohibió acercarse a la parroquia, pisar la misa, entretenerse en las procesiones y repartir estampillas. «Si se enterara tu padre —le amenazó—, te lo diría de otra manera».

Patrañas o no, a los Piñeiro —padre e hijo— se les ocurrió denunciar a Diego, *el Parra* hijo. Alegaron que en febrero, en uno de los días de los triunfales desfiles militares, descargó al aire la pistola que llevaba para tumbar uno de los aviones del «Glorioso Ejército Nacional» justo cuando sobrevolaba, haciendo sus piruetas, las casas baratas. Ni Diego, interrogado, ni José, un chaval de ocho años, «explorado», reconocieron la supuesta hazaña. Cualquiera pensaría que las moscas no se cazan a cañonazos y que la lucha épica contra gigantes y molinos de viento tan sólo estaba al alcance de la imaginación de Cervantes. Aunque tanto temor a la hidalguía de Diego y otros zagales, un poco quijotes del ideal, era síntoma de que ni derrotados los daban por vencidos. Algo o bastante razón tenían.

Aquellos gestos infantiles o juveniles, entre inocentes y viscerales, testimonios del genio contestatario de sus tempranas correrías por la vida, plasman, a su modo, la difusa insubordinación que todavía, aunque subterránea, bullía entre las gentes del barrio. Son, desde su aparente insignificancia, indicios de que todos los propósitos encaminados a hacer tabla rasa del pasado toparon con cierta renuencia. Allí ellos para defenderse; persistían como podían en lo que habían aprendido y practicado desde hacía demasiado tiempo. Por más que hubiera que capear el temporal, que extremar los cuidados, tampoco, aunque quisieran, les dejaban que se descuidasen de ese legado tan preciado y difícil de borrar de un día para otro. A la chita callando, tampoco se postraron.

Arrancaba 1942 cuando volvieron a azotarlos con el tema de la renovación de los contratos de la vivienda y el consiguiente aumento de los alquileres. Ante semejante agresión no había vuelta de hoja. Partían con demasiada desventaja, pero volver a batallar era la única salida, aunque la lucha, y de sobra lo sabían, no pudiera plantearse como estaban acostumbrados, en toda regla. El Patronato de la Habitación que gestionaba las Casas Baratas había languidecido desde mediados de la década anterior, pero desde el nuevo y flamante Ayuntamiento, con el teniente de alcalde Carlos Trías a la cabeza, fueron adecuando, así que la maquinaria administrativa iba reponiéndose, las fórmulas para adueñarse de aquel patrimonio desperdiciado que eran las agrupaciones de casas baratas. Por ley, en enero de 1941, el Ayuntamiento absorbió plena e íntegra la propiedad del Patronato. Asumida la necesidad de una etapa transitoria, se adoptó un funcionamiento en régimen de interinidad en el que, formalmente, el gobernador civil —Eduardo Baeza— seguía al mando de un Patronato que sólo retenía el nombre y, especialmente, la validez y la capacidad jurídica, mientras que Trías, como delegado para su administración, encauzaba como mandamás el definitivo recambio. La puesta de largo del nuevo órgano, que se bautizó como Instituto Municipal de la Vivienda, esperó hasta 1945 porque antes, en el intermedio de la reordenación financiera y social que se había planeado, tenían que zanjar satisfactoriamente las deudas con los inversores obligacionistas y las empresas constructoras y de servicios públicos. Y también —era el contrapunto— había que enderezar la espinosa cuestión de poner en vereda, de una vez por todas, a los inquilinos morosos.

El verdadero escollo de la operación eran los vecinos que allí permanecían, sobre todo cuando la pretensión era imponerles otro contrato que, además de actualizar la imprescindible estadística, servía para acentuar el control, subirles los precios de unos alquileres que seguían congelados y obligarles a actualizar los atrasos que arrastraban desde el día de la «liberación». Para esto último se les exigió el pago adicional de una mensualidad atrasada y se incorporó al nuevo recibo una cuota de cinco pesetas mensuales destinada a la liquidación de las deudas contraídas. Entremedias, la Delegación Provincial del Instituto de la Vivienda contemplaba que era natural la transformación de la obra del Patronato que, aunque presuntamente social, había sido concebida como un negocio financiero y de construcción, y que también debían trans-

formarse los ocupantes en beneficiarios de vivienda protegida; una modificación que les permitiría que se consolidara a su favor, tras treinta años de pago de alquiler, la propiedad de la vivienda y del terreno correspondiente; e incluso disponía que se arbitrarían exenciones, en caso de causas justificadas por falta de trabajo o enfermedad, y se planteaban las llamadas medidas de excepción para las familias en grado de extrema necesidad. Agua de borrajas, o no, tras aquellas intenciones la realidad fue que durante un buen tiempo los desahucios masivos contra inquilinos y realquilados volvieron a la palestra.

Despuntaba así una política municipal en materia de vivienda que se ponía en marcha echando a las gentes de sus casas. De principios de 1942 a finales de 1943 se interpusieron, aproximadamente, unas seiscientas demandas de desahucios contra residentes en los cuatro grupos de las Casas Baratas. Por lentitud judicial, por trabas de la burocracia y, también, por choques y rivalidades entre los cargos de tanto organismo naciente, las urgencias tuvieron poca efectividad y, por eso, a finales de aquel año, se procedió a presentar, de una sola vez, el lanzamiento de novecientas órdenes de desahucio, aunque luego los señalamientos se hicieron de manera escalonada. No fue, sin embargo, hasta 1946 —como destacó un informe del Instituto Municipal de la Vivienda— que dieron como definitivamente resuelta la administración de los grupos de las Casas Baratas y por desaparecido todo intento de rebeldía en el pago de alquileres. A diferencia de años anteriores, en aquellos últimos meses transcurridos, incoaron algo menos de quinientos expedientes de desahucio administrativo que, en su inmensa mayoría, se saldaron con una condena a los arrendatarios sancionados que consistía en pagar tres mensualidades a cuenta de sus atrasos. En la ejecución de aquellos trámites no se produjo apenas ninguna «alteración de orden público», y menos aún actitudes violentas, pues sólo en un caso aislado los ánimos de los vecinos se excitaron de manera considerable, aunque los apaciguaron.

Si retomar el control de aquellos barrios llevó casi un lustro, a pesar de haber agudizado la vigilancia constante —aunque se procediera, decían, con la máxima prudencia y discreción—, fue porque, como consignaron los adelidos de las políticas sociales en ciernes, chocaron con «naturales» resistencias. Los arrendatarios se opusieron a aceptar el arreglo que se les proponía y surgieron, otra vez como en tiempos de la República, las respectivas comisiones

en defensa de sus intereses. Y es que concurrían —seguían argumentando los prohombres del Instituto Municipal de la Vivienda—, junto a las dificultades y penurias económicas de las familias modestas como fenómeno general de la postguerra, la impronta negativa de la herencia de la indisciplina social desorbitada durante la Revolución y la hipersensibilidad política y social propia de los habitantes de los grupos de viviendas. Al otro lado, entre los vecinos, el orgullo por aquel combate desigual todavía levanta apasionadas discusiones, sobre todo por los sinsabores que dejó.

Aquella mañana, en el bar donde se reunía la asociación de vecinos, acabamos charlando con una docena de parroquianos ya mayores y todos fueron diciendo la suya, pisándose la palabra. Al unísono, recordaron el gran revuelo que se lió y que duró lo suyo, aun con tantos factores en contra. Todos, más o menos de acuerdo, reconocieron que corrió la voz de negarse a pagar; de alegrar, si hubiera sido preciso, que carecían de medios económicos; de no presentarse a los juzgados con cualquier excusa y de estirar, tanto como se pudiera, el conflicto de marras. A continuación, unos hablaron de huelga de alquileres en firme, aunque encubierta, y otros, en cambio, lo dejaron en que simplemente fue un conato porque no se podía ir a más con lo diezmados que estaban. Y en lo referente a que las casas serían suyas al cabo de un buen tiempo de ir pagando, estalló la polémica, ya que el que más apunta promesas verbales, pero nada escrito en los papeles; y de haberlos habido —pregonan ya todos—, se perdieron entre las aguas desbordadas del río, tras las inundaciones de abril de 1942 o de diciembre de 1943.

Si la tierra negra por el carbón, allá cerca, olía a miseria y arrastraba desesperación, al ventear la tierra quemada se destapaban las cenizas y chispeaba entonces alguna brasa enterrada, pero no apagada, entre tanto polvo gris. Algo había medio enterrado que atizó la lumbrera de la dignidad en el litigio por las casas: además de memoria y necesidades compartidas, comparecieron escurridizas presencias —me vienen a insinuar—. Manolo siempre recordará que un vecino le pasó *La conquista del pan*, que en el taller de la calle Tarragona donde se puso a trabajar de aprendiz se repartían, de modo restringido, boletines y hojas artesanas de prensa obrera, y que los sellos de cotización al Sindicato, con sumo celo, seguían distribuyéndose y abonándose. En el barrio, allá por la calle 9, unos cuantos se reunían y hablaban de no claudicar en

el adverso presente y hasta de conspirar mañana, de ayudar a los presos y a sus familias, de mantener a flote, como fuera, la Confederación y que la derrota no fuera rémora, rendición. Él empezaba a dar sus primeros pasos siguiendo la estela de los que no habían cesado de caminar. Ese nexos —le gustará remarcar—, como siempre, era uno de los puntales más sólidos para dejar de estar amordazados y sentirse acompañados.

Antonio, al que *el Alfalfa* y *el Rosca* mimaron como benjamín, retiene de aquellos vestigios un par de hechos de los que fue —insiste, aunque sea difícil de creer— protagonista involuntario.

—Aquel sábado —recuerda Antonio— salimos los tres a tomar algo por el centro y estuvimos en la cervecería Moritz. Nos retiramos tarde, algo piripis. A la mañana siguiente habíamos quedado temprano y, por eso, *el Rosca* me encargó que me presentase puntual en casa del *Alfalfa*, no fuese que se durmiese. Subimos después a Montjuïc y, en una de aquellas barracas rebrotadas, mantuvimos la reunión. No recuerdo si era para relanzar el Sindicato de la Madera o si respondía a algún encuentro de la Federación Local. El otro asunto encomendado era más delicado: debía llevarle al *Rosca*, escondido por la parte vieja de la ciudad, el paquete que me pasaría el Andrés. Enterado del contenido, me temblaron las piernas, pero a lo dicho, pecho; aunque, entre la precaución y el canguelis, no me atreví a coger ningún autobús y, ni mucho menos, el metro. Andando, a la ida y a la vuelta, recorrí las calles sin sacarme el miedo de encima.

A Eduardo Melero, *el Rosca*, dicen que no lo pillaron nunca, y eso que su amigo Andrés recibió una tanda de palizas para que diera su paradero. Se espabiló en camuflarse retocándose la fisonomía y se acostumbró —qué remedio— a desplazarse a horas intempestivas y a pisar poco el barrio, sólo lo justo. Quienes lo recuerdan, lo envuelven en cierta aureola: «se venía, sin ser esperado, para dar postreras despedidas; para parar los pies a los deslenguados o chulos de pacotilla; para poner en manos o bolsillos, sin consentir ningún rechistar, algún fajo de billetes que había tomado en sus botines, pero que no eran para él». También dicen que fue otro a partir del accidente que tuvo con la Vespa que conducía por la Gran Vía, cerca de la plaza España. Se le turbó el carácter y dejaron de saber de él.

Con Blas Zambudio —padre— un día la suerte fue más esquiva. Avanzada la tarde de fin de año de 1941, un sargento y un guardia segundo de la

Guardia Civil dieron el alto, en la carretera de Madrid a La Junquera, en el término municipal de Esplugues, a tres individuos que les infundieron sospechas. No se detuvieron, desenfundaron las pistolas que portaban, dispararon y emprendieron la huida. A José Rafí, que se quedó rezagado, lo prendieron y, tras ser sometido a interrogatorio, indicó los nombres de algunos bares y tabernas de La Torrassa que solían frecuentar. Ya en año nuevo, prosiguiendo la batida y procediendo a la inspección de la taberna situada en la calle Montes, les solicitaron la documentación a dos individuos que allí consumían y charlaban. Uno de ellos —Blas— respondió «que la suya eran sus armas». Se entabló un tiroteo y, luego, se llegó al forcejeo. El teniente Andreu recibió distintos golpes en la cabeza propinados con una botella y Blas (*el Pequeño* o *el Petrolito*), herido de bala en un brazo, se escabulló por la parte trasera, saltó por unos tejados de uralita que cedieron por su peso, aunque a brincos, desde el suelo del local al que volvió a caer, pudo levantarse y zafarse a la carrera de los disparos del teniente. Su búsqueda y captura, con la presencia de Quintela y miembros de su Brigada Político Social, se intensificó y el día cuatro de enero dieron con su domicilio de entonces —la calle Sallent— y con la dirección de la taberna a la que, cerca de allí, solía acudir —en la calle Sacristanes—. Por la mañana, los agentes destacados rodearon la casa donde se refugiaba con la intención de penetrar en ella, pero Quintela se opuso rotundamente, «en el convencimiento —redactó en la diligencia de la misma noche— de que se daría así lugar a un acoso algo escandaloso, porque Zambudio había de defenderse a tiros y, de ese modo, daría origen a bajas seguras nuestras». En cambio, esperaron a que saliese de la taberna, alrededor de la cual y en cada una de las esquinas se montó un discreto servicio que le impidiera cualquier escapatoria. A eso de las siete, Blas, ya en la calle, fue encañonado y, aunque desoyó la conminación a levantar los brazos, no tuvo tiempo de disparar su arma, pues el agente más próximo a él lo derribó de un certero disparo que le atravesó la muñeca derecha. Ya en el suelo, le apuntaron en la cabeza y lo remataron con dos proyectiles. «Dejó de ser peligroso», se jactó Quintela. Moribundo, fue trasladado en un taxi a la casa de socorro de la calle Sepúlveda. Allí, el juez Argemí, en funciones de guardia por el Juzgado Militar número 9, no pudo tomarle declaración, ya que había fallecido.

La crónica, con su morbo, dio para pensar en refriegas entre policías y atracadores, en disputas entre héroes y villanos. Las inmediatas felicitaciones calurosas del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento a la policía, en la persona de Quintela, por el importantísimo servicio prestado, traslucían, sin embargo, algo más que habituales altercados sangrientos en los bajos fondos. En las largas notas de prensa, redactadas desde la comisaría de la Via Laietana, se atisban las razones del bullicio: «el Zambudio siempre se defendió a tiros contra la autoridad que intentó detenerle. La policía ha acabado con la actuación de un criminal peligrosísimo, actividad que no se encuentra superada, por su audacia y ferocidad, en toda la historia del anarquismo militante». Grandilocuencia, sin duda excesiva, pero que desmiente que Blas fuera sólo un vulgar atracador, y de ahí tantas felicitaciones y autobombo. Habían abatido, eso sí, de ahí las celebraciones, a un peligro público, que lo era, por no desertar de la lucha. Desde antes de la República, Zambudio ya se había destacado como hombre de acción y algo se ha podido contar. Durante la Revolución estuvo en el reducido y selecto grupo encargado de la vigilancia de la Casa CNT-FAI, en el que coincidió con Marcelino Pereiro. Según contó su hija mayor, más tarde, en el repliegue de la derrota, participó en la comisión que en dos coches pasó —o tenía que pasar— a Francia material valiosísimo de la organización anarcosindicalista; aunque fue herido, decía, en una emboscada que les tendieron y luego trasladado al hospital de Perpiñán. Antonio lo conoció, por poco tiempo, en el campo de Rivesaltes pues, a la mínima que pudo, se fugó y retornó a Barcelona, «donde estaba su sitio»; ésta fue su escueta despedida, porque hablaba poco. A los tres compañeros —José Rafí, Pascual Gargallo y Antonio Serrano— a los que la Guardia Civil dio el alto aquel final de año, los ejecutaron mediante garrote vil en la Modelo a finales de marzo de 1942. Eran del mismo grupo de La Torrassa, al que tanto persiguieron por desafiar y mantener en jaque a los guardianes de la paz de aquel inmenso cementerio que sembró la aterradora Dictadura.

Por el imperio no se llegaba a Dios, ni falta hacía. Tampoco entusiasmaban las prédicas de Dios, Patria, Pan y Justicia. Detrás de las migajas de pan blanco que racionaban asomaban las entrañas negras de la justicia. Por eso, en el barrio, otros cuantos porfiaron en la brega. El reto de desentrañar esos otros con nombre propio se pierde, sin embargo, en la bruma de aquellos años.

Imperaba la más estricta clandestinidad que llevaba a que ni la familia ni los más íntimos estuvieran al corriente. Mutua protección era la mínima máxima. Los próximos de los implicados, en caso de cualquier adversidad, quedaban alejados de la culpabilidad de la complicidad o del simple amparo o encubrimiento. Y los resistentes activos podían quedar a salvo de cualquier información que pudiera escapárseles sin querer, o que les fuese extraída por la fuerza de suplicios y amenazas. Ni lo uno ni lo otro eran una garantía, pero era la mínima precaución que se podía observar. Se estilaba, asimismo, hablar de «anteriores» y «posteriores». Los primeros acarreaban cuanto habían hecho o pudieran colgarles de lo acontecido durante la Revolución o, incluso, antes. Los «posteriores» fueron los que, aun con todo, prosiguieron o empezaron en el ineludible responder con hechos a la negra noche que mataba la vida, que no dejaba ver el día. A falta de voces de que fiarse, la bruma se tornó borrascosa información, plagada de contradicciones, de medio decires, de tópicos, donde nada de lo que pudiera pasar —quiénes, cómo, por qué y para qué— se parecía a lo que pudiera decirse. Por hemerotecas y archivos asoman más atracadores o malhechores del barrio, de poca o mucha monta, que siguieron siendo enviados a los rincones oscuros de las celdas del castigo. ¿Eran militantes con apuros económicos?, ¿simples delincuentes por necesidad o devoción?, ¿rendían reverencias a los ilegalismos penados como delincuencia?, ¿eran los únicos márgenes practicables? ¿Y sus golpes, aunque algún pellizco se llevaran, tenían otros destinos y destinatarios?, ¿llenaban platos vacíos, socorrían familias hundidas, untaban carceleros de postín, pagaban huidas urgentes, sufragaban gastos, recogían fondos...?

Entre tal cúmulo de cuestiones ronda otra pregunta: ¿por qué hicieron lo que hicieron? o, incluso, esa otra que inquiere si, con sus acciones, además de cubrir necesidades, cobijaban aspiraciones. Las respuestas antes eran potestad de los que gozaban del don de enjuiciar y castigar, en los estrados o con la pluma, y no admitían réplica. Ahora las cultivan quienes lucen las varitas mágicas del bien y del mal como albedrío para repartir denuestos. Unas y otras, por más que retuerzan las palabras, parecen un calco de la misma sentencia: ellos no hacían historia, sólo han ensuciado sus páginas con tintes negros. El reverso, demasiado a mano, sería, sin embargo, más que nada un señuelo prendado de la bucólica imagen del buen salvaje. Tampoco convence.

Si acaso, acorralado por demasiados titubeos, sin pizca de ganas de edulcorar elegía alguna, unas trazas de algunos merecen esbozarse, aunque sea para no escamotear más sus presencias maltratadas. Sólo eso.

Bartolomé Rodríguez (*el Bartolo*) fue condenado a veinte años y salió del Dueso, en libertad condicional, en 1959, cuando le faltaban dos años, cuatro meses y tres días para cumplir la condena. Penaba esta vez por un intento de robo a mano armada en el verano de 1941, pero en la cárcel ya había estado, tras los Hechos de Mayo, por su pertenencia al Sindicato de la Construcción de la CNT y por su pasado de siete meses de miliciano y un par de meses en las Patrullas de Control. Fue de los que se retiró entre las filas armadas de los derrotados, volvió por Irún, estuvo tres meses clasificado en el Campo de Concentración de Prisioneros y Presentados de Santoña y luego, libertado, retornó al barrio. Una vez en él, se presentó a las autoridades, que le pasaron cuentas por sus actuaciones «anteriores» y le pidieron seis años el día de su consejo de guerra, cuando ya llevaba año y medio en la Modelo; aún le faltaban otros tres meses en otro campo de concentración antes de conseguir la libertad atenuada. En julio de 1941 estuvo implicado en el robo frustrado susodicho. «Era de la Organización, de los serios, con ideas —reconoció Floreal—, pues era de los que corría con su padre, Blas».

A Antonio Céspedes en ninguno de sus sumarios se le vincula a las Juventudes Libertarias, aunque consta en esa otra historia de la clandestinidad libertaria entre los componentes de uno de los grupos que cayó, en marzo de 1939, tras las reuniones que se celebraron para la reconstrucción de esa organización. Y podría ser. En diciembre de 1943, infringiendo las normas de su destierro, fue detenido de nuevo junto a dos compañeros cuando pretendieron, armados, atracar un domicilio tocando al mercado de Hostafrancs. Sus «compinches» —Ángel Torralba y Cristino Navarro— eran miembros de dichas Juventudes; de hecho, a Ángel, en una de sus estancias en la Modelo, se le acusó de lo mismo. Los tres se conocieron en la cárcel, en 1939, «estando en la galería de los condenados a muerte» —reveló Antonio en uno de sus interrogatorios—. Algo similar le sucedió a Jesús López Montesinos, apresado por un hurto de patatas fallido y con un revólver de por medio. Estuvo casi tres años en la cárcel. Aunque demasiado joven, ya antes había tenido tiempo de apuntarse como miliciano y desertar luego del ejército. Sus her-

manos, Francisco y Victorio, y su padre también eran de la cuerda anarcosindicalista. En la Modelo fraguó con otros jóvenes, incitados por Manuel Aguilar, la recomposición de la FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias); y cuando recuperaron la libertad, pasaron a la acción. En el año 1944, casi todos los que formaron aquellos tres grupos acabaron siendo detenidos, los acusaron de asociación y propaganda ilegal, depósito ilícito de armas y municiones de guerra. Aunque con ese traspié no acabó el compromiso de Jesús.

Eso pasaba por aquí, en el Interior. Los que huyeron, entre los pocos bártulos que no descuidaron, arrastraron la Idea. En unos pesaba más, en otros menos. Ese bagaje, sin embargo, fue detestado como pasaporte y, si se propusieron cruzar la raya para escapar del infierno, fue a costa de desprenderse de ese fardo de años de lucha colgado en sus espaldas. Pero algunos, que no estaban dispuestos a doblegarse a la renuncia del reciente pasado de hombres y mujeres libres, no se la pudieron sacar de la cabeza por más que les obligaran a depositarla en la aduana. «A un árbol se le puede hacer caer, derribarlo, pero más difícil es erradicar sus raíces» y «no es del todo desacertado el dicho de mala hierba nunca muere», fueron un par de frases que me transmitieron cuando indagaba acerca de sus periplos en las zozobras del destierro. Luego tampoco dejaron de referir tejes y manejes, de mencionar agachaduras de cabeza, de aludir a deserciones discretas o sonadas. Al final, aún tambaleándose en la búsqueda de justificaciones frente a tantos desgarros, concluyen que unos, algunos o hasta muchos persistieron durante un tiempo o a lo largo de toda su vida en la lucha por la emancipación.

Antonio, uno de ellos, todavía sostiene su propósito humilde de no haber desistido en la tentativa de aprender a ser anarquista. «Nunca llegar a serlo, que es imposible; basta con pretender obrar en consecuencia, que es mucho y poco al mismo tiempo», remacha. Cuando retorna a la rememoración de aquellos años en que era un mozalbete, cuenta que en los mismos campos de concentración —estuvo en el de Rivesaltes— enseguida se autogestionó el reparto de la miseria absoluta compartida, se autoorganizaron las curas del dolor, de los cuerpos y de las almas.

—Las rebanadas de pan, aunque transparentasen, debían alcanzar para todos; y de no llegar, los más sobrados o menos faltos de fuerzas cedían su

parte. Aunque sí, no todo lo que aconteció merece ser halagado: espabilados o desaprensivos, por no calificarlos de otro modo, no faltaron.

Y a partir de ahí se desgañita hasta levantar la vista y acabar por callar. Sobre los entresijos de los exilios ha preferido, en todo momento, no pronunciarse. Es partidario, para no ahondar más en los estragos del derrumbe, de «no echar más mierda encima de la que nos volcaron y siguen volcando». Para él los trapos sucios se habrían tenido que ventilar en casa y le queda la duda, dice, de que se hiciera.

—De mí, ya que preguntas, a los doce años, en plena Guerra o Revolución, como prefieras, entré en las Juventudes Libertarias a través del Ateneo Floreal, en la parte de Sants que da a Les Corts, donde vivíamos. En el año 1945 fui secretario de las Juventudes Libertarias de la región Ródano-Alpes, era de la comisión organizadora. También participé en la constitución de la Junta Española de Liberación y en la CNT tuve varios cargos, secretario de la Federación Local de mi pueblo varias veces, secretario departamental y tesorero del Comité Regional. Te enumero todo esto porque me lo preguntas, si no, no lo hubiera hecho. Y eso me duró hasta los 65 años, después ya sólo cotizo mi carnet, ya quedamos muy pocos, aquí estoy solo.

—Nuestros padres supieron de ellos —recuerdan que les explicaron a ellas Francisco y María— por aquellas libretas que se multiplicaron, de un sitio a otro, como buzones de reencuentros desesperados que, aunque no permitían que se tocaran los cuerpos, traspasaban palabras de aliento hasta cuando fuera, en la próxima ocasión. Todavía encerrados, montaron grupos culturales y educativos. Y enseguida, ya sueltos, volvieron a organizar sindicatos en los pueblos y ciudades adonde fueron a parar. A él le correspondía incorporarse en la Federación Local de Alés, donde su amigo Fortea era el secretario. Sin embargo, a Paco Liria el trabajo en la mina le redujo los años de vida —falleció sin alcanzar los sesenta—, y sus compañeros quisieron despedirse de él, pues hasta el último suspiro permaneció fiel a su militancia confederal. Además, fue de los que insistió en que los lazos entre los de la barriada, dispersados donde estuvieren, no se rompiesen. Santiago recuerda que, cuando viajó a la búsqueda de su padre, no sólo Paco y María le acogieron en su casa en Francia, sino que le facilitaron papeles que daban el pego, direcciones de compañeros y le dieron algo de dinero, ya que salió de Barcelona con cuatro duros mal contados.

Juan López y su compañera Josefina Alcázar se contaban entre los aproximadamente trescientos refugiados cenetistas que, tan pronto como pudieron, se reorganizaron en el departamento del Aveyron. Viviendo en Firmi, se apuntaron por proximidad a la Federación Local de Decazeville. Él llegó a desempeñar más de un cargo y, poco antes de morir, también con apenas sesenta años, era el tesorero del Comité Regional de aquella cuenca hullera. Por sus responsabilidades, Juan fue protagonista involuntario de una cruel, demasiado cruel, experiencia. A mediados de 1944 los roces con los comunistas del PCE iban en aumento y se convirtieron en refriegas cuando, desde la UNE —la rocambolesca y, a menudo, vitoreada Unión Nacional Española— quisieron hegemonizar toda la resistencia y oposición a Franco vía liquidación de cualquier disidencia. En aras de la reconciliación, primero expandieron acusaciones tales como «provocadores anarquistas», «traidores», «aventureros», «quintacolumnistas internacionales que prefieren ver a Hitler victorioso», «saboteadores de la unión de los patriotas españoles», «saboteadores de la producción»... y después, sin miramientos, se aplicaron al castigo. Francisco Rodríguez Barroso, un sevillano militante confederal, desempeñaba las tareas de capitán traductor del Grupo de Trabajadores 412 y, como no cedió a las presiones, el 13 de septiembre de aquel año fue secuestrado y luego dado por desaparecido. Más tarde, en un paraje al norte del departamento, fue descubierto bajo un montón de piedras un cadáver que nunca oficialmente fue identificado, pero sí reconocido por sus compañeros. Juan junto a Ángel Aransáez fueron los comisionados para denunciar, frente al comandante de las FFI (Fuerzas Francesas del Interior) operativas en la zona, el secuestro y probable asesinato del infortunado Barroso. La respuesta fue otro escarmiento: a mediados de octubre, ambos y otros siete compañeros más volvieron a ser secuestrados de madrugada y, con los ojos vendados, los invitaron a dar una vuelta por la naturaleza —un paseo por rutas sinuosas—, hasta que se vieron adosados a un muro de una casa frente a un importante grupo de guerrilleros armados de metralletas. Tras un tenso interrogatorio, comandantes por en medio, donde afloraron contradicciones y se repartieron mutuas acusaciones, quedaron retenidos y, después, tras una huelga en la que participaron los «saboteadores de la producción» —la inmensa mayoría de refugiados españoles del departamento e, incluso, de otros límites—, fueron puestos en libertad.

Quizás fue uno de los muchos episodios de una guerra interminable. Juan murió de manera repentina y sus compañeros, en la necrológica, lo recordaron como uno de los puntales de la militancia de base a ser copiado por su moral y comportamiento, siempre en primera fila en todos los momentos de peligro.

De Francisco Higuera (*el Siete*) su hijo Tomás, que de joven se apuntó a las Juventudes Libertarias, recuerda que fue detenido por los gendarmes franceses, estando en una CTE en la Ariège, y entregado a los nazis. La rifa le conducía a los campos de exterminio, pero el tren en el que iba paró en Burdeos y allí la Organización Todt lo reclutó para trabajar como prisionero en la construcción de la base de submarinos. También sufrió un calvario, pero pudo salvar el pellejo y pasar a engrosar el Batallón Libertad, de inspiración libertaria, tan decisivo en la liberación de la ciudad de los vinos. Después prosiguió su andadura rebelde desde la Federación Local de Burdeos y, preocupado por el encuentro y los contactos entre compañeros del Prat Vermell, se encargó de difundir alguna nota por la prensa del Movimiento Libertario. Volvió al barrio muerto Franco —*el Cruel*, como lo abominaban—, y cuando murió él, unos compañeros que lo habían tratado le pidieron a la familia si podían tapar el ataúd con la rojinegra y entonarle el «Hijos del pueblo». *El Nieves* (Juan Rodríguez) tras su estancia en los campos y su penitencia en los grupos de trabajo, pasó apuros con la justicia francesa. La segunda ocasión que lo encarcelaron fue por el uso, bastante extendido en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, de unos vales de comida falsificados. Por sus nexos con el Movimiento Libertario, encontró apoyo y un abogado que logró su libertad. Más adelante, la estabilización de la reagrupación familiar lo empujó a relegar la militancia activa y convertirse en un cotizante, sin más. Gumersindo López (*el Cangrijo*) dedicó demasiado tiempo a las vicisitudes del exilio confederal; o eso espetan sus hijos, quejosos de que su implicación puertas afuera repercutiera en ausencia familiar. *El Cangrijo*, que en el verano de 1995 se dispuso a narrar sus peripecias, recuerda que tras salir de Argelès rumbo al puerto de Sete, encuadrado en la CTE 404, se prestó a hacer de enlace con los compañeros de Perpiñán; que después tuvo un violento rifirrafe, al interceder por dos compañeros en paradero desconocido, con el comandante francés que mandaba la compañía y que, tras ser denunciado y posteriormente detenido, fue a parar al campo de concentración, ya de castigo, de

Vernet y desde allí fue trasladado al norte de África, al celebre campo de Djelfa, en pleno desierto, donde lo punitivo lindaba con el exterminio: «pensad que de aquí sólo os liberará la muerte», era la bienvenida con que les arengaba un comandante sin entrañas. Y sí, se ufanaba de que, conseguida la libertad, concurrió a un pequeño oasis cercano a Argel donde unos cuantos se empeñaron en relanzar una *Soli Obrera* clandestina como órgano del Movimiento Libertario Español Emigrado en África del Norte y que, de vuelta a la metrópoli —como escribió—, se adhirió al Sindicato de la Construcción de la región parisina frecuentando los círculos de militantes exiliados y que, después, marchó a Viviez, cerca de Decazeville, en el departamento de Aveyron, convirtiéndose en el secretario de su Federación Local y... Víctor Adé, nada más asentarse en Montevideo, se esforzó junto a otros compañeros en buscar apoyos para los presos, elevar protestas contra la sangría de penas de muerte y mover hilos entre los políticos y la prensa para que, internacionalmente, se presionase contra la barbarie de la dictadura franquista.

De algunos de ellos, pues, algunas escaramuzas trazadas más a base de recuerdos, cada vez más borrosos, de quienes los trataron que de papeles. De otros insinuarán tan sólo un nombre, un apellido y, a veces, una localidad. Las andaduras de un Diego por Lyon, un Asensio, uno de los Fuentes, de José Giménez... restarán difuminadas. Tal vez, o seguro, me advertirán que deben faltar otros más. Son voces de chavales entonces, algunos nacidos en la intemperie de la huida. El brillo de sus ojos salta con las sardinadas: «una vez al año y en pleno campo, a la orilla de un río, para los baños por los sofocos», recuerda Juan. O mítines, o festivales de teatro o de poesía y giras, momentos donde brotaban sus energías infantiles desatendiendo preocupaciones e intenciones de los mayores. Que ellos hablaban, que hacían sus cosas, desde luego. Emilio, hijo de Diego, recuerda que su padre metía armas debajo de la cuna de su hermano; y Tomás también vio que su padre guardó algunas con destino al Interior. Una Comisión de Relaciones no les suena, aunque «bien seguro» pudiera existir.

Que sabían unos de otros, no cabe ninguna duda; los que por proximidad podían, se veían; si no, quedaba recurrir a la comunicación epistolar, aunque se tardara en escribir, enviar, recibir y responder. En agosto de 1946 unos cuantos acudieron a la reunión que se había convocado en Decazeville. El

orden del día tenía siete puntos y se levantó acta que luego, mecanografiada, fue distribuida donde se tenía constancia de compañeros. Empezaron a las diez de la mañana y cerraron a las seis y media de la tarde. Repasaron el ayer que les precedía y, si bien reconocieron errores —*el Pepón*, por ejemplo, dijo: «nos dediquemos a hacer la crítica entre nuestros medios sin darnos cuenta del mal que nos proporcionábamos»—, se veían con ánimos para subsanarlos y, sobre todo, se entestaban en que su moralidad había sido intachable y, por ello mismo, Higuera presumía que podrían contar con el apoyo de la gente del barrio. También insistieron en que en la barriada había habido mucha práctica pero que les había faltado la teoría simiente, y eso había que remediarlo. Inquietos por el Interior, trataron de plantearse «con alteza de miras todos los problemas concernientes a la barriada», proponiéndose relanzar un sindicato de oficios varios y reorganizar los viejos grupos de defensa confederal, y aplazaron si sería mejor seguir perteneciendo a Barcelona o vincularse al Bajo Llobregat; donde fuera, querían resguardar su personalidad. Se abordaron otros temas y, en lo práctico, abrieron una cotización de cincuenta francos y acordaron dotarse de un sello: Comité de Relaciones de la Barriada del Prat Vermell M.L.E. en Francia-C.N.T.

Hasta el 27 de septiembre de 1949 llega la documentación que me pasaron de aquel comité, por entonces renombrado como comisión. Son algunas cartas circulares —no están todas—, correspondencia, estadillos de cuentas y recibos de cotización, y el acta de las dos sesiones de otra reunión a finales del verano de 1948. Por un motivo u otro aparecen nombrados más de veinte vecinos vinculados a la Comisión. Entre ellos, obviamente, no consta ninguno de los que, en la clandestinidad, se mantenían activos en el barrio, ni mucho menos el delegado del Interior que concurrió a la segunda reunión, de la que hay constancia y que también celebraron en Decazeville. Abundan los llamados asuntos orgánicos en que se trataron aspectos organizativos propios o del Movimiento Libertario, aunque entre medias porfiaron en su disposición a seguir —era su vocabulario— el camino de la manumisión integral del universo entero, y cuando las tenían difundían noticias que traspasaban los Pirineos e infundían, o lo pretendían, entusiasmo porque el ambiente de la clase trabajadora era allí, decían, cada vez menos temeroso contra el régimen. Se cuidaban, asimismo, de procurar socorrer a los compañeros necesitados.

No dudaron en entregar mil francos —«todo lo que poseíamos de la cuota pro solidaridad»— a Juan Miñarro, a punto de fallecer por una enfermedad mortífera lejos de los suyos; o daban cuenta de las infructuosas gestiones delante del cónsul francés en Barcelona para evitar el fusilamiento de Rogelio, el hijastro del *Tartaja*, «uno de los compañeros al que cubrió para siempre el manto oscuro de la muerte en los campos de exterminio nazis».

Por aquella Comisión o Comité de Relaciones transitaron, curiosamente, los padres de los hijos que me contaron alguna cosa de sus años, a ratos buenos y a ratos malos, del exilio, volviesen o no después. Los descendientes de Juan Conesa le perdieron la pista tras saber que trabajaba en la Renault, pero él mantuvo el contacto con sus compañeros del barrio. A Vicente Herrero, de la CNT, uno de los portavoces del Movimiento Libertario en el exilio, le dedicaron una necrológica cuando falleció, en 1956, en un hospital de Toulouse tras una penosa enfermedad, aunque por sus familiares no he logrado saber nada. También en los archivos de la Amicale de Mauthausen de París guardan entre sus documentos que Fernando Soler, hasta su fallecimiento en 1998, fue socio para que el que horror de aquella locura nazi que sufrió pudiera ser contado. Por loanzas de compañeros que compartieron momentos de luchas, reuniones, tertulias o simples charlas, las semblanzas militantes de Miguel Muñoz y Pantaleón Arteaga, al menos, podrán eludir el olvido. Ambos, vecinos del barrio del Port, conocieron diversos campos de concentración y, posteriormente, pasaron por compañías de trabajo. Miguel, *el Duende*, se evadió a la primera ocasión que tuvo de su macabro destino en «el polvorín de latices» e ingresó en el maquis de la zona del Canigó. Acabada la Segunda Guerra Mundial se instaló unos años en Prats de Molló y luego en Béziers, hasta su muerte. Pantaleón había participado en el maquis y logró escaparse tres veces de distintos campos de trabajo; penó seis meses tras su segunda tentativa, pero tras ella pudo reincorporarse al maquis; ya en los años setenta se trasladó a Lyon. De uno y otro, quienes les escribieron unas líneas de despedida, encomiaron su constancia en el empeño libertario y echaron en falta los soplos de vida que transmitían. Pantaleón, superados los noventa años y con achaques de movilidad, todavía se acercaba a las puertas de los institutos para charlar con los jóvenes acerca del anarquismo como faro de la humanidad y de sus recuerdos de la Revolución derrotada que vivió.

Rastros de las gentes de aquella barriada también están entre quienes desde allá, en el exilio, retornaron acá, al Interior. Y en sus pasajes clandestinos de la frontera cuando venían para alguna acción concreta, con algún cometido específico. El desenlace geopolítico que arrastró la Segunda Guerra Mundial resultó un tremendo varapalo para quienes habían depositado ilusiones en que la vuelta al lugar del que habían sido expulsados estaba próximo, pues tumbado el nazismo se derrocaría el franquismo. Tras el descalabro que propinó la diplomacia del digo diego de los aliados, tan sólo quedaba el camino de en medio; es decir, alentar e intensificar la lucha en el Interior, agujerear la frontera para aguijonear dentro esparciendo aires de insurrección. Tender puentes sólidos entre el Interior y el Exterior era una premisa inexcusable, por más cizaña que pudiera entorpecerla. En julio de 1945 partió de Francia una delegación con ese propósito, que iba guiada por un consumado pasador aragonés y acompañada de enlaces y grupos de apoyo. Entre los tres delegados estaban Lucio —otras veces, José—, Gómez Arnaiz y Ángel Marín Pastor. Y aunque nada importe para los anales de cualquier historiografía, es probable que Lucio y Ángel se conocieran de unos años antes. Ángel, con sus hermanos José y Francisca y su madre Dolores había vivido unos años, a principios de los treinta, en las Casas Baratas; y su hermano José, además, se había destacado en las huelgas de la fábrica de cartón de los Quirico Casanovas en Can Tunis, en la que también trabajó el padre de Lucio, que con su familia residía precisamente justo al lado de la misma. Aparte de lejanas vecindades, de Lucio podría resaltarse que, durante la ocupación alemana, fue miembro de la Comisión de Relaciones en la zona libre de Marsella y que, en abril de 1945, fue elegido en el congreso de la FIJL secretario de Propaganda, aunque renunció al cargo. Sus pasos arriesgados, desde luego, eran perseguidos. Su nombre consta en un listado de la policía francesa de 276 anarquistas peligrosos. En el verano de 1968, a solicitud de la Comisión Dictaminadora de Repatriación de Exiliados Políticos, se emitió un informe que desempolvaba diligencias archivadas: en 1943 Lucio estaba en busca y captura por su actuación durante la Revolución; en diciembre de 1945 figuraba como peligrosísimo anarquista que, con documentación falsa a nombre de Manuel Gómez Beltrán, había formado parte de un pequeño grupo procedente de Francia con el fin de cometer atentados, aunque tuvieron que desistir y, un año después, volvió a ser

visto en el puerto descargando un pesado paquete del vapor correo *Canarias* que llevó al Bar los Bohemios, en la Barceloneta.

A principios de 1949 dos grupos de guerrilleros de la CNT estaban dispuestos para aventurarse en una incursión con un par de misiones proyectadas. Entre los diez estaban Rogelio Ramos y Ángel Fernández. El primero, hasta emprender la ruta del exilio, había vivido en las Casas Baratas, y a Ángel le habían pedido que les hiciera de chófer por tres o cuatro días. Ángel sigue procurando, una vez que ha logrado recopilar el máximo de documentación, reflejar lo acontecido durante aquellos largos días, con la única esperanza de salir del olvido «en nombre de mis compañeros muertos en combate o fusilados por el enemigo», tal como figura en uno de sus escritos, *El olvido. 1949, año de pena y muerte*. En él recuerda que Fabián Nuez, Rogelio Burillo y Jorge Camón tiñeron con el rojo de su sangre las aguas del río Ebro tras ser acribillados por la Guardia Civil; y que Rogelio Ramos, Alfredo Cervera, Mariano Llovet, José Capdevila y Manuel Ródenas, después de sufrir un largo cautiverio plagado de torturas, fueron fusilados. Habían viajado a la Península con un doble objetivo: liquidar un grupo nefasto de «guerrilla ficticio» de la Guardia Civil que poblaba con sus denuncias las cárceles de reclusos y hacer volar un tren especial que transportaba, de Madrid a Barcelona, personalidades del Gobierno y hasta, probablemente, al mismo Franco. Eso lo cuenta con detalle en el escrito, y acerca de Rogelio me envió, con generosidad, unas líneas entrañables, encabezadas con una dedicatoria a «este hombre que conocí poco tiempo y me tendió una mano, cuando el verdugo me está rematando». Nada mejor que transcribirlas casi en su totalidad:

Conocí a Roger, en el año 1949, cuando nos reunimos los dos grupos de guerrilleros de la CNT —el de Rogelio, de compañeros de Aveyron, el de Ángel, de Saint Fons y de Venissieux—. Estuvimos en Toulouse, hospedados en un hotel, esperando las órdenes del Comité Nacional de la CNT, para salir hacia España. Rogelio, prácticamente, no salía de la habitación, era un hombre reservado, de carácter serio.

Llegó, por fin, el día fatídico de nuestra marcha hacia España. Desplazarse y atravesar los Pirineos no fue fácil. La nieve nos cubría hasta la cintura. El cansancio fue mellando parte del entusiasmo del primer día. Muchos se

quejaban de fatiga. Algunos querían dar media vuelta, pero ya era demasiado tarde. Rogelio nada decía. Seguía caminando con su carga sobre las espaldas, como si no sintiera cansancio.

Después de unos días de un camino plagado de trampas, cansancio, sed y hambre, su grupo, con Capdevila y Ródenas en cabeza de la expedición, tuvieron un tiroteo con la Guardia Civil. Los dos grupos se dispersaron. A mí me tocó ir con los del Aveyron. O sea, en el grupo de Rogelio. Capdevila, cojeando por causa de una herida en el pie, llegó un momento que no podía seguir adelante y pidió que se le dejara para que nosotros pudiéramos avanzar más deprisa. Rogelio, no quiso abandonarlo. Al principio, le ayudaba a caminar. Mas, como no avanzaba bastante deprisa, terminó por llevárselo a cuestas. Al día siguiente, caímos en una trampa que la Guardia Civil nos tendió después de que un pastor les comunicara nuestra presencia por esos lugares. En las ruinas de una majada fuimos torturados ferozmente. Rogelio no emitió un solo gemido. Sangraba por la nariz y por la boca, al mismo tiempo que se apretaba fuertemente el costado. Le rompieron varias costillas a culatazos.

Llegados al cuartel de la Guardia Civil de Caspe, siguió reproduciéndose el horror. Recuerdo que si todos caímos al suelo en un momento u otro, Rogelio se mantuvo en pie. Con los ojos muy abiertos, mirando al cielo, su expresión se podía adivinar. Pienso hoy en día, después de tantos años, que en realidad Rogelio ya no quería seguir viviendo. En cuanto se dio cuenta de que íbamos a ser tratados por el coronel Eymar, comprendió cuán difícil sería salir de esta situación.

A mí me esposaron con Rogelio. Así es que fuimos juntos al cuarto de martirios que Eymar había preparado en aquel cuartel. Nos dejaron a la puerta. Al poco tiempo, hicieron entrar a Rogelio en aquel cuarto. Solo oí un estridente chillido. Luego, escuché como daban golpes. Siguió el silencio más absoluto. Salió desfigurado y con una mano apretando las costillas. No he dicho nada, me susurró. Por mi parte, para ellos, yo era el chaval idiota. Tenía veinte años. En aquel tiempo, yo era menor de edad. Casi no me tocaron. Al salir del cuarto, nos esposaron de nuevo, juntos.

A los pocos días de estar en ese fúnebre cuartel, decidieron conducirnos a la tristemente conocida prisión de Huesca. Antes de subir a la camioneta, nos dejaron ir al retrete. Rogelio y yo fuimos juntos, esposados por las muñecas.

Nos quitaron las esposas de los pies. Al llegar al retrete, no pude desabrochar la correa. Mis manos seguían tan inútiles como hacía días, por causa de las esposas demasiado apretadas. Rogelio miró a los guardias y, sin decir una sola palabra, hicieron un gesto afirmativo. Le autorizaron a que me quitara los pantalones para que pudiera vaciar mi vientre. Sufrí un dolor intenso. No sé de donde salía tanta porquería multicolor.

Con mucha paciencia, Rogelio me limpió con unos recortes de periódico colgados de un alambre. Me subió los pantalones al mismo tiempo que me decía unas palabras de consuelo, al verme verter unas lágrimas que no pude contener.

Después de la prisión de Huesca, fuimos trasladados a la prisión de Zaragoza. Rogelio, como los demás, se aisló deambulando por el patio. Todos teníamos necesidad de comprender el porqué de nuestro fracaso. Llegamos a la conclusión de que alguien nos vendió ya antes de cruzar la frontera. En varias ocasiones, Rogelio conoció las celdas de castigo, aunque sólo fuera por unos pocos días.

El 16 de marzo del año 1950, nos trasladaron al cuartel de Caballería en Zaragoza para ser juzgados por un tribunal militar, por méritos a la causa 682/49, ante el consejo de guerra de la 5ª Región Militar. Todos fuimos condenados a muerte. Rogelio, así como los demás, no llegábamos a comprender por qué la CNT se olvidó de nosotros. Guardó un silencio vergonzoso. Después del juicio, fuimos directamente encerrados en las celdas individuales para condenados a muerte. Al mediodía, nos hacían salir para dar vueltas en el patio pequeño. Teníamos que guardar una cierta distancia entre nosotros y andar en silencio, sin derecho a pronunciar una sola palabra. A medida que los días pasaban, nos encontrábamos menos para formar la noria. Todos caían enfermos o bien estaban castigados por un sí o un no. A los 55 días de condenados a muerte, o sea, el 10 de mayo, sería la una de la madrugada, cuando los carceleros, ayudados de la Guardia Civil, sacaron de las celdas de condenados a muerte a Ródenas, Mariano, Rogelio, Capdevila y Cervera para conducirlos a la capilla, donde una legión de curas los esperaban con la esperanza de hacerles confesar. Ninguno dobló la rodilla. Incluso, me fue dicho, por un testigo presente en esta ocasión, que les dijeron que les dejaran en paz, pues al amanecer ya no verían la luz del sol. Por la mañana, serían la cuatro, desde

mi celda de condenado a muerte oí la descarga del pelotón de ejecución y, poco después, los cinco tiros de gracia.

Así terminaron los hombres de la CNT, olvidados por los que creían que eran sus compañeros y amigos. Y así acabó la vida de hombres que lucharon por la Libertad. Los que quedamos en vida, hemos pasado entre dieciséis y veinte años encerrados en los presidios del franquismo. En muchas ocasiones, envidiamos a los que fueron fusilados. José Ibáñez, después de veinte años en los penales, terminó su vida mendigando por las calles de Valencia.

A 1949, ese año de pena y muerte que relata Ángel, le sacudió fuerte el vendaval franquista. Como no llegaría ninguna salvación que no se ganara en la lucha, se intentó por todos los medios agudizarla y los contragolpes, a tal ofensiva, llegaron a su cita. Manolo Fornés, que ya había cumplido los 19 años y que desde el verano del año anterior componía, en representación de las Juventudes Libertarias del Interior, un neonato Comité de Defensa, fue detenido cerca de la plaza Medinaceli de Barcelona a mediados de octubre, cuando acudía a una cita. En su caída se entremezclan las traiciones de soplones y las torpezas ante el destartalamiento precipitado, con heridos por en medio, de un grupo del Exterior que, en su socorro, se había refugiado en la ciudad dejando innumerables rastros. Estuvo cuarenta días en comisaría sufriendo sesiones de tortura más o menos continuadas. Después, fue uno de los treinta encausados —en la 658-IV/49— por actividades clandestinas y actos comprendidos en la Ley de Bandidaje y Terrorismo. Nueve de ellos, tras el consejo de guerra, fueron condenados a muerte y, por más voces que en el extranjero —entre ellas la de Camus— replicaran a la escabechina, cinco fueron fusilados. A Manolo, al que le cayeron treinta años, lo asociaban con el atraco de madrugada al *meublé* La Casita Blanca, en la zona alta de Lesseps, donde junto a otros diez se apoderaron del dinero, las alhajas y la documentación de los clientes del exquisito y reservado local. Menos probada fue su involucración en otros atracos, ya fuera facilitando datos para su preparación o en la ejecución (en las oficinas de la casa Farrero, en la calle Calabria; en las de Fomento de Obras y Construcciones, en la calle Balmes; en la valija de los Ferrocarriles de la plaza España...). Golpes económicos o acciones de atracos que, siempre que pudieron, reivindicaron —escribió Manolo— con avales de requisas.

En el mismo proceso militar, al que fueron sumando diversos miembros o colaboradores de los grupos de guerrilla libertaria que iban siendo capturados —con vida—, también constaba Miguel Rodríguez Alarcón (*el Gorra*). Fue delegado de Cotización de la CNT en la barriada del Prat Vermell, secretario del Sindicato de la Construcción, vinculado al Comité de Defensa para tareas de información y en la búsqueda de bases o casas de confianza para los grupos que llegaban de Francia. Lo capturaron en la Gran Vía, pasado el cuartel de Lepanto, llevando una bomba de mano, pero sus compañeros lograron escapar. Poco antes había conseguido material pirotécnico de una cantera para lanzar propaganda. Por las razones que fueran, le condenaron a doce años y un día. Fornés, recordando aquellos momentos, resalta que, en ocasiones, los hechos imputados a una persona determinada no tenían correspondencia con los hechos demostrados. Pasados dos años, por una demora que respondía a una táctica policíaca, según la diligencia del comisario Quintela, otros dos vecinos fueron detenidos y les colgaron una pieza separada dimanante de aquel macroproceso. A Diego lo acusaron de *santero*, de pasar pormenorizada información para un par de atracos —entre ellos, el de la empresa en la que trabajaba como peón de albañil—, y a Pedro, de esconder un paquete que contenía un par de pistolas. Aunque más leves, también tuvieron sus condenas y sus años de presidio.

El nombre de Jesús López Montesinos también sale a relucir en las más de mil páginas que se amontonaron en aquella causa contra «el terrorismo anarquista». En palabras del comisario jefe de la Brigada de Investigación Criminal, Jacinto Sánchez, «Barcelona y sus contornos sufrió, desde finales de 1946, intensa actividad delictiva de las bandas de forajidos que constantemente sembraban la alarma con reanudados atracos, sabotajes, secuestros, robos de vehículo, etc.». A él también se le imputaron diversos delitos a mano armada, aunque se le dio por huido a Francia. En el verano de 1956, después de que las acciones de la guerrilla volvieran a sacudir la normalidad ciudadana, «noticias» no confirmadas daban como posible paradero de Jesús una masía cerca de Manresa, en la que desde hacía seis años se había puesto a trabajar con nombre falso —cambiándose el apellido Montesinos por Monteagudo—. En la búsqueda de pruebas removieron archivos, citaron testigos, y tras diversas comparecencias —plagadas de torturas— Jesús reconoció que, a primeros de

marzo de 1950, se había incorporado al grupo de Facerías a través de la mediación de su amigo Enrique Laborda. Entonces se le inculpó, como «miembro de la banda», del atraco exitoso a otro *meublé* —el Pedralbes, en la carretera de Esplugas—, de uno infructuoso en las oficinas de los Ferrocarriles Catalanes, en la calle Diputación, y de otro último en una panadería cerca de la estación de Cerdanyola. A resultas de éste, tras una refriega con la Guardia Civil, falleció Antonio Franquesa. Tras la muerte de su compañero, decidí retirarse del grupo, desmintiendo que hubiese participado activamente en las sendas bombas que había colocado el grupo en el mes de abril; una bajo las tribunas preparadas en el paseo de Gracia para el desfile de la Victoria, y la otra en las ventanas de la comisaría de la Lonja. Lo condenaron a veinte años y un día de reclusión mayor.

«¡Y cuántos te habrás dejado!», me han soltado los más aseverativos, mientras otros, más cautos, más recelosos, han preferido liquidar la cuestión con un interrogante insidioso. Alguna duda, igualmente, con alusiones al trigo limpio o no, se ha cernido sobre las actuaciones de los nombrados. Podría ser, y me acojo a las incertidumbres que abren los condicionales, que en esta enumeración pudieran haber, además del renombrado Cuadrado, Eduardo Casas y Victorio López Montesinos. Expedientes penitenciarios con continuas entradas y salidas, noticias despavoridas de la prensa que parecen querer dejar señales: «la policía ha detenido a los delincuentes [Eduardo y Victorio] que habían realizado atracos a mano armada en la capital y alrededores [...] Este sujeto [Eduardo] sostenía correspondencia con exiliados políticos residentes en el vecino país y servía de enlace entre elementos de pésimos antecedentes de Francia y España. Hace días, cuando iba a efectuarse su detención, huyó de su domicilio y los agentes de la autoridad tuvieron que hacer uso de las armas, pero logró fugarse». Podría ser, me sigo acogiendo a las dudas y al respeto. ¿Cuántos me habré dejado?, ¿habré desparramado palabras de más?, ¿habré dejado cosas, que me han dicho, por decir?

Excmo. Sr:

Dè acuerdo con las disposiciones vigentes y a todos los efectos procedentes, adjunta le remito una certificación librada por el secretario del Tribunal Especial de Guardia nº 3 de esta ciudad, deducida del expediente nº 369 de este año, por el delito de alta traición y espionaje, contra Francisco Pérez Casquet y otros, que comprende el acta del juicio y la sentencia dictada por el citado Tribunal y el acta del juicio celebrado ante el Tribunal de Espionaje y Alta Traición de Cataluña, en revisión, y la sentencia dictada por el mencionado Tribunal por haber sido impuesta la pena de muerte a Francisco Pérez Casquet, Manuel Encio Pérez y José Alcázar García.

Barcelona, 25 de noviembre de 1938.

EL PRESIDENTE DE LA GENERALIDAD,

Excmo. Sr. Ministro de Justicia.

Queridas compañeras; Ana y Antonia salud. A vosotros me dirijo en mis últimos días, para pedir algo que a mis compañeras que así estáis convicidas sabéis, por no me dirijo a vosotros y sabiendo de antemano que lo haréis me quito el cuerpo pero que llorare sobre mi conciencia, y mucho satisfecho, porque pongo en muchas manos el futuro y la educación de mis hijos educadlos y hacer de ellos obreros concientes y felices como lo haría yo, pero nada de olvidar a mi compañera Ana la mantención de ella y mis hijas, no las abandones, pues sabes más que nadie en las condiciones económicas que actualmente nos hallamos. Respecto a mis actuaciones si algún día tú o Ana me lo comunicas, solo inmediatamente al caso ante los fechos manobra, pues lo estás mas que nadie me comoras a fondo y sabes lo que me pasa: no permitas ante tantas críticas alguna sobre mi persona que ante mi como hombre nadie se atreva hacer. Pido de mi parte, mas mis intereses y carinosos saludos que es lo unico que puedo ofreceros hasta compañeros que así en vida y seguirá viviendo en vuestra mente.

José Abrego

y en los cartas que os llega
en los mails escribía

que el castillo de Gijón
Algunos cristianos

y que allí me iba a quedar

José Abrego

Compañera Carmen Antequera

Mi carta de José Abrego García

Barrio de San Agustín

Calle de P. B. nº 34

Casas Anexas de Casa Antequera

En este triste momento
que estar lejos os escribo

una vez estas leídas

ya no me olvidare

ya por las penas en mi

(Me faltan 3 horas)

Don José Prado Castro, médico oficial de las Prisiones de Barcelona, de las que es Director, Don Juan José Escobar Sánchez.

CERTIFICA: que a las 1.45 horas del día de la fecha, ha fallecido en la Prisión de la Celda de Barcelona el recluso Antoni Bernal a consecuencia de Neumonia

En fe de lo cual y para que conste donde convenga, extiendo el presente con el visado del Sr. Director en Barcelona a once de Agosto de mil novecientos cuarenta y cinco



J. Prado Castro

DON CESAR BUESA BORRAS TENIENTE MEDICO DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR.

CERTIFICO: que examinado en el Campo de la Bota el cuerpo del reo JUAN ASENSIO RODRIGUEZ ha fallecido a consecuencia de hemorragia interna.

Y para que así conste expido el presente en Barcelona a 15 de julio de 1.939.

EL TENIENTE MEDICO

Cesar Buesa

Importante servicio de la Guardia civil y de la Policía

Ha sido capturada una banda de atracadores

El gobernador civil ha felicitado calorosamente a los agentes de Policía que tomaron parte en el servicio

Los agentes encargados del servicio intentaron rodear la casa con objeto de capturarle, pero el jefe de la brigada dispuso la ejecución de otro servicio al objeto de evitar posibles bajas entre la Policía, para lo que tuvo en cuenta que el Zambudio, siempre que se intentó detenerle sin recurrir a la emboscada, logró escapar defendiéndose ferozmente a tiros. El servicio tenía por objeto capturarle durante una de las frecuentes visitas que hacía a una taberna establecida en el número 1 de la calle de Sacristans.

De acuerdo con lo previsto por la Policía, el Zambudio visitó la taberna de referencia y, a la salida, cuando se dirigía a la calle de Sallent, al volver la esquina se encontró con dos agentes que, apuntándole sus pistolas a menos de un metro de distancia, le conminaron a que se entregara, conminación a la que no obedeció, pues en lugar de levantar las manos sacó del bolsillo la pistola que empuñaba, en vista de lo cual los agentes dispararon sus armas contra el criminal, que cayó herido. Aún en el suelo pudo, trabajosamente, empuñar nuevamente la pistola y siguió disparando. Ante la agresividad de «el Pequeño», los agentes dispararon nuevamente sobre él hasta que dejó de ser peligroso. Inmediatamente se le trasladó al dispensario de la calle de Sepúlveda, en el que falleció.

Con el importantísimo servicio que acabamos de relatar, al mismo tiempo que se ha puesto término a la actividad de una banda de atracadores, la Policía ha acabado con la actuación de un criminal peligrosísimo, actividad que no se encontraba superada, por su audacia y ferocidad, en toda la historia del anarquismo militante. El Zambudio siempre se defendió a tiros contra la autoridad que intentó detenerle, y sembró el pánico, también, entre

La Vanguardia, 06/01/1942

Le Directeur du Contentieux, de l'Etat-Civil et des Recherches, certifie d'après les documents figurant au dossier n° 70.344 du Bureau des Fichiers et de l'Etat-Civil "Déportés" que :

Nom : COROMINAS RIBO
 Prénoms : Andrés
 né le : 2 Février 1909 à BARCELONE
 est décédé le 14 Janvier 1943 à GUSEN Autriche

Pour le Directeur du Contentieux,
 de l'Etat-Civil & des Recherches
 Le Chef du Bureau des Fichiers et
 de l'Etat-Civil "Déportés" :

Ense de la famille:
 FERNANDEZ Esperanza
 Grupo C. Baraó Eduardo Años C.9
 BARCELONE

FRANCISCO LIRIA

Tras penosa y larga enfermedad ha fallecido en St-Jean de Valeriscle (Gard), a los 58 años de edad, el compañero Francisco Liria.

Activo militante de estd F. Local y del Sindicato de la Construcción de Barcelona y especialmente en las Casas Baratas de Casa Antúnez.

La F. Local y la Organización pierden uno de sus militantes más activos y consecuentes.

En estas dolorosas circunstancias, todos los compañeros se asocian al dolor de su compañera e hijos.

F. L. de St-Jean de Valeriscle.

M.L.E. - C.N.T. EN FRANCIA

Comité de Relaciones de la Barriada Prat-Vermeil

DE LA BARRIADA DEL PRAT VERMEIL
 M.L.E.
 EN FRANCIA
 C.N.T.

El Compañero J. Lopez
 Actual Compañero Actual

M. L. E. - C. N. T. EN FRANCIA

ACTA DE LA REUNION CELEBRADA EN DECAZEVILLE POR LOS COMPAÑEROS PERTENECIENTES A LA BARRIADA DE PRAT VERMEIL

Tal y como estaba anunciada por mediación de la prensa afín se celebre en Decazeville una reunión de la barriada de Prat Vermeil, tratándose con altura de miras todos los problemas concernientes a dicha barriada.

EXPEDIENTE penal de (F) JORDES MARIN, Manuel

Estado por hijo de Vicente y de Salvadora
 Estado de Soltero edad 22 años, fecha de nacimiento 4 Enero 1, 1930
 Nacionalidad Barcelona partido Barcelona provincia Barcelona
 Domicilio de Barcelona provincia Barcelona domicilio Ulldesora 35
 Profesión Mecánico instrucción al ingresar tiene lee si escribe si hijos
 Unidos en el matrimonio varones y hembras, edad del mayor y del menor años
 ¿Es reincidente? No Antecedentes penales y en qué consisten:

SEÑAS GENERALES	FECHAS	VICISITUDES PENALES Y PENITENCIARIAS	TIEMPO DE CONDENA		
			Años	Meses	Días
COLOR DE: Iris (ojos) Cabello Piel Cejas Ojos Nariz Cara Boca	6 Febre 1952	Fue sentenciado por Consejo de Guerra en Barcelona, por UN delito de Bandaje y Terrorismo. a la pena de <u>TRINTA AÑOS DE RECLUSION MAYOR</u>	30	—	—

COMISION DE RELACIONES DE LA BARRIADA DEL PRAT VERMEIL

Acta de la reunion celebrada en Decazeville el dia 12-9-48.

Da comienzo la reunion a las diez horas, con la existencia de los compañeros siguientes:
 Diego Perez, Secretario; Francisco Sanchez, Contador; Juan Lopez, Jose Ansejo; Jose Gimenez; Francisco Higuera; Diego Martinez; Gumersindo Lopez; Diego Caparrós y Vicente Herrera.

Abre la sesion la Comision saludando a los compañeros y haciendo al mismo tiempo un informe verbal de su gestión. Seguidamente se pasa al nombramiento de mesa, quedando compuesta como sigue: Presidente, Gumersindo Lopez; Secretario de Actas, Diego Perez.

A petición de la Presidencia se acuerda para dar luz a los debates la comision vaya informando en los diferentes puntos del orden del dia, seguidamente se pasa al tercer punto. Todos los reunidos consideran la necesidad imperiosa de prestar ayuda a los compañeros del interior sin distinción de ninguna clase sino teniendo como guía, que los compañeros que en la barriada luchan, se lo merezcan por su orrades y actuacion en pro de las ideas. Sobre el cuarto punto, que dice establecimiento de una cuota tras de larga discursion y a proposicion de los compañeros Gimenez y Martinez, se acuerda establecer una cuota mensual de doscientos francos, que entrara en vigor a partir del dia uno de Octubre; quedando exento de pago, aquellos compañeros que por enfermedad o pare forzosa no les sea posible hacer efectiva dicha cantidad; con el bien entendido, que automaticamente desaparecidas dichas cuotas, estos compañeros y acto seguido miraran de ponerse en regla de pago; mientras tanto la Comision no establezca relaciones con los compañeros del interior las cotizaciones quedaran en poder de la Comision, y una vez establecidas las mencionadas relaciones, inmediatamente la Comision mandara todo lo que en su poder obre.

XX. Trezando el hilo rojinegro

Decía, cuando empezaba, que todo arrancó por el abuelo. Por el paterno, aunque de reojo seguía igualmente los pasos del materno. Uno se llamaba Juan y el otro José, se apellidaban el uno López y el otro Sánchez. Tuve al abuelo y a la abuela a mano, pero ni ellos abrieron la boca ni yo les tiré de la lengua. Claro, era un crío, y ellos no estaban para martirizarme, me dijeron más tarde sus hijos. Ni para recrearse en la amarga derrota y en el suplicio de la supervivencia, pensé más adelante por mi cuenta. Tampoco, después, ya joven inquieto, recurrí a la tía Mercedes, el baúl de los recuerdos. Por el lado materno menos lazos había. Al abuelo ni lo conocí, aunque bien hubiera podido tratar con la tía de mi madre, la Isabel, ya fuera cuando bajaba una vez al año aquellas delicias de roscones anisados, bien tapados en la caja de hojalata envuelta con hojas de diario, o emprendiendo una excursión, entonces todavía en tren, a la colonia, regada por el Alto Llobregat donde, junto a ella, hubiera encontrado más parentela y más conocidos con memoria viva. No hice ni lo uno ni lo otro. Ahí se quedó. Eso me perdí si lo quería perseguir, si pretendía hurgar.

Tampoco aproveché aquella tarde que rondamos por los bares. Era por el barrio de Gracia, tras bajar del parque Güell, en una de sus plazas. Sería, si mal no recuerdo, algún acto relacionado con aquellas Jornadas Libertarias al poco de morir Franco. Él llevaba un pañuelo rojinegro al cuello, me sorprendió su presencia y más que me preguntara: «¿Qué haces tú por aquí?». Le respondí con otra pregunta: «¿Y tú?» Al tío Tomás hacía demasiado tiempo

que no lo veía. Era o había sido mecánico y, según mi padre, con unas manos tan finas que se lo rifaban, pero al ser un bala perdida lo echó todo al traste; incluso el supuesto y suculento contrato de una importante fábrica de coches alemana que un conocido de aquí le ofreció. Poco más sabía de él. Tras despedirme, pues ya no me apetecía ninguna cerveza más, recordé que de pequeño, ya en el terrado de la Fina o sentado en el rellano de la escalera, entre piso y piso, acostumbraba a estar leyendo y que le gustaba explicarnos de qué iban aquellos libros, citarnos nombres que nos sonaban a chino y, por recordar, hasta recuerdo que chapurreaba algo de alemán, o a nosotros nos colaba ese don de lenguas.

Un día, ya en esta temporada de mirar atrás, repasando altas y bajas de la FAI, una sorpresa nubló mis ojos: una tal Josefina López, del Sindicato de la Alimentación, se había dado de alta a mediados de 1937 en el grupo anarquista Louise Michel, junto a otras mujeres como Soledad Estorach, Libertad Ródenas y Concepción Liaño. A la que vi a mi padre, lo achuché con preguntas acerca de la juventud de su hermana mayor.

—Algún vecino mocetón le tiraba los trastos y, juntos, se pasaron sus horas en la barricada de la calle Hospital, dando a la Rambla. Ella estaba decidida a marcharse al frente con él y otros del barrio, pero mi madre se plantó: decía que ya bastantes de la familia se habían marchado y que cubríamos de sobras el cupo, y que era demasiado joven —tenía 16 años— y mejor haría en quedarse en la ciudad. Pero ni la más remota idea de que se moviera en aquellos ambientes, a no ser que fuera para pasar el rato.

En otro momento de otro día, a cuento de preguntarle por la abuela, me endilgó: «Tu tía, cuando la Guerra, entraba y salía de la casa grande de la CNT-FAI, donde la catedral, en el edificio de la patronal. Al ser pescatera llevaba sardinas alachas, muy grandes, de las de Bilbao y las cambiaba por comida o vales». Me reía y mientras me imaginaba aquel local como especie de zoco o camarote de los Marx, le cantaba «son de Santurce, las traigo yo». Quedarán como enigma aquellas visitas, también se las podría cargar a su imaginación, pero con sus reproches me enviaría a cantar fandangos mientras me aireaba tomando viento a la farola. Lo del listado parece indicado dejarlo en pura coincidencia entre nombres cualesquiera y profesiones del montón.

—¿En esas estamos?

Por varios lados, con el mismo cariño y excesivo tacto, me preguntan si considero preciso entrometer biografías y episodios cercanos en la narración. Me advierten, otra vez, con observaciones que apelan al sentido común. Dan por sabido que cada cual puede transitar por donde le apetezca y casi me dan por caso perdido. Pero aun así...

—No es que digas lo que quieras. Maldíganos del mal la cacareada libertad de expresión. Suena, puede sonar, que te prodigas en hazañas familiares. Sólo eso.

Pudiera ser. Y pudiera ser que vuelva a abusar de condicionales. Aunque...

—Sí, me dirás que no es tu propósito. Tanto da, no cuentan las intenciones. Cada cual leerá e interpretará a su aire. Para ti no se trata de alardear, ni piropeando lo bueno ni enmascarando lo malo. No ocultas que pretendes dejar claro que ellos estuvieron allá, que son parte de la historia y, por lo que te corresponde, tú tampoco eres ajeno ni puedes, en consecuencia, ampararte en supuestas neutralidades. Aunque ya deberías saber —es decir, ya sabes— que esa exposición te despoja de parapetos y a la intemperie serás blanco fácil.

Me lo han repetido y lo sabía por experiencia que, en medio del camino, siempre aparece alguna piedra. A estas alturas, cuando del qué haces te acercas al qué has hecho, ya no sé o sé mucho menos que antes. Es como si cuando vas haciendo, buscando información a ratos y, en otros, escribiendo —en plan vomitera— cualquier ocurrencia que te viene a la cabeza o, con la debida parsimonia, esas líneas marcadas como objetivo entre tal y tal día, te libras de la pregunta. Pero «esa pregunta» no se ha ido, acechaba, y ahora arremete no consintiendo más desvaríos y aplazamientos. Y, juguetona ella, te avisa de que el palabrerío sólo es un relleno que cualquier bufido o escupitajo pueden derrumbar.

Durante este tiempo, memoria, memorias y recuerdos han sido palabras que me han acompañado. Con ellas he dado demasiadas vueltas y el meneo ya era abusivo si nos juntábamos amigos de destrozar —o matizar, precisar— el vocabulario que nos inculca la gramática que se maneja para desquiciar la vida. También los traumas de la memoria y sus tratamientos fueron anegando el terreno. Y receloso, me daban mala espina. Aunque digan lo contrario, intuyo que con su racionalización del dolor, la asunción del duelo como terapia, proponen un atajo para quitarse de encima, de una vez por todas, lo que no

merece ser recordado. El mayor escozor proviene de que atienden, en exceso, lo individual conjugado con sus derivaciones familiares, pero pocas veces inciden en lo común de situaciones colectivas calladas singularmente. Iba a decir que no quería decir esto...

Iba a decir que no pretendía, otra vez, enzarzarme en batallas del pasado. Ya participé de aquellas discusiones enfrascadas en el elogio de la ausencia de memoria; que si era un corsé, que si un freno, que si nada era como antes ni volvería a serlo, que si adiós a la clase obrera, que si la revolución era un abalorio o pieza para los museos de cultura contemporánea... También, como contrapunto, conocí brindis a cualquier innovación, por minúscula que fuera, derivada de la creación incesante de un acontecimiento —o un simple gesto que se pareciera a ello— en nuestro presente, y escuché cómo aquellas saluciones eran rebatidas con los ejemplos de que ayer y antesdeayer unos cualesquiera, con cualquier otro nombre —más rudimentario—, llevaron a la práctica dichas invenciones de maneras más o menos parecidas, en contextos, eso sí, algo distintos. Que el combate por la historia —que se escribe en minúscula y sin renombres— prosigue su curso, también me viene de lejos, pues comparto que hacer tabla rasa del pasado es el anticipo de la ignorancia, de la ocultación, de la tergiversación. Todo borrón y cuenta nueva abre, de par en par, las puertas a la banalización y entrona a sus avispados cultivadores.

Del duelo al trance, tampoco. Aun cuando el pasado es presente, no es recomendable aventurarse a ensalzar el recuerdo, si acaso, de algunas gestas y menos gestos. Más que nada porque las gestas se asocian a muchos y muchas y los gestos quedan para algunos. Fui, porque me tocó, de la idea de que, tras el 36, urgía saltar a los setenta. Señuelo o no, entonces cierto espíritu libertario pareció rebrotar aquí. Otra vez se expandía por el ruedo ibérico el viejo lema de que la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos o no será, y cuajaba la idea de su ineludible puesta al día, a pesar —ésta fue mi experiencia— de los litigios y de las confrontaciones con los abuelos y las abuelas que, protagonistas de la Revolución que se quiso tanto, pretendían desde su pedestal marcar todavía la pauta, como si los años hubieran pasado en balde. No es de recibo, pienso, que en pleno siglo XXI husmee todavía tan lejos y más cuando con las prisas de hoy ya se consideran reliquias del anteayer también los setenta.

—Menos mal que no valía el palabrerío, porque ni rastro de esa pregunta a la que te refieres

—Paso a paso. Ayer, acuérdate, nos enteramos de que a un gestor cultural y editor le habían entregado una especie de gran premio de las Letras Catalanas, ese que celebran la noche de Santa Lucía. Por cierto, que no sé si es la patrona a la que invocan los que tienen problemas con la vista, entre ellas las modistas que se la dejaban a la luz de las velas, o los que viven de arreglar la vista de los otros.

—Ya, y también patrona de algunos pueblos y el nombre de una compañía de seguros con raigambre, y motivo de ferias para las fiestas navideñas y el título de una canción del Mike Ríos.

—Eso, que la novela de intriga ganadora se titula *Crimen de sangre*. A contraluz, dijo el autor, narra unos hechos ocurridos al principio de la Guerra —dice él— Civil en Barcelona. Recrea la estafa que hicieron a los hermanos maristas, a los que después de que entregaran doscientas mil pesetas para pagar su huida no los liberaron, y luego, además, algunos de ellos desaparecieron en los denominados cementerios clandestinos. Es una obra estricta de ficción —se excusó el escritor—, donde los ministros del mal —encarnados en unos dirigentes de la FAI— traicionan a las fuerzas de la vida —¿los maristas?— que, al final, pueden resarcirse.

—¡Ea! tus peteneras. Por hoy vale. Otro día será.

A contrapelo, precisamente, de la obra premiada esa, inspirada en un par de libros anteriores —dice o se mofa su escritor—, se me ocurre que la pregunta igual podría ser si tiene algún sentido hoy estirar de aquel hilo rojinegro. Ese premio no es nada excepcional. Cuando los sucedáneos de la falsedad sin réplica gozan de componendas y cambalaches y se esparcen sonrisas y se reparten las palmaditas de rigor, se adivina que el remate del hilo rojinegro se está consumando; tanto por lo que fue, como por lo que podría ser un sueño igualitario palpado en la práctica de la revolución. Ése es el mal que arrastra el hilo rojinegro, ya no sólo como antigualla sino como atisbo de otro porvenir. Uno de los mandarines de la Historia, mediático él, sin sonrojo alguno y luciéndose como comisario de una exposición de postín dedicada a los cien años del anarquismo en la península ibérica, sentenció que el Movimiento Libertario aquí había muerto allá por el 68 tragado por la modernidad. Y tan pancho,

sabedor de que el viento le sopla a favor y que claca no le faltará para hacer caja y engordar el ego, deshilacha la historia mientras pasa las tijeras.

La ristra de enterradores, para más inri, presume de abanderar la cacareada recuperación de la memoria histórica. Tanta dosis de coqueto cinismo, perfumado de petulancia, tira para atrás. Se aprestaron a redoblar la derrota de los que perdieron —que primero, tras ver derrotada su revolución, padecieron una atroz represión y, luego, tuvieron que soportar los desaires del manto de silencio— y ahora pretenden triplicarla, pues la Revolución ni existió —por mor de la democracia, aquello fue una confrontación entre República y Dictadura— y, por tanto, los revolucionarios tampoco; en todo caso, proliferaron los ministros del mal entregados al incontrolado terror rojo. Hay demasiadas maneras de darse de bruces contra la pared, pero patalear, sabiendo que en un mundo de ciegos gobiernan los tuertos, es un desperdicio de tiempo y energías.

«Tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer». Leí una vez y me quedó para siempre. Más vale, entonces, abandonar las capillas y altares que pisan los santones de la falsedad científicamente pontificada, ignorar las devociones que tararean y rondar otros territorios donde la pregunta vaya, pueda ir, tras otras respuestas. Ángel se despedía, en sus emotivas líneas dedicadas a Rogelio, instando a que el recuerdo de su franqueza como hombre hubiera merecido que, desde alguna instancia, se le pidiera perdón. Pero eso no ha llegado, total era una flor del mal a pisotear, pasto para las calumnias de ayer y todavía ahora. Y, por eso, Ángel acaba preguntando, aunque sus palabras y perseverancia sepa que se las llevará el viento: «¿adónde ponemos una flor para estos hombres caídos bajo las balas del pelotón de ejecución a las órdenes del franquismo?». Porque él y otros compañeros sí que se cuidaron de dedicarles una lápida en el lugar de asesinatos que fue el cementerio Torrero de Zaragoza y, de vez en cuando, les depositan unas flores.

A cuestras con la pregunta, ya por los contornos y aledaños de aquel prado rojo y negro, es cuando las respuestas se tornan escurridizas. Se entremezclan impresiones discordantes, pues hallar lazos con aquel hilo rojinegro es a ratos sí, por momentos nada de nada y, casi siempre, recuerdos vagos de aquello que fue hace tanto tiempo y no es ya. No es para aturdirse, los ramalazos familia-

res ya me mostraron, por si quería torcer el morro, que en casa del herrero cuchillo de palo. Ellos, del ayer desdibujado de los suyos apenas rastros; a cambio, mucha hambre, demasiado deslomarse en el trabajo y poco parné. Por mi parte, no estuve cuando podía por la tarea de enlazar sus compromisos pretéritos con el presente que corría. Además, si me cuesta recordar momentos vividos, precisar fechas, asociar caras a nombres, cuando no debo remon-tarme tan lejos como ellos, no sé ni cómo me he atrevido a marear tanto la perdiz, llegando incluso a incordiar.

La distancia entre el propósito y la meta ya puedes alargarla, que se acorta hasta extinguirse. Replegar bártulos te arroja a un cierto vacío, donde, aletargado, te atosiga el tintineo de responderte por el tiempo volcado tras rastros sin apenas sombras. Por ahí merodeaba la pregunta. Y la hija de uno que llevaba Andrés como nombre de pila, y sacado a colación en más de una ocasión en estas páginas, al final desistió de pasarme una foto suya, donde al rastro pudiera pegar su rostro.

—Más que remolón fue reacio a participar, aunque le invitaran, en actos que atañían a la recuperación de la memoria histórica —es su argumento—. No creo —prosigue— que le entusiasmara remover el pasado suyo y de otros como él. Siempre rondinaba, exclamaba molesto que no entendía para qué habían peleado tanto, dejándose la piel y muchos la vida, y acababa concluyendo que tanto esfuerzo no había servido para nada más que para extender lamentos.

De poco o nada sirvió que le insinuase que Andrés tan sólo mostraba disconformidad con la parafernalia de memoriales que arrasaban con él y con sus compañeros de batallas perdidas, que su actitud era no de desprecio o de arrepentimiento por su pasado, sino de cabreo por el perverso uso que, en su nombre y en el de otros, se escondía tras los agasajos hipócritas del todos perdimos en aquella guerra fraticida y, por suerte, con el tiempo, todos hemos salido ganando y a vosotros —sin rangos distintivos ni favoritismo alguno— se os ha repuesto en vuestro lugar, y se os ha reconocido vuestra entrega encomiable y desprendida por...

Con ese «por...» Antonio, el amigo de Andrés, no comulga.

—Ni antes ni mucho menos ahora. Me quedan cuatro días, o cinco a mucho estirar, para que por un papelito de reposición que ni media palabra

dedica a los verdugos, por una paga irrisoria a destiempo, venda mi alma al diablo. No levantaré la voz, pero tampoco estamparé ninguna firma de clemencia y gracias, ni iré a aplaudir a una voz con saliva, ni extenderé un apretón de manos a ningún funcionario. Peleamos a fondo por un mundo nuevo, ya sabes, entre hombres libres, sin cadenas, ni siervos ni súbditos, sin dioses ni amos o, si prefieres, sin patronos ni Estado. No movimos un dedo por una memocracia que es una engañifa para atontar al explotado. ¿Adorar a la República, a los republicanos? ¿Si nos hicieron la vida imposible!

La hija de uno de los que se llamaba Miguel me soltó que de su padre no quería ni oír hablar, por la mala vida que les dio. «Que si se marchó a Francia, pues como si se hubiera ido a la luna». Adiós. El hijo de un José, que era chispa, coincidió en el tono, en argumentos; y cuando insistí, me apremió a que no lo molestara, que lo dejara en paz. Espartaco también dedicó pestes a su padre y dijo que le importaba un bledo que lo hubieran tenido en buena consideración sus compañeros.

No tan furibundas se mostraron otras salidas. Prefirieron, como Rosario, replegarse en un «no me acuerdo de nada, ni de mi padre ni de mis tíos». O despedirse, en el caso de Juan, con un «no sé nada de aquellos tiempos ni de ellos». Bastantes optaron por «mejor dejar correr aquellos años», y algunos añadieron un «de qué serviría ahora removerlos». También algunos aludieron a que «es que entonces era un crío» o «nunca quisieron explicar nada». Otros menos se excusaron recurriendo a «lo siento, se equivoca» o «no, no tengo nada que ver»; y, nada más colgar el teléfono, se me disparaban las dudas y anotaba: «no, pero».

En las rendijas entreabiertas, la predisposición inicial a charlar cogió en ocasiones otro rumbo. De un día para otro, el interés había decaído y el encuentro quedaba en que, simplemente, «bien pensado, no tengo nada que decirte» o «no sabría». No han faltado quienes argumentaron que, después de hablarlo con la familia, «era mejor dejarlo estar». A veces pesaban los hijos, los nietos y otras, los padres. Agendas ocupadas retrasaron acuerdos hasta no encontrar, por mucho tiempo, el instante. Lo que se dice plantones, un par; sin disculpas posteriores. Promesas de envíos, de un papel o de una foto, pues algunas.

Apacibles encuentros, conversaciones telefónicas prolongadas, intercambios de correspondencia electrónica, quedaban en repasos de itinerarios, enu-

meración de lugares de trabajo y alguna incidencia sobresaliente: «Estuvo en el frente... o en el ejército». Más extrañas eran las referencias a paraderos concretos: «Lo encerraron en la cárcel», «pasó por los campos de concentración», «se acabó exiliando». Con más o menos pormenores, el trasiego de ellos se reduce a la acumulación de percances, careciendo de motivaciones y razones que no fueran las más genéricas, devenidas tópicos. Si miliciano o soldado, si voluntario o reclutado, venían a ser lo mismo; o «si marchó, es porque lo hacían todos». Sobre su estancia en la prisión, «pues lo empurarían por rojo... o republicano».

En las evasivas, al principio, me resultaron chocantes las derivaciones a la voz de los sin voz: «¿Has leído al Candel?» o, incluso, «¿has probado a hablar con él?». En algunos casos esa tonadilla hasta podía cerrarse haciendo hincapié en que «él lo ha contado ya todo, con pelos y señales». Yo respondía, sin entrar en comentarios, que sí, desde luego, pero añadía que también me gustaría recoger otros testimonios. La reiteración de aquellos consejos se convirtió en una pesadilla. Al poco, sin embargo, descubrí que no todo eran veneraciones ni parabienes para el escritor; además de quien lo detestaba, contrariedades y rencillas también lo salpicaban. Algunos hasta ridiculizaban su libro *Dios, la que se armó*, porque añadió más leña al fuego y flaqueaba por muchos sitios; desmenuzaba con sumo cuidado los personajes que abordaba, rasgaba con bisturí cuando le apetecía, pero también practicó, y mucho, la vista gorda cuando le convenía. Asimismo me han remitido, aunque con menos encomio, a que consultara con Ramón Anglés y Julio Baños; ambos, que distan de tener la fama del convecino que llegó a senador, rivalizan, compitiendo y cooperando, en atesorar la condición de revalidados cronistas locales. Entre uno y otro «te encandilarán con el redescubrimiento de rincones, nombres de calles que no estaban asfaltadas, virtudes de las plantas y fuentes de la montaña, ubicaciones de empresas y el señorío de sus amos, la vida de los comercios, oficios y juegos infantiles perdidos, fiestas y festivales, equipos de fútbol con sus campos de tierra y alineaciones y un largo etcétera». Da la sensación de que aspiran a ser reconocidos como la enciclopedia hogareña. Aunque se empeñan en no dar entrada en su abecedario —por discreción o corrección, o por lo que sea, ellos sabrán— a ciertas voces y episodios. Quizás sea porque, de lo que no se hable hoy, no existió ni pasó ayer.

Demasiadas han sido esas palabras tuyas para que no me repicaran en los oídos. Vienen a susurrar que quienes esgrimen los traumas de la memoria como piedra de toque no andan del todo desencaminados, que la amnesia puede manejarse, si complace, como deliberado olvido y que las reescrituras del pasado son capaces de reinventar la historia. Al alimón, son como un zumbido persistente que augura que en el prado rojo se desligaron, del todo o mucho, del hilo rojinegro. O ni eso, ya que a menudo ni necesidad tenían ni tienen de mostrar desapego. Ningún vínculo les ataba ni les ata: el pasado aquel no iba ni va para nada con ellos, les era o les es totalmente extraño. Aunque se hubieran retardado los plazos de la cruzada de redención y salvación que el director del golpe había tramado, sus palabras —«hay que sembrar el terror, dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos a todos los que no piensen como nosotros»— ni ya al final parecía que se habían cumplido a rajatabla.

En las antípodas del general Mola, Candel, en sus sucesivas entregas, se cuidó de ir ratificando que a los viejos de la CNT supervivientes se los había tragado la tierra. Hubieran sido, según su peculiar clasificación, «idealistas», «libertarios» o «ácratas», su tiempo había pasado a mejor vida, estaban fuera de onda, eran vestigios del pasado, hombres de antaño que ya no pintaban nada, etcétera. Su esmero en dispensarles reverencias figura como sentido homenaje por su ayer, pero no deja de entonar un pésame que suena a preludio de definitiva despedida. En el barrio dirían que el muerto al hoyo y el vivo al bollo, aunque mejor escudarse —es más convincente, aparece como más objetivo y descarga las pasiones— en que el mundo giraba de otro modo, que los tiempos habían cambiado, y donde el ayer, los de ayer, no tenían cabida. Tampoco tenía sitio, era —es— el colofón, ningún signo o atisbo de relevo. El veredicto era que la manija debía pasar a otras manos, más dispuestas para la reconciliación nacional que para la transformación social.

Con el terreno abonado, el resultado fue que rastreando huellas, escarbando por las presencias de los predecesores, bastantes insistieron en un mismo nombre. Era el Cuadrado, destacado militante del PSUC y con un largo historial de luchas y cárceles. En las herencias, volvía la coincidencia. Si en el trasunto de la voz y la pluma se trataba de conceder la potestad a Candel, en asuntos de reivindicaciones y acciones la batuta le correspondía al Cuadrado

y «la lástima es que ya no pueda contártelo, aunque en algunos libros hablan de él, largo y tendido; quizás su hijo, si se presta, pueda decirte». En algunas páginas impresas sí que destellan apartados de su biografía, especialmente su detención, cuando le acribillaron a balazos en el Paralelo, esquina con la calle Parlamento, en abril de 1945 e, igualmente, el momento de la conmutación de su pena de muerte que le fue comunicada delante del pelotón de ejecución, o eso han escrito y difundido. Manolo Fornés, que coincidió con él en el penal de Burgos, le reconoce haber sido uno de los escasos comunistas involucrados en la lucha armada de aquellos años, pero haciendo honor a la verdad y «aunque en el barrio tenía fama de héroe, allí [en el penal] no estaba bien visto por los compañeros», pues se había sobrepasado en el trato con ellos: «por lo visto, era uno de los jefes de una supuesta policía secreta que funcionó en la prisión para mantener la disciplina del partido y empleando la fuerza cuando lo consideraban preciso».

De poco sirvió que introdujera otros nombres, que preguntara por ciertos hechos. Entonces se replegaban, los encogimientos de hombros eran habituales, cualquier señal o pista, por mínima que fuera, escapaba a sus conocimientos. Así ocurrió al sondear acerca de una primera reaparición, a mediados de los cincuenta, a través de los incipientes y clandestinos grupos anarcosindicalistas, que Quico Sabaté y otros estaban intentando alentar para salir del targo en que estaba sumido el movimiento obrero. Ningún eco del núcleo de militantes contactado en Can Tunis que se menciona en la correspondencia que Téllez nos ha legado. Tras mucho preguntar, sólo Miguel Esfors, que trabajaba en la SEAT —donde Siempre Estarás Apretando Tornillos, como pronto la llamaron—, pero que vivía en la parte vieja de Les Corts, me refirió alguna acción dispersa en la que se repartió propaganda —aquel efímero *El Combate*, boletín que se presentaba como portavoz de los grupos— y octavillas a la puerta de la fábrica en los cambios de turno. Él y su compañera, enlaces del *Quico*, habían prestado su domicilio como estafeta y, por ello, el último día de 1956, fueron detenidos por colaborar con la organización clandestina que se estaba relanzando. En la amplia redada que se desató —entre hombres y mujeres, cuarenta y cuatro fueron a parar a los calabozos y, después, tras el consejo de guerra, a treinta y tres los condenaron a distintas penas—, no constaba, sin embargo, nadie relacionado con la barriada.

La misma suerte corrió cualquier pesquisa acerca de los núcleos de trabajadores por la autonomía obrera que tuvieron cierta presencia, a finales de los sesenta y principios de los setenta, en la ya conocida como Zona Franca. Únicamente a uno del barrio, que trabajaba en la Philips —la antigua Lámparas Zeta—, con preocupaciones sindicales desde joven, le sonaban aquellos grupos, aunque no los asociaba con gente de la barriada, ni mucho menos con residentes de muchos años en ellas: «eran de la nueva hornada, hubieran cogido o no algún piso por la zona». Más pródigas, aunque tampoco excesivas, fueron las voces que aludían a multitudinarias asambleas de obreros en la plaza del 9 —desde donde sale y acaba el autobús con ese número que los lleva o trae de la ciudad—, que no olvidaban ni las brutales cargas policiales ni el sarao que se liaba a continuación.

No aparecía ningún testimonio que engarzara el ayer y el hoy, que tirara de la madeja libertaria. Aunque mejor sería decir que no lo he podido encontrar. Ya podía intentar desvanecer la etiqueta de chafardero, que el rótulo de intruso no acabó de desaparecer, por lo que algunas complicidades fueron huidizas. Medias tintas, información dosificada, olvidos repentinos, son presentimientos de los que no he podido desprenderme. Aun así, o por ello mismo, he sabido que un Diego, uno de los muchos del barrio, anarquista hasta la médula, murió sin renegar del pasado y sin renunciar a pelear en el presente. A su entierro concurren vecinos que, con su silencio sepulcral, le querían recordar para siempre, aunque se hubiera ido. Me han dicho que José Gilabert persistió en la brega, que nunca desistió ni se le ocurrió abandonar las ideas ni se olvidó de recitar los poemas que aprendió en el Ateneo. Que a un Higuera, que retornó del exilio, compañeros suyos, de aquí y de allá, le dedicaron un póstumo homenaje desmintiendo los calificativos de «esbirro» y «sicario» que le dedicaron en los retratos de esa parcela recóndita donde a la ciudad le cambiaban su nombre. Que Ginés, cuyo fallecimiento ha sido bastante reciente, se mantuvo cuanto pudo coherente con su pasado y, hasta el último día, hacía acto de presencia donde creía que debía estar. Aun así, no respetaron que no quisiera saber nada con los curas cuando muriera y lo enterraran.

Esos hitos y ceremonias, transmitidos desde la proximidad del parentesco, refrescan la memoria de la caída de una hoja del calendario, en tal día de tal mes del año aquel. Se afanan en pasar página. La vida es así. Nacer y morir.

Hola y adiós. Fiesta y responso; alborozo y lloros; expectativas y recuerdos. Bienvenido, bienvenida; que la tierra te sea leve. Nombres y despedidas. Tras el chaparrón, con más motivo, me acuerdo de unos cuantos Germinal, Floreal, Áurea, Espartaco, Aroma, Helios, Violeta, Aurora, Liberto y Libertad. Fueron, en la euforia del momento, investidos con esos nombres cuando vinieron al mundo. Para que el hilo no se hiciera trizas, quizás. Para que se estirara el lazo, ojalá.

Antes de que sus casas fueran demolidas y los que quedaban en el barrio fueran trasladados a los pisitos nuevos justo al lado, una pintada se exhibía en un muro donde se cruzaban un par de calles. Habían escrito: «La CNT cabalga de nuevo». Aquellas letras a brocha gorda clamaban que, más que de un borrón, se había tratado de un eclipse, que el apagón de circunstancias no había impedido que las siglas de antes lucieran de nuevo. Sus jinetes en aquel prado rojo bien pudieran ser viejos recalcitrantes o algunos de sus descendientes, o de los que llegaron más tarde. La foto se guarda en un álbum familiar de quien, siendo joven, posó allá por causalidad, sin caer en lo que había detrás. Y eso que su abuelo y otros de la familia fueron de los que antaño aprendieron a llevar sus riendas.

No sabré si el hilo rojinegro se quebró, se rompió o fue roto. Si cosas que me hubieran podido contar no llegaron a ser pronunciadas, si más allá de amañados tópicos restan aspectos a indagar, biografías a seguir, si alguien me quedó por encontrar con ganas de hablar y recuerdos que compartir. Tampoco si el papel extraviado o no localizado algún día aparecerá, ni si las hojas amarillentas vetadas por normas o caprichos discrecionales podré, más adelante, leerlas. Me he aventurado, tan sólo, a recorrer aquel prado rojo y negro que fue y se ha olvidado, ya sea por desidia o por inquina. Ha sido un discurrir en el recuerdo, recordando a los muchos hombres y mujeres que no dudaron en darle vida y por lo que a algunos, incluso, les quitaron la vida. Los perfiles de sus rastros, por peculiares que parezcan, no eran, no han cesado de repetirme, nada excepcionales. En otros tantos lugares, más o menos arrinconados, habitados por gentes en condiciones y situaciones similares, lo acontecido no fue tan diferente. Fueron, con sus más y sus menos, como muchos otros, protagonistas del montón de aquella Revolución.

XXI. Ellas y ellos: retales de unas vidas

De las Casas Baratas



Adé García, Víctor

Alagón (Zaragoza), 19.04.1912 – Montevideo, 08.1994

Afiliado al Sindicato de Artes Gráficas desde el 2 de abril de 1930 e integrante del Grupo de Defensa número 13. Contador de la Organización Sanitaria Obrera (OSO) y dinamizador del grupo escénico del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Participó en las barricadas y en el asalto al cuartel de Lepanto. Marchó con la Columna Los Aguiluchos al frente de Aragón. Tras estar en la Columna Roja y Negra llegó a comisario ayudante de la 125 BM de la División 28, antigua Columna Ascaso. Atrapado en la bolsa de Alicante, salió en una barquichuela desde Villajoyosa hasta Orán. Estuvo internado en varios campos de concentración —entre ellos, el de Bou Arfa— y trabajó como chófer para alguien con peso en la Embajada estadounidense, lo que le facilitó el salvoconducto de salida. Cruzó el charco y se asentó en Montevideo donde, desde el Centro Republicano, se mantuvo política y culturalmente activo.

También formaron parte de las filas anarcosindicalistas algunos de sus familiares. Su primera compañera, Antonia Hernández Ruiz, marchó con Los Aguiluchos al frente de Huesca. Mariano Adé García, su hermano menor, estuvo adscrito al Sindicato Fabril y también perteneció a la 125 BM; tras pasar por la Escuela Popular de Guerra, desempeñó tareas de radiotelegrafista.



Alcázar García, José (el Canillas)

Esparragal (Murcia), 1914 – Barcelona, 23.12.1938

En noviembre de 1934, por propagar la huelga general en protesta contra la ejecución de unas penas de muerte, fue detenido en la fábrica Sangrá, junto a Juan Asensio Pérez, acusado de coacciones. Estuvo encerrado en el vapor *Argentina*, y la causa militar que se le abrió le fue sobreesida al mes siguiente. Desde los inicios de la Revolución, fue miliciano en la Columna Hilario Zamora, en Sástago. Más tarde, desertó de la 153 BM (antigua Columna Tierra y Libertad) a la que se había trasladado. Fue detenido tras la represión de los Hechos de Mayo. A mediados de 1938, envuelto en una extraña tentativa de atraco, volvió a ser apresado. Murió fusilado en el castillo de Montjuïc.



Alcázar García, Josefa

Esparragal (Murcia), 1920 – Firmi (Aveyron), 1.09.2002

Se encontraba entre las mujeres firmantes contra el acoso policial del barrio durante la huelga de alquileres. Ella misma, en una carta remitida a uno de sus sobrinos, en la que adjuntaba una foto donde aparecía portando la enseña rojinegra en una manifestación que, en el año 1935, discurría por las Ramblas, escribió: «de joven era muy dinámica. Iba a todas las conferencias, mítines, manifestaciones».

Se exilió con su compañero Juan López Martínez. Estuvo encerrada con sus hijos en el campo de Argelés. Residió en Firmi (Aveyron).



Alonso Campoy, Juan (los Pajareros)

Cuevas de Almanzora (Almería), 1895 – Barcelona, 1963

Afiliado al Sindicato de la Construcción, Sección peones, trabajó en las obras del metro. El 1 de abril de 1931 fue detenido por un enfrentamiento con el capataz de la zanja en la que trabajaba. Fue uno de los firmantes, desde la prisión, del Manifiesto «Por los fueros de la verdad», contra el treintaismo. También participó en la huelga de hambre que los presos protagonizaron, en septiembre de 1931, contra el dictatorial régimen carcelario que imponía su director. Tras los Hechos de Mayo de 1937 fue apresado en dos ocasiones; la segunda, en febrero de 1938, por tenencia de armas.

Alonso Expósito, Francisco

?, 1909 – Fuendetodos (Zaragoza), 9.03.1938

Militante del Sindicato de la Construcción desde 1932. Ese mismo año fue encarcelado, constando en las relaciones del Comité Pro-presos de marzo. Luchó como miliciano y, tras los Hechos de Mayo, fue encarcelado el 15 de noviembre de 1937 por auxilio a la rebelión. Posteriormente, siendo sargento en la 153 BM, 1.ª Compañía, 1.º Batallón, desapareció en combate en Fuendetodos, provincia de Zaragoza.

Alonso Giménez, Alfonso

?, 1909 – ?

Afiliado al Sindicato de Espectáculos públicos. Integrante de la Junta del Sindicato del barrio en julio de 1936, pasó por las Patrullas de Control y fue delegado del Comité de Defensa del Prat Vermell, al menos durante julio de 1937. Fue apresado tras los Hechos de Mayo de 1937. La CNT lo propuso como sargento interino en el Campo de Trabajo número 3, en Omells de na Gaia, en la provincia de Lleida.

Ávila Martínez, Bartolomé

Cuevas de Vera (Almería), 1918 – Barcelona, 4.05.1937

Miembro de las Juventudes Libertarias del barrio y también miembro de la Delegación de la Zona 10 —correspondiente a la barriada— de la Administración Popular Urbana. Murió durante los combates de Mayo de 1937 en la Vía Durruti —la actual Vía Laietana— y en el Prat Vermell los vecinos organizaron un gran entierro.



Berenguer Clemente, Juan (el Carmona)

Huércal-Overa (Almería), 1887 – ?

Su padre fue uno de los fundadores del Ateneo del barrio. A mediados de 1934 se integró en la Comisión del Prat Vermell por la huelga de alquileres. Asimismo muy activo en la huelga de la extracción de arenas del Consorcio de la Zona Franca. En julio del 36 fue delegado del Comité Revolucionario. Ingresó en la Modelo el 17 de julio de 1939 y en su posterior consejo de guerra, del 15 de diciembre de 1941, fue condenado a una pena de 12 años que le conmutaron por otra de 6 años.



Berrar Laplaza, Santiago (el Maño)
Castejón de Valdejasa (Zaragoza), 6.11.1902 – Coventry (Inglaterra), ?

Trabajó como portuario, dedicándose a la carga y descarga de carbón. Estuvo encarcelado en distintas ocasiones: en noviembre de 1930 por repartir hojas clandestinas fue trasladado al buque prisión *Manuel Arnús*; en 1933, por la huelga general de mayo y en julio de 1934, por la huelga de los tranvías. Fue socio de la Organización Sanitaria Obrera (OSO). Marchó al frente con la Columna de Los Aguiluchos, siendo

herido en octubre de 1936. A su vuelta a Barcelona, se integró en las Patrullas de Control y estuvo vinculado a los Comités de Coordinación e Información, los antiguos Comités de Defensa.

Durante el exilio, permaneció internado en distintos campos de concentración, como el de Argelès y, después, fue conducido al castillo de Colliure. Desde allí fue trasladado al norte de África, a Djelfa, el «campo de la muerte», en Argelia. Tras su liberación se enroló en el ejército inglés contra los alemanes.

Murió en el centro de Inglaterra, en Coventry, ciudad en cuyos astilleros había trabajado.



Bolufer Francés, Manuel
Mequinenza (Zaragoza), 11.08.1903 – Simferópol (Ucrania), 1969

Intervino en varios mítines, en representación de la Comisión del barrio, apoyando y alentando la huelga de alquileres. Durante la Revolución fue miembro del Comité Agrícola. Estaba entre los oradores en un mitin organizado por la Federación Local del Sindicato en noviembre de 1936. Se exilió a Francia siendo internado en diferentes campos de concentración nazis —Mauthausen, Treblinka y, después, trasladado a un

tercero—. Tras su liberación, fue enviado, en 1945, a Rusia, permaneciendo en los *gulags* hasta 1948.

Bonias Pardo, José (el Gato)
Cofrentes (Valencia), 1894 – ?

Militante del Sindicato de la Construcción, estuvo entre los fundadores, junto a su hermano Pedro, del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Fue de-

portado en 1932 —según su hijo— a Bata (Guinea Ecuatorial). Dos años más tarde se trasladó a Valencia. Durante la Revolución estuvo como miliciano en la Mutua Confederal y, después, fue delegado en el Comité Regional de Campesinos de Levante. Apresado en Valencia en julio de 1939, tras la apertura de un consejo de guerra sumarísimo, fue condenado el 28 de abril de 1942 a la pena de tres años.



Borrell Castedo, José
Madrid, 1916 – Barcelona, 12.07.1939

Trabajó como limpiabotas, se afilió al Sindicato de la barriada y fue socio de la Organización Sanitaria Obrera (OSO). Luchó como miliciano con la Columna Ascaso y, posteriormente, formó parte de las Patrullas de Control. Fue detenido a finales de marzo de 1939 a resultas de una delación. Juzgado el 16 de junio en consejo de guerra, le impusieron la pena de muerte. Fue fusilado en el Campo de la Bota el 12 de julio de 1939.

Algunos de sus familiares integraron el anarcosindicalismo. Su suegro, Francisco Domínguez, formó parte de la primera Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell y su compañera María (*la Libertaria*) participó en el cuadro escénico del mismo.

Camarena Renau, Juan
Cullera (Valencia), 1897 – Barcelona, 10.03.1942

Desempeñó el trabajo de portuario. Perteneció a la primera Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. En 1928 tuvo un juicio acusado de atentado. Luchó como miliciano en la Columna de Costas Ferrer i Guardia.

Cañadas Rodríguez, José
? – ?

Fue detenido el 19 de abril de 1933 en relación con la huelga de la construcción. Formaba parte de la Junta del Sindicato de la barriada al estallar la Revolución.

Casquet García, Francisco
Cuevas de Vera (Almería), 1911 – Barcelona, 09.1932

Fue detenido el día 20 de noviembre de 1930 por unos incidentes ocurridos en la fábrica del Prat Vermell, suscitados por la huelga general convocada. El 29 de febrero de 1932 fue encarcelado, otra vez, acusado de tenencia de armas. Fue uno de los fir-

mantes, desde la Prisión Modelo, del manifiesto «Por los fueros de la verdad» contra los treintistas. Al salir en libertad, fue nombrado delegado por la barriada en la Junta del Sindicato de la Construcción de Barcelona y sus contornos. Su asesinato por un somatenista, en septiembre de 1932, fue condenado desde las páginas de *Solidaridad Obrera* y generó una campaña de denuncia.



Céspedes Asensio, Antonio (el Moreno)
Cuevas de Almanzora (Almería), 25.04.1915 – L'Hospitalet (Barcelona), 07.1999

Miembro del Comité Revolucionario del Prat Vermell. Tras los Hechos de Mayo, resultó encarcelado en distintas ocasiones; entre ellas, una por tenencia de armas y otra por «desertor». El día 3 de enero de 1938 se evadió del Preventorio Judicial de Manresa, pero fue capturado de nuevo y transferido a la cárcel Modelo, desde donde, tras una evasión frustrada, fue trasladado al Correccional de Inadaptados de Vic.

Tras la derrota, encadenó tres consejos de guerra con una sentencia de pena muerte que le fue conmutada. Salió en libertad condicional de la Prisión Central de San Miguel de los Reyes, en Valencia, en abril de 1955. Se le vincula a las Juventudes Libertarias reconstituidas en la clandestinidad.

Costa Riveiro, Manuel

?, 1895 – ?

Ejerció de tranviario. El 16 de abril de 1921 se encontraba entre los seis detenidos en la batida policial realizada en las barracas de la Magoria, en las que les encontraron algunos carnets del Sindicato Único, sellos de cotización, un revólver y una pistola. Fue delegado del barrio y orador en los mítines por la huelga de alquileres; también perteneció a la delegación en la barriada de la Organización Sanitaria Obrera (OSO). En mayo de 1936 fue detenido a raíz del atentado contra los hermanos Miquel y Josep Badia (fundadores de la organización Estat Català).



Cuadrado Diago, Juan Antonio
Barcelona, 27.03.1922 – Barcelona, 3.11.1992

Trabajó como carpintero. Fue militante de las Juventudes Libertarias durante la Revolución, integrándose posteriormente en el PSUC. Encarcelado en 1939, fue condenado a 6 años de cárcel, siendo puesto en libertad atenuada el 24 de noviembre de 1941.

A principios de febrero de 1945 se le abrió un sumario por desertión y hurto de una pistola del Destacamento Militar de la Remonta, en el barrio de la Barceloneta, en el que estaba prestando el servicio militar. En búsqueda y captura, a finales de marzo logró escapar del sargento que le reconoció y pretendió detenerlo tras dispararle. El 4 de abril de 1945, localizado por agentes de la Brigada Político-Social en la avenida del Paralelo, esquina calle Parlamento, fue acribillado a balazos y, posteriormente, ingresado en el Hospital Clínico con heridas de pronóstico gravísimo. En el consejo de guerra celebrado el 22 de mayo de 1946 fue acusado de participar en el atraco a una farmacia de la calle Progreso, en el barrio de La Torrassa de L'Hospitalet, y condenado a muerte. La pena le fue conmutada por la inferior en grado el 8 de julio de 1946, pero no le llegaría la comunicación hasta justo cuando estaba frente al pelotón de ejecución en el Campo de la Bota el 16 de julio. Salió del penal de Burgos en 1965.



Fornés Marín, Manuel
Barcelona, 1930 –

Miembro de la Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias (FIJL) desde el año 1947 y de los grupos de acción libertarios de Barcelona. Participó el 9 de Octubre de 1949 en la expropiación del *meublé* La Casita Blanca, en el que se requirieron 37.000 pesetas y los documentos de los clientes habituales. Fue detenido en 1949 cuando era miembro de la Junta de Defensa de Barcelona. Se le juzgó en un consejo de guerra, celebrado en Barcelona el 6 de febrero de 1952, contra treinta

compañeros sobrevivientes de los grupos de acción, en el que se impusieron nueve penas de muerte, de las que fueron ejecutadas cinco.

Recibió una condena de treinta años de prisión. Estuvo encarcelado en las prisiones de San Miguel de los Reyes en Valencia y en la de Burgos, en las cuales aprendió inglés, francés y contabilidad. Salió en libertad condicional en 1960. Colaboró en la obra colectiva *La oposición libertaria al régimen de Franco* (Madrid, 1993). Reside en Segur de Calafell (Tarragona).

Su padre, Vicente Fornés Ripoll, también fue luchador libertario, estaba adscrito al Sindicato Metalúrgico. Fue detenido el 10 de marzo de 1939, abriéndosele un sumario de guerra cuyo sobreseimiento provisional no le llegó hasta el 17 de abril de 1943.



Fuentes (de) Haro, Andrés
Mazarrón (Murcia), 31.12.1892 – Barcelona, ?

Formó parte de la primera Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Fue detenido, junto a Francisco Higuera, el 10 de agosto de 1932 por el conflicto de las extracciones de arenas. Iniciada la Revolución, fue uno de los responsables del Comité de Abastos del barrio; luego estuvo enrolado en fortificaciones en Mequinenza (Zaragoza) y, más tarde, realizó tareas de guarda de la colectividad agrícola. Fue encarcelado en el curso de la represión posterior a los Hechos de Mayo.

Ingresó en la cárcel Modelo el 22 de marzo de 1939. En el consejo de guerra, tras solicitar el fiscal la pena de muerte, lo condenaron a una pena de 20 años que le fue conmutada por 6.



Gilabert Navarro, José
Mazarrón (Murcia), 1908 – L'Hospitalet (Barcelona), 1992

Trabajó en las extracciones de arenas del Consorcio del Puerto Franco en la playa de Can Tunis. Ejerció en ellas como delegado de la CNT, siendo encarcelado en un par de ocasiones por su largo conflicto. Estando en la cárcel Modelo, fue uno de los firmantes del manifiesto «Por los fueros de la verdad», contra los treintistas. Estuvo entre los fundadores del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell y también fue miembro del Ateneo Faros. Figura muy activa, como delegado y orador, en la prolongada huelga de alquileres (en febrero de 1931, junto a Benito Maldonado y otros vecinos, había firmado un artículo en *la Soli* alertando de los desahucios y anunciando la inevitable huelga).

Durante un tiempo, ejerció como secretario del Comité Revolucionario y participó en el Comité de Abastos, en el Comité Agrícola y fue delegado de la Sección de la barriada de la Administración Popular Urbana. Estuvo en el frente, primero en la Columna Ortiz, en La Zaida (Zaragoza), y al final de la Guerra, en un destacamento por Manresa (Barcelona).

Después de la retirada, estuvo recluso en los campos de concentración y formó parte de las compañías de trabajadores españoles, de las que se evadió. Tras cruzar la frontera, lo ingresaron en la prisión de Lérida en septiembre de 1941. En el consejo de guerra al que fue sometido, en agosto de 1942, fue condenado a 8 años de prisión mayor y desterrado a Valencia. El destierro le fue levantado el 16 de septiembre de 1949 y la libertad definitiva se la concedieron el 30 de diciembre de 1949.

Giménez Oller, José (el Puta y el Putica)
?, 1903 – Barcelona, ?

Participó en la Junta del Sindicato del barrio en los primeros momentos de la Revolución. Ejerció de delegado de turno en la Sección cuarta de las Patrullas de Control y, tras su disolución, avalado por la CNT, solicitó el ingreso en el 22.º Grupo de Asalto del Cuerpo de Seguridad Uniformado. Resultó herido durante los enfrentamientos de los Hechos de Mayo. En enero de 1939 fue encarcelado acusado de «alta traición».

En el exilio, fue uno de los miembros de la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell y estuvo relacionado con la Colonia Aymaré, una colectividad libertaria del exilio español en Francia.



Higuera Pérez, Francisco (el Siete)
Cuevas de Vera (Almería), 28.11.1905 – Barcelona, 01.01.1989

Fue detenido el 10 de agosto de 1932 por el conflicto de las extracciones de arenas, acusado de agredir al encargado Amadeo Madriá. En 1934 formó parte de la Comisión del barrio por la huelga de alquileres. Durante la Revolución fue un miembro activo en la Comisión de la barriada del Prat Vermell, adscrita al Sindicato de la Construcción, y formó parte de las Patrullas de Control.

Pasó por los campos de concentración de Argelès y Vernet. Salió de ese internamiento para trabajar en una CTE (Compañía de Trabajadores Extranjeros) en Montoulieu (Ariège), donde fue detenido por los gendarmes franceses y entregado a los nazis. Durante su conducción a los campos de exterminio, la Organización Todt —grupo de ingeniería civil y militar dependiente del Ministerio de Armamento de la Alemania nazi— detuvo en Burdeos el tren en que era transportado y fue uno de los reclutados para trabajar como prisionero en la construcción de una base de submarinos. Formó parte del Batallón Libertad —de inspiración libertaria—, decisivo en la liberación de Burdeos. Más tarde se implicó en la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell y en las federaciones locales de Florac (Languedoc-Roussillon) y Burdeos (Aquitania).



Liria Rodríguez, Francisco

Mazarrón (Murcia), 1.09.1903 – Saint-Jean-de-Valériscle (Languedoc-Roussillon), 5.10.1961

Empezó a trabajar como peón en la mina Santa Ana, en Mazarrón, perteneciente a la Compañía Águilas. Se marchó un año a Francia y, al volver, se instaló pasajeramente en Barcelona hasta su regreso a Mazarrón. Medio año después se trasladó a Burgos y, posteriormente, a Barcelona para quedarse. Trabajó en las obras de la Exposición Universal de Barcelona de 1929 y, tras otros empleos, entró en la fábrica de cerámicas

Sangrá. Militó en el Sindicato de la Construcción y fue socio de la OSO (Organización Sanitaria Obrera).

En los primeros días de la Revolución integró la Junta del Sindicato de la barriada. Posteriormente, ingresó en las Patrullas de Control, siendo uno de los delegados de turno de la Sección cuarta. Más adelante desempeñó el cargo de delegado del Comité de Defensa de la barriada (cuando éstos, oficialmente, eran denominados Secciones de Coordinación e Información).

Se exilió a Francia con su entonces compañera María Vidal Duró. Tras pasar por el campo de concentración de Barcarès (Languedoc-Roussillon), fue a trabajar a las minas de Saint-Jean-de-Valériscle, donde desempeñó el cargo de secretario de la CNT y mantuvo estrecho contacto con la Federación Local de Alès, en la que José Fortea era el secretario. Fue también un miembro activo en la Comisión de Relaciones del Prat Vermell en el exilio. Falleció tras una larga enfermedad.



López López, Gumersindo (el Cangrio)

Cartagena (Murcia), 21.07.1911 – ?, 2001

Trabajó en las obras de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 y en la construcción de la nueva aduana. Perteneció al Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell y militó en el Sindicato de la Construcción, siendo elegido delegado de la barriada.

En julio de 1932 fue detenido por tenencia de armas y condenado a cuatro meses y un día. Integró el Comité de Defensa Confederado durante la insurrección de enero de

1933. En junio de ese año fue de nuevo encarcelado, acusado de coacciones, a raíz de la huelga de la construcción. Desde la cárcel Modelo firmó en *Tierra y Libertad*, en nombre de la Juventud del Prat Vermell, una declaración contra la constitución de la FIJL (Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias). En septiembre de 1935

también fue apresado por unas armas encontradas en la sede del Sindicato de la Construcción.

Tras los combates de las primeras jornadas revolucionarias fue nombrado delegado en la Sección de Defensa del Comité Central de las Milicias Antifascistas y, luego, formó parte de la Consejería de Defensa. Se incorporó a Fortificaciones, llegando a comisario de compañía en el 25 Batallón de Obras y Fortificaciones del XII Cuerpo del Ejército, destacado en Azuara (Zaragoza). En julio de 1938 fue juzgado en Igualada (Barcelona) por un informe en el que denunciaba la represión ejercida por los comunistas en el frente y, aunque se le solicitaba una pena grave, salió en libertad.

Se encargó de la evacuación de los batallones de fortificaciones y atravesó la frontera por La Jonquera hasta Le Perthus. Pasó por distintos campos de concentración —se evadió del de Argelès, aunque, tras ser nuevamente detenido, fue enviado al de Vernet— y compañías de trabajadores extranjeros. Desde el puerto de Sète (Languedoc-Roussillon) conectó con la organización libertaria del área de Perpiñán. Estuvo recluido en el campo de Djelfa (Argelia) de 1941 a 1943. Tras su liberación, colaboró en la edición de *Solidaridad Obrera* en el norte de África. De vuelta a Francia, fue secretario de la Federación Local de Viviez en Aveyron y participó en la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell en el exilio. Aunque uno de sus escritos lo titulara «Yo no fui a la escuela», escribió y recitó poesía, dejando unos cuantos manuscritos relatando su experiencia militante y reflejando su ideario.



López Martínez, Juan

Monteagudo (Murcia), 10.08.1914 – Firmi (Aveyron), 4.11.1974

Afiliado al Sindicato de Artes Gráficas, estuvo recluido, como preso gubernativo, en la cárcel Modelo en julio de 1934 tras ser detenido por participar como delegado en el Congreso Regional de las Juventudes Libertarias que, clandestinamente, iba a celebrarse en la barriada de Horta (Barcelona).

Tras exiliarse, estuvo en el campo de Argelès, del que salió en una Compañía de Trabajadores Extranjeros (CTE) para trabajar en las obras del pantano de La Roquebroune, en el departamento del Cantal. Participó en la Resistencia. Fue detenido en Decazeville y llevado a un sitio desconocido, junto a 7 compañeros de la CNT, por un grupo de unos 30 «guerrilleros» comunistas de la UNE (Unión Nacional Española). Tras una huelga en la mina en la que trabajaban y la presión de ciertas autoridades, fueron liberados.

Participó en la Comisión de Relaciones en el exilio de la barriada del Prat Vermell y fue militante en la Federación Local de Decazeville, en la que desempeñó más de

un cargo. Durante los últimos años de su vida fue tesorero del Comité Regional de Aveyron.

López Montesinos, Jesús

Benageber (Valencia), 23.06.1922 – Barcelona, 1990

Afiliado al Sindicato de Productos Químicos. A pesar de su juventud, luchó como miliciano en el frente de Aragón, del que desertó avanzado el año 1938. Fue encarcelado tras los Hechos de Mayo.

En junio de 1939 resultó detenido tras una redada contra los grupos de las JJLL (Juventudes Libertarias) que se estaban reestructurando clandestinamente, saliendo en libertad en julio de 1942. En 1944, 1946 y 1948 volvió a ser detenido acusado, entre otros delitos, de asociación ilegal, propaganda ilegal y depósito de armas y municiones de guerra. Formó parte del grupo de Facerías durante el año 1950 (atraco al *meublé* Pedralbes y a las oficinas de los Ferrocarriles Catalanes, colocación de bombas en la comisaría de la Lonja y en la tribuna dispuesta para el «Desfile de la Victoria»...). Oculto y con nombre falso, fue detenido en julio de 1956. En el consejo de guerra en el que se le juzgó, el 11 de diciembre de 1958, fue condenado por «bandidaje y terrorismo» a veinte años de prisión. Salió, tras la aplicación de los indultos de 1963 y 1964, en libertad condicional del penal del Dueso en agosto de 1964.

Algunos de sus familiares fueron luchadores anarcosindicalistas. Su padre, Francisco López Valero, afiliado al Sindicato Marítimo, fue encarcelado tras los Hechos de Mayo y, con posterioridad, lo fue nuevamente por tenencia de armas. Sus hermanos, Francisco y Victorio, lucharon como milicianos en la Columna Ascaso y, tras la derrota, estuvieron vinculados a los grupos de acción.



López Requena, Consuelo

Minganilla (Cuenca), 1912 – Barcelona, 12.02.1987

Trabajó en la empresa Farrero y militó en el Sindicato de las Industrias Siderometalúrgicas, Sección de Hierros y Aceros. Luchó como miliciana con la Columna Los Aguiluchos. Estuvo implicada en la colectivización de la empresa y desempeñó un papel muy activo en las asambleas y reuniones que se celebraron. Debido a una delación, fue encarcelada, pero en el consejo de guerra en que se la juzgó, celebrado en noviembre de 1939, fue absuelta.

Su compañero, Juan Valero Pérez, formó parte de las filas anarcosindicalistas y falleció en el frente. Él fue un militante destacado del Sindicato de la Construcción y hombre de acción. Recibió una condena en 1933, por tentativa de robo, y también el

8 de marzo de 1935, acusado, junto a sus compañeros, de «anarcosindicalistas, pistoleros y atracadores y por tanto como sujetos peligrosos». En el frente de Huesca se encargó de las fortificaciones.



Maldonado Serrano, Benito

Madrid, 1895 – Barcelona, 18.11.1961

Se significó notoriamente en la huelga de alquileres y en la prolongada huelga de las extracciones de arenas siendo, en ambas, delegado de las respectivas comisiones o comités. Fue uno de los dinamizadores del cuadro escénico del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Escribió en las páginas de *la Soli* sobre los asuntos de la ciudad, los alquileres y el conflicto de las arenas. Era asiduo en los mítines por la huelga de alquileres y también intervino en marzo de 1933,

junto al Asturiak, Domènech y otros, en el que organizó la Federación Local sobre «orientación sindical». Fue detenido en diciembre de 1920, ocupándosele un cajón con documentos sindicalistas y hojas clandestinas. Durante la República volvió a ser encarcelado en distintas ocasiones, una de ellas el 12 de junio de 1934. Formó parte del Comité Revolucionario de la Barriada del Prat Vermell.



Manzano Casavaldés, Alberto

Sallent (Barcelona), 1891 – Barcelona, 1959

Fue detenido el 28 de abril de 1920 acusado de estar implicado en la agresión a Pedro Torrents, pistolero de la patronal y miembro de la banda del —falso— barón Koenig. En el posterior juicio, tras permanecer tres años en prisión, fue absuelto del homicidio frustrado del que le acusaban.

Integró la Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell.

Márquez Murcia, José (el Tartaja)

Cuevas de Vera (Almería), 7.09.1900 – Gusen (Austria), 18.08.41

Afiliado al Sindicato de la Construcción. Luchó como miliciano en la Columna Hilario Zamora. Tras los Hechos de Mayo, fue encarcelado.

Estuvo exiliado en Francia y, tras pasar por los campos de concentración y las compañías de trabajo, fue capturado por los nazis y transportado al campo de con-

centración de Mauthausen el 13 de agosto de 1940. De allá, el 17 de febrero de 1941, fue conducido al campo de concentración de Gusen (Austria), donde falleció.

También formaron parte de las filas anarcosindicalistas algunos de sus familiares. Rogelio Ramos Rodríguez, uno de sus hijastros, nacido en Marsella el 25 de febrero de 1919, vidriero de oficio, se enroló como miliciano en la Columna Hilario Zamora. Posteriormente fue componente de un grupo de guerrilleros de la CNT que atravesó la frontera española, pero resultó desarticulado: tres murieron acibillados por la Guardia Civil, cinco fusilados tras un largo cautiverio plagado de torturas y dos estuvieron 16 y 20 años encerrados en los presidios de Franco. Él fue fusilado en la prisión de Torrero (Zaragoza) el 10 de mayo de 1950, acusado de bandidaje y terrorismo.

Otro hijastro, Juan, perteneció a las Patrullas de Control. Estuvo encarcelado en la prisión Modelo en febrero de 1939 y en mayo fue conducido al campo de concentración de Horta. Tras exiliarse, pasó por los campos de Saint Cyprien y Argelès.

Su hijo Miguel Márquez Rodríguez fue detenido en el exilio y deportado a Indochina, donde falleció. Y Antonio estuvo en distintas ocasiones en las cárceles de Franco.

Martínez Gil, Mariano

? - ?

Trabajó en las extracciones de arenas y estaba afiliado al Sindicato de la Construcción. Fue detenido el 5 de septiembre de 1931 tras la huelga general, iniciada tres noches antes, en solidaridad con los presos amotinados en la cárcel Modelo y por la resistencia armada opuesta desde la sede del Sindicato de la Construcción en la calle Mercaders. En el sumario 664/31, abierto por aquellos hechos, fueron procesados cerca de un centenar de militantes confederales.

Fue delegado por el Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell, participando en reuniones de coordinación local.



Pereiro Carreira, Marcelino

Lugo, 1889 – Barcelona, 26.01.1954

Residió, a principios de los años veinte, en Málaga (calle Ventura Rodríguez, 12) donde nacieron dos de sus hijos. Anteriormente había estado afincado en Bilbao y Buenos Aires. En 1930 fijó su domicilio en Barcelona.

Formó parte, como presidente, de la Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Escribió en *Tierra y Libertad* y recibía cartas en la redacción de *la Soli*.

Fue delegado por el Sindicato del Transporte Marítimo en la Conferencia Regional de enero de 1936 y miembro de la ponencia «¿Qué actitud concreta y definitiva debe adoptar la CNT ante el momento electoral?».

Después de julio del 36, ejerció de delegado de la Sección del Puerto de las Patrullas de Control y, posteriormente, fue «guardia» en la puerta de la Casa CNT-FAI.

Se exilió, regresando al poco tiempo.

Pérez Álvarez, José (el Negro)

?, 1906 – ?

Trabajador de la Rivièr, militó en el Sindicato Metalúrgico de la CNT desde el 15 de julio de 1930. Fue uno de los fundadores del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Durante el proceso revolucionario jugó un papel activo en la colectivización de la fábrica, que pasó a denominarse Trefilería Barcelonesa, Industria Obrera Colectivizada. Tras la derrota, huyó a Francia.

Pérez García, Enrique

?, 1899 – ?

Asiduo colaborador de la prensa obrera, enviaba desde la prisión Modelo algunos de sus escritos a *Acción Social Obrera* que, hasta donde podía, hacía las veces de *la Soli* prohibida. También colaboró en *Acción* y en *Solidaridad Obrera*. Algunos de sus artículos los firmaba en representación de la Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. En 1922 fue encarcelado y, de nuevo, en 1929.



Pérez Pérez, Diego (el Llantos)

Cuevas de Vera (Almería), 21.2.1915 – Toulouse, 13.08.1991

Se afilió al Sindicato de la Construcción muy joven. Luchó como miliciano con la Columna 4 de Septiembre de la Construcción, adscrita a la Sur Ebro u Ortiz. Más tarde, ingresó en las Patrullas de Control. Fue detenido tras los Hechos de Mayo.

De 1939 hasta 1940 estuvo internado en el campo de Argelès. Posteriormente fue incorporado a una compañía de trabajo encargada de la construcción del «Muro del Atlántico» en

Pornichet, cerca de Saint Nazaire. Finalizada la II Guerra Mundial, se instaló en Decazeville, trabajando en sus minas. En esta localidad ocupó distintos cargos en la

Federación Local y fue uno de los dinamizadores de la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell en el exilio. En 1963 se trasladó con su familia a Toulouse, donde se fue alejando de la militancia.

Remolí Vilarroya, Alberto

Valencia, 1905 – ?

Participó en la Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell y estaba afiliado al Sindicato de la Construcción. Ingresó en la cárcel en diciembre de 1932. Fue miembro del Comité Revolucionario de la barriada y luego se incorporó a las Patrullas de Control. Resultó herido en las Jornadas de Mayo del 37 y, posteriormente, fue encarcelado por su participación en ellas. En el exilio estuvo vinculado a la Comisión de Relaciones de la barriada.

Sánchez Herrador, Gumersindo (el Madriles)

Toledo, 1890 – ?

Fue un militante reconocido del Sindicato de la Construcción. Participó en la larga huelga de las obras del metro, durante el primer semestre de 1923, y fue despedido del pozo en el que trabajaba. Orador en las asambleas generales, fue detenido por amenazas el 28 de marzo de aquel año. En 1924, durante el mes de marzo, los obreros del metro hicieron una colecta a su favor para ayudarlo en la enfermedad que padecía.

Formó, como presidente, parte de la primera Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Los informes de la policía sobre su legalización subrayan que ya había sido detenido en anteriores ocasiones por anarquista peligroso.



Soler Franquet, Fernando

Barcelona, 15.02.1919 – Montrouge (Francia), 1998

Luchó como miliciano en el frente de Aragón. Fue delegado por la barriada del Prat Vermell en el Pleno del 10 de octubre de 1937 de las JJLL (Juventudes Libertarias).

Exiliado, fue capturado por los nazis y encerrado, en enero de 1941, en el campo de concentración de Mauthausen, del que fue liberado el 5 de mayo de 1945. Miembro activo en los círculos del exilio, fue socio de la Amicale de Mauthausen.



Tortajada Tortajada, Ramón

Casas Bajas (Valencia), 13.12.1912 – Barcelona, 08.02.2008

Llegó a Barcelona con 11 años. A los 14 años repartía carbón y a los 16 entró en las canteras del Morrot. En 1930 ingresó en la CNT, en el Sindicato de la Construcción, ejerciendo de delegado y encargándose de las cotizaciones en las canteras.

Fue detenido en 1933 por la huelga de la construcción. Actuó como vocal en la Junta de la OSO (Organización Sanitaria Obrera) y fue miembro activo en el cuadro escénico del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Practicó el naturismo, era vegetariano y aprendió esperanto.

Participó en los combates de julio de 1936 ante el cuartel de la Magoria y la Telefónica. Al poco, se incorporó como miliciano en la Columna Roja y Negra. Resultó herido en el ataque a Huesca de abril de 1937 y de nuevo, gravemente, en la Hita (Guadalajara), en mayo de 1938. A finales de la Guerra fue ascendido a mayor jefe del Batallón de Ametralladoras de la 125 BM de la 28 División.

En los años ochenta se encontraba entre los jubilados del Sindicato de Oficios Varios de la Federación Local de Barcelona, junto a su compañera Carmen Pastor Redón (afiliada al Sindicato de Químicas desde 1923, miembro de la junta de la OSO y secretaria de Alberto Carsi en Obras Públicas).

Zambudio Torres, Blas (el Petrolito y el Pequeño)

Cabezo de Torres (Murcia), 1899 – Barcelona, 01.1942

Afiliado al Sindicato de la Construcción y hombre de acción. Fue detenido en numerosas ocasiones: en enero de 1928, por tenencia de armas; en marzo de 1934 se fugó del Hospital Clínico donde se curaba de unas heridas tras un tiroteo con la Guardia Civil, y en agosto de ese mismo año fue de nuevo apresado, en Madrid, junto a compañeros de otras nacionalidades implicados en actos revolucionarios en distintos países, acusados de preparar un importante atraco y de disponer de abundante propaganda de signo anarquista.

Durante el proceso revolucionario, desempeñó tareas de vigilancia en la puerta de la Casa CNT-FAI. Resultó herido —y fue ingresado en el hospital de Perpiñán— cuando formaba parte de la expedición encargada de traspasar la frontera con «material valioso» del Movimiento Libertario. Después, estuvo un breve tiempo en el campo de concentración de Rivesaltes del que se evadió.

De vuelta a Barcelona, formó parte de los grupos de acción. Su grupo cayó en diciembre de 1941 y él, a principios de enero de 1942, tras una emboscada, fue abatido a tiros por la policía. Tres de sus compañeros (José Raff, Pascual Gar-

gallo y Antonio Serrano) fueron ejecutados a garrote vil a finales de marzo de 1942.

Sus hijos, Blas y José, tras la represión posterior a los Hechos de Mayo, fueron encarcelados en diversas ocasiones. José, tras una fuga de la cárcel Modelo, acabó condenado a 30 años por alta traición.

Otros familiares también formaron parte de las filas anarcosindicalistas. Su hermano Andrés (*el Nene*) perteneció a la FAI desde 1929 y luchó como miliciano con la Columna 4 de Septiembre de la Construcción. Sus sobrinos, apellidados Zambudio Carrión, fueron destacados elementos de acción: Blas —acompañante de Gastón Leval en sus giras de propaganda— fue condenado en consejo de guerra a reclusión perpetua de 30 años; Antonio resultó abatido en un enfrentamiento con la Guardia Civil en 1935 y Andrés fue fusilado el día 1 de agosto de 1940.

De los otros barrios de la barriada



Arteaga Cerón, Pantaleón

Fuente de Cantos (Badajoz), 9.04.1912 – Lyon, 12.08.2006

Con nueve años laboreaba como jornalero del campo, luego trabajó en la construcción de los pabellones de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, trasladándose posteriormente a Barcelona. Estaba adherido a la CNT desde los 18 años y luchó como miliciano con la Columna Ascaso. Participó en los combates de los Hechos de Mayo. De regreso al frente, fue herido en la Batalla del Ebro.

Tras exiliarse, pasó por el campo de concentración de Saint Cyprien, incorporándose, a su salida en julio de 1939, a la 5.ª Compañía de Trabajadores Extranjeros. Detenido por los nazis en enero de 1944, logró evadirse y se reincorporó al maquis en el grupo La Vapeur. Volvió a ser detenido y, tras su segunda evasión, estuvo seis meses en el Fort de Chapoly (campo de internamiento nazi cerca de Lyon).

Mantuvo un contacto regular con el mundo libertario, militando en Saboya y, posteriormente, en la región de Lyon a partir de los años setenta, acudiendo a la Unión Local de la Federación Anarquista de Lyon y a la librería La Pluma Negra.

En 2002, a pesar de sus 90 años y dificultades de movilidad, acudía a conversar con los estudiantes en huelga a la puerta de los liceos.



Bernis Medina, Juan

Barcelona, 9.02.1901 – Barcelona, 02.1959

Trabajó como mecánico en la reparación de máquinas de escribir. En febrero de 1930 envió un artículo para ser publicado en *Tierra Libre* (que hacía las veces de la entonces prohibida *Tierra y Libertad*). Estaba entre los presos de la prisión Modelo firmantes, en febrero de 1933, de un manifiesto contra la represión republicana del movimiento obrero.

Fue miembro del Comité Agrícola al frente de la colectivización de las tierras de la barriada.

Su compañera, Encarnación Gallent Lara, pertenecía al cuadro escénico del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell.



Carbó Membrado, Manuel

Barcelona, 1.01.1906 – ?

Afiliado al Sindicato Siderometalúrgico, trabajó en la empresa Industrias Siderúrgicas. Fue delegado del Comité Revolucionario de Casa Antúnez. Posteriormente, ingresó en las Patrullas de Control y, tras su disolución, pasó, avalado por la Organización, al 22.º Grupo de Asalto del Cuerpo de Seguridad Uniformado. Fue encarcelado tras los Hechos de Mayo.

Durante el exilio estuvo internado en los campos de concentración de Adge y Argelès. A su salida, trabajó y residió en

Decazeville, departamento de Aveyron.

Conesa Fillol, Juan

Lorca (Murcia), 1900 – ?

Adscrito al Sindicato de la Construcción, fue miliciano de la Columna 4 de Septiembre de la Construcción. Formó parte de las Patrullas de Control. Estuvo encarcelado tras los Hechos de Mayo.

Se exilió a Francia y trabajó en la fábrica Renault. Permaneció en contacto con la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell.

Sus hermanos, Andrés y Orencio, estuvieron implicados en el movimiento libertario. Orencio emigró a Buenos Aires en 1929, tras su detención por un enfrentamiento con los pistoleros del Sindicato Libre.

Escribano Barbado, Eustasio

?, 1905 – ?

Miembro del Sindicato de Artes Gráficas, fue delegado en la fábrica de cartón de la viuda de Quírico Casanovas. Perteneció a la Junta del Sindicato de la barriada del Prat Vermell en los primeros días de la Revolución. Fue detenido tras los Hechos de Mayo.

Se exilió y se instaló en Venezuela.

Gascón Molinés, José (el Chispa)

Belchite, 1895 – ?

Afiliado al Sindicato Metalúrgico de la CNT desde el 1 de septiembre de 1930. Formó parte de la Junta del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell desde

su fundación. Fue miembro del Comité Revolucionario de Casa Antúnez. Durante las colectivizaciones ejerció de delegado en el Comité de la Comunal 1 del metal.

Fue detenido en marzo de 1939, llegándole el sobreesimiento provisional en abril de 1943.



Gómez Arnaiz, Lucio José

Aranguren (Vizcaya), 4.03.1906 – ?

Asistió como delegado por el Sindicato de la Metalurgia al Congreso Extraordinario de la CNT, celebrado del 11 al 16 de junio de 1931 en Madrid, y también a la Conferencia Regional de enero de 1936.

Hombre de acción, fue detenido o declarado en rebeldía en diversas ocasiones: por coacciones, en febrero de 1931; acusado y buscado por atentado contra el director de los talleres Girona; por haber amenazado al encargado de Hierros Mateu

y por otro atentado contra un patrono en Sevilla en diciembre de 1932; de nuevo por coacciones en junio de 1934 y por los sucesos de octubre del mismo año.

Durante la Revolución fue miembro del restringido Comité de Investigación —denominado Departamento de Investigación y Comités— de la CNT-FAI, en cuya nómina de octubre de 1936 constaban, asimismo, Manuel Escorza, Federica Montseny, Francisco Barrubés y el también vecino de la barriada Roberto Cantó Mira.

Tras los Hechos de Mayo, fue detenido irregularmente por los comunistas en su local de La Pedrera en el Paseo de Gracia. Después fue encartado en el macrosumario de los cementerios clandestinos y, en febrero de 1938, se encontraba en busca y captura por orden de la Comisaría General de Orden Público.

Exiliado, su nombre aparece en la lista de 276 «individuos clasificados como anarquistas peligrosos» que la Dirección de la Seguridad Nacional de la Policía francesa declaró «extranjeros a vigilar estrechamente».

En 1941-42, durante la ocupación alemana, fue miembro de la Comisión de Relaciones de la zona libre en Marsella. Entre 1944 y 1945 fue redactor de la revista *Ruta* en Marsella. Ejerció de delegado por Marsella en el Congreso de la FIJL (Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias), celebrado en Toulouse el 8 de abril de 1945, en el que fue elegido secretario de Propaganda en el Comité Nacional, cargo que rechazó. Entre 1944 y 1947 realizó diversas misiones en España enviado por el Secretariado de Defensa del Secretariado intercontinental. Hasta que sufrió un grave accidente laboral, militó en la Federación Local de Marsella.

Martínez Redón, Germán**Siete Albas (Valencia), 01.03.1903 – ?**

Trabajó en las extracciones de arenas y estaba adscrito al Sindicato de la Construcción de la CNT. Fue detenido y encarcelado en distintas ocasiones durante la República: el 24 de agosto de 1932 por lesionar al capataz de las extracciones en Casa Antúnez; el 13 de octubre de 1933 por repartir hojas clandestinas y el 15 de diciembre de 1933 acusado de agredir a la Guardia Civil durante la «insurrección» anarcosindicalista.

Se evadió del campo de Argelès el 17 de agosto de 1940. De vuelta a Barcelona, fue encarcelado en la prisión del Cànhamo, en el barrio del Poble Nou y, tras un consejo de guerra, fue condenado a la pena de 12 años y 1 día de reclusión, que le fue conmutada por la de 10 años de prisión mayor.

Muñoz Carrasco, Miguel (el Duende)**Cala Blanca (Águilas, Murcia), 5.04.1903 – Béziers (Francia), 12.09.1997**

Llegado de joven a Barcelona, fue militante destacado del Sindicato de Químicas y delegado por el mismo en la Conferencia Regional de enero de 1936. Durante el periodo republicano, fue detenido y encarcelado en distintas ocasiones: por reunión clandestina y hallazgo de armas en la sede del Sindicato de Productos Químicos, en mayo de 1932; por coacciones, exigiendo trabajo, en mayo de 1933, y en febrero de 1934, por participar en una reunión de la ilegalizada Federación Local.

Tras exiliarse, pasó por los campos de concentración y las compañías de trabajo. Evadido del Polvorín de Latices, ingresó en el maquis del Canigó. En 1955 dejó su residencia en Prats de Molló para instalarse en Béziers (Languedoc-Roussillon), militando hasta su muerte en el Sindicato de Oficios Varios de su Federación Local.

Navarro Sánchez, Andrés (el Alfalfa)**Barcelona, 2.02.1917 – Barcelona, 3.11.1999**

Trabajó en la fábrica Alena. Fue militante del Sindicato de la Madera de la CNT y se alistó como miliciano en la Columna Durruti, de la que desertó. Participó en los combates de mayo de 1937. Fue encarcelado en marzo de 1939 y resultó absuelto en un consejo de guerra celebrado en noviembre del mismo año, aunque, por disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros, fue enviado a un batallón disciplinario. Estuvo en la clandestinidad en el núcleo anarcosindicalista de la barriada.

Reyes Jiménez, Francisco**? – Barcelona, 10.05.1937**

Militante del Sindicato de la Madera y hombre de acción. Perteneció a la Junta de la Mutua del Obrero de la Casa Alena, donde trabajaba. Durante la Revolución formó parte del Comité de la fábrica colectivizada, ya denominada Tableros Contrachapeados. Murió durante los Hechos de Mayo a causa de una bala que le alcanzó cerca de Atarazanas.

Sáez Hernández, Juan Bautista**Cartagena (Murcia), 1912 – Barcelona, 18.01.1941**

Estuvo vinculado al Comité Revolucionario del Prat Vermell e ingresó en las Patrullas de Control. Acudió a la Escuela de Militantes y dio una charla en el Sindicato de la Madera, al que pertenecía. Tras la celebración de un consejo de guerra en diciembre de 1940, fue fusilado.

Tort Sicart, Jaime**Castellet i la Gornal (Barcelona), 1902 – ?**

A principios de agosto de 1925 fue apresado por estar fichado como anarquista peligroso. Acusado de complot, cumplió dos años de condena. Al salir en libertad, se marchó a Francia de donde regresó durante la República, volviendo a ser arrestado por su presencia —a pesar de estar reclamado por la justicia— en una importante reunión de sindicalistas celebrada en un bar de la calle Sant Pau, en enero de 1934, que abordaba la huelga de tranvías. Tras un consejo de guerra, en mayo de 1940, fue condenado a reclusión perpetua.



Los hermanos Virgilio, Crisanto y Manuel Valcárcel

Valcárcel Tornel, Crisanto**(el Microbio)****Cartagena (Murcia), 10.09.1916 – Barcelona, 28.12.1985**

En marzo de 1933 escribió «Arde Casas Viejas» en *Tierra y Libertad*. Fue activo en los sabotajes durante la huelga de los tranviarios de finales de 1933, que se prolongó durante 1934. En abril de 1935 fue encar-

celado, junto a otros cuatro compañeros, acusados de un atraco y de disparar y lanzar una bomba a la policía. Sin embargo, según José Mariño —uno del grupo— ellos no habían tenido nada que ver con el atraco, sino que estaban trasladando explosivos desde la plaza de Sant Agustí Vell, en el centro histórico, al barrio del Poble Nou.

Estuvo internado en diversos campos de concentración, en el campo de Adge y en el castillo de Colliure. Su nombre aparece en la lista de 276 «individuos clasificados como anarquistas peligrosos» de la Dirección de la Seguridad Nacional de la Policía francesa. A su vuelta a Barcelona, a principios de 1952, fue detenido y, al poco, puesto en libertad.

Valcárcel Tornel, José

Cartagena (Murcia), 11.03.1904 – Barcelona, 25.05.1939

Militante confederal. Trabajó en la fábrica Alena y participó en la Junta de la Mutua del Obrero. Fue miembro de las Patrullas de Control. Tras los Hechos de Mayo, ingresó varias veces en la cárcel, fugándose de la de Manresa (Barcelona), a la que había sido trasladado desde la prisión Modelo como «elemento perturbador».

Encarcelado en la Modelo el 13 de marzo de 1939, fue fusilado tras la sentencia de un consejo de guerra celebrado el 25 de abril.

Otros apuntes biográficos



Acosta Murcia, Francisco

La Unión (Murcia), 1902 – ?

Perteneó al Comité de la Rivière colectivizada. Fue condenado en consejo de guerra a 15 años de reclusión temporal.



Alarcón Casquet, Miguel

Cuevas de Vera (Almería), 1908 – ?

Formó parte de las Patrullas de Control. Fue detenido tras los Hechos de Mayo de 1937. Se exilió y pasó por varios campos de concentración.



Alarcón Peralta, Pedro (el Picolis)

Cuevas de Vera (Almería), 1900 – ?

Miliciano en la Columna Durruti. Fue condenado en consejo de guerra a 12 años y 1 día de reclusión temporal.



Alcón Gasqué, Cristóbal (el Tofo)

Lourdes (Francia), 1914 – ?

Trabajó en la fábrica Alena. Fue condenado en consejo de guerra a 15 años de reclusión temporal.



Asensio Pérez, Diego (el Pipa)

Cuevas de Vera, 3.01.1911 – Barcelona, 13.01.1973

Afiliado a la CNT, luchó como miliciano en la Columna Hijos del Pueblo. Se exilió y estuvo internado en los campos de concentración de Argelès y Barcarés, ingresando posteriormente en las compañías de trabajadores extranjeros en Saint-Juéry (Midi-Pyrénées) y Elne (Languedoc-Roussillon).



Bernal Pérez, Juan Antonio (el Andaluz)

Sevilla, 10.03.1895 – Barcelona, 1945

Perteneció a las Patrullas de Control. Fue detenido tras los Hechos de Mayo de 1937 por tenencia de armas. Tras un consejo de guerra fue condenado a muerte, pena que le fue conmutada. Falleció en la cárcel Modelo en el mes de diciembre de 1945.



Bernis Medina, José

Barcelona, 1905 – Barcelona, 1962

Estuvo vinculado al Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Fue detenido el 12 de febrero de 1940 y puesto en libertad al cabo de un mes.



Bonias Pardo, Pedro (el Gato)

Cofrentes (Valencia), 1906 – Sant Boi (Barcelona), 30.03.1990

Afiliado al Sindicato de la Construcción, estaba entre los fundadores del Ateneo Cultural de Defensa Obrera del Prat Vermell. Formó parte de las Patrullas de Control. Ingresó en prisión el 5 de agosto de 1939 y, en el consejo de guerra que le juzgó en mayo de 1943, lo condenaron a tres años.



Cantó Mira, Antonio

Alcoy (Alicante), 1900 – ?

Adscrito a la CNT, participó en la mutua de la fábrica Alena. Ejerció de conserje, por el Sindicato, en el Colegio de Farmacéuticos durante la Revolución. Pasó por el campo de concentración de prisioneros de Tarragona y, en un posterior consejo de guerra, obtuvo la libertad provisional.



Cañadas Pérez, José (los Melosos)

Barcelona, 22.12.1922 – ?

Fue detenido en 1951 por colaboración, como «santero» (pasador de información) con la guerrilla urbana libertaria. En un consejo de guerra fue condenado a 20 años y 1 día de reclusión mayor.



Caparrós Pérez, Diego (los Lobones)

Cuevas de Almanzora (Almería), 6.10.1907 – Vedène (Avignon) 9.10.1994

Estaba afiliado a la CNT desde antes de julio de 1936. Se exilió y estuvo internado en el campo de Argelès. Trabajó en las minas de Decazeville. Fue un miembro activo en la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell en el exilio.



Caparrós Pérez, José (los Lobones)

Cuevas de Vera (Almería), 1916 – Barcelona, 6.11.1991

Albañil, afiliado a la CNT desde 1934. Fue miliciano en el Comité de Fronteras en Puigcerdà. En 1937 marchó al frente, siendo apresado en las inmediaciones de Tortosa en abril de 1938. En su primer consejo de guerra, en mayo de 1940, fue condenado a pena de muerte; aunque, tras la reapertura del sumario en diciembre de 1942, la sentencia le fue conmutada por la de 12 años y 1 día de reclusión menor.



Flores Higuera, Antonio

Barcelona, 22.08.1925

A los doce años ya estaba afiliado a las Juventudes Libertarias del Ateneo Floreal, en Sants. Tras exiliarse, pasó por los campos de concentración y por las compañías de trabajadores extranjeros. En 1945 fue secretario de las JJ.LL. de la Región Rhône-Alpes. Participó en la constitución de la Junta Española de Liberación.

En diversas ocasiones desempeñó el cargo de secretario de la Federación Local de la CNT en Chasse-sur-Rhône-Givors, próxima a Lyon, y del departamento; también fue tesorero del Comité Regional. Actualmente, se define como un simple cotizante. Reside en Chasse-sur-Rhône, en el departamento de Isère.



Jodar Sánchez, Carlos

Baza (Granada), 12.01.1919 - ?

Llegó a Barcelona con cuatro años. Trabajó de electricista. Fue delegado por la barriada del Prat Vermell en el Pleno de las Juventudes Libertarias realizado el 10 de octubre de 1937.



Liria Rodríguez, Antonio

Mazarrón (Murcia), 19.07.1908 - ?

Fue miliciano en la Centuria 8 de la Columna Hilario Zamora. Posteriormente, por breve tiempo, formó parte de las Patrullas de Control y de la Guardia Rural en la colectividad agrícola del Prat Vermell. Fue condenado en consejo de guerra a 20 años de reclusión temporal.



López López, Salvador

Cartagena, 1914 - Barcelona, 29.01.2002

Afiliado a la CNT desde antes de 1936. Estuvo de miliciano en Fortificaciones. Fue detenido en marzo de 1939 y condenado en consejo de guerra a 30 años de prisión.



López Requena, María

Minganilla (Cuenca), 1910 - Barcelona, 13.04.1974

Luchó como miliciana en el frente de Aragón.



López Requena, Tomás

Minganilla (Cuenca), 21.12.1920 - Barcelona, 1.05.1994

Afiliado al Sindicato de la Madera, se enroló en las milicias confederales. Fue capturado cerca del pantano de Camarasa (Lérida) en la primavera de 1938. Transitó por los campos de concentración franquistas, saliendo del de Deusto (Vizcaya) a mediados de 1942.



López Saura, Antonio

Cartagena (Murcia), 4.06.1921 - Barcelona, 13.06.2004

Miliciano con la Columna Tierra y Libertad en el frente de Madrid. Fue detenido en enero de 1942, decretándose su puesta en libertad en el mes de junio.



López Saura, Juan

Cartagena (Murcia), 1.06.1898 - Sant Feliu de Codines (Barcelona), 8.12.1972

Miliciano en la Centuria 8 de la Columna Hilario Zamora. Fue detenido el 10 de mayo de 1939 y en consejo de guerra fue condenado a 12 años y 1 día de reclusión temporal, pena que le fue conmutada por la de un año de prisión menor.



López Soriano, José

Cuevas de Almanzora (Almería), 12.01.1896 - ?

Trabajó de peón albañil y estaba afiliado a la CNT con anterioridad a julio de 1936. Fue detenido en enero de 1940 y condenado a 27 años por auxilio a la rebelión. Salió en libertad condicional de la prisión del Puerto de Santa María (Cádiz) en abril de 1950.

**Maldonado Ruiz, Dolores****Barcelona, 29.09.1918 – Barcelona, 22.05.2005**

Afiliada a la CNT. Estaba entre las mujeres que firmó, durante la huelga de alquileres, contra los desahucios y los asaltos policiales al barrio.

**Márquez Giménez, Encarna****Barcelona, 2.02.1921 – Lyon, 5.03.2010**

Militó desde temprana edad en las Juventudes Libertarias. Estuvo exiliada junto a su compañero José Sarto, miliciano en la Columna Durruti. Se instalaron en Lyon.

**Mula Valero, Pedro****Lorca (Murcia), 1898 – Barcelona, 1943**

Afiliado al Sindicato Metalúrgico desde 1931 y miembro del Comité de la Rivièrre colectivizada. En el consejo de guerra del 25 de octubre de 1939 fue condenado a 12 años y 1 día de reclusión temporal. Falleció de tuberculosis tiempo después de salir en libertad condicional de la cárcel Modelo.

**Muñoz Carrasco, Antonio****Águilas (Murcia), 1911 – ?**

Fue miliciano en la Columna Hilario Zamora en la que, tras la militarización y conversión en la 116 BM de la 25 División, alcanzó el grado de capitán. Tras pasar por el campo de concentración de prisioneros en Deusto, fue trasladado a la cárcel Modelo de Barcelona. Fue condenado en consejo de guerra a 6 años y 1 día.

**Pascual Faral, Alberto****Barcelona, 1913 – ?**

Metalúrgico, afiliado a la CNT desde antes de julio de 1936. Combatió como miliciano en la Columna Ascaso. Fue condenado en consejo de guerra a 12 años y 1 día de reclusión temporal.

**Pérez Martínez, Juan****Cuevas de Vera (Almería), 1915 – ?**

Afiliado a la CNT antes de julio de 1936. Fue miliciano en la Columna Tierra y Libertad y, posteriormente, por breve tiempo, formó parte de las Patrullas de Control. Fue condenado en consejo de guerra, en junio de 1940, a reclusión perpetua.

**Pons Sala, Miguel****Barcelona, 1905 – ?**

Trabajó en la Rivièrre, siendo delegado por el Sindicato en 1932 y desempeñando, después, un papel activo durante la colectivización de la fábrica. Estando exiliado, pasó por el campo de Argelès. A su vuelta, fue detenido y condenado en consejo de guerra a 20 años y 1 día de reclusión mayor.

**Rata López, Encarnación****Anguita (Guadalajara), 25.03.1893 – Barcelona, 26.03.1979**

Activa, junto a su compañero, Manuel Fernández Cazorla, en el Movimiento Libertario. Es recordada como lectora empedernida, en voz alta, de la prensa obrera anarcosindicalista.



Rodríguez Fernández, Juan (el Nieves)

Cuevas de Vera (Almería), ? - ?

Afiliado a la CNT desde antes de 1936. Estuvo en las Patrullas de Control. Exiliado, pasó por los campos de concentración y, durante un tiempo, se mantuvo vinculado a la Comisión de Relaciones de la barriada del Prat Vermell en el exilio.



Rodríguez González, Juan

Villaricos (Almería), 14.06.1900 - Barcelona, 2.10.1944

Militante en el Sindicato desde antes de 1936, trabajó en la fábrica de Briquetas desde 1927, participando activamente en su colectivización. Fue condenado en consejo de guerra a 15 años de reclusión temporal. Falleció a los nueve meses de haber obtenido la libertad condicional.



Rodríguez Rodríguez, Bartolomé (el Bartolo)

Cuevas de Vera (Almería), 1915 - ?

Afiliado a la CNT desde 1935, luchó como miliciano en la Columna Ortiz y, por breve tiempo, formó parte de las Patrullas de Control. Fue detenido tras los Hechos de Mayo. Estuvo exiliado y, a su vuelta, fue detenido. Fue sometido a dos consejos de guerra: uno, en octubre de 1939, en el que fue condenado a 6 años y 1 día; y otro, en julio de 1942, con una sentencia de 30 años. Salió del penal del Dueso en libertad condicional en 1959.



Ruiz Rodríguez, Victoria (la Benita, la Matonera)

Málaga, 1898 - Barcelona, 18.08.1962

Fue muy activa en la huelga de alquileres y una de las firmantes de la denuncia contra los desahucios y el acoso policial que padeció el barrio. Su padre, Antonio Ruiz (*el Padre Cantero*) fue un destacado militante del Sindicato de la Madera.



Segura Fuentes, Ana

Cuevas de Vera (Almería), 1912 - ?

Trabajó en la fábrica Rivière. Militó en el Sindicato del Metal, sección de Hierros y Acero, desde abril de 1931. Luchó como miliciana en la Columna Durruti. Fue detenida tras los Hechos de Mayo. En diciembre de 1940 fue condenada en consejo de guerra a 20 años de reclusión temporal.



Segura Caparrós, Francisco

Carboneras (Almería), 3.08.1917 - ?

Miliciano, capturado el 7 de noviembre de 1938 en el frente del Segre.

Su sumario de urgencia fue sobreesido el 13 de octubre de 1939, siendo puesto a disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros.



Solà Gili, Jaime

Belcaire (Lérida), 1897 - ?

Afiliado a la CNT desde antes de 1936, adscrito al Sindicato de Vaqueros y delegado en el mismo por la barriada del Prat Vermell. Fue muy activo en la colectivización de las vaquerías. Detenido en marzo de 1939, fue condenado en consejo de guerra a la pena de 12 años y 1 día de reclusión temporal.



Vidal Duró, María

Barcelona, 01.01.1916 - Redessan (Languedoc-Roussillon), 01.1998

Delegada por Mujeres Libres en la fábrica Sangrá y vinculada también, en el proceso revolucionario, a las colonias escolares. Exiliada, estuvo internada en el campo de concentración de Sant Cyprien.

☆ Milicianos de las Casas Baratas

Nombre	Columna	Paradero
Alarcón González, José	Aguiluchos	
Alarcón López, Lorenzo	Tierra y Libertad: centuria 12, grupo 2	Madrid
Alarcón Peralta, Pedro	Durruti	
Alfonsea Moreno, Francisco	Durruti: centuria 41, grupo 3	Pina de Ebro
Alonso Expósito, Francisco	Ortiz: centuria CNT, grupo La Casilla	Azaila
Alonso López, Agustín	Durruti: centuria 33, grupo 2	Bujaraloz
Alonso Pérez, Diego	Del Barrio	Tardienta
Alvado Pérez, Matías	Durruti	
Angosto Pagué, Francisco	Carod-Ferrer: centuria 8, grupo 5	Azuara
Ardite Pérez, Pedro	Durruti	
Asensio Pérez, Diego	Hijos del Pueblo	
Asensio Pérez, Juan	Hilario Zamora: centuria 7, grupo 7	Lécera
Asensio Pérez, Manuel	Roja y Negra	Igriés
Azorín Giménez, Pedro	Roja y Negra	
Berrar Laplaza, Santiago	Aguiluchos	
Boluda Serrano, Pedro	Segunda POUM	Lecireña
Bonet Casquet, Juan	Durruti	
Borondo Córdoba, Eduardo	Durruti: centuria 52, grupo 1	Pina de Ebro
Borrell Castedo, José	Ascaso	
Cañadas Alonso, Josefa	Ascaso	Vicién
Carcasés Garrido, Enrique	Durruti	
Carmona Gómez, Pedro	4 de septiembre Construcción Magín	Azaila
Cela Pons, José	Durruti	
Cerdán Briones, Enrique	Ortiz	Azaila
Cerdán Briones, Rómulo	Durruti	Bujaraloz
Conde Sobredo, Gabriel	Ascaso: centuria 7, grupo 7	Vicién
Córdoba Belduque, Pedro	Durruti	
Corominas Ribó, Andrés	Roja y Negra	Loporzano
Domínguez González, Diego	Ortiz	Caspe
Egea Marcos, Antonio	Aviación	Pompínillos
Egea Tudela, José	Ascaso	
Escobar Pérez, Desiderio	Aguiluchos	Vicién
Fernández Lorita, José	Aguiluchos	

Fernández Teruel, Cristóbal	Aguiluchos: centuria 2, grupo 3	
Franco Hernández, Miguel	De la Muerte	
García Alarcón, Juan	Ortiz	
García Madrid, Joaquín	Durruti	Bujaraloz
García Segura, Antonio	Aguiluchos	Loporzano
García Teba, Juan	Carod-Ferrer: centuria 7, grupo 4	Azuara
Gea Lozano, Juan	De la Muerte	
Gil Martínez, Esteban	Durruti	Bujaraloz
Gilbert Navarro, José	Ortiz	La Zaida
Giménez Pelegrín, Juan	Durruti	
Giménez Pelegrín, Pedro	Durruti	
Gómez García, Ricardo	Hilario Zamora: centuria 7, grupo 26	Sástago
Gómez Martínez, Domingo	Durruti: centuria 2	
Gómez Medina, Miguel	Durruti: centuria 24, grupo 2	Pina del Ebro
Guirao Ruiz, José	Ortiz: centuria 2, grupo 15	Azuara
Guiseris Palacios, Antonio	Ascaso	
Guiseris Palacios, Ramón	Aguiluchos	
Haro Cañadas, José (de)	Ascaso: centuria 1, grupo 2	Vicién
Hernández Ruiz, Antonia	Aguiluchos	Castillo San Juan
Hernández Ruiz, Diego	Aguiluchos	
Liria Rodríguez, Antonio	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 33	Sástago
Lisón Martínez, Pedro	Aguiluchos	
López Esteban, Pedro		Sariñena
López Montesinos, Francisco	Ascaso	
López Montesinos, Victorio	Ascaso	
López Requena, Consuelo	Aguiluchos	Grañén
López Saura, Antonio	Tierra y Libertad	
López Saura, Juan	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 33	Sástago
López Teba, Pedro		Aguiluchos
López Vargas, Fernando	Aguiluchos	Grañén
Luzón Noya, José	Ferrer Guardia	
Mallea Martínez, Pedro	Ascaso	Huesca
Manante Carceller, José	Aguiluchos	
Márquez Murcia, José	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 2	Sástago
Márquez Sánchez, Miguel	Durruti: centuria 37, grupo 2	Bujaraloz
Martínez Alonso, Francisco	Ascaso: centuria 4, grupo 32	Cristóbal
Martínez Callado, Francisco	Hijos del Pueblo: centuria 4 proletaria	Lécera
Mateo Bermejo, Juan	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 33	Sástago

Medina Alarcón, José	Ascaso	
Mera Díaz, Víctor	4 de septiembre	
Miñarro Pelegrín, José	Durruti: centuria 37, grupo 2	
Miras Bertrán, Benito	Companys	Azuara
Molina Gutiérrez, Francisco	Catalanas	Madrid
Navarro García, Juan	4 de septiembre: centuria 3	Lécera
Navarro Martínez, Juan	Durruti: centuria 37, grupo 2	Bujaraloz
Navarro Rodríguez, Fernando	Ascaso	
Navarro Sempere, Antonio	Aguiluchos: centuria 2, grupo 3	Currión
Nicolás Saura, Martín	García Oliver	Vicién
Pascual Faral, Alberto	Ascaso	
Pastor Mayoral, Juan	Ascaso	
Peralta Castejón, José	García Oliver	
Pérez Alcázar, José	Del Barrio	
Pérez Barnés, Andrés	Durruti: centuria 37, grupo 2	Bujaraloz
Pérez Casquet, Andrés	Durruti	Pina de Ebro
Pérez Céspedes, Manuel	Bayo	Mallorca
Pérez Céspedes, Melchor	Aguiluchos: centuria 15, grupo 2	Vicién
Pérez Magret, Ricardo	4 de septiembre Construcción Magín	Caspe
Pérez Pérez, Diego	Ortiz	Lécera
Pérez Rodríguez, Antonio	Aguiluchos	
Pla Figols, Angel	Aguiluchos	
Pons Aparicio, Enrique	Aguiluchos	Loporzano
Pons Sala, Antonio	Ascaso	
Pons Sala, Francisco	Carod-Ferrer: centuria 7, grupo 4	Azuara
Pons Sala, Juan	Ascaso	
Portes Soria, Francisco	Aguiluchos: centuria 15, ametralladoras	Vicién
Real Rodríguez, Pascual	Aguiluchos	Loporzano
Reina Martínez, José	Durruti	
Rocher Ramis, José	Durruti: centuria 37, grupo 2	Osera
Ródenas Rodríguez, Rosa	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 33	Sástago
Rodríguez López, Francisco	García Oliver	
Romero Martínez, José	Durruti: centuria 33, grupo 2	Bujaraloz
Ruiz Ceballos, Antonio	Durruti: centuria 60, grupo 2	Bujaraloz
Sábado Ballester, Pedro	Durruti: centuria 10	Osera
Salvador García, Antonio	Durruti	Bujaraloz
Salvador García, Valentín	Ascaso	
Salvador Gonzalbo, Pedro	Durruti	Bujaraloz

Salvador Gonzalbo, Manuel	Ascaso	Vicién
Sánchez, José María	Ferrer Guardia: grupo 1 - Hotel Ampuria	Girona
Sánchez Ortega, Francisco	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 33	Sástago
Sánchez Sánchez, Diego	Durruti: centuria 60, grupo 2	Bujaraloz
Sánchez Sánchez, Vicente	Ascaso	Huerrios
Serrano Lozano, Pedro	Aguiluchos	
Sigüenza García, Pablo	Ascaso	Castillo San Juan
Simarro Saez, Luis	Durruti: centuria 42, grupo 3	Farlete
Simón García, José	Durruti	Bujaraloz
Soler Climent, Jaume	Durruti	Farlete
Soler Collado, Diego	Aguiluchos	Loporzano
Sulsol Nerja, José	Segunda: centuria 4	
Zambudio Torres, Blas	4 de septiembre	

☆ **Milicianos de otros barrios de Can Tunis**

Nombre	Columna	Paradero
Aladón Luz, Tomás	Roja y Negra	Igriés
Aladreu Ruesca, Pedro	Ascaso: grupo sanitario	Vicién
Alonso Martín, Sulpicio	Durruti	
Alonso Mulero, Rodrigo	Roja y Negra	Barbastro
Anglada García, Manuel	Durán Rosell	
Ausejo Carreras, Antonio	Ascaso	
Argüelles Gros, Francisco	Durruti	
Arqueros Milán, Juan	Durruti	Bujaraloz
Arruga Continente, Hermenegildo	Hilario Zamora	
Arteaga Cerón, Pantaleón	Ascaso: centuria 7, grupo 65	Castillo San Juan
Barnes Miñarro, Amador	Mallorca	
Barroso León, Francisco	Durruti	
Benagues Tomás, Cirilo	Durruti	

Benesenes Argilé, Ramón	Del Barrio	Tardienta
Bertrán Tur, Vicente	Alto Aragón	
Boix Camacho, Josep	Macià	Alcañiz
Boix Milián, Pío	Macià	Alcañiz
Boix Navarro, Manuel	Ascaso	
Cabo Cabezó, Mariano	Durruti	
Campoy Lorca, Pedro	Roja y Negra	
Cano María, José	Macià	
Caño Ramírez, Lázaro	Sanitario Ambulancia	Tardienta
Capdevila Larrainzar, Emilio	García Oliver: centuria 2, grupo 3	Huerrios Casa Blanca
Capell Munt, José	Aviación	Pompinillos
Carmona Jaraba, Agustín	Ortiz	Azuara y Fuendetodos
Carrasco Martínez, Antonio	Durruti	Bujaraloz
Carreras Peroy, Juan	Hospital	Bujaraloz
Cazorla Cañadas, Antonio	Ascaso	Vicién
Cazorla Cañadas, Juan	Ortiz	Azaila
Centellas Alcuberro, Ana	Ortiz	Azaila
Centellas Martí, Antonio	Durruti	Bujaraloz
Conesa Fillol, Juan	4 de septiembre	Sástago
Continente Casamian, Pablo	Durruti	
Cortés Santiago, Juan	Aguiluchos	
Cucarella Hernández, Eleuterio	Villalba	
Domènech Mascarell, Carlos	Libertad PSUC	Madrid
Esteve Ferrer, Raimundo	Ascaso	Vicién
Fernández Álvarez, José	Ortiz	Caspe
Fernández Ferrer, Antonio	Durruti	Farlete
Ferrer Alós, Francisco	Segunda	Alcubierre
Frac Serrano, Julián	Ortiz	
Fuentes Tomás, Antonio	Macià-Companys	
García Alarcón, Eugenio	Del Barrio	Las Casas
García Burgos, Cristóbal	Durruti	
García Galiana, Antonio	Ascaso	
García Moreno, Antonio	Aguiluchos	
García Moreno, Pionoro	Aguiluchos	
García Pallarés, Federico	2 POUM	Alcubierre
García Sánchez, Santiago	Roja y Negra	
Gelats Orca, Mario	Roja y Negra	
González Pérez, Manuel	Aguiluchos	Vicién

Guerrera Barberá, Juan	2 POUM	Barbastro
Guerrero Continente, Dionisio	Durruti	
Herrero Esteban, Antonio	Companys	Alcubierre
Ibáñez Mateu, Pedro	Hilario Zamora	Sástago
López González, José	Companys: centuria 7, sección 1	Alcubierre
López Martos, Telesforo	Roja y Negra	
Mallo Rodríguez, Antonio	2 POUM	Leciñena
Marcos Tejedor, Clemente	Segunda	
Marín Albert, Miguel	Zapatero	
Marte Martínez, Ramón	Roja y Negra	Igriés
Martínez Cano, Antonio	Durruti	Osera
Martínez Fernández, José	Aguiluchos Abastos	Sariñena
Martínez Giménez, Francisco	Durruti	
Martínez López, Gaspar	Durruti	
Mena Fernández, José	Hilario Zamora	Azaila
Molina González, Antón	POUM Caballería	Barbastro
Molina Pallarés, Juan	2 POUM	Tierz
Morcillo Jarabo, Federico	Villalba	
Moreno López, José	Ascaso	
Muñoz Carrasco, Antonio	Hilario Zamora	
Navarro Enguix, Vicente	Ascaso Sanitario	Vicién
Navarro Sánchez, Andrés	Roja y Negra	
Olivera Martínez, Domingo	Roja y Negra	Loporzano
Ortiz González, Salvador	Durruti	
Palacín Lozano, José	Hilario Zamora: centuria 9, grupo 1	Sástago
Palacios Ruiz, José	Ortiz	Azaila
Peguero Royo, Lorenzo	Aguiluchos: centuria 14, grupo 5	Huerrios
Pelaez Goitia, Pedro	Durruti	
Pellicer Carboner, Ramón	Ascaso	Vicién
Pérez Carbó, José	Medrano	Monflorite
Pérez Rodríguez, Salvador	Hilario Zamora: centuria 8, grupo 33	Sástago
Pineda García, Francisco	Durruti	Bujaraloz
Ponce Maturana, Antonio	Roja y Negra	Barbastro
Prades Piquer, Salvador	Ascaso	Vicién
Ramos Díaz, Alberto	Macià-Companys	Alcañiz
Romanos Gracias, José	Hilario Zamora	
Saavedra Cobo, José	Madrid	
Sarto Ginés, José	Libertad	Madrid

Sarto Ginés, Julián	Ortiz	Azaila
Salomón Mateu, Miguel	Carod-Ferrer: centuria 7, grupo 4	Azuara
Sánchez Tabalo, Fernando	Del Barrio	Tardienta
Sánchez Brasa, Antonio	Ascaso	Vicién
Sanmartín Llonvarte, José	Ortiz	Azaila
Santiago Gorreta, Miguel	Ascaso	
Santos Puerta, Jordi	Zapatero	
Taira Casaus, Jesús	2 POUM	Alcubierre
Taira Casaus, Lorenzo	2 POUM	Alcubierre
Tena Gual, Manuel	Durruti	
Tort Sicart, Jaime	Durruti	Osera
Tricant Fontanellas, Agustín	Durruti	Tardienta
Uliaque Hurtado, José	Hilario Zamora	
Vélez Peñarroya, Pedro	Ascaso	Vicién
Vera Elcacho, Esteban	Ortiz	Caspe
Vicente Lozano, José	Guillamont	Mahón
Vila Riera, Pedro	Ingenieros	
Viñolas García, Rafael	Ortiz	
Vives Lucas, Antonio	Aguiluchos: centuria 9, grupo 5	Vicién

☆ Muertos

En la Guerra

Nombre	Fecha y lugar
Alarcón Casquet, Francisco	6-08-1936
Alonso Expósito, Francisco	9-03-1938, desaparecido en combate en Fuentetodos
Angosto Pagué, Francisco	20-11-1936, en Fuentetodos
Asensio Pérez, Manuel	13-01-1938, en Adra
Azorín Giménez, Pedro	Octubre de 1936
Candel Antón, Marcelo	21-08-1937, en el frente
Cazorla López, José	En el frente, en Corbera d'Ebre, durante la Batalla del Ebro
Defez Carrión, Pascual	16-03-1937, en el frente
Gómez Medina, Miguel	22-06-1938, en Cervera en acción de guerra
Guevara Pérez, Ginés	10-08-1936
Jérez Pérez, Francisco (<i>el Pirulo</i>)	11-07-1938
Ramos García, Mariano	16-08-1936, en las Casas Baratas probando material de guerra

Sorbe Cánovas, Francisco	01-04-1937, en acción de guerra
Villán Fernández, Amador	fallece en la guerra

En Mayo de 1937

Nombre	Fecha y lugar
Avila Martínez, Bartolomé	04-05-1937, en Vía Durruti
García Segarra, Francisco	24-05-1937
Reyes Jiménez, Francisco	10-05-1937, cerca de Atarazanas

Fusilados

Nombre	Fecha
Alcázar García, José (<i>el Canillas</i>)	23-12-1938
Asensio Pérez, Juan (<i>el Porro</i>)	15-07-1939
Asensio Pérez, Manuel	23-12-1938
Borrell Castedo, José	12-07-1939
García Rodríguez, Mariano	25-10-1939
Manzanera Segura, Ginés	24-05-1939
Martínez Sánchez, Bartolomé	27-02-1939
Meli Martínez, Isidoro	24-05-1939
Pastor López, Patricio	7-04-1943
Pérez Casquet, Francisco (<i>el Guerra</i>)	23-12-1938
Ramos Rodríguez, Rogelio	10-05-1950
Sáez Fernández, Antonio, (<i>el Castrón</i> , hijo)	24-05-1939
Sáez Hernández, Juan Bautista	18-01-1941
Torralba Esquerria, José	27-07-1939
Valcárcel Tornel, José	25-05-1939
Zambudio Torres, Blas	4-01-1942

En las cárceles

Nombre	Fecha
Bernal Ramírez, Juan Antonio	10-12-1945
Córdoba Belduque, Manuel	20-07-1943
Vera Lardín, Antonio	1-06-1939

En los campos de concentración nazis	
Nombre	Lugar y fecha
Ardite Pérez, Pedro	Gusen, 6-10-1942
Corominas Ribó, Andrés	Gusen, 14-01-1942
Cucarella Hernández, Eleuterio	Gusen, 8-04-1941
Herrero Esteban, Antonio	Gusen, 8-03-1942
Márquez Murcia, José	Gusen, 18-08-1941
Pérez López, Joaquín	Gusen, 8-12-1941
Ruedas Gómez, Antonio	Gusen, 29-07-1941
Viñolas García, Rafael	Hartheim, 14-10-1942

☆ Sumarios militares y consejos de guerra			
Nombre	Detención	C. de guerra	Condenas
Acosta Murcia, Francisco	10-07-1939	4-10-1939	15 años reclusión temporal
Alarcón Peralta, Pedro	1-04-1939	28-10-1939	12 años y 1 día reclusión temporal
Albea Contreras, José	29-09-1940	20-01-1943	4 años y 2 meses reclusión temporal
Alberola Ramón, Juan	28-04-1939	7-07-1939	Traslado al campo de Horta el 7-10-1939
Alcaraz Giménez, Ignacio	10-04-1939	22-01-1940	12 años y 1 día reclusión temporal
Alcolea Sans, José	15-09-1939	23-03-1943	Libre absolución
Alcón Gasqué, Cristóbal	15-09-1939	23-03-1943	15 años reclusión temporal
Argüelles Gris, Francisco	9-01-1940	6-03-1942	12 años y 1 día reclusión temporal
Asensio Rodríguez, José	19-03-1939		Libertad, 6-10-1939
Asensio Rodríguez, Juan	23-04-1939	20-05-1939	Fusilado, 15-07-1939
Bartolomé Griño, José	15-04-1939		Sobreseimiento provisional, 27-07-1942
Benaque Tomás, Cirilo	22-05-1939		Libertad, 26-09-1939
Berenguer Clemente, Juan	17-07-1939	27-09-1941	12 años y 1 día reclusión temporal, conmutada por 6 años de prisión menor
Bernal Pérez, Juan Antonio	22-03-1939	28-12-1939	15 años reclusión temporal
Bernal Ramírez, Juan Antonio	13-07-1939	17-05-1940	Pena de muerte, conmutada por la inferior en grado
Bernis Medina, José	12-02-1940	20-01-1943	Libertad, 15-03-1940
Bonias Pardo, José	10-07-1939	28-04-1942	3 años prisión menor
Bonias Pardo, Pedro	12-07-1939	30-05-1943	3 años prisión menor
Borrell Castedo, José	25-03-1939	9-06-1939	Fusilado, 12-07-1939
Bueno Martínez, Miguel	29-09-1940	20-01-1943	12 años y 1 día reclusión temporal
Butier Vélez, Antonio	25-04-1939	24-11-1941	Reclusión perpetua

Campoy Parra, Diego	14-03-1939		Sobreseimiento provisional, 23-10-1939
Campoy Segura, Manuel	14-03-1939		Sobreseimiento provisional, 23-10-1939
Cano Alarcón, José	29-07-1939		Libre absolución, 14-02- 1943
Cantó Mira, Antonio	15-05-1939	8-07-1939	Absuelto
Cañadas Pérez, José	7-06-1951	11-07-1953	20 años y 1 día reclusión mayor
Caparrós Pérez, José	21-04-1938	31-05-1940	Pena de muerte, conmutada
		1-12-1942	12 años y 1 día de reclusión menor
Carmona Gómez, Pedro	6-03-1942		Sobreseimiento provisional, 11-01-1942
Céspedes Asensio, Antonio	18-02-1939	7-11-1939	Pena de muerte conmutada
	16-12-1943	28-11-1941	20 años de reclusión menor
		4-03-1944	20 años de reclusión menor
Collado Pelegrí, Juan	23-08-1940	15-01-1944	2 meses y 1 día arresto mayor
Collado Catalá, José	15-05-1939	14-04-1942	30 años de reclusión mayor
Continente Lambea, Casimiro	13-06-1939		Libertad, 16-09-1939
Córdoba Belduque, Manuel	23-08-1940	15-01-1944	Fallecido el 20-07-1943 de tuberculosis pulmonar
Cros Cano, Tomás	28-06-1940	29-04-1941	12 años y 1 día reclusión temporal, conmutada por 6 años y 1 día de prisión mayor
Cuadrado Diago, Juan	24-04-1939	24-11-1941	6 años y 1 día prisión mayor
	5-04-1945	22-05-1946	Pena de muerte, conmutada por la inferior en grado
Delgado López, José	24-06-1939	19-02-1942	15 años de reclusión temporal
Domènech Almirall, Pedro	25-07-1939		Sobreseimiento, 29-07-1942

Domènech Mascarell, Carlos	23-08-1939	15-12-1942	12 años y 1 día de prisión mayor, conmutada por 6 años de prisión menor
Fernández Rosell, Joaquín	5-08-1939	12-10-1939	20 años de reclusión menor, conmutada por 12 años de prisión mayor
Fernández Teruel, Isabel	14-03-1939		Libertad, 6-10-1939
Fornés Marín, Manuel	10-09-1949	6-02-1952	30 años de reclusión mayor
Fornés Ripoll, Vicente	10-03-1939		Sobreseimiento provisional, 17-04-1943
Franco Hernández, Juan	13-11-1939		Libertad, 9-07-1940
Franco Hernández, Miguel	16-05-1939		Libertad, 14-02-1940
Fuentes (de) Haro, Andrés	22-03-1939	27-12-1939	20 años de reclusión temporal, conmutada por 6 años y 1 día de prisión mayor
García Castillo, Tomás	24-04-1940		Sobreseimiento provisional, 14-10-1941
García Pérez, Rodrigo	8-08-1939	18-12-1942	30 años de reclusión mayor
García Rodríguez, Mariano	13-03-1939	7-07-1939	Fusilado, 25-10-1939
Gascón Molinés, José	14-03-1939		Sobreseimiento provisional, 17-04-1943
Gil Sánchez-Valero, José	20-05-1939	9-10-1939	12 años y 1 día de reclusión temporal
Gilabert Navarro, José	16-09-1941	13-08-1942	12 años y 1 día de reclusión temporal, conmutada por 8 años de prisión mayor
Gilabert Navarro, José (hermano)	19-03-1939		Libertad, 7-10-1939
González Joda, Juan	6-06-1939	2-12-1939	15 años de reclusión temporal
González-Balbuena Falcó, José	5-11-1940	16-10-1941	15 años de reclusión temporal
Guirao Martínez, José	23-05-1941		Libertad, 28-08-1941
Guiseris Palacios, Antonio	3-02-1939		Libertad, 5-12-1939

Liria Rodríguez, Antonio	5-08-1939	18-03-1942	20 años de reclusión temporal
López López, Salvador	14-03-1939	28-05-1942	30 años de reclusión mayor
López Montesinos, Francisco	10-05-1940		
López Montesinos, Jesús	4-06-1939	1-07-1942	Dos penas: 2 años y 4 meses y 6 meses y 1 día
	10-07-1956	11-12-1958	20 años y 1 día de reclusión mayor
López Requena, Consuelo	28-08-1939	28-11-1939	Absuelta
López Saura, Antonio	18-01-1942		Libertad, 4-06-1942
López Saura, Juan	10-05-1939	13-09-1941	12 años y 1 día de reclusión temporal, conmutada por 1 año de prisión menor
López Soriano, José	30-01-1940	14-07-1941	Dos penas: 12 años de reclusión temporal y 15 años de reclusión menor
Manzanera Segura, Ginés	15-02-1939	27-04-1939	Fusilado, 24-05-1939
Martínez Asencio, Andrés	1-04-1938		Sobreseimiento provisional, 7-11-1939, a disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros
Martínez Guevara, José	30-01-1941		Libertad, 16-03-1941 (por error administrativo)
Martínez Marín, José	15-09-1939	23-03-1943	12 años y 1 día de reclusión temporal, conmutada por 3 años de prisión menor
Martínez Redón, Germán	28-11-1940	18-02-1942	12 años y 1 día, conmutada por la de 10 años de prisión mayor
Martínez Sánchez, Antonio	20-03-1939		Libertad, 4-02-1940
Meli Martínez, Isidoro	15-02-1939	27-04-1939	Fusilado, 24-05-1939
Molina Avila, Fernando	14-03-1939		Libertad, 6-10-1939
Mula Valero, Pedro	10-06-1939	25-10-1939	12 años y 1 día de reclusión temporal

Muñoz Carrasco, Antonio	12-04-1939	4-03-1942	12 años y 1 día de reclusión temporal, conmutada por la de 6 años y 1 día
Muñoz López, Bartolomé	1-07-1944	16-12-1944	Pena de muerte, conmutada por la inferior en grado
Navarro Clemente, Manuel	14-03-1939	17-05-1939	Absuelto
Navarro Guerrero, Pedro	10-08-1939	27-01-1943	12 años y 1 día de reclusión temporal
Navarro Sánchez, Andrés	14-03-1939	2-11-1939	Absuelto, a disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros
Pallarés Rodríguez, Francisco	25-03-1939	17-11-1942	12 años y 1 día de reclusión menor
Pascual Faral, Alberto	23-07-1940	22-04-1942	12 años y 1 día de reclusión temporal, conmutada por la de 4 años de prisión menor
Pastor López, Patricio	29-06-1940	14-01-1943	Fusilado, 7-04-1943
Pérez Ardite, Alfonso	4-06-1939	1-07-1942	Dos penas: 2 años y 4 meses y 6 meses y 1 día
Pérez Hernández, Juan	25-04-1939	24-11-1941	12 años y 1 día, conmutada por 6 años y 1 día
Pérez López, José	18-01-1942		Libertad, 4-06-1942
Pérez Martínez, Juan	18-11-1939	1-06-1940	A reclusión perpetua
Pons Aparicio, Enrique	8-05-1939	24-07-1939	A reclusión perpetua, conmutada por 12 años de prisión mayor
Pons Sala, Miguel	20-10-1940	21-01-1943	20 años y 1 día de reclusión mayor
Quiles Santaella, Mateo	30-06-1939		Sobreseimiento, 5-06-1940
Ramos Rodríguez, Rogelio	14-06-1949	16-03-1950	Fusilado en Zaragoza, 10-05-1950
Rodríguez Alarcón, Miguel	10-09-1949	6-02-1952	12 años y 1 día de reclusión menor
Rodríguez González, Juan	25-05-1939	23-07-1943	15 años de reclusión temporal

Rodríguez Rodríguez, Bartolomé	11-05-1939	16-10-1939	6 años y 1 día de prisión mayor
	8-08-1941	9-07-1942	30 años de reclusión mayor
Ruiz Simó, Ricardo	10-07-1940	28-11-1942	12 años y 1 día de prisión mayor
Sáez Fernández, Antonio	15-02-1939	27-04-1939	Fusilado, 24-05-1939
Sáez Hernández, Juan-Bautista	8-06-1939	10-12-1940	Fusilado, 18-01-1941
Sáez Navarro, Juan	10-04-1939	21-06-1939	Pena de muerte, conmutada por 30 años
Salvador García, Antonio	12-01-1939	10-08-1939	Absuelto, a disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros
Sánchez Rueda, Juan de Dios	20-03-1939	29-11-1939	Absuelto
Sannicolás Gargallo, Ramón	16-09-1939	30-07-1942	12 años y 1 día de reclusión temporal
Segura Caparrós, Francisco	7-11-1938		Sobreseimiento provisional, 13-10-1939, a disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros
Segura Fuentes, Ana	30-03-1939	21-12-1940	20 años de reclusión temporal
Serrano Lozano, Pedro	7-06-1951	11-07-1953	3 años de prisión menor
Sigüenza García, Pablo	18-02-1939	5-10-1939	Absuelto, a disposición de la Inspección de Campos de Prisioneros
Solà Gili, Jaime	21-03-1939	10-10-1939	12 años y 1 día de reclusión temporal
Soler Collado, Diego	5-05-1939		Sobreseimiento provisional, 18-11-1939
Torralba Esquerra, José	12-04-1939	16-05-1939	Fusilado, 27-07-1939
Tort Sicart, Jaime	12-03-1940	21-05-1940	Reclusión perpetua
Trilles Cervera, Vicente	8-09-1941	9-07-1942	6 meses y 1 día de prisión menor
Val Priego, Pascual	15-09-1939	23-03-1943	Libre absolución
Valcárcel Tornel, José	13-03-1939	25-04-1939	Fusilado, 25-05-1939

Valero González, Juan	13-04-1939	22-04-1942	30 años a reclusión perpetua
Vallés Rodríguez, Miguel	24-02-1941		Sobreseimiento provisional, 30-12-1942
Vera Lardín, Antonio	25-04-1939		Falleció el 1-06-1939 de tuberculosis en la prisión de San Elías
Vera Vivancos, José	25-04-1939		Sobreseimiento definitivo, 18-04-1941
Zambudio García, José	17-03-1939		Libertad, 5-10-1939

Glosario

Atabalar: impacientar, inquietar, angustiar, intranquilizar.

Atrafagar: aunque utilizado en castellano en su forma pronominal como sinónimo de fatigarse o afanarse, en catalán (*atrafegar-se*) sobresale el matiz de entregarse activamente a la realización de un trabajo o trabajar vehementemente, con pasión.

Atrotinar: estropear, deteriorar, malograr.

Bien bien: muy bien (castellanización de la expresión catalana *ben bé*).

Billarla: disponer de un buen número o una considerable cantidad de billetes.

Bòbila: horno para cocer cerámica, construido habitualmente cerca del yacimiento de donde se extrae la arcilla.

Borne: plaza o mercado central (castellanización del vocablo catalán *born*).

Boscana: silvestre. Vocablo catalán que suele aplicarse a las plantas que se parecen a otra especie sin tener la misma naturaleza o presentar las mismas propiedades.

Botiguer: tendero, comerciante, minorista

Camàlic: vocablo catalán (*camàlic*) aplicado a la persona con la que se acuerda la prestación de un servicio por un tiempo determinado y un sueldo convenido para transportar objetos o mercancías de peso de un lugar a otro.

Cal: casa; contracción en catalán de la palabra *ca* (casa) y el artículo *el*.

Can: casa; contracción en catalán de la palabra *ca* (casa) y el artículo personal masculino catalán *en* de uso familiar. Por ejemplo, *Can Tunis* en castellano se denomina *Casa Antúnez*.

Carrilet: ferrocarril de vía estrecha.

Casal: entidad de carácter popular, característica de Cataluña, que suele tener finalidades culturales, recreativas, políticas o religiosas.

Chino chano: del catalán *xino xano*, expresión que significa «poco a poco».

De franco: sin pagar, gratuito (castellanización de la expresión catalana *de franc*).

Destorotar: desbaratar, truncar, desconcertar (castellanización del vocablo catalán *destarotar*).

D'on no n'hi ha no en raja: expresión catalana que, literalmente, podría traducirse por: donde nada hay, nada puede brotar. Equivale a la expresión castellana: no hay más cera que la que arde.

El Libre: forma coloquial de referirse al Sindicato Libre, sindicato amarillo controlado por la patronal.

Embuchacar: embolsar, poner en el bolsillo (castellanización del vocablo catalán *embutxacar*).

Encolomar: endilgar, endosar, cargar el muerto.

Enfarfollar: farfullar, balbucear, atragantar.

Escamot: agrupación o pequeño conjunto de personas, especialmente soldados y/o policías, que forman una unidad. Fuerza de choque. En historiografía suele darse este nombre a los grupos de acción de Estat Català.

Esloamar: desloamar (castellanización del vocablo catalán *esllomar*).

Esquerra: izquierda.

Esquerranot: miembro o simpatizante del partido ERC.

Estar de: estimar, apreciar, admirar.

Estirar: acostar, echar, tumbar.

Faena: en Cataluña es el término que habitualmente se utiliza para referirse al trabajo en su acepción de actividad que se hace por obligación, la actividad que se desempeña para obtener un salario. Se trata de una traducción literal del vocablo *feina*. *Ir por faena:* locución catalana castellanizada (*anar per feina*) equivalente a *ir al grano*.

Farell: fardo; mercancías envueltas, muy apretadas, con un paño, trapo o pañuelo para poder ser transportadas. *Fer farells:* hacer fardos.

Farigola: tomillo.

Lampista: en Cataluña, electricista (especialmente el encargado de las instalaciones de iluminación y, a menudo, también de fontanería).

La Soli: manera coloquial de referirse al diario *Solidaridad Obrera*.

Libreño: miembro del Sindicato Libre, sindicato amarillo controlado por la patronal.

Ménager: doméstico (vocablo francés).

Mongeta: judía (fruto de la planta herbácea del mismo nombre).

Mosén: título que, en el antiguo Reino de Aragón, se daba a los clérigos; así como también tratamiento que se dispensaba a los caballeros, a los ciudadanos o a los burgueses por razones estamentales. Actualmente, en Cataluña, es el tratamiento que se da a los sacerdotes (*mossén*)

No venir de: locución catalana castellanizada con el sentido de «ya puestos... también podríamos...».

Padecido: sufrido (traducción literal del vocablo catalán *patit*).

Paleta: vocablo catalán referido a la persona que trabaja en la construcción o en la reparación de edificios, albañil.

Prat: prado.

Pulido: arreglado, retocado, ordenado, pulcro (castellanización del vocablo catalán *polit*).

Punchar: pinchar (castellanización del vocablo catalán *punxar*).

Rondinar: refunfuñar, murmurar manifestando desagrado; descontento y disconformidad con aquello que se está obligado a hacer.

Ropa: tejido, tela (castellanización del vocablo catalán *roba*).

Santero: el que se prestaba a pasar información y colaborar con la guerrilla urbana libertaria.

Ser de la broma: ser un/a bromista, ser alegre (castellanización de la expresión catalana *ser de la broma*).

Semanada: forma de pago semanal del salario (castellanización de la expresión en catalán *setmanada*).

Suc: zumo, jugo.

Terrado: aunque de uso menos corriente en castellano, significa lo mismo que en catalán: terraza.

Tocar: muy cerca, junto (castellanización de la expresión en catalán *a tocar*).

Todo seguido: sin solución de continuidad, sin paréntesis, sin intervalo (castellanización de la expresión catalana *tot seguit*).

Torre: chalé; casa de una o pocas plantas, habitualmente con jardín, destinada especialmente a vivienda unifamiliar y situada fuera de la ciudad o en una zona residencial de la misma.

Trinca: castellanización de la expresión en catalán *nou de trinca* (nuevo de trinca), cuyo sentido es: recién estrenado, flamante, nuevo.

Trinqui-trinqui: dinero contante y sonante.

Vermell: rojo.

